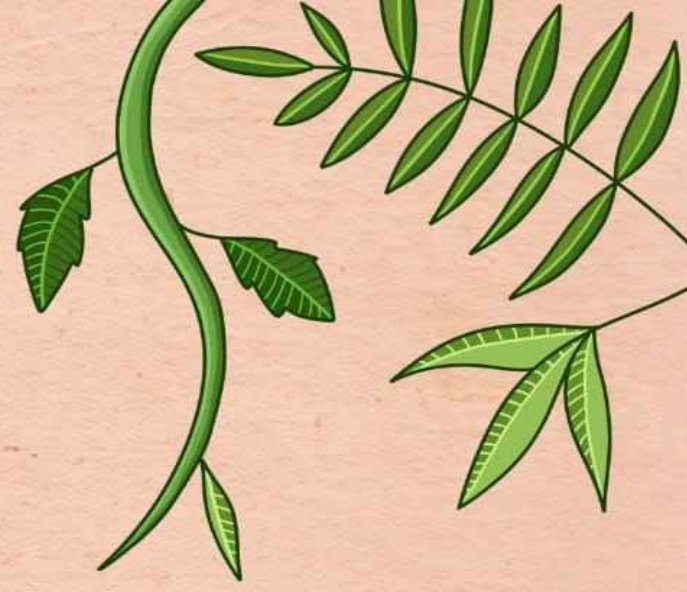




Susana Aragón

Maldita Suerte



Para mis nenas Carmen y Tati
por luchar conmigo por este sueño
A mi queridísimo tío “Pocholo”,
por enseñarnos que nunca hay que rendirse.
Estés donde estés sé que guiarás mi camino.

Maldita Suerte

Susana Aragón

La vida está llena de momentos mágicos
pero andamos perdidos buscando el perfecto.

Capítulo 1

Suena el despertador, abro los ojos y lo miro con desdén. Me acaba de fastidiar un sueño perfecto, pero por fin he podido dormir ocho horas. Son las siete de la mañana. ¡Uf! que pereza levantarse, tengo mucho sueño y solo con pensar en el día que me espera quiero darme media vuelta y volver a dormir.

Hoy toca charla en la universidad, vendrá un arquitecto a contarnos su experiencia, ¡un rollo! si al menos fuera un día productivo... Tengo muchas cosas que hacer y no me apetece nada perderlo escuchando a un viejo soltando un discurso sobre cómo le fue la vida.

Será mejor que me levante de una vez. Me desperezo y me topo con mi reflejo en el espejo de la cómoda junto a la cama. Unos almendrados ojos marrones llenos de ojeras que dicen ¡Dios, que pelos! Intento arreglar mi larga melena ondulada y castaña, sin demasiado éxito. Tal vez un poco de maquillaje logre mejorar mi aspecto. Podría disimular mi larga y estrecha nariz de la que no me siento nada orgullosa, aplicar un poco de color a mis pálidos y escasos pómulos o darle protagonismo a mis carnosos labios. Pensar en todo esto me da aún más pereza que ir a clase. Prefiero bajar a desayunar.

En la cocina está Elsa, es la chica perfecta según sus propias palabras. Tiene un pelo rubio brillante como los que salen en los anuncios de champú, los rizos le llegan hasta el hombro imitando el movimiento de muelles que parecen moverse al unísono. Sus grandes ojos saltones son tan azules como el mar de un paraíso de aguas cristalinas, que junto a sus finos labios aporta a su cara un halo de misterio, tan llamativo como atractivo. Alta, con un cuerpo escultural conseguido sin mucho esfuerzo y estudia periodismo. A pesar de todo esto yo sólo veo una chica guapa, egoísta y prepotente. Sí, me cae mal, pero es mi compañera de piso y por desgracia, la casa en la que vivo es de sus padres, por lo tanto ella es la dueña, o al menos se comporta como tal. El caso es que toca aguantarla y no tengo ganas de verla, siempre acabamos discutiendo por tonterías, “que si no dejé el café hecho anoche”, “que si necesita coger el portátil y lo estoy usando”, porque esa es otra, coge lo que quiere cuando quiere, “es mi casa” dice, así que espero que al menos ahora no me dirija la palabra, necesito un par de ahorros más y me busco otro sitio donde vivir. Por suerte, también convivo con Javi, “Jota” para los amigos. Es mi mejor amigo, pero no tengo ni idea de dónde habrá pasado la noche; le

gusta demasiado las fiestas y a veces no suele aparecer en días. ¡Qué buena vida! No es que sea un irresponsable, nada más lejos de la realidad, trabaja, hace sus tareas en casa y saca sus exámenes con buena nota; su forma de organizarse es envidiable.

¡Mierda! El reloj de la cocina marca las 7.30, ¡voy a llegar tarde a clase! Me termino el café y salgo corriendo hacia el metro que me lleva a la universidad, tengo que darme prisa o me perderé el inicio de esa aburrida charla, aunque pensándolo bien... no, yo no soy así y luego vienen los cargos de conciencia ¡a correr!

He llegado a tiempo, jadeando, pero a tiempo. Mis compañeros están charlando tranquilamente y el profesor aún no ha llegado, ¡gracias a Dios! esta clase iba para nota. Me dirijo al fondo de la clase, me siento en una de las sillas libres, saco mi cuaderno y empiezo a garabatear dibujos sin sentido, al menos así pasará la hora más rápido.

–Buenos días a todos –saluda el profesor, que hoy viene especialmente contento. Como ya os comenté ayer, hoy tendremos el honor de contar con el arquitecto cuyos diseños hemos estado estudiando en clase este semestre, démosle la bienvenida a David Torres.

¡Bah! ya empieza la pesadez de charla. Miro mi reloj y en voz baja le suplico que ande rápido. Levanto la vista con desgana, al menos tengo que ver quién es, aunque sea por educación. ¡Oh, Dios mío! Observo al chico que aparece por la puerta, el tiempo parece detenerse. Es guapísimo, su pelo castaño despeinado le aporta juventud y deja a la vista unos ojos de un verde suave pero que intimidan incluso desde lejos. Tiene una nariz recta y unas facciones marcadas, bastante masculinas, de las cuales destacan sus altos pómulos, y su cuerpo parece ser fuerte pero no demasiado, solo lo justo para que se vea moldeado. Viste un traje negro con corbata azul marino y camisa blanca que le queda muy, pero que muy, bien. Puede que tenga unos veintiocho años, aunque el traje le hace parecer más mayor. Él esboza una sonrisa aburrida y se sitúa en el centro de la clase con aire de superioridad. ¡Lo sabía! Es un engreído ¿Pero no esperábamos un viejo? Frunzo el ceño y me recuerdo que no debo juzgar a las personas por la primera impresión, le daré una oportunidad aunque sea porque verlo alegra la vista, así que empiezo a prestar atención, aunque en el fondo sigo pensando que es un engreído.

–Buenos días señores y señoras –su voz es grave y bonita a la vez, una

curiosa mezcla—. Me llamo David Torres, pero seguro que ya todos me conocéis –no me equivoqué, lo que yo pensaba, falta de humildad–; vengo a hablaros de mi trayectoria en el mundo de la arquitectura. Mi pasión por esto empezó...

Bla, bla, bla, para no ser un viejo y ser un chico guapísimo suena igual de rutinario, así que pronto pierdo el interés. Pasan los minutos y no hace más que decir tonterías. ¡Me aburro! Sigo garabateando mientras el tío cuenta su vida, aunque echo un vistazo de vez en cuando. No está contando nada interesante por lo que creo que iré planeando cómo ajustar mi horario esta tarde, tengo que trabajar y estudiar y no sé cómo lo haré. Ando perdida en mis pensamientos, pero sin dejar de prestar atención, sin levantar la cabeza, no quiero perderme algún dato interesante. Creo que es hora de escuchar un poco... no, no dice nada importante. Sigo escuchándolo como una voz de fondo, como si fuera una música que suena débil en la radio de un coche, estoy demasiado perdida en mis cosas.

–Es primordial –seguía comentando moviéndose por la sala– que sepáis que en este mundo todo es una copia o forma parte de algo ya creado, así que tenéis que trabajar duro para poder tener el éxito que yo tengo, y aspirar a donde yo he llegado.

¿En serio? A lo mejor no quiero llegar a ser una estúpida egocéntrica, que aburre a los alumnos con sus charlas, aunque si miro a mi alrededor los únicos aburridos son los chicos, las chicas prestan demasiada atención mientras juegan con su pelo o pestañean más rápido de lo normal. Patético.

–¿Alguna duda? –sigue comentando–. Tal vez la señorita que toma apuntes de todo lo que digo tenga alguna.

Siento un codazo en el costado y levanto la cabeza demasiado rápido, lo que hace que me entre un pequeño mareo. ¿Me está hablando a mí? Echo un vistazo rápido a la clase y todo el mundo, incluidas las chicas que antes babeaban por ese hombre, me están mirando, y él, Don Perfecto, me mira fijamente con una sonrisa pícaro que hace entrever que sabía que no prestaba atención.

–¿Perdón? –consigo decir muerta de vergüenza y aún mareada.

–Preguntaba si tenías alguna duda.

Mis compañeros sueltan una risita y yo solo quiero que se olvide de mí y vuelva a su insensata charla, pero sigue con su mirada fija, intimidándome y con la misma sonrisa pícaro de antes, como si disfrutara por haberme puesto

en esta situación. Si hay algo que odio es ser el centro de atención, ahora me veo obligada a responder lo que sea o... lo que pueda.

–Esto... pues ya que lo dice... me gustaría saber qué entiende usted por trabajar duro, ¿si a que su padre le pague la carrera o a dirigir la empresa que ya tiene éxito gracias al esfuerzo de su anterior dueño?

La clase se queda en silencio, entonces me doy cuenta de lo que acabo de decir. ¡Mierda! ¿Por qué he tenido que decir eso? Todos me están mirando y voy notando cómo la sangre me sube a la cara, debo estar completamente roja como un tomate. Don Perfecto se mantiene en silencio mirándome fijamente, lo que me pone aún más incómoda. Se acaricia la barbilla como si estuviera analizando la pregunta. ¿Está confundido? Lo parece. Al menos estoy segura de que no se lo esperaba.

–Bueno, eh... –titubea.

Lo noto agobiado, ha cambiado su bonita sonrisa por una de desconcierto y su mirada baja hasta encontrarse con sus pies, justo en ese momento suena el timbre. Salvado por la campana, pienso, y me dispongo a salir del aula a toda prisa con la cara escondida entre los libros. Soy imbécil. Es un arquitecto de renombre y solo se me ocurre humillarlo delante de toda una clase. Quiero irme de aquí ya. Justo cuando voy a salir por la puerta alguien me agarra del brazo con fuerza. ¡Suéltame tengo prisa y me quiero ir! Grito en mi interior. Cuando me giro veo que Don Perfecto me está agarrando y mirándome furioso. ¡Madre mía! de cerca es todavía más guapo y sus ojos intimidan aún más, me tiemblan las piernas y siento que me estoy atragantando. Podría decirle que lo siento y salir corriendo, pero no lo hago porque en el fondo sé que le he dicho la verdad y se lo merece, por estúpido.

–¿Se puede saber qué clase de pregunta es esa que me acabas de hacer?

Está furioso, empiezo a notar como la vena de su cuello se hace cada vez más evidente. Lejos de prestarle atención empiezo a mirarle la boca como una tonta. Tiene los labios desiguales, el superior es fino y el inferior grueso, lo cual hace que su cara sea aún más perfecta. Me quedo embobada mirándole el labio inferior que me dan ganas de morderlo. No me había dado cuenta, me gusta ese tipo de boca. ¡Aterriza estúpida! Me grita mi yo interior.

–Son los riesgos de dar una conferencia, te expones a toda clase de preguntas –respondo rápido y casi sin respirar.

–¡Pero eso no era una pregunta normal y corriente! –me grita

malhumorado—. ¿O acaso crees que no me he esforzado para conseguir todo lo que tengo?

—Pues sinceramente...

¡Dios! De dónde voy a sacar fuerzas para contestarle a eso. Creo que toda la sangre de mi cuerpo ha ido a parar a mi cara y está a punto de explotar.

—No —logro decirle sin que me salga voz de pito, todo un milagro—. Una persona que tiene todo a mano cuando quiere no se puede considerar que se haya esforzado demasiado. Es más, quien debería haber venido a dar la conferencia es su padre, no usted, él fue el que empezó todo desde cero, usted solo ha aprovechado su posición social y ser hijo de quién es.

Me callo y respiro, aunque más que respirar parece hiperventilar, espero inquieta su respuesta, pero su preciosa boca no emite ningún sonido. Tengo la oportunidad perfecta para largarme y no consigo que mis piernas respondan.

—Tengo que irme o llegaré tarde a trabajar —le digo casi sin voz.

Me voy corriendo haciendo un esfuerzo tremendo por no caerme, dejándolo atónito y sin posibilidad alguna de que pueda decirme más. No vuelvas la vista, no vuelvas la vista, me repito, consigo ser fuerte y no lo hago, ¡uf! Una vez fuera de la universidad mi cuerpo deja de temblar y recupera la compostura, no había pasado tanta vergüenza en mi vida. ¡Cómo se me ocurre soltarle semejante cosa a un arquitecto de éxito! Voy maldiciéndome todo el camino a casa, aunque en el fondo no me arrepiento, le he dicho la verdad, pero ¡joder! era David Torres, y encima estaba bueno.

Llego a casa con el tiempo justo para soltar mis cosas, cambiarme y salir pitando al trabajo; por culpa de ese engreído llegaré tarde y encima estoy de mal humor, no creo que me espere un buen día. Al menos Jota sabrá animarme con alguna de sus locuras. Eso se le da muy bien, hacer reír a la gente, tiene ese don y además de mi mejor amigo y mi compañero de piso es también mi compañero de trabajo. Espero que esté en casa.

—¿Qué le has dicho qué? —grita mientras conduce mirándome con esos ojos negros profundos que tanto miedo me dan cuando se enfada.

—Se lo merecía Jota, aparte de que hizo que toda la clase se riera de mí solo porque estaba distraída, era un estúpido arrogante. No aportó nada interesante en la materia, se mostraba orgulloso y miraba a los demás por encima del hombro.

–Solo tú ves un tío bueno y estás distraída cariño –me dice burlón.

–¿Eso es lo único que has escuchado de todo lo que te he dicho? – pregunto cada vez más enfadada–. No era un tío bueno, además ya sabes que ahora intento no fijarme en el exterior.

–Lo sé, sé que lo pasaste mal con el guapísimo de tu ex-novio, pero Rebeca, es hora de pasar página y si un tío está bueno, está bueno y punto.

–¿Y ya qué más da? Dudo que lo vuelva a ver otra vez, así que ¿por qué no olvidarnos de todo esto? Por cierto, te sienta bien esa camiseta blanca, destaca tu piel morena –le digo en un intento desesperado por cambiar de tema.

–Gracias cariño –me lanza esa sonrisa suya perfecta de labios prominentes y dientes blancos–, pero si quieres cambiar de tema sólo tienes que decirlo.

–Pues sí, quiero cambiar de tema, era obvio.

–Vale, como tú quieras, pero la próxima vez que se te ocurra humillar a un director importante avísame, me encantaría grabarlo en vídeo.

Jota se ríe mientras yo miro por la ventanilla del coche con aire nostálgico. ¡Joder Jota! se supone que me tienes que animar no ponerme aún más triste, y recordarme a mi ex no es una buena forma. Lo echo de menos, pero después de lo que hizo no creo que pueda perdonarle. Siempre he pensado que jamás podría perdonar una infidelidad, y sigo pensándolo. Para mí, eso es una falta de respeto y encontrarlo en mi cama con una de mis amigas... tal vez por eso no confíe en los hombres, pero bueno, mejor no pensar más en esto o acabaré llorando a lágrima viva.

–¿Estás bien?– me pregunta preocupado.

–Sí, no es nada, estoy un poco cansada.

–Pues acabas de empezar el día, guapa.

–A veces me pregunto cómo te soporto –le digo en tono irónico.

–Porque sabes que me quieres, a tu manera, pero me quieres.

Nos reímos y todo el mal rollo de minutos antes desaparece. Esto es justo lo que necesitaba, un poco de risa, espero que el día siga por esa línea.

–Por cierto, ¿dónde estuviste anoche? Cuando me levanté esta mañana no estabas.

–Me quedé a dormir en casa de un amigo –dice entrecomillando amigo con las manos, con una de esas mirada suyas de lujuria–. Ya sabes que Elsa prefiere que no llevemos a nadie a casa.

–Sí, solo ella puede, aunque yo no tenga nadie a quien llevar no lo veo justo, vale, sé que es su casa pero se trata de convivir con otras personas, se supone que todos tenemos el mismo derecho.

–Bueno, ya la conoces, mejor vamos a olvidarnos de ella hasta la vuelta porque seguramente buscará la forma de fastidiarnos cuando volvamos.

–Será lo mejor.

No me apetece pasarme el día pensando en Elsa y mucho menos en sus estúpidas normas. Me juro a mí misma que en cuanto consiga un poco más de dinero buscaré otro sitio para vivir y si es posible me llevaré a Jota conmigo.

Como ya hemos llegado al trabajo me armo de fuerza y con esta idea en la cabeza me pongo a trabajar con más ganas. Por suerte mi trabajo me encanta.

Estoy sentado en el cómodo sillón de mi despacho, tengo muchísimo trabajo acumulado y ayer no pude hacer absolutamente nada. El compromiso con la universidad me quitó bastante tiempo y luego entre reunión y reunión, en las que por cierto estuve bastante distraído, acabé agotado y con trabajo por hacer. Espero que esto no afecte de forma negativa a la empresa, no me lo perdonaría. Para colmo ir a esa conferencia me dejó de un humor de perros. ¿Quién se cree que es esa idiota para decirme lo que yo he conseguido o no con mi esfuerzo? ¿Qué sabrá ella de mi vida? Me hubiera gustado responderle, pero como siempre, las respuestas adecuadas se me ocurren tarde. Y todo esto por un favor que me pidió mi padre, “ve en mi lugar que no llegaré a tiempo a Madrid”. Gracias papá, ya me las pagarás cuando vuelvas de tu viaje.

Está sonando algo..., creo que es mi teléfono. ¿Quién demonios le ha cambiado la musiquita? ¿Por qué suena como una especie de niña llorando? No tengo ni idea de dónde lo he dejado. ¡Oh por Dios, cállate ya! Soy un completo desastre, empiezo a rebuscar bajo los papeles a ver si consigo cogerlo antes de que cuelguen... mierda, mierda, mierda ¿dónde estás?... Aquí estas maldito trasto.

–¿Diga?

–David tío, ¿dónde cojones te metiste ayer? Te estuve llamando todo el día –la voz de Hugo es inconfundible.

–Tuve que apagar el teléfono, no paraban de molestarme.

–Pero habíamos quedado para ir a celebrar el cumpleaños de Julio.

¡Es verdad! el cumpleaños de Julio, lo había olvidado por completo.

Lo cierto es que me apetecía salir, hacía tiempo que no salía de marcha con los colegas y además se lo prometí hace semanas. ¿Cómo pude haberme olvidado? Estuve todo el día de ayer despistado, a ver como salgo de esta.

–Hugo, lo siento tuve mucho trabajo y no pude avisar.

–Vamos..., ¿que se te olvidó no?

¡Cómo me conoce! Aunque es normal si compartes media vida con una persona, y conozco a Hugo desde que éramos críos, así que cualquier excusa que dijera no me iba a servir de mucho.

–Sí tío, lo siento, tuve un día un poco complicado –suspiro–, para qué te voy a mentir. Pero podemos quedar otro día, total un cumpleaños se puede celebrar más de una vez ¿no?

–Por mi guay, la próxima vez intenta no dejarnos tirados.

–No, no, lo prometo. Iré sin falta.

–Entonces mejor esperamos que tú nos digas el día, ya sabemos que dirigir una empresa no te deja mucho tiempo para los colegas.

Me viene a la cabeza aquella niña insolente, no me puedo olvidar de la pregunta que me hizo; pero ¿por qué? tampoco es para tanto, es solo una pregunta, pero una pregunta bastante rara.

–¿Sigues ahí? –pregunta Hugo.

–Ojalá alguien que yo sé pensara así –murmuro en voz baja.

–¿Qué dices David?

–Nada, nada, estaba pensando en voz alta.

–Oye, la chavala que te ligaste el fin de semana pasado me llamó, decía que no le cogías el teléfono que incluso había ido a tu casa pero no estabas y me preguntó cómo dar contigo.

¡Oh no! Espero que no le dijera nada, menos mal que no la llevé a mi propia casa, sino al piso que usamos Hugo y yo, al que llamamos "el picadero". Nos sirve para llevar a mujeres que nos ligamos una noche, así luego no vienen con reproches porque no les cogemos el teléfono ya que siempre está vacío. Mujeres... aún no saben que si un hombre no la llama es porque no le interesa, deberían dejarlo en paz en vez de humillarse como lo hacen.

–¿Cuándo lograrán entender lo que significa un polvo de una noche? – le pregunto a Hugo suspirando mientras niego con la cabeza.

–Las mujeres vienen con vocabulario propio y eso solo consta en el de los hombres.

–No le habrás dicho dónde vivo ni nada, ¿verdad?

–Sí, le dije hasta el nombre del portero.

–¡Serás cabrón! –le grito.

–¡Que no le he dicho nada mamón! Entre amigos nos cubrimos.

–Bien, me alegra saber que cuento contigo. En cuanto a lo de Julio te prometo que sacaré hueco de este infierno pronto.

–Ok, no te vuelvas loco y llámanos cuando puedas.

–Venga, hasta luego.

Me pongo al lío otra vez y miro en la agenda cuándo podríamos quedar. Cuanto antes lo planifique mejor, pero hay tantas cosas que hacer, tantas reuniones... "conseguido sin esfuerzo" ¿Por qué cojones tengo que pensar en ella? Si supiera todo lo que hago para sacar esta empresa adelante... "sin esfuerzo" ¡Maldita niña!

–Señor Torres, le llaman por la línea uno.

–Gracias, Claudia –la llamada del interfono me saca de mis pensamientos.

Y de verdad que se lo agradezco sino hubiera seguido pensando en esa desagradable conversación.

–Dirección de Arquitecturas Torres.

–Señor Torres, soy el profesor de la universidad en la cual usted dio la conferencia ayer –no, no, no, sea lo que sea que quiera definitivamente no. Me estoy enfadando y aún no sé el motivo de su llamada–. Dado el éxito que tuvo –sí claro, éxito, pienso haciendo un mohín de aburrimiento con la boca–, me gustaría tomarle la palabra de poder llevar a los alumnos de mi clase a visitar su empresa para que conozcan mejor su funcionamiento tal y como usted me comentó.

¿Y volver a ver a la loca esa? Ni de coña, me niego, ni hablar. Me paro un segundo a pensar en la propuesta ¿Pero qué estoy diciendo? ante todo soy el director de una importante empresa, tengo una imagen que mantener. No me queda más remedio que aceptar.

–¡Ah! Hola, señor Pérez –contesto con falsa alegría–, claro que puede

visitar mi empresa, solamente tiene que decir el día y la hora y le diré a mi secretaria que se encargue de preparar la cita –contesto con desgana.

No me apetece nada, pero absolutamente nada, tener que perder un día de trabajo justo ahora que tengo tanto que hacer haciendo de guía de una clase universitaria, de esa clase en concreto.

–¿De verdad? Muchísimas gracias señor Torres, estoy seguro que mis alumnos sabrán aprovechar la ocasión al máximo –comenta emocionado.

–De nada –¡por Dios! acabemos ya, tengo cosas más importantes–, le paso con mi secretaria y ella concertará la cita. Buenas tardes y que tenga un gran día.

–Igualmente, señor Torres, y gracias de nuevo.

¡Genial! Mi día mejora por momentos, no me puedo creer que vaya a venir una clase a ver mi empresa gracias a “mi éxito de conferencia”, si por éxito se refiere a aburrir a los hombres y embobar a las mujeres... bueno todas menos una. ¡Dichosa niña!

Capítulo 2

Abro los ojos, me duele tanto la espalda que soy incapaz de moverme. Estiro las piernas adormiladas debido a la postura fetal que había cogido al dormirme en el pequeño sofá del salón, ¿qué demonios hago aquí? Miro el reloj, ¡maldición! me he perdido la primera clase. Bueno ya me pasarán los apuntes o eso espero. Intento recordar porqué estoy aquí, pero medio dormida apenas lo consigo. Veo mis apuntes esparcidos por la mesita y el suelo, y entonces me doy cuenta de que estoy realmente agotada. Anoche me quedé estudiando cuando volví del trabajo, fue un día bastante duro: demasiados clientes para una sola noche. ¡Joder! estoy agotada de verdad, un buen café y espero recargar las pilas. Me dirijo con los ojos aún cerrados a la cocina procurando no chocarme con las paredes. Un desconocido con una espalda muy ancha y bastante fuerte en ropa interior intenta poner la cafetera. No sé si es un sueño o es real, pero a juzgar por el olor a café empiezo a estar segura de que es real. Como el desconocido está concentrado en su tarea, ni se inmuta cuando me acerco a la nevera para coger un poco de zumo; se me han quitado las ganas de desayunar así que mejor tomaré algo ligero. Mientras me sirvo la bebida miro por encima del hombro y observo la torpeza de este hombre para preparar dos tazas de café. Ha derramado azúcar, la leche llega goteando al suelo, pero encuentra servilletas y lo limpia discretamente, o eso cree, porque aún no se ha percatado de mi presencia. Lo cierto es que ya estoy acostumbrada a este tipo de situaciones, Elsa suele traer a sus ligues sin avisar; sin embargo el pobre de Jota... ¡qué injusto!

–Hola –le digo cerrando bruscamente la nevera para que sepa que estoy aquí.

–¡Ah! Hola, lo siento no quería despertarte –dice con voz entrecortada.

–No te preocupes, no lo has hecho, ya había dormido bastante.

–¿Quieres café? –murmura con timidez.

–No gracias, prefiero zumo.

Lo observo mientras limpia el estropicio. Es mono, tengo que reconocer que Elsa tiene buen gusto para sus amantes aunque todos suelen ser

del mismo tipo de perfil, rubios, altos y muy adictos al gimnasio.

–Bueno, hasta luego, ya nos veremos –me dice mientras sale de la cocina con las tazas de café y aspecto avergonzado.

–Sí claro, hasta luego.

¡Qué pena! Dudo mucho que lo vuelva a ver, se podría decir que Elsa es como uno de esos insectos que se comen a sus parejas después de acostarse con ellos; empiezo a reírme sola y Jota entra por la puerta.

–¿Quién era ese bombón? –me pregunta alzando las cejas y volviendo la vista por donde se ha ido el desconocido.

–Ni idea, alguna pobre víctima de Elsa imagino, mejor no hablemos de esto, ¿no crees?

Quiero empezar bien el día y lo último que me apetece es cabrearme por las absurdas reglas de Elsa, “mi casa, mis reglas” dice siempre. Empiezo a pensar que pagar un alquiler en este sitio no merece la pena.

Mi compañeros de clase están hoy bastante nerviosos. ¿Hay examen y no me he enterado? ¿O acaso vendrá otro arquitecto a dar la charla? Si es así, espero que no sea tan arrogante como el del otro día, aunque no me importaría que fuera igual de guapo. Debo descubrir de qué se trata o acabaré poniéndome nerviosa yo también.

–¿Qué sucede? –le pregunto a una chica que intenta pintarse los labios en un espejo diminuto.

–No te has enterado, ¿verdad?

Tiene un brillo en los ojos que me da un poco de miedo. Que no me enterado, ¿de qué? ¿Qué pasa? Estoy empezando a asustarme.

–El señor Pérez nos llevará a visitar Arquitecturas Torres –me dice con una sonrisa coqueta y demasiada ilusión.

¡Ah! era eso, tampoco es para tanto, no entiendo a qué viene tanto revuelo por una excursión a una empresa. Un momento... mi mente empieza a unir cabos, Arquitecturas Torres..., ¿no será la empresa de Don Perfecto? No, no, no, no, tengo que asegurarme.

–Esa empresa que dices, ¿es la misma que dirige el chaval que vino el otro día? –pregunto temiendo que su respuesta sea un sí.

–La misma, ¿no es perfecto? Vamos a verlo otra vez, era tan guapo...

¿Perfecto? ¿Perfecto? No, no es perfecto. No quiero recordar la vergüenza que pasé, y volver a verlo no es una buena forma de olvidarlo.

Además no voy vestida para la ocasión, llevo unos vaqueros y una blusa rosa palo, mi pelo insiste en ser rebelde y para colmo ni siquiera me he maquillado aunque sea un poco. ¿Pero qué estoy diciendo? ¿Desde cuándo me importa a mí estar bien vestida y maquillada para ir a la universidad? Supongo que es porque es una empresa importante. ¡Genial! Mi interrogatorio para quedarme más tranquila me ha puesto aún más nerviosa.

–¿No será hoy? –pregunto.

Dime que no, dime que no por favor, repito para mis adentros con la esperanza de que escuche mis súplicas.

–Sí, el profesor ha ido a arreglar algún papeleo para autorizar la salida.

¡Mierda! Me dejo caer en la silla y se me pasa por la cabeza volver a casa y pasar de esa excursión pero, por otro lado, necesito saber cómo funciona ese mundo. Resoplo. No me queda más remedio que sentarme e intentar tranquilizarme. Que sea lo que Dios quiera.

El edificio es increíble, una recepcionista bastante amable y atractiva nos da unos pases de visitantes y nos guía hasta la planta superior, me quedo embobada mirándolo todo. Me encanta la forma en que está decorada la habitación: todo muy moderno y a la última, líneas rectas donde predominan el negro, rojo y blanco. Estoy tan fascinada con el sitio que sin darme cuenta llegamos a una sala donde nos esperan unos sofás de color negro con cojines rojos que acaban enamorándome. La sensación de profesionalidad que se respira aquí es relajante, no hay ruido, no hay prisas, todo el personal se muestra amable a nuestro paso. Me encanta y me planteo la posibilidad de querer formar parte de esto. De repente aparece de la nada una chica joven, intuyo que puede ser de mi edad, unos veinticinco años, de pelo negro azabache y cortado a la altura de la barbilla, sus ojos pequeños, también negros sugieren que está cansada, pero aun así se muestra muy amable. Va vestida con una falda de tubo gris oscuro y una americana del mismo color encima de una blusa turquesa, se planta frente a nosotros manteniendo el equilibrio con unos taconazos enormes. Es guapa, pienso que tal vez todas las empleadas de este lugar sean así de monas, por lo que la esperanza de trabajar aquí desaparece en ese instante. Yo no tendría ni una posibilidad, solo soy una chica del montón.

–Buenos días, soy Claudia Benítez, la secretaria de Dirección, enseguida les atenderá el señor Torres.

Nos sentamos amontonados en los sofás mientras esperamos, y al cabo de un rato Don Perfecto sale de una sala situada a nuestra izquierda con paredes de cristal y una larga mesa con sillas de diseño elegante: parece ser la sala de juntas. Viene directamente hacia nosotros y me sorprende pensando que está más guapo que cuando lo vi por primera vez. Sigue llevando pantalón y americana, pero esta vez el pelo lo tiene un poco más revuelto, como si se hubiera olvidado que estaba peinado y se hubiera pasado la mano por él repetidas veces. Me gusta mucho, resalta su atractivo. ¿Qué demonios estoy pensando?

–Buenos días a todos –dice con fingida alegría.

Inesperadamente dirige su mirada verde intimidante hacia donde estoy sentada y noto como todo mi cuerpo empieza a temblar. Muerta de vergüenza me limito a agachar la cabeza y mirarme los zapatos. Llevo deportivas, ni siquiera en eso voy vestida para la ocasión, ¡qué triste! No tengo fuerzas para mirarlo a la cara, y la verdad es que no quiero.

–Espero que tengáis ganas de dar un paseo –emite una sonrisa falsa y me doy cuenta que no quiere hacer esto, que forma parte de sus obligaciones–. Me encargaré de enseñaros todos los rincones de este sitio. Si tenéis alguna duda preguntadme sin miedo.

Vuelve a mirarme con una mirada que penetra hasta en lo más profundo del alma, pero esta vez no sonrío. Creo que no ha olvidado lo sucedido en la universidad y otra vez muero de vergüenza, pero consigo aguantarle la mirada. Me siento orgullosa de ello.

–Por favor, continúen por este pasillo y llegarán a la primera sala –nos indica.

Mientras el grupo avanza hacia la sala de juntas emocionado, él se queda quieto con expresión dura y aguarda paciente a que yo llegue a su lado.

–Espero que esta vez no hagas preguntas absurdas. Así que si tienes alguna hazla ahora, si no, cállate –me dice en voz baja y en tono amenazador.

–Pero yo... –no logro articular palabra.

Mi cabeza da vueltas, no esperaba que me dijera nada de eso y mucho menos en ese tono, así que me veo obligada a responderle.

–Pero ¿y si tengo alguna duda? Usted ha dicho que podíamos preguntarle –le miro a los ojos poniendo mi mejor cara de niña buena.

–Limitate a sonreír y callar ¿vale?

–¿Y si no tengo ganas de sonreír? –le pregunto con una sonrisa maliciosa.

–Sonreír y callar ¿vale? –me repite.

En ese momento me está mirando malhumorado, exactamente igual que en la universidad, y a mí solo se me ocurre poner una sonrisa forzada.

–Eso es, buena chica.

Me toca la cabeza como si estuviera acariciando a un perro. Eso no me sienta nada bien, ¡yo no soy un perro! Lo miro con desprecio.

–Eres un borde que lo sepas.

–Sí, sí, lo que tú quieras, pero no abras la boca –me dice ignorándome.

Gruño en voz baja y avanzamos hacia mis compañeros que están esperándonos impacientes por empezar. Don Perfecto comienza a explicar la función de cada una de las salas y departamentos mientras recorremos el edificio, pero estoy distraída, no puedo dejar de mirarlo, es guapo, es muy guapo, pero es borde, engreído y estúpido. Después de una hora andando y recorriendo cada una de las salas del edificio, justo casi al final del recorrido, se detiene en seco.

–Bueno señores, ¿alguna pregunta? –me mira con una expresión muy curiosa, que yo intuyo que quiere decirme ¡ni se te ocurra!

Me limito a forzar mi sonrisa lanzándole una mirada de odio. Él asiente con la cabeza, satisfecho, y sigue mirando al resto de la clase.

Me doy cuenta de que me controla un poco cada vez que se le presenta la oportunidad: ya lo he visto mirarme de vez en cuando durante toda la excursión. Estoy empezando a ponerme nerviosa, no me gusta que me observen y para colmo necesito ir al baño. Levanto la mano para llamar su atención, me mira y sigue hablando ignorándome; ¿por qué me ignora? Vuelvo a levantar la mano más alto y esta vez no le queda más remedio que atenderme.

–¿Qué quieres? –pregunta enfadado. Ha sonado un poco fuera de tono y toda la clase se sorprende, están mirándome otra vez y yo sólo quiero ir al baño.

–¿Dónde están los baños?

–Aguántate ya queda poco –me recrimina.

¿Perdona? ¿Qué me aguante? Te vas a enterar, a mí nadie me habla así. Vuelvo a levantar la mano y él vuelve a ignorarme; lo llamo.

–Señor Torres.

–¿Qué? –me grita.

–Tal vez usted necesite seguir dictando el recorrido como si lo hubiera memorizado, pero yo necesito ir al baño, mis oídos lo agradecerán. ¿Podría decirme dónde está?

–¿Quién te ha dicho que haya memorizado lo que estoy diciendo?

–Pues es evidente, se traba a menudo como si se le olvidara el texto.

Toda la clase suelta una carcajada al unísono y observo como su vena se empieza a hinchar, está empezando a enfadarse de verdad, la imagen del increíble Hulk invade mi mente y me hace soltar una carcajada.

–¡Dios! ve al final del pasillo, allí está el baño.

–Gracias señor Torres, puede seguir con su dictado –le digo burlándome de él.

Sí, creo que se ha mosqueado, su cara está roja y me lanza una mirada de esas que matan. La verdad es que llego a pensar seriamente si me ha matado o aún estoy viva: mi corazón por un instante no da señales de latir. Me doy media vuelta y me dirijo al baño. Echo una ojeada hacia atrás y veo a toda la clase con la boca abierta, no los culpo, no es una escena muy común de ver entre un director de empresa y una alumna, y sé que tal vez debería haberme callado, pero es que ¡lo odio!

—

¡Ay! Exhalo un suspiro, menos mal que ya se fueron los estudiantes. Por fin puedo irme a casa y pegarme una buena ducha caliente, de esas que sientan tan bien que piensas que eres una persona nueva después de un día agotador, aunque si lo pienso, todos mis días son agotadores. Lo cierto es que debo reconocer que no ha ido tan mal, mi advertencia sirvió para mantener callada a esa niña durante todo el trayecto, excepto al final; pero a pesar de eso no ha ido tan mal, ¡no señor! Estoy cansado, contento pero cansado, y no importa, por muy cansado que esté me apetece una copa, así que voy a llamar a Hugo para que venga a casa mientras pedimos unas pizzas. Se lo debo después de dejarlo tirado; le pediré también que llame a Julio y así me disculpo por no asistir a su cumpleaños. Esto es perfecto, nada me gusta más que las cosas bajo control, y planear toda una noche en un minuto me pone de muy buen humor. Salgo de la ducha canturreando y me pongo el chándal de mi

equipo favorito. Uf, qué alivio, por fin sin corbata, si no fuera por el trabajo las quemaba, solo sirven para ahogarte.

Dónde estará el maldito teléfono, siempre lo pierdo, estoy seguro de que se esconde de mí para que no lo coja. ¿Dónde estás maldito? Lo encuentro debajo de unas carpetas en mi despacho, ¡aquí estás escurridizo! Me he salido con la mía y te he encontrado. Debo de estar loco si hablo con un teléfono móvil. Necesito compañía humana urgente o acabaré en un manicomio.

–¿Sí? –la voz de Hugo suena aburrida al otro lado del teléfono.

–Hugo, soy David ¿estás ocupado?

–Estoy jugando una partida a la Xbox, así que sí, estoy ocupado –me dice mientras se ríe.

–Se me había ocurrido que vinierais Julio y tú a mi casa a tomarnos unas copas.

–No digas más, voy para allá, yo me encargo de llamar a Julio.

Que fácil resulta tratar con Hugo, siempre está disponible para cualquier cosa; eso me recuerda que le prometí que saldríamos de marcha, pero hoy no, hoy mejor nos quedamos en casa. Iré preparando las cosas y llamando a la pizzería.

No pasan ni quince minutos y suena el timbre. La imagen de un hombre de pelo moreno que le llega más o menos hasta las orejas, completamente alborotado y grandes ojos azules aparece tras la mirilla.

–¡Joder, Hugo! pareces que vivas en el portal.

–Hay poco tráfico hombre, a esta hora todo el mundo está en casa.

–¿Cómo has subido?

–El portero me conoce –contesta como si fuera evidente la respuesta.

–¿Dónde está Julio? –pregunto extrañado.

–No puede venir, sabes que la novia lo tiene más que controlado –me hace una mueca de desaprobación con esa cara morena del sol gracias al running.

–No entiendo cómo puede dejarse manipular así, a mí me gusta más ser el manipulador –le sonrío con picardía.

–Sí, ya sé de tus preferencias, no hace falta que me las digas –menciona mientras coge una cerveza del frigorífico–. Y hablando de preferencias, ¿quieres que llame a algunas amigas? Seguro que estarán más que dispuestas a venir, y a una de ellas le gustaste la última vez, te prometo que no es la misma que me pidió tu número –me dice alzando las manos a

modo de defensa.

Intento acordarme de cuál es la chica de la que me está hablando sin resultados, pero caigo en la cuenta de que no me apetece compañía femenina hoy. Estoy de buen humor, pero prefiero fútbol, pizza y tumbarme en el sofá con una buena cerveza, quiero estar cómodo y a veces las miradas de las chicas tontas me ponen nervioso, así que le digo que no y nos ponemos a ver el fútbol.

–Oye –me dice en el descanso del partido mientras se llena la boca de ganchitos–, ¿qué tal es ser guía de un grupo de alumnos?

–Pues... no me gusta demasiado, pero en eso consiste mi trabajo. Al menos no me dieron problemas y se portaron bien.

Y es cierto, incluso ella se portó bien. Me quedo pensando en esa sonrisa forzada que ponía cada vez que la miraba y se me escapa una pequeña risa.

–¿De qué te ríes David? –Hugo me está mirando como si fuera un maldito loco de psiquiátrico, si supiera que antes hablaba con un teléfono móvil llamaba ahora mismo para internarme.

–Nada, estaba pensando en algo que me había pasado esta mañana.

–¿Se puede saber el qué? Yo también quiero reírme un poco.

No me apetece contarle nada, el trabajo es el trabajo, y siempre que puedo intento separarlo de mi vida personal, además, ¿cómo le voy a decir que estoy pensando en una chica que me ha humillado ya dos veces? Ni siquiera yo sé por qué pienso en ella... Sí, definitivamente me estoy volviendo loco.

–Vale, vale, no me lo cuentes –me dice resignado y vuelve a mirar el televisor–, seguro que es algún cliente ricachón de esos que tanto te ponen.

Le doy una colleja y nos reímos mientras terminamos de ver el partido; por suerte ya no me pregunta nada más. Hugo sabe perfectamente cuándo quiero hablar y cuándo no, y esta vez intuye que es mejor estar callado.

¡Dios! estoy cansadísimo, quiero irme a la cama ya, hace veinte minutos que Hugo se ha ido y me he quedado viendo la tele tienda. Vaya trastos inútiles que anuncian ahí, ¿qué persona normal y corriente vería sexy ese sujetador de abuela que tapa hasta el cuello? “Realza el pecho” dice la modelo. ¿Cómo demonios va realzar el pecho si no se ve? ¡Está totalmente escondido! No me entra en la cabeza, tal vez alguien tenga alguna fantasía con

alguna mojigata. ¡Buag! Mi imaginación me juega una mala pasada y acabo imaginándome cómo sería acostarse con alguien así, me dan arcadas solo de pensarlo y apago el televisor. No quiero ver más, me voy a la cama.

Estoy en casa, con una cerveza en la mano, intento terminar un trabajo de un cliente muy exigente pero llaman a la puerta y me vuelvo a desconcentrar, ¡por Dios! ¿Es que no puedo ni trabajar tranquilo? De nada me sirve apagar el móvil. Voy por el pasillo pensando que será el cartero o algún vecino que necesita algo, entonces abro y para mi asombro ¡es ella! Esa chica, esa chica que me humilla, que me llama borde y me pone de los nervios. Me quedo mudo, no sé qué decir, ni siquiera esperaba que estuviera en mi puerta. Ella entra sin esperar a ser invitada, me agarra el cuello y me planta un beso apasionado sin venir a cuento, yo la abrazo fuerte, sigue besándome pero esta vez con más ahínco respondiendo a mi pasión, sigue por favor, ¡no pares! dice la voz de mi interior. Vamos tropezando con las cosas del pasillo, pero me da igual, me gusta, me gusta que me bese de esa forma, apasionada. Me choco con el marco del enorme cuadro de Dalí que reposa en la pared de la entrada. ¡Mierda! ¡Joder! Acabo de caerme de la cama y me he chocado con la mesilla, pero... ¿qué demonios acaba de pasar? ¿He tenido un sueño erótico? ¿Y con ella? Prefiero a la mojigata del sujetador de abuela. Dolorido vuelvo a tumbarme en la cama e intento conciliar el sueño, sin embargo, me resulta imposible. ¡Bien, estupendo! digo irritado, ahora no puedo dejar de pensar en el sueño. Si ella besara así no me importaría que me humillara, ¿qué estoy diciendo? No puedo creer que esté pensando todo esto y es muy tarde para llamar a Hugo y pedirle que me interne.

Capítulo 3

Estoy en mi habitación estudiando Legislación Urbanística, es un tostón de asignatura, pero tengo el examen en breve. Como no quiero distracciones me pongo los auriculares del iPod donde suena una colección de diferentes bachatas. Es un género musical que me relaja, además de servirme para no escuchar tanto los ruidos que Elsa suele hacer para fastidiar. Lo hace a menudo cuando Jota y yo estudiamos, porque sabe que tenemos tiempo limitado para los estudios entre la universidad y el trabajo... pero ella utiliza exclusivamente esos momentos para hacer de las suyas. ¿Qué demonios estará haciendo con los muebles? Me estoy distraendo, así que vuelvo a concentrarme en mis apuntes. Cuando la canción llega a su fin, y antes de que empiece a sonar la siguiente, escucho gritos que proceden de la habitación de Jota. Parece bastante alterado, tendré que ir a ver qué pasa.

–¡No te acerques a mis cosas! –escucho a Jota gritar antes de llegar a la puerta de su habitación.

–¡Ya te he dicho que necesito el dormitorio! –chilla Elsa.

Me asomo con cuidado a la habitación y veo a Jota histérico sacando sus propias cosas de una caja y devolviéndolas a su sitio. Elsa tiene una sonrisa maligna y el panorama no me gusta nada. No quiero meterme pero tengo que defender a Jota sea lo que sea que esté pasando, porque seguramente sea culpa de esta mala víbora, como siempre.

–¿Qué pasa aquí? –tengo que alzar la voz para que me oigan.

–Viene su prima a dormir y quiere que ocupe mi habitación, según ella porque yo apenas duermo en casa –dice Jota con desprecio.

–¿Qué? No puedes hacer eso Elsa, Jota ha pagado un alquiler, tiene derecho a usar esa habitación cuando le dé la gana –menciono entrando en la habitación para ayudar a Jota a sacar sus cosas de la caja.

–Mi prima viene a pasar unos días y ya que Jota casi siempre duerme fuera pues utilizará su habitación, no veo el problema –nos está mirando con soberbia, como hace siempre que cree que tiene razón–. Además, no tengo por qué daros explicaciones, esta es mi casa, y en mi casa mis reglas.

Otra vez con las dichas reglas, ya le diría yo por dónde se podía meter sus malditas reglas.

–¿Que no ves el problema? ¿Que no ves el problema? –grita Jota con rabia mientras da vueltas de un lado a otro de la habitación.

–Elsa no puedes hacer eso, si tu prima quiere dormir aquí tendrá que ser en el sofá –me estoy empezando a alterar, y ver a Jota de esa forma no es de mucha ayuda–. Eres demasiado injusta, aguantamos muchas de tus tonterías y solo haces que tengamos cada vez más ganas de irnos de aquí.

–¿Acaso yo no os tengo que aguantar a ustedes? Todos los días llegáis tarde y para colmo me despertáis porque escucho la ducha a las tres de la mañana. Si estoy con un chico me cortáis el rollo, os retrasáis en el alquiler, y apenas puedo usar el salón porque la mesa está llena de papeles, planos, telas y no sé qué más tonterías vuestras.

–No saques el tema de los chicos porque tienes las de perder. Sabes que llegamos tarde porque trabajamos hasta tarde, solo nos hemos retrasado en el alquiler un mes, no seas exagerada, y si la mesa del salón está llena de papeles es porque es la única que nos dejas usar que es grande y caben fácilmente los planos, porque al parecer te molesta que estudiemos en la cocina, a saber por qué. En esta casa eres tú la egoísta.

Me estoy agitando demasiado pero ya no hay vuelta atrás, es demasiado tarde, una vez que he empezado a soltar todo lo que llevo dentro no puedo parar, debería, pero no puedo.

–Pero si quieres que te digamos lo que pensamos de ti siéntate porque nos llevará un buen rato.

–No voy a escuchar ni una sola palabra vuestra porque no soltaréis más que mentiras. Soy la propietaria perfecta y al contrario que vosotros yo no doy problemas.

–¡Ja! ¿La propietaria perfecta? ¿Pero tú has visto las absurdas normas que pones y te saltas a tu antojo? Cada día tengo más ganas de largarme de aquí –replica Jota.

–¡Pues lo tenéis fácil, ya sabéis donde está la puerta! –grita indignada.

Jota y yo nos quedamos allí pasmados sin poder creer que nos haya dicho eso de esa forma, ¡encima se indigna! Pienso acabar de una vez por todas con este rollo de convivencia.

–Jota, vamos ahora mismo a buscar otro sitio para vivir.

–Pero no tenemos dinero, al menos no el suficiente.

–Tiene que haber algo barato en algún sitio aunque sea en el barrio más cutre y más malo del mundo, pero prefiero mil veces eso a convivir con

esta bruja. Hemos aguantado demasiado.

Cogemos los abrigos y nos vamos dando un portazo. Le recomiendo a Jota que en vez de coger el coche caminemos un rato, seguramente nos relajaremos y tendremos menos riesgo de tener un accidente dado el estado de ánimo de los dos.

Vamos andando sin saber muy bien adónde. El ruido del tráfico, los murmullos de la gente que pasa por nuestro lado, todo parece ajeno, aún no me creo lo que acaba de pasar y mi mente está completamente en blanco. Miro a Jota y tiene la misma expresión de aturdimiento que yo, estoy segura de que se siente culpable por todo lo ocurrido. Miro a mi alrededor, buscando algún lugar en el que refugiarnos del estrés de la calle, me fijo en que estamos en una avenida en la que sería imposible encontrar algo de nuestro presupuesto, pero veo a Jota pararse varias veces a punto de llorar.

–Oye, no pasa nada, encontraremos otra cosa y seguro que mejor – intento consolarlo.

–Es que es difícil encontrar algo barato, todos los ahorros para irnos de viaje tendremos que gastarlo en una casa nueva, y sabes que llevo soñando con ese viaje desde hace años.

–No te preocupes por eso ahora, estoy segura de que podremos hacerlo, además siendo tú diseñador de interiores seguro que hasta el cuchitril más horrible lo conviertes en loft de lujo, Elsa morirá de envidia por tener ese loft.

–Algún día se arrastrará ante mí para que le decore su cutre casita y entonces obraré mi venganza. –dice elevando el puño hacia el cielo con un destello de rabia en sus ojos.

–Serás el mejor diseñador de toda la ciudad, incluso de la provincia, y tendrás muchísimo éxito, mientras ella acabará gorda, fea y con cinco hijos al borde de la ruina.

Consigo arrancarle una sonrisa, pero ahora soy yo la que tiene ganas de llorar. Es cierto que el viaje a Cancún era nuestro sueño desde que empezamos a trabajar. Ahora por culpa de una idiota tendremos que renunciar a él.

–Eres demasiado positiva Rebeca.

No tanto, pienso, si supieras...

Seguimos andando por una calle llena de edificios enormes pero con pinta de ser bastante caros, y la mitad de ellos los descartamos solo por los coches que hay aparcados, BMW, Mercedes Benz... Estoy a punto de señalar uno que parece más adecuado a nuestro presupuesto, cuando a lo lejos de toda la concurrida calle aparece Don Perfecto. ¡Venga ya! ¿En serio? Ni siquiera estoy cerca de su empresa y dudo mucho que viva en un edificio de estos, podría, pero dado lo prepotente que es vivirá en uno más caro.

–Jota, aligera el paso y no mires hacia la derecha –le digo en voz baja.

–¿Por qué? –se extraña.

–Tú no lo hagas y punto.

Aligeramos el paso y agacho la cabeza para pasar desapercibida entre la gente, pero es inútil, Jota se para en seco. Veo unos zapatos negros brillantes plantados frente a mí, levanto la vista y le lanzo una mirada llena de aborrecimiento.

–¡Vaya! –me dice divertido–. ¿Te has quedado tan impactada conmigo que me estas siguiendo?

¡Oh, Dios! sigue siendo un arrogante, pongo los ojos en blanco. Hoy no es un buen día para aguantar sus estupideces. Jota se queda al margen mirando a Don Perfecto. Sí, vale, Jota, es guapo, pero deja de mirarlo embobado o acabarás pareciendo estúpido. Intentaré quitármelo de encima cuanto antes no vaya ser que consiga amargarme más el día.

–¿De verdad crees que no tengo otra cosa mejor que hacer que seguirte, idiota? – le respondo lo más antipática que puedo.

–No me llames idiota.

–Pues no actúes como tal.

Parece molesto, tal vez no esté de humor hoy para aguantar mis insultos, pero ¡oye! Yo tampoco estoy para aguantar los suyos. Me está mirando raro, de arriba abajo, como si analizara lo que estoy pensando, no me gusta que haga eso, en serio... ¡para ya!

–Entonces como explicas que estés por esta zona –me vuelve a mirar despacio de arriba a abajo–, que no es digamos muy acorde con tu estilo.

Jota está aguantando la risa y a punto de soltarle qué hacemos allí, pero me adelanto, le doy un pequeño pisotón y tras una mueca de dolor se contiene y no dice ni una palabra. Don Perfecto parece estar pasándoselo en grande. Empiezo a pensar que es bipolar, hace un minuto parecía enfadado.

–No tengo que darte explicaciones de lo que hago o dejo de hacer, así que si no te importa déjame continuar mi paseo por esta zona, que digamos, no es muy acorde con mi estilo.

Empiezo a andar apretando el paso y le pego un pequeño tirón a Jota para que me siga, pero él camina sin apartar la vista de Don Perfecto.

–Lo has dejado alelado –me suelta riéndose mientras se vuelve para mirarme.

–Me alegra que te diviertas –le reprocho.

–Espera...espera... ¿ese era David Torres? –pregunta fascinado, alzando sus cejas perfectamente depiladas con un ligero arco hacia el final de las mismas.

–Sí, ese es.

–Madre mía, ahora entiendo porqué lo odias tanto, es estúpido, lo que te ha dicho no es que sea un piropo, aunque sigue estando bueno.

–Pues ya ves de qué le sirve. Sigamos buscando, pero mejor en otra zona, no quiero volver a encontrármelo.

—

Llego al restaurante donde he quedado con Hugo. Es un sitio elegante lleno de empresarios. Solemos frecuentarlo para almorzar, la comida es buena y el servicio excepcional, además Hugo siente predilección por las camareras y le gusta la que nos atiende, estoy seguro que en un par de días más conseguirá ligársela, siempre lo consigue.

–Llegas tarde –me reprocha.

–Lo siento, he tenido lío en el trabajo, tenemos un cliente exigente...

–Bla, bla, bla, no me interesa, no hemos venido a hablar de negocios.

Nos atiende la camarera de Hugo como siempre, a veces pienso que le paga para que venga a atendernos; o eso, o porque le dejamos buenas propinas.

–¿Lo de siempre? –pregunta ella.

–Sí, cariño, ya sabes cómo me gusta el pescado, poco hecho ¿eh?

Hugo la mira con sonrisa traviesa y ella se limita a reírse como una adolescente enamorada, creo que no se ha percatado de la broma. Dos días más y se la liga seguro.

–Y usted señor, ¿también lo de siempre?

–Sí, gracias.

–¡Eh! Tío– le digo en cuanto la camarera se da la vuelta–, ¿no deberías aspirar un poco más alto? Es una simple camarera, hemos ido a fiestas donde hay mucho mejor nivel y por supuesto mucho más guapas.

–Y sigo prefiriendo las chicas de tus fiestas, pero el uniforme de camarera es mi debilidad. Tal vez deberías hacer una fiesta en las que todas se disfracen de camareras, sería el paraíso –me contesta sonriéndome de oreja a oreja mirando hacia el techo; soñador.

Me viene a la mente el sueño que tuve anoche, y empiezo a imaginarme a aquella niñata vestida de camarera, besándome apasionadamente y siendo mía. Un escalofrío me recorre la espalda, solo de recordar que la he visto hace unos minutos...

Cuando la vi no me lo podía creer, pensé que estaba soñando de nuevo. Iba con alguien, un chico, rapado, bastante moreno de piel, atractivo, me atrevería a decir que de origen dominicano o cubano, no estoy seguro. Tenía que comprobar que era la misma y no una mala jugada de mi mente. Por eso me paré frente a ella y..., ¿quién demonios era ese? ¿Su novio? No puede tener novio, al menos yo no quiero que lo tenga. ¿Pero qué digo? Vuelve a la tierra David.

–¿Hola? ¿Estás aquí? –me pregunta Hugo agitando las manos delante de mi cara.

–Eh... sí, estaba pensando.

–David, déjate de rollos y dime qué te pasa, llevas días pensando y cuando te pregunto lo único que contestas es "nada", pareces una mujer, estoy pensando seriamente acostarme contigo.

–Bueno, verás, en la conferencia de la universidad había una chica...

–Ajá, así que se trata de una chica –me interrumpe y se recuesta en el asiento con mirada triunfante, como si adivinarlo hubiera sido un logro importante.

–Bueno, sí y no. Esa chica me pone de los nervios cada vez que me la encuentro y hace unos minutos me he topado con ella y con su... – ¿quién coño es ese tío?–, con alguien.

–¿Dónde está el problema?

–¿El problema?

–Para que estés tan pensativo todo el tiempo tiene que haber un

problema.

–No hay ningún problema, es que...

–Tío, me preocupas, no hay problema pero aun así no paras de darle vueltas a la cabeza, de verdad, ¿no serás mujer?

–¡Qué demonios!

Debo contarle toda la historia o acabará haciéndome un interrogatorio y riéndose de mí. Empiezo a hablar mientras la camarera trae los platos, lenguado poco hecho a la plancha para Hugo y entrecot de ternera para mí, toda una delicia en este sitio.

–Bueno, solo es una cría ¿no? No le des importancia –me dice cuando termino de explicarle todo lo acontecido en los últimos días–, a no ser que... –se pone las manos en la boca e imita un gesto de sorpresa–, que te guste.

–¿Estás loco? Ni siquiera es mi tipo, es más bien todo lo contrario, normal y corriente, nada espectacular.

–Vale, vale, era una suposición.

–Pues no supongas tanto –le contesto bruscamente.

Estoy molesto, y él se está riendo, lo que me molesta aún más. ¿Cómo mi mejor amigo puede hacer un comentario de ese tipo? ¿Acaso no me conoce lo suficiente? Sabe perfectamente que cuando una chica me gusta no me ando con rodeos. Que si me gusta dice, ¡está loco! y loco de remate, tal vez sea él el que necesite ir al manicomio. No le he contado el sueño, ni pienso hacerlo y menos ahora, además es cierto, ni siquiera es mi tipo. Es solo una chica normal, aunque debo reconocer que me llamó la atención nada más entrar en el aula de la universidad. Tenía un aire distraído que la hacía destacar de las demás, un pelo moreno largo y ondulado, con unos bonitos ojos marrones que apenas me miraban y yo deseaba que lo hicieran, unos labios carnosos que deseaba tocar, pero ya está, no hay nada más. No, definitivamente no es mi tipo. Las prefiero más deslumbrantes, más a mi altura. Como yo y mi estilo de vida, y desde luego ella no lo está.

Hemos quedado luego para salir de marcha, y como el cumpleaños de Julio quedó pendiente le hemos dado la opción de elegir el sitio. Él, encantado con la idea, nos ha prometido llevarnos a un buen local donde se liga bastante, pero no nos ha dicho cual, quiere sorprendernos. Esto último me da miedo. Julio se volvió un calzonazos desde que está con Cintia, y estoy seguro de que el sitio elegido será sugerido por ella, por lo que no creo que se pueda ligar

mucho, pero me lo merezco por no acordarme.

Canturreo hasta el armario de donde saco unos vaqueros, una camiseta gris y una cazadora marrón, me miro en el espejo del vestidor y me hago a mí mismo un gesto de triunfo ¡Perfecto! hoy ligo sí o sí, esté donde esté.

Julio nos está tomando el pelo, no podemos estar frente a una doble puerta de madera que tiene un rótulo donde pone "El meneíto", con la imagen de dos personas bailando lo que parece ser un... ¿tango?

–Julio, ¿estás de broma? ¿Este es el sitio ideal donde pasar tu cumpleaños y ligar? –le pregunto medio sorprendido y enfadado.

–Chicos no os pongáis así, entremos y si no os sentís cómodos pues nos vamos a otro lado.

–Pero ¿dónde demonios has encontrado esto? ¿En la propaganda que has leído mientras estabas en el baño?

–Venga entremos, luego os lo explico mejor.

Hugo y yo nos adentramos en el local muy desanimados, detrás de un Julio demasiado contento. Parece ser que nuestros planes para ligar acaban de fastidiarse. Me merezco que eligiera el sitio, pero esto ya es pasarse.

–Una señal y nos largamos ¿ok?

Hugo parece tenerlo claro, le guiño el ojo y asiento con la cabeza. Estoy seguro que duraremos cinco minutos, esto no tiene buena pinta.

¡Vaya! Al entrar me quedo pasmado. Lo cierto es que el pub está lleno, hay muy buen ambiente y eso me sorprende. Julio, nada más entrar, empieza a saludar a la gente. Hugo y yo nos miramos extrañados, necesitamos esa explicación ya.

El local se divide en dos plantas: la planta principal y la planta subterránea. La entrada está en la principal, tiene a la izquierda una larga barra de madera con taburetes. La pared es de un color granate que le da un aspecto acogedor. La sala está iluminada por unas pequeñas lámparas con bombillas en forma de vela. Pegadas a la pared, se encuentran las mesas de madera antigua con sillones blancos, situados alrededor de una barandilla también de madera, desde donde se observa la planta subterránea, que parece ser la pista de baile, donde las luces de colores y las parejas que bailan se funden en uno. A esta sala se accede a través de unas escaleras que se encuentran en dos de las esquinas de la barandilla.

Sorteamos a la gente hasta uno de esos sillones donde esperamos a que nos atienda la camarera. Voy mirando a todos lados en busca de algún indicio que me haga sentirme a gusto en este cutre local. No entiendo cómo puede estar lleno, parece un bar de carretera.

En la pista, las parejas bailan pegados una canción con ritmo lento, pero no es una balada, es algo diferente. Ya no puedo más, tengo que preguntar.

—¿Dónde estamos, Julio?

—Bueno, aquí suelo venir con Cintia, nos hemos apuntado a las clases de baile de salón que imparten aquí.

Ambos lo miramos sorprendidos, aunque no sé de qué nos sorprendemos, Cintia es capaz de convencerlo para que se haga una operación de cambio de sexo.

—¿Tú bailas esto? —pregunta Hugo a punto de soltar una carcajada y con un gesto rápido de muñeca imita un látigo.

Julio no parece molesto, sino más bien lo contrario, está a gusto, alegre y saluda a toda la gente que pasa por nuestro lado. Nunca lo había visto así, él siempre fue el más tímido. Era el amigo rubio, delgado, de pequeños ojos azules, que escondía tras unas pequeñas gafas de montura elegante. Nunca fue el extrovertido, ni el más guapo, siempre a la sombra de nosotros dos. Me sorprende que salude y hable con la gente tan natural, sin embargo, debo reconocer que el Julio que veo ahora me gusta más.

—Bueno, yo lo intento, es Cintia la que sabe, al parecer bailaba antes de conocerme y me convenció para que me apuntara.

Tanto Hugo como yo le volvemos a golpear con el látigo imaginario y Julio se mueve como si lo esquivara, nos reímos a carcajadas y vuelvo a la carga, tengo que saber qué planes tiene para traernos a este sitio.

—Sí, sí, sí, todo lo que quieras pero ¿cómo demonios vamos a ligar aquí? —intento averiguar si tiene algún plan para eso.

—Es fácil. Mira escuchad, todas las chicas que vienen aquí saben bailar un poco más o un poco menos, pero todas tienen algo en común, buscan alguien con quien salir a la pista.

—No has caído en algo importante —niego con la cabeza—: Hugo bailando es un pingüino borracho.

—¡Pues anda que tú! —me reprocha Hugo divertido—, pareces un mono

haciendo la danza de la lluvia.

Empieza a moverse de forma ridícula, moviendo los brazos en círculos exageradamente sobre su cabeza, incluso se rasca el pelo como si de un mono se tratara. Todos nos reímos, al menos no estamos aburridos y acabamos de llegar.

—A ver chicos, aquí a las chicas les da igual que sepas o no bailar, solo tenéis que decirles "me gustaría aprender a bailar" y está todo hecho. En serio, les gustan los hombres que se interesan por el baile. Otra cosa que os va a gustar es que en este tipo de baile se toca bastante a las mujeres y no pasa nada.

—Eso es cierto —digo mirando a la pista, mientras veo a una pareja bailando. El hombre le da una palmada en el culo a la chica y me sorprende al ver que no pasa nada y siguen bailando y riendo—; yo hago eso en la discoteca o en una de mis fiestas y es probable que me lleve una demanda por agresión —les digo señalando hacia ellos—, bueno, depende del calentón de la chica.

Los tres asentimos y volvemos a reírnos. Julio nos pide que le demos una oportunidad y decidimos dársela, al fin y al cabo se lo debemos.

Ando despistado buscando cualquier chica con la que ligar sin tener que pisar la pista de baile, parece una misión imposible. La música va cambiando, según Julio se llaman bachata, salsa, chacha y kizomba. Ahora suena una salsa y el ritmo no está nada mal, es pegadizo y distinto a lo que estamos acostumbrados. De repente, sin venir a cuento, Hugo suelta un grito que me sobresalta.

—¿Qué te pasa? ¿Acabas de ver un marciano de tu especie? —le pregunto burlándome de él.

—No —contesta sin hacer caso a mi comentario—, acabo de ver a la que será mi ligue de esta noche.

Nos apunta con la cabeza hacia la barra donde se encuentra una chica de espaldas a nosotros. Tiene el pelo largo ondulado hasta la cintura y viste con camiseta roja de tirantes, una falda corta negra, tan corta que dudo si lo que lleva es una falda o un cinturón. Está hablando con un tipo que me suena bastante, pero no logro recordar de qué. Intento pensar... Ese chico señala a dónde estamos y ella se gira. Entonces la veo. ¡Oh, no! Es ella otra vez.

Capítulo 4

Jota está bastante desanimado esta noche, nuestra búsqueda para encontrar piso nuevo fue un completo desastre: o demasiado caro o demasiado pequeño. Aunque el último que vimos nos gustó bastante, tendríamos que hacer

malabares para pagarlo, y eso que la propietaria se mostró comprensiva y amable, estaba dispuesta a rebajarnos el alquiler, pero continuaba saliéndose del presupuesto. Ya no se trata solo del viaje a Cancún, también hay que tener en cuenta los gastos de comida y los gastos propios. Imposible. Por suerte la noche pinta bastante bien, el local está lleno y eso significa un pelín más de propinas; pero aun así Jota sigue triste.

–Debemos seguir buscando –le digo, limpiando la barra en un momento que el local está tranquilo–. Podemos faltar a las clases mañana y salir a buscar; sigo pensando que tiene que haber algo adecuado para nosotros.

–Supongo –contesta decaído.

Nada, no dice nada más, sigue igual, como si le diera igual todo. No soporto cuando se pone así, es imposible hablarle. Me caliento la cabeza en cómo puedo hacer que se anime; si al menos pudiéramos bailar un poco para desconectar... pero hay muchos clientes y aunque el jefe nos deja bailar de vez en cuando, no queremos abusar.

–Nena, no te puedes imaginar a quien estoy viendo, ¡no te gires!, disimula –me dice inesperadamente con un destello en sus ojos.

Está maravillado, y cuando me da permiso con un pequeño movimiento de cabeza, me señala una mesa al fondo donde están sentados tres chicos. Con la luz tenue del local apenas puedo verles bien la cara. Muerta de curiosidad por saber quiénes son esos chicos que han conseguido esa reacción en Jota tan de repente, los observo bien y me fijo en que no tienen bebidas. Le digo a Jota que yo me encargo de atenderlos y él asiente nervioso sin quitarme ojo de encima. Mientras voy caminando hacia ellos, puedo distinguir el rostro de uno de ellos. ¡No puede ser! Otra vez el estúpido este. ¿Qué hace aquí? Ahí está, recostado en el sillón, con una mano apoyada en el respaldo y mirándome con expresión chulesca. Me entran ganas de darme media vuelta y volver a la barra, pero sería poco profesional, así que con total desgana me dirijo a su mesa.

–Podría decir que eres tú el que me está siguiendo, ¿no crees?

Miro a los que le acompañan. Uno de ellos no lo conozco, pero es bastante atractivo, es moreno con el pelo un poco largo, lleva barba de varios días y ojos azules, tiene una nariz chata muy graciosa. No está nada, pero que nada, mal. El otro sin embargo es Julio, un alumno nuevo de las clases. Suele venir dos o tres veces por semana con su novia Cintia. Por lo visto las casualidades existen.

–Hola Julio –saludo con alegría. El chaval me cae bien, su novia no tanto, es un poco prepotente–. ¿Dónde está Cintia?

–Está en casa, hoy es noche de chicos. Te presento a mis amigos. David y Hugo.

Don Perfecto y su otro amigo, Hugo, al cual saludo con una sonrisa tímida, se giran hacia él y lo miran con sorpresa y descaro, pero no estoy segura de qué es lo que les sorprende.

–Respondiendo a tu pregunta de antes –me dice Don Perfecto, recobrando su protagonismo–, no, no te estoy siguiendo, solo he venido a este sitio...

–¿Que no es muy acorde con tu estilo? –le interrumpo.

Veo como su cara cambia de sorpresa a enfado en una milésima de segundo, otra vez la bipolaridad, pero me da igual, lo cierto es que me divierte hacerle eso. Fuerzo una sonrisa como la que me obligaba a poner en su empresa, eso también es divertido y sé que lo pone de los nervios.

–¿Vas a echarme en cara cada cosa que te diga?

–Mm... Sí, creo que sí, es más divertido.

–¿Qué haces tú aquí? –me pregunta.

–A ver... déjame pensar... –me llevo la mano a la barbilla y la acaricio con gesto pensativo–, llevo uniforme y una bandeja en la mano, suelo vestirme así para salir de marcha –le respondo sarcásticamente–. ¿Qué te crees que hago?

Él frunce el ceño y dirige su bonita mirada a la pista de baile haciendo caso omiso a mi comentario. Los ojos atónitos de sus amigos pasan de él a mí, como si no creyeran lo que están viendo, y eso tampoco entiendo muy bien por qué lo hacen.

–Bueno, ¿qué vais a tomar? –digo intentando que esta situación cobre sentido.

–Yo tomaré una cerveza.

–Yo también –dice Julio.

–¿Y tú? –le pregunto a Don Perfecto, pero sigue mirando a la pista y me ignora como de costumbre–. Está bien, creo que te pondré un cerebro, pero no sé si lo tenemos del tamaño de tu cabeza. Enseguida vuelvo.

Sé que me ha escuchado porque su cara se gira de inmediato y me echa una mirada de las suyas, de advertencia, como diciéndome “no sigas por ahí”,

pero yo me marchó con la cabeza alta. Miro por encima de mi hombro y veo que él está enfadado y sus amigos están boquiabiertos, riéndose de él. Sonrío maliciosa, le digo a Jota el pedido y le cuento lo que acaba de suceder. Mientras Jota se encarga de sus bebidas con gesto de desaprobación, los observo. Él ha vuelto a mirar hacia la pista, su amigo, el guapo, no para de mirarme y Julio tararea la canción que está sonando. Me doy cuenta de que me gusta gastarle bromas, además es demasiado fácil, no suele responder o tarda en hacerlo, pero tengo la sensación de que la cosa no ha terminado ahí. Cuando las bebidas están y voy a servirles, Luis, uno de los bailarines que suelen dar espectáculos en el local, quiere hablar conmigo, así que coge el relevo Marta y ella los atiende. Marta es otra de mis mejores amigas, trabaja con nosotros desde la apertura del local, es una chica sencilla y muy guapa. Tiene el pelo a la altura de los hombros, de color castaño con destellos rubios y bastante liso, unos ojos achinados color miel que transmiten ternura y su piel es pálida, es una chica dulce y encantadora. Sabrá como relajar la tensión que yo he creado. En parte me alegro de que Marta los atienda, me evitaría un enfrentamiento con él, porque estoy segura que me iba a decir cualquier cosa por haberlo dejado mal. Tal y como hizo en la universidad.

Me dirijo al almacén privado donde me espera Luis. Estoy muerta de curiosidad. ¿Qué querrá un bailarín que tiene a cuarenta personas por clase y ofrece espectáculos de baile, de una persona como yo? Aunque trabajemos juntos casi todos los días nunca hemos cruzado más de dos palabras, digamos que él está en otro nivel. Nuestra relación se limita a un hola y adiós. Me intimida, aunque físicamente no es nada deslumbrante. Su pelo negro peinado a la última, sus ojos marrones y alegres, no me dicen nada. Tampoco es muy alto que digamos. Supongo que lo que me intimida es quién es, no por cómo es, pero esta vez quiere hablar conmigo.

–¿Ocurre algo? –pregunto preocupada.

–No, no. Tengo que hacerte una proposición –me estoy asustando y estamos solos en el almacén, sea lo que sea quiero que me lo diga ya–. Verás, mi pareja de baile se lesionó esta tarde en uno de los ensayos.

–Lo sé, por desgracia lo vi. Espero que se encuentre mejor.

–El médico le ha mandado reposo absoluto durante un mes.

–¡Oh! Lo siento mucho.

–Como comprenderás necesito otra pareja. Te he visto bailar ahí abajo varias veces y me gusta cómo te mueves y cómo disfrutas bailando. Se me ha

ocurrido que la sustituyas durante el mes que estará de baja.

Me quedo sin palabras, no sé qué decir, a ver. Seamos sinceros, me gusta bailar pero nunca me había planteado hacer lo que ellos hacen, tiene que ser difícil bailar para un público, todo el mundo pendiente de lo que haces y con mi miedo escénico dudo que sea capaz de hacerlo bien.

–Bueno –tartamudeo y empiezo a frotarme las manos sin parar como hago cada vez que estoy nerviosa–, yo no creo que esté preparada para eso que me pides, necesitas una persona con nivel. Tú y yo nunca hemos bailado juntos y para hacer eso bien hay que tener compenetración como mínimo.

–Eso se arregla fácil, ahora mismo bailamos y decides si te sientes cómoda o no, aunque lo cierto es que necesito una respuesta inmediata, pero bueno bailemos y decides ¿vale?

Me quedo allí parada como una estatua, tengo que hacer una fuerza descomunal para que mis piernas respondan y cuando por fin lo hacen, me veo bajando la escalera que da a la pista, bajo la atenta mirada de Jota, Marta y Don Perfecto. Luis me guía hacia el centro de la pista. ¿Por qué mira Don Perfecto? ¡Ay no, por Dios! Necesito concentrarme, no lo voy a conseguir, me voy a caer y haré el ridículo, estoy nerviosa, muy nerviosa. En cuanto suena la salsa mi cuerpo empieza a bailar sin yo haberle dado permiso, va por su cuenta y por la cara de Luis no lo estoy haciendo del todo mal. Decido dejarme llevar y disfruto de la música, del ambiente, de la gente de alrededor que se divierte, de Luis y aunque no sé por qué, de la mirada de Don Perfecto.

—

Tanto Julio como Hugo me están mirando sorprendidos. Estoy seguro de que se preguntan lo mismo que yo, ¿por qué demonios no le he respondido? No soy una persona que se deja intimidar fácilmente, sin embargo, ella consigue dejarme siempre sin palabras. Todavía no sé por qué. Solo consigue mosquearme, y aún me queda lo peor: las burlas de mis amigos. Esto no va a quedar así.

–David, ¿no me digas que esa es la chica de la que me hablaste esta tarde?

–¿Qué chica? –me hago un poco el tonto, pero a juzgar por la expresión

de Hugo, es inútil, mi cara parece delatarme.

–La alumna esa, la que te ponía nervioso.

–¡Ah, esa! Sí, la misma, pero no sabía que trabajaba aquí. De hecho si lo hubiera sabido ni siquiera habría entrado

–Se llama Rebeca –dice Julio participando por fin en la conversación.

Rebeca... ¡Ya era hora de ponerte nombre! No estoy seguro de que lo que acabo de decir sea muy cierto. ¿Es probable que si supiera que trabajaba aquí no habría venido? ¿O habría venido antes? No lo sé, esta chica despierta en mí un interés muy extraño.

No está por ningún sitio, después de irse con el pedido no la he vuelto a ver y esperaba que volviera para poder vengarme por lo de antes. Miro a todos lados, buscándola, pero hay tantísima gente que es imposible encontrarla, ¡vamos! no puede ser tan difícil. No está en la barra, acabo de mirar, tampoco en la pista o al menos no la veo, y por nuestro lado seguro que no ha pasado, ¿dónde estás?

–Pues oye, tu amiga no baila nada mal.

Hugo me saca de mis pensamientos señalando la pista de baile. Y ahí está: bailando con un chico que parece poca cosa. Inconscientemente me acerco a la barandilla para mirarla mejor y entonces la veo. Una chica feliz, que irradia alegría. Su pelo ondea al viento con cada giro que da, está diferente, transmite paz y tranquilidad, parece muy segura de sí misma, como si olvidara que debe mantener el equilibrio. Se mueve de forma elegante por la pista, y entonces lo entiendo. Mientras baila se siente especial, importante, solo existe ella y su baile, su música. Es dueña de su mundo. De vez en cuando echa una mirada nerviosa a donde estoy. No me importa, no me importa que me vea mirarla, me gusta verla así, es una visión preciosa, se ve tan frágil... No parece la misma chica agresiva e insolente que he conocido días antes. Ya no quiero vengarme, solo quiero conocerla más, conocer a la chica que estoy viendo ahora mismo. Cuando la canción termina, ambos se funden en un abrazo, frunzo el ceño, ¿por qué se abrazan? No me gusta eso.

Julio y Hugo me están mirando desconcertados, llevo allí parado en la barandilla un buen rato. Sueltan una risita mientras cuchichean entre ellos, pero me da igual. Solamente quiero acercarme a ella que se dirige a la barra y empieza a hablar con... ¿pero quién demonios es ese tipo que siempre está a su lado?

–Oye Julio, ¿por casualidad sabes quién es el tipo de la barra? Aquel que habla con Rebeca.

Mira a la barra y asiente con la cabeza, pero me mira extrañado. Imagino que querrá saber porqué me interesa eso.

–Es su mejor amigo.

–Creí que era su novio, no se despegan ni un momento.

Julio empieza a reírse a carcajadas, no entiendo porqué se ríe, tampoco es algo tan raro. Una chica como ella puede tener novio. ¡Ojalá no lo tenga!

–Estoy seguro de que ese tipo prefiere a tipos como tú.

–¿Es gay?

–David, me preocupas –dice muy serio–. ¿Desde cuándo te falla el radar gay?

–Desde que anda embobado por esa chica –responde Hugo riéndose–, la que iba ser mi ligue. Que sepas que me has jodido la noche.

–No estoy embobado, no me van las camareras.

Las camareras no, pero ¿las bailarinas? Intento no parecer enfadado, pero lo cierto es que lo estoy, estoy enfadado conmigo mismo. No entiendo nada. Jamás me había hecho tantas preguntas sobre una chica, o me gustan o no. Me levanto y los dejo ahí riéndose como locos, ya estoy harto de tantas burlas. Me dirijo a la barra donde se encuentra Rebeca y su amigo, pero están tan enfrascados en una conversación, que no se dan cuenta de que me he sentado a su lado y no puedo evitar escuchar lo que hablan.

–Está decidido Jota, mañana en cuanto nos levantemos volveremos a buscar piso.

–Ya no tengo ganas Rebeca, aguantemos a Elsa como podamos y ya está. No quiero vivir en un zulo, ni tampoco gastarme un dineral en un alquiler.

–Me parece bien que te rindas, pero yo no lo haré, haz lo que quieras. Mañana salgo a buscar piso, no pienso amargarme la vida por culpa de esa bruja y tú tampoco deberías.

Inesperadamente me mira. Me lanza una mirada llena de cansancio, pero también de desprecio, el brillo que alumbraba sus ojos mientras bailaba ya no está. La chica feliz y risueña de minutos antes ha desaparecido y vuelve a ser la chica que conocí, la borde e insolente.

–¿Qué quieres?

–Hablar contigo.

–Pues yo no quiero hablar contigo, no estoy de humor para tus reproches, estoy cansada y tengo que trabajar.

–Solo será un minuto.

–Señor Torres, por favor, déjeme en paz, se lo pido por favor –me suplica.

Es la primera vez que la escucho hablar así. En sus ojos una lágrima está a punto de salir y de verdad parece cansada. Le lanzo una mirada compasiva y vuelvo con mis amigos. No quiero verla llorar y mucho menos ser la causa. No me gusta que las mujeres lloren, la mayoría lo hacen para conseguir lo que quieren y eso me cabrea, es una forma muy rastrera de conseguir las cosas, pero creo que esta vez no se trata de eso.

Me paso el resto de la noche viéndola trabajar, no para quieta. Sirve en la barra, limpia y atiende las mesas. De vez en cuando algún hombre se le acerca, le pide bailar y ella accede a pesar de estar cansada. No estoy seguro de que eso sea parte de su trabajo, pero no pregunto, me mantengo callado durante el resto de la noche mientras mis amigos charlan sobre la última vez que cogieron una buena borrachera. Yo, sin embargo, estoy ausente, pendiente de ella, que está triste y hace un gran esfuerzo por ocultarlo, me da pena. Por supuesto por nuestra mesa ni se acerca, nos atiende otra camarera, la misma chica de la primera vez. Creo que dijo su nombre, pero no lo recuerdo. Al parecer, por lo que he podido oír, están buscando casa desesperadamente y no encuentran nada adecuado. ¡Oh joder! ¡Lo tengo! la mejor idea que he tenido desde hace varios días.

–Hugo, tú eres abogado, podrías prepararme los papeles de alquiler de "el picadero".

–¿Qué? ¿Estás loco? ¿Alquilar "el picadero"?

–Sí, conozco alguien que necesita casa y estoy dispuesto a alquilar ese piso.

–¡Qué demonios! ¿Eres consciente de lo que haces? –contesta enfadado–; alquila otro, no voy a permitir que hagas esa locura.

–Hugo, límitate a hacer el papeleo ¿vale?

–Está bien, que sepas que no estoy de acuerdo. Cometes un grave error, pero como quieras. Mañana me paso por tu empresa y redactamos las cláusulas.

–Perfecto.

No estoy muy seguro de lo que voy hacer, apenas la conozco y lo poco que conozco de ella me pone histérico. Pero sé que la persona que vi en la pista de baile está ahí, en algún lugar dentro de ese cuerpo perfecto, y esa es la persona que quiero tener cerca. Sería una buena forma de tenerla vigilada y de conocerla mejor. Ahora solo tengo que esperar que ella acepte y por lo que he podido observar me va costar bastante que lo haga.

Cuando la gente se va marchando y el local queda más vacío, me acerco a ella. Está limpiando una de las mesas cercanas a la barra, parece más tranquila pero me ve y su expresión se vuelve más dura, enojada.

–¿Otra vez? Por favor, déjame en paz.

–Creo que deberías escucharme, te hablo en serio.

–Y yo creo que deberías marcharte, te hablo en serio.

–Siéntate, tengo algo que decirte.

–Ya he tenido suficiente por hoy, señor Torres. Hay mil chicas ahí a las que fastidiar, por favor déjeme en paz.

–Siéntate y escucha –le ordeno.

No sé si es por el cansancio o porque piensa que así me iré más rápido, pero obedece.

–¿Qué quieres?

–Escuché antes que estabas buscando casa para vivir.

–¿Me estabas espiando? –me dice irritada.

–No, es que me senté a tu lado y lo escuché todo sin querer.

–Eso no es excusa.

–Bueno, sé que apenas nos conocemos, aun así quiero proponerte algo.

–Otro con las propuestas, vaya día –resopla.

No entiendo muy bien qué quiere decir con eso, y me quedo un poco confundido, pero como no quiero que se vaya antes de que le diga lo que tengo que decirle me concentro y vuelvo a la carga.

–Verás, tú buscas piso y yo tengo uno. Estoy dispuesto a alquilártelo. Se queda en silencio mirándome con ojos como platos, creo que es la primera vez que la veo quedarse sin palabras. Se rasca la cabeza y la ladea ligeramente.

–¿Que estás, qué?

–Por Dios atiende, no me gusta repetir las cosas, he dicho que te alquilaría mi piso.

–¿Estás de coña? No creo que pueda permitirme el alquiler de un piso tuyo.

–Bueno, puedes echarle un vistazo, mirar el presupuesto y decidir luego, ¿qué tienes que perder?

–Pero vamos a ver, trabajo de camarera, ¿de verdad crees que podría pagarte un alquiler? Siendo tú, el piso será caro seguro.

–Eso no lo sabrás hasta que no lo veas, ¿qué dices entonces?

Parece dudar y mira hacia la barra donde se encuentra su amigo prestando atención. Él asiente con un rápido movimiento de cabeza, pero en cuanto ve que lo miramos disimula sin éxito.

–Bueno, podría verlo, pero con una condición.

–Dime, ¿cuál?

–En el caso de que acepte, que lo dudo mucho, Jota viene conmigo... a vivir –recalca

–No hay problema, hay sitio para dos; entonces quedamos mañana para enseñártelo.

–Estoy tan cansada que no sé ni lo que digo, pero está bien, enséñamelo.

–Bueno, si te pones así...

Hago ademán de quitarme el cinturón, mientras la miro y le sonrío de forma ligona.

–¡Vete a la mierda! –me contesta bruscamente y se levanta largándose de allí.

–Era una broma –le grito.

–Pues no ha tenido gracia.

La sigo hasta la barra, donde entra con aire enfadado y se pone a limpiar los vasos con tanta fuerza que pienso que alguno acabará explotando.

–Entonces, ¿dónde te recojo mañana?

Su amigo... Jota, creo recordar que se llama, me apunta una dirección en un papel. Ella le fulmina con la mirada mientras con las manos le hace entrever la paliza que le dará luego. No parece importarle, está bastante emocionado.

–Ni se te ocurra ir ahí –me dice.

–Hecho, mañana a las diez de la mañana estaré en esta dirección.

Gruñe. Me doy media vuelta satisfecho porque he conseguido lo que quería, o al menos parte de ello. Ahora queda la parte más difícil, hacer que

accepte.

Estoy tumbado en mi cama a oscuras, pero estoy despierto. La veo en mi cabeza, feliz, en paz y con esa preciosa sonrisa. Girando y girando sin parar hasta quedarme dormido.

Capítulo 5

Jota me está metiendo prisa, está entusiasmado, da vueltas por la casa pegando saltos, a pesar de mis advertencias de que no se ilusione demasiado, porque probablemente no podremos permitirnos ese dichoso piso, pero por echar un vistazo, ¿qué tenemos que perder?

Cuando suena el timbre, sale corriendo escaleras abajo para abrir. ¡Joder, es temprano! aún no estoy vestida y cojo lo primero que pillo. Vaqueros, camiseta beige y cazadora de cuero marrón, “así está bien” le digo a esa chica con pelos de loca que me mira desde el otro lado del espejo.

–Rebeca, date prisa, ya ha llegado –me grita Jota.

Tropiezo bajando la escalera con las prisas y Don Perfecto suelta una risita. Ya empezamos, resoplo y lo miro con desaire, pero él permanece ahí parado riéndose disimuladamente. Elsa se asoma desde la cocina para saber qué ocurre; nada más verlo, se le iluminan los ojos y se coloca bien su melena rubia antes de salir al rellano donde estamos todos.

–¿No me presentáis a vuestro amigo? –dice en tono amable y provocador justo cuando nos vamos a ir.

No, vuelve a lo tuyo hipócrita. No tengo ganas de que nos estropees el

día con tus locuras y mucho menos que lo retengas aquí. Cuanto más tiempo estemos fuera mejor, pero lejos de hacer caso a mis pensamientos, se acerca a Don Perfecto, ¡qué frustrante es esta chica!

–Hola, soy Elsa.

Le da dos besos y le sonrío coqueta pestañeando más rápido, como si con eso lograra captar su atención, por favor no le entretengas, suplica una voz en mi interior. A Don Perfecto no parece causarle muy buena impresión, es más, se aleja de Elsa un par de centímetros, se mantiene indiferente, no se presenta y nos mira aburrido, como si la escena se repitiera en su vida constantemente. Jota y yo nos miramos asombrados y ambos esbozamos una pequeña sonrisa de maldad. Nos divierte ver esta escena, no es muy habitual que le den calabazas a Elsa, pero a pesar de eso quiero salir de ahí cuanto antes. Como no está familiarizada con este tipo de desatención, empieza a ponerse nerviosa.

–Él es Don Per..., David Torres –me apresuro a corregir antes de que vuelva a abrir la boca.

¡Mierda! casi me equivoco. Me mira extrañado. Gracias a Dios olvida lo que he dicho y sale por la puerta sin mediar palabra. Dejamos a Elsa atrás irritada, no está acostumbrada a que la ignoren de esa forma. Eso me pone contenta y me da la sensación de que a pesar de todo hoy nos espera un buen día. Jota y yo salimos por la puerta riéndonos y mirándonos con complicidad, cuando al girarnos, vemos a Don Perfecto esperando apoyado en un coche plateado impresionante.

–Es un BMW M6 gran coupé –nos dice al ver la cara de asombro que tenemos–, [motor v8, BMW M TwinPower Turbo, cambio de doble embrague M de siete velocidades. Es el modelo más nuevo.](#)

–[Esto... perdona..., que yo sepa se trataba de alquilarnos un piso, no de vendernos un coche –opino mientras Jota y yo nos montamos.](#) Mira hacia los asientos traseros elevando una ceja como si no creyera lo que está oyendo y emite un suspiro.

–Eres encantadora, ¿lo sabías? –me dice irónico arrancando.

–Lo sé.

El motor ruge con fuerza y nos mezclamos entre el tráfico. Él mira por el espejo retrovisor y diviso en su cara una pequeña sonrisa. El trayecto parece que va a ser eterno, pues reina un silencio sepulcral en el coche y la tensión se palpa en el ambiente. Don Perfecto parece darse cuenta e intenta

amenizar el camino con un poco de música. Para mi asombro suena "There goes my baby".

–¿Usher?

–¿Lo conoces? –pregunta extrañado.

–Me gusta, ¿por qué te parece tan raro?

–Creí que solo escuchabas música latina. No te imaginaba escuchando este tipo de género.

–Tú tampoco tienes pinta de escuchar este género musical, y mira.

–A ver listilla, ¿qué tipo de música se supone que me debería gustar?

–No sé, clásica, ópera, no sé qué tipo de música escuchan los pijos niños de papá.

–No soy un niño de papá y tampoco un pijo.

No voy a contestarle porque no quiero enfadarle, al fin y al cabo ha tenido el detalle de recogernos. Vamos pasando calles y calles. Hay mucho tráfico. A medida que avanzamos mi preocupación aumenta. Estamos pasando por las zonas más adineradas de Madrid, y sin querer empiezo a frotarme las manos, intranquila. Jota me da un golpe en ellas para que me esté quieta, lo estoy poniendo nervioso, yo estoy histérica y cada minuto que pasa más aún. El coche se detiene y acciona un mando que abre una enorme puerta de garaje subterránea, ¿tiene garaje? ¡Oh no!... más caro. Mi ansiedad aumenta.

Al entrar por el garaje no he podido observar la fachada del edificio: está en el lateral, pero eso ahora no me preocupa, me preocupa más lo que quiere enseñarnos. Subimos el ascensor hasta la octava planta. Cuando llegamos, Don Perfecto sale al pasillo con paso decidido y nosotros lo seguimos mirando a todos lados. Él parece olvidarse de que va acompañado, está sumido en sus pensamientos y ni siquiera habla. Se detiene en una puerta de madera normal y corriente, que tiene una elegante letra D colocada sobre la mirilla.

–Ya hemos llegado, bienvenidos a mi casa, bueno, mi otra casa.

Entramos despacio sin saber que esperarnos, y cuando conseguimos pasar del rellano, nuestra cara se ilumina. ¡Oh, Dios mío! Es un piso enorme. La cocina es grandísima. Muebles blancos en armonía con una encimera de mármol negro y electrodomésticos de última generación, separada del salón por una barra americana que sigue la línea de colores de la cocina, con taburetes a juego. El salón... que decir del salón... tiene un enorme ventanal y

¡chimenea! de gas, pero ¡chimenea! Tanto los muebles como el sofá son blancos, todo blanco, precioso y moderno. Don Perfecto nos va guiando, nos enseña el aseo y las tres habitaciones, dos de ellas con sus propios baños. Lo miramos asombrados, sin embargo, él parece contento, supongo que le agrada que nos guste, tal vez con la esperanza de poder recibir un dinero extra. Dudo que le haga falta, pero los ricos siempre quieren más. Jota está fuera de sí, no sabe qué hacer, ni a dónde mirar, pero es normal yo me siento igual, deslumbrada, no encuentro palabras para describir lo que estoy viendo.

–Te gusta el blanco ¿eh? –consigo decirle.

–No es que sea mi color favorito, pero es un color neutro. Pensé que lo alquilara a quien lo alquilara, se sentiría cómodo y a gusto con él.

–Yo creo que solo por tener baños propios en cada habitación, ya se habría sentido a gusto cualquiera.

–Entonces, ¿te gusta?

–¿A mí? Lo que más me gusta es la chimenea –digo mientras le señalo la chimenea a Jota entusiasmada.

–Bueno, pues acéptalo.

–Yo no soy cualquiera –le digo burlona, aunque todavía en estado de shock–. Ahora hablando en serio, ¿dónde está el truco? ¿El baño está roto? ¿Tiene ratas? porque no me creo que nos hayas traído hasta aquí para alquilarnos esto sabiendo donde trabajamos.

Don Perfecto coge un papel y apunta algo. Jota y yo lo miramos con curiosidad, y cuando nos enseña el papel nos quedamos boquiabiertos. En el papel está apuntada la cifra de lo que pide por el piso y es realmente muy poco. Él sonríe y me mira sentándose en uno de los taburetes de la cocina.

–¿Qué opinas?

–Que nos estas tomando el pelo. No creo que pidas esto por este piso, así que basta de bromas y vámonos.

Me estoy empezando a enfadar, no sé de qué va, ni por qué nos ha gastado semejante broma.

–No es ninguna broma.

–Entonces, ¿dónde está la trampa?

–Os lo dejo a ese precio..., si cenas conmigo esta noche.

¿Qué? así que ese era el truco. ¿Una cena a cambio de un alquiler? Es muy raro. Miro a Jota que tiene pinta de estar alucinando y asiento con la cabeza rápidamente medio suplicándome.

–¿Seguro que no es ninguna broma? –le pregunto seriamente.

–Para nada. Es más, si aceptas, podéis firmar ahora mismo el contrato, la única condición es que tienes que aceptar esa cena.

Empiezo a leer el contrato pero no me entero de nada de lo que estoy leyendo, solo estoy pensando en el precio del alquiler y el piso. Lo cierto es que ya me veo viviendo ahí, sin Elsa, sin preocupaciones. Además esta oportunidad nos da para ahorrar muchísimo más. Quiero aceptar, pero no sé si está jugando con nosotros o va en serio. Sigo pensando que se trata de una broma muy pesada. Habrá que arriesgarse, me digo a mí misma, si sale mal al menos lo hemos intentado, pero, ¿y si sale bien?...

–Está bien, acepto.

–Genial, debéis firmar aquí y listo, todo vuestro.

–¿Y ya está?

–Bueno, después de la cena. Ahí te daré las llaves.

–Solo una condición –le digo apuntándolo con el bolígrafo en la mano antes de firmar– el sitio lo elijo yo.

–Tú y tus condiciones, vale, está bien.

–¡Ay Dios! ¡Ay Dios! Vamos a vivir aquí –chilla Jota eufórico, pegando saltos–; hay que añadirle un poco de color a esto ¿eh? ¿Se puede? – casi le suplica, mira a Don Perfecto con ojos de corderito, cuando se pone así es casi imposible negarle nada.

–Claro. Iba a contratar un diseñador de interiores para mejorarlo, pero no he tenido tiempo.

–Él estudia el último curso de diseño de interiores –le comento distraída mirando la chimenea del salón.

–Entonces, contratado. Estoy seguro que harás un buen trabajo.

A Jota está a punto de darle un infarto. Tiene la cara blanca, se ha quedado parado como una estatua y cuando reacciona lo único que hace es correr a abrazar a Don Perfecto y decirle "eres mi héroe"

Vaya mañana. Ahora solo queda empaquetar y prepararme, porque aparte de tener piso nuevo, tengo una cena. Estoy muy ilusionada, pero... ¿por qué? ¿Porque viviré en un piso enorme? ¿O porque cenaré con un chico guapísimo? Me da igual, perderé de vista a Elsa de una vez. El día no puede ir mejor.

Como consecuencia de estar toda la mañana con el tema del piso, he tenido que aprovechar la tarde para ir a la empresa. Claudia no para de pasarme trabajo, así que he decidido llevármelo a casa y terminarlo esta noche después de la cena, ¿o es una cita? No estoy seguro, de lo único que estoy seguro es que estoy muy nervioso. Esta chica es imprevisible. Aún no sé cómo he conseguido que aceptara el piso. Creo que se lo debo a su amigo, sin él habría sido imposible, eso seguro. Estoy mirando el reloj todo el tiempo, se ríe de mí, porque cada vez que miro marca la misma hora. Son las siete de la tarde y hemos quedado a las nueve en punto, debo irme a casa a prepararme, no quiero llegar tarde. Por lo poco que la conozco creo que esta mujer es capaz de no perdonarme por ser impuntual y lo que es peor me lo echaría en cara a cada momento. Espero que la ducha me relaje, porque si sigo así me acabará dando un ataque.

Las 20.45. Estoy en su puerta llamando al timbre y temblando como un flan, he llegado más temprano, pero no podía esperar más, estaba inquieto en casa. ¿Qué me pasa? Parezco un quinceañero en su primera cita. Me abre la puerta su compañera... ¿Elsa, podría ser? Soy malo para recordar nombres, aunque su cara sería difícil de olvidar, es muy guapa. Me mira entusiasmada y me hace pasar.

–Hola –me dice con voz chillona.

–Hola... esto..., vengo a por Rebeca.

–Ah... Rebeca, ahora baja supongo.

Su cara cambia y con una mueca de desprecio y una sacudida de cabello se aleja dejándome en el salón, sin saber muy bien qué hacer. El salón es pequeño, ahora entiendo porqué les encantó el mío. Voy mirando distraído las fotos. Casi todas parecen reportajes de estudio fotográficos, aunque solo sale Elsa, no parece que viva nadie más en la casa. Cuando estoy a punto de sentarme en el sofá, aparece de nuevo.

–Si Rebeca no puede ir, ¿podría yo ir en su lugar?

–¿Por qué? ¿Le pasa algo? –pregunto preocupado.

–No, nada, es un suponer.

No voy a responder a esa pregunta, aunque ella parece esperar una respuesta. Vuelve a tocarse el pelo y mientras juega con él se pone frente a mí, demasiado cerca, me hace sentirme un poco incómodo. Estoy acostumbrado a tratar con este tipo de chicas, pero ésta en concreto, se toma demasiadas confianzas para ser la segunda vez que me ve.

–Por cierto, ¿tú me ves atractiva?

–Eh...sí, lo eres –tartamudeo extrañado y muy incómodo–. ¿Tardará mucho Rebeca?

–No lo sé –me contesta bruscamente.

Parece molesta, así que me mantengo en silencio y pasados dos minutos, escucho tacones bajando por las escaleras. ¡Oh Dios, por fin! Voy hasta la puerta principal y la veo allí, parada, mirando a Elsa con cara de odio. La observo, está preciosa, lleva un vestido floreado que deja caer sobre su hombro derecho dejándolo al descubierto. Se ha maquillado y su pelo, aún revoltoso como siempre, me resulta atractivo.

–¿Nos vamos? –me dice sin ni siquiera un atisbo de sonrisa en su cara.

Abro la puerta y dejo que pase primero. Antes de irnos le vuelve a lanzar la misma mirada de odio a Elsa, y una vez montados en mi coche, me pide perdón por la actitud de su compañera. No lo entiendo, pero tampoco quiero preguntar. No me gusta esa chica, ni como me hace sentir.

–Bueno, ¿adónde vamos? –pregunto antes de arrancar.

–Tú conduce y yo te guío.

–A la orden.

Me mira mal pero sonrío y me lo tomo a broma, así que pongo el cd de Usher y observo cómo va tarareando las canciones. Me sorprende que lo haga. Tal vez no había pensado que pudiera gustarle este tipo de género, pero supongo que trabajar en un pub latino no significa que solo escuche música latina. No sé por qué, pero me gusta verla mirar por la ventana, distraída. De vez en cuando me indica por dónde coger y a mí me mata la curiosidad. Quiero saber dónde me lleva, espero que sea un sitio con buena comida y tranquilo, donde poder saber más de ella, o mejor dicho, de la chica que bailaba. Aquella que era feliz y estaba en paz consigo misma.

–Para aquí mismo –dice de repente.

Me hace parar en un aparcamiento abarrotado de coches y jóvenes bebiendo, donde una música imposible de entender sale de los grandes altavoces camuflados en los maleteros de los coches. La miro dudando de si

se trata de algún tipo de broma o no. ¿Estamos en un centro comercial? ¿De verdad piensa que dejaré mi coche aquí? Como su mirada es impasible, opto por confiar en ella y la sigo.

–No, no puede ser. ¿Me has traído al Burger King?

–Es un buen sitio –me dice divertida.

–Me niego a entrar ahí, no puedo entrar ahí, mírame –le digo mientras me señalo la ropa con desesperación.

Había escogido un pantalón vaquero, camisa celeste y americana. Creí que iríamos a un sitio más elegante. No es un vestuario acorde con un burger. Ella me mira de arriba a abajo, se muerde el labio como si dudara y parece compadecerse de mí, pero me tira del brazo y me mete dentro del local.

–Te da igual ¿no?

–Me burlaba de ti, lo cierto es que no vienes vestido para esto, pero hazme caso, confía en mí.

Gruño y noto como me empuja hasta el mostrador donde tenemos que pedir la comida. ¿No nos atiende la camarera? Miro desconcertado a todos lados y a todo el mundo. No sé qué demonios hacer, los carteles son confusos. ¿2x1? ¿Menús? ¿Qué demonios tengo que pedir? Estoy hecho un lío.

–¿Qué te parece si pido yo? –propone al ver mi cara.

–Por favor –le suplico, porque no tengo ni idea de que comer.

Se dirige a la mujer que nos atiende y le dicta con total seguridad el pedido. Cuando termina y nos dice el precio, saco la cartera, pero ella es más rápida y paga. ¿Qué? eso sí que no. ¡Nunca me han pagado la comida!

–¡Oye tú!, no deberías haber pagado – le regaño.

–¿Por qué? ¿Porque eres rico? Hay que ser más rápido.

Vuelvo a gruñir. La mujer nos da el pedido y nos sentamos en una de las mesas del fondo. Mi hamburguesa tiene buena pinta pero tengo que sacar valor para darle un bocado. A mi alrededor todo está asqueroso y pringoso, no sé cómo voy a comer aquí. Le doy un pequeño mordisco esperando no vomitar allí mismo, pero... ¡está delicioso! Me olvido de los modales y empiezo a devorar la comida. ¿Cómo es que nunca había venido a este local? Lo conozco, pero es tan... mediocre.

–Debo reconocerlo, me has sorprendido –le comento mientras le robo una patata frita.

–¿Para bien o para mal?

–Para bien, o eso creo, aunque hubiera preferido otro lado. No me

gusta comer con tanto ruido –miro a dos niños que pasan corriendo por mi lado.

–También tienes la opción de llevarte el pedido a casa.

–¡Anda! Eso ya es otra cosa, la próxima lo llevamos a mi casa.

–¿Quién te ha dicho que habrá próxima vez?

–Lo digo yo.

–¿Y si yo no quiero? No puedes obligarme.

–Confía en mí, la habrá.

–Eres un creído.

–Bueno, cuéntame algo de ti.

–No.

Intento sonsacarle lo que puedo de su vida, pero no consigo sacarle más de lo que ya sé. Donde trabaja, donde estudia y donde vive. Es una chica misteriosa y no cuenta absolutamente nada de su vida. Tengo la sensación de que tendré que ir descubriéndolo poco a poco.

–La chica esa que vive con vosotros, ¿la odias verdad? –le pregunto intentando averiguar algo más de ella.

–Sí, tanto Jota como yo estábamos desesperados por irnos de ahí, así que gracias por darnos la oportunidad de hacerlo.

–De nada. No sabía si hacerlo o no, pero decidí arriesgarme. Espero que no me rompáis el piso.

–Debo advertirte que somos unos inquilinos ruidosos. Solemos montar orgías en nuestros días libres.

–¿Que, qué? –pregunto asustado–, será coña ¿no?

–Eh... –una mueca de vergüenza se muestra en su rostro–, deberías averiguar más sobre la gente a la que alquilas.

–Rebeca, ¿te estás cachondeando de mí? –le pregunto preocupado y acojonado. Ella se ríe a carcajadas mientras me señala con el dedo.

–Deberías haber visto la cara que has puesto. No te preocupes, no te daremos problemas, solo queremos vivir tranquilos.

–¡Dios! Te odio, me estaba empezando a preocupar. No quiero llenar mi casa de tíos y tías gimiendo sin parar.

Aunque eso no me preocupa. Me preocupa donde voy a llevar a mis ligues a partir de ahora, si lo pienso, es lo mismo, tías gimiendo sin parar. Lo que no me gusta es la idea de que ella participe en orgías, creo que no es momento de pensar en eso. Ella deja de reírse e interrumpe mis pensamientos

preguntando por mi vida.

–David.

–Señor Torres para ti –le digo sonriendo.

–Está bien, David –me replica riéndose–, ¿el piso que nos has alquilado fue un regalo de papá?

Alzo una ceja y le hago una mueca de desprecio, ella se encoge de hombros mientras se dibuja en su boca una pequeña sonrisa ladeada.

–Sí, al graduarme me regaló el piso para que me independizara.

–Imagino que el coche también fue regalo de papá

–No, eso lo pagué yo. Es mi segundo coche. El primero fue uno viejo de segunda mano. Ahorré mucho para conseguir este aunque no lo creas.

–Has acertado, no me lo creo.

Estamos terminando de comer, pero como me he quedado con hambre me pido otra hamburguesa, es la excusa perfecta para pasar más tiempo con ella. Empiezo a sentirme a gusto aquí, nunca imagine que me sentiría así en un local como este, ¿o es su compañía? Eso no quiero ni pensarlo.

–En tu trabajo, ¿es obligatorio bailar con todos? –le pregunto volviendo a intentar saber algo de su vida.

–No, bueno, no es que sea obligatorio, pero el jefe nos deja bailar con los clientes que lo piden. A mí me sirve para despejarme y el cliente se lleva una buena imagen del servicio.

–Entonces, si yo te pidiera bailar, ¿aceptarías?

–Dudo mucho que sepas bailar.

–¿Y qué pasaría si supiera bailar?

–Que te diría que no –se ríe a carcajadas.

–Hagamos un trato. Si yo un día te saco a bailar y resulta que sé bailar, me debes otra cena –le propongo.

–Hecho, ¿puedo escoger el sitio?

–Ni hablar, me toca a mí.

–Bueno, vale. Aunque sigo dudando que sepas bailar.

Tengo que buscar un profesor de baile, porque quiero volver a cenar con ella, aunque me haya sonsacado ella a mí, más que yo a ella, quiero saber más, me siento como si estuviera resolviendo un misterio y quiero llegar hasta el final.

Nos marchamos del burger y nos dirigimos al coche, que por suerte

no ha sufrido daño alguno. La cosa ha ido mejor de lo que esperaba. Se ha portado bien conmigo y no ha sido borde como otras veces, pero no he visto a la chica que esperaba, aquella chica feliz, segura de sí misma. ¿Cuántas personalidades tendrá esta mujer? ¿Cuál de ellas es la verdadera? ¿Qué personalidad es el escudo bajo el que se esconde? Tengo muchas preguntas, pero sé que no me las respondería por las buenas, tendría que torturarla.

—¿Qué te parece si nos tomamos una copa?

—Lo siento, es tarde, mañana debo madrugar, además tengo una mudanza que hacer. Por cierto, ya hemos cenado, me debes una llave.

Entonces recuerdo un tatuaje que vi mientras cenábamos en su muñeca derecha. Una elegante llave en blanco y negro, de cerraduras antiguas, como las que abrían las cerraduras de las mazmorras de los castillos. Lleva un lazo doblado, colgando de uno de sus agujeros, que rodea discretamente la llave.

—Es cierto, hablando de llaves, he visto que tienes una tatuada en la muñeca derecha, ¿tiene algún significado?

Su mirada se entristece y gira la vista hacia la ventana del coche. Tarda mucho en responder y creo que he metido la pata. Olvídalo, pienso, por favor, olvídalo. Entonces se gira, me mira con ojos llorosos y me cuenta la historia.

—Alguien me dijo una vez, que si tenía la llave adecuada podría abrir cualquier puerta, que sería capaz de todo, así que me tatué esta llave para recordarme que si una puerta se cierra, tengo la llave para abrir la siguiente.

—¡Vaya! Qué profundo. ¿Tienes más tatuajes aparte de ese? —intuyo que no se entristece por el significado, sino por la persona que lo dijo. Tal vez un ex-novio o una persona que ya no está. Pero no quiero preguntarle.

—Tengo otro más, pero tendrás que descubrirlo tú mismo.

Su cara ha cambiado y ahora me lanza una mirada retadora. Me relajo en el asiento y decido no hacer más preguntas, aunque mi mente vuelve a campar a sus anchas imaginando en qué sitio debe tener ese otro tatuaje y cual será.

Estamos en mi habitación, desnudos. Quiero empezar a torturarla, a torturarla suavemente, hasta que me cuente todos sus secretos. Amarrada al cabecero de la cama, me suplica que la suelte, pero no quiero. Me gusta, me gusta verla así, atada solo para mí, hasta cuando yo diga. Estoy a punto de hacerla llegar al clímax y entonces..., me despierto. ¡Joder, maldita sea! Otro condenado sueño. Por suerte este no consigue desvelarme y vuelvo a

dormirme del tirón.

Capítulo 6

Me asomo a la ventana desperezándome. Un día precioso. Brilla el sol, no hay ruido, no hay tensión. ¡Al fin me levanto sintiendo ganas de vivir! Vale, estoy exagerando, pero hace tres días que nos mudamos y han sido los tres mejores días de mi vida. Estoy encantada de no escuchar a Elsa nunca más. Cuando nos fuimos, nos volvió a montar la bronca porque no la habíamos avisado con tiempo, esta vez tenía razón, lo reconozco, pero eran tantas las ganas de perderla de vista, que se nos pasó con la emoción.

Llena de felicidad me encamino a la cocina donde Jota está sentado con una gran taza de cereales. Al verme esboza una gran sonrisa y me prepara otro tazón a mí.

–¿Lo oyes? –me dice poniendo su mano en la oreja prestando atención.

–¿El qué?

–El silencio. Así da gusto empezar el día. Desayunar tranquilo por las mañanas, sin broncas, sin malas caras, sin prisas por largarse.

–Es verdad, hasta en nuestros días libres huíamos de casa. ¿Sabes qué pretendo hacer hoy? Tirarme en el sofá. ¡Oh sí, sí! como lo oyes, todo el día tirada en el sofá.

–Te recuerdo que tienes ensayo con Luis y... pensaba pedirte que me acompañaras a comprar la decoración de esta casa.

–¡Mierda! Adiós a mi plan. Había olvidado el ensayo –le digo mientras hago pucheritos con la boca–. Sin embargo, me apunto a acompañarte. Odio comprar, en realidad, odio comprar ropa, pero una tienda de decoración es mi debilidad.

Miramos hacia arriba con mirada soñadora y suspiramos los dos al mismo tiempo, lo que provoca una risa absurda de las que no sabes por qué te ríes, pero no puedes parar. Estamos justamente como queríamos estar, tranquilos y felices gracias a Don Perfecto; creo que es hora de que deje de llamarlo así, se lo merece.

El timbre nos despoja de nuestro mundo de ensoñación, haciéndonos volver a la vida real. ¿Quién será tan temprano?

–Ya abro yo.

Voy casi corriendo a abrir la puerta, abro y me encuentro frente a una chica guapísima. El pelo rubio le llega a la cintura, lo lleva liso y con un flequillo de corte recto perfecto. Sus ojos son azules y viste de forma impecable; vestido, zapatos, bolso y maquillaje, todo parece ser caro.

–Hola –saluda un poco confusa ladeando la cabeza para echar un vistazo hacia dentro.

–Hola, ¿te puedo ayudar en algo?

–¿Está David?

–¿David? ¿David Torres? –le pregunto antes de que pueda surgir cualquier momento incómodo que fastidie mi día perfecto.

–Sí.

–No, no está.

–¿Y sabes cuándo volverá?

–¿Volver? Bueno, no lo sé, no vive aquí.

–Claro que vive aquí, él mismo me trajo la otra noche. ¿Quién eres tú? ¿Y por qué estás en su casa? –empieza a alterarse e intenta adentrarse en el piso.

–Eh, eh, eh... quieta ahí. David nos alquiló esto, búscalo en su casa.

–¿Su casa? Pero si él me dijo que esta es su casa, que si tenía cualquier problema que viniera a buscarlo aquí.

–Pues... lo siento, al parecer te ha mentido.

Como veo que está a punto de ponerse histérica, la invito a pasar para que vea que no le miento, pero en cuanto ve a Jota en la cocina mirando asombrado, se para, da media vuelta y sale por la puerta sin decir nada.

–Qué situación más extraña, ¿y tú por qué no sales? –le chillo a Jota mientras cierro la puerta y vuelvo a sentarme en el taburete, con intención de acabar mi desayuno.

–Sabes que me encantan los cotilleos, pero tenía muy mala pinta –me dice riéndose.

–Gracias, tu sí que eres un buen amigo.

–Modo ironía "on".

–Paso de ti, me voy a la ducha.

No entiendo muy bien lo que acaba de pasar. Ha venido una chica buscando a David creyendo que vivía aquí. Bueno tampoco es tan extraño, pienso mientras me enjabono, al fin y al cabo es su casa. Mejor que no le dé más vueltas, y qué mejor forma de dejar de hacerlo que comprando cortinas y

cojines... estoy encantada con mi nueva rutina.

Hemos vuelto cargados de bolsas. Cortinas para las habitaciones, estores para los baños, paneles japoneses para el salón, colchas, alfombras, cojines, jarrones con flores artificiales y algún que otro cuadro, casi compramos toda la tienda, menos mal que David lo paga todo. Al menos hemos elegido cosas baratas, bonitas, pero baratas y esperemos que le guste. También he de reconocer que me he dado un pequeño capricho, ya que estaba, y para quitarme el mal sabor de boca que me ha dejado la visita de esta mañana, he comprado dos preciosos candelabros “vintage” de plata, a la chimenea le darán un toque realmente encantador. Ahora toca prepararse para ir a ensayar, tengo que ponerme las pilas si quiero que salga bien, actuamos en pocas semanas.

Los ensayos con Luis siempre son muy divertidos. Aunque aporta disciplina y es muy exigente, incluso consigo mismo, consigue sacar momentos para relajarse y descansar, lo cual a mí me viene muy bien, no estoy acostumbrada a este ritmo de vida. Lo bueno de todo esto, es que el local de ensayo es el mismo donde actuaremos, y por supuesto donde trabajo. Eso me da puntos de ventaja, hace que me sienta más cómoda al ser mi entorno habitual.

–Cada día lo haces mejor –me comenta en uno de los descansos.

–Aún me queda mucho que aprender. No estoy segura de que esto vaya salir bien.

–La confianza en uno mismo es muy importante a la hora de bailar, casi tanto como la confianza en tu pareja. Debes confiar más en ti.

–Eso creo que no se me da bien, no hago más que ver fallos.

–Porque eres muy autocrítica. Relájate, disfruta y siente la música. Ven, te enseñaré algo.

Lo sigo hasta el centro del escenario muerta de miedo. Veo que coge el pañuelo de hilo que llevaba atado al cuello y que ahora descansa en una silla junto al resto de nuestras cosas. ¿Qué va a hacer con eso? Me venda los ojos al mismo tiempo que me susurra que no tenga miedo y confíe en él.

–Quiero que hagas los pasos que te he enseñado con esto puesto.

–¿Qué? ¿Estás loco? ¿O es que quieres matarme? –alzo la voz aterrorizada.

–Recuerda, confianza, confía en mí y todo irá bien.

Intento torpemente hacer lo que me pide y como es habitual, tropiezo con mis propios pies. Luis me sujeta por la cintura y suena la música. Algo cambia. Aquella música que antes empezaba a cansarme de tanto escucharla, ahora me suena diferente. Es suave, fluida y hace que mis pies bailen solos, como si ellos hubieran memorizado la coreografía y me guiaran a mí.

–Eso es, déjate llevar por la música, ahora gira y déjate caer.

Lo obedezco y termino en sus brazos, justo como hacía minutos antes dándome de bruces contra el suelo. ¿Cómo es posible que lo haya logrado de esta forma?

–No lo entiendo –digo quitándome el pañuelo de los ojos.

–Es fácil de explicar. Si estás pendiente de si te mira alguien o de lo que ves, te pones nerviosa, eso hace que tu cuerpo se bloquee.

–Entonces deberíamos apagar las luces de todo el local si quieres que esto salga bien.

–No hará falta, solo tenemos que trabajar un poco más la confianza en pareja. Para ser novata no lo haces nada, pero que nada, mal.

Acto seguido me da un beso en la mejilla y yo no sé por qué, me ruborizo, o al menos noto que lo hago. Me hace sentir tan bien y confía tanto en mí, que logra que yo misma crea que soy capaz de hacer cualquier cosa por difícil que sea. Todo es posible si él está conmigo. ¡Para! Me dice mi voz interior. Es cierto, debo parar, no quiero seguir pensando lo que implica eso.

Camino hacia el metro y se me ocurre algo que puede ser el final de un día perfecto. Saco el teléfono y llamo a Jota.

–Oye, ya que es nuestro día libre, en nuestra nueva casa –destaco–, ¿qué te parece si llamamos a Marta y vemos alguna película de miedo?

–Es una idea estupenda, ¿ya has salido de ensayar?

–Pues sí, voy hacia casa, llamaré yo a Marta mientras espero el metro.

–¿Todo bien?

–Mejor os cuento luego.

A Marta le encanta la idea. Su marido está de viajes de negocios y ella hacía tiempo que no quedaba con nosotros fuera del trabajo. ¿Le parecerá buena idea a David que metamos a gente en casa? No creo que le importe.

La película está a punto de acabar y el timbre empieza a sonar sin

parar. Jota se levanta para abrir, extrañadas, Marta y yo cotilleamos la puerta desde el salón. Es otra chica, no es tan guapa como la de antes, pero se podría considerar un pibón. Viene buscando a David. ¿Otra? Me acerco a la puerta y le pregunto.

–Hola, ¿te dijo que vivía aquí?

–Pues sí –me contesta un poco borde.

–Lo siento, tendrás que buscarlo en otro sitio, aquí solo estamos nosotros tres.

–Ya volveré en otro momento.

Se va con la cabeza alta, bastante molesta. Empiezo a rayarme un poco. ¿Por qué todas las chicas que buscan a David son tan maleducadas?

–No parece que sea la primera vez que os pasa –nos dice Marta desde el salón al observar nuestras caras de desconcierto.

–Esta mañana pasó algo parecido, y mientras tú ensayabas vinieron dos más.

–¿Dos? –pregunto asombrada–. ¿Buscando a David también?

–Sí, una a David y otra a Hugo.

–Eso ya sí que es raro.

–No es tan raro, David y Hugo son unos chicos guapísimos, no me extraña que tengan tantas mujeres locas por ellos –dice Marta pensativa mirando al televisor–. Aquella noche que fueron al pub todas las chicas hablaban de ellos.

Aquí está pasando algo extraño. Empiezo a pensar qué puede estar ocurriendo para que cuatro chicas diferentes busquen a David y Hugo el mismo día en un sitio donde no viven asegurando que viven ahí. Me siento en el sofá, cojo el bol de palomitas y empiezo a darle vueltas a la cabeza, pero Jota decide que no es momento para eso y me atosiga a preguntas sobre el ensayo. Les cuento todo lo que me ha pasado y como me he sentido con Luis, parecen extrañados y se lanzan una mirada cómplice que no es buena señal para mí.

–Rebeca, ¿te gusta Luis? –se atreve a preguntarme Marta con una sonrisa pícaro.

–¿Qué? Creo que no.

–¿Crees? –Jota se sorprende–. Nena, debes estar segura.

–No puedo. Lo cierto es que no lo sé.

Y es cierto, no lo sé. ¿Me gusta Luis? ¿O es solo cómo me hace sentir

bailando? Basta, no quiero pensar más. Vuelvo a poner la película para poder ver el final. Tanto Marta como Jota se mantienen callados mientras yo miro fijamente el televisor y sigo dándole vueltas a la cabeza.

—

Es el cuarto cliente hoy que me pide que haga cambios, no suele ocurrirme, casi todos quedan contentos con el primer boceto. Si de algo podemos presumir es de ser una empresa muy buena, tenemos éxito en casi todos nuestros proyectos, pero últimamente estamos fallando en algo. Para ser más justo, yo estoy fallando. Estoy distraído y no me lo puedo permitir, al menos hoy no se puede cometer ningún fallo. Llega mi padre de su viaje de negocios y tiene que ver que todo está en perfecto funcionamiento, debe ver que su hijo es capaz de dirigir la empresa sin su ayuda, es una oportunidad única y no quiero defraudarle.

—Hijo, ¿cómo va todo?

Un hombre de pelo canoso, con una mirada autoritaria de ojos verdes, endurecida aún más por las arrugas de expresión alrededor de sus ojos, asoma la cabeza por la puerta de mi despacho.

—Papá, ya estás aquí. Podrías haber avisado y habría ido a recogerte al aeropuerto.

—No te preocupes, he supuesto que tenías mucho trabajo que hacer, y a juzgar por la pila de papeles que tienes en la mesa, veo que no me he equivocado —mira el montón de archivadores que esperan ser revisados enarcando una ceja.

—Es que hoy ando un poco distraído, no sé qué me pasa.

—¿Alguna chica?

—No seas absurdo, por supuesto que no —le respondo ofendido.

—Bueno, todos tenemos un mal día. Ahora deja eso y vente conmigo a almorzar, tienes que ponerme al corriente de todo.

Comer con mi padre me vendrá bien para despejarme y poder volver al trabajo con las pilas cargadas. Además de mi padre, es mi mentor, él me enseñó casi todo lo que sé. Es amigo, padre y maestro a la vez. Me siento afortunado por tenerlo y lo que más valoro de él, es que me enseñó a tomar mis propias decisiones, a ser en la vida lo que yo quisiera con esfuerzo y

constancia. Aún recuerdo el día que le dije que quería ser arquitecto, se alegró tanto que me pago mi primer viaje a Francia para estudiar en una prestigiosa universidad. Jamás olvidaré el día que me gradué, el orgullo que profesaba su mirada.

Estamos en el mismo restaurante donde suelo almorzar con Hugo. Empiezo a contarle todo lo que ha pasado en la empresa durante su ausencia, los problemas que han surgido con obras acabadas, rectificaciones de clientes... me interrumpe al ver que estoy agobiado.

–¿Por qué no te tomas un par de días de vacaciones ahora que he vuelto? Te vendrán bien, has estado sometido a mucha presión.

–No, quiero seguir trabajando, no sabría qué hacer con tanto tiempo libre, pero tengo que comentarte un par de dudas sobre uno de esos clientes.

–Luego, en mi oficina lo ponemos todo en orden, aunque he de decirte que has hecho un trabajo excepcional, relájate, estoy orgulloso de ti.

–Gracias papá, he hecho lo que he podido. Me ha gustado estar al frente de la empresa.

A pesar de la presión, de las prisas y del poco tiempo para la vida social, me agrada dirigir esta empresa. No resulta fácil y creo que por eso me gusta, porque es un reto, como ella, sacudo la cabeza en un intento desesperado de alejar a Rebeca de mi mente. Una vez que hemos almorzado y con las dudas resueltas sobre los proyectos que tengo entre manos, mi padre me pide que me vaya a casa.

En el coche vuelve a sonar Usher. Tengo que acordarme de cambiar el cd, pero entonces suena "there goes my baby" y vuelvo a recordarla. Creo que empiezo a entender porqué he estado distraído estos días: no he parado de pensar en ella. ¿Cómo estará en mi casa? En su nueva casa. He soñado con ella todas las noches y la echo de menos. Nunca había echado de menos a una chica, esto es nuevo para mí y no me gusta. Voy a llamar a Hugo en cuanto llegue a casa y nos iremos de marcha, estoy seguro de que dejaré de pensar en ella en cuanto vea a otra chica, al fin y al cabo es una mujer como otra cualquiera.

Hugo siempre tan dispuesto para la fiesta, me ha prometido elegir un sitio totalmente diferente al que nos llevó Julio, y aunque se lo hemos dicho,

doña manipuladora no lo deja venir, porque es, según ella, noche de cena romántica. No entiendo eso, y creo que nunca lo entenderé.

–¿Listo para salir? –pregunta Hugo eufórico.

–Nací listo. ¿Adónde iremos?

–A nuestro local, La Belle Nuit.

–¡Genial! Me mola la idea, hace tiempo que no vamos, aquello siempre está lleno de tías buenas.

–Ni que lo digas, esta noche vamos a triunfar –anuncia elevando la mano como si alzara un trofeo.

Asiento con la cabeza, lo empujo hacia el rellano impaciente por querer llegar al local y emborracharme.

Está lleno, y como ya conocemos al dueño, los camareros nos guían directamente al reservado. Desde allí vemos todo el local, observamos a las chicas, la pista, la barra. Y entonces la busco, la busco en la barra, esperando que salga de ella para venir a atendernos hasta que caigo en la cuenta de que no estamos en ese local cutre, estamos en uno de nivel, de los nuestros. Hay una chica en la pista que no deja de mirarnos. Es guapa, tiene buen cuerpo, pero no me fijo si es morena, alta, rubia, lo que más importa es que tiene buenos pechos, me sirve para la ocasión. Le hago una señal con la mano para que suba y ella llama a su amiga. Mientras cuchichean y se hacen de rogar, Hugo y yo seguimos mirándolas fijamente, me suena, pero como siempre no sé de qué. Después de risitas cómplices y miraditas bobas entre ellas, acaban subiendo. Pasamos el resto de la noche en el reservado enrollándonos con las chicas. No tengo ni idea de cómo se llaman, ni me interesa, solo me interesa llevarme una de ellas a casa.

–¿Escuchaste mi canción? –me dice mi chica muy emocionada.

–¿Qué? ¿Qué canción? –no tengo la más remota idea de que me habla.

–La que te puse en el móvil la otra noche cuando nos acostamos.

¡Joder! ¿Era ella? Pero si parecía el canto de una sirena sin cuerdas vocales, y lo que es peor, ¿ya me he acostado con ella? ¡Maldita memoria de pez!

–Mm... sí, la escuche el otro día, muy bonita –le miento intentando besarla para que no hable mucho más.

–Es el nuevo tema de Miley Cyrus.

Como si me importara, la borraré cuando pueda si logro acordarme.

–¿Qué os parece si bailamos un poco? –sugiere la amiga de “como se llame” encaramada al brazo de Hugo, un poco achispada por el champán.

Hugo y yo nos lanzamos una mirada de negación absoluta, pero si es una forma de poder acostarme con ella, aunque sea repetida, habrá que hacer un esfuerzo.

–El que algo quiere, algo le cuesta –le digo a Hugo.

–Tío, esto es como los cromos, no repetimos. Paso de bailar.

Dudo un segundo. Teníamos esa regla, no repetir con ninguna chica porque se encariñan.

–Podemos hacer una excepción, está buena y es una fiera en la cama. ¡Venga! Bailamos un poco, luego la arrastraremos a casa y ni se enterarán.

–¿A qué casa? Te recuerdo que has alquilado el picadero.

–Iremos a la mía, no me importa.

No había caído en que el picadero está ocupado, pero ya está dicho, iremos a mi casa y no importa lo que pase luego, ya nos ocuparemos de ello. Bajo a bailar a la pista que está abarrotada de gente sudorosa y borracha. Mi chica no deja de restregarse contra mí, al son de la música electrónica.

–Deja de hacer eso o acabarán echándonos por escándalo público –le susurro al oído.

Ella se ríe coqueta, mirándome seductora y me besa, le sigo, la aprieto contra mi cuerpo y la beso aún más fuerte. Entonces la veo, la veo en la desconocida, a Rebeca, besándome, retándome con la mirada para que la bese más y lo hago.

–¿Nos vamos a un lugar más privado? –me pregunta.

¡Por fin dice algo inteligente! Acaba de fastidiarme un momento bastante intenso, pero voy a pillar y no me importa. Como no me queda otra porque estoy a cien le levanto el pulgar a Hugo. Es la señal que tenemos para cuando uno de nosotros liga y se va. Hugo me responde de la misma manera. Me dirijo a casa en taxi mientras me besa quien quiera que sea esta chica.

Se queda perpleja al entrar en casa, seguro que estará pensando que no es la de la otra vez. La llevo al dormitorio de inmediato, quiero acabar lo que he empezado, sin preámbulos. La empujo a la cama y le doy rienda suelta al animal salvaje que llevo dentro. Ella goza, le gusta lo fuerte, pero no es muy activa, me gustan más activas, ¡muévete! No parece darse cuenta de nada, sonrío y gime, ni siquiera habla, es como una muñeca. En un intento

desesperado por disfrutar de este momento, mi mente me juega una mala pasada. Ahí está Rebeca, desnuda en mi cama, sonriendo y gimiendo. No se compara con mis sueños, ni siquiera se acerca, pero ¡oh Dios! ¡Cuánto me gustas!

¡Joder! qué mal he dormido, me duele la cabeza y el sol que entra por la ventana me molesta. Miro hacia mi izquierda y veo que la chica de anoche sigue en mi cama, durmiendo. Esto no me gusta.

–Oye... ¡Eh!, ¿qué haces aquí? –la despierto agitándola del brazo.

–Hola –saluda con dulzura– Pues anoche tú y yo..., ¿no recuerdas nada?

–Sí, claro que lo recuerdo. Lo que me pregunto es que haces aún aquí.

–Bueno... –parece desconcertada.

–Vístete y lárgate.

Me dirijo a la ducha y la dejo en la cama. Estoy cabreado, lo de anoche no sirvió de nada, en todo momento estuve pensando en Rebeca, absolutamente en todo momento, en la disco, en el taxi, en la cama... Creo que ya sé lo que tengo que hacer, tengo que conseguir acostarme con ella para quitarme esta obsesión, sí, creo que es la única forma de dejar de pensar en ella de esta forma para siempre.

Capítulo 7

Hoy tengo un día bastante complicado. Tengo que estudiar, trabajar y ensayar, es la misma rutina de siempre, la diferencia es que hay que esforzarse el doble: el examen de la asignatura que me quedó pendiente el año pasado es

en breve, y actuamos en una semana. ¡A mi día le faltan horas!

Jota está en el salón terminando el último boceto de la habitación principal de nuestro nuevo piso, la que ocupo yo. Él decidió que el mérito de vivir ahí era mío y me dejó esa habitación; a mí realmente no me importa, es una habitación enorme. Le dije que no hacía falta pintarla tan rápido, pero se ha empeñado en que es importante, dice que es impersonal con ese color blanco. Quiere sorprenderme, ni siquiera le he preguntado de qué color piensa pintarla, lo hará mientras trabajo porque es su tarde libre, y cuando vuelva lo veré, al menos tengo la mañana entera para estudiar. La universidad deja libre los días previos a los exámenes.

Me siento en el sofá con el portátil con la idea de empezar a estudiar sin parar. Como Jota es silencioso trabajando no me molesta, por lo tanto, puedo hacerlo allí sin problemas. ¡Qué gusto! Con Elsa no se podía.

Cuando llevo más o menos una hora de estudio, oigo a Jota rebuscar en mis cajones. Vuelve medio frustrado al salón y se sienta a mi lado mirándome mientras yo lo ignoro.

–No hay forma de saber qué color te va –dice llevándose las manos a la cabeza–. ¡Estoy bloqueado!

–No seas tonto, mira a tu alrededor. Esto está completamente diferente a cuando llegamos. Tu especialidad es dar con el color de cada uno, jamás me habría imaginado vivir en una casa con una decoración tan increíble como esta. Respira y vuelve a rebuscar mis cajones, seguro que entre mis tangas encuentras mi color –me burlo de él.

Me hace caso y se dirige de nuevo a mi habitación. No quiero ni pisarla, tendrá la ropa por el suelo, como si lo viera. Me tomo un pequeño descanso y decido llenar mi estómago con algo de comida. Estoy sacando el embutido para el bocadillo cuando suena el timbre. ¡Maldición, tengo hambre!

–Hola –me saluda en tono seco una chica bastante guapa.

–Hola.

Se queda ahí parada sin decir nada más. Lleva el pelo negro recogido con una cola de caballo, su maquillaje no es muy sutil. Sus ojos pequeños y negros me miran con ojeriza y asombro a la vez. Viste de forma provocativa: minifalda negra y una camiseta de tirantes que nos enseña la mitad de sus pechos, ¡parece salida de una revista porno!

–¿Te puedo ayudar en algo? –le pregunto al ver que no se mueve, ni dice nada. Esta pregunta se está convirtiendo en una rutina.

–¿Dónde está David? –consigue decirme de forma brusca, cosa que no me gusta nada.

–Aquí no vive ningún David.

–Claro que vive aquí. Yo misma vine con él hace dos semanas.

–Sí, bueno, pero aquí no vive.

–Sé perfectamente que está ahí dentro y no me quieres dejar pasar. ¡Apártate! –me grita empujándome hacia dentro.

–Te dejaría pasar para que comprobaras tú misma que no hay ningún David. Pero por la forma en que me has hablado, te pido que te largues –le contesto evitándole el paso irritada.

–No voy a irme hasta que vea a David.

Acto seguido me empuja hacia dentro, intento evitar que entre, más que nada se trata de orgullo, no me gusta cómo me ha hablado, ni tampoco me gusta que pregunte por David, ¡otra maleducada más!, solo que esta es peor.

Respondo a su empujón intentando taponar el paso al recibidor con la puerta, ella sigue intentando pasar, cuanto más lo evito, más se cabrea. Aparece Jota bastante asustado al escuchar los forcejeos y después de ver la escena, intenta ayudarme a echarla. Ella, sea quien sea, está empeñada en entrar en casa a la fuerza.

–¡Lárgate o llamo a la policía! –le dice Jota harto de la situación.

–Vale, llámala, verás cómo os echa a patadas. Esta casa es de David y vosotros estáis viviendo aquí ilegalmente.

–¡David nos alquiló esto, imbécil! –le grito jadeando por el esfuerzo de mantenerla fuera de casa.

Realmente la situación se resolvería dejándola pasar, pero ahora no me da la gana, me ha puesto de mal humor, si hubiera sido educada...

Mientras Jota corre a por el teléfono de la cocina para llamar a la policía, ella aprovecha que estoy sola para intentar entrar una vez más, esta vez la empuja más fuerte y consigo que pierda un poco el equilibrio, con esos tacones que lleva me pregunto cómo he tardado tanto en conseguirlo. Lejos de rendirse y largarse, me empuja y me coge del pelo tirando fuerte hacia ella. Ocurre todo tan rápido que no sé ni qué demonios está pasando, lo único que sé es que me lanza la cabeza contra el cuadro que Jota colocó en el recibidor y me da en la ceja con un golpe seco y fuerte. Me giro para darle su merecido, me mira aterrorizada y sale corriendo despavorida. No entiendo nada. ¿Por qué se va ahora? ¿Qué ha pasado?

–¡Jota deja el teléfono, ya se ha ido!

Jota vuelve corriendo con el teléfono en la mano, me mira y su cara palidece. Señala mi ceja que empieza a doler un poco pero no le echo cuenta, estoy muy nerviosa y alterada.

–¡Dios, Rebeca tu ceja!

–¿Qué pasa?

–Mírate, corre.

Sigo parada en la puerta. Jota corre a mi lado y me lleva del brazo hasta el espejo del recibidor que está enfrente del cuadro con el que me ha golpeado la estúpida niñata de antes. Me miro y en él se refleja la silueta de una chica con el pelo alborotado, el globo ocular derecho rojo y la ceja derecha sangrando. ¿Estoy sangrando?... Dios mío, ¡estoy sangrando!

Estamos en la sala de espera de urgencias, llevamos aquí más de media hora y siguen sin atendernos, ¡maldita sanidad pública! Me han dado una gasa estéril para detener la hemorragia y un calmante para el dolor, que todavía no hace efecto. Aquí estoy, con la ceja partida, esperando que me atiendan, muerta de dolor. Jota habla con nuestro jefe por teléfono, seguramente no pueda ir a trabajar, me duele toda la cara, ¿por qué no lo sentí antes? ¡Es horrible!

–Jota, he decidido hablar con David. Esto es el colmo –le digo mientras se sienta a mi lado colgando el teléfono móvil.

–El señor González dice que no te preocupes que te da la tarde libre. Aunque tienes que hablar con Luis, no creo que debas ensayar hoy –me contesta distraído–. Perdón, ¿Qué decías?

–Que he decidido hablar con David. Estoy cansada de esto, todos los días va alguna de sus ligues a buscarlo. Esto ha sido lo peor –le repito mientras me señalo la ceja.

–Es verdad, van demasiadas. Ni que fuera su prostíbulo particular.

–¡Eso es! ¿Cómo no había caído antes? Es un burdel, allí se llevan, o se llevaban a las chicas con las que se acostaban.

–Espero que no sigan haciéndolo mientras no estamos, ¡buag!

–¡Qué asco! Con más razón tengo que hablar con él.

Me quedo pensativa. Estoy cabreada, me duele la ceja y media cara. Acabo de caer en el porqué de tantas visitas de mujeres, no sé cómo he tardado tanto en darme cuenta. Quiero hablar ya con Don Perfecto y cantarle

las cuarenta, sí, otra vez Don Perfecto, después de esto no me apetece llamarlo David.

Salgo del hospital medio aturdida por el analgésico y le pido a Jota que me lleve a su empresa, me da igual lo que opinen los trabajadores y lo que opine él, ¡me va a escuchar! Ya lo creo que me va a escuchar.

La secretaria, Claudia, me sorprende recordar su nombre, me niega el paso a su despacho, pero estoy tan enfadada que hago caso omiso y entro a la fuerza. ¡Eh! Esta situación me suena.

Ahí está, guapísimo como siempre, con su pelo alborotado, sentado tras una mesa de cristal riéndose con esa risa perfecta y despreocupada con su amigo Hugo. ¡Pues a mí no me hace gracia!

Ambos me miran perplejos. Miran mi ceja y mi camisa ensangrentada, no me dio tiempo a cambiarme, ni se me pasó por la cabeza.

–Rebeca, ¿qué demonios te ha pasado en la ceja? –me pregunta levantándose de su enorme sillón de cuero blanco. Su cara ha cambiado de diversión a preocupación.

–¿En la ceja? ¡Por tu culpa me han tenido que poner cinco puntos! –le grito ignorando a su amigo que me mira de arriba abajo aguantando la risa, lo que me cabrea aún más. Parece que disfruta con el dolor ajeno.

–¿Por mi culpa? –me pregunta asombrado–. Hugo, déjanos solos, te llamo esta noche, ¿vale?

Hugo se marcha sin dejar de mirarme. Casi se choca con la puerta al salir, cuando cierra. Don Perfecto me empieza a mirar más preocupado. Me señala la silla donde Hugo estaba sentado antes pero no quiero sentarme, solo quiero gritarle y pegarle, pegarle fuerte como me han hecho a mí.

–Siéntate –me ordena sentándose de nuevo en su sillón.

–Ni hablar, ¿se puede saber por qué me has alquilado un burdel?

–¿Un burdel? Rebeca si no me cuentas la historia desde el principio dudo que entienda de qué estás hablando.

–¡Ese era el truco! Me cogiste manía desde el día que me viste y me alquilaste ese piso sabiendo que tus ligues irían a molestarme.

–¿Qué mis ligues, qué?

Al final acabo sentándome, no aguanto más, me duele todo. Parece realmente preocupado, ya no se ríe. Me mira fijamente mientras se frota la cara con las manos, como si acabara de salir de la ducha y se estuviera

secando con una toalla. Después de unos minutos en silencio, en los que espero a que reaccione, se levanta, rodea la mesa y se sienta en el asiento que está a mi lado. Empieza a pasarme los dedos por el vendaje, suave, mirándolo atentamente, analizándolo como solo él sabe hacerlo. Me echa su aliento en la cara, me gusta, es fresco, huele a menta y quiero besarlo. ¡Qué demonios!

–Uno de tus ligues vino a buscarte. Como no la dejé pasar me estampó la cara contra el marco del cuadro del recibidor –me apresuro a decir, intentando apartar de mi mente cómo sería besar sus labios.

Don Perfecto presta atención a cada una de mis palabras, pero al llegar al final de la frase suelta una risita. Me cabreo y me entristezco al mismo tiempo, ¡me estoy agobiando! No veo qué le hace tanta gracia. Estoy a punto de llorar, se para a mirarme el ojo rojo que tarde o temprano dejará lugar a un enorme moratón a su alrededor.

–¡Deja de reírte, joder! Me duele mucho –le digo casi llorando con voz quebrada.

–Lo siento, no era mi intención, es que me he acordado de un dichoso cuadro con el que me choco constantemente.

–Espero que no sigas llevando a tus chicas a mi casa cuando no estamos, porque ahora, según el contrato, es mi casa.

Me abraza y yo rompo a llorar ahí, en su pecho. Por el dolor, porque he perdido la mañana de estudio en urgencias, porque no puedo más con la presión que siento estos últimos días. Mientras me acurruco y gimoteo en su pecho, me dice que no me preocupe, que se encargará del tema. Me gusta estar así, podría llevarme horas. Me duele la cabeza, la ceja, toda la cara, pero huele tan bien...

–Un momento, ¿desde cuándo tengo cuadro en el recibidor? –me dice interrumpiendo mi estado de ensueño.

–¡Ah, eso! Desde que le dijiste a Jota que se encargara de la decoración. Aún está esperando que vayas a verlo, quiere saber si te gusta o no.

–¡Mierda! No me había acordado de que le di trabajo.

–Eso mejor no se lo digas.

–Iré mañana, lo prometo, así me encargo de lo tuyo. Siento mucho todo esto. Te llevaré a casa, necesitas descansar.

–No, no hace falta, Jota está abajo esperando. Gracias por atenderme.

–¡Qué remedio!

Me levanto y me dirijo a la puerta. Don Perfecto está sonriendo y me mira con ternura. ¡Quiero volver a sus brazos! ¿Pero qué?... Creo que empieza a hacerme efecto la medicación.

El despertador suena muy temprano. Tengo que dejar hechas un par de cosas del trabajo antes de ir al “picadero”.

Volví a soñar con ella, pero esta vez tenía la cara magullada, estaba llorando en mi sofá y me suplicaba que parara. ¡Era yo quien le hacía daño! No me gustó nada ese sueño.

Para compensar todo lo que ha pasado he decidido comprar un par de dulces y llevárselos para desayunar. Además tengo que hablar con Jota y ver el trabajo que ha hecho allí. Espero que me guste, porque no sé cómo podría decirle a su mejor amigo que odio su trabajo. No es un trabajador más, esta chica me importa, aunque sigo con la idea de quitarme esta obsesión. Tengo que ponerla en práctica, ¿y qué mejor manera que acercarme más a ella?

Antes de subir, hablo con el guardia de seguridad. No me gusta el trato que me propone pero si es la única forma de que no le desfiguren sus preciosos ojos tendré que aceptar. El trato consiste en que Rebeca o Jota avisen con antelación de sus visitas. A toda visita no anunciada no se le permitirá el paso. A ver cómo se toma esto.

Jota me abre la puerta y me saluda de forma muy enérgica, ¡es muy temprano! Cuando me deja pasar, me quedo totalmente deslumbrado. Mi casa..., ¡ya no es mi picadero!

Es una casa con personalidad, no parece la misma. En el recibidor un pequeño tocador y un cuadro de un paisaje en las montañas, con un precioso marco de metal, llaman mi atención, al verlo lo recuerdo, este es el cuadro que le partió la ceja. Jota está a mi lado observando mis reacciones, no le hago mucho caso y sigo andando hasta la cocina. A pesar de tener pocos cambios, la cocina me impacta. Le ha añadido un toque de color rojo con flores artificiales, algún que otro utensilio de cocina también de color rojo y el frigorífico está lleno de fotos de Rebeca y Jota. Ya no es una cocina neutra, ahora tiene dueño. Una enorme alfombra de color beige debajo de la mesita

preside el salón, entonando perfectamente con los cojines marrón y turquesa de mi sofá blanco; parece otro. Un enorme cuadro con una playa de agua azul cristalina y arena fina, decora la pared pintada de un azul suave que transmite tranquilidad.

–Es Cancún –me dice Jota con un brillo en los ojos–. Como llevamos tiempo ahorrando para ir, colgamos el cuadro para motivarnos a la hora de ir a trabajar.

Sigo ignorándolo, estoy fascinado. Mi ventanal está tapado con paneles japoneses de color beige que contienen detalles florales marrón chocolate. La chimenea destaca por dos preciosos candelabros. Todo está perfectamente colocado y en armonía.

–Jota, ¡has hecho un trabajo estupendo!

–¿Te gusta?

–¡Es genial! Debo decirte que pensé que me había precipitado al darte el trabajo, pero esto es realmente increíble.

–¡Oh! Gracias, señor Torres, por darme esta oportunidad.

–Llámame David. No te preocupes, me encanta lo que has hecho. Averiguaré si mi empresa anda escasa de diseñadores, te quiero en mi equipo. Tienes mucho talento –está a punto de llorar de la emoción. Viene corriendo y me abraza dándome las gracias continuamente–. ¿Dónde está Rebeca? –le pregunto intentando despegarme de él.

–Está durmiendo..., en la habitación principal –añade al ver mi cara de desorientación.

Me dirijo a mi antiguo cuarto admirando la decoración del pasillo que sigue la misma línea del salón, pero los cuadros que cuelgan de él son fotos de Rebeca y Jota pasándoselo en grande. Me gustaría que mi cara apareciera en esas fotos, feliz como ellos. Cuando llego a la puerta dudo si entrar o no. Me decido por llamar; al no obtener respuesta, entro.

El cuarto sigue igual, lo único que ha cambiado es que ahora hay un cuadro de cachorros labradores sobre la cómoda, esperando ser colgado. No parece haber pasado por las manos de Jota.

–Con todo lo que pasó no me ha dado tiempo a pintarlo –se excusa Jota que tras decir esto se marcha a la cocina.

Miro hacia la cama y allí la veo dormida. No es la imagen sexy que esperaba, más bien lo contrario. Duerme boca arriba con los brazos extendidos sobre su cabeza y la sábana entre las piernas, tapándole solo la

izquierda. Su boca está entreabierta, lo que me indica que está dormida profundamente. Me siento a su lado a contemplarla, aunque no sea una niña preciosa ahora mismo con ese pelo alborotado me gusta mirarla dormir, igual que me gusta verla bailar.

–Rebeca, despierta –la llamo tocándole el brazo que está más cerca de mí.

–Grr –me gruñe sin despertarse.

–Rebeca, he traído el desayuno.

Se gira y me da la espalda. Lejos de rendirme, suspiro y la vuelvo a llamar, esta vez zarandeándola un poco. No quiero irme de allí sin escuchar su voz. Vuelve a girarse bruscamente y me da un manotazo en la cara sobresaltándose y despertándose, ¡por fin!

–¡Joder! Si llego a saber que me pegarías ni siquiera entro.

–¿Qué demonios haces aquí?

–Te prometí que vendría.

–Sí, pero ¿no podía ser más tarde? Estoy cansada –me dice mientras se tapa la cabeza con la sábana para volver a dormir.

–¡Venga, anda! He traído dulces.

–¿Dulces? ¿De chocolate? –me pregunta dejando ver sus ojos.

–Sí, no sabía cuál os gustan y he traído de todo.

–Haber empezado por ahí.

Se levanta de un salto y me da un beso en la mejilla. ¿Me ha dado un beso? ¿Por los dulces? La sigo hasta la cocina y me siento a ver como devora los dulces manchándose el pijama de chocolate. Es curioso, normalmente, eso me parecería asqueroso, pero en ella es gracioso. Su aspecto es infantil y me divierte ver cómo se pelea con el chocolate que empieza a correr por su mano. Al final decide darle un lametón, yo no aguanto más y empiezo a reírme; no parece darse cuenta. Está demasiado entusiasmada con el dulce.

–¿Te gusta? –le pregunto al ver que vuelve a coger otro.

–Es chocolate, claro que me gusta.

–Me alegro. ¿Qué tal llevas la ceja hoy?

–Pues... me había olvidado de ella, pero aún me duele un poco.

–Lo siento, acabo de solucionar el problema, ya no tienes por qué preocuparte.

Empiezo a explicarte el trato y para mi sorpresa asiente sin enfadarse, creí que se enfadaría por controlarle las visitas. Esta chica me desconcierta

bastante.

Tengo que trabajar, me despido de ellos y me dirijo a mi empresa. Voy distraído pensando en otra forma de poder verla de nuevo, necesito seducirla para quitarme esta obsesión y eso supone verla más a menudo. ¡Lo tengo! Tengo que llamar a Julio.

–¿Julio estás libre hoy?

–No mucho, ¿por qué?

–Necesito que me hagas un favor.

–Dime, a ver qué puedo hacer.

–Necesito que me pongas en contacto con algún profesor de baile.

–¿Que qué?

–Quiero aprender a bailar. ¿Conoces algún profesor que dé clases privadas?

–¿Aprender a bailar? Ya sabes bailar, como un mono, pero sabes.

–¡Julio!

–Mm... hablaré con el mío, a ver qué opina, ya te digo.

–Gracias tío, por cierto, ni una palabra a Hugo ¿eh?

–Descuida –me dice riéndose.

Ya está. Habíamos quedado en que si sabía bailar volveríamos a cenar, es la excusa perfecta. De todas formas quiero verla ya, estoy impaciente. ¿Qué me pasa? “¡Contrólate imbécil! Solo es una chica”. La voz de mi interior está rebelde. Le hago caso omiso y eso me da otra idea. Esta noche, es noche de meneíto.

El pub está abarrotado, es imposible reconocer a alguien. Miro hacia la barra con la esperanza de verla por allí, pero no está. ¿Dónde se habrá metido? Julio se adelanta y yo me limito a seguirlo mirando a todas partes. Sigo sin verla, ¿se habrá quedado en casa? No puede ser, eso me jodería los planes. Sigo buscando y justo antes de llegar a la mesa donde nos sentamos la otra vez, veo a una chica de pelo muy corto, demasiado para mi gusto, rubia, con unos ojos marrones que destilan maldad y una sonrisa que podría confundirse con la del mismo diablo, sentada en ella, ¡oh no, la bruja! Cintia. No se me ocurre otra cosa que mirar mal a Julio. Sabe de sobra que no me gusta salir con las novias de los colegas. Primera norma, solo tíos.

–Lo siento –me dice al ver que lo miro de mala gana–, no quería

quedarse en casa y era esto, o no salir yo.

–Da igual, no importa.

Pero si importa, importa mucho. ¿Por qué te saltas las normas, tío? Eres un maldito calzonazos.

Cintia me observa con mirada desafiante, sabe que no me gusta que esté allí y eso le provoca mucha satisfacción, lo sé. ¡Dios, me cae fatal! Antes de que la bruja y yo empecemos a discutir, aparece Rebeca. Se ha puesto maquillaje para tapar su ojo morado, pero aun así, se le nota. Pasa por nuestro lado sin inmutarse, ni siquiera nos toma nota.

–¡Eh, preciosa! –le grito levantando la mano para que me vea.

–¿Preciosa? –dice girándose como si no se creyera lo que acaba de escuchar.

–¿No vas a atendernos?

–¡Oh sí! Sois las únicas personas que hay aquí –me dice irónica–. Espera tu turno.

Dicho esto se marcha dejándome con la palabra en la boca, exactamente como hace siempre. ¡Joder, otra vez! No quiero ni mirar a Cintia, estoy seguro de que se está riendo de mí. Evito mirarla y observo a las personas que bailan en la pista. Es imposible, la muy bruja tiene que hacer un comentario al respecto.

–Vaya..., la única chica en todo el planeta que te habla así. ¿Cómo se lo permites?

–Cállate

–Esa chica me cae bien, mira por dónde.

–He dicho que te calles.

La noche está siendo un infierno, me levanto y me pongo a dar vueltas por el local sin perderla de vista. Está bastante ocupada hoy, hay mucha gente.

–¿Quieres bailar? –me pregunta una chica que aparece de la nada.

–Eh... no sé bailar

–No importa, yo te enseño –insiste moviendo sus largas pestañas con exceso de maquillaje

–He dicho que no, ¿vale?

–Vale, perdona. ¡Qué grosero!

Se retira ofendida. Me he pasado. ¿Qué me ocurre? Estoy volviéndome loco y encima la he perdido de vista. ¿Dónde está? Vuelvo a buscarla

desesperadamente mirando a todos lados, casi corro por la sala principal. Voy a buscarla abajo. Después de dar vueltas como un loco por toda la pista de baile, la diviso en rincón con el mismo chico con el que bailaba la otra vez. Esta vez la canción es diferente, es lenta, sensual, ¡es bachata! Me quedo allí parado mirándola en medio de la pista, ni siquiera soy consciente de que estoy estorbando al resto. Me duele, me duele verla así, abrazada a otro hombre, bailando con los ojos cerrados y una sonrisa de oreja a oreja. Está tranquila, parece feliz, enamorada, y él... él la mira con deseo. ¡Suéltala! Intento gritar, pero mi voz no responde. Ella ni siquiera sabe que estoy ahí observándola, y mucho menos que me hace daño. Quiero largarme, no verla más. ¿Por qué no me voy? No puedo dejar de mirarla. En ese momento ella abre los ojos y me ve. ¡Mierda! Salgo corriendo del pub lo más rápido que puedo. ¿Qué me está pasando?

Capítulo 8

La vuelta a la universidad con el ojo morado suscita toda clase de preguntas. Como no tengo ganas de explicar toda la situación, me limito a decir que ha sido una caída en la ducha; no estoy segura de haberles convencido, pero tampoco me importa lo que piensen.

–Buenos días a todos –saluda el señor Pérez entrando en la sala, soltando el maletín de cuero que lleva a todas partes en la mesa–. Sé que estáis estudiando duro para los exámenes. Os quiero recompensar por el buen comportamiento y por las buenas notas que habéis estado sacando durante todo el curso. He decidido que en lugar de hacer el típico examen, me presentéis un proyecto de vivienda, ¿qué os parece?

Toda la clase se mira asombrada. Eso sería estupendo, tendría mucho más tiempo libre para estudiar otras asignaturas, podría ensayar y trabajar sin acabar tan agotada. Me encanta la idea.

–Eso sí –continúa diciendo en voz alta intentando acallar las voces–, para aprobar, el proyecto debe estar perfecto. Todos los detalles, incluso los más pequeños deben estar aclarados, así como los materiales usados en su construcción tal y como hemos aprendido durante todos estos años. La persona que no apruebe el proyecto, tendrá la posibilidad de presentarse al examen. Como podéis ver no os puedo facilitar más las cosas. Dicho esto empezamos la clase.

Mi mente vaga con las palabras del profesor. Sé que soy capaz de crear una vivienda perfecta, pero... ¿tan perfecta? Empiezan a surgirme toda clase de dudas y preguntas, ¿materiales? ¿Orientación? ¿Casa particular? Mi inseguridad me está agobiando, estoy empezando a ahogarme. No voy a ser capaz, voy a suspender, necesito salir de aquí. Me levanto de la silla de un salto, recojo mis cosas y me encamino hacia la puerta.

–Señorita, ¿se encuentra bien? –me pregunta el profesor que se asombra al ver mi ojo.

–Eh... sí, digo no, estoy un poco mareada.

El profesor mira mi cara de nuevo, ante el silencio sepulcral en el que se ha sumido la clase, parece entenderlo, asiente con la cabeza y sigue explicando la arquitectura moderna.

Camino hacia la salida aturdida, no sé qué hacer. Si con un proyecto de clase me pongo así, ¿seré capaz de ser una arquitecta en condiciones? Me estoy volviendo a agobiar, necesito sentarme.

Decido pasear por el parque cercano a la universidad y sentarme en un banco, el aire libre me vendrá bien. Intento tranquilizarme mirando los árboles que me rodean, los deportistas que pasan veloces, las mujeres con carritos de bebé que aprovecha el buen tiempo para pasear, mi ritmo cardíaco empieza a asentarse, pero el simple hecho de recordar porqué estoy tan alterada hace surgir la ansiedad ¿Ventanas? ¿Presupuesto? ¿Unifamiliar? ¡Dios mío, es peor! Me levanto y vuelvo a caminar.

Llevo un rato andando sin parar, distraída, cuando una mujer se choca conmigo, va mirando su móvil, no se disculpa, ni siquiera se gira, el mundo se está echando a perder con tanta tecnología. Lanzo un suspiro ante la falta de educación de las personas actualmente. Parece que estoy más tranquila, el choque de la mujer ha conseguido evadir mis miedos un segundo. Mis pies me han traído a una calle abarrotada mientras mi mente vaga en un mundo de

indecisiones, observo los altos edificios que me rodean, y a mi derecha... ¡Cómo no se me ha ocurrido antes! Por casualidades de la vida estoy frente a la empresa de Don Perfecto, tal vez si le pido ayuda con mis dudas podría empezar por buen camino.

Subo directamente a su planta sin detenerme en recepción, lo cual no es difícil porque la recepcionista anda demasiado ocupada pintándose las uñas. A medida que voy avanzando hasta su despacho empiezo a reducir la marcha. Realmente me da apuro pedirle que me ayude, debe de estar muy ocupado para atender a una cría con dudas absurdas, y de cara a mi futuro, ¿qué imagen doy en esta empresa si le pido a su director que me ayude con un simple proyecto de clase? Será mejor que me busque la vida. Doy media vuelta y me dirijo al ascensor. Tras esperar unos segundos las puertas se abren, ¡joder, no puedo respirar! Mi garganta empieza a cerrarse y se me nubla la vista, necesito volver a sentarme. Me arrastro ahogándome hasta el sofá más cercano. Su secretaria me ve y corre en mi ayuda.

–¿Te encuentras bien? –pregunta colocando los cojines de modo que mi espalda quede más erguida.

–Necesito ver a...

No consigo articular palabra, con cada esfuerzo me ahogo más, señalo en dirección a su despacho y ella pilla la señal. Con demasiada amabilidad me ofrece un vaso de agua mientras espero que termine de atender a un cliente. Gracias a Dios, los estores blancos enrollables que decoran las ventanas de la sala están echados, no quiero verlo mientras espero aquí sentada, estoy segura de que mis pies echarían a correr. Cuando sale su cliente, la secretaria me hace una señal con la cabeza para que pase. Mi corazón va a mil, estoy nerviosísima y quiero irme. ¡Me arrepiento tanto de haber venido! Pero ya no hay marcha atrás. Llamo a la puerta y una voz ronca me invita a pasar. Don Perfecto me mira, no sonrío, tiene la cara blanca como la cera, incluso así esta guapísimo, su traje está arrugado y su corbata mal puesta, ¿estará enfermo?

–¿Qué haces aquí? –me pregunta grosero.

–¡Joder! Sabía que no era buena idea. Lo siento, mejor me voy –me dispongo a salir de allí avergonzada. ¿Cómo se me ocurriría que lo ideal era venir a pedirle ayuda a un tío al que conozco desde hace poco?

–No, no, no, Rebeca, lo siento –me dice elevando la voz mientras se levanta de su silla.

–¿Estás bien? –le pregunto entrando en el despacho—. Tienes mala

cara.

Como veo que vuelve a sentarse me dirijo hacia él y le doy un beso en la mejilla. Lo hago sin pensar creyendo que tal vez mejore su ánimo. Su cara enrojece, agacha la cabeza y evita mirarme a los ojos. ¿Qué le pasa? Está raro.

–¿Estás enfermo? –insisto.

–No, es que... –titubea y me mira, pero aparta la mirada al instante pasándose las manos por el pelo, su gesto más típico–, casi no he dormido.

–¿Problemas personales o de trabajo?

–Deja de interrogarme –su voz se torna dura–. ¿Qué quieres?

–Yo... esto... verás... venía porque..., necesito tu ayuda, pero no es el mejor momento, creo que será mejor que me marche.

–Dime al menos en que puedo ayudarte.

Su voz va cambiando, de dura a amable y viceversa. Es como si su personalidad diabólica luchara por salir de él pero hiciera un esfuerzo tremendo por no liberarla.

–Pues, el profesor nos ha mandado hacer un proyecto de vivienda –le digo mientras me acerco a su pecho y le coloco bien la corbata–, y yo, bueno... no estoy segura... de poder hacerlo sola.

–¿Quieres que te ayude con un proyecto de clase? –me pregunta incrédulo quitándome las manos de su corbata.

–Eh... sí, pero solo si te apetece.

–¿No puede ayudarte otro? –me mira de reojo todo el tiempo y logro descifrar una mirada de odio. ¿Qué he hecho?

–Déjalo, ha sido una mala idea venir, olvida lo que te he dicho, me voy.

–Como quieras.

Estoy confundida. ¿Qué le pasa? ¿Es la falta de sueño o hay algo más? No lo entiendo, anoche estaba bien, incluso me llamó preciosa, aunque se fue sin despedirse. Algo le pasa, de eso estoy segura.

Jota no está en casa, no puedo contarle lo que ha pasado. Me siento mal, no debería, pero un sexto sentido me dice que le pasa algo conmigo. Sé que jamás conseguiré sacarle el motivo, “¿entonces por qué te agobias!”, me grita mi cabeza. Tiene razón, voy a ducharme y seguro que se me pasa con un poco de ensayo, ya nos queda menos para la actuación y cada día avanzo más rápido. El móvil no para de sonar, ¡mierda! No puedo cogerlo, tal vez sea algo

importante. Salgo de la ducha a todo gas con tan mala suerte que mis pies pisan una camiseta que dejé en el suelo ayer y me caigo. ¡Ay! me duele el culo.

–¿Diga? –consigo responder a tiempo con voz dolorida.

–Rebeca, soy Luis, tendremos que dejar el ensayo para mañana. Debo dar una clase privada esta tarde.

–Oh... bueno, no importa, avísame para el siguiente ensayo. Que te sea leve.

–Chao.

¿Y ahora qué hago? Debería preparar algo del proyecto. David no ha querido ayudarme, tengo que esforzarme al máximo o suspenderé. Enciendo la tele para tener sonido de fondo, tanto silencio me incomoda y me pongo a trabajar, pero me doy cuenta de que es imposible, ¡estoy totalmente bloqueada! ¿Dónde está Jota cuando lo necesito?

En la tele echan una serie de vampiros, me quedo embobada mirándola: “cualquier cosa por no estudiar”, me dice mi cabeza, ¡dame un respiro por favor! Estoy loca, lo sé. El protagonista me recuerda a David, tiene sus mismos rasgos físicos aunque parece más amable. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué estaba tan borde? ¿He hecho algo malo?

La vibración de mi móvil sonando en la mesita del salón me saca de un sueño profundo, ¿qué hora es? No puede ser que me haya quedado dormida, soy un desastre.

–¿Sí? –respondo al teléfono desorientada.

–Rebeca, quedamos esta noche para lo del proyecto –comenta David al otro lado de la línea.

–¿Esta noche? –no entiendo nada, ¡si me dijo que no me ayudaría!

–¿Trabajas?

–No, pero ¿estás seguro?

–¿Quieres que te ayude o no? –contesta tajante.

–Vale, vale, esta noche entonces.

–A la 22.00 estoy en tu casa.

–Está bien, veré que hay de cenar.

Ha colgado. ¿Ha colgado? ¿Sin despedirse? Definitivamente algo le pasa conmigo, espero poder sonsacarle el qué o acabaré por volverme loca.

Son las 22.15 y no hay señales de David. Jota ha llamado para decirme

que se quedará en casa de un compañero de clase. Estaremos solos, pero eso no es lo que me preocupa, lo que me preocupa es que quiera salir corriendo, está tan raro...

Suena el timbre y casi me da un ataque. Ya está aquí. Voy nerviosa a abrir la puerta. “Que esté bien, por favor, que esté bien”, me repito a mí misma.

–¡Hola! Pasa –saludo analizando su cara que no me da ni un atisbo de esperanza, sigue evitándome la mirada. Entra en el salón sin saludar, callado, demasiado para mi gusto.

–¿Has preparado esto para mí? –me señala la comida que ya había puesto en la mesita del salón.

– Eh... bueno, yo también tenía pensado cenar.

–Más te vale que esté buena –su rostro no expresa odio, no consigo ver ninguna emoción en sus ojos, tampoco en sus gestos corporales, se mantiene neutral.

–He hecho tallarines con gambas, arroz tres delicias y pollo con almendras, es eso de ahí –digo señalando el pollo quemado–. Se ha pasado un poco –me disculpo–. Noche de comida china, espero que te guste.

–¿Se puede comer?

–Supongo, puedo preparar otra cosa si quieres.

–No, no hace falta, probemos esto.

Voy a la nevera por un par de cervezas sin quitar la vista de ese ser que me tiene confundida, observo cómo se sienta en la alfombra y le hinca el diente al pollo, lo miro con miedo pero acaba devorándolo.

–Está bueno ¿eh?

–¿Sí? uf, gracias, es la segunda vez que te sorprendo con la comida ¿no?

–Es verdad.

No está muy hablador. Mientras comemos me va preguntando sobre el proyecto de clase que al fin y al cabo es lo que ha venido a hacer, sin embargo me tiene distraída, está muy guapo y huele tan bien... podría hacerme adicta a ese perfume. Mis ojos no paran de mirar su boca, debo parecerle boba ahora mismo. En ese mismo instante, totalmente perdida en el movimiento de sus labios mientras come, absorbe un tallarín que le había quedado colgando por la barbilla. Mis ojos se elevan y se encuentran con los suyos, me está mirando fijamente y me guiña el ojo de forma seductora, algo dentro de mí se remueve,

como si me empujara a quitarle la comida y besarlo, me atrae tanto. ¿Qué estoy diciendo? No me gustan este tipo de chicos, pero... es tan guapo. ¿Y si solo me acostara con él una sola vez? “Serías una estúpida más en su lista”, la voz de mi cabeza vuelve a la carga y esta vez tiene razón. Acostarse con él me convertiría en las chicas que odio, en las fáciles, en las que luego lloran porque pierden la dignidad esperando una llamada. Tengo que concentrarme, hablaré del proyecto y así alejaré mis pensamientos de su preciosa boca, ¿ya estamos otra vez? Esto será más difícil de lo que pensaba.

–Bueno, se acabó la cena, manos a la obra.

–Mi idea es crear una vivienda particular.

–Bueno, por algo hemos empezado.

Tenemos la mesa llena de papeles y llevamos tres horas con el dichoso proyecto. No consigo enterarme de nada, lo único que tengo claro es que es muy difícil hacer una casa entera desde cero. Tengo los músculos de las piernas agarrotados. ¿Por qué no me siento en el sofá? Supongo que quiero estar cerca suya. Necesito un descanso.

–¿Quieres otra cerveza?

–Rebeca, llevo cuatro, ya es suficiente.

–Pues para mí no, esto es una locura, no me entero de nada.

–Si dejas de mirarme la boca a lo mejor te concentrarías más. ¿Seguro que quieres que te ayude?

–¿Qué clase de pregunta es esa? –le grito ruborizada.

–No lo sé, estoy agotado, no vuelvas a gritarme.

–Perdón, ¿por qué no descansamos?

–Me parece bien, pero solo un poco, tenemos mucho que hacer.

Enciendo la televisión pero no hay nada digno de ver, dejo puesto un concurso de preguntas, tal vez eso nos despeje un poco. David se quita los zapatos, se acomoda bien en el sofá y yo me siento a su lado. Intento evitar por todos modos pensar en abalanzarme sobre él, no quiero hacerlo, no quiero hacerlo, me repito una y otra vez. ¡Ya sé! Le preguntaré por qué estaba tan raro, lo mismo tengo suerte y me lo dice.

–David, ¿qué te pasaba esta mañana?

Ante su silencio intuyo que no quiere responderme. Aparto los ojos de la tele y lo miro, ¡se ha dormido! Se ha quedado dormido en el sofá, ¡pobrecito! Necesitaba descansar y sin embargo aquí está, conmigo,

ayudándome y al final no ha servido para nada porque no era capaz de concentrarme. La imagen de David durmiendo es la más perfecta del mundo, ¡es tan sexy! Dejándome llevar por el momento bajo el volumen y me dejo caer, acomodándome a su lado.

–Rebeca, Rebeca.

Abro los ojos y veo a Jota llamándome en susurros. ¡Joder! Me he quedado dormida. Tengo el brazo de David encima de mi cintura, intento quitármelo sin que se despierte.

–¿Qué haces aquí? Me dijiste que te quedabas en casa de no sé quién.

–En casa de Enrique, pero a estudiar, no a dormir, no escuchas cuando te hablo.

–Bueno, da igual, ayúdame a llevarlo a mi habitación.

–Ni que fuera un niño, déjalo en el sofá.

–No, Jota, necesita descansar bien.

–Pues pégale una hostia para que se despierte y vaya solo.

–¡Jota!

Jota accede de mal humor y entre los dos llevamos a David hasta la habitación, cada uno aguantándolo por un hombro. No sé cómo demonios conseguimos levantarlo del sofá, duerme como un tronco y no se despierta. Consigo tumbarlo en la cama y me encamino hacia el sofá. Esta noche dormiré yo mal, me lo merezco, debería haber prestado más atención a lo que me estaba explicando horas antes.

—

Está sonando una música extraña, ¿qué demonios es eso? Parece un despertador, por suerte deja de sonar, ¡qué escándalo! Abro los ojos adormilado, no me suena este lugar, ¿dónde estoy? Miro el resto de la habitación, las paredes de color blanco, un cuadro de perritos apoyado sobre la cómoda, ¡ah, ya sé! ¿Qué hago aquí? ¿Me he acostado con ella? ¡No jodas! He conseguido mi propósito y no me acuerdo de nada, ¡ya me vale! A medida que me incorporo y me voy despertando pequeñas escenas vienen a mi cabeza. Me quedé dormido en el sofá, así que no sé cómo he llegado hasta aquí. Tengo la ropa puesta. Al verla me quedo más tranquilo: si llega a pasar algo quiero

acordarme.

Me dirijo a la cocina y antes de entrar veo a Rebeca durmiendo en el sofá. Está boca abajo, con la mano derecha colgando, tocando el suelo con el filo de sus dedos. Esta chica no es nada sexy durmiendo, no quiero despertarla. Me porté bastante mal con ella ayer, fui borde y grosero, y ella ha dormido ahí para que yo estuviera más cómodo, me siento un poco avergonzado. Miro la hora, es temprano, será mejor que me marche sin hacer ruido, iré a casa a darme una ducha y pasaré el resto del día haciendo el vago. Antes de irme decido escribir una nota.

*“Perdón por mi actitud ayer, te prometo que te compensaré. Un beso.
D”*

La pongo en la nevera bajo un imán. Espero que lo lea.

Las calles están desiertas; como el tráfico es fluido, llego a casa en menos de diez minutos. ¡Oh Dios! Meterse en la ducha es lo mejor del mundo, espero que el agua caliente me quite el mal humor de ayer. Tuve ensayo con el profesor de Julio, jamás me imaginé que sería el mismo tío que vi bailando con Rebeca, casi lo echo de casa, pero me controlé y le di una oportunidad. A pesar de ser un gilipollas es un buen profesor, decidí no relacionarme con él más de la cuenta y limitarme a aprender a bailar. Julio no entendía nada, pero ¿qué quieres que te diga?, tampoco lo entiendo yo. Para colmo anoche, mientras Rebeca y yo cenábamos, sentí algo que nunca había sentido. Estaba enfadado con ella y conmigo mismo, se me habían adelantado. ¿Por qué no puede ser ella como las demás? Solo una caricia y listo, ella no, ella tiene que ser más complicada. No voy a rendirme, me la ligaré me cueste lo que me cueste. Esta noche volveré al pub y juro que no saldré corriendo.

–David, concéntrate, estas en las nubes. Un, dos, tres... cinco, seis, siete –me dice Luis por enésima vez, marcando el compás con las palmas intentando enseñarme un paso de baile.

–Lo siento, estoy distraído.

–Llevamos media hora, podemos descansar si quieres.

–Sí, por favor.

Voy a la nevera por un par de cervezas. No puedo quitarme de la cabeza aquella imagen: Rebeca y Luis juntos, abrazados, al son de la música

como dos enamorados; ver a Luis me hace recordarlo.

–Luis, ¿qué hay entre Rebeca y tú? –le pregunto impulsivamente.

–¿Entre Rebeca y yo?

Asiento mientras le acerco la cerveza y le doy un sorbo a la mía, temo que me diga que son pareja. En realidad no quiero que conteste, al menos eso no, ¿entonces para que pregunto?

–No hay nada, solo es mi pareja de baile temporalmente.

–Pero te gusta, ¿verdad?

–No es asunto tuyo sinceramente –está a la defensiva y lo entiendo, pero quiero saberlo, me da igual que se enfade, necesito saberlo.

–Pues no, es cierto, pero os veo bailar continuamente tan pegaditos, tan compenetrados.

–A ver David, te voy a explicar algo del baile. El baile no es mover los pies sobre la pista, eso puede hacerlo cualquiera. Para bailar bien hay que sentir la música, sentir a tu pareja, dejarte llevar y confiar en ella. Sentir cada movimiento, ser solo uno. Rebeca es una chica increíble, responde de forma tan sutil que hace demasiado fácil guiarla, se deja llevar de una manera sorprendente, cada paso, cada giro de ella es pura armonía, sin conexión no existe eso, Rebeca y yo tenemos esa conexión, eso es lo que hace que el baile sea especial.

–Eh... pero ¿te gusta?

–¿Te gusta a ti? –se resigna.

–¡Qué tonterías estás diciendo! Volvamos a la clase.

No me gusta que me responda con preguntas, algo me está ocultando, además, tampoco es asunto suyo si me gusta o no, que no me gusta, pero no tengo porqué decírselo. Algo pasa entre ellos dos, no quiero pensar que sean pareja, no puedo, si lo son, mis planes se van al traste. Jamás podré quitarme esta obsesión, estoy seguro que únicamente se quitará si la consigo, si la hago mía.

–Por cierto –le digo intentando hacer el mismo paso del principio de clase–, nadie debe saber que estoy aprendiendo a bailar.

–¡Genial! Le doy clases a quien se avergüenza de bailar –responde asintiendo con las manos en la cara, dolido.

–No es eso, yo...

–Lo sé, es por ella, estoy seguro, pero como quieras.

–¡Qué no digas tonterías! –le grito malhumorado.

Después de una clase agotadora he llamado a Hugo, me apetecía charlar con él un poco. Estamos jugando al fútbol en la Xbox pasándolo en grande, sin embargo, no consigo olvidarme de la respuesta de Luis, y en mi mente deambula ella, ella y Luis, ella en el sofá, ajustándome la corbata, ella riendo, ella bailando, ella, ella y ella. ¡Es tan preciosa!

–¡David!

–¿Qué? –grito despistado.

–Te estoy ganando, idiota.

–No me importa –digo soltando el mando.

–Venga ya, ahora en serio, no quería preguntarte porque se notaba que no tenías ganas de hablar pero..., ¿qué te pasa?

–¿Me prometes que no te reirás?

–No, sabes de sobra que me descojonaré en tu cara.

Ignoro su respuesta y empiezo a contarle todo lo que me pasa, tal vez sea hora de que unamos nuestros conocimientos para que pueda conseguir mi propósito, al parecer con los míos no son suficientes, y esta chica no es como las demás, lo que me pone más nervioso aún.

–... Y por eso me tiene desconcertado.

–Entonces me estás pidiendo que te ayude a tirártela –Hugo no para de reírse. Está feliz, como si hubiera recuperado algo que hacía tiempo que había dado por perdido. Se siente orgulloso.

–Exacto, justamente eso. Una vez que lo consiga nos olvidaremos de ella para siempre.

–Mm... si te ayudo, ¿puedo tirármela yo después? –el movimiento de sus cejas unido a su sonrisa maliciosa, le da un aspecto bribón, pero es gracioso, casi divertido.

–Podrás hacer lo que quieras con ella.

–¿Incluso un trío contigo?

–¿Qué cojones...? No te pases.

–Es que eres tan guapo, tan rico y tan sexy –me dice moviendo la mano como una chica y pestañeando exageradamente antes de soltar una carcajada–, justo como me gustan a mí.

–Por eso. No logro entender que falla.

Esta noche saldremos a su pub. Con los consejos de Hugo caerá, a él

no se le escapa ni una, debe funcionar.

Me visto de forma sencilla, camiseta gris oscura abotonada en el pecho y remangada hasta el codo que me da un aire muy natural y unos vaqueros oscuros y desgastados, no quiero que se note demasiado que intento captar su atención.

El pub está lleno, como siempre. Echando un vistazo rápido al local la veo corriendo de mesa en mesa, siempre tan ajetreada. Conseguimos sentarnos en la que se está convirtiendo nuestra mesa habitual, no sé porqué pero nunca está ocupada, ¿tendrá chinches? Jota me ve desde la barra, me saluda emocionado y yo le correspondo levantando la mano, ella, sin embargo, está enfrascada en una pelea con un trapo que se le cae constantemente. Hugo la mira, me mira y se ríe. Empiezo a arrepentirme de haberle contado todo, pero si me ayuda me da igual. Es hora de empezar la conquista ¡al ataque! Me levanto, voy hacia ella, ahora está limpiando una mesa que acaba de quedar vacía, me detengo detrás, a su espalda, no me ve llegar, ni siquiera sabe que estoy en el local.

–Estás preciosa –le susurro en el oído.

–¡Joder! –chilla girándose tan rápido que casi se le caen los vasos de la bandeja que sostiene–. No hagas eso, me has asustado.

–¿Leíste la nota?

–Sí, estaba pensando cómo me compensarías, si invitándome a cenar o mandándome a la mierda.

–Todo a su tiempo.

–Tú y tus misterios. ¿Qué haces aquí? Parece que has cogido gusto al local.

–Hay muy buenas vistas –le contesto mirándola de arriba abajo poniendo la mirada más seductora de mi repertorio.

–¿Estás bien?

Mirándome de reojo como si acabara de ver un fantasma se marcha y se detiene en otra mesa. Yo la sigo como un perro, detrás de ella, no voy a perderla de vista ni un segundo.

–¿Cómo tienes la ceja? –le pregunto mientras le acaricio el poco vendaje que le queda suavemente y le retiro un mechón de pelo.

–Mucho mejor.

–Estarías mejor con el pelo recogido, no me gusta que te tapen esos preciosos ojos.

–Eh... ¿Estás bien?

–Que sí. Es que me gusta estar contigo, me siento cómodo y me haces reír.

–Si esta es una forma de compensarme no hace falta, de verdad.

Se ha puesto seria, casi asustada. De repente una voz bastante conocida pronuncia su nombre detrás de mí.

–¿Quieres bailar? –le pregunta Luis ignorándome.

–Por supuesto.

¡Qué demonios! ¡Estaba hablando conmigo! Este imbécil está jugando sucio. Qué bueno sería saber bailar y robársela ahora mismo. Indignado me vuelvo a la mesa donde Hugo intenta cautivar a una chica. ¡Mierda! No me queda otra que irme a la barra.

No le quito la vista de encima, “Rebeca es increíble”, recuerdo, “esa conexión que tenemos”, ya veo que conexión tienes con ella, quieres lo mismo que yo y no voy a permitir que eso pase. Él me mira con una sonrisa de maldad, está disfrutando viéndome sufrir. Por suerte la canción acaba y se le acaba el chollo, se dan dos besos, sigue sin gustarme eso. De vuelta al trabajo ella se coloca detrás de la barra donde estoy sentado. No puedo dejar de mirarla, hoy está especialmente guapa.

–Rebeca, ven.

–Estás pesado hoy.

Le cojo la mano derecha y empiezo a acariciar su tatuaje.

–Tienes unas manos muy suaves, ¿sabes con qué quedaría mejor?

Ella no contesta, me mira sin entender nada. Parece que los trucos de Hugo no están funcionando. Meto la mano libre en mi bolsillo y saco una pulsera de plata con una pequeña llave colgando. La compré esta tarde al pasar por una joyería, la vi y me acordé de su tatuaje, su llave especial.

–Con esto –le digo mientras le coloco la pulsera en la muñeca.

–¿Qué es esto?

–Un regalo.

–¿Para mí?

–Claro.

–Pero... ¿por qué?

–Como ya te he dicho me siento muy a gusto contigo, quiero que te acuerdes de mí cada vez que la veas.

–¡Vaya! –Exclama sorprendida, mirando la pulsera con una leve

sonrisa en la cara—. Es preciosa, muchas gracias.

Sus ojos brillan, me gusta ese brillo, es el mismo brillo que observé en ella cuando bailaba, la luz del local lo destaca y hace que parezca más preciosa que de costumbre. Sin esperármelo me mira dulcemente, me coge de la cara con ambas manos y me da un beso en la mejilla. Me gusta, me gustan mucho sus labios, son suaves y huele muy bien. Tenemos que pasar de ese beso inocente, de momento es lo único que consigo, algo es algo.

Está feliz, vamos cogidos de la mano andando por la orilla de un lago. Tiene una sonrisa que es contagiosa y me besa de vez en cuando. La brisa que ondea su pelo es muy agradable, hace las vistas aún más bonitas y la pulsera que le regalé ya no contiene solo una llave, también lleva un candado y nuestras letras iniciales. ¡Cuánto amor siento por ella! La amo, no quiero dejarla ir, que jamás se vaya de mi lado. Nos paramos frente a una enorme casa de madera mirándonos con ternura, ¡Oh Dios! No puede ser más bella. Le acaricio la cara y le sostengo la cabeza con ambas manos. “Eres la luz de mi vida”, le susurro justo antes de darle un beso lleno de amor, de pasión, aquellos que te llenan el alma. Estoy tan absorto en sus labios que la empujo sin querer y cae al lago. Me grita, me pide que la saque, que la rescate, pero estoy paralizado por el miedo, ¡se está ahogando! ¡Aguanta! Se hunde cada vez más, ya no se escucha su voz, su preciosa voz. ¡NO! Me despierto sobresaltado y empapado en sudor. Inquieto me levanto, doy vueltas por la habitación con el teléfono en la mano, necesito saber que está bien. ¡Joder! Ha sido el peor sueño de mi vida.

Capítulo 9

El despertador de Jota es demasiado estridente, menos mal que suena al mismo tiempo que el mío. Lo miro, marcan las 7:00 de la mañana. ¡Odio los lunes! Es hora de levantarse, hay que volver a la rutina: universidad, estudio, ensayo, trabajo y actuación, ¡hoy actúo! ¡Me estoy agobiando y aún no he empezado!

Algo que tengo en la muñeca se me enreda en el pelo mientras me peino, ¡la pulsera! Me quedo admirando la preciosa llave que cuelga de ella con media sonrisa. Que me regalara una pulsera para que me acuerde de él fue inesperado e increíble, no se imagina cuánto significó para mí. Tal vez, solo tal vez, yo no sea una más, sino alguien especial en su vida, alguien a la que quiere tener cerca por mucho tiempo, algo que no parece tener, una amiga, que simplemente sea eso, amiga.

Desde la cocina me llegan ruidos y voces, voces conocidas, parecen Jota y David, ¿David? ¿Qué hace David aquí? Recorro el pasillo hasta la cocina con prisas, tengo curiosidad. ¿Es realmente David?

–¿Hola? –saludo al ver que ambos están discutiendo con la cafetera, que parece no querer funcionar.

–¡Buenos días! –Exclama David de muy buen humor sentado en uno de los taburetes de la cocina–. Tenía un poco de tiempo libre antes de trabajar y os traje dulces.

–¡Ah! Al menos eso responde a mi pregunta de qué haces aquí.

–Me gusta estar aquí. Esto es acogedor –dice señalando la decoración de la cocina y el salón–. Aunque las personas que viven son un poco antipáticas, en el fondo no son tan malas.

–Pues esta antipática te va a robar el dulce –corro hasta la encimera donde él está dejado caer, le robo el dulce de chocolate que tiene en la mano al mismo tiempo que le doy un pequeño beso en la mejilla.

–¡Eh! Eres una ladrona.

–¿De besos o de dulces?

–Te falta un poco de práctica en el robo de besos, pero puedes practicar conmigo.

–Más quisieras.

Jota mira la escena sin entrometerse, se concentra en hacer funcionar la cafetera que sigue sin hacer café.

–Prueba a darle un golpecito en la tapadera del filtro, a veces le cuesta arrancar –sugiero al ver que se está desesperando.

Me hace caso y la cafetera por fin empieza a echar café. Jota pega saltitos, mientras sentado en un taburete David se ríe y me mira fijamente con esos ojazos verdes, está tan guapo cuando se ríe. Tiene una sonrisa perfecta; lo cierto es que este David me gusta más, el otro, Don Perfecto, siempre está enfadado y con actitud prepotente.

–Eres una chica polifacética –me dice David ladeando la cabeza y cogiendo del filo de mi pantalón de pijama, tirando hacía él con fuerza.

–Sé hacer de todo.

–Menos robar besos.

Me aproximo a él, acerco mis labios a los suyos lentamente, mirándolo a los ojos. Mi mano derecha está apoyada en su pierna izquierda, me mira con un brillo de lujuria, noto como su respiración se acelera, sin pronunciar palabra, con cada gesto de su cuerpo me pide que me acerque más y más.

–¿Estás seguro? –le susurro.

–Sí –me dice en voz baja casi jadeando.

–¡Pues te vas a quedar con las ganas de saberlo!

Me incorporo y me dirijo a mi habitación para coger las cosas de clase mirando por encima de mi hombro para ver su reacción. Jota sigue al lado de la cafetera con la boca abierta, no emite ningún sonido, y David me mira con ojos como platos y una pequeña sonrisa ladeada, demasiado erótica, como si pensara salir corriendo a cogerme en cualquier momento; y eso es justo lo que hace. Cuando reacciona sale corriendo en mi dirección, como no me lo espero me atrapa y sus manos empiezan a hacerme cosquillas por todo el cuerpo hasta lograr que nos caigamos al suelo. Me duele el costado de reír pero él sigue y sigue sin parar.

–Eres una niña –me dice con su cuerpo sobre el mío, tumbados en el pasillo–, no puedes ir haciendo eso.

Mi corazón late más fuerte. Sus encantadores ojos me avisan sobre su deseo de devorarme, está tan cerca... Quiero darle un beso, uno de verdad, pero me controlo. Noto un flash, miro a mi izquierda y veo a Jota con una cámara de fotos.

–Lo conseguí, momento immortalizado –dice triunfante mirando la foto a través de la pantallita de la cámara–. ¡Guau! una foto preciosa.

Consigo escaparme de la presión que su cuerpo hace contra el mío. Él

aún tumbado en el suelo le lanza una mirada de odio a Jota al tiempo que este sale corriendo hacia el salón, parece ser que le ha fastidiado el momento. Me río y cojo mi bolso.

–Nos vemos luego, chicos.

–Hasta luego, ladrona.

Le saco la lengua y cierro la puerta.

Una vez en el ascensor sonrío, sonrío tanto que creo que en un día como hoy nada puede salir mal.

La clase es de lo más aburrida. El profesor no dice nada interesante, es como escuchar una grabación de la radio que suena una y otra vez sin cesar, un programa antiguo o un documental de esos que pones de fondo en la televisión para dormir por las tardes. Mi única distracción es jugar con la llave de la pulsera mientras voy recordando lo que ha pasado esta mañana. A veces es un chico encantador y así es como quiero que continúe. Sin embargo mi sexto sentido me dice que pronto acabará todo, nada puede ser tan perfecto, intuición tal vez, no sé, ahora no quiero pensar en eso.

Algo se mueve en el interior de mis bolsillos. La vibración del móvil en silencio interrumpe mis pensamientos.

“Espero que estés prestando atención y no mirándole la boca al profesor. Besos D”.

El mensaje de David me saca una sonrisa. Con cuidado para que el profesor no me vea le respondo:

“Precisamente estaba pensando que abría la llave”.

Y era cierto. Esa llave, ¿significaba algo? Me contesta casi al instante:

“Eres una ladrona impaciente, tiempo al tiempo”.

El día está resultando mejor de lo que esperaba. Me gusta estar con David, es divertido, a su manera pero lo es, atento, cariñoso y por supuesto guapísimo, justo lo contrario que mi ex.

Después de dos horas de insoportable aburrimiento suena el timbre. ¡Por fin! Me tengo que dar prisa si quiero almorzar, no tengo tiempo para parar

en casa, me tendré que comprar un bocadillo en el bar de la universidad y comérmelo de camino al ensayo, esta noche tiene que salir todo perfecto.

En la salida un chico con traje de vestir y gafas de aviador, bien peinado y elegante, llama mi atención. Está apoyado en una farola mirando el móvil distraído, no creo que sea... ¡No puede ser! Acelero el paso.

–¿Qué haces aquí?

–¡Rebeca! No te había visto salir –David se quita las gafas con un movimiento suave y lento, guarda el móvil en el bolsillo y me coge por la cintura empujándome contra su pecho, me da dos besos y me suelta.

–¿Qué haces aquí? –repito aturdida por su aroma, una colonia de hombres hecha para seducir.

–Vengo a invitarte a comer.

–Esto... yo –miro el bocadillo de mortadela que acabo de comprar, ahora no me apetece nada–. Lo siento es que no tengo mucho tiempo. ¿Qué tal otro día?

–No tienes tiempo, buena excusa –está molesto, se ha vuelto a colocar las gafas y mira hacia otro lado huyendo de mi mirada, pero las facciones de su cara no mienten, ni su cuerpo, está rígido y tenso, se nota que no está acostumbrado a que le digan que no.

–Lo siento de verdad, tengo cosas que hacer –intento disculparme, pero resulta en vano.

–No pasa nada, avísame cuando puedas –responde con tono seco.

Dicho esto se da la vuelta y camina de forma elegante por el parque que rodea la universidad hasta meterse en su impresionante coche plateado.

Incluso cuando anda es perfecto. “Boba, llegarás tarde”, la voz de mi interior me trae de vuelta a la realidad, ¡mierda, a correr!

El trabajo está siendo divertido, tal vez sea que yo estoy de muy buen humor, aunque me noto cansada. Como hay muchos clientes Marta y Jota están a tope, cotillear sobre lo que ha pasado hoy se convierte en misión imposible. La puerta se abre y por ella entran David, Hugo, Julio y Cintia. Saludo desde la barra y David viene hacia mí mientras el resto del grupo se dirige a su mesa habitual; como está ocupada les señalo una mesa más al fondo pegada a las escaleras.

–¿Cansada? –me pregunta David quitándome de las manos el trapo con el que estoy limpiando la barra.

–Un poco, llevo un día bastante ajetreado.

–Ya veo, para no tener tiempo para comer.

Suena irónico, aún está dolido. Si quiero que siga siendo amable tengo que buscar la forma de poder compensarle, eso o me temo que volverá Don Perfecto antes de lo previsto, además me hace ilusión que vea nuestra actuación, tengo los nervios a flor de piel y su presencia me tranquiliza.

–¡El sábado! –le digo elevando el tono más de la cuenta–, el sábado podríamos cenar, eliges tú el sitio.

–¿El sábado? Mm... de acuerdo ladrona. Donde yo diga.

Mi cabeza asiente pero mi cuerpo y mi mente emiten un suspiro de alivio, gracias a Dios he podido solucionar la situación. Se aleja mirando la pista. Observo como al llegar a la mesa donde están sus amigos le levanta el pulgar a Hugo y ambos chocan las manos a modo de triunfo. No lo entiendo, será algún mensaje oculto de ellos dos, alguna broma o algo así. Tampoco tengo mucho tiempo para pensarlo, Luis aparece de la nada y me saca a bailar. Bailar con Luis me pone nerviosa, me recuerda que en unos minutos actúo por primera vez en el escenario, apenas puedo respirar, Luis se da cuenta e intenta tranquilizarme.

–Saldrá bien.

–Tengo que confiar en mí ¿no? ¡Pues no funciona!

Se ríe y echa un vistazo rápido a David con mala cara, ¿por qué lo mira así?

David controla cada movimiento, pero no me importa, siento que si él está ahí soy capaz de cualquier cosa. La canción acaba, ¡vaya puntería! Justo cuando había conseguido relajarme. Tengo que ir a su mesa, necesito que me anime, que me dé fuerza, aunque en este momento está hablando con sus amigos, no importa. Subo las escaleras alegre, casi corriendo, pero las palabras de Hugo me detienen a tres escalones de ellos.

–David, ¿conseguiste tirártela? –le pregunta Hugo guiñándole el ojo.

–¡Qué va! Me está costando más de la cuenta. Le he regalado una pulsera y estoy todo el tiempo detrás de ella, creo que ya empieza a caer.

–Con joyas todo se consigue, sois muy simples –dice Hugo dirigiéndose a Cintia, que tiene una expresión de asco en su rostro y no para de mirar a Julio, que evita la mirada de todos dirigiendo la suya a sus manos–, pero aun así, ¿no decías que acostarse con camareras era caer muy bajo?

–Y es verdad, pero es hora de probar. Un polvo salvaje de una noche y

se acabó, no volverá a saber de mí.

Me quedo paralizada. ¿Hablan de mí? Observo la pulsera y me doy cuenta. Sus palabras duelen mucho. Me siento como si me estuvieran apuñalando el corazón, o rasgándolo, como si me lo hubieran arrancado en vida, no puedo moverme. Cintia me ve, por mi cara sabe que lo he escuchado todo. Su expresión, que antes era de asco, cambia a fascinación en una milésima de segundo, su boca dibuja una sonrisa llena de maldad, me parece haber visto al diablo en ella. ¿Por qué le divierte que lo sepa? Me está doliendo demasiado.

–Solo para tenerlo claro –interrumpe Cintia sin quitarme los ojos de encima–, ¿habláis de la camarera de aquí?

–Sí, Rebeca –le contesta Julio incómodo.

–¿Y el plan es que ella se enamore de ti para acostarte con ella? Luego la olvidas y a por la siguiente incrédula.

–Exacto. Ya sabes cómo soy, no me gustan los compromisos –responde David con un gesto de orgullo en su cara.

Mi pecho sube y baja bruscamente como consecuencia del ataque de ansiedad que me entra. Cintia sigue mirándome, apretando los labios intentando aguantar la risa, tiene una expresión de pura maldad. ¿Qué te he hecho yo? Ver a David presumiendo de su futuro logro no ayuda. Tengo ganas de llorar, de salir corriendo, pero eso es lo que haría una cobarde, ¡no soy una cobarde! Saco fuerzas para pasar por su mesa sin mirarlos. Todos se callan al verme.

–¡Eh! –me grita Cintia chasqueando los dedos en alto. Me doy la vuelta y la miro. Estoy segura de que mi odio se refleja en mi cara, pero no me importa.

–¿Qué quieres? –le pregunto, intentando ser amable y procurando no cruzarme con los ojos de David; los míos están a punto de soltar una lágrima.

–¿Me traes una coca cola?

–Enseguida os atienden.

¿Por qué es tan estúpida? Lo ha hecho aposta, estoy segura. Aprieto el paso y llego hasta el almacén. “No llores, no llores”, mi voz interior hace un esfuerzo por salir. El deseo de volver y pegarle es demasiado fuerte. ¡Es un imbécil! Todo, absolutamente todo lo que ha hecho, desde traer dulces hasta regalarme la estúpida pulsera ha sido con una sola idea en la mente: acostarse conmigo. Me da asco, me doy asco, no debí dejar que entrara así en mi vida.

–¡Te odio! ¡Te odio! ¡Te odio! –grito a solas en el almacén pegándole patadas a una caja vacía que tengo justo delante. En ese momento la puerta del almacén se abre y Jota asoma la cabeza.

–¡Rebeca! ¿Qué te pasa?

–Es un idiota, un estúpido, he sido una tonta.

–¿De qué hablas?

–De David, de Don Perfecto, quien sea. Todo lo que ha hecho por nosotros es mentira. Solo quería acostarse conmigo. Soy una imbécil Jota.

Me estrecha entre sus brazos y empiezo a contarle lo que he oído minutos antes. Casi rompo a llorar. Jota me repite que sea fuerte, que no se merece mis lágrimas, una persona así no merece que llore por él. Intenta calmarme de todas las formas posibles pero sólo quiero salir y pegarle. Después de un rato dentro, cuando ya estoy más tranquila, sugiero que salgamos, no vaya ser que el jefe nos eche la bronca, sería lo que me faltaba.

Cojo aire y vuelvo al trabajo, con ira, sintiéndome sucia, engañada. No pienso dejar que me arruine la actuación, tengo que hacer un esfuerzo enorme para no terminar llorando. Paso por su mesa y me llama, sigo adelante sin mirar, ignorándolos a todos. Al llegar a la barra, Jota mira por encima de mi hombro con los ojos llenos de odio, me hace una señal que me da a entender que lo tengo detrás. ¡Qué oportuno!

–¿Vas bien preciosa? –me dice con dulzura.

–¿No tienes a otra para molestar?

–¿Qué?

No sabe qué pasa, no sabe que he escuchado todo. Cintia no le ha dicho nada. Mejor, casi mejor. Salgo de la barra ante su mirada atónita para entrar en el almacén. Es la hora, tengo que actuar y estoy perdiendo el tiempo. Me coge por el brazo impidiéndome pasar, consigo soltarme de un tirón.

–¿Qué te pasa? –me pregunta confundido.

–¡No me toques! Déjame en paz.

Lo dejo allí parado sin saber qué hacer ni que decir. Tengo que cambiarme y no tengo mucho tiempo. Mi corazón vuelve a acelerarse. ¡Para ya! Es muy molesto. “Concéntrate, demuéstrole lo que se pierde”, mi cabeza tiene razón. Debo salir ahí y demostrarle que soy fuerte, que un estúpido jamás podrá conmigo. Me miro en el pequeño espejo que cuelga del rincón escondido del almacén destinado a hacer la función de camerino, “tú puedes”, me digo a mí misma. Levanto la cabeza con orgullo y salgo con paso decidido

a actuar por primera vez.

—

Aquí estoy parado frente a la puerta del almacén, desconcertado y sin creermelo lo que acaba de pasar. ¿Por qué me ha hablado así? ¿Está de mal humor? Pero si antes estaba bien, estaba contenta, sonriente, feliz.

—¡Tú! Déjala tranquila —me grita enfadado Jota desde la barra.

—¿Qué ha pasado?

—¡Que la dejes!

Tanto Marta como Jota me miran mal, muy mal. Empiezan a darme miedo. Algo ha debido de pasar y no sé qué puede ser. Como sé que ninguno de ellos me va a decir nada, decido volver a mi mesa y esperar a que termine de trabajar para hablar con ella. No paro de darle vueltas a la cabeza. ¿Han discutido entre ellos? ¿Se ha enfadado con Luis? ¡Dios mío, no sé qué puede ser! Ojalá sea lo segundo.

Cintia no deja de observarme, tiene una expresión siniestra que me hace dudar si debería tenerle más miedo a Jota y a Marta o a ella. Mi intuición me dice que ella sabe que pasa, pero..., ¿cómo puede ella saber qué le pasa a Rebeca? Eso es imposible, no la conoce. Me estoy montando películas yo solo. Tengo que esperar, quedan un par de horas para que termine de trabajar, entonces hablaré con ella y me dirá qué ha ocurrido, por qué está así, o eso espero.

Lleva un rato en el almacén. ¿Qué estará haciendo ahí dentro? Justo después de pensarlo, la veo salir. ¡Dios mío, está preciosa! Lleva el pelo trenzado y recogido, adornado con brillantes. Su cara perfectamente maquillada, emite destellos dorados por debajo de sus ojos como si la hubieran rociado con los polvos de hada que salen en los libros que nos contaban de pequeño. Va vestida con un traje rojo oscuro y plateado, bastante elaborado, que deja a la vista la espalda y su ombligo, tapándole únicamente el pecho y sus partes más íntimas, provocando, haciendo que cualquiera de nosotros empiece a soñar con lo que hay debajo. De su cadera izquierda cuelga una especie de cola de plumas que se contonea al son de sus pasos, unos pasos muy seguros encima de unos tacones rojos de brillantes. Ella camina con la cabeza alta, orgullosa. Intuyo que es consciente que muchos

hombres soñarán con ella esta noche. Pasa por nuestro lado sin mirarnos, seria. Realmente esta no es la chica que yo conozco. Me levanto y le corto el paso.

–Rebeca, estás..., deslumbrante.

–Apártate –me dice empujándome con la mano hacia mi mesa.

¿Qué demonios? Me esquivo y sigue su camino dejándome allí pasmado, con la boca abierta. Mis amigos están igual que yo, todos menos Cintia, ella se ríe y me mira divertida. ¿Te divierte esto, bruja? ¡Pues a mí me duele!

–Eso ha sido... duro –me dice Julio totalmente sorprendido.

–No sé qué le pasa. De repente se ha puesto borde y mezquina.

Cintia suelta una carcajada que me penetra en el alma. Una voz suena por los altavoces y me concentro en lo que está diciendo para no acabar a gritos con ella.

–¡Señoras y señores! Buenas noches a todos, soy Luis Salazar, aunque la mayoría de vosotros me conocéis porque sois alumnos míos –Luis está subido al escenario con el micro en la mano. Viste de forma diferente a la habitual. Lleva un pantalón negro y una camiseta abierta por el pecho de color rojo y plateado, ¡igual que Rebeca! Presto más atención, si van vestidos iguales por algo será–. Tengo el honor de estar con vosotros hoy para daros un pequeño espectáculo con una nueva pareja de baile. Ella es increíble, es preciosa, es una gran bailarina, pero mejor dejaré que juzguéis vosotros mismos. Con todos vosotros, ¡Rebeca Martín!

La sala entera rompe en aplausos, yo no sé si seguir a la muchedumbre o quedarme quieto, mis amigos están igual que yo. Rebeca sale desde un lado del escenario con paso decidido, se coloca en el centro de espaldas al público con una mano en la cadera y la otra por encima de su cabeza, señalando al techo, elegante, y espera. Empieza a sonar la música, una salsa ¿cubana? Creo recordar que Luis me enseñó a diferenciar los estilos, pero estoy tan absorto en ella que no logro recordar nada de mis clases. Empiezan a bailar, se fusionan cuerpo a cuerpo al son de la música. ¡Es impresionante! Cómo se mueve, cómo juega con el público, una mirada, un guiño, una sonrisa. Vive la canción como si fuera lo que le da vida, su aire para respirar, y su cuerpo responde a ese aire con movimientos fluidos, ágiles y hermosos. Luis también lo hace espectacular, la guía, la sujeta, la complementa..., pero mi interés está centrado en ella. Ha dejado su mezquindad de hace unos minutos a un lado

para ofrecernos esto. Merece la pena verla tan feliz, con sus destellos dorados y su traje ondeando la cola de plumas en cada giro. Cuanto más la miro, más cerca de ella quiero estar y justamente cuando ya no puedo alcanzar más mi grado de admiración, la canción acaba y con ella su baile. Deseo salir corriendo a abrazarla, a besarla. Todo esto ha sido fruto de su duro esfuerzo, por eso no tenía tiempo, ahora lo entiendo. He sido un imbécil pensando que me ponía excusas. Y entonces pasa algo inesperado: mientras saludan al público Luis se acerca a ella, le agarra la cara con ambas manos y... ¡la besa! Allí, en medio del escenario, sin importarle nada, y ella... ¡le sigue! ¡No lo aparta! ¿Qué demonios está pasando? Una ira se enciende en mi interior, quiero bajar y pegarle un puñetazo a ese imbécil. ¡No beses a mi chica! Me contengo. Miro a mis amigos y todos me están mirando más boquiabiertos que nunca.

–Pues no baila mal.

Hugo intenta suavizar la situación al ver que me estoy encendiendo, que mi cara irradia rabia por cada poro. Con la mirada me dice que me quede quieto, que no monte un número, pero Cintia está a mi lado riéndose a carcajadas, con las manos en la barriga y el cuerpo doblado, y eso hace que me cueste más controlarme.

–Parece ser que se te han adelantado –me dice la bruja a modo de burla.

–Julio, controla a tu perra o acabará en la perrera.

–¡Eh! Ni se te ocurra llamarme perra, imbécil.

–Chicos, ya basta, estoy cansado, vámonos Cintia.

Julio ha estado aguantando toda la noche las peleas de su novia conmigo, creo que acaba de explotar. Se levanta y Cintia va detrás. Me tengo que disculpar con él, pero mejor lo haré mañana, ahora estoy bastante alterado.

Veo a Rebeca subiendo por las escaleras, eso me hace olvidar la escena con Cintia al instante. La gente la aplaude, la saluda y le da la enhorabuena, por lo que tarda más de lo normal en llegar arriba. Estoy impaciente, quiero hablar con ella. ¿Quieres subir de una vez? Le grito interiormente. ¡A la mierda! Voy a ir yo.

–Eso ha sido impresionante –le digo dándole un beso en la mejilla. Está quieta, no hace nada, evita en todo momento mi mirada y solo responde con voz seca “gracias”. ¿Ya está? ¿Solo eso? Me estoy empezando a cabrear.

–¿Por qué te ha besado Luis?

–A ti que te importa –Acto seguido se va dándome la espalda. La sigo, no voy a dejar que esto acabe aquí, me va a decir qué pasa me cueste lo que me cueste.

–¡Ya está bien! –Le grito cogiéndola del brazo–. ¿Qué te he hecho? ¿Por qué estás así conmigo?

–¡Suéltame! –me grita casi llorando–. ¿Sabes qué? Vuelve a tu entorno de pijos, aquí sobras.

Se va corriendo, entra en el almacén. Jota va tras ella, y Marta vuelve a mirarme mal. Estoy cansado, me voy a casa. Esperaré que se relaje y mañana averiguaré qué demonios ha pasado, pero antes tengo que hablar con Luis.

Lo encuentro saludando a un grupo de personas. Me da igual, necesito saber por qué la ha besado, si están juntos tengo que saberlo.

–¿Te ha gustado la actuación? –me pregunta victorioso.

–Sí claro, sobre todo el final –mi ironía le desarma. Me mira serio y sin saber qué decir.

–¿Te refieres al beso?

–Luis, necesito saberlo –le suplico enfadado–. ¿Estás con Rebeca o no?

El baja la cabeza, se frota las manos y las acaba metiendo en los bolsillos. Espero impaciente una respuesta pero solo hay silencio, mucho silencio, demasiado.

–¿Sí o no? –insisto.

–Eh... no –dice al fin–, me gustaría. Me gusta ella, me gusta mucho, pero creo que ella no tiene interés ninguno en mí.

–Gracias, necesitaba saberlo –consigo volver a respirar, mi boca esboza una alegre sonrisa. Pero parece ser que las cosas no acaban aquí, cuando me doy la vuelta Luis me agarra del brazo.

–Eso no quiere decir que me rinda –su tono suena amenazador–. Soy consciente de que eres un rival fuerte, y voy a conquistarla te guste o no.

–Estupendo, que gane el mejor.

No tiene ninguna posibilidad. Si ella no tiene interés en él ahora que pasan más tiempo juntos, dudo que lo tenga en un futuro. Además, ¿cómo podría ese enano competir conmigo? No tiene nada que aportarle. Si acaso, después de que yo consiga lo que quiero, puede hacer lo que le venga en gana. Solamente después.

Me despierto con una mala sensación. Tal vez haya tenido un mal sueño, pero no recuerdo que he soñado. La luz tenue de la mañana entra sutilmente por la ventana. Me levanto de la cama y entonces me acuerdo, me acuerdo de ella, de cómo estaba ayer conmigo. Voy a comprar dulces y se los llevaré, espero que esté de mejor humor y me cuente que le pasaba.

Me abre Jota, ni me saluda, cosa extraña, aunque me deja pasar. Pongo los dulces en la cocina al mismo tiempo que ella sale de su habitación. Pero me ve y empieza a respirar fuerte, me mira con odio y se muerde el labio.

–Me largo –dice de repente.

–Rebec...

No me deja acabar, sale por la puerta pegando un portazo. Ahora estoy seguro de que le ocurre algo conmigo, pero por más que pienso no caigo en qué puedo haber hecho mal.

Escucho a Jota entrar en la ducha. ¿Me han dejado solo? Sí, efectivamente, estoy solo, allí, de pie, como un gilipollas pensando que estará pasando aquí, pensando en qué puedo haber hecho para que me odie tanto. Decido irme a mi empresa, supongo que algo de trabajo me despejará.

El día no puede salir peor. No hay mucho trabajo que hacer y yo no paro de darle vueltas a la cabeza, va a acabar explotando de tanto pensar. Le mando un mensaje, calculo que debe estar en la universidad así que lo leerá pronto.

“Preciosa, dime qué te pasa, si puedo hacer algo por ayudarte sabes que lo haré encantado”

Espero, espero, espero, nada no obtengo respuesta. Miro el correo, vuelvo a mirar el móvil, nada. ¡Me estoy volviendo loco!

Afortunadamente Hugo aparece por la puerta de mi despacho. Justo lo que necesitaba, alguien con quien hablar.

–¡Menos mal! Estaba a punto de llamarte –le digo levantándome del sillón para recibirlo.

–¿Qué pasa? –me pregunta preocupado.

–No lo sé, esa es la cuestión, que no lo sé –me vuelvo a sentar al tiempo que me tapo la cabeza con las manos y sigo explicándole–. Ayer

Rebeca estaba bien, de repente me hablaba mal y prácticamente me echó del local.

–David, desiste, solo es una camarera y te estás calentando la cabeza simplemente para acostarte con ella. ¿Qué más te da? Búscate a otra –me dice mientras juega con el lapicero.

–No, no lo entiendes.

–¿Quieres que te diga la verdad? Creo que te estás enamorando de ella y no lo quieres admitir. Es la única explicación que logro encontrar al porque te lo curras tanto –ha soltado el lapicero y ahora me está gritando enfadado. ¿Por qué todo el mundo me grita?– Por eso no paras de buscarla –continúa gritándome–, con la excusa de tu absurda obsesión. Si te gusta díselo, tal vez sea hora de que dejes de ser como eres y dar un paso más.

–¿Eres tonto? ¿Cómo voy a estar enamorado de ella? Eso es imposible.

–Yo me estoy cansando de este juego.

–Pues lárgate.

–Cojonudo. Cuando recuperes la cordura avísame.

Acabo de echar a mi mejor amigo de mi despacho. Esto no va bien. ¿Qué me está pasando? “Relájate David”, esa dichosa voz tiene razón, debo hacerle caso o perderé el control. Para colmo sigue sin contestar, ¡contéstame de una vez! Le vuelvo a enviar otro mensaje.

“Rebeca, por favor, cuéntame qué te pasa, me estoy volviendo loco”

Nada, ella sigue ausente. Ya no puedo más. Estoy cabreado, vaya mierda de día, no debería haberme levantado de la cama.

¡Por fin en casa! Mi intención es irme a la ducha y a la cama sin cenar, no tengo hambre. Antes de que pueda hacer ninguna de las dos cosas suena el timbre. ¡Joder! ¡Dejadme en paz!

–¡Julio!

–¿Puedo pasar?

–Claro –un Julio serio, con expresión fría, entra en mi salón y se sienta en mi sofá. Por favor, más enfados no–. ¿Quieres algo?

–No, seré breve –cierro la nevera y me siento a su lado esperando algún sermón o algo parecido.

–Mira, verás... –titubea–, siento lo de anoche, a veces Cintia puede

pasarse con sus comentarios.

–Se pasó bastante.

–Déjame acabar –me dice firme–. Bueno, conozco a Rebeca de las clases y del local, y lo cierto es que no me gusta nada que hables así de ella. Es una chica encantadora y muy buena, me gustaría que dejaras de intentar lo que sea que intentas, no quiero que le hagas daño.

–Pero yo...

–En cuanto a Cintia –continúa sin dejar que me defienda–, no volverá a salir con nosotros. También te agradecería que no volvieras al “El meneíto”, ese sitio no está hecho para gente como tú, sigue visitando “La Belle Nuit”, estoy seguro de que te lo pasarás mejor.

Sin dejarme decir ni una sola palabra se marcha y yo me quedo solo, con la sensación de abandono más grande del mundo. En dos días se han enfadado conmigo todos mis amigos, Rebeca y los suyos. No puedo estar más solo en estos momentos. Hugo tiene razón, esta obsesión me da dolores de cabeza. Quizás debo pasar de cumplir mi propósito. Disculparme con ella sería una buena forma de empezar, no me gusta que esté enfadada conmigo. Tengo que pensar cómo compensarle el error, sea lo que sea.

Capítulo 10

Suena el móvil otra vez. Lleva toda la mañana sonando y no pienso cogerlo; solo por curiosidad voy a ver quién es, “sabes de sobra quién es” me dice esta estúpida voz, me recuerda a pepito grillo del cuento de pinocho, la voz de mi conciencia, ¡qué pesada!

¡Guau! Tengo cuatro llamadas y siete mensajes.

*“Rebeca, sé que estas enfadada conmigo, dime al menos por qué”,
“Coge el teléfono, por favor”, “No voy a parar hasta que me digas por qué
estás así.”*

Y otros que siguen la misma línea que los anteriores. Me estoy cansando. Quiero olvidar lo que ha pasado, quiero olvidar que existe, que he sido una tonta y me he dejado engañar por sus palabras y su falsa atención, ¿tan difícil es olvidarme y dejarme en paz?

–¿Qué tal estás? –pregunta Jota entrando en mi habitación sin llamar, como de costumbre.

–Estoy bien, deja de preguntármelo cada cinco minutos.

Soy consciente de que se preocupa por mí, pero no hace falta. Me siento engañada y dolida, pero estoy bien.

Intento concentrarme en el dichoso proyecto, mire a donde mire lo veo a él. Iba a ayudarme con esto y ahora en vez de ver un proyecto de vivienda, veo sus notas y sus garabatos, para colmo ni se entienden. Me dijo que lo pasaría a limpio la próxima vez, ¿la próxima vez? No habrá próxima vez. Mm... me voy al salón, con la televisión de fondo suelo concentrarme mejor.

De camino al sofá suena el timbre, lo ignoro mientras Jota sale de la cocina para abrir, ojalá sea Marta, tengo ganas de hablar con ella. Jota está igual de dolido, o incluso más que yo, no es muy buena compañía. Marta es más objetiva y si alguien es capaz de hacerme olvidar lo que ha pasado es ella, pero para mí desgracia no es Marta.

David entra en el salón casi corriendo. Al verme se para y yo olvido la idea de sentarme en el sofá. Lo miro con desgana, tal vez consiga que pille la indirecta y se marche. Jota sigue allí parado sin saber qué va a pasar. David se apoya contra la columna donde empieza la encimera, jadeando, como si fuera a perder el equilibrio en cualquier momento, ¿ves cómo es cansado perseguirme?

–Rebeca, por favor escúchame –me súplica–; no me gusta que estés enfadada conmigo.

–¿En serio? –pregunto irónicamente–, no me había dado cuenta – levanto el móvil para que entienda porqué lo digo–. Ni siquiera en mi casa puedo librarme de tu presencia.

Recojo mis cosas, paso por su lado con pasos firmes y me voy del piso. No sé adónde ir, solo quiero alejarme de él, del daño que me provoca verlo y recordar sus palabras. La única opción que se me ocurre es irme a la biblioteca de la universidad, allí no me buscará.

La biblioteca está abarrotada, como siempre en épocas de exámenes. El ruido de los bolígrafos y las hojas de papel conseguirán que no me distraiga demasiado. Me pongo manos a la obra, consigo empezar el proyecto, pero de nuevo el sonido del móvil me molesta. Toda la sala me mira, ¡mierda! No lo había puesto en silencio.

“¿Dónde estás?”

Un nuevo mensaje de Don Perfecto aparece en mi pantalla. No pienso contestarle, sería absurdo. Creo que será mejor que apague el móvil si no

quiero que nadie me moleste.

Después de tres horas de proyecto fracasado decido irme a casa, mi estómago intenta devorarse a sí mismo, tengo hambre y sueño. Las horas que he estado aquí no me han servido para nada. Mi mente está en blanco, el plazo para entregar el proyecto se acaba, al final optaré por presentarme al examen. Teniendo en cuenta el estado de mi mente será lo mejor. Memorizar, memorizar y memorizar, sí, definitivamente me irá mejor. Enciendo el móvil con la esperanza de no tener nada que leer, pero para mi sorpresa un mensaje de Jota se encuentra entre los cuatro que Don Perfecto me ha enviado mientras estaba en la biblioteca.

“No sé dónde estarás. David sigue en casa y creo que cenará aquí, está dispuesto a esperarte.”

Gracias Jota, acabas de fastidiarme los planes, aunque le agradezco que me avise. ¿Adónde demonios voy yo ahora? No quiero ir a casa, no quiero verlo. Mi mundo se viene abajo, trato de pensar un sitio seguro, me siento como una fugitiva... ¡La casa de Marta! Allí podré estar tranquila. Voy a llamarla.

–¡Por supuesto que puedes venir a casa! –suena una eufórica Marta al otro lado del teléfono–. ¿Necesitas que te recoja?

–No, gracias, iré en metro. En unos veinte minutos llegaré.

–¡Genial! Te espero.

El marido de Marta casi nunca se encuentra en casa, siempre está trabajando y a ella le hace mucha ilusión pasar la noche en compañía.

Su casa es acogedora, la tiene decorada con tonos pastel, como sacada de una revista. Ha preparado una cena increíble, un plato casero que hace una eternidad que no como, patatas asadas al estilo Marta, tiene un estilo muy particular de hacerla y están buenísimas.

–Mmm... tienes que pasarme la receta de esto –le comento señalando la patata que tengo en mi plato.

–¿De verdad? Te la doy encantada –Marta se ilusiona con cualquier cosa, que duerma en su casa, que le pida una receta, algo va mal.

–Marta, dime una cosa, ¿te sientes sola aquí?

–¡No! –dice elevando el tono de voz de forma que me hace sospechar–,

no sé porqué dices eso.

–Bueno, algo me dice que no va bien las cosas entre Pablo y tú.

Ella palidece, deja el tenedor en el plato y agacha la cabeza con vergüenza. Una lágrima recorre su mejilla, y detrás de esa otra, hasta sumirse en un llanto silencioso. Empiezo a sentirme mal, debería haberme callado, mi boca es incapaz de estar callada. Me levanto, rodeo la mesa hasta su asiento y la abrazo.

–Creo que tiene una aventura –me dice al fin con voz quebrada–. Apenas viene a casa y cuando llega siempre está cansado. Nuestra relación no existe, no me habla, no me mira, está ausente.

–Pero Marta..., no tiene porqué ser por otra.

–Yo... tengo que enseñarte algo.

Se levanta de la silla y se encamina a una de las habitaciones de su piso. Me quedo sentada en la silla del comedor pensando qué puede ser lo que quiere enseñarme, a juzgar por su cara no parecen buenas noticias, cada vez estoy más inquieta. Escucho sus pasos volver, trae con ella un sobre y una cajita azul, ¡cuánto misterio!

–Hace unas semanas empecé a encontrarme mal y fui al médico. Estos son los resultados –saco la hoja del sobre con miedo, no quiero que esté enferma, para colmo ni siquiera me había dado cuenta de que se encontraba mal, ¡vaya amiga estoy hecha! Ahora me siento aún peor. Lo leo por encima, el temblor de mis manos y el pánico de perder a mi mejor amiga no me dejan entender nada, vuelvo a leerlo.

–¡Oh Dios! Marta, esto es increíble –exclamo tirando el papel y corriendo a abrazarla–. ¡Estás embarazada!

Empiezo a llorar de alegría. Siempre supe que su sueño era ser madre joven y lo va a cumplir. Ella sigue llorando en silencio, dudo que sus lágrimas compartan mi felicidad, sus ojos están tristes, sólo yo sonrío. Me quita el sobre y saca una foto en blanco y negro, me la entrega, ¡es una ecografía! Admiro la foto llorando de emoción, sin embargo su rostro no cambia y caigo en la cuenta de la razón de su tristeza.

–¿Lo sabe Pablo? –le pregunto guiándola hasta el sofá, obligándola a sentarse.

–No, aún no. No sé cómo se lo tomará –su voz suena triste y se acomoda abrazándose las rodillas. Me siento a su lado y la abrazo fuerte.

–Él nunca habló de tener hijos –lloriquea sin levantar la cabeza–.

Cuando yo le sacaba el tema hacía todo lo posible por no hablar de ello, y ahora que estamos mal no creo que le haga mucha gracia.

–Pero tiene que saberlo, es el padre.

–Lo sé, es que no sé cómo decírselo, ¿y si reniega del bebé? Sinceramente no lo reconozco, este no es el Pablo con el que me casé.

–¡Pues que se aguante! Podrás criar a tu hijo sola, con mi ayuda y la de Jota no te hace falta un hombre para esto, serás una estupenda madre.

–Oh, Rebeca –me abraza más fuerte secándose las lágrimas. Esta vez sé que son de felicidad porque sonrío y sus ojos empiezan a sonar, alegres.

–Bueno, ¿y qué hay en esa cajita azul? –pregunto intentando desviar el tema para que no vuelva a llorar.

–¡Ah, esto! Se me olvidaba. Cuando me dieron los resultados, pasé por una tienda de bebés, entré y compré unos pequeños calcetines de ganchillo – contesta con la misma mirada soñadora de antes, observando con amor los calcetines de color marfil–. Sé que es pronto, pero cada vez que los miro, me dan fuerzas para seguir con este embarazo, siento como si ya fuera real y no se pudiera parar.

–¿Pues sabes qué? Me los voy a llevar.

–¿Para qué?

–Confía en mí.

Asiente, mete los calcetines en su cajita y me los cede. Su cumpleaños está cerca y se me ocurre una gran idea para ella, para animarla.

–Gracias –me dice de repente.

–¿Por qué?

–Por estar siempre ahí.

Ambas nos abrazamos fuerte, lloramos y reímos. Aquí me siento protegida, lejos del dolor que me causa la vida real. Es como un inciso, una desconexión en el paraíso. Una amiga, un alegría en común. ¡No puedo ser más feliz!

Me despierto agitada, he tenido una pesadilla, no recuerdo de qué trataba. Sé que salía David en ella, ahora que lo pienso es mejor no acordarse. Huele a café en la cocina. Marta ha preparado el desayuno, su marido aún no da señales de vida, aunque no parece importarle mucho en estos momentos. No voy a preguntarle, no quiero remover el tema. Canturrea feliz, como si se hubiera quitado un peso de encima. Imagino que ocultar que estaba

embarazada no ha sido fácil. Verla así es contagioso, me pongo a cantar y bailar a su lado. Me gustaría quedarme más tiempo pero tengo que ir a clase, y antes debo pasar por casa para cambiarme de ropa.

Jota no está, se habrá marchado temprano. En la nevera hay una nota:

“Estoy haciendo unos recados, llámame cuando llegues.”

Es de Jota, debe estar preocupado. Cojo el teléfono para avisarle de que estoy bien y que me voy a clase, mientras hablo con él, la nota se me cae al suelo y descubro que justo detrás de ella hay otra.

“Te esperé hasta tarde, espero que estés bien. D”

Otra vez Don Perfecto. Hago caso omiso, si espera que lo llame va listo. Tengo que irme a clase.

La clase de hoy es más entretenida, se me pasa la hora rápido, me viene bien para no pensar. La vibración del móvil vuelve a molestarme. ¡Qué pesado es! Pero... no es Don Perfecto, ¡es Luis!

“¿Tienes tiempo para una cena esta noche?”

Su mensaje me sorprende. Es como un golpe de aire fresco, quizás por eso y porque me apetece verlo, me dejo llevar y le contesto rápido.

“Claro, ¿Dónde quedamos?”

“Pizzería La Traviata, a las 21.00.” –me responde de inmediato.

Tengo que pensar qué ponerme, porque... ¡no tengo ropa!

Al salir de clase me encuentro a Marta esperándome en la puerta con una sonrisa de felicidad en la cara.

–¡Tarde de compras! –me grita entusiasmada.

–¿Qué?

–No te comenté nada anoche porque no creí que fuera el momento

adecuado. Jota me comentó lo sucedido con David, y como ambas estamos un poco desanimadas he pensado que una tarde de compras nos vendría bien ¿Qué te parece?

–Pues de lujo porque tengo una cena esta noche...

–¿Con David? No creo.

–Ni en sueños, con Luis. Necesito ropa nueva.

La cena con Luis me hace ilusión. No supe nada de él desde la actuación. Que me invite a cenar significa que no ha quedado descontento conmigo, además la idea de echar la tarde con Marta me encanta. No me gusta comprar ropa, pero ella tiene conmigo una paciencia infinita y me ayuda bastante a encontrar modelitos bonitos y baratos. Estoy segura de que lo pasaremos bien.

Cargadas de bolsas de las tiendas más habituales entre las chicas de clase media, nos dirigimos a almorzar haciendo planes sobre el futuro, sobre el viaje a Cancún que tenemos pendiente. La ola de optimismo que tenemos hoy es increíble, como si nada pudiera salir mal. Nos tenemos la una a la otra y eso basta, basta para poder salir adelante, para poder sortear cualquier obstáculo que se nos presente. Y precisamente un obstáculo aparece frente a nosotras. A diez pasos se encuentra Cintia, la novia de Julio. No quiero hablar con ella, ni siquiera me apetece saludarla. Su risa de burla y maldad en el pub me dejó bastante claro qué tipo de persona es, cuánto más lejos la tenga de mi lado, mejor; no obstante ella no parece darse cuenta.

–¡Hola! ¿Qué tal? –saluda con euforia–. ¿Dando un paseo? –sigue hablando, mirando la bolsas que tenemos en las manos como si quisiera ver a través de ellas lo que hay dentro.

–Sí. Lo siento, tenemos un poco de prisa –doy un paso adelante con la intención de dejarla atrás lo más rápido posible, pero ella no se da por vencida.

–Oye, lo de la otra noche, lo que dijo David, no se lo tengas en cuenta. Siempre ha sido así, utiliza las mujeres a su antojo, no es nada personal. A mí no me pareció bien, pero es su forma de ser.

–Sí, se notó bastante que te molestó –le respondo con el tono más irónico que recuerdo haber puesto nunca–. Reírte del dolor de otra persona es un síntoma de molestia, todo el mundo lo sabe.

–Yo solo... –balbucea–, no quería...

–Cintia, déjalo, tenemos prisa –le contesto dándole la espalda.

–Eres una estúpida, ojalá acabes siendo una de sus chicas desechables –me grita.

Ni Marta ni yo nos giramos, seguimos andando como si no existiera. No entiendo a las personas que disfrutan con el sufrimiento ajeno. Se veía que Cintia pretendía hacer daño, si no no hubiera sacado el tema. Me da pena por Julio, es tan bueno... no se merece alguien así. Espero que se dé cuenta a tiempo.

Seguimos caminando, riendo, como si nada de esto hubiera pasado, aunque por dentro mi corazón está encogido, hecho un ovillo, protegiéndose de futuros ataques. No debo dejar que esto me afecte demasiado.

—

No tengo noticias de Rebeca desde que salió de su casa pegando un portazo, a pesar de los miles de mensajes que le he enviado y las miles de llamadas perdidas, no contesta ni me coge el teléfono, para colmo la mayor parte del tiempo lo tiene apagado. Anoche estuve esperándola hasta tarde, incluso cené en su casa, si es que a eso se le puede llamar cena. Creo que Jota intentaba envenenarme. Hizo un sándwich de jamón y queso, hubiera sido delicioso si no hubiera estado carbonizado. No disimulaba su enfado, me ignoró todo el tiempo, y pasadas tres horas eternas decidí marcharme. Pues incluso cenando piedra seguía sin saber dónde estaba Rebeca, espero que se encuentre bien. Algo grave ha tenido que pasar, no creo que sea de esas chicas que se enfadan por tonterías y dejan de hablarte durante un mes. Tampoco tengo noticias de Julio ni Hugo. Me siento muy solo, tengo ganas de despejarme, sin mis amigos lo veo imposible. La única opción que tengo es llamar a alguien de la universidad. Pienso en aquel compañero con el que jugaba al fútbol, hace años que no salgo con él, no me agrada demasiado la idea, pero eso o quedarme en casa. Voy a barajar la idea más tarde, ahora he quedado con un cliente.

Por exigencias de mi cliente, hemos quedado cerca de la casa de Rebeca, una cafetería que está justo delante de su piso. La verdad, no me hace mucha gracia, he decidido no molestarla más. Me ha dejado claro que mi

presencia le incomoda y no me gusta que me rechacen. Si no quiere escucharme no voy a obligarla, y si tampoco quiere decirme qué le pasa, tampoco la voy a obligar. Espero que el día que quiera arreglar esta situación no sea demasiado tarde, porque el tren de David Torres solo pasa una vez, a ver si se cree esa niñata que puede rechazarme cuando le venga en gana, ¡ni hablar!

–Disculpe, ¿me está escuchando? –me pregunta mi cliente ofendido.

–Eh... sí, perdone estaba pensando.

–Imagino que tendrá muchas cosas en las que pensar, pero me gustaría saber qué opina sobre las modificaciones que he introducido en el plano.

–Bueno, verá... –titubeo mirando el plano, intentando que no se note que no le he hecho ni el más mínimo caso–, está zona de aquí –le digo señalando la entrada al jardín–, no debería modificarla. Eso aumentaría los costes y el tiempo. Con un presupuesto limi...

No puedo terminar la frase. Rebeca acaba de entrar en la cafetería y va directa a la barra. No esperaba su entrada, al menos sé que está bien, que no le ha pasado nada malo, eso sí, su cara está blanca, ojerosa, parece cansada, pero guapísima como siempre.

–Discúlpeme un momento –le digo a mi cliente.

El señor Montés me mira incrédulo, resoplando fuerte, soy consciente de que no estoy siendo muy profesional. Me levanto y voy tras ella. Empiezo a temblar, no sé cómo reaccionará, no creo que monte un escándalo. ¡Mierda! Doy un paso atrás ¿y si lo monta y lo ve mi cliente? No puedo arriesgarme, mejor me doy la vuelta.

–¡Joder! –exclama la dulce voz de Rebeca a mis espaldas–. ¿Aquí también?

–Hola. No esperaba verte aquí.

Parece desconcertada, apuesto a que estaba pensando que la había seguido. Con la cabeza le señalo a mi cliente, quiero dejarle claro que estoy aquí por negocios, no por ella.

–Reunión de negocios.

–¿Enfrente de mi casa?

–Juro que no ha sido cosa mía. ¿Qué haces aquí?

–Nuestra cafetera no funciona, vengo por el desayuno.

–¡Ah! Bueno, eh... –titubeo–, me alegro de verte, tengo que volver.

–¡Suerte!

Me alejo y vuelvo a la mesa suspirando. ¡Eh! No ha ido nada mal, no me ha gritado, ni me ha pedido que la deje en paz.

El señor Montés parece molesto, sus anchas cejas ligeramente arqueadas y las arrugas en la comisura de su boca, le dan un aspecto un tanto tenebroso. A ver cómo salgo de esta.

–Perdone, una amiga que me tenía preocupado –le digo a modo de disculpa con la esperanza de que lo comprenda.

–Mujeres ¿eh? No podemos vivir sin ellas.

–Cierto, aunque me pone de los nervios.

–Chico, la mujer que amas siempre te pondrá de los nervios –lanza una carcajada y sus rasgos se suavizan al tiempo que suspira.

–¡No! Yo no amo a esa chica, es una amiga.

–Perdone, por la forma en que la mirabas pensaba que era tu..., olvídelo.

No se muy bien a qué se refiere con eso, no la miraba de forma especial.

–¿Puedo preguntarle algo?

–Por supuesto.

–Ha dicho que la persona que amas te pone de los nervios, pero eso no tiene mucho sentido.

–¡Ay! Eres joven. Tienes tanto que aprender... A ver cómo te lo explico. Cuando amas a una chica todo lo que haga te importa, sea bueno o malo. Te importa cómo te mira, cómo te habla, incluso cómo te grita, por eso te pone histérico. Sin embargo, cuando una chica te es indiferente y no te importa en absoluto, nada de lo que haga o deje de hacer te afecta. Es imposible que te ponga histérico si no te afecta lo que hace, ¿no crees?

–Supongo que tiene usted razón.

Me quedo pensando en esas palabras. Rebeca me importa, me importa mucho. ¿Significa eso que la amo? No puede ser. Yo soy David Torres, yo no amo a las mujeres, ellas me aman a mí. No me gusta atarme, odio el compromiso.

Ni siquiera estando en casa dejo de pensar en las palabras de mi cliente. No me imagino mi vida con una sola persona, es como estar en una cárcel. La pérdida de libertad: dar explicaciones de todo y de todos, ir de la mano por la calle porque la sociedad ha decidido que eso es lo adecuado,

pedir permiso para salir a tomar algo con los colegas... No, definitivamente eso no es lo mío, no estoy hecho para eso, vivo bien según mis reglas y no necesito nada de eso para ser feliz, soy feliz así.

Es hora de llamar a mi compañero de universidad. Voy a salir, voy a divertirme, olvidarme de ella, ligar, ligar tanto que voy a romper las absurdas reglas que la sociedad nos impone, ¡ese es un buen plan!

En la puerta de la pizzería me está esperando Rubén, no es tal y como lo recordaba. Viene vestido con aspecto desaliñado; camisa azul de cuadros por fuera de unas bermudas verdes y zapatillas de sport, en estos instantes me alegro de haber quedado aquí, lo malo, es que en “La Belle Nuit” no le dejarán entrar así. Tengo que pensar otro lado para salir.

–¡Ey colega! –saluda alzando la mano para chocar los puños como hacíamos entonces–. Cuando me llamaste no me lo podía creer, David Torres me estaba invitando a salir con él de marcha, ¡guau! Pedazo de fiesta que nos vamos a meter.

–Eh... sí –mi vergüenza no me deja decir nada más. Me arrepiento de haberlo llamado–, vamos a cenar.

Entramos en la pizzería y nos sentamos en una mesa del fondo, menos mal que estamos apartados. Esto ha sido mala idea, este chico me pone de los nervios, ¿estaré enamorado de él? ¡Oh, por Dios! No me puedo creer que haya pensado eso. Una arcada está a punto de salir de mi cuerpo.

Rubén empieza una charla absurda e intrascendental en la cual lo más importante son los lugares que ha recorrido desde que salió de la universidad. No deja de hablar, quiero largarme de aquí y no hemos ni empezado a comer, es muy aburrido. Miro hacia la puerta, imaginándome que salgo corriendo dejándolo atrás. ¿Qué estará haciendo ella ahora? Mi mente vaga por los recuerdos que tenemos juntos, la sensación de vacío al recordar que no quiere ni verme me derrota. La puerta se abre, por ella entra una pareja riendo a carcajadas... ¡Rebeca! Es ella. Luis pone la mano en su cintura ¡Qué cojones! Mi corazón da un vuelco. Esta vez no ha sido a propósito, no la he seguido, empiezo a pensar que el destino nos reencuentra por alguna razón. Eso me anima, pero el hecho de que esté con Luis me cambia el ánimo en cuestión de segundos. No se dan cuenta de que estoy ahí, soy como un ser invisible para ellos. Luis le señala una mesa cercana a la puerta y ella le sonrío, ¡no le sonrías! Están lejos de la nuestra, lo cual me viene bien, puedo observar sin

ser visto. No me gusta lo que veo. Rubén sigue hablando, ya no le escucho. Estoy atento a cualquier movimiento que hacen, cualquier gesto, cualquier indicio de que el motivo por el que está así conmigo sea porque está con él. Luis coge su mano y ella la retira suavemente, ¡bien Rebeca, bien! Parece que lo mantiene a raya, eso significa que me equivocó, no están juntos. Un suspiro emana de mis labios. Empiezan a hablar y ella a reírse, algo en su rostro no está bien. Su boca sonríe, pero sus ojos están perdidos, ausentes, tristes. Le falta ese brillo, el brillo con el que me miraba a mí ese día en su casa, el día que nos caímos al suelo, cuerpo a cuerpo, cerca el uno del otro, tan cerca, que notaba su corazón latiendo a mil por hora bajo mi pecho.

Luis no deja de tocarle la mano, aprovecha cada oportunidad para acariciarla, pero ella sigue apartándose, se siente incómoda, lo sé, lo noto. Tengo ganas de saludarla, de interrumpir, de hacerles saber que estoy ahí observando cada gesto, cada paso que dan, pero me contengo, tal vez sea mejor ser invisible, que sean libres. ¿Hasta dónde llegarán?

Rubén no se calla, sigue hablando y hablando sin parar. De repente hay un silencio, me giro extrañado y lo veo mirándome. Sus ojos se dirigen a donde se encuentra ella, mi niña, mi princesa, ¿qué demonios estoy pensando? Como no quiero que me vea y piense que la he seguido, intento convencer a Rubén para que nos vayamos de la pizzería. Ambos hemos terminado de comer, accede sin poner ninguna pega, quizás porque piense que luego nos espera un sitio mejor, ¿un sitio mejor? ¿Dónde? A “La Bella Nuit” no lo puedo llevar, no lo dejarían entrar y se cargaría mi reputación, y “El meneíto”... Julio me lo prohibió, pero quiero verla, quiero ver cómo termina esa cita, ¿cita? ¡Oh, por favor! Me duele nombrar esa palabra. ¿Qué demonios me pasa?

La cara de Rubén ante el letrero “El meneíto” es la misma que pusimos Hugo y yo la primera vez que estuvimos aquí, aunque está tan fascinado por el hecho de salir conmigo que no dice ni media palabra. Se limita a seguirme mirando a todas partes. Esta vez no voy hacia mi mesa, prefiero sentarme en la barra; Rebeca aún no ha llegado. Voy a emborracharme. Puede que no sea buena idea, pero después de todo lo que he pasado estos últimos días lo necesito. Rubén sigue hablando, ni siquiera presto atención. ¡Bebe, calla y déjame en paz! Inesperadamente su brazo toca el mío con tanta fuerza que me entran ganas de partírsela la cara, algo que llevo toda la noche deseando, me

controlo al ver que su mirada se centra en la puerta que se acaba de abrir, y que por ella entra Rebeca acompañada de Luis. Pasa por nuestro lado sin percatarse de mi presencia, yo negándome a hacer nada me limito a seguir bebiendo.

–Esa chica estaba antes en la pizzería... ¡Guau! Es preciosa –me dice Rubén con los ojos como platos.

–Y no se toca –me apresuro a responderle con desgana.

Ante mi sorpresa Rubén no dice nada, ni me pregunta por qué he dicho eso, absolutamente nada, como si le diera igual. Rebeca sale del almacén y empieza a trabajar sin parar, como es costumbre en ella. Aún no me ha visto, y si lo ha hecho ha fingido, no me importa, no quiero molestarla. Pocas veces veo su cara, está triste y mira constantemente a nuestra mesa habitual. ¿Me echará de menos? Eso quisiera yo, que me echara de menos, aunque sea un poquito.

Después de un par de copas caigo en la cuenta de que la última me la he tomado demasiado tranquilo. Rubén ha desaparecido de mi lado, ¿dónde demonios se habrá metido? Echo un vistazo rápido a todo el local, tampoco es que tenga muchas ganas de encontrarlo. Lo veo babeando detrás de Rebeca. Ella parece incómoda, entra en el baño de las chicas para zafarse de él y para mi asombro Rubén entra justo después. ¿Qué cojones? De eso no puede salir nada bueno. Salgo corriendo hacia el baño pensando lo peor, como le haga daño a mi princesa se las verá conmigo. ¡Mierda! Tengo que darme más prisa, ¿tan largo es el camino al baño?

Por fin llego a la puerta y la abro sin pensar, lo que me encuentro dentro es repugnante, es...

–¡Apártate de ella, cabrón! –le grito paralizado por el miedo, por la ira.

Rebeca se encuentra de cara al espejo llorando, forcejeando, él restriega su cuerpo a su espalda agarrándola por el pelo, tirando fuerte hacia sí mismo en señal de poder. Su boca roza su cuello, su precioso cuello, y su mirada lasciva lo dice todo.

Mi cuerpo reacciona, se adentra en el baño y tira de él con fuerza. Lo empujo tan fuerte que acaba estampando la cara contra una de las puertas de los compartimientos del baño.

–Oh... mi niña, lo siento mucho –le digo a Rebeca estrechándola entre mis brazos.

Ella me pega en el pecho con unos débiles puñetazos llorando con rabia. Tengo que acabar esto. La suelto suavemente y me lanzo contra Rubén que yace en el suelo observando tan tierna escena. Mis manos actúan por sí solas, una y otra vez, empiezan a dolerme los nudillos, pero no paro, no quiero parar, sigo lanzando puñetazos contra su cara hasta que consigue huir y salir del baño a rastras. Lo persigo hasta la puerta del local, quiero seguir pegándole, machacándole, se lo merece. ¡Rebeca! Vuelvo corriendo al baño, sorteando a la gente que se detiene a mirarme, ella me necesita, yo la necesito. ¡Por favor, perdóname!

Capítulo 11

El reflejo de una chica atormentada, asustada y dolida me mira desde el espejo. Soy yo, soy consciente de eso, aunque aquel baño mugriento dé vueltas a mi alrededor y todo esté borroso, mi mente lo sabe, sabe que soy yo la chica que quiere escapar de ahí, que desea con todas sus fuerzas que ese indeseable deje de tocarla. Me siento sucia, las lágrimas llegan a mi cuello donde se funden con las babas de ese ser.

La puerta del baño se abre de repente, David se queda paralizado en ella sin dar crédito a lo que ve. Se abalanza contra mi acosador hecho una furia, está enfadado pero al mismo tiempo parece preocupado.

–¡Rebeca! Lo siento mucho, ven aquí.

Un tierno y preocupado David me estrecha entre sus brazos, con fuerza, protegiéndome. Ya no hay peligro, el indeseable yace en el suelo desconcertado, evito mirarlo, me concentro en el calor que desprenden los brazos de mi héroe, me siento mejor así. ¡Te echaba tanto de menos!

–Yo... –sollozo en su pecho.

–Chist, ya pasó.

David me aprieta contra su pecho con brusquedad y cariño, tengo la sensación de que está enfadado, no sé por qué. Sus manos suben de mi espalda a mi cara sujetando ambas mejillas con ellas, me da miedo que quiera apretar, que quiera hacerme daño. Me mira a los ojos fijamente sin decir nada, los suyos revelan rabia, no entiendo nada, ¿qué he hecho?

–¿Por qué estás enfadado conmigo? –consigo preguntarle con un hilo de voz aguantando las últimas lágrimas que luchan por salir de mis ojos.

–¿Qué? –sus ojos verdes ahora pasan de rabia a desconcierto–, no estoy enfadado contigo, no entiendo por qué piensas eso.

Antes de que pueda decirle nada me vuelve a abrazar. ¡Oh Dios! Me encanta que me abrace, su olor, su calor, quiero estar así el resto del día, pero estoy muy cansada.

–Necesito salir de aquí, necesito aire –le digo en voz baja.

–No volveré a dejarte sola, te lo prometo, al menos esta noche. Te llevaré a casa.

Apoya su frente contra la mía, sus labios están muy cerca de mi boca, a menos de medio centímetro, su respiración entrecortada me hipnotiza. Durante

unos segundos olvido todo lo ocurrido minutos antes, dejo que me guíe a la salida apoyada en él con su brazo derecho sobre mis hombros, apretándome. No quiero que nadie me vea así, será mejor que esconda la cabeza en su pecho. ¡Por favor, sácame rápido de aquí!

Voy apretando el paso, él, como si me leyera el pensamiento, hace lo mismo, solo nos detenemos mientras habla con mi jefe. No escucho lo que le dice, no quiero ver, ni oír. Pasados unos segundos estoy sentada en su impresionante coche, aturdida, con la visión aún borrosa, imagino que por las lágrimas que se niegan a esconderse. Nada más salir a la carretera mi cuerpo se rinde y mis ojos empiezan a cerrarse. Estoy agotada.

Una voz lejana me despierta. A mí alrededor nada de lo que veo me resulta conocido. Las suaves sábanas que tocan mi cuerpo son una prueba de que no estoy en mi cama, un elegante cabecero negro confirma la sospecha de que ni siquiera es mi habitación. Las paredes están pintadas de un gris claro que distingo gracias a los pequeños rayos de sol que entran por el ventanal adornado con cortinas blancas, cuyos bajos reposan en el suelo. Es una estancia bastante agradable. ¿Dónde estoy? Las imágenes de anoche vuelven a mi mente, aquel hombre sobre mí, tocándome con sus asquerosas manos. Me levanto de un salto y corro hacia una de las tres puertas de madera fina de color marfil cerradas a escasos metros de mí. Atemorizada, acerco la mano al bonito pomo dorado que la decora. No quiero pensar dónde me encuentro o qué habrá detrás de esa puerta. Tengo miedo. La puerta se abre bruscamente pillándome desprevenida y con un golpe seco me da en la nariz.

–¡Ah! ¡Joder! –grito de dolor retrocediendo, llevándome las manos a la nariz.

–Rebeca, ¿qué te pasa?

David entra en la habitación angustiado. Me toma la cara entre sus manos como hizo anoche en ese maldito baño, pero yo no dejo mi nariz al descubierto, me duele muchísimo. Con la suerte que tengo seguro que está rota. David me analiza, me mira todo rápidamente, los ojos, la boca, la nariz y cuando ha decidido que todo está bien, que no pasa nada grave, emite un suspiro, un suspiro de alivio.

–Rebeca, vuelve a la cama, necesitas descansar –dice mientras me ayuda a volver a tumbarme.

–¿Dónde estoy?

–Estás en mi casa. Anoche te dormiste en el coche y pensé que aquí descansarías mejor.

Se sienta en el borde de la cama, a mi lado, me acaricia el pelo dulcemente. Algo en mi estómago se enciende, siento retortijones, ¿serán esas mariposas de las que habla todo el mundo? Entonces lo recuerdo, su propósito, su misión. Un asco se apodera de mí dejando paso a rabia, dolor y decepción.

–¡Apártate! –le grito mientras me doy media vuelta dándole la espalda.

–¿Qué te pasa? No me hagas esto, por favor –su voz empieza a quebrarse. Como si fuera consciente de ello, se incorpora y camina hacia la puerta–. He llamado a tus amigos, están al llegar. Lo siento, lo siento mucho, de verdad.

No veo su cara, ni qué está haciendo, lo único que quiero es que me deje en paz.

–Yo jamás te haría daño –asegura desde la puerta antes de cerrarla.

Han pasado dos minutos desde que se fue según el reloj que está en la mesilla, justo al lado de un marco sin fotos, me pregunto qué habría antes. Mi mente no me deja tranquila, imágenes, palabras, todo da vueltas en mi cabeza y empiezo a sentirme mareada, tal vez si me incorporo me sentiría mejor.

Me siento culpable. Si no hubiera sido por él la cosa habría acabado mucho peor. Me ha traído a su casa, me ha cuidado y ha tenido el detalle de llamar a mis amigos, no se merece que le trate así. Necesito una ducha, quizás el agua caliente me despeje un poco.

Abro una de las dos puertas restantes esperando encontrarme con el baño, pero para mi sorpresa es un enorme vestidor lleno de zapatos, trajes, chaquetas y corbatas. Decido coger una camisa blanca que cuelga tranquilamente en la percha más cercana y me encamino a la otra puerta.

El baño es enorme. Un precioso lavabo doble de mármol se encuentra frente a mí, y a mi derecha una espectacular ducha de hidromasaje me hace sonreír. Entro en la ducha decidida. Abro los grifos, un potente chorro me empapa entera. El agua caliente me sienta bien, echo un buen rato bajo ella.

Salgo de la habitación con sigilo. Llevo puesta su camisa, me gusta el olor a limpio, su olor. A lo largo del pasillo se oyen unas voces, ninguna de ellas es de Jota o Marta, a medida que me acerco se transforman en palabras claras.

–Me siento fatal Hugo, lo único que quería era verla, estar cerca de ella –la voz de David suena con un nudo en la garganta–. Si no hubiera llevado a Rubén allí, no habría pasado nada, no hago más que meter la pata.

–¿Ahora cambias de opinión? ¿Desde cuándo te importa tanto? Dijiste que solo era una más, pero estás demostrando lo contrario. ¡Aclárate, David!

–Es que no sé qué cojones me pasa.

–¿Qué quieres que te diga? Te dije que la olvidaras, que no merecía la pena, pero no me hiciste caso.

–¡No puedo olvidarla! Lo he intentado, no pued...

David se encuentra de espaldas a mí, sentado en un enorme sofá negro y calla al ver que Hugo le señala con un gesto de cabeza el lugar donde me encuentro, parada, sin moverme, escuchando atentamente. Él se gira y abre los ojos sorprendido.

–Necesito irme a casa –consigo decir con un hilo de voz.

El timbre de la puerta acaba con la tensión que reina en el ambiente. Hugo se apresura a abrir y por ella entran Jota y Marta bastante alterados. Se abalanzan sobre mí, pero mis ojos siguen fijos en David. Tiene los codos apoyados en sus piernas, la cara entre sus manos y permanece así, inmóvil. Quiero hablar con él, darle las gracias, pero Jota me agobia haciendo todo tipo de preguntas y Marta no deja de abrazarme.

–Venga, vámonos –dice Jota al ver que sigo parada de pie sin dar un paso.

Los sigo sin dejar de mirar a David. Me da pena, parece que está hecho polvo. Impulsivamente consigo zafarme de Jota y Marta y me acerco a él. Como no se inmuta, me agacho y me pongo a su altura, apoyando mis manos en sus rodillas.

–Gracias por todo –le digo sonriéndole.

Levanta la cabeza lentamente para mirarme, no dice nada. No tengo nada más que hacer aquí, vuelvo con Jota deseando que el trayecto a casa se pase rápido.

Mi pijama favorito reposa en la silla de mi habitación, me lo pongo y coloco la camisa de David cuidadosamente en su lugar.

Debo coger fuerzas para contarle a Jota y Marta todo lo sucedido, estoy segura de que pondrán el grito en el cielo en cuanto lo escuchen. Tal y como esperaba, empiezan a maldecir caminando de un lado a otro sin dejar de

abrazarme y besarme. Pongo los ojos en blanco y me tumbo en el sofá, sigo agotada. Este caos mental acabará conmigo. Jota y Marta hablan entre ellos, yo no escucho, mi mente va a su bola.

Realmente tuve suerte, y por eso no voy a agobiarme ni a dejar que me afecte, aunque sí me siento triste. Me hubiera gustado quedarme con David, se le veía afectado. Sus palabras empiezan a sonar en mi cabeza “¡no puedo olvidarla!” ¿Será verdad u otra de sus mentiras?

–David se portó muy bien, estuvo rápido –dice Jota pensativo.

–Y se le veía muy preocupado allí en su casa –contesta Marta–. Creo que en el fondo siente algo por ti.

No voy a contestar, no quiero entrar en eso, tengo mucho en lo que pensar.

–Sí. Yo ya lo sabía, ningún hombre hace tanto por una chica si no le importa. Puede que hasta le gustes de verdad, Rebeca.

–¡Basta ya! –mi grito les coge desprevenidos–. ¿Debo recordaros por qué os equivocáis? Solo quería echar un polvo. No siente nada, es todo teatro, cada paso que da es una mentira, no sé hasta dónde está dispuesto a llegar, pero no quiero averiguarlo.

Estoy enfadada, ninguno de los dos entiende cómo me siento. Quiero a David a mi lado, ¿es tanto pedir que no sea porque simplemente me considere un trofeo? No se dan cuenta de que es por eso por lo que no quiero verlo. Acabar enamorándome y que para él sea una chica con la que se acostó, no quiero eso.

–Pero Rebeca..., sus actos dicen lo contrario, son actos de alguien enamorado –Marta intenta tranquilizarme sin éxito.

–¿Enamorado? David Torres no se enamora, deberías saberlo ya.

Me levanto y voy con paso firme hasta mi dormitorio. No me han ayudado, ha sido frustrante. No es tan complicado de entender. Me gusta David y ser su pasatiempo del mes me duele.

Han pasado dos días desde el incidente del baño. No he tenido noticias de David y lo echo de menos, pero ya le di las gracias y no tengo ninguna excusa para verlo o hablarle. La rutina me mantiene ocupada, por suerte hace que no piense demasiado, las clases y los exámenes no dejan un hueco libre en mi cabeza. He retomado los ensayos con Luis, quiere que nos presentemos a un concurso local y hay que trabajar duro, además hago horas extras en el trabajo

para recuperar las que me dieron libres cuando me partí la ceja. No me quejo, llego a casa agotada y eso me evita pensar en todo lo demás.

–Rebeca, ¿sabes algo de David? –Jota saca el tema con miedo aprovechando mi descanso de los estudios. Lo miro con mala cara. Se trata de no recordar, no lo estás poniendo fácil.

–No.

–¿Por qué no lo llamas y le preguntas qué tal está? –insiste.

–¿Por qué no me llama él a mí?

–Lo hizo –Jota agacha la cabeza avergonzado.

¿Cómo que lo hizo? ¿Cuándo? ¿Porque? ¿Y porque no me lo había dicho?

–¿Jota que ha pasado?

–Es que él me hizo prometer que no te lo diría, dijo que no quería molestarte más. Pero ya no aguanto, estoy harto de ver cómo dos personas que se quieren no están juntas por orgullo. Sí, me llamó, cada día, para preguntarme cómo estabas, cómo te sentías. ¿Sigues pensando que le das igual, que solo quiere un polvo? Pues tú misma.

Miro a Jota con la boca abierta. Es la primera vez que lo veo explotar así, normalmente se enfada, te grita y se va. Pero esta vez está tranquilo mientras me echa la bronca, impasible.

–Puede que yo sea una cabezona orgullosa, pero te voy a demostrar que te equivocas. Ya verás –cojo las llaves, el abrigo y me dispongo a salir.

–Pero... ¿adónde vas? –me grita desde el salón.

–A demostrarte que tengo razón. Si después de esto no volvemos a saber de él no quiero escuchar nunca más su nombre.

Evito que Jota me conteste y me voy dando un portazo. Salgo a la calle, me mezclo entre la gente que lucha con sus paraguas para protegerse de la lluvia, sin embargo a ella parece darle igual. Yo no he cogido nada para resguardarme, en dos pasos estoy empapada, no me importa. Continúo mi camino segura de mi rumbo, sin embargo, no tan segura de mí misma.

—

Llevo dos horas sentado en mi escritorio sin hacer nada, hojeando papeles para empezar un encargo de un nuevo cliente. No tengo ni idea de lo que tengo que hacer, ni por dónde empezar. Mi cerebro está flojo, vago, no

quiere trabajar, a decir verdad mi cuerpo tampoco. No tengo ganas de nada, pero es lo único que puedo hacer para distraerme, para no pensar en ella. Al menos sé que está bien.

Quiero llamarla, escuchar su voz, verla, cualquier cosa para comprobar que es cierto, que mi ausencia ha dado sus frutos. Sin mí todo le irá mejor. Si lo pienso demasiado, no quiero, no quiero que le vaya mejor sin mí, quiero que le vaya mejor conmigo. Precisamente por esto es mejor que no sepamos nada el uno del otro y así poder continuar con nuestra vida, como antes de conocernos, antes de esa absurda conferencia en su clase, donde vi por primera vez sus preciosos ojos, donde me impactó su respuesta. Mi boca dibuja una sonrisa, al mismo tiempo me entran ganas de llorar, un hombre no llora, recuerdo.

El timbre suena chirriante, molesto. No quiero visitas, no estoy de humor. Llevo dos días como un ermitaño. Me traigo trabajo a casa por no estar en la oficina, sin ganas de ver a nadie, quiero estar solo. El timbre suena una vez más. Dejaré que suene y se marcharán. ¿Y si es algo importante? ¿Fuego en el edificio o un vecino en apuros? Escucho pasos alejándose, menos mal, ya se va. No parece importante. Vuelvo a escuchar los pasos, acercándose a la puerta otra vez, el timbre suena de nuevo. Me estoy cabreando, ¿qué juego es este? ¡Márchate! Voy a abrir de una vez a ver si me dejan en paz.

La imagen de una chica cabizbaja, mirándose los pies, con el pelo mojado y la ropa empapada plantada frente a mi puerta me resulta inesperada.

–¡Rebeca! ¿Qué haces aquí? ¿Por qué vienes así?

–Cállate, no hables.

No entiendo nada de esto. Se acerca lentamente sin levantar la vista del suelo y me besa. Me besa con pasión empujándome hacia atrás, recordándome aquel sueño, ¡el cuadro! Lo esquivo a tiempo, ¡uf! En ningún momento su mirada coincide con la mía, evita mirarme. Sigue besándome como si no hubiera mañana. Sus labios son suaves, están mojados por la lluvia, no quiero dejar de besarla, su aliento fresco empieza a invadirme. El tiempo se para, solo estamos ella y yo, no existe el mundo, ni preocupaciones, ni peligros. Me es difícil caminar hacia atrás con las zapatillas y las pierdo en algún momento. No me importa. Sigo confundido e impresionado al mismo tiempo, sorprendido. Debería pararla, preguntarle qué pasa, por qué actúa así, pero en cuanto nota que me alejo de su boca, insiste en besarme, me rindo y le sigo. No quiero que esto acabe. Voy guiándola al dormitorio mientras nos

quitamos la ropa tirándola al suelo, nos costará encontrar cada cosa luego. Me tumba en la cama de un empujón, la observo acostado. Está preciosa. Parada a los pies de la cama, en ropa interior y el pelo mojado goteando el suelo. Tiene una mirada lasciva que refleja miedo, no, no, no tengas miedo, no voy a hacerte daño. Se me acerca lentamente moviendo su cuerpo como si de un baile se tratase... y la veo. Aquella chica segura de sí misma, decidida, dueña de su mundo, que flotaba bailando en la pista. Esta es la chica que yo buscaba. Consigue llegar a mi boca, hace ademán de besarla, pero en el último momento cambia de opinión y esquiva mi beso. Es sexy, me gusta. Mi cuerpo se contrae ante las caricias con las que sus manos deleitan mi piel, toda mi piel. Empieza a besarme despacio, muy despacio, impacientándome, el cuello, las orejas. Un escalofrío me recorre entero. ¡Oh Dios! Me encanta. Cuando llega a mi boca, un cúmulo de sensaciones se apodera de mí. Sensaciones que no había sentido antes, que me gusta sentir. Le acaricio el pelo y dejándome llevar tomo las riendas de la situación.

–¡Ven aquí! –le susurro mientras la coloco debajo de mí.

–Chist – me manda callar.

Ella lucha, vuelve a colocarse encima, quiere el poder y eso me encanta. Se lo cedo por poco tiempo, quiero hacerla disfrutar de esto tanto como ella me está haciendo disfrutar a mí. Durante un momento se encoge, se queda quieta, noto la tensión en su cuerpo y me mira, por fin una mirada, pero es una mirada llena de temor. ¡Oh Rebeca!

–No me tengas miedo. Te prometo que no te haré daño –le digo con ternura al oído.

–No prometas cosas que no puedes cumplir –me reprocha.

Vuelve a tomar las riendas cogiéndome las manos por encima de la cabeza, inmovilizándome. Si es la única forma de que se sienta segura dejaré que lo haga. Me encanta. Activa, pasional, preciosa. Me fundo en sus besos y caricias, lo hago con su cuerpo, con su boca, con su mirada, haciendo único e irrepetible este momento, hasta caer rendidos.

La lluvia golpea las ventanas. La noche cerrada no deja que veamos la luna. El dulce aroma de Rebeca me envuelve, dormida a mi lado boca abajo, con su larga melena cayendo por su hombro. Me quedo observándola. En su nuca un tatuaje vertical de letras finas, elegantes y discretas dibujan su piel “que nada ni nadie guíe tu vida más que tu sueños” ¡Me encanta! Supongo que

este era el tatuaje al cual se refería cuando me dijo que tenía otros que tendría que descubrir; no he descubierto ninguno más. Me doy cuenta de que apenas la conozco, no sé nada de su vida. Sonríe como un tonto recordando cada momento, cada beso, cada caricia. Me recuesto, suavemente para no despertarla le paso el brazo por encima, quiero dormir pegado a ella, abrazándola, protegiéndola de todo, aquí, en nuestro refugio. El sueño se apodera de mí, me duermo feliz pensando que la tendré así el resto de mis días, siendo mía, mi niña, mi princesa.

Un pequeño rayo de sol me da de lleno en los ojos. No quiero despertarme, he dormido demasiado bien como para que acabe todo tan pronto, me pasaría el resto del día en la cama con ella. Un momento... ¿Rebeca? El tacto de las sábanas frías me cae como un jarrón de agua. Su lado está vacío, no hay nadie. Me da miedo que fuera un sueño, un bonito sueño y ahora tocara volver a la realidad. ¡No, no! Me levanto sobresaltado en busca de cualquier indicio de que fuera real. Tal vez esté haciendo el desayuno. Me dirijo a la cocina con la esperanza de que me esté esperando con café recién hecho y una bonita sonrisa, pero no está. En su lugar, en la encimera de mármol, se encuentra la pulsera que le regalé. No hay nota, no hay nada más, simplemente eso. Una sensación de abandono, tristeza y fin me invade. Algo me dice que se acabó, que esto ha sido una dulce despedida. No quiero que esto se acabe. Necesito una explicación, un por qué. Sin embargo ahí estoy, parado en la cocina acariciando las marcas de mi cuerpo, señal de que ha sido real, me recuerdan lo dichoso que he sido durante unos minutos. Jamás me había sentido así con una mujer después de hacer el amor, aunque es cierto que yo jamás hago el amor, simplemente tengo sexo, ¿será esto sexo con amor? ¡Oh, por favor! Necesito hablar con Hugo, estoy hecho un lío.

Hugo está sentado en nuestra mesa habitual del restaurante. Llego hasta él hecho un manojo de nervios, ni se inmuta, está demasiado concentrado en las camareras que pasan por su lado.

–¡Tío! –le grito dando una palmada frente a su cara.

–¡La madre que te...! –me chilla sobresaltado poniéndose una mano en el pecho—. ¿Qué te pasa?

–¿Por qué lo dices?

–Estás nervioso y muy contento –no se le escapa una, agradezco tanto

tener un amigo que te conozca tan a la perfección.

–¿No puedo estar contento?

–No sueles –me contesta mientras se distrae mirando a la chica que está tras la barra anotando un pedido–. Madre mía que buena está esa de azul.

–Me la follé –le digo interrumpiendo sus ensoñaciones.

–¿A quién? ¿A esa? –pregunta imitando el relincho de un caballo–. Está muy buena.

–No, a Rebeca.

Ladea la cabeza abriendo los ojos y poniendo cara de asco. Reproduce una arcada con la boca que casi le da náuseas de verdad, me empiezo a reír como un loco, aún nervioso esperando que me diga algo.

–¡Joder, que me ahogo! –bebe un poco de agua–. No te creo, cuéntame.

–Pues vino a mi casa, la besé, me lancé, tuvimos sexo salvaj...

–Eh, eh, eh –interrumpe–. No digas tonterías que yo sé que tú eres más de abracitos, achuchones, besitos...

–Sabes de sobra que no.

–Es verdad, eso es con los viejos ricachones –emite una carcajada y casi se ahoga otra vez.

–¡Qué cabrón! –contesto riendo–. Está bien, te lo cuento, estaba tan tranquilo intentando trabajar y apareció ella en mi casa mojada por la lluvia, me besó, me fue quitando la ropa y tuvimos sexo, un buen sexo.

Lo cuento despreocupado, como si fuera un hecho habitual. No quiero que descubra que fue importante para mí. Una sonrisa se me escapa al recordarlo, pero se apaga enseguida al recordar que esto ha llegado a su final.

–Entonces, ¿ya no hay obsesión?

–No –dudo un momento–. Vuelvo a ser yo, sin obsesiones, ni tonterías.

–¡Toma ya! Esto hay que celebrarlo.

No estoy tan seguro de lo que hay que celebrar, que ya he conseguido mi propósito o que no volveré a verla más, aun así choco la copa de vino que Hugo alza para brindar, en teoría por los viejos tiempos, por el viejo David, por un David que ni siquiera yo sé si sigue ahí.

El resto del día transcurre tranquilo en la oficina, sin contratiempos. El aviso de un correo nuevo se anuncia en la pantalla de mi portátil. Es de Jota.

“Creí que te gustaría tenerla”

Abro el archivo adjunto con manos temblorosas. ¿Qué tendrá Jota que me gustaría tener a mí? “Una chica espectacular a su lado”, me dice mi voz interior, cállate, le reprocho. No quiero pensar en ella, se acabó. Abro el archivo. Es la foto que nos hizo aquella mañana en el suelo de su casa haciéndonos cosquillas. Muy oportuno Jota. Debo reconocer que me gusta la foto, sale perfecta. El brillo de sus ojos, su sonrisa. Los recuerdos vuelven a mi mente. Inconscientemente o conscientemente, no quiero pensarlo, pongo esa foto de fondo de pantalla y me llevo minutos, tal vez horas pensando, contemplando su belleza.

El teléfono me distrae, miro la hora, son las ocho de la tarde. Es tarde, ¿qué hago aún aquí?

–Hijo, ¿cómo estás?

La voz de mi padre me hace volver a tierra.

–Hola papá –contesto con desgana.

–Necesito un favor –conozco los favores de mi padre, no tengo ganas de saber siquiera de qué se trata.

–Necesito que vayas a Nueva York a una reunión de innovación arquitectónica. Son peces gordos y es importante que el nombre de la empresa esté presente allí.

–Papá, no es que no quiera –que no quiero–, pero ¿no puedes ir tú?

–Si pudiera no te lo pediría, tengo otra reunión igual de importante. ¿Podrás ocuparte? –suena desesperado al otro lado del teléfono.

–Sí, claro –me resigno–. ¿Cuándo es?

–Mañana. Solo son tres días.

–¡¿Qué?! –no tengo tiempo de organizar nada para mañana–. Es muy precipitado ¿no?

–Lo siento hijo, todo ha sido bastante rápido.

–Está bien. Cuenta conmigo.

–Gracias. A ver cuando te acercas por casa, tu madre pregunta mucho por ti.

–Supongo que a la vuelta podría pasarme.

No tengo ganas de hacer este viaje. Me aburren estas reuniones. Se habla de todo menos de lo que se ha ido a hablar, si tal vez fuera acompañado... ¿Y si se lo digo a Rebeca? Quizás pueda acompañarme. Vuelvo a mirar la pantalla del ordenador donde la imagen de los dos se

mantiene fija y meto la mano en el bolsillo de la chaqueta. Ahí está, la pulsera, la llevo a todos lados como si fuera un amuleto, esperando volver a reencontrarse con la muñeca de su dueña, ¿o tal vez soy yo el que espera que vuelva a ella? Vuelvo a acordarme de que todo tiene un final y de que el nuestro ha llegado.

Nueva York es una ciudad preciosa. Me fascina la manera en que los rascacielos se funden con la naturaleza. El gris de edificios, como The Majestic con el verde de los árboles de Central Park, donde las parejas se cogen de la mano mientras pasean cerca del impresionante lago. A Rebeca le fascinaría, debería estar aquí conmigo. ¿A un viaje de negocios? ¡Pero qué demonios digo!

La reunión está resultando tal y como lo esperaba, aburrida. Quiero irme de aquí, pasear por La Quinta Avenida, comprar algún regalo a mamá, que por cierto tengo que acordarme de visitarla o pagaré muy caro mi descuido. Una guapísima chica con larga cabellera rubia, con ojos azules y enormes pechos, que parece sacada de una revista de modelos, aparece en la sala con una bandeja llena de vasos de coñac y una elegante botella de cristal. Me mira, sonrío y me sirve a mí primero poniendo sus pechos cerca de mis ojos, provocándome. Mm me gusta. Le muestro mi sonrisa más traviesa y se aleja contoneando el trasero.

–Gracias Kate –dice su jefe.

Kate sonrío y asiente con la cabeza. Se sienta en una esquina de la sala mirándome fijamente. A pesar de que la reunión es aburrida ella no bosteza, mantiene en todo momento una posición perfecta, cuerpo erguido y piernas cruzadas. De vez en cuando cambia la posición de sus piernas, al hacerlo me lanza una mirada seductora. ¡Me está poniendo a tono!

Cuando la reunión acaba, todos los asistentes salen de la sala hablando alegremente, pero Kate permanece de pie junto a la puerta, despidiéndolos profesionalmente. Al pasar por su lado, su mano toca la mía y un pequeño trozo de papel aparece en ella. Lo ojeo rápidamente, una dirección en Manhattan escrita con letra fina reposa sobre el papel. Kate se muerde el labio, yo me dispongo a salir de la sala guardando el nombre de la calle en el bolsillo, ¿debería ir?

Voy paseando por La Quinta Avenida distraído, pensando en Kate, ¿por

qué no? Iré, no tengo nada que perder. La imponente joyería Tiffany me recuerda que debo buscar algo para mamá, así que entro y echo un vistazo a unos pequeños pendientes con forma de flor, de diamantes. Tal vez sea excesivo, pero mamá es exigente con las joyas y con esto olvidará mi desatención. Mientras el dependiente me envuelve los pendientes, la pulsera de Rebeca, que aún está en mi bolsillo del pantalón, cae al suelo. Al recogerla, un pequeño candado de diamantes con la cerradura en oro rosa, cuyo rótulo indica 18 quilates, llama mi atención, como si de una señal se tratase. Sin pensarlo le indico al dependiente que me lo envuelva.

Kate abre la puerta con una botella de vino en la mano y una sonrisa provocadora en los labios. Lleva puesto un camisón transparente rojo, se ha vestido para la ocasión. Habla en español con un marcado acento inglés, me ofrece una copa de vino y antes de que le dé el segundo sorbo empieza a besarme. Me gustan más los besos húmedos de Rebeca, aquellos labios suaves..., ¡gilipollas, concéntrate! No hablamos, nos lanzamos a la acción sin miramientos. Sexo salvaje por todo el salón. No necesito más, solo esto para no pensar. Paramos para reponer fuerzas. Se me ocurre fastidiar a Hugo y demostrarle que vuelvo a ser el mismo de antes.

—¿Te importa si nos echamos una foto? —le comento.

—Claro que no.

Se coloca junto a mí, desnuda, con el pelo despeinado, pero aun así increíblemente guapa, con esa mirada provocadora, como si también quisiera conquistar a la cámara de mi móvil. No me da tiempo soltar el móvil, de nuevo se abalanza sobre mí.

—¡Oh Dios, Rebeca! —murmullo.

—Me llamo Kate.

Kate para de moverse y me mira enfadada. ¡Joder!... ¡Joder! ¡Joder!

Capítulo 12

Llevo varios días sin dormir. Una parte de mí esperaba que Jota tuviera razón, que después de acostarme con David lo vería otra vez, al menos que diera señales de vida. La decepción ha sido más grande de lo que esperaba. Me siento dolida y bastante enfadada. No debería haber hecho eso, ahora soy una chica más en su lista, justo lo que evitaba. ¿Por qué no lo pensé un poco más? ¿Por qué no hice caso a mi instinto? Ojalá sea cierto eso que dicen, que no hay mal que por bien no venga. Eso sí, me ha servido para abrir los ojos. Ahora estoy segura del tipo de persona que es, si antes lo sospechaba ya no tengo ninguna duda. Debo olvidarlo y concentrarme en los exámenes finales; si David me hubiera ayudado con el dichoso proyecto tendría una asignatura menos de la que preocuparme, pero ya no hay tiempo, ahora tengo que esforzarme y estudiar si quiero sacarme este curso sin suspensos.

Me duele la cabeza, llevo cinco horas estudiando sin parar. Debería comer un poco, puede que en la nevera haya algo para picar. Cojo un poco de queso y pan, un bocadillo me hará reponer las fuerzas. Buag, las náuseas se apoderan de mí. En realidad no tengo hambre. Envuelvo el bocadillo en papel de aluminio, tal vez Jota se lo zampe luego, es un glotón. Miro el reloj, son las 19.45 ¡mierda! Tengo quince minutos para llegar al ensayo con Luis, no me apetece nada.

–¿Estás bien? –me pregunta Luis preocupado cuando estamos calentando–. No tienes buena cara.

–Estoy un poco mareada, pero estoy bien –me siento en el suelo para ponerme los zapatos, a su lado. Él para de calentar y se queda mirándome con mirada inquieta.

–Si quieres dejamos el ensayo para mañana –se acerca a tocarme la frente para comprobar si tengo fiebre, a juzgar por su cara parece que no.

–Estoy bien, no te preocupes.

–Me preocupo, no quiero que te pongas enferma.

–¿Desde cuándo te preocupas tanto por mí?

–Siempre lo he hecho Rebeca. Desde que bailamos por primera vez. Desde ese día no dejé de pensar en ti ni un segundo. Esperaba cada ensayo con ansia para verte otra vez, cada baile para tocarte. Aquel día que fuimos a

cenar iba a decirte todo esto, pero David y su amigo fastidiaron la noche y ya... bueno.

–Esto... yo... no sé qué decir Luis, no me lo esperaba.

–Es normal –me dice poniéndose de pie, caminando hacia su portátil donde la música de nuestro baile está lista para sonar, para acabar con este momento incómodo– le prestas tanta atención a David que te olvidas del resto de las personas.

Su respuesta me coge por sorpresa, me siento como si estuviera en shock, puede que tenga razón. Desde que David entró en mi vida tengo a Marta y Jota más abandonados, y Luis..., no tenía ni idea.

–Yo no..., yo no le presto atención a David.

–Da igual Rebeca, soy consciente de que jamás podré competir con él. No tengo dinero, ni soy tan guapo y alto como él. Espero que te des cuenta de que a veces las personas que te quieren no son siempre las que más te lo demuestran.

–Vaya, lo siento.

–No tienes que sentir nada, vamos a ensayar o no empezaremos nunca.

Parece molesto, si lo pienso es normal. Se ha declarado y la única respuesta que ha escuchado es un “lo siento”. ¡Soy una imbécil! Pero es que yo no siento lo mismo por él. Me parece atractivo, me cuida y me siento a gusto a su lado, no creo que eso sea suficiente para empezar una relación con alguien.

–Oye –le digo justo antes de empezar–, no tienes que competir con nadie, ni tener su dinero. En realidad prefiero que no te parezcas en nada a él, es una persona que no merece la pena.

–Gracias, supongo.

Una pequeña sonrisa aparece en su cara, aunque dudo que dure mucho tiempo ahí. La música suena, empieza el trabajo duro. Intento concentrarme pero me resulta imposible. Los pasos que siempre me resultaron fáciles ahora equivalen a solucionar un cubo de rubik a la primera. Luis, David, ensayo, exámenes, estoy saturada, empiezo a marearme de verdad. Todo a mi alrededor se va fundiendo en negro. Consigo parar y sentarme en el suelo.

–¡Rebeca! ¿Qué te pasa?

–Nada, estoy bien. Necesito sentarme un poco –los colores y las formas van volviendo a la normalidad. Estoy cansada, me duele todo el cuerpo, como si acabaran de darme una paliza–. Luis, siento decirte esto pero, ¿podemos dejar el ensayo para mañana? No me encuentro muy bien.

Luis asiente y en silencio empieza a recoger. Insiste en llevarme a casa, y como no tengo fuerzas para andar hasta el metro, acepto. Debo descansar un poco antes de ir a trabajar. Es fin de semana, la noche será dura.

Como me imaginaba, el pub está lleno y yo no tengo ganas de trabajar. Al final no conseguí descansar nada. Las palabras de Luis daban vueltas en mi cabeza, le seguían la imagen de David sonriéndome con picardía y Marta y Jota enfadados conmigo. No estoy segura de si lo soñé o lo pensé. Sea como sea tengo que remediar haberlos abandonado, no quiero perder a mis mejores amigos. Busco a Marta y la encuentro en la esquina de la barra bebiendo chupitos con un cliente, ¿pero qué hace?

–¿Se puede saber qué haces? –le grito tirándole del brazo para alejarla de la barra–, no debes beber alcohol.

–¿Y a quién le importa? ¿A mi marido? ¿A ti?

La barbilla le tiembla, está a punto de llorar y yo no puedo sentirme peor. Empiezo a cuestionarme lo buena amiga que soy si no me doy cuenta por lo que está pasando. Debe ser muy duro pensar que tu marido tiene una aventura mientras esperas un hijo suyo.

–Aún no le has dicho nada a Pablo, ¿verdad?

–No, no me atrevo.

–Deberías hacerlo cuanto antes, por lo menos antes de que empiece a notarlo –le miro la barriga disimuladamente.

–¿Acaso crees que lo notará? Ni siquiera pasa diez minutos en casa.

–Aun así, ese no es motivo para beber. Piensa en el niño –veo como sus ojos bajan hasta el suelo con una tristeza nada habitual en ella. Parece que va cediendo, que va hacerme caso. De repente sube la cabeza y mis ojos se topan con los suyos, llenos de rabia y dolor.

–Déjame en paz –dice dando media vuelta y dejándome allí atónita.

Debo hablar con Jota, él la hará entrar en razón, pero para eso le tengo que contar todo y prometí a Marta que no diría nada. ¿Qué hago? Me llevo toda la noche distraída pensando cómo solucionar esto, y hoy precisamente que necesito despejarme, no está Luis para bailar con él y ninguno de los bailarines que hay en el pub me sacan a bailar. Definitivamente no es mi noche. Para colmo por la puerta aparece Cintia con aires de grandeza, seguida de Julio y Hugo. Lo que me faltaba, sus amigos. Se dirigen a la mesa de siempre y le pido a Jota con un discreto gesto que los atienda él. No tengo

ganas de tratar con Cintia, además, lo echo de menos y su ausencia entre ellos no ayuda. ¿Dónde estará? Resulta raro que sus amigos estén aquí y él no. ¿Tanto que deseaba acostarse conmigo y ahora no quiere ni mirarme a la cara? Un pequeño mareo vuelve a apoderarse de mí, me agarro a la barra como puedo y evito caer.

En su mesa, Hugo le enseña a Jota algo de su móvil, ¿Qué puede tener Hugo que le interese a Jota? Cintia me controla desde lejos, estoy intrigada. Empiezo a pensar que todos están conspirando a mis espaldas para mantenernos alejados. ¡Dios mío! Debo descansar.

Por fin el pub se va vaciando. Después de pensarlo mucho he decidido contarle a Jota lo de Marta. Si lo hago por su bien no podría considerarse traición. Como si me leyera el pensamiento, Jota aprovecha un despiste del jefe y viene corriendo a mi lado. Está alterado, nervioso, y lo que es peor, me da la sensación de que tiene algo que decirme y no es bueno...

–Rebe –me dice jadeando sacándose el móvil del bolsillo–, antes cuando los atendí, le pregunté a Hugo por David. Me comentó que está en Nueva York por viajes de negocios.

–¡Ah! Perfecto. Tengo algo que decirte.

–Espera aún no he acabado. Será mejor que te sientes.

–No tengo ganas de sentarme, dime lo que sea ya.

–¡Qué te sientes!

–¡Qué no quiero! –como siempre que no consigue lo que quiere me lanza una mirada de odio y se resigna.

–Está bien, cabezona asquerosa.

Me enseña una foto en su móvil. ¡No puede ser! Un sonriente David y una chica rubia muy guapa parecen pasárselo en grande, por lo poco que se puede observar están desnudos. ¿No decía que estaba de viaje de negocios? Eso no es negocio, vale, puede serlo para ella, pero él..., ¡eso no es negocio! Da igual, ahora no es lo importante.

–Jota, escúchame –le suplico apartando el móvil de mi vista.

Jota me mira boquiabierto, creía que me iba a impactar la foto y así es, pero tengo cosas más importantes en las que pensar y entre ellas no se encuentra un ligón sin remedio.

–¿Estás bien? La foto...

–Que haga lo que quiera. Escucha, Marta no quería que te lo contara. Está bebiendo un poco y debes evitar que lo haga.

–Déjala que disfrute. Tú te tiraste a un pibón, a ver si vas a ser la única que puede disfrutar de la vida.

–Vamos a dejar el dichoso tema de esa noche. Está embarazada y no debería beber.

–¿Quién tú?

–¡Jota!

–Es que me estoy liando –explica a modo de excusa.

–Marta está embarazada, habla con ella, a ti te hace caso. Convéncela para que deje de beber.

Aún no se cree lo que le estoy contando, me parece que piensa que le estoy gastando una broma. Me asiente con la cabeza, dudando.

–¡Vamos! –le grito.

Estoy desesperada, quiero ayudarla, compensar la falta de atención que ha tenido por mi parte en estos momentos tan delicados para ella. Desde la otra esquina observo como Jota habla con Marta. Están tardando mucho, pero al menos parece que cede. Consigue calmarla, ella deja por fin de beber. ¡Dios mío! En serio estoy agotada.

La mañana ha sido dura, dos exámenes. No quiero ni pensar en cómo han salido, y todavía me queda otro. Si hubiera hecho aquel proyecto no tendría que hacerlo, si me hubiera esforzado más...

Después de almorzar, si es que a comerse un sándwich de jamón york se le puede llamar almorzar, tengo ensayo con Luis. El concurso está a un mes de distancia y cada día es más duro que el anterior. Los pasos deben estar coordinados, al tiempo de la música, nuestros cuerpos compenetrados. Totalmente prohibido fallos tontos que en la pista del pub te puedes permitir. Es duro, no me lo imaginé así. Sabía que requería esfuerzo, sacrificio, pero cada vuelta que doy es más y más pesada, noto como mi cuerpo dice ¡basta! Y por si fuera poco es aún más duro ensayar cerca de una persona la cual tus sentimientos por ella no son los mismos que los suyos. Debo reconocer que ahora hay más tensión entre los dos. Se enfada casi por nada. Entiendo que lo quiera todo perfecto, pero ya le dije cuando me lo propuso que no esperara mucho de mí. No soy una profesional.

–¡Concéntrate! –me grita.

–No me grites más. Es la tercera vez que lo haces.

–Porque no lo estás haciendo bien. Deja de pensar en David.

–¿Qué? ¡Cómo lo voy a olvidar si estáis constantemente recordándomelo! –le grito indignada–. Me voy a casa.

Cojo mis cosas y me marcho ante su mirada atónita. Estoy enfadada, cansada, me duele el cuerpo y tengo frío. No puedo más y encima ahora tengo que estudiar.

Jota está con Marta en su habitación, no quiero molestarlos, tienen mucho de qué hablar. Me dirijo al salón, con una manta por encima empiezo a estudiar, bueno..., a intentarlo. Los ojos me pesan, sigo teniendo mucho frío y la cabeza empieza a darme vueltas. ¿Qué me pasa? Me encuentro muy mal.

–¿Estás bien? –pregunta Jota que aparece de la nada–, tienes muy mala cara.

–Me encuentro un poco mal, no te preocupes, se me pasará –Jota me mira incrédulo, me toca la frente y la compara con la suya.

–Fiebre no tienes –dice aliviado–. Voy con Marta a comprar cosas para el bebé, puede que le levante el ánimo.

–Ojalá pudiera ir.

–Rebeca, siento lo de anoche –me dice Marta saliendo del baño–, me pasé contigo –se acerca y me da un abrazo seguido de un beso en la mejilla. Es reconfortante, lo necesitaba, de verdad que lo necesitaba.

–No pasa nada. Soy yo la que debería pedir perdón. Pasáoslo bien.

Ambos se van. Tengo sed, beberé un poco de agua y ahora sí, me pondré a estudiar cueste lo que cueste. Al levantarme un leve mareo se apodera de mí otra vez, pero consigo controlarlo. ¡Qué calor! El agua fresquita del grifo me sienta bien. Cojo el vaso, me dirijo al salón. El pasillo se vuelve negro y mi cuerpo pierde el control. ¡Ayuda!

—

El viaje a Nueva York fue de todo menos productivo. Resulta frustrante viajar para nada, perder días de trabajo en la empresa que luego cuestan recuperar. Para ser sincero perder de vista durante varios días a Rebeca tampoco me hizo gracia. Pensé en llamarla. ¿Por qué no lo hice? Porque ya cumplí mi objetivo y no la necesito más. Sin embargo, tengo ganas de verla, ¿y si la veo por última vez? Aún tengo su pulsera con una reciente incorporación.

Sería una buena excusa. Iré a su casa y que sea lo que Dios quiera.

–Buenos días, señor Torres –saluda Francisco, el portero del edificio.

–Buenos días. ¿Se encuentra en casa?

–Sí, sus amigos acaban de salir.

–¿Qué tal lo que te encargué?

–Bien señor, ni una visita extraña. Solo Jota y la amiga de ambos.

–Muchas gracias Francisco. Sigue así.

El anciano saca pecho orgulloso de sí mismo y se pasea la mano por su cabello canoso, resaltando el azul de sus ojos arrugados por la edad.

Camino hacia el ascensor. Mientras sube, un cosquilleo aparece en mi estómago. Tengo muchas ganas de verla, de abrazarla. Llamo a la puerta. Espero, no obtengo respuesta. Vuelvo a llamar, se supone que está dentro. Será que estoy impaciente, me estoy empezando a preocupar. La llamo a su móvil:

“El número marcado está apagado o fuera de cobertura, por favor...”

¡Maldito contestador!

–¡Rebeca! Sé que estás ahí, abre la puerta.

Nada, no hay respuesta. Bajo hacia la entrada en busca de Francisco. Según él no ha salido.

–¿Está usted seguro de que Rebeca está en casa?

–Sí señor, solo salieron sus amigos.

Ahora sí que estoy preocupado. Normalmente no apaga el móvil para dormir, y si estuviera en la ducha habría dado un grito de los suyos. Recuerdo que aún tengo la llave de repuesto en el llavero. Subo corriendo las escaleras, paro un segundo a recobrar el aliento y suavemente abro la puerta.

–¡Rebeca!

Rebeca yace en el suelo rodeada de pequeños trozos de cristales rotos. Su mano derecha sangra y ella permanece inconsciente.

–¡Joder! ¡Rebeca! ¡Rebeca! –le grito zarandeándola del brazo.

No reacciona. Me siento en el suelo y la acuno entre mis brazos. Tengo que llamar a la ambulancia. Con dedos temblorosos marco el número de emergencias y le doy la información a la operadora que me dice que en breve estarán aquí. ¡Que sea ya, por Dios!

Rebeca sigue ajena a todo. La dejo en el suelo mientras voy por un

pañó de cocina para limpiarle un poco la mano, vale, puede que no sea muy higiénico pero debo ver si sangra mucho o poco. Por suerte parecen cortes pequeños, superficiales. ¿Qué demonios habrá pasado aquí? Mientras espero la ambulancia a su lado le acaricio el pelo. Ni en mis peores sueños habría imaginado tener una bienvenida así. Estoy realmente preocupado, no recobra el conocimiento. ¡Despierta nena, por favor!

La espera en el hospital se me hace eterna, no paran de hacerle pruebas. Aunque estoy acompañado de nuestros amigos, no me puedo sentir más solo en este momento. Hugo habla por teléfono, Jota y Marta miran al vacío, eso me pone más nervioso. Necesito a mi niña, necesito saber qué le pasa. Un médico joven sale por unas enormes puertas.

–¿Rebeca Martín? –pregunta sujetando una carpeta entre sus dedos.

–Aquí –me apresuro a decir. Marta y Jota me miran asombrados, me da igual, estoy nervioso.

–¿Qué le pasa doctor? ¿Está bien?

–Tranquilo, se encuentra bien. Se trata de un simple agotamiento físico.

–¿Agotamiento físico? –Jota pregunta desde su asiento.

–Suele pasar en personas que realizan mucha actividad física y no descansan ni comen adecuadamente. La mente y el cuerpo reaccionan de esta forma para avisar que necesitan reponerse.

–¿Cuál es el tratamiento? –intenta averiguar Marta.

–Normalmente una buena alimentación y un descanso tanto físico como mental suelen bastar –comenta el médico–. En su caso los análisis de sangre indican que necesita ciertas vitaminas para que su organismo recupere la normalidad. En cuanto a los cortes, son superficiales, una limpieza diaria bastará para curarlos.

¡Gracias a Dios! No es grave. Suspiro aliviado y me adentro en la habitación donde Rebeca se encuentra tumbada conectada a un gotero. Sigue dormida. Me quito la chaqueta y me siento en el sillón situado al lado de su cama. Noto algo pesado en el bolsillo de mi chaqueta, ¡su pulsera! Aprovecho que está dormida y se la coloco en la muñeca izquierda. ¿Por qué me la devolvería? Rebeca abre los ojos lentamente, parpadea dos veces y me mira.

–¡Ey! ¿Cómo estás? –pregunto mientras le retiro un mechón de pelo que le tapaba los ojos.

–¿Qué ha pasado? ¿Por qué estoy en el hospital?

Empiezo a contarle todo, desde que la encontré en su piso hasta lo que el médico nos dijo. Ella escucha atentamente.

–Rebeca, ¿qué te paso en la mano? ¿Por qué no pediste ayuda?

–Yo... llevaba un vaso de agua, se cayó supongo. Estaba bien, solo un poco cansada.

–No estabas bien Rebeca, debes aprender a pedir ayuda –unas lágrimas recorren sus mejillas. No llores por favor, no puedo verte llorar. Me siento en el borde de la cama, acariciándole la cara con suavidad.

–Yo... no puedo más, estoy cansada. No quiero estudiar más, ni bailar, ni trabajar. No puedo más –su llanto silencioso se convierte en un llanto más profundo. Me parte el corazón verla así. Debe estar exhausta.

–¿Aún no terminaste los exámenes?

–Me queda uno porque no hice el proyecto. Lo tengo mañana y no quiero hacerlo, no puedo hacerlo.

Se me ocurre una idea para ayudarla, pero ahora lo importante es que se tranquilice, que esté bien.

Nuestros amigos están en la cafetería, tengo un poco de tiempo para estar a solas con ella. Está más tranquila observando la pulsera que le puse en su muñeca.

–Esto... pero... yo te la devolví –dice desconcertada intentando quitársela.

–Y yo se la devuelvo a su dueña –intento evitar que se la quite–. ¿Por qué lo hiciste?

–Porque ya conseguiste lo que querías, no tenía lógica quedarme con el medio que usaste para conseguirlo.

–¿De qué hablas? –su mirada se endurece, está llena de dolor y decepción. No me gusta nada que me mire así, necesito saber de qué está hablando.

–Te escuché. El día que actué en “El meneíto” te escuché hablar con todos. Decirles que querías acostarte conmigo para probar cómo sería hacerlo con una camarera –su expresión de dolor me parte el alma–, que la pulsera era un medio para conseguir un fin, para que confiara en ti.

–Rebeca yo...

–¡No lo niegues! –me grita con voz seca–. Cintia lo sabía y me lo advirtió, que eras así, que solo era una más.

–¿Qué Cintia sabía que te habías enterado y no dijo nada? Hija de puta... –estoy cabreado, me encantaría partirle la cabeza a la bruja esa–. Rebeca escúchame, es cierto que yo quería acostarme contigo, no lo voy a negar, pero también es cierto que algo cambió. No paro de pensar en ti, me atraes, me gustas y es algo que no entiendo, nunca me había pasado. El día que nos acostamos, yo te observé mientras dormías y me di cuenta que...

–¡Cariño! Por fin estás despierta –grita Jota entrando en la habitación–. Sabemos que te gusta dormir nena, pero la próxima vez no lo hagas mientras caminas, tumbate en el sofá al menos. A ver quién recoge los cristales ahora.

Rebeca me mira asombrada. Jota ha interrumpido lo que tenía que decirle. Tal vez sea lo mejor. Estaba a punto de decir una barbaridad para salvarme el culo. La idea era decirle que estaba enamorado de ella sin ser verdad, ¿en qué demonios pensaba? Tal vez me atraiga, puede que me guste, pero no puedo decir que esté enamorado de ella, eso jamás.

Aprovecho el jaleo que Jota y Marta están montando a su alrededor para escaquearme. Hugo me espera fuera, no sé por qué no ha entrado siquiera, tampoco quiero preguntárselo, sus motivos tendrá. Tengo que irme a casa.

Una buena ducha siempre relaja, mi cabeza no para de escuchar una y otra vez “Cintia lo sabía”, la bruja sabía el motivo de su enfado, sabía lo mal que yo lo estaba pasando y se calló, la muy hija de... su madre. Lo peor es que si se lo cuento a Julio no me creerá.

Ando revolviendo el despacho de casa buscando la carpeta. ¡Aquí está! Debajo de una pila de libros sin leer. Esta carpeta solucionará parte de sus problemas, ahora debo ocuparme de otros. Llamo a Luis para que me dé el número del dueño de “El meneíto”, no creo que surta efecto pero tengo que intentarlo.

–Buenos días, ¿señor González? Soy David Torres amigo de Rebeca.

–¡Ah! Buenos días, ella no se encuentra aquí.

–Lo sé, verá, ella se encuentra ingresada en el hospital por agotamiento físico. Había pensado hablar con usted a ver si podía cederle varios días de permiso para su recuperación. Antes de que diga nada, me gustaría decirle que si cediendo los días pierde usted dinero no se preocupe, yo pago lo que pierda por ella.

–¿Pero ella está bien? –pregunta preocupado.

–Está en reposo, pero se encuentra mejor. ¿Qué me dice?

–Lo cierto es que... –hace una pausa e intuyo que se lo está pensando–, hace tiempo que quiero reformar el local, así que podría aprovechar y cerrarlo un par de semanas. Sí, dígame que se coja las vacaciones que le pertenecen a ella y sus amigos.

–Muchísimas gracias, señor González. No sabe cuánto se lo agradezco de verdad.

–Espero que se recupere pronto.

¡Toma! ¡Lo conseguí! Ahora solamente me queda hacer otra llamada y tendré listo todo el plan.

En el hospital Rebeca está leyendo un libro, Jota duerme la mona en el sillón y Marta y Hugo han desaparecido.

–Hola –me dice Rebeca con dulzura al verme–, me quedé pensando en todo lo que dijiste antes.

¡Mierda! Preferiría que no se acordara.

–Yo...

–Me he dado cuenta que la pulsera lleva un candado, ¿puedo saber ya qué significa?

Se me escapa un suspiro de alivio, no me ha preguntado por el final de la conversación, me ahorro el mentirle, aunque ahora tengo que inventarme algo para salir del paso con el candado y eso es peor.

–La famosa llave. Recordé la que tienes tatuada y su significado, y cuando la vi pensé que gracias a una llave, a la llave de mi apartamento, volvería a verte y a tenerte en mi vida.

No parece creerme mucho, su sonrisa de incrédula y la ceja derecha levantada le delatan, pero eso es verdad, si no fuera por la llave no estaría en mi vida de esta forma.

–¿Y el candado?

–Eso... me representa a mí. Tú tienes la llave para abrir ese candado, has conseguido conocer un David que no todas conocen.

–Eso es cierto, conozco a Don Perfecto.

–¿Qué? –pregunto confundido.

–Cosas mías –dice riéndose.

Escucho a Jota desperezarse y cuando se despierta le hago un gesto para que salga al pasillo y lo sigo. Antes de que abra la boca saco del bolsillo

tres billetes de avión.

–¿Qué es esto? –pregunta sorprendido.

–Son billetes de avión a Cancún para pasado mañana.

–¿Qué?

–Tienes todos los gastos pagados. El hotel y todo está dentro del sobre. He hablado con vuestro jefe y va a cerrar el pub unas semanas, está todo controlado. Quiero que os vayáis Rebeca, Marta y tú. Procura que descansa, que vuelva sana. Y por favor no le digas que es cosa mía, dile que es una sorpresa de vosotros. Es la única forma que acepte ir

Se queda inmóvil con la boca abierta y los ojos como platos, a punto de gritar, pero consigo taparle la boca a tiempo, le hago un gesto de silencio mientras le señalo la habitación donde descansa Rebeca.

–¿Por qué haces todo esto? –me pregunta eufórico.

–Porque... la quiero.

Capítulo 13

¡Por fin! Después de una dura noche en el hospital, estoy en casa. David quería asegurarse de que descansaba bien y ha pasado toda la noche a mi lado, a pesar de que le insistí que se fuera a descansar y de que Jota dijo que se quedaba él, no quiso marcharse. Al salir, me ha dejado en casa y se fue a darse una ducha, dijo que luego volvería. No sé cómo sentirme. Se supone que después de todo se olvidaría de mí, que no volvería a verlo. Pero todo aquello que me dijo en el hospital, que no podía dejar de pensar en mí, ¿será cierto? Muy dentro quiero creerlo, de verdad que sí, pero me resulta difícil confiar en él.

El sofá es todo un lujo después de una noche en la incómoda cama del hospital. Tengo a Marta y Jota sentados a mi lado y mis piernas en alto apoyadas en el regazo de Marta. ¿Se puede estar mejor? Miramos la tele sin ver nada, cada uno absorto en sus pensamientos.

–¿Qué tal con Pablo? –le pregunto a Marta, que tiene la mirada perdida y parece no escucharme.

–Bien –dice con una mezcla entre duda y desgana.

–Puedes quedarte con nosotros todo el tiempo que quieras si no quieres volver a casa.

–¿De verdad? –me mira como si le hubiera dado el premio gordo de la lotería–. Gracias, gracias, muchas gracias. ¿David no se enfadará o molestará? Al fin y al cabo la casa es suya.

–A esta le permite cualquier cosa –puntualiza Jota señalándome con la cabeza–; es incapaz de negarle nada. La niña mimada.

–¡Jota!

–¿Qué? ¿Acaso he dicho una mentira?

Los tres nos reímos como si no hubiera mañana. No es que haya sido la cosa más graciosa del mundo, pero estamos felices. Marta por quedarse con nosotros, Jota porque estamos todos juntos y yo... yo... no sé exactamente porqué estoy feliz. Puede que sea porque me equivoqué, porque David no se olvida de mí, porque mis mejores amigos están a mi lado. Ojalá pudieran estar también mi familia, los echo de menos.

El timbre interrumpe nuestra felicidad. Teníamos ganas de seguir así un poco más pero deberíamos haberlo previsto, nosotros nunca tenemos

tranquilidad.

–Ahí está tu Don Perfecto –dice Jota apesadumbrado, levantándose a abrir la puerta.

Luis aparece por la puerta con un pequeño y precioso ramo de flores y una caja de bombones. ¿Qué hace Luis aquí?

–Hola, ¿cómo estás? –se acerca y me da dos besos. Está tenso, supongo que por el último encuentro que tuvimos donde nos gritamos sin motivo.

–Estoy bien, de verdad –no se queda satisfecho con la respuesta, sin embargo no dice nada más. Marta se levanta y Luis ocupa su sitio.

–Lo siento, debí tomarme en serio los mareos que tenías en los ensayos.

–Luis no te preocupes, estoy bien, necesitaba descansar –acerca su mano a la mía y la acaricia suavemente–. Jota, pon las flores en un jarrón –me apresuro a decir intentando romper ese momento romántico. Es incómodo.

–¿Y de dónde carajo saco un jarrón? Mi culo no es el bolsillo de Doraimon.

Los cuatro echamos a reír. Jota coloca las flores en un tarro de cristal para legumbres y ayuda a Marta a preparar la cena. Espero que la torpeza de Jota no quemé la casa. Luis permanece sentado a mi lado, mirándome con los ojos brillantes. No dice nada, se queda mirándome, haciendo la situación más incómoda aún.

El timbre vuelve a sonar y Jota abre la puerta a una velocidad de vértigo.

–¡Eh! Ahora sí es Don Perfecto.

–¡Jota! –le grito entre risas.

–Ups, perdón.

David entra en el salón. Lleva una carpeta en la mano. Primero mira a Jota extrañado, y luego observa a Luis que aún no ha quitado la mano de la mía.

–¿Quién es Don Perfecto? –pregunta aún confundido mirando a Jota.

Nadie contesta, Marta, Jota y yo nos reímos intentando disimular. Por suerte la presencia de Luis le parece más importante.

–Hola Luis. No te esperaba aquí.

–Pues imagínate yo –contesta Luis con brusquedad. David hace un hueco para sentarse a mi lado, dejándome en medio, entre ambos.

–¿Cómo te encuentras? –me pregunta dándome un beso en la frente mientras su mirada se dirige fría hacia Luis.

–Estoy bien.

–¿Seguro? ¿No tienes mareo, ni náuseas?

–Ha dicho que se encuentra bien –espeta Luis.

Los dos empiezan a mirarse mal, tengo la impresión de que se lanzan cuchillos mentalmente. La situación es divertida. Jota y Marta continúan en la cocina mirando de reojo para no perderse detalle.

–Creo que ayudaré a estos dos a hacer la cena –digo rápidamente.

–Ni hablar, tienes que descansar. Quédate aquí a mi lado –David me agarra por el hombro tirándome hacia él, con suavidad y firmeza.

–No creo que debas decirle lo que tiene que hacer –Luis empieza a apretar mi mano, mantiene la mirada fija en los ojos de David que parecen a punto de echar chispas, ¿qué demonios es todo esto?

–Le digo lo que le aconsejó el médico, pero claro, tú no estabas allí. ¿Quién estaba allí con ella? ¿Tú? No, yo.

–Ni siquiera sabía que estaba en el hospital. ¿Me llamaste? No.

–¿Por qué iba a llamarte?

–Porque formo parte de su vida, muy a tu pesar.

Hundo la espalda cada vez más en el respaldo del sofá intentando escapar de esa leve pelea de hombres que se acaba de formar, pero ambos me tienen cogida con fuerza, uno por el hombro y otro por la mano. Miro a Jota que observa la escena divertido, riéndose, le hago un sutil gesto pidiéndole ayuda pero me ignora.

–¿Qué tal llevas el baile? –pregunta Luis–. Espero que hayas aprendido un poco más.

Estoy a punto de responderle cuando veo que su mirada sigue fija en David. Increíble me uno a Luis observando a Don Perfecto completamente inmóvil, con expresión de sorpresa. ¿Se refiere a él? Es imposible, él no baila.

–Solo aprendo si el profesor me enseña.

–No puedo hacer mucho si el alumno pasa demasiado tiempo en celo y no logra concentrarse –la cara de David está a punto de explotar, me aprieta el hombro cada vez con más fuerza.

–Me estás haciendo daño –le digo asustada. No me escucha. Mantiene la lucha de miradas con Luis y yo sigo sin saber de qué va el tema.

–A lo mejor si te centraras en enseñar en vez de ligarte a tu compañera de baile serías mejor profesor.

–O tal vez, tú deberías centrarte en aprender si quieres bailar con mi compañera.

–David, me haces daño –insisto.

–Uh, pelea de gatitas –dice Jota arañado el aire con su mano como si tuviera garras.

La entrada de Jota en la conversación ha conseguido que dejen de lanzarse pullas. Me encantaría saber de qué hablaban, o al menos si es verdad que David está aprendiendo a bailar, aunque me da que no es buen momento para preguntar.

Al cabo de un largo rato en silencio con demasiada tensión en el ambiente, Luis se marcha. Empiezo a respirar aliviada, ¡qué situación más extraña! Y esta vez no ha sido culpa mía.

Marta pone la mesa muy alegre. Le gusta cocinar para la gente, una pena que siempre lo haga para ella sola. David se queda a cenar. Mientras terminan de hacer la comida me dirijo a mi cuarto a ponerme el pijama. Me apetece estar cómoda. David me sigue y por mi mente pasa todo tipo de pensamientos obscenos, recordándome aquella noche que pasamos juntos.

–Rebeca, tengo algo para ti.

–Ni se te ocurra enseñarme tus partes íntimas –le digo.

–¿Qué? ¿Por qué iba a hacer eso?

–Yo qué sé, eres tú.

–Que mal concepto tienes de mí. Espero que esto lo cambie un poco – me acerca la carpeta que traía cuando llegó.

–¿Qué es esto? –pregunto extrañada.

–Te dije que te ayudaría con el proyecto y no lo hice. Cuando supe que tenías que hacer el examen por no hacer el proyecto, me sentí mal y tuve una idea. Con esto te quito trabajo. Entrégalo –abro la carpeta y una enorme cantidad de folios escritos con planos y gráficos posan ante mí.

–Es el primer proyecto de vivienda que hice. No está tan bien como los que hago últimamente, faltaba experiencia y había otros tipos de materiales, pero creo que te puede servir.

–Pero esto... es una casa fantástica. ¿Por qué no la has construido?

–Es la casa en la que soñaba vivir. Le prometí a mi padre que la construiría cuando tuviera alguien con quien compartirla y aún no ha llegado

esa persona. Así que se queda en papel.

–No puedo aceptar esto, significa mucho para ti –intento devolvérselo pero me aparta la mano.

–Rebeca, quiero que lo uses. Eres como la hermana pequeña que nunca tuve y me gustaría que lo tuvieras tú.

–¿Hermana? ¿Eso es lo que soy para ti? Una hermana.

Una decepción muy grande invade mi alma. Hermana. No quiero ser su hermana. Acepto la carpeta y la dejo encima de la cama. Al acostarme le echaré un vistazo.

La cena transcurre sin incidentes, entre risas y amigos. No estoy feliz. Hermana. Esa palabra resuena en mi cabeza como la tortura de la gota china. Aquella gota que caía una y otra vez en la cabeza de la víctima cada cinco segundos sin poder hacer nada por evitarlo, hasta la muerte.

Una vez en la cama ojeo la carpeta. La casa enorme, rodeada de un inmerso jardín verde lleno de árboles que ocultan su majestuosidad. Una impresionante chimenea de piedra y madera preside el salón restándole importancia al ventanal de su derecha, desde el que se observa la piscina curvada con una espectacular cascada que cae sobre ella en su nacimiento de unas rocas, que con mucho cuidado David ha dibujado en un extremo. Y sueño, sueño con mi vida ahí. Junto a él, metidos en el jacuzzi de la habitación principal mientras observamos los pájaros que revolotean en el exterior. Él y yo, nadie más. Apoyada sobre su pecho, envuelta en una inmensa felicidad, como si fuera su... hermana. Me despierto y lloro en silencio. De frustración e impotencia.

Diversos ruidos me despiertan al día siguiente. Apenas he descansado, tengo los ojos hinchados y la garganta me duele del esfuerzo de llorar sin hacer ruido. Marta y Jota montan jaleo en la habitación de al lado.

–¿Qué hacéis? –pregunto abriendo la puerta de par en par.

–Rebeca haz las maletas –dice una contentísima Marta.

–¿Por qué? ¿Nos mudamos?

–¡No! –los dos emiten fuertes carcajadas, parece que se ríen de mí. Empiezo a parecer tonta, soy la única que no entiende qué pasa.

–Nos vamos de viaje, haz la maleta –repite Jota.

–¿De viaje? –ahora sí que no entiendo nada–. Por Dios, explicadme

qué demonios está pasando –Jota me entrega un sobre.

–Es un regalo de Marta y mío. No preguntes más –dice Jota nervioso.
No puede ser. ¡Nos vamos a Cancún!

Estar hoy en la oficina es como estar en una sala de cine donde proyectan la peor película de todos los tiempos, sin palomitas y con mala compañía, un auténtico muermo. Todo el mundo está sentado en sus puestos con sus ordenadores, no hay actividad. Odio estos días. Mi padre entra en mi despacho suspirando y se sienta en uno de los sillones frente a mi escritorio. Finjo que ojeo unos papeles, no quiero que piense que estoy vagueando aunque sea cierto. Su mirada se dirige a la pantalla del ordenador, donde la foto en la que salimos Rebeca y yo ocupa toda la pantalla.

–Muy guapa –me dice sonriendo–. ¿Algo serio?

Levanto la vista hasta toparme con la foto. Me quedo observándola un par de segundos. Muy guapa, sí, es cierto, ojalá solo fuera muy guapa.

–No, una broma de Hugo. No me acordé de quitarla.

–¡Ah! ¿Y por qué no lo haces ahora? –me mira desafiante esperando una respuesta. No quiero responderle, no entiendo por qué le he mentado. Estoy seguro de que lo sabe, pero no dice nada.

–Papá, tengo que irme, tengo cosas que hacer –le digo mientras cojo la chaqueta que reposa en el respaldo de la silla y me marchó en dirección a la puerta.

–Está bien –me contesta resignado–. Por cierto, tu madre quiere que pases por casa luego.

¡Joder! No me acordaba, aún tengo el regalo de mi madre, debo dárselo. Asiento con la cabeza y me dispongo a marcharme.

En el portal de Rebeca me encuentro a Jota en pijama abriendo el buzón. Parece muy concentrado mientras separa propaganda de facturas.

–Buenos días –saludo.

–¡Oh! Buenos días. Es temprano todavía. Venías por nosotros a las once, no son ni las diez.

–Quería venir antes.

–Pues espero que traigas el desayuno, cariño. Anda sube, la puerta está abierta. ¡Ah! toma, esta carta es para ti.

Abro el sobre mientras subimos en el ascensor. Una invitación de mi último cliente a la inauguración de su casa, creo que paso de ir.

La música a todo volumen me coge por sorpresa al llegar a la puerta. Empujo con suavidad evitando hacer ruido. En el salón Rebeca va ataviada con su pijama favorito, sus zapatillas de peluche y su pelo está recogido en un moño mal hecho que cae descuidado por la parte izquierda de su cabeza, dejando algunos mechones de su larga melena sueltos. Con la fregona en mano baila exageradamente de forma graciosa, ni siquiera lleva un ritmo. No parece la bailarina que suele ser. Mueve la fregona de lado a lado, se para, la usa a modo de micrófono mientras contonea su cuerpo. Canta a todo pulmón “tu príncipe” de Prince Royce. No puedo evitar sonreír y quedarme mirándola como un bobo. Hace tiempo que no la veo así, tan sonriente y despreocupada. Ella ni se inmuta de mi presencia, sigue absorta en su canción. Entonces da un giro y me ve. Tal es su sorpresa que se queda petrificada dejando caer el palo de la fregona. Cuando reacciona se mueve, con tan mala suerte que pisa la fregona y cae hacia atrás, de culo. Chocando con el cubo lleno de agua que se vuelca al instante.

–¡Mierda! ¡Joder! Mi culo –dice dolorida, frotándose las nalgas con las manos–. ¡El suelo! ¡No!...Ahora lo tengo que volver a limpiar –hace pucheritos con la boca y se me escapa una carcajada.

–No deberías haber parado –le digo ayudándola a levantarse–. ¿Qué hacías limpiando? Deberías estar preparándote para coger el avión, ¿o acaso no quieres irte de viaje?

–Debo dejar la casa limpia. Además ya está todo preparado.

La miro de arriba abajo, dudando.

–Bueno, menos yo –dice avergonzada.

Jota, que se había quedado en el rellano ojeando las cartas, aparece por la puerta. Pone los ojos como platos al ver el agua esparcida por el suelo y a Rebeca con cara de dolor. Sin preguntar nada, niega con la cabeza lentamente.

–No tienes remedio.

Dicho esto, entra en su habitación y cierra la puerta. Rebeca empieza a recoger el desastre. Prince Royce sigue sonando, “...cuidarte el corazón...” la

letra de la canción me hace gracia, yo no quiero cuidarle el corazón, ahora mismo lo que quiero es cuidarle el culo.

Meter las maletas en el coche es todo un reto. Jota lleva tres maletas, según él, necesitaba una más para los zapatos. Menos mal que era bueno jugando al Tetris en mi infancia y puedo colocarlo todo perfecto. Nada más montarnos en el coche Rebeca me pide permiso para quitar el cd de Usher, que no me he acordado de cambiar, y poner un pendrive lleno de música latina, esta mujer quiere acabar conmigo. Suena salsa cubana: Timbalive, Habana de primera, entre otras, mezclada con bachatas de Daniel Santacruz y Prince Royce, su favorito. Lo cierto es que las canciones animan.

Se pasan todo el trayecto cantando. ¿Cómo es posible que se sepan todas las letras? A mí me resulta muy difícil concentrarme en la letra, suelo hacerlo en la música. Eso es lo que me enseñó Luis: “concéntrate en la música”, repetía. Cuando llegamos al aeropuerto Jota sale despedido del coche, emocionado y sonriente. Marta me ayuda a sacar las maletas y Rebeca escribe en el móvil constantemente. ¿Con quién estará hablando? Se lo esconde en el bolsillo y al minuto vuelve a mirarlo, me estoy poniendo de los nervios.

–Bueno, chicas y chico.

–¿Qué chico? –pregunta Jota mirando a su alrededor con la ceja elevada.

–Perdón. Bueno, chicas –repito riéndome.

–¿Y yo qué? –replica Jota–. Te vas a ganar una hostia, David.

–¡Jota! –Marta interviene.

No puedo parar de reírme. Rebeca parece ajena, sigue mirando el móvil. Ya me cansé.

–Dame eso –le digo quitándole el móvil de la manos.

–¿Qué haces?

–Vas a ir a relajarte. Esto me lo quedo yo.

Lo apago de forma que ella vea lo que estoy haciendo, no quiero que piense que se lo quito para cotillearle. Marta y Jota asienten con la cabeza en señal de que están de acuerdo. Ella aprieta la mandíbula y frunce el ceño, pero respira hondo y se resigna, parece que no tiene ganas de discutir.

–Bueno, que lo paséis genial y disfrutéis mucho del viaje, que sé que lleváis soñando con ello desde hace bastante tiempo.

Me despido de Marta y Jota. Rebeca sigue parada frente a mí, mirándome. Se acerca para despedirse, lentamente, con la mirada clavada en mis ojos. Me coge del cuello y me da un beso en la mejilla izquierda. Sin retirarse emite un susurro y un leve cosquilleo recorre mi cuerpo.

–¿Me vas a echar de menos?

Estoy paralizado, no puedo hablar. Está tan cerca que noto la suavidad de su pelo en mi nariz, huele tan bien...

–¿Quieres que lo haga?

No responde a mi pregunta, aleja suavemente su boca de mi oreja rozándome la piel, seductora, sensual, y la acerca a mis labios, cerca, muy cerca de ellos.

–A las hermanas se les echa de menos cuando se van –responde divertida.

Se aparta dejándome atónito. La veo alejarse riéndose y con la mano me dice el último adiós antes de entrar por la puerta de embarque. ¡Me cago en...! Estoy a cien.

Salgo del aeropuerto rumbo a casa de mis padres. No entiendo las ganas locas que mi madre tiene de verme. No suele dejar de lado su agenda social muy a menudo, así que rara vez tiene un hueco para mí. Mi padre y ella discuten mucho sobre ello. Supongo que no es una mujer muy familiar. Eso lo he heredado de ella, no me gusta estar en familia.

La casa, mi antigua casa, donde pasé mi infancia, sigue igual. Fachada blanca reluciente, ventanas y puertas grandes. Todo colocado con una gran precisión, acorde a su estilo clásico siguiendo las líneas del vecindario. La fuente de un niño orinando situada justo delante de la escalinata de mármol que conduce al porche me hace reír. Recuerdo el día que cumplí cuatro años y me escapé de la fiesta que mis padres habían organizado en el jardín; yo era el único niño. Me encontraron quince minutos después con los pantalones por los tobillos imitando a la estatua de esa fuente, jamás había visto a mis padres tan enfadados. Ahora estoy seguro que a mi madre le espantó más el hecho de que lo hiciera con invitados en casa que la travesura. Eso sí, me llevé una buena bronca. ¡Qué años!

Con ese recuerdo y una sonrisa de oreja a oreja entro en casa. El olor a limpio es fuerte. Tenemos visita.

Mi madre me llama desde la sala de estar, dejo la chaqueta en el

perchero y me dirijo hacia allí. Al llegar, me sonrío sentada en el sillón más cercano a la chimenea de piedra, solo lo usa cuando tenemos visitas, le hace sentirse una reina. A su lado una mujer de la misma edad que mi madre, cincuenta años aproximadamente, me sonrío amable. Su sonrisa no me gusta, es fría y calculadora. Sus ojos grises parecen llenos de amargura y atisbo en ellos un brillo de maldad. Se atusa el pelo rubio platino tratando de colocar bien un tirabuzón artificial, consecuencia de horas de peluquería.

–Buenos días, hijo –saluda mi madre, a la vez que yo me agacho para darle un beso–. Te presento a mi amiga, la señora Ramírez.

–Encantado señora –me acerco a darle dos besos y me regala una sonrisa de lo más escalofriante.

–Por favor, llámame Aurora.

La señora Ramírez o Aurora, da igual, no me gusta nada, me recuerda a alguien, pero no logro recordar a quién.

Algo me dice que están tramando algo. Me siento en el sillón que queda libre frente a mi madre. ¿Qué demonios hago aquí con esta mujer?

–Mi hija debería estar al llegar. Siento mucho que se retrase.

–No te preocupes Aurora, David no irá a ninguna parte, ¿verdad?

Mi madre me lanza una mirada acusadora. ¿Por qué tengo que esperar yo a la hija de esta mujer? Ambas sonrían cómplices, tengo la sensación de que estoy en una encerrona. Esto no me gusta nada.

–Hijo, dentro de una semana vamos a celebrar una gala benéfica a favor de los niños con cáncer. Aurora me está ayudando con los preparativos. Será una gran fiesta en el jardín.

–Me parece bien mamá. Esos niños necesitan mucha ayuda. Es una idea estupenda.

Mi madre siempre aprovecha estas fiestas para presumir de casa, joyas, dinero. Tira la casa por la ventana para estas ocasiones. No me hace mucha ilusión, para mí significa revivir momentos dolorosos. Ellas siguen hablando de preparativos, de flores, vajilla de porcelana, ubicación de mesas. Me estoy agobiando un poco. Suena el timbre y nuestra criada se apresura en abrir la puerta. Una chica de brillante pelo rizado y ojos saltones de un azul intenso aparece en el salón. Es guapísima, pero me suena su cara y por más que me esfuerzo en intentar saber de qué no hay suerte.

–Perdonad el retraso, había atasco en la ciudad –su voz es dulce, angelical, pero no me engaña, esta chica ha roto más de un plato.

–No te preocupes querida –contesta mi madre con un tono suave y forzado, muy antinatural en ella–. Este es mi hijo David, el futuro director de Arquitecturas Torres.

La chica se acerca con una sonrisita tímida, me da dos besos y susurra su nombre. No me he enterado. Hay algo en ella que no me gusta, así que tampoco le pido que lo repita. Sigue allí parada mirándome, intimidándome. ¡Para ya!

–Bueno, Carla, ha sido un placer, pero mi hija ha venido a recogerme y tengo que marcharme ya.

–¡Tengo una idea! –exclama mi madre ignorando mi cara de alivio al saber que se marchan pronto–. David podría pasear a esta señorita tan guapa por el jardín mientras nosotras terminamos de elegir la mantelería y los centros de mesa.

Me lanza una mirada de súplica y no me queda más remedio que aceptar, ¡cualquiera le lleva la contraria! A regañadientes le pido a como se llame que me siga.

El jardín, como siempre, está impecable, nuestro jardinero sigue haciendo un buen trabajo. En realidad no hay mucho que ver, sólo es un montón de metros de césped recién cortado, con algunos árboles rodeados de preciosas flores de colores. Guío a la chica en silencio hasta un enorme estanque situado al final del terreno, casi escondido por los sauces que crecen a su alrededor, capricho de mi madre. Un puente de madera vieja señala su lugar exacto. Al otro lado, la gran casita de madera donde jugaba cuando era pequeño aún se mantiene en pie, casi nueva. Con la diferencia de que ahora es el hogar de Rocky. Como si hubiera gritado su nombre, mi pastor alemán negro de seis años aparece por la puerta de la casita, y corre hacia nosotros moviendo el rabo de felicidad.

–¡Rocky! Ven aquí chico.

Lo acaricio y dejo que salte sobre mí intentando chuparme la cara. Pasados unos minutos me acuerdo que tengo compañía, miro a mi alrededor pero no está a mi lado. Rocky vuelve a hacer uso de su telepatía y se dirige corriendo a la chica que grita de terror escondida tras un árbol.

–¡Apártate chucho asqueroso! Vas a mancharme la ropa.

–¡Rocky! –el perro acude a mi llamada y la chica se tranquiliza un poco.

–No te gustan mucho los animales ¿no? –le pregunto, aunque ya sé su

respuesta.

–Pues... no. Lo único que hacen es ensuciar, además necesitan que estén pendiente de ellos –se sacude la ropa de mal humor y dejo que Rocky corra a intentar atrapar un pez que pasa por el estanque en ese momento.

–Dime, ¿a qué te dedicas? –pregunto intentando crear una conversación.

–Estudio periodismo, casi he acabado la carrera. Me queda el proyecto final, luego mi padre me hará hueco en su empresa. Trabaja en un canal de noticias, es el dueño. Me pondrá a dar las noticias de la noche. ¿No es ideal?

–Me parece que te precipitas un poco.

–No. Ya me lo ha prometido y mi padre no suele negarme nada. Siempre consigo lo que me propongo.

–Yo también, pero al menos yo me esfuerzo por conseguirlo –pone cara de espanto y frunce el ceño ante la idea de esforzarse para conseguir las cosas. Me alegro que le moleste, es un poco egocéntrica.

–Pensé que no volvería a verte –dice de repente, cambiando su mirada de enfado por una más seductora.

–¿Nos conocemos de antes? –creo que vuelvo a enfadarla y casi se me escapa una risita. Es divertido. Ahora entiendo por qué Rebeca me lo hace constantemente. Mi móvil suena, el nombre de Jota en la pantalla me hace priorizar la llamada ante la conversación.

–Oye, tengo que marcharme.

Me marcho dejándola allí sola, por su expresión no está acostumbrada a que la abandonen. Mientras cojo el teléfono un lapsus me viene de repente. ¡Joder! Ya sé quién coño es esta tía. Es Elsa.

Capítulo 14

¡Estamos en Cancún! Después de un vuelo de nueve horas y de formar lo nunca visto para meter las maletas en un taxi, por fin estamos en el acceso de entrada al hotel. Una valla de piedra del mismo color que la arena fina de playa, rodea todo el complejo. A la izquierda se lee con elegantes letras: Secret Resort Maroma Beach.

–¿Maroma? –le pregunto a Jota, extrañada porque no haya hecho ninguna broma sobre el nombre.

–Es perfecto –responde ensoñador–. Con un nombre así tal vez encuentre un maromo para mí.

El camino elegante rodeado de vegetación que lleva al hotel se nos hace corto. Andamos fascinados por el paisaje. La entrada de puertas dobles de cristal es propia de un hotel de lujo. ¿Cómo habrán podido pagar esto? Porque lo habrán pagado ¿no? Empiezo a temer que nos echen de aquí en cuanto descubran que somos de clase media, con estos dos todo es posible. Como era de esperar, en recepción tenemos el primer problema. La recepcionista nos mira con curiosidad, ocultando tras una fingida amabilidad que no está acostumbrada a recibir clientes como nosotros, nos informa que al parecer se había contratado una habitación de tres camas, pero nos han asignado una suite y una doble. Jota echa humo, Marta se ríe y yo observo embobada la entrada del hotel, estamos definitivamente rodeados de lujo. Los muebles brillan, el mármol brilla, el agua brilla... brilla todo.

Jota marca un número en su teléfono móvil y se marcha para hablar con más privacidad. Cuando vuelve mira resignado a la recepcionista y asiente con la cabeza.

–Tú ocuparás la suite. Marta y yo estaremos en la doble.

–¿Qué? Ni hablar, se supone que estaríamos todos juntos.

–Rebeca, tú debes descansar y con Jota es imposible. Sabes que a él le gusta practicar kung fu mientras duerme.

–Por eso tú también debes estar alejada del peligro –le miro la barriga pensando en cuando empieza a notarse un poco.

–Aún queda para la noche, ya nos la apañaremos. Vamos a disfrutar de esto y luego nos peleamos. De momento todos para la suite.

Un botones nos guía por el ascensor paseando nuestras maletas en un

carrito dorado. Se para frente a una puerta blanca con números también dorados, pasa la tarjeta por la cerradura y tras un clic y una lucecita verde entramos. La suite es increíble. Una gigantesca cama de dosel dorado situada en medio de la habitación consigue separar el baño de la sala de estar. La majestuosa bañera de mármol, lavabos dobles con muebles de madera oscura antigua y grifos de bronce, espectacular espejo en marco envejecido, decoración impecable pensada para brillar e impresionar al huésped..., es más de lo que podía imaginar. Junto a la cama separada por un escalón, accedemos a la sala de estar, amueblada con un sofá de tres piezas y grandes cojines, mesa de café de bambú con un jarrón lleno de elegantes tulipanes, y una botella de champán frío. El televisor ocupa media pared. A través de la sala, por un ventanal salimos a la terraza. El olor a mar salada, la suave brisa que ondea mi pelo, me relajo con solo respirar. Las vistas son espectaculares. La piscina del hotel, los impresionantes jardines y la enorme costa ofrecen una panorámica digna de postales. En la esquina de la terraza un jacuzzi para seis burbujea. No tengo palabras para describir cómo me siento. Los tres andamos boquiabiertos por la habitación, en silencio. Ellos dos parecen incluso más sorprendidos que yo, lo que me hace sospechar. Si ellos han contratado todo esto deberían haber visto las fotos de las habitaciones al menos.

–Chicos, sed sinceros. Esto es cosa de David, ¿verdad? –Jota empieza a ponerse nervioso, camina hacia la sala de estar, coge el champán y lo abre con habilidad.

–No..., no..., ¿por qué lo dices? –tartamudea sirviéndose una copa.

–No lo sé. Puede que por el hotel, por la suite con vistas, por el champán...

–O por esta nota –Marta señala el sobre que tiene en sus manos–. Estaba encima de la cama.

Corro a coger el sobre tropezándome con la maleta que Jota ha dejado en el suelo.

–Acabas de llegar y ya te vas a matar –dice Marta riéndose.

Hago un mohín y le quito el sobre de las manos. Dentro, un pequeño papel elegantemente doblado con una letra familiar dice:

“Ya no puedes echarlo atrás. Temía que si te lo decía no quisieras aceptarlo. Disfruta de Cancún y del precioso hotel en el que estás, seguro que ahora que estás tú es aún más precioso. Besos D.”

Arrugo la nota y la tiro a la cama. Estoy enfadada. ¡Pues claro que si me lo decía no aceptaría! Odio que piense que todo se arregla con dinero, pero claro como él se lo puede permitir... Suspiro, cuento diez y me relajo. Ya que estamos aquí..., tiene razón, no hay vuelta atrás, hay que disfrutar y no voy a dejar que nadie me eche a perder el viaje de mis sueños.

Bajamos a la piscina a relajarnos. Sigo impresionándome con el contraste de colores. Desde la tumbona, el azul celeste de la piscina se une al azul intenso del mar como si trataran de crear una mezcla única, una mezcla hecha expresamente para el privilegio de unos pocos. Nosotros somos esos pocos. Jota lucha para colocar la toalla en la tumbona, haciendo malabares con un cóctel en la otra mano que se apresuró en pedir en el bar de la piscina nada más pisar el jardín.

–Oh, esto es vida, quiero morirme aquí. Y esto está de muerte –dice Jota agitando el coctel con la sombrillita que decora la larga y estrecha copa de color rosa.

–A ti todo lo que sea rosa te va a gustar, una pena que no haya hombres rosa...

–Marta no seas tonta, los hombres rosas no existen, existen los morados.

Nos echamos a reír como locos. Estamos felices, disfrutando del lujo que nos rodea, de la piscina, del sol. Gracias David, aunque me cueste reconocerlo esta vez te has portado bien.

–Disculpe.

Una voz suave y amable nos arranca de nuestra realidad. Jota escupe el cóctel y Marta se quita las gafas de sol mirando en mi dirección. Giro la cabeza hacia atrás para ver de dónde procede la voz que ha provocado esas reacciones. Un chico guapísimo está inclinado hacia mí. Su piel morena destaca con el sol, el pelo negro azabache peinado hacia el lado, le da un toque sexy y seductor. Sus ojos pequeños de un marrón indescriptible deslumbran con un brillo natural. La seducción de sus largas pestañas negras al parpadear consiguen engancharte. No quieres desviar la mirada, ni puedes.

–Perdonad, no hemos podido evitar oír vuestros comentarios. ¿Sois españoles? –sus labios finos se mueven lentamente, cautivándote.

–Sí, somos españoles, ¿tú también? –contesta Marta desde la tumbona al ver que ni Jota ni yo emitimos palabra.

–Sí, nosotros también, de Andalucía.

Detrás de él aparece un chico más. Ni de lejos tan guapo como nuestro desconocido. Éste es corpulento, con músculos machacados durante horas en un gimnasio. Tiene la cabeza pequeña en comparación con el resto del cuerpo. Ojos negros profundos de mirada dulce. El pelo engominado hacia arriba y barba de dos días. Aunque es guapo, prefiero al desconocido número uno.

–Ella es de Cádiz –apunta Marta de repente señalándome–, pero ya no tiene acento, hace mucho que vivimos en Madrid.

–Mm... me encantan los gaditanos, tienen mucho salero –me levanto para saludar. No deja de mirarme, me cautiva y me intimida al mismo tiempo.

–Querido, si algo tiene esta mujer no es salero. Es el don de la torpeza –el comentario de Jota me coge desprevenida, giro mi cuerpo tan rápido para fulminarlo con la mirada y derramo un poco del cóctel en el torso desnudo del guaperas número uno, un torso bastante marcado.

–Lo siento, lo siento –me disculpo.

–No sientas nada, gracias a eso he escuchado tu voz y he de decir que me encanta –dice sensual–. Perdonad, no nos hemos presentado. Este es Jesús y yo soy Aarón.

Tiene un olor sensual, fresco, viril. Su amigo, de pocas palabras, me es más indiferente, parece que a Marta le gusta.

Acercan dos hamacas a las nuestras y se tumban a nuestro lado. Entre charlas y risas va pasando la tarde. No podía haber ido mejor, si el primer día ha sido prometedor, ¿que nos espera el resto?

Al anoecer subimos a arreglarnos, tenemos reservado sitio en el restaurante, cortesía de David, y si no nos damos prisa no llegaremos a tiempo, Jota y sus potingues siempre consiguen retrasarnos. Ataviada con una falda azul marino, una blusa blanca de lunares a juego, que deja al descubierto parte de mi espalda, cinturón y tacones marrones, camino nerviosa por la habitación metiéndole prisa a Jota. Cuando por fin termina de vestirse, después de cambiarse cinco veces, con ayuda de Marta, que está espectacular con su vestido palabra de honor gris perla, empujamos a Jota al pasillo, camino al restaurante.

Al final de los escalones que indican el camino hacia la salida del hotel, encontramos a Aarón vestido con pantalón vaquero, camisa y americana.

En mi mente, la escena del Titanic cuando Jack observa a Rose bajando las escaleras, en mi corazón, una danza sin pausa cada vez con más y más ritmo, en mi cuerpo, punzadas de nerviosismo en cada uno de mis poros. A duras penas consigo bajar sin caerme.

–¡Vaya! Estás... increíble.

–Gracias. Tú también estás..., bien.

–¿Bien? Bueno al menos es algo –¡mierda! La he cagado, ¿se puede ser más imbécil? Su mirada de decepción recorre el suelo buscando una forma de disimular–. Jesús y yo iremos luego a una discoteca, ¿queréis venir con nosotros?

Jota asiente con la cabeza desde la entrada del restaurante, que se encuentra a mi derecha, y Marta parece entusiasmada con la idea. Lo cierto es que me apetece pasar más tiempo con él. Asiento y una leve sonrisa aparece en su rostro.

–Perfecto. Nos vemos aquí dentro de una hora.

La comida se me hace eterna. Los tres estamos riendo, brindando, pero a mí se me hace interminable. Tengo ganas de acabar, quiero ver a ese espectacular chico que apareció de la nada como si de un príncipe se tratase, espero que no se convierta en rana demasiado pronto.

Al salir, un Opel Corsa negro de tres puertas, nos espera en la entrada del hotel. Los chicos nos abren la puerta para dejarnos entrar. Durante el trayecto, descubro que ambos son amigos y compañeros de trabajo desde hace bastante tiempo. Son ingenieros mecánicos. A mí eso no me importa. Estoy pendiente de Aarón, que mira hacia atrás por el espejo retrovisor lanzándome una mirada dulce y lujuriosa a la vez. Cada vez que hace eso algo se me remueve por dentro. Me gusta.

Llegamos a Coco Bongo, una de las muchas discotecas conocidas de Cancún. En la entrada, acompañados por una increíble cola para entrar que casi da la vuelta a la manzana, los muñecos de la película “la máscara” te dan la bienvenida. Los chicos avanzan con seguridad hacia la puerta, hablan con el portero de la discoteca y nos hacen una señal para que nos acerquemos. Aarón me coloca la mano en la cintura y me guía al interior del local, Jesús hace lo mismo con Marta y Jota nos sigue con el ceño fruncido, conociéndolo acaba de sentirse como un sujetavelas y eso no le gusta nada.

El local es increíble, está abarrotado. Bailarinas contorsionistas hacen

su arte en el centro de la pista colgadas del techo, bajo la atenta mirada de cada uno de los presentes en la sala, algo me dice que es el plato fuerte del local. Los chicos nos llevan a una zona vip desde donde se observa toda la discoteca, es espectacular. No consigo cerrar la boca.

–¡Vaya! –le digo a Aarón, demasiado sorprendida para observar su reacción–. ¿Cómo encontraste este sitio?

–No nos costó mucho, solo hay que buscar en Internet –me sonrío dulcemente, devorándome con los ojos. Yo sin embargo no dejo de estar alucinada.

–Pero..., el portero. Vosotros lo conocéis.

–Hace tres años que venimos, nos encantó la primera vez y repetimos desde entonces. Cuando eres cliente todos los años consigues amistades o contactos, llámalo como quieras.

Su respuesta me deja satisfecha. Observo a la gente, toda apretada por falta de sitio. Me siento privilegiada, nada más llegar he conocido a un chico guapísimo y atento, nos llevan a un local impresionante, a una zona vip donde estamos de lujo. No puedo pedir más. Miento, tal vez pediría que David estuviera aquí. Observo detalladamente al hombre que me acompaña; sus ojos brillantes, sus labios finos, incluso el pequeño lunar que tiene en la mejilla derecha me parece sexy. Y entonces lo entiendo, no quiero que David esté aquí, quiero disfrutar de la vida, soy joven y me lo merezco.

Sacándome de mis pensamientos, Aarón me lleva al sofá color chocolate que rodea una mesa cuadrada que cambia de color cada diez segundos. Se sienta en el sofá y tirando de mí hacia él me sienta en su regazo. Me coge por sorpresa, pero disfruto de su tacto. Me gusta la forma que tiene de tocarme. Sirve dos copas de champán y me ofrece una. La acepto con mi sonrisa más angelical y miro a mí alrededor. Jota está fascinado mirando hacia la pista, estoy segura de que le encantaría ponerse unas mallas iguales que las de las bailarinas y colgarse del techo. Marta está enfrascada en una charla con Jesús, es la primera vez que veo a Marta sonreír así en mucho tiempo. Una respiración me hace cosquillas en el cuello y dejo de pensar. Giro la cabeza y sus ojos se topan con los míos, está demasiado cerca. Sus labios esbozan una sonrisa pícaro, empieza a gustarme su forma de sonreír. Un calor me recorre el cuerpo y su cara se acerca más y más, mientras me acaricia el muslo de forma pausada y sensual. ¡Dios mío! No voy a poder resistirme mucho más.

Vuelvo a la jaula de cristal, mi despacho. Gracias a la llamada de Jota, que quería saber si había algún error con la reserva, logré quitarme de encima a Elsa, no entiendo por qué esa chica no me gusta nada. Hace que me sienta incómodo, acorralado y por si fuera poco me intimida. Nunca me había intimidado una chica. Algo me ha cambiado, ya no soy el mismo de antes.

Tengo que concentrarme en el trabajo. El nuevo proyecto que me encargaron es bastante grande. Un hotel en la costa. Aunque me han traído fotos y medidas, me cuesta bastante hacerme una idea, creo que al final tendré que viajar hasta la costa para poder inspirarme. Normalmente hago un boceto y lo enseño, luego el cliente me pide las modificaciones y rectifico, pero este tipo de hotel costero no es mi fuerte. Ya me las apañaré. Ahora mismo lo que necesito es escuchar su voz, la voz de Rebeca. Su teléfono aún está en la guantera de mi coche. No tengo más remedio que llamar a Jota.

Después de tres intentos, no hay suerte, nadie contesta, espero que sea por el cambio de horario. Miro el reloj de mi ordenador, son las diez de la mañana, por lo tanto allí deben de ser las cinco de la tarde aproximadamente. Puede que esté en la piscina o en el Spa, incluso puede que estén de compras. ¿Qué demonios estará haciendo?

No tengo tiempo de pensarlo. La voz de Claudia suena por el interfono.

–Señor Torres, tiene usted visita.

Será Hugo, pero me extraña, Hugo no necesita que lo anuncie, entra sin más. Después de indicarle a Claudia que haga pasar a la visita, me incorporo en el sillón y adopto una postura un poco más profesional. Elsa entra en mi despacho con una sonrisa traviesa. Sabe que su imagen impacta, está muy segura de sí misma y mueve las caderas de forma sensual. Es muy abrumadora, pero ahora no tengo humor para esto.

–Buenos días –saluda alegremente dándome dos besos–. Pasaba por aquí y me preguntaba si tendrías tiempo para almorzar conmigo.

Mueve su precioso culo hasta las sillas situadas al otro lado de la mesa frente a mí, y se mantiene sentada con una pose seductora. Sin embargo, no me provoca la reacción que esperaba provocarme.

–Tengo mucho trabajo.

–Cariño, no todo es trabajo en esta vida, hay que disfrutar.

–Lo siento, de verdad, no puedo irme ahora.

Su mirada seductora desaparece dando paso a una llena de furia y rabia. Una imagen de un dragón echando fuego en mi despacho, quemándolo todo mientras salto por la ventana para escapar de las llamas, aparece en mi cabeza. Con un sofisticado movimiento, se incorpora y camina lentamente hacia mí, se coloca a mis espaldas y masajea fuertemente mis hombros. No me gusta nada, me hace daño con los pulgares y su aliento me hace cosquillas en la oreja.

–Estás muy tenso cariño.

–Deja de llamarme así –le espeto de mal humor.

Muevo los hombros bruscamente intentando librarme de ella. Su cara es todo un poema. Se muerde el labio con rabia, abre y cierra sin parar los orificios nasales. Lo que yo pensaba, me quemará el despacho en cualquier momento.

–No voy a irme de aquí hasta que no me digas que sí –es una amenaza, lo dice en serio. No me gustan las chicas que me dicen lo que tengo que hacer.

–Mira, niña. Tengo trabajo, así que por favor sal de aquí.

–Estupendo –contesta enfurecida–. Le diré a tu madre que me has dicho que no. No creo que le haga mucha gracia.

La idea de enfrentarme a mi madre me da pánico. No tengo ganas de peleas, con ella siempre salgo perdiendo, es como hablar con la pared.

–Espera –contesto cabreado.

–Genial –grita dando saltitos–. Sabes donde vivo, recógeme a las dos. Por favor, llévame a un sitio bueno, nada de restaurantes de mala muerte.

Se marcha feliz al mismo tiempo que entra Hugo por la puerta y la mira de arriba abajo.

–¡Guau! –me dice silbando–. Te has superado esta vez.

–¿Te gusta? Pues para ti, pero tendrás que llevarla a un restaurante caro –digo imitándola.

Le cuento a Hugo todo lo que ha pasado en los últimos días. Desde el viaje a Cancún de los tres inconscientes estos que no me cogen el teléfono, hasta minutos antes de que él entrara en el despacho, pasando por la encerrona que sospecho que mi madre me montó el día que fui a su casa.

Me ayuda a escoger un restaurante. Como no tengo ganas de almorzar con esa niña, todos me parecen mala opción. Al final encontramos uno con reservas disponibles, caro y no demasiado romántico: el Horcher. Espero que me deje en paz después de esto.

La casa de Elsa, la antigua casa de Rebeca, está hecha un desastre. Hay cojines en el suelo, polvo en las estanterías, la cocina huele mal y no puede haber más cacharros en el fregadero. Creo que la casa nota la ausencia de Jota y Rebeca. La de Rebeca también la noto yo. ¿Qué estará haciendo ahora?

Al cabo de media hora, sentado en el filo del sillón aguantando la respiración y con cara de asco, aparece Elsa con un vestido demasiado provocativo. Es un vestido de noche y demasiadas joyas adornan su cuerpo. Esta vez no ha acertado en absoluto. Es de día, ¿dónde cree que va?

–¿Te gusto? –pregunta girándose sobre sí misma para que la observe bien.

Como pone cara de “dime que sí o no vivirás para contarlo” sonrío como puedo y asiento avergonzado. ¡Dios! Que acabe esto pronto.

En mi coche una de las bachatas favoritas de Rebeca empieza a sonar, “tú y yo” de Prince Royce. A Elsa parece darle grima y acerca la mano a la radio para cambiarla.

–Ni se te ocurra tocar eso –le digo firmemente.

Me mira dudando, elevando la esquina del labio superior con desagrado. Le mantengo la mirada, parece que hace efecto y acaba mirando por la ventana enfadada. Me da igual. Mi radio no se toca. Tú, no la tocas.

El camarero nos indica nuestra mesa. Elsa observa el restaurante y parece que se le pasa el enfado, ojalá siguiera enfadada. Empiezo pidiendo un vino exquisito que escope al probarlo. Pongo los ojos en blanco y le digo que pida lo que quiera.

–Me trae la ensalada de alcachofa con trufa –dice mirando la carta indicándole al camarero su pedido.

–¿Y usted señor?

–Ragout de ciervo, por favor.

–Enseguida se lo traigo.

El camarero se marcha y un silencio sepulcral invade nuestra mesa. Elsa coge su móvil y empieza a teclear en silencio. Yo... me aburro, simplemente me aburro, no hay otra palabra para describir lo que siento ahora mismo. Miro a todos lados buscando un tema de conversación. No se me ocurre ninguno.

–Este sitio es muy bonito, ¿no crees?

–Mm, no está mal –me dice sin quitar la vista del móvil, queriendo parecer indiferente.

¿No está mal? Empiezo a ponerme de los nervios. Si supiera lo que cuesta su ensalada...

El camarero trae los platos. Elsa se come una alcachofa y aleja el plato de ella, ¿qué le pasa ahora?

–No me gusta, voy a pedir otra cosa.

¿Si no te gusta para qué lo pides? Niña estúpida, idiota, arrogante, egocéntrica de mierda. Cierro los puños y me golpeo el muslo lleno de frustración.

–¡Eh! Tú, retira esto –grita alzando la mano para llamar al camarero mientras todo el restaurante nos mira.

Me quiero morir. La vergüenza se apodera de mí. El camarero acude a su llamada y retira el plato sorprendido.

–¿No está a su gusto?

–Es una mierda.

–Perdone. ¿Desea otra cosa?

–Ragout de bogavante –dice Elsa con tono firme y seguro –espero que esta vez sepa qué está pidiendo y se lo coma de una vez, no quiero otro numerito.

–Enseguida, señorita.

–¿Adónde vas? Aún no he acabado –le grita Elsa haciendo que los clientes más cercanos a nosotros vuelvan a girarse para mirarnos–. También quiero lomo de corzo asado, escalopines vienesa y de postre plátano flambeado.

El camarero apunta todo con los ojos como platos. A decir verdad yo estoy igual. ¿Se va a comer todo eso? Niego con la cabeza, sorprendido, y no en el buen sentido. Me va llevar una eternidad salir de aquí si tengo que esperar que se acabe todo lo que ha pedido.

Empieza a devorar la comida en silencio, y con devorar me refiero a devorar de verdad. Me entra fatiga nada más verla, acabo dejando el tenedor y el cuchillo sobre el plato sin acabar de comer. Se me ha quitado el apetito.

Cuando termina de comer todo, absolutamente todo, me sonrío satisfecha y yo temo que pida algo más. Esta chica me saldrá muy cara. ¿Dónde demonios mete tanta comida?

–¿Haces deporte? –le pregunto, intentando matar mi curiosidad sobre

por qué no engorda si come todo eso.

–No.

–¿Yoga, Pilates...?

–No.

No, lo único que dice es, “no”. Sigo insistiendo, algo tiene que haber para que esta chica coma como una cerda y mantenga esa figura. A no ser que... defeqe mucho, o poco pero en grandes cantidades. La imagen de ella haciendo fuerza en el WC no es agradable. Hago todo lo posible por apartarla de mi mente.

–¿Haces algo?

–Voy al gimnasio.

–Pero... eso es deporte –le digo desconcertado por la respuesta.

–No es deporte. No es fútbol, ni correr.

Dios mío. Esta chica va acabar conmigo. Necesito largarme de aquí ya. Pido la cuenta y la empujo hacia el coche.

La llevo a su casa lo más rápido que puedo. Ahora entiendo porqué Jota y Rebeca se ponían de los nervios con ella. Aguantarla todos los días, a cada minuto, debe ser un infierno, soy yo y en cuatro horas me han entrado ganas de suicidarme...

En cuanto se baja, acelero como si no hubiera mañana.

En mi casa, tranquilo, con una cerveza fría en la mano. La serie “The Walking Dead” me entretiene. Aunque juraría haber visto a Elsa en uno de los zombies, al menos se comía un cerebro de la misma forma que ella devoró la comida en el restaurante, también devoró mi tarjeta. ¡Qué peligro de mujer!

Vuelvo a llamar a Jota. Estoy ansioso por saber qué hacen, como lo están pasando y por escuchar la voz de mi niña, pero de nuevo no tengo éxito. Empiezo a ponerme nervioso. Espero que no les haya pasado nada. Agotado me acuesto, esta noche dormiré de un tirón. ¡Vaya mierda de día!

Se escuchan las olas de fondo. El cliente me pide más y más modificaciones. Quiero acabar pronto para volver a la habitación y despertar a mi princesa. Dar un paseo por la playa cogidos de la mano, descalzos. El hombre no para de hablar, ya no lo escucho, solo anoto garabatos.

Por fin termino y vuelvo a la habitación a por ella. No está. La buscaré en la playa. Bajo el camino de madera que me guía a la arena, caliente por el

sol. A lo lejos la distingo jugando en el agua, preciosa como siempre; con su pelo largo mojado, su sonrisa traviesa e inocente, pero no está sola. Hay alguien con ella. Un hombre. “Suéltala”, grito. No me escucha. Ella lo agarra, le besa, le besa apasionadamente. Mi corazón se divide en pequeños trozos, dudo que puedan recomponerlo, los trozos son demasiado pequeños, pero lo noto, lo noto bombeando a cien por hora. Me mareo, todo se vuelve cada vez más y más negro. Me despierto jadeando, empapado de sudor.

Tengo que hablar con ella. Por favor Jota, coge el teléfono de una puta vez, lo necesito. Otra vez sin éxito. Me levanto de la cama y empiezo a dar vueltas por la habitación. No me quito la imagen de la cabeza. ¿Y si está con otro? ¿Y si me olvida? ¿Y si no la veo nunca más? ¿Y si no puedo volver a tenerla entre mis brazos, ni besar sus labios, ni sentirla mía de nuevo? Voy a volverme loco, necesito relajarme. En el mueble del salón una botella de vodka me llama a gritos, y no la ignoro...

Capítulo 15

Me despierto con los quejidos de Jota: le duele la cabeza de la resaca, si anoche no hubiera bebido tanto... Marta discute con él. Tengo tanto sueño que no quiero saber porqué, solo quiero dormir.

Recuerdo vagamente la noche anterior, sus ojos, sus labios tan cerca, menos mal que justo cuando la tentación llegaba a lo más alto, logré zafarme de sus brazos, tiré de Jota hacia la escalera en dirección a la pista y bailé como si no hubiera mañana. Su mirada me perseguía, notaba cómo me observaba sin cesar, como un león que acecha a su presa. Reconozco que logró asustarme un poco, pero su forma de desearme es provocativa, sexy, y su juego se convirtió en mi juego. Me encanta sentirme deseada por alguien como él. Movía mi cuerpo al son de la música, suavemente, provocándolo, alzando las manos a la vez que me agarraba el pelo, y entre movimiento y movimiento lanzaba miradas eróticas en su dirección. Él parecía deleitarse con la escena, se mordía el labio y apretaba los puños alrededor de la barandilla. Cuando ya consideré que había bailado suficiente, volví a su lado esperando algún comentario respecto a lo que acababa de ver. Me sentía una diosa, él había provocado esa forma de sentir.

–Deberíamos marcharnos –dijo.

Mi diosa se esfumó tan pronto como había venido. Por una milésima de segundo pensé que se refería a marcharnos solos y al igual que mi diosa, ese pensamiento duró poco.

–Chicos, es tarde, deberíamos volver –repitió dirigiéndose a los demás.

No llevábamos ni tres horas y ya quería marcharse, ¿qué había hecho mal?

Obedecí de mala gana y los seguí hasta el coche. La vuelta estuvo llena de risas. Yo miraba por la ventana malhumorada, sintiéndome observada. ¿Por qué estoy tan decepcionada?

Hemos decidido echar el día en la playa. Sigo dándole vueltas a su reacción, puede ser que lo espantara, que no le gusten las chicas tan directas, o puede ser que no le guste yo. Tumbados en las hamacas, cortesía del hotel, Jota y Marta me preguntan con insistencia el motivo de mi enfado. No tengo

ganas de hablar, ellos lo saben, pero no se dan por vencidos.

–No lo entiendo –digo al fin–. Si parecía que la atracción era mutua. Aunque fuera una noche me apetecía divertirme, y justo cuando decido hacerlo él decide que no. Estoy enfadada conmigo misma, he vuelto hacer el ridículo.

Jota y Marta no dicen nada, están tan sorprendidos como yo. Es la primera vez que vemos algo así. Le pones a un hombre las cosas fáciles y se aleja, normalmente suelen acercarse más, obtienen lo que desean y luego huyen. Me paso media tarde enfadada. Esta no era la idea que yo tenía de un viaje perfecto, estoy dejando que me afecte demasiado un tío que acabo de conocer. Debo dejar de pensar estupideces de una vez.

–Tu chico raro a las tres –dice Jota señalando con la cabeza disimuladamente.

Aarón y su amigo se acercan a nosotros y rodean las tumbonas. Jesús saluda y se sienta al lado de Marta, ambos vuelven a enfrascarse en una charla. Aarón se sienta al borde de la mía mirando hacia el mar, sin saludar.

–Yo voy a bañarme, hace mucho calor –anuncia Jota tenso.

–Espera, voy contigo.

Quiero alejarme de Aarón, estoy molesta y no quiero echar tiempo a solas con él.

El agua está fría. Jota me reta a una carrera, acepto de mala gana, estoy de mal humor y no tengo ganas de jueguecitos. Voy corriendo hacia el mar, esquivando torpemente las olas, de vez en cuando miro hacia atrás para ver si Aarón está mirando o sigue pasando de mí, pero no logro verle con claridad, por lo que sigo avanzando. Una ola con un poco más de fuerza me hace perder el equilibrio y caigo de boca al agua. Las olas que antes se veían pequeñas, bajo el agua me parecen inmensas, cada vez que consigo sacar la cabeza para coger aire otra ola me arrastra hacia adentro. Me empieza a entrar pánico, ¿y si no puedo salir? Ni siquiera puedo ponerme en pie. La fuerza del mar es enorme incluso cerca de la orilla. Siento un tirón de mi brazo y una mano me ayuda a incorporarme. Me agarro a mi salvador con fuerza, no quiero volver a caerme. Intento reconocerlo pero el escozor que me provoca el agua salada en los ojos no me lo pone fácil. Poco a poco la claridad se abre paso, veo a Aarón con expresión preocupada pegado a mi cuerpo, sujetándome con fuerza. Jota está más al fondo muerto de risa, ahora mismo lo que menos me apetece es ver a mi mejor amigo riéndose de mi casi muerte.

–Gracias –le digo a Aarón de mal humor.

Me alejo de él andando con torpeza hasta la arena, paso por al lado de Marta y me encamino a mi suite. Quiero llorar y no sé exactamente por qué. Marta intenta perseguirme, la fulmino con la mirada y ella entiende que es mejor no molestarme. Quiero estar sola.

Dormir la siesta me sienta bien, consigue serenarme y llenarme de energía. Me levanto y veo una nota en la cómoda.

“Estamos en el centro tomando algo con los chicos, espero que cuando despiertes te encuentres mejor. Volveremos pronto, te queremos.”

Tengo ganas de llamar a David, pero ¿y si lo molesto? Puede que esté con una chica, o trabajando, o cualquier cosa que haga un tío rico y egocéntrico. En lugar de eso bajo al spa y contrato un pack que me mantendrá ocupada el resto de la tarde.

El spa es increíble, cumple su función de ser relajante a la vez que impactante. Las paredes, de la misma piedra caliza que las del exterior del hotel, son iluminadas por farolillos árabes en el suelo. Me rodean un sin fin de camillas de masajes ocultas tras pérgolas de madera, con cortinas color marfil semitransparentes. Veo la piscina detrás de unas columnas, pero mi pack no la incluye. Mi tratamiento consiste en pedicura, manicura, tratamiento facial, masaje relajante de una hora y un té en la terraza del spa con vistas al impresionante mar adornado con palmeras.

Tengo las uñas pintadas al estilo francés, preciosas, la cara relajada y sin ojeras, la espalda como nueva y el té parece haberme limpiado el alma. Me siento estupenda. Vuelvo a mi habitación llena de paz y buena energía. Jota y Marta han vuelto, están charlando alegremente sobre la tarde, al verme se callan y me observan. Me encojo de hombros y les dedico una leve sonrisita, a modo de disculpa. Marta se abalanza sobre mí, me da un abrazo. Echaba de menos los abrazos de Marta, son tipo oso, agobian pero reconfortan.

–Nena, los chicos nos invitan a cenar fuera a un local que conocen – dice Jota bebiendo a morro de la botella de champán que ha pedido al servicio de habitaciones. Me temo que todo lo que nos hemos ahorrado en el viaje se irá en champán.

Miro a Marta que me pone ojitos de corderito, casi suplicándome que diga que sí. Ese chico, el tal Jesús, le gusta.

–Anda, vente –dice con un hilo de voz–. Aarón ha estado toda la tarde triste, cabizbajo, se notaba que quería que estuvieras allí. Además le prometí que te convencería, no me dejes mal.

Dudo por un instante. Realmente me apetece ir, me siento como nueva, no voy a pasarme la noche aquí encerrada.

–¿Qué me pongo? –digo preocupada.

Ambos chillan y saltan felices. Empiezan a rebuscar en la maleta un vestido para la ocasión y, tras observar los trapos que tiran al suelo, dudo que lo encuentren.

A las diez de la noche, ando nerviosa con una copa de champán en la mano. Ataviada con un vestido negro, escote en forma de corazón, encaje en las mangas y la espalda al descubierto. Unos tacones dorados que me parecen altísimos para mí pero que Marta se ha empeñado en prestarme, y un maquillaje sexy, junto a mi pelo ondulado que cae por la cintura sin ningún tipo de sujeción, natural, salvaje, como siempre, me siento más fabulosa que nunca. Me encanta lo que veo en el espejo. Me encanta esta chica llena de energía, consigo sentirme guapa por primera vez solo con verme.

En la entrada del hotel nos vuelve a esperar el Opel Corsa negro que Aarón alquiló al llegar aquí. Él está de espaldas hablando con Jesús, que con las cejas le indica que ya hemos llegado, Aarón se da la vuelta. Guapísimo con un pantalón color caqui y un jersey gris. Empiezo a sentirme mal, voy demasiado arreglada. Miro a Marta con pánico, deseando volver y cambiarme, ella me tranquiliza asintiendo con la cabeza y tocándome el hombro con una mano. Jota sube el primero al coche, Marta le sigue. Al agacharme para entrar procuro que no se me vea nada, el vestido es demasiado corto y Aarón está justo detrás de mí. Pasamos el trayecto en silencio, un silencio incómodo. Nadie quiere hablar, todo el mundo mira por la ventana, lo único que suena es la música de la radio, no distingo bien quien canta, solo ruido, mezclado en el silencio.

Una entrada con techo de paja y madera de bambú se funde con la palabra Thai, el nombre del restaurante. Iluminada por las tenues luces de colores que los focos vierten sobre nosotros, una pasarela de madera conduce al interior. Aarón le da las llaves a un aparcacoches que espera en la puerta. Se vuelve hacia mí con mirada triste y vergonzosa.

–Estás impresionante.

–¿Tú crees? –pregunto.

Me mira fijamente sin esa sonrisa que me pierde, lo cual agradezco porque me resulta más fácil ignorarlo si no trata de seducirme con la mirada. Seguimos a los demás a través del laberinto de pasillos que compone el restaurante, hasta llegar a una pérgola de bambú sobre el mar. Las sillas me recuerdan a los asientos de las saunas, parecen incómodas, aunque los cojines de color rojo oscuro les dan un aspecto más confortable. Sobre la mesa, un cartel indica que está reservado. Estoy tan fascinada por el lugar que me cuesta darme cuenta que ese cartel va por nosotros. Nos sentamos y disfrutamos de una gran velada llena de charla y risas. La comida tailandesa es espectacular y las vistas inmejorables. El mar en calma, iluminado por la luna y por los reflejos de los farolillos del resto de pérgolas que nos rodean, hacen del lugar un sitio inigualable.

Aarón no deja de mirarme. Intento evitar su mirada. Con un leve movimiento de cabeza me dice que lo acompañe, ¿adónde? Jota me pega un codazo en el costado y el dolor me hace reaccionar. Sonrío y le tiendo la mano para que me ayude a pasar de nuestra agradable zona al pasillo de tablones de madera. Tengo dificultad para andar, procuro que los tacones no se metan entre los huecos de los tablones. Me lleva a través de un sendero de arena que me obliga a quitarme los zapatos. La luna llena es nuestra única iluminación. Tengo su mano en mi cintura indicándome el camino. No le veo la cara, esto empieza a darme un poco de miedo. En realidad no lo conozco de nada, podría ser un psicópata. Lo reconozco, soy una cagada. Andamos hacia la orilla y de repente se para a unos pasos de mí, se vuelve, me mira con ojos entornados y esa característica sonrisa suya, preciosa, hipnotizante. No, no, no, no sonrías así.

–Por favor, dime por qué me esquivas, por qué no quieres mirarme a la cara.

–Yo... –no sé qué decir, ¿cómo quiere que le diga que me gusta y me he sentido rechazada? “Pues así, boba”, la voz de mi cabeza hacía tiempo que no daba señales de vida, pero tiene razón.

–Es evidente que la atracción es mutua–sigue diciendo–. Nunca vi una chica con tanta ternura y alegría. Me encanta estar contigo. Sé que esto no durará mucho, quedan pocos días para que volvamos a casa y no me gustaría irme con esta sensación de no haberlo intentado.

Su discurso me deja boquiabierta. Tiene labia, sabe qué decir en cada momento. Estoy ahí parada frente a él, con su mirada fija en mis ojos, su mano agarrando la mía fuertemente, a la vez que la acaricia con movimientos suaves, totalmente rendida ante su encanto.

–Me sentí rechazada por ti.

–¿Qué?

Bajo la mirada hacia la arena y me suelto de su mano, mirando al mar. Tal vez si no lo veo me resulte más fácil decirle la verdad.

–La otra noche cuando volví de la pista. Dijiste vámonos y me sentí como si me rechazaras, como si no quisieras estar más a mi lado. Yo quería...

–Rebeca... –pronuncia mi nombre con delicadeza. Sus manos rozan mis brazos sintiendo su calor, me gira y volvemos a estar cara a cara. Coge mi barbilla con su mano y tira de ella hacia él.

–Creí que era evidente –dice sonriendo, con sus finos labios cada vez más cerca–. Me estabas poniendo a cien, no quería hacer algo que no quisieses, preferí quitarme del medio y relajarme.

–Ni siquiera me diste la oportunidad de demostrarte lo que quería.

–¿Y qué quieres?

Su pregunta me sorprende, ¿acaso no está claro aún? Sin dejarme responder, posa su mano libre en mi espalda y con decisión y firmeza me acerca a él. Su boca se acerca a la mía, su respiración entrecortada consigue acelerarme el corazón. Con sus dedos me acaricia la mejilla y lleva la mano hacia mi pelo, hacia mi nuca. Se muerde los labios preparado para atacar y los míos los reciben lleno de lujuria y deseo. Y ahí, bajo la luz de la luna llena, descalzos, con las olas llegando a nuestros pies, nos besamos sin parar hasta fundir nuestros cuerpos del mismo modo que el reflejo de la luna en el mar.

El timbre de la puerta me martillea la cabeza. Los rayos de sol que traspasan el cristal de la ventana me dan de lleno en los ojos. Me molesta. El timbre sigue sonando, hago caso omiso. No quiero abrir, quiero estar solo, ¡dejadme en paz!

Hugo entra, en cuanto me ve sale corriendo a ayudarme. No puedo levantarme del sofá, la cabeza me estalla. Me quita la botella de vodka vacía

de las manos y me ofrece un vaso de agua.

–Madre mía, qué resaca –murmullo aguantándome la cabeza con las manos–. ¿Cómo has entrado?

–Tengo las llaves de repuesto que me diste. ¿Qué hiciste anoche? ¿Una fiesta? Más vale que no sea eso porque ni te dignaste a llamarme.

Intento recordar por qué tengo este aspecto, por qué hay una botella de vodka vacía en el suelo. Lo único que recuerdo es que me levanté y llamé a Jota...

Un sentimiento de pena me invade de los pies a la cabeza. La imagen casi real de Rebeca con otro hombre es peor que la resaca. Hugo se percató de que algo está pasando y me instiga para le cuente todo.

–Soñé que Rebeca estaba con un hombre, luego llamé a Jota y no me cogía el teléfono. No sé nada de ellos desde que llegaron al hotel. Estoy preocupado –Hugo se deja caer en la encimera y me observa con atención. Es la primera vez que lo veo tan serio, tan pendiente de mis palabras.

–Preocupado..., ¿por no saber nada de ellos o por la idea de que Rebeca esté con otro? –dudo un momento. Lo cierto es que no sé qué contestar. Una parte de mí sabe que es por Rebeca, pero el no saber nada de ella también ayuda–. David, estás enamorado de esa chica, tienes que admitirlo de una vez.

–¿Estás loco? No estoy enamorado de nadie. Me preocupo por ella, es como una hermana para mí –Hugo niega con la cabeza, pone los ojos en blanco y se frota la nuca.

–Escúchame porque solo te lo diré una vez. No te engañes diciendo que la consideras una hermana. La echas de menos, puedes engañarte tú, pero yo te conozco demasiado y es obvio que no te gusta la idea de que pueda estar con otros hombres. O lo asimilas de una vez, o perderás la oportunidad de estar con ella. No es que me guste perder a mi amigo, pero es una buena chica.

Su voz es tajante, como cada vez que me dice algo que no quiero escuchar. No tengo ganas de replicarle. Sin decir ni media palabra me dirijo a la ducha. Necesito pensar.

Como hace tiempo que no voy al gimnasio, pienso que tal vez sea buena idea hacer ejercicio para liberar tensión. Tras una agotadora serie de bíceps, noto que aún no he descargado toda la tensión acumulada. Mi instructor me recomienda los tríceps. Los hago sin pensar, no paro de dar vueltas a la cabeza. ¿Siento algo por Rebeca más allá de amistad? Y si fuera

así, ¿qué hago?

Se escucha revuelo alrededor, suele pasar siempre que entra una chica nueva, será alguna que quiere ponerse el culo en su sitio. Al cabo de unos minutos, unos zapatos de tacón altísimos y unos tobillos hinchados se plantan frente a mí.

–Hola, cari –levanto la cabeza lentamente hasta toparme con unos prominentes pechos. Hago lo posible por ignorarlos y sigo subiendo la mirada. Emito un largo suspiro. No puedo creer que esté aquí.

–Elsa, ¿qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado?

–No cogías el teléfono y tu madre llamó a tu amigo. Dijo que estarías por aquí.

Maldito seas Hugo, pagarás caro la tortura que me espera. Suelto la barra y me levanto de la máquina. Cojo la toalla y la botella de agua dispuesto a largarme de aquí. Elsa empieza a cotorrear sin parar, no coge aire. Mi cabeza sufre un colapso, no consigo entender nada de lo que dice. El resto de hombres del gimnasio miran en mi dirección, me entran unas ganas locas de encasquetársela a alguno de ellos.

–Para, para, para –digo al fin, volviéndome para mirarla–. ¿Qué dices?
–ella arruga la frente y levanta la barbilla indignada.

–No me gusta repetir las cosas, préstame atención cuando te hablo en vez de mirarme las tetas –si estuviera mirándole las tetas no tendría inconveniente, pero por desgracia, su vocecita es como un taladro y lo único que provoca es que quiera salir corriendo–. Tu madre me dijo que me acompañarías a comprarme el vestido para su fiesta.

–Yo no he hablado con mi madre.

–No, lo he hecho yo, me dijo que no tendrías inconveniente.

–Pues lo tengo. Tengo cosas que hacer.

–¿Seguro que quieres enfadarla? Se pondrá muy triste si sabe que no me has acompañado.

La idea de aguantar las broncas y llantos de mi madre, igual que siempre que no se sale con la suya, me pone enfermo, más incluso que la vocecita de esta... mujer.

Me paso la tarde de tienda en tienda de mal humor, mirando el teléfono. Espero que Jota llame de una vez. Elsa se para de vez en cuando, señala un escaparate y me deja caer una indirecta muy directa para que le

compre algo, me limito a sonreír e ignorarla. Habla sin parar, no tengo ni idea de lo que dice. Únicamente escucho bla, bla, bla. Entra en una tienda, se prueba como diez vestidos, los descarta todos y vuelta a empezar. Al final de la tarde se decide por uno rojo, largo, con tirantes y escote. Abierto por la pierna hasta el muslo. Es feísimo, pero si se lo digo volveremos a empezar y si eso pasara me pego un tiro. Creo que el dependiente tiene que tener una pistola por ahí para este tipo de casos.

Una tranquilidad se apodera de mí al llegar a casa. Por fin solo. Mi ducha, mi tele, y mi comida china, solamente falta que Jota llame de una vez por todas.

El timbre suena de nuevo. Mi satisfacción de estar solo se desvanece. Como sea Hugo otra vez lo mando a hacer puñetas. Quiero estar solo, no es tan difícil de entender. Abro la puerta con pesadez y, con un leve empujón, Elsa irrumpe en mi casa.

–¡Eh! ¿Qué haces aquí?

–Después de la tarde tan buena que hemos pasado no pensarías que te iba a dejar escapar ¿no?

–Soñaba con ello, la verdad –empieza a observar mi casa. Me figonea cada rincón, cada cuadro, cada foto.

–Mm... a esta casa le falta un toque femenino –gira la vista hacia el sofá y, sin pedir permiso, se quita los zapatos, se sienta en él y coge mi comida para empezar a devorarla–. Tengo hambre, ¿te importa?

A buenas horas preguntas, muchacha. Ya no tengo apetito, lo que quiero es que te marches.

–Elsa, tengo mucho trabajo. Deberías irte.

–No te preocupes, no me importa. Además hoy dan en la televisión “Sálvame”. Puedo verlo mientras trabajas, no me molesta.

Tengo la impresión de que no podré quitármela nunca de encima. Me encierro en mi despacho y empiezo a revolver papeles. Estoy cansado de huir de ella, si la ignoro se irá, debería hacerlo. Al cabo de una hora, escucho la ducha y minutos después unos nudillos aporrean la puerta del despacho. Vuelve a entrar sin permiso, totalmente empapada con una de mis camisas, con paso firme y provocador. Me quedo observándola sin decir nada. Se coloca tras el respaldo del sillón y hunde los dedos en mis hombros simulado un masaje. Es incómodo, no sabe hacerlo y hace daño.

–Elsa, estoy cansado, márchate.

–No voy a ir a ningún sitio –dice acercando su boca a la mía.

–Genial, pues yo me voy a la cama –digo frustrado–. Quédate donde quieras.

Soy consciente de que debería echarla a empujones, pero no quiero enfrentarme a mi madre luego. ¡Maldita sea! Me marcho a mi habitación y cierro la puerta con pestillo, al menos aquí no entrará y disfrutaré de un poco de paz. Le pido a todos los dioses del mundo que se rinda y se vaya cuanto antes.

A la mañana siguiente no hay rastro de Elsa por ningún sitio, lo cual es una alegría tremenda. Con lo guapa que es, lo estúpida y pesada que resulta ser.

Sentado en la oficina, en la tranquilidad de mi despacho, vuelvo a mirar el fondo de pantalla de mi ordenador. Echo de menos su sonrisa, quiero que vuelva ya. Intentaré concentrarme en mi trabajo y evitar distracciones, no quiero fastidiar este proyecto, aunque creo que necesitaré ayuda para hacerlo, tal vez un decorador me ayude a ver mejor el boceto que estoy diseñando. ¡Jota es decorador! Dios que frustración, ¿por qué los días pasan tan lentos?

Escucho a lo lejos unos tacones acercándose y me temo lo peor. Mis temores se confirman cuando un búho de pelo rubio y rizado aparece por la puerta. ¡Oh, Dios mío! Lo está cogiendo por costumbre eso de aparecer por todos lados.

–No voy a librarme de ti nunca, ¿verdad?

–¿Quieres librarte de mí? –abre la boca lo justo para hacerme ver que se ha ofendido–. No pasa nada, le diré a tu madre...

–¡Deja de chantajearme con mi madre! Dile lo que quieras, eres una pesada. ¡Lárgate de aquí!

Se marcha cabreada y con razón, pero me da igual, no la soporto. Quiero que desaparezca de mi vida. Empiezo a odiarla y eso no es muy común en mí.

Quince minutos después, la pantalla del móvil se ilumina con el nombre de "mamá". ¡Mierda!

–Hola, mamá.

–David, cariño, esta noche he organizado una cena familiar en casa, ni se te ocurra decir que no vienes.

–Pero mamá...

–Cada día te alejas más de mí –solloza–, es la única oportunidad que tengo de estar todos juntos, y tú siempre tienes cosas más importantes que hacer. ¿Quieres matarme a disgustos?

–¡No! ¿Cómo puedes decir...?

–Genial, a las 21.00 en casa. Trae vino.

Hablar con mi madre es un caso perdido. Respecto a Elsa no dice nada y yo no pienso comentárselo.

Quedo con Hugo para tomar unas cañas y ponerlo al día. Él se ríe ante mi historia con Elsa. Se nota que no tiene ni la más remota idea de cómo es.

–¿La dejaste ahí, en el despacho de tu casa, a punto de besarte y te acostaste?

–Hablo en serio, esa tía es un incordio, jamás me acostaría con ella. Si lo hago, seguro que empiezan a aparecer por casa cepillos de dientes rosa y tangas en los cajones.

La sola idea de que eso se convierta en realidad me estremece, no quiero nada de mujer en casa. Cambio de tema, no me apetece seguir hablando de Godzilla. Empezamos a hablar de los resultados de fútbol y, cuando quiero darme cuenta, son las ocho de la tarde. Debo darme prisa para llegar a la cena de mamá. No me da buena espina.

La casa está impoluta y no me sorprende. Mamá está enfadada, le grita a las criadas para que pongan bien la mesa y se retoca cada dos por tres en el espejo del recibidor, aunque su vestido color cereza no tiene ni una arruga y su maquillaje está más que perfecto. Papá, sin embargo, está tranquilo sentado frente a la chimenea leyendo el periódico, parece que no quiere saber nada del tema, lo entiendo.

El rugido de un motor se acerca a la casa, mi madre me fulmina con la mirada.

–Quiero que seas amable, ¿está claro? –me espeta antes de atusarse el pelo, poner una gran sonrisa y abrir la puerta.

Los señores Varela entran primero, seguido de Elsa, que me da dos besos secos en las mejillas.

–¿Estoy guapa? –pregunta con desprecio.

Observo su falda negra y su blusa verde transparente. No me gusta, creo que son dos tallas menos de las que necesita. En lugar de decir eso

asiento con una leve sonrisa y los sigo al comedor.

La cena transcurre sin incidentes, con alguna que otra mirada fulminante de mamá para que me comporte correctamente. Empiezan a hablar sobre la gala benéfica, empiezo a cansarme del tema, no me interesa en absoluto nada que tenga que ver con mantelería, flores o donde va sentado quién.

–David, hijo, tú serás acompañante de Elsa –Elsa mira a mi madre triunfante y me lanza una mirada coqueta. Por muy coqueta que te pongas, no pienso traerte a la fiesta ni loco. Toda la mesa me observa, me siento presionado.

–Mamá, ya tengo acompañante –es mentira pero mi madre no lo sabe. Mi idea es traer a Rebeca, por supuesto.

–Oh, me decepcionas hijo. Creí que querías hacer feliz a tu madre, y nada me haría más feliz que ver a mi hijo acompañado de esta increíble chica.

Todo el mundo sigue esperando mi respuesta. Miro a mi padre buscando apoyo en él, sin embargo lo que encuentro es una mirada de súplica. Conozco a mi padre, está cansado de la situación. No quiere fiesta, todo esto es cosa única y exclusivamente de mi madre.

–Está bien –digo resignado–. ¿Puedo traer entonces a Hugo?

Mi madre grita de ilusión y me tomo eso como un sí. Al menos encontraré apoyo en la fiesta y no me sentiré tan solo.

Todos están eufóricos, menos yo. Una mano me toca el muslo izquierdo, va subiendo y subiendo y casi llega a mis partes íntimas, me quedo paralizado y miro a Elsa que me sonrío con malicia.

–Puede que esto te anime.

Con un movimiento brusco pero sutil me agarra mis intimidades, lucho por no gritar. Intento apartarla, pero cada intento hace que ella agarre más fuerte. El móvil empieza a sonar. ¡Mi salvación!

–Perdonad, tengo que cogerlo.

Aliviado, salgo del comedor a toda prisa. Sin mirar la pantalla del móvil descuelgo.

–¿Diga?

–David, lo siento –la voz de Jota al otro lado de la línea suena arrepentida.

–Joder Jota, te dije que estuvieras al tanto del teléfono.

–Lo siento, lo perdí. Lo acabo de encontrar en el baño.

–Está bien. ¿Qué tal? ¿Cómo está Rebeca? Me gustaría hablar con ella
–estoy nervioso. Tras una pausa que me parece eterna, aquella voz que me
moría por escuchar suena al teléfono.

–¡Hola! –saluda alegre.

–Uf, menos mal. ¿Cómo estás princesa? Tenía muchas ganas de hablar
contigo, no sabía nada de ti.

–David estoy bien, estoy relajada y disfrutando. El hotel es una
preciosidad, me encanta. Fuimos a una discoteca increíble y hemos cenado en
un sitio encantador. Lo estamos pasando bien. Gracias por todo –dejo que
hable, su voz me tranquiliza y me interesa todo lo que tenga que contarme. Me
siento en las escaleras mientras la escucho hablar, como un adolescente.

–Bueno, cuéntame más –le pido, al ver que se queda callada –su voz ya
no suena, en su lugar una voz de hombre se escucha cerca del teléfono.

–Rebeca, date prisa el agua está perfecta –mi corazón comienza a latir
con fuerza.

–Rebeca, ¿quién es ese?

–Esto..., David tengo que irme.

–Rebeca, no cuelgues. ¡Rebeca!

Desobedeciéndome, cuelga. Mi cuerpo empieza a temblar, voy a
perder el control. Siento ira, tiro el móvil contra la pared haciéndolo añicos.
Genial, ahora sabes cómo me siento ¿no? Pedazo de trasto inútil.

Elsa me observa medio escondida detrás del marco de la puerta. Mira
el móvil destrozado y luego a mí. Se encoge de hombros. Sin pensarlo mucho
la obligo a acercarse moviendo las manos hacia mí, la cojo y me la llevo a mi
antigua habitación.

Lleno de rabia y dolor hago lo que ella lleva días esperando.

–David –murmura en medio de la acción.

–¡Cállate!

No me hables. Acabo destrozado, sudoroso y con un dolor
insoportable en mi interior que quema, que hace que me cueste respirar. Me
doy la vuelta para darle la espalda a ese error que acabo de cometer; el
agujero de mi corazón se hace más grande.

Capítulo 16

Es nuestro último día en Cancún. Ahora que lo pienso tengo ganas de ver a David, intuyo que la llamada de antes no lo ha dejado muy tranquilo. No me arrepiento de haberlo dejado así, no tengo que darle explicaciones, solo soy como su hermana ¿no? Por suerte, al meterme en el jacuzzi con todos los demás, mis preocupaciones se esfumaron al igual que la botella de champán. Fue una noche memorable. Un baño de burbujas con mis amigos y vistas a un paisaje estrellado mágico. Lo recordaré toda mi vida.

Hoy hemos decidido pasar el día de compras en el centro sin los chicos, para bajar la resaca. Nos reuniremos con ellos en el hotel esta noche para despedirnos.

Cargados de bolsas, paramos a comer en uno de los miles de restaurantes que hay en el centro. Espero que estos tacos mexicanos estén buenos.

—¿Tenéis ganas de volver? —pregunta Jota con la boca llena dando un sorbo al vino.

—Yo no, Rebeca es la que me preocupa. David o Aarón, Aarón o David. No tienen nada que ver. El maravilloso chico rico contra el adorable encantador de serpientes. Veo difícil la elección —Marta mueve las manos como si estuviera equilibrando una balanza sacando la lengua a modo de burla. Enarco una ceja y le lanzo una mirada de advertencia.

—¿Encantador de serpientes? —pregunto extrañada.

—Sí. Ese chico tiene algo que no me termina de gustar. ¿Qué pasó en la playa la otra noche?

Se refiere a la noche de la cena en Thai. Entiendo que quieren saberlo, después de esa noche hemos sido inseparables. No ha parado de darme mimos y caricias, tanto en la piscina como en las discotecas. Ambos han sido testigos de besos pequeños, largos, morbosos, infantiles... incluso consiguieron dejarnos solos en más de una ocasión. Por eso no entiendo a que viene la reacción de Marta.

—Sois unos cotillas los dos —suspiro—. Me atrae, me resulta sexy. Y... eso es todo lo que voy a contar —me divierto viendo a Jota pegar un golpe a la mesa lleno de frustración. Marta me mira con ojos como platos. Los dos

empiezan a reírse, negando con la cabeza.

–Eres tonta cariño. Yo le habría hincado el diente sin dudarlo – comenta Jota pegando un bocado al aire.

–¿Y quién ha dicho que no lo hice?

Sonrío de forma traviesa, esperando que pille la indirecta. Marta finge una arcada y Jota empieza a preguntarme sin parar. Me encanta estar así de bien, pero no quiero contar nada, esta vez quiero guardarme algo para mí sola.

De camino al hotel un vestido en un escaparate me llama la atención. Me quedo parada delante del cristal mientras mis amigos avanzan sin darse cuenta de que me dejan atrás. Marta vuelve la vista al percatarse de mi ausencia y viene corriendo a mi lado.

–¿Qué te pasa? –pregunta preocupada tirándome del brazo.

Fascinada, le señalo el vestido azul eléctrico, de seda, largo hasta los pies, con escote palabra de honor en forma de corazón. Un tirante de brillantes plateados es la única sujeción del vestido, dejando el otro hombro al descubierto.

–Deberías comprártelo –propone Marta.

–Sacaré el dinero que tengo escondido en la caja fuerte de mi yate – respondo irónica.

Chocamos de bruces contra la realidad. Es imposible que pueda pagarme un vestido de ese tipo. Empiezo a caminar decepcionada por ese golpe de agua fría con el que me he topado, ¡ojalá tuviera dinero! Jota cuelga el teléfono por el que hablaba hace unos segundos y me arrastra al interior de la tienda.

–Pruébate el vestido, vamos.

–Jota, no puedo permitírmelo.

–Por favor... –súplica.

Me muerdo de ganas por saber cómo me quedaría, no creo que por probármelo pase nada. Salgo del probador sintiéndome una princesa. Parece hecho a medida. Acabo de enamorarme, es tan perfecto...

–Una pena que sea tan caro –emito un triste suspiro volviéndolo a colocar en la percha.

Jota lo coge y lo pone en el mostrador. Marta y yo nos quedamos pasmadas. Intentamos convencerle de que no lo haga, pero él, ajeno a nuestras razones, parece decidido y paga. Aún sin poderme creer el detalle que ha

tenido conmigo, le doy besos y abrazos durante todo el camino.

Los chicos esperan impacientes en el comedor. Al verme, Aarón se levanta y retira la silla para que me pueda sentar. Jesús hace lo mismo con Marta.

–Gracias chicos, no hace falta que corráis, ya me siento yo solito –dice Jota burlándose de ellos. Los chicos se miran y bajan la mirada, empezando a sentirse mal. Marta y yo nos reímos a carcajadas.

–¡Era una broma! –les digo riéndome.

Sus cuerpos se relajan y sonrían aliviados. Comemos recordando momentos de la semana. Aarón no deja de mirarme. Empiezo a acostumbrarme a sus ojos, en vez de evitarlo le aguanto la mirada. No es difícil, me engancha. Brindamos y nos marchamos a la piscina a celebrar nuestra última noche juntos.

Sentados en hamacas Marta y Jesús tontean como llevan haciendo desde el segundo día, obviamente Jesús no sabe lo de su embarazo, ni que está casada, nadie dice nada, dejamos que Marta disfrute del viaje haciendo lo que quiera. Jota apura la copa de champán para ir por otra y yo me siento entre las piernas de Aarón mirando el mar, sus besos recorren mi cuello. El reloj marca las doce de la noche e inesperadamente un sonido estridente me hace dar un brinco, ¿qué cojones ha sido eso? El cielo se ilumina y los fuegos artificiales empiezan a aparecer uno detrás de otro. Todos miramos en silencio, maravillados. Aarón se acerca a mi cara desde atrás y me da un beso en la mejilla. Los colorines que inundan el cielo nos iluminan.

–Un final perfecto para un viaje perfecto –me dice susurrándome al oído.

Saca el móvil de su bolsillo, estira las manos por delante de mi cara y, con el objetivo de la cámara apuntando para nosotros, saca una foto. Mi cuerpo se estremece ante el roce de sus brazos. Tengo ganas de girarme y besarlo, pero la voz de David enfadado resuena en mi cabeza, ¿por qué apareces ahora? Lárgate de aquí. Gracias a Dios Aarón no puede entrar en mi cabeza, no sabe lo que pienso. Se levanta, me ayuda a levantarme y me guía hasta el borde de la piscina. Le hace una señal a Jesús. Yo no dejo de mirarlo, me emboba, desinhibe mis sentidos. Noto el flash de una cámara y un segundo después Jota se mete entre nosotros sacándome de mi momento perfecto. ¡Te odio Jota! Tengo a todos alrededor preparados para una foto. Un camarero

sujeta la cámara y espera a que todos estemos colocados, pero yo no puedo dejar de mirar su preciosa sonrisa, dirigida solo a mí, su mirada seductora, brillante. Todos se dispersan y me doy cuenta de que han echado la foto y yo no estaba mirado a la cámara. No me importa, tengo vistas más bonitas. Sin dejar de mirarme se acerca, me agarra la cintura y de un tirón choca sus labios contra los míos.

–Un último beso –dice sin despegar los labios.

–Mm... me encanta esta despedida.

Es cierto que me encanta. Ojalá siguiéramos viéndonos, pero soy consciente de que ha sido una semana, que nuestros caminos se separan y que no nos volveremos a ver por mucho que me pese.

–Me encantaría que nuestros caminos volvieran a cruzarse –coloca sus manos en mi cara rozando su nariz con mi frente–. De todas las veces que he venido, sin duda esta ha sido la mejor. Espero que al menos sigamos en contacto.

–Yo también. No quiero perderte.

Nos fundimos en un apasionado beso. Todo a nuestro alrededor parece alejarse de nosotros. Una vez más, una noche maravillosa en aquel hotel paradisiaco de nuestro viaje soñado que sin duda ha superado mis expectativas.

¡Ya estamos en casa! Bueno, en el aeropuerto aún. Siento pena y alegría al mismo tiempo. Me he pasado todo el vuelo mentalizándome de que se acabó. Es hora de volver a la realidad, intuyo que la realidad que me espera es muy diferente a la que acabo de vivir.

Allí está, parado con las manos metidas en los bolsillos. Nada más verlo, todo el recuerdo de Aarón desaparece. Aquel hombre de talle perfecto y traje impoluto nos aguarda con mirada desafiante. Oh, oh, algo va mal.

Jota corre en su busca y le da un abrazo, Marta lo imita, yo sin embargo soy más cautelosa. Su expresión no cambia cuando me acerco a saludarlo. Se mantiene recto y no muestra signos de alegrarse por mi llegada. Estoy segura de que tiene que ver con la llamada del jacuzzi.

–¿Qué tal hermanito? –le digo alegre, intentando suavizar las facciones de su rostro.

–El coche está fuera.

Su voz es ruda y desagradable. No tengo éxito en mi intento, su dureza

me duele. No he olvidado a este ser tan perfecto, sigue dentro de mi alma, pero no me arrepiento de nada de lo que he hecho. Simplemente he disfrutado, soy joven, estoy soltera y puedo hacerlo, como él. No voy a sentirme mal.

No se mueve de su sitio, podríamos llevarnos así una eternidad. Creo que será mejor que me monte en el coche y lo deje solo con su enfado. Doy un paso y una mano fría me agarra el codo. Me giro y me topo de frente con sus ojos verdes, fríos, llenos de rabia.

–¿Quién era ese tío? El del teléfono.

Me da miedo. Nunca lo había escuchado hablar así, tan autoritario, y menos a mí. Lucho con todas mis fuerzas para no demostrar debilidad. No pienso darle explicaciones, no tengo por qué.

–Alguien que hemos conocido allí.

–¿Por qué dijo que el agua estaba perfecta? ¿Qué estabais haciendo?

–No creo que eso sea asunto tuyo –se enfurece más y mi cuerpo se encoge de pavor. Su mirada echa chispas, no tiene su brillo habitual, la vena del cuello casi le palpita. Soy consciente de que hace un esfuerzo tremendo por no estallar a gritos.

–Rebeca, no me toques los cojones. El viaje lo he pagado yo, tengo derecho a saber qué demonios hacías en la ducha con un tío.

–¿Ducha? Yo no he dicho nada de ducha, y no tienes derecho a saber nada. Que hayas pagado el viaje no significa que tenga que darte explicaciones. Yo no te pedí que lo hicieras.

Se pasa las manos por el pelo, enfadado, desesperado. Quiere una respuesta a toda costa, pero no estoy dispuesta a dársela tan fácilmente.

–Rebeca, por amor de Dios. ¡Contéstame! –me grita zarandeando mi brazo.

–No voy a decirte nada –le contesto elevando la voz–. ¡Y no vuelvas a gritarme!

–¡Te gritaré lo que me dé la gana! Quiero saber qué ha pasado. No te montarás en el coche hasta que me hayas contado todo –sigue gritando.

Marta y Jota están a escasos metros de nosotros, no pierden detalle. Con una simple mirada les pido que se mantengan al margen.

–Te he dicho que no me grites. ¿Así tratas a tus hermanas?

–No eres mi puta hermana, por Dios –empieza a caminar nervioso de un lado a otro con la cara roja de ira.

–Eso es lo que me dijiste, que me considerabas una hermana –intento

parecer tranquila, pero su actitud lo pone muy complicado—. Escúchame idiota. Que me hayas pagado el maldito viaje no significa que sea de tu propiedad. No voy a darte explicaciones de mi vida y punto.

Me alejo de él y camino hacia la puerta de salida. Seguida de cerca por los ojos de Marta y Jota que atónitos miran la escena sin siquiera respirar.

—¿Adónde coño vas? —me grita de lejos al ver que paso su coche de largo.

—A coger un taxi. No vaya ser que me marques el trasero con tu nombre por montarme en tu coche.

Me monto en el taxi y los dejo ahí a los tres. Uno echando chispas y los demás acojonados. Lo siento por ellos.

Echaba de menos mi cama. Estoy deseando tumbarme en ella y no despertar. Gracias por esta bienvenida David, era justo lo que yo quería. Estoy tan cansada por el vuelo y por todo esto que me duermo del tirón.

Me despierto renovada. He podido dormir lo suficiente como para recuperarme, aunque sigo sin ver las cosas claras respecto ayer. Sigo pensando que tengo razón. El hecho de que él se haya encargado del viaje, de recogerlos y de todo, no cambia que se haya comportado como un estúpido. Es mi vida personal, no debería pedirme explicaciones, puede que si lo hubiera preguntando de otra forma...

En la nevera hay una nota de Jota.

David llamó anoche. Quiere quedar contigo para devolverte el teléfono. Hoy en su oficina a las doce. No aceptaba un no por respuesta. Lo siento.

¡Genial! Qué bien empieza el día. No quiero verlo, seguramente me hará otro interrogatorio, pero necesito mi teléfono.

A las doce me encuentro en la sala de espera llena de nervios. Claudia me anuncia y al instante me hace pasar a su despacho. Sentado en el sillón de cuero, me lanza una breve mirada sin sonreír. Con la mano me indica que me siente. No quiero sentarme, quiero coger mi móvil y largarme. No creo que me lo ponga tan fácil.

—Siéntate —ordena al ver que me quedo de pie.

–No.

–¿Quieres recuperar tu móvil?

–Dámelo y me largaré –enarca las cejas y suspira frustrado. Saca el móvil del cajón y me lo tiende con la mano. Con un movimiento brusco lo cojo y lo enciendo rápidamente.

–Veo que tienes muchas ganas de hablar con ese chico –dice irritado.

–¡Que te den! –me vuelvo hacia la puerta para salir del despacho.

–Rebeca, ¿vendrías conmigo a una gala benéfica de mis padres?

¿Qué? Su pregunta me desconcierta. Hace un minuto estaba enfadado y ahora me fórmula esa pregunta. Me vuelvo para mirarlo sorprendida.

–No iría contigo ni a la esquina.

–Vale, entendido, a la esquina no, ¿y a la gala?

Salgo del despacho echa un basilisco. Lo odio, odio que sea tan cambiante, bipolar, asqueroso, egocéntrico, pero lo que más odio es que sea el centro de mi mundo.

Me mata, me mata que no quiera contarme quién es ese idiota que andaba con ella. Quiero saberlo todo, pero ella es tan cabezona y orgullosa que una simple palabra mal dicha le basta para cerrarse en banda. Odio que haga eso. ¿Cómo puede pensar que la siento como mi hermana? Sé que es lo que he dicho pero no es cierto, debería saberlo. Aunque esté cabreado no voy a darme por vencido. Me encantaría que viniera a la gala, lo necesito, es importante para mí. La única forma que se me ocurre es llamar a Hugo para que intente convencerla. No creo que lo consiga, pero debo intentarlo. Tras una discusión intensa Hugo accede a probar suerte. Espero que lo consiga. Soportaré mejor la fiesta si ella está a mi lado. Le prometí a mi madre que acompañaría a Godzilla, por tanto, la única forma que tengo de que Rebeca venga a la gala es acompañada de Hugo, y eso debe salir bien sea como sea.

Paso varios días con incertidumbre, Hugo no me dice si ha conseguido convencerla, estoy al borde de un ataque de nervios. En serio, necesito que venga.

En casa de mi madre todos están nerviosos. El servicio corre de un lado a otro, mi madre no para de dar órdenes a gritos. Veo a mi padre sentado

en el salón con apariencia tranquila.

–Papá.

Mi padre levanta la vista del libro que está leyendo y suspira aliviado al verme. Se nota en su cara que no tiene ganas de fiesta, de esta fiesta en concreto, e intenta evadirse todo lo que puede. Ojalá yo pudiera hacer lo mismo, pero Hugo sigue sin llamar. Cada minuto que pasa me siento más desesperado.

–Hijo, me alegro que hayas venido.

–No pensaba dejarte solo. Esto –digo señalando al jardín donde las mesas y sillas van tomando forma–, es difícil para nosotros. No entiendo como mamá puede estar tan alegre.

–Ella lleva la pena de forma distinta. Para ella es una forma de rendirle homenaje.

Tiene la mirada perdida, ausente. Le duele recordarlo todo. Aún se siente culpable

por lo que pasó, por no haber podido estar a su lado cuando más lo necesitaba.

–Espero que pase rápido, no parece un día prometedor –digo apenado mirando el móvil por enésima vez. Mi padre deja entrever una pequeña sonrisa al notar mi desesperación.

–Siento mucho que tengas que venir con compañía indeseada. Tu madre...

–Vendrá. Debe venir.

Mi padre me observa. A ratos estoy seguro de que vendrá, pero cada minuto que el teléfono no suena el optimismo desaparece. Empiezo a angustiarme. Voy a dar un paseo por el jardín, tal vez consiga despejarme.

Consigo llegar a mi pequeño retiro, la cabañita de madera, sin que mi madre me vea. Como lo haga querrá que le ayude y ahora no estoy de humor. Rocky sale a mi encuentro meneando el rabo como de costumbre.

–Al menos tú no me abandonarás hoy –le digo al perro cuya atención se centra en una libélula que pasa por su cabeza.

Cuando el teléfono suena doy un respingo. ¡Es Hugo! Con los nervios se me cae al suelo y Rocky gruñe asustado. Mierda, mierda.

–¿Qué ha pasado? ¿Ha dicho que sí? Por favor, dime que viene –le suplico al descolgar.

–Lo siento, no quiere saber nada. He hecho todo lo que he podido. Está bastante enfadada contigo David.

Cuelgo sin despedirme. Vale, reconozco que no me he portado muy bien a su llegada, pero si ella me hubiera dicho quién era ese tío esto no habría pasado. Me largo a casa a pasar el resto del tiempo libre. El día no puede ir peor, sin ella aquí no aguantaré esta mierda.

La gala empieza dentro de una hora. Tengo cinco llamadas perdidas de Elsa y tres de mi madre. Sigo metido en la ducha, quiero que todo lo que me rodea se vaya con la misma facilidad que la suciedad con el jabón. Debo recoger a Godzilla y lo único que quiero hacer es acostarme y dormir. A mi pesar, en lugar de eso cojo mi traje negro para ocasiones especiales, camisa blanca y corbata negra. Parece que voy a un funeral, pensándolo bien, es la ropa ideal.

Mi madre recibe a los invitados con la mejor de sus sonrisas. Mi padre está en el jardín excesivamente adornado e iluminado, saludando a empresarios y amistades con mirada triste. Quiero estar con él, apoyándolo. Dejo a Elsa, que no ha cerrado la boca durante todo el trayecto, con su madre y esquivo a la multitud hasta llegar a su lado.

Los invitados van ocupando alegremente los sitios ya asignados en las mesas redondas. Como era de esperar, a mí me toca junto a Elsa y nuestras familias. Hugo, que por cierto aún no aparece, va sentado unas mesas más atrás. Cada vez tengo más ganas de irme.

–Señoras y señores, gracias por venir –saluda mi madre desde el escenario cuidadosamente colocado a un lado del jardín–. Es un día especial para mi familia y para mí. Nos encontramos aquí en favor a los niños con cáncer, aquellos niños que necesitan toda la atención y el cuidado posible. Gracias a todos por acudir y poner vuestro granito de arena en nuestra recaudación destinada a ellos. Muchas gracias. Disfruten de la velada.

Todos conversan y comen con entusiasmo, excepto mi padre y yo. Mi padre come despacio, sin levantar la cabeza del plato, desganado. De vez en cuando mi madre le da un codazo y él la mira, pero al cabo de un segundo vuelve a su estado inicial. Empiezo a sentir pena. Yo, sin embargo, estoy asqueado. Elsa devora la comida como de costumbre, y el jugo de las gambas al pelarlas salpica cayendo en mi plato. ¡Qué asco! Al final acabaré la noche en el Burger King. Quién lo iba a decir...

No dejo de mirar la entrada del jardín y el móvil. Lo hago

inconscientemente, sé de sobra que Rebeca no vendrá. Tengo que ir a su casa a disculparme con ella, he sido cabezota. Debería haberle preguntado mejor, o haber esperado que ella me contara algo sin presiones, sí, es más, iré después del breve discurso que tengo que dar. Giro la cabeza por última vez hacia la entrada. Una pareja joven aparece en lo alto de la escalera. La chica deslumbra casi más que los focos que rodean el jardín. Un traje de seda azul se ajusta a su cuerpo, un tirante de brillantes adorna su hombro. El pelo recogido en un elegante moño trenzado deja al descubierto los pendientes de brillantes que cuelgan de sus orejas. Madre mía... ¡Es ella!

Corro, sin importarme lo que digan los demás. Mi madre me observa atónita y Elsa casi se atraganta con una gamba, ¡debería haberse atragantado!

–¡Dios mío! Estás preciosa.

Supongo que este es el vestido que vio en una tienda de Cancún y que gracias a Jota pude regalárselo. Espero que no se entere, sería capaz de quemarlo. Sus preciosos ojos todavía reflejan un poco de enfado oculto bajo la sorpresa que le provoca el imponente jardín.

–Gracias tío, tú también estás estupendo –dice Hugo molesto por ignorarlo–. Que yo también estoy aquí ¿eh? –mira al jardín enfadado, me guiña el ojo y comprendo que está de broma.

–Perdona Hugo. Tienes que reconocer que ante esta belleza es imposible que destaques.

–No, si ya lo sé. Mis tetas no son tan llamativas, tendré que operarme.

Rebeca observa divertida la situación, incluso el enfado de sus ojos parece desaparecer poco a poco.

Los acompaño a su sitio. De reojo echo un vistazo a mi madre, está cabreada. Debo volver a la mesa o hará que la noche sea un infierno, y eso ahora no me apetece nada. Tengo a Rebeca aquí, no puedo estar más contento.

–Lo siento, debo volver con mi familia –le digo excusándome.

Le doy un beso en la mejilla y me alejo a toda prisa. Mi padre me mira asombrado. Lo entiendo, jamás me había comportado así.

–Chist –me llama susurrándome desde su asiento–. Esa es la chica que tienes en el ordenador ¿no?

–¡Papá! –le regaño.

Miro a mi madre para asegurarme de que no se ha percatado de nada, pero está demasiado ocupada fingiendo que le interesa la historia que cuenta la madre de Godzilla. Elsa, sin embargo, no deja de mirar el lugar donde

Rebeca y Hugo están sentados.

¡Joder! Acabo de acordarme de que se conocen. De momento parece que no la ha reconocido, espero que no se crucen.

No puedo dejar de mirarla. Cuando nuestras leves miradas se cruzan siento una punzada en el estómago. Es una sensación extraña. Es bonita y desagradable a la vez. No lo había sentido nunca.

Tras el postre, una tarta de chocolate que Rebeca le quita a Hugo en un despiste y que me hace reírme solo en aquella mesa, mi madre me hace una señal para que suba a dar mi discurso. Estoy preparado.

–Buenas noches –saludo desde el escenario fijando la vista en aquella preciosa chica de vestido azul–. Ahora que tienen el estómago lleno y cuento con toda su atención –unas risas se escuchan de fondo y Rebeca clava sus ojos en mí. Se me olvidan las palabras al verla. Tengo que concentrarme–, me encantaría decirles lo agradecido que estoy de que hayan venido a colaborar esta noche, una noche tan especial para nosotros. Hace cuatro años una persona muy querida nos dejó tras una larga lucha contra el cáncer. Mi hermano Pedro, que en aquel entonces solo tenía veinte años, pasó un auténtico calvario al sufrir esta horrible enfermedad que cada día afecta a más personas. Yo contaba con tan veinticuatro años cuando el cáncer venció a mi hermano, fue duro para mí enfrentarme a una pérdida de tal magnitud, pero lo fue aún más para mis padres, en especial mi padre, que se encontraba de viaje de negocios el día que por desgracia todo acabó. Papá, sin ese viaje no habrías podido pagar el tratamiento. Así que quiero dar las gracias a mi padre, por su esfuerzo, a mi madre por su fuerza al realizar esta fiesta cada año, es una forma muy bonita de homenajear a mi hermano y a la vez ayudar a jóvenes en su misma situación. Dar las gracias a mis amigos por estar siempre conmigo, apoyándome. En especial, a una persona que aunque no lo sepa ha hecho mi noche más llevadera con su presencia, gracias princesa. Por último, a todos vosotros por acompañarnos y aportar vuestro granito de arena pensando en esos jóvenes luchadores. Muchísimas gracias.

Los aplausos resuenan en el jardín. Me bajo del escenario con las piernas temblando. Quiero ver a Rebeca, ver su reacción. Nombrarla ha sido salirme del trozo de papel que llevaba conmigo, pero lo necesitaba, necesitaba nombrarla. Con dificultad me dirijo a su mesa, pero los invitados me paran para darme la enhorabuena. ¡Dejadme en paz!

Hugo está sentado hablando con una chica, una invitada bastante guapa.

¡No tiene remedio! No hay rastro de Rebeca. No, no, no. Por favor que no haya huido. Elsa se me acerca por detrás y me abraza, me coge por sorpresa. Ver que es ella me decepciona.

–Me has llamado princesa –dice entusiasmada.

No contesto. Debería saber de sobra que no era a ella. A lo lejos escucho un ladrido y miro. En la oscuridad más plena, iluminada con la leve luz de los farolillos, la veo. Ahí está, jugando con Rocky.

Camino hacia ella dejando a Elsa atrás, por suerte, la distrae mi padre. Gracias papá.

Cerca de mi refugio, apoyado en un árbol, observo como Rebeca acaricia y juega con Rocky, que contento por tener visita salta encima suya manchándole el vestido. No parece importarle. Se ríe, le hace cosquillas y le tira la pelota que Rocky le lleva una y otra vez.

–Si sigues así no te dejará nunca –pega un respingo y me mira. Sus ojos alegres, felices, con un brillo especial, iluminan el puente de madera por el que cruzo hasta llegar a su lado.

–Lo siento, David –dice cabizbaja–, no tenía ni idea de lo que habías tenido que pasar. El discurso... ha sido conmovedor. Necesitaba caminar y me topé con el perro, espero que no te importe.

Lo dice de verdad, de verdad lo siente. Sus manos alisan su vestido manchado de huellas que no parecen importarle. Cojo su mano y la guío hasta el banco de hierro forjado situado debajo de un enorme sauce al lado de la cabaña, donde Rocky se distrae con un hueso de juguete que acaba de coger.

–¿Te gustan los perros? –le pregunto para calmar su tensión.

–Me encantan. Estar con perros me da paz, me alegran hasta el día más gris. No tienen maldad, no juzgan y siempre perdonan, dan cariño sin esperar nada a cambio, a diferencia de las personas. Ellos no exigen. Los perros son mi refugio, mi vida. Ojalá tuviera al mío conmigo.

Sus ojos se iluminan de nuevo al hablar de ellos. Noto el amor que siente por los perros, es abrumador.

–¿Tienes uno?

–Tengo un caniche, pero está con mi familia. Lo echo de menos –se encoge de hombros–. Y dime, ¿cuál es tu refugio?

Pienso seriamente mi respuesta. Sé que mi refugio es el lugar en el que estoy sentado, pero no sabría explicarle por qué. Entonces me doy cuenta. Un refugio no es un lugar, es algo que te llene de paz cuando te enfadas con el

mundo, lo que te hace volver a sentir que la vida tiene sentido, que te devuelva las ganas de vivir que todos hemos perdido alguna vez.

–¿Mi refugio? –contesto mirándola fijamente a esos ojos marrones llenos de vida y de luz, apretando suavemente su mano, temiendo que huya en cuanto escuche lo que le voy a decir–. Mi refugio es observar una mirada llena de dulzura, tierna, que al verla me haga olvidar todo lo malo que existe en mi vida. Una caricia que haga que me estremezca. Sentir con una sonrisa que jamás voy a estar solo. Mi refugio... eres tú.

Un silencio nos invade. Aparta sus manos de las mías y un vacío me envuelve. Siento que la pierdo, que se aleja. No debería haber dicho eso. Su mirada antes alegre y vivaz, ahora triste y apagada, no es lo que yo quería.

–David... –dice tras una larga pausa–, ¿qué quieres de mí? Porque no entiendo nada. Me haces sentir especial, pero en cuanto me doy la vuelta siento que soy una más, un trofeo más.

Avergonzado agacho la cabeza y suspiro. Ella espera en silencio una respuesta.

–Es cierto que nunca he sido hombre de una sola mujer, pero cuando estás a mi lado no quiero estar con nadie más. Algo en ti me ha cambiado, ya no soy el de antes. Por favor, dime que tú sientes la misma atracción que yo siento por ti.

–David, yo... no puedo creerme nada de lo que dices.

–Pues no te creas lo que digo, créete lo que hago.

Le agarro la cabeza y acerco mis labios a los suyos. La beso lentamente, con cautela, ella no se mueve. Por favor no me rechaces, respóndeme. Como si me leyera el pensamiento, su mano se posa en mi cuello y nos besamos apasionadamente hasta quedarnos sin respiración.

Capítulo 17

¿Qué estoy haciendo? Esto me hará sufrir, estoy segura. No puedo evitar pensar que está jugando conmigo a través de palabras tiernas y conmovedoras. “Debe surtir efecto cuando lo estás besando, idiota”, la vocecita de mi cabeza es incapaz de mantenerse callada. He perdido el control de la situación, no quiero perderlo, es lo único que me mantiene firme, lo único que evita que me vuelva loca por él. Doy unos pasos hacia atrás apartándolo con un ligero empujón. Empiezo a notar las lágrimas que intentan salir de mis ojos, pero consigo controlarlas. Quiero seguir besándolo, quiero que sea de verdad, que no sea simplemente una obsesión suya. Él me observa horrorizado, mete las manos en los bolsillos, agacha la cabeza y la mantiene unos segundos mirando al suelo, sin decir nada. No está acostumbrado a que le rechacen, pero no voy a dejar que juegue conmigo de esa forma.

–Sigues sin creerme –susurra abatido.

–¿Cómo quieres que lo haga? Me regalas una pulsera para acostarte conmigo, lo consigues y desapareces. Te acuestas con una aspirante a modelo en tu “viaje de negocios”. En el hospital, me dices que te gusto, y luego me dices que soy como tu hermana.

Le suelto todo casi sin respirar. Necesitaba decírselo, decirle que ya basta de juegos. Desde que entró en mi vida es un ir y venir de sentimientos, aunque él no lo sepa, y estoy cansada, no puedo más. Quiero que sea sincero por una vez en su vida.

–¡Vaya! Has resumido muy bien nuestra historia –dice abriendo los ojos de par en par–. ¿Y tú qué? Tus actos dicen que te gusto, luego tontearas con Luis. Sigo sin saber qué te traes con el tío que se escuchaba al teléfono, el que por cierto no dejabas de mirar en el aeropuerto. A saber cuántos más habrás cazado.

Abro la boca asombrada. No puedo creer que me esté diciendo eso. Jamás he tontearado con Luis, son imaginaciones tuyas. Y yo no cazo a nadie, ¿quién se cree que soy?

–Estoy harta, ¿quieres saberlo? –le grito indignada–. Conocí a alguien en Cancún. Sí, me lié con él, igual que tú con la rubia esa, Hugo nos enseñó la foto.

Le enseño la foto que Jota guardó en mi teléfono por si pasaba algo

como esto. Él la mira y suspira. Susurra algo pero no logro entenderlo, aunque ha sonado algo como “Maldito Hugo”. La verdad es que ya me da igual, quiero irme de allí.

–¿De quién estabas tan pendiente del teléfono en el aeropuerto? –dice intentando fingir una tranquilidad que no siente.

–¡De mi hermano! –le grito–. Quería venir a visitarme e intentaba explicarle que me iba de viaje.

Me doy media vuelta y camino hacia el puente de madera en dirección a la fiesta. Escucho sus pasos acercándose rápidamente, me agarra por el brazo con esa manía suya de pararme y me abraza.

–Lo siento, no sé qué me pasa –susurra con la cabeza metida en mi pelo.

–Estás celoso, eso es lo que te pasa.

No responde. Aprieta más, como si tuviera miedo de que me escapara. Noto su respiración pausada, relajándose. De lejos se oye música, al parecer la orquesta ha empezado a tocar. Ambos nos relajamos, él sigue sin soltarme. Lo cierto es que me encuentro bien ahí, entre sus fuertes brazos, logra que me sienta segura, y huele tan bien...

A mi pesar, me separa de su cuerpo, coge mi mano y tira de mí hacia la fiesta.

Los invitados permanecen ajenos a todo. Excepto una mujer de pelo rubio, corto y grandes rizos definidos a la altura del hombro, ataviada con un vestido color ciruela ceñido, ocultando sus hombros bajo una chaquetilla del mismo color. Calculo que tendrá aproximadamente unos cincuenta años. Tiene una mirada gris intensa, fría, penetrante, llena de odio, que me hace sentir pequeña.

David no parece inmutarse. Me lleva al centro de la pista de baile y con un dedo me dice que me espere un segundo. Camina decidido al escenario donde la orquesta toca un pasodoble. Estoy en medio de la pista sola, qué vergüenza, ¿por qué me hace esperar aquí? Soy la única que no baila. Controlo mi impulso de moverme al ritmo del pasodoble. Me pongo a jugar con la llave de la pulsera que me regaló, es una tontería, pero logra calmarme cuando estoy nerviosa. Empiezo a buscar a Hugo entre las mesas para ir a su encuentro, no lo veo por ningún lado. Una mano me toca el hombro. ¡Mierda, mierda, mierda! Espero que no sea ningún viejo para bailar conmigo porque no tengo ni idea de pasodoble. Me giro y en lugar de un viejo tengo ante mí al dueño de

unos melosos ojos verdes y unos labios cuyo sabor quiero volver a probar.

Posa su mano derecha sobre mi espalda, con la mano libre acaricia mi hombro y baja por mi brazo hasta agarrarme la mano derecha, la sube hasta su cabeza y la mantiene en alto. Estoy desconcertada. Acerca mi cuerpo al suyo con un breve tirón y separa mis piernas con su rodilla derecha. Hunde la cabeza en mi cuello y respira nervioso.

Empieza a sonar "tú y yo" de Prince Royce. ¡Mi canción favorita! David empieza a moverse al ritmo de la bachata. Estoy tan asombrada que no puedo mover ni un músculo de mi cuerpo. Él me guía, me dejo llevar por sus movimientos, su olor, su respiración entrecortada. Baila sensualmente pegado a mí, concentrado. Me sorprende lo bien que lo hace, logrando con cada paso que me sienta única y especial. No sé cómo lo hace, consigue que olvide mis pesares, mis dudas, siento como si estuviéramos solos en la pista, él y yo, tal como dice la canción "...tú y yo, los dos, sonando de amor...", no hay nadie a nuestro alrededor, todo el mundo ha desaparecido. Me centro en la música, en la letra, en disfrutar de la armonía que nos envuelve.

—¿Cuándo has aprendido a bailar así? —le pregunto al terminar la canción, caminando hacia una mesa.

—Hicimos un trato, ¿recuerdas? Si yo te sacaba a bailar y sabía hacerlo, volveríamos a cenar juntos.

Sí, recuerdo ese trato. Lo hicimos en el Burger King, pero jamás pensé que lo cumpliría.

—¿Has aprendido a bailar por eso?

—¿Aún no te has dado cuenta de que te has convertido en alguien importante en mi vida?

La cabeza me da vueltas. Sus ojos siguen fijos en los míos, observándome, intimidándome, igual que la primera vez que lo tuve cerca. Sus labios golpean los míos en un abrir y cerrar de ojos, un beso rápido, inocente, que hace que sin querer mi boca dibuje una sonrisa. No quiero pensar, hoy no, ya seré sensata mañana, hoy toca disfrutar de lo que estoy viviendo.

—Hijo —la mujer que antes nos miraba sin descanso se acerca sigilosamente—, ¿no me presentas a... tu amiga?

David emite una risita nerviosa y un leve rubor sube a sus mejillas. Se levanta del asiento sin soltar mi mano, lo que provoca que yo también me levante.

—Mamá. Esta es Rebeca —titubea con inquietud.

Su madre me ojea de arriba a abajo con una ligera mueca de desprecio, finalmente me lanza una falsa sonrisa. Algo me dice que le molesta verme con su hijo.

–Encantada, señora –logro decir al recuperar el habla, que había desaparecido con la fría mirada de esa mujer.

–Una pena no poder decir lo mismo –vuelve a mirarme con desdén y se dirige a su hijo ignorándome–. Elsa te está buscando, no la hagas esperar –brama.

Me quedo inmóvil ante la inesperada respuesta de su madre, ¿pero qué he hecho? Si me acaba de conocer. Miro a David buscando algún tipo de apoyo. Sin embargo, él mira a su madre, asiente y me lanza una mirada de disculpa.

Le agarro la mano fuertemente, no quiero que me deje sola. Se vuelve a contemplarme. Tengo miedo, miedo de soltarlo y que desaparezca. Parece notar lo, me agarra aún más fuerte y tira de mí para llevarme con él. Su madre lo para poniendo la mano en su hombro.

–Es mejor que vayas solo –le comenta en voz baja y acusadora.

–Entonces es mejor que venga Elsa aquí.

Parece decidido. Su madre lo observa con ojos como platos y antes de irse me echa una última ojeada desafiante. Definitivamente le caigo mal a esa mujer.

Al cabo de unos segundos, una chica rubia, ¿es que todas aquí son rubias? despampanante y con aires de superioridad aparece a nuestro lado. ¡Oh, Dios mío! Es Elsa, ¡esta Elsa!

–¿Qué demonios haces tú aquí? –vocifera señalándome con el dedo.

–Podría preguntarte lo mismo.

–Soy la acompañante de David, boba.

David se mantiene en silencio tapándose la cara con una mano, agarrándome con la otra. No sé si está molesto o avergonzado porque lo he pillado. Me suelto de su mano y aliso mi vestido. Me quedo esperando una respuesta, sin poder creer que esto esté pasando. Él sabe que yo conozco a Elsa, ¿por qué no me ha dicho que era su acompañante?

–Puedo explicártelo –me dice al fin.

–Ay Rebeca..., ¿no te cansas de coger mis cosas? –me provoca Elsa. Sabía que soltaría algo así. Siempre pensando que todo gira en torno a ella.

–La verdad es que no –respondo intentando aparentar toda la

tranquilidad del mundo, no quiero que note que me molesta su presencia, y menos que sea su acompañante—. Y tú, ¿no te cansas de ser el segundo plato?

—¿Qué?! David me eligió a mí para ser su acompañante, no soy su segundo plato, en todo caso lo eres tú —David vuelve a coger mi mano y aprieta todo lo fuerte que puede. Intenta por todos medios que no haga algo de lo que me pueda arrepentir.

—Entonces... —le contesto levantando la cabeza con orgullo—, si no eres su opción B, ¿por qué está conmigo cuando tú lo estabas buscando desesperadamente?

Un silencio acompaña a la cara de amargada de Elsa, que está a punto de explotar de ira. David sonríe orgulloso. Elsa sale despavorida lloriqueando al encuentro de su madre, que anda vigilando junto a la madre de David.

Consigo librar mi mano de la de David que aún me atrapaba, me levanto y me dirijo a la salida lo más rápido que puedo. Estoy enfadada, debería haberme dicho que venía con ella. Al llegar a la fuente de la entrada me acuerdo que he venido con Hugo y no tengo como volver. ¡Maldición! Camino en dirección a la enorme puerta de hierro forjado que aísla la casa del exterior. Zarandeo la puerta. Está cerrada a cal y canto. La valla no es muy alta, creo que conseguiré saltarla.

Tiro los zapatos a la calle, no pienso caer de pie con tacones, no estoy tan loca ¿o sí? Con esfuerzo, rasgándome el vestido hasta la cadera al engancharme en uno de los picos que sobresale, salto la valla y caigo de culo. ¡Joder! Me duele. Me incorporo haciendo caso omiso al dolor y camino. El estridente ruido de la puerta abriéndose me asusta. David aparece con su gran BMW plateado y para el coche a mi lado.

—¿Dónde te crees que vas? —me grita desde el interior del vehículo.

—En teoría, a mi casa, cuando consiga saber por dónde ir —desorientada miro a mi alrededor. Todo está oscuro, no sé a cuantos kilómetros estoy de mi casa o de alguna parada de autobús.

—Sube al coche, te lo explicaré todo.

Pienso mis opciones. Caminar hasta dar con alguna señal que me indique donde me encuentro, o subir al coche e ignorarlo hasta que me deje en casa. Ante mi falta de conocimientos por saber dónde estoy, no me queda otra que acceder.

—Más te vale empezar por el principio —digo enfadada montándome en el coche.

Me lo cuenta todo, o lo que parece ser todo. Desde el día que reconoció a Elsa en su casa, hasta momentos antes donde tuvo que soportarla escupiéndole las gambas. Mi enfado empieza a disolverse. Sé que aguantar a Elsa no es fácil, y cuando se le mete un tío en la cabeza puede llegar a ser una lapa.

–Es insoportable, ¿a que sí? –pregunto compadeciéndome de su situación, aguantando la risa.

Pone los ojos en blanco y suspira cansado.

Estaba tan pendiente a la historia que no me he dado cuenta de que nos movemos. Quiero preguntarle adónde, pero estoy agotada y me apetece disfrutar de un poco de silencio. Poco a poco mis ojos se van cerrando.

El coche se para y me despierto, me he quedado dormida. Estamos parados en la cola del Autoking del Burger King. Lo miro con ojos entrecerrados, extrañada.

–Me muero de hambre. No me apetecía comer salpicones de gambas – se encoge de hombros.

Me rio a carcajadas incorporándome en el cómodo asiento de cuero, escuchando cómo pide dos menús para él y uno para mí. Pues va a ser verdad que tiene hambre.

Tras quince minutos de camino con la comida entre las piernas, entramos en el garaje de un edificio alto. Al llegar al recibidor reconozco donde estamos. Es su piso.

Abre la puerta y me deja pasar. Un cuadro de Dalí me frena.

–¿Pasa algo? –pregunta cerrando la puerta tras de sí.

–Me encanta este cuadro, "La persistencia de la memoria". Todo es fugaz y el tiempo relativo, lo que perdura frente a lo que se va. Aunque es un cuadro que tiene varias interpretaciones según quien lo vea.

–¡Vaya! No me imaginé que entendieras de arte. ¿Podemos comer ya? Tengo hambre.

Asiento con la cabeza riendo.

Nos revoleamos en el sofá devorando la comida. Se enfada cuando se le caen las patatas en el traje, pero sigue comiendo y riendo.

Percibo cómo al cabo de un rato ha saciado su apetito por la lentitud en la que come, aprovecho para quitarle una patata. Lentamente gira la cabeza en mi dirección y se abalanza sobre mí para quitármela, pero llega tarde, ya me la he comido.

—Conque quitándome lo que es mío ¿no?

Le saco la lengua a modo de burla. Con rapidez me levanta sobre su hombro, o yo peso muy poco, o él está muy fuerte. Me lleva a cuestas a su habitación. Me coloca a los pies de la cama, con un ágil movimiento termina de desgarrar mi vestido hasta romperlo del todo.

—¡No! ¡Me encantaba ese vestido!

—Te compraré otro.

Me encuentro de pie, en ropa interior y estupefacta. ¿Qué acaba de pasar?

—Yo también te quitaré lo que es tuyo —dice provocador, con ojos brillantes de lujuria.

Lentamente se quita la chaqueta, la corbata y se desabrocha la camisa. Me estoy poniendo a cien. Este hombre sabe conseguir que una chica se sienta deseada, y ahora mismo, por cómo está mirando sé que me desea... y mucho.

Se acerca a mí despacio, acariciando lentamente cada poro de mi piel, haciendo que mi mente pida más y más. Estoy a punto de rendirme al deseo de tenerlo en mí, las piernas no me responden. Delicadamente me tumba en la cama, debajo de su esculpido cuerpo. Me besa el cuello, la mejilla, hasta finalmente llegar a mi boca. Una explosión de placer inunda mi ser. Y así, entre beso y beso me hace suya, de la forma en que jamás me imaginé.

—

Estoy exhausto. La noche ha sido movidita, mejor incluso que la primera vez que tuvimos este encuentro. Me siento feliz.

Rebeca descansa sobre mi pecho con expresión de paz. Me encanta verla así, tranquila, dormida, está preciosa con el pelo alborotado y el maquillaje corrido. Acaricio dulcemente su mejilla y sonrío.

El sol empieza a hacer acto de presencia a través de los edificios contiguos. Por favor, no salgas, quiero quedarme así todo lo que pueda, tengo la sensación de que la perderé en cuanto se haga de día.

Una música interrumpe el silencio de mi habitación. Creo que es su móvil, suena desde los pies de la cama. No, no, no, deja de sonar o la despertarás estúpido cacharro inútil. Haciendo caso omiso de mis pensamientos el móvil sigue sonando. Rebeca pega un brinco, se incorpora y

mira a todos lados desorientada, trato de tranquilizarla acariciándole la cabeza.

–Buenos días, dormilona –saludo, dándole un beso en los labios.

Me mira sorprendida, aprovecho para retirarle un mechón de pelo que le cae por la cara. Se frota los ojos, vuelve a mirar la habitación desconcertada, me observa durante unos segundos y su mirada se dulcifica. Vuelve a recostarse en mi pecho. Con sus dedos acaricia mi torso desnudo, haciendo círculos, es muy agradable. Nunca me había sentido así, es difícil de explicar. El dichoso móvil vuelve a sonar. Oh, ¡venga ya!

–Ese es mi móvil.

–No lo cojas –le digo firmemente.

Eleva una ceja, me lanza una mirada retadora y gatea rápidamente por encima de la colcha en dirección a la música. Le agarro un pie y tiro de ella haciéndola retroceder para que vuelva a mi lado. Se agarra a la cama con todas sus fuerzas, pero tiro de ella más fuerte. Emite un leve quejido y la suelto por miedo a hacerle daño. Del impulso, su cuerpo se inclina hacia abajo y escucho su cabeza chocar contra el suelo. ¡Mierda!

–¿Estás bien? –corro hacia ella preocupado, pero antes de llegar a su lado se levanta con el móvil en la mano y expresión de triunfo.

–Es Jota –dice riéndose.

Suspiro aliviado. Gracias a Dios, está intacta. No debería preocuparme tanto, pero tengo la sensación de que esta mujer es de cristal. Cualquier día se rompe, y por nada del mundo quiero que sea culpa mía, ni de nadie. Quiero mantenerla intacta siempre, puede que considere la idea de meterla en una burbuja.

Me pongo los bóxers y me dirijo a la cocina dejando que hable con su amigo, ya me vengaré de él por haber estropeado mi mañana, aún queda mucho día por delante. Intentaré retenerla aquí lo máximo que pueda. Preparo un zumo de naranja y busco en el armario por si tengo algún dulce de chocolate con el que sobornarla, estoy seguro que a cambio de chocolate sería capaz hasta de encerrarse conmigo.

Sale corriendo por el pasillo tapándose con lo que queda del vestido de anoche, angustiada. Algo no va bien.

–Tengo que irme –dice mientras coge el bolso del sofá y se dirige a la puerta.

Salgo corriendo detrás de ella y consigo pararla antes de que abra.

Forcejea, pero controlo su impulso de pegarme. Agarro sus mejillas con las dos manos y la obligo a mirarme. Destellos de miedo se reflejan en sus ojos. Algo grave ha tenido que pasar.

–Chist –la tranquilizo–. ¿Qué pasa?

Niega con la cabeza intentando zafarse de mis manos, la agarro más fuerte y le exijo que vuelva a mirarme. Me abraza nerviosa, noto como su cuerpo tiembla en mi pecho.

–Rebeca, relájate. ¿Qué ha pasado?

–Es Marta, está en el hospital. Jota va hacia allí y no me ha dicho nada más. Debo irme.

La estrecho en mis brazos evitando que se marche. No dejaré que salga a la calle de esa forma.

–Escúchame –intento que mi voz suene lo más suave posible para que se tranquilice–, te llevaré al hospital, pero antes desayunarás algo aunque sea rápido y luego irás a casa a cambiarte.

–No, no. Tengo que ir con ellos, tengo que irme ya –parece desesperada, sin embargo me niego a dejar que se salga con la suya. No está en condiciones de salir en ese estado.

–Princesa, así no ayudarás a nadie –la miro a los ojos y paso el pulgar por una lágrima que empezaba a recorrer su mejilla–. Si quieres ayudar a Marta tendrás que coger fuerzas, no sabes lo que ha pasado, ni lo que encontrarás. Tampoco voy a dejar que vayas vestida de esa forma al hospital.

Parece dudar, finalmente asiente con la cabeza. Volvemos a la cocina. Me tomo el zumo lo más rápido que puedo y me meto en la ducha. No sin antes hacerle prometer que esperará a que yo termine. Iré con ella, no voy a dejarla sola en estos momentos.

La puerta de la ducha se abre, y con lágrimas en los ojos me mira intranquila.

–Ven aquí –tiro de ella estrechándola en mis brazos, dejando que el agua caiga sobre los dos–. Seguro que no es nada grave –la tranquilizo.

–Tú no sabes... no entiendes... –solloza.

Consigo ahogar sus llantos con abrazos, poco a poco se calma. Media hora después, salimos de la ducha y vamos a su casa por ropa limpia.

Al llegar al hospital Rebeca se abalanza contra Jota como una fiera.

–¡Eres tonto! ¿Cómo puedes dejarme así, no puedes contármelo todo?

No, el señorito tiene prisa y tiene que dejarme histérica –grita zarandeándolo.

El pobre Jota lucha por mantener el equilibrio al mismo tiempo que intenta calmarla. Es misión imposible. Rebeca empieza a hiperventilar y yo intervengo.

–Eh, eh, respira –la cojo por los hombros y respiro profundamente, esperando que me imite–. A ver, Jota, ¿qué ha pasado?

–Marta me llamó. Casi no he podido hablar con ella porque cuando llegué la ambulancia la traía hacia aquí.

–¿Pero qué es lo que sabes? –interrumpe Rebeca.

Vuelvo a apretar sus hombros. La mantengo sujeta, consigo que se quede quieta un segundo mientras Jota intenta contar el resto de la historia. Un médico nos interrumpe.

–¿Marta Acosta?

Jota y Rebeca corren hacia él. Segundos más tarde los guía por un pasillo hasta que los pierdo de vista.

Estoy harto de esperar. La silla de la sala de espera es dura, de plástico, y para colmo estoy solo. Me aburro, también estoy un poco preocupado, todavía no sé qué ha pasado. Ni Rebeca, ni Jota dan señales de vida. Creo que será mejor que me tome un café, Dios sabrá cuánto tiempo más deberé estar aquí. Me levanto para ir a la máquina de café situada al final del pasillo y la voz de Rebeca detrás de mí me detiene.

–¿Ya te ibas? –pregunta con temor, mucho más tranquila que cuando se fue.

–No, no. Iba a tomar un café.

–Iremos a la cafetería. Jota se queda con Marta.

Caminamos hacia la cafetería del hospital en silencio. No quiero preguntarle, pero lo cierto es que estoy intrigado.

Una vez instalados en la mesa más alejada de la puerta, en una esquina de la cafetería, con nuestros respectivos cafés, Rebeca se acomoda en la silla y resopla.

–Creo que debería contarte lo que pasa –dice mientras juega con el vaso de plástico humeante.

–No estaría nada mal, la verdad. ¿Se encuentra bien Marta? –me mira como si dudara de si está haciendo lo correcto o si se va a arrepentir. Emite un suspiro y mira el reloj. ¿Tan largo es lo que me va a contar?

–Sí, un ataque de ansiedad y un... mejor empiezo desde el principio – dice incorporándose–. Está embarazada.

–¿Qué Marta, qué? –grito.

–¿Quieres que te lo cuente o no?

Asiento con la cabeza y coloco mi índice en los labios para que entienda que permaneceré en silencio.

–Buen chico. Sigo entonces. Marta está embarazada de tres meses. Todavía no se lo había dicho a Pablo, su marido, porque sospechábamos que él tenía una aventura. Pues hoy, al parecer, Marta se atrevió a contárselo y él reaccionó de forma violenta. Le dijo que era una zorra y que ese hijo no era suyo. La empujó y ella cayó sobre la mesa golpeándose la barriga. En vez de ayudarla, cogió una bolsa, metió cuatro trapos de Marta en ella y la echó de su casa. Marta se angustió, le dio un fuerte ataque de ansiedad y a duras penas llamó a Jota. El cabrón de su marido ni siquiera salió a ver qué pasaba cuando escuchó la ambulancia.

No doy crédito a lo que me está diciendo. ¿Cómo puede alguien golpear a una mujer embarazada? Y más si es su mujer y su hijo. No puedo creer que la echara a la calle en su estado.

–¿Y él no notó su tripa o cualquiera que sea el cambio que produce un embarazo en una mujer? Supongo que eso se nota –pregunto extrañado.

–Bueno, verás. Es por eso que sospechamos que tiene una aventura. No pasa por casa, solo para ducharse o a veces dormir. Ni siquiera la llama para preguntarle dónde está o qué hace. Es como si no existiera.

Estoy un poco colapsado. Esta historia me resulta absurda. Yo sería incapaz de darle la espalda a una mujer que espera un hijo mío. Es más, sería incapaz de tratar a una mujer de esa forma. No puedo creer que todo esto haya estado pasando cerca de mí. Marta es amiga de Rebeca y nunca la había visto mal, nunca le pregunté cómo se encontraba, ni traté con ella lo suficiente ¡Ostias! Tampoco sé nada de Julio últimamente. Dios, me estoy empezando a sentir mal. Me centro demasiado en mí mismo.

–Oye –me dice Rebeca más tranquila–, ¿puede quedarse en casa unos días? No quiere volver a la suya.

–Claro. No me pidas permiso, es tu casa princesa. Invita a quién quieras.

Sonríe satisfecha, vuelve a recostarse en la silla y mira hacia el techo pensativa.

–¿Y su familia? –pregunto de repente.

Sus ojos bajan lentamente hasta toparse con los míos, suspira de nuevo y vuelve a jugar con el café.

–Se oponían a su boda con Pablo. Marta viene de una familia rica. Su padre quería que se casase con el hijo de un socio suyo, pero Marta se rebeló. Cuando se casó, el padre la desheredó y cortó todo contacto con ella. Aunque no hubiera sido feliz, tal vez debería haberle hecho caso, puede que esto no estuviera pasando, no sé.

Al contarme esto, me doy cuenta de que realmente no sé nada sobre ellos. Ni de Marta, ni de Jota e incluso Rebeca. Quiero saber más, conocer toda la historia y creo que es un buen momento para escucharla.

–¿Y la familia de Jota? ¿y la tuya? Nunca habláis sobre ellos. No hay fotos, ni constancia de que existan –ella se ríe. Me gusta verla reír. No estoy seguro de qué, pero me gusta.

–Mi familia está bien. Vive en Cádiz. Me vine a estudiar y los dejé allí. Llevo tiempo sin verlos, pero aún mantenemos el contacto por teléfono. De hecho, mi hermano vendrá a visitarme, pero aún no sé cuándo. En cuanto a Jota –prosigue–, sus padres lo echaron de casa por ser gay.

Tienen tanta historia detrás... me siento como si los acabara de conocer. Me gusta saber que al menos ella no tiene problemas familiares graves. Aunque los tuviera, creo que aquí ha encontrado una nueva familia y me alegra saber que formo parte de ella. Jamás la dejaré sola pase lo que pase, no pienso dejar que nadie le haga daño. Conmigo siempre estará a salvo.

Volvemos a la habitación de Marta. Tranquila, tal vez por los sedantes, sonrío ante mi presencia.

Por suerte el bebé está bien. Necesitará reposo y algún que otro control médico para asegurarse de que todo siga correctamente. Es todo un alivio, después de conocer su historia le tengo más cariño.

Me ofrezco a llevarlos a casa. Ha sido un día largo y necesitan descansar.

Ayudo a Marta a sentarse en el sofá, mientras Jota va a por una manta y una almohada, necesita estar lo más cómoda posible. Rebeca nos observa desde la cocina. ¿Qué estará pensando? Me encantaría tener el poder de leer el pensamiento. A veces su cabeza es como un libro cerrado, nunca sabes que hay en su interior.

–Gracias por todo David –la voz de Marta suena cansada y triste.

–Estaré aquí para lo que necesites.

Me lanza una mirada pícaro y mira a Rebeca al mismo tiempo que en su boca se dibuja una sonrisa. Creo que sabe de qué hablo, es lista.

Me despido de los tres. Me encantaría quedarme con mi princesa, pero necesitan espacio y tranquilidad. Será mejor que me marche. Camino hacia la puerta y Rebeca me acompaña.

–¿Vas a desaparecer? –pregunta con ojos tristes antes de volver a despedirse y cerrar la puerta.

–No. Deja de pensar eso.

Le doy un beso casto en los labios. Su cuerpo se relaja y sus labios se doblan hasta formar una sonrisa tímida. Con esa preciosa imagen me marchó a casa a descansar.

Capítulo 18

La casa está en silencio, no se escucha ni una mosca. Marta duerme plácidamente en la habitación de invitados, bueno, la que sobra, nunca habíamos tenido invitados. Jota se acostó pronto, tantas emociones acabaron afectándole demasiado. Yo sin embargo, me mantengo despierta mirando el techo. No paro de dar vueltas en la cama. Marta, la vuelta al trabajo y la universidad en breve... Tengo un caos mental y las palabras que David me dedica últimamente no me ayudan a despejar mi mente. Cuando estoy con él me siento especial, única, pero cuando estoy sola, la inseguridad se apodera de mí y comienzo a pensar que cuando no estamos juntos yace con cualquier chica que acaba de conocer, lo que me hace seguir desconfiando de sus palabras y sentirme como una más. Debo bajar de las nubes y entender que David siempre será un cabrón egocéntrico, demasiado mujeriego para lo que aspiro, pero ocupa mis pensamientos a menudo, no puedo evitarlo. Debo ser realista, ya me lo dijo en la gala, no es hombre de una sola mujer, ni siquiera sé exactamente lo que somos, rollo, pareja, amigos... Nos hemos acostado y nos hemos dado un par de besos, pero nada más. Empiezo a recordar palabras que Marta me dedicó cuando salía con mi ex: *“Disfruta el momento, el día a día, haciendo lo que te apetece siempre. No pienses en el mañana, porque nunca sabemos que nos deparará. Si dudas de algo, no pienses y hazlo. Es mejor arrepentirse de algo que has hecho que de algo que no has llegado a hacer.”* Cuánta razón tiene. Debería vivir lo que me está pasando sin pensar en

lo que puede o no pasar en el futuro. Y si sufro, ya buscaré la manera de salir adelante como he hecho siempre.

Estoy a punto de quedarme dormida. La vibración del móvil que puse en silencio para no molestar a Marta, me pega un susto de muerte. ¿Quién demonios será a esta hora?

“No puedo dormir princesa. Me encantaría tenerte soñando a mi lado. Besos, D.”

Me quedo mirando el teléfono con cara de tonta, temblando de emoción. Se acuerda de mí, eso hace que me sienta mejor. Las inseguridades de antes desaparecen y decido contestarle.

“Yo estaría encantada de estar contigo. Es mucho mejor que mirar las musarañas. Rebe.”

El mensaje es una auténtica porquería, pero la ilusión de ver uno suyo ha provocado que mis neuronas mueran, dejándome como la tía más estúpida del planeta. El teléfono vuelve a vibrar, lo cojo rápidamente con miedo a que el mensaje desaparezca antes de leerlo.

“Mmm... Puedo estar ahí en diez minutos con una condición, ponte algo sexy. Besos, D.”

Aunque la tentación es muy fuerte, no es buena idea, estoy cansada. Antes de acostarnos, Marta, Jota y yo hemos tenido una gran charla, sobre el bebé, el viaje, David, el trabajo... Sumado al día que hemos pasado, necesito descansar. Mañana es mi último día libre y no quiero pasarlo adormilada.

“Tentador, pero ha sido un largo día, además no tengo nada sexy. Rebe.”

Espero impaciente su respuesta con el móvil en la mano durante unos minutos. No contesta, creo que ha dado la conversación por terminada. Antes de soltarlo en la mesita vuelve a vibrar. Mi cara se ilumina y no solo por el brillo cegador de la pantalla.

“Ok. Que descanses.”

¿Qué ha pasado? Esta vez no hay besos, y el mensaje parece más seco que los anteriores. ¿Se ha enfadado? No puedo creer que se haya enfadado porque estoy cansada. Debería comprenderlo. Suelto el móvil y me tapo hasta arriba, quiero dormir ya.

Me despierto con un estruendo que viene de la cocina. ¡Ay, Dios mío!, ¿cuándo aprenderá Jota a usarla? Me levanto y salgo a ver qué ha ocurrido. Como me suponía, encuentro a Jota recogiendo sartenes y cuencos de plástico del suelo.

—¿Qué? —dice alzando las manos disgustado—, no eres la única torpe en este mundo, cariño.

Pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza. Hoy está de mal humor. Si le pregunto ahora por qué, no me lo dirá, tengo que esperar un par de horas a que se le pase.

Marta aparece frotándose los ojos. Se ríe al ver a Jota peleando con las sartenes que no caben en el mueble, me da un beso en la mejilla y se sienta en la barra a comerse el desayuno que Jota había preparado para él.

—¡Eh! Hazte tu propio desayuno barrigona.

Me mira pidiendo ayuda. Ladeo la cabeza excusándome y me encojo de hombros. Marta hace caso omiso a Jota y sigue comiéndose su desayuno.

Los dejo peleando en broma y voy a mirar el ordenador. Si no recuerdo mal, hoy salían las notas, espero haberlo aprobado todo. El final del curso está cerca y no quiero ir arrastrando asignaturas. ¿Por qué vas tan lento? El ordenador tarda una eternidad en encenderse. Me descargo el documento donde aparecen las notas y lo miro por el rabillo del ojo. Demasiados nombres... estoy histérica.

—¡Aprobé! —grito eufórica—. Aprobé todas.

Marta y Jota se abalanzan sobre mí. Los tres pegamos saltos de alegría con cuidado para no dañar a Marta, chillamos y nos reímos. Ahora solo falta saber las de Jota. Si aprueba, empieza el proyecto y este año se gradúa. A mí me queda un año más. Volvemos a ponernos histéricos mientras echa un vistazo rápido a sus notas. Lanza un grito y su cara refleja el resultado. ¡Ha aprobado! Su humor cambia. Se pone a bailar por el salón algo parecido a una

danza india, yo lo imito y Marta se ríe a carcajadas. Estamos felices, espero que dure mucho.

Yo no hubiera aprobado todas sin la ayuda del proyecto de David. Iré a agradecerse. A estas horas debería estar en la empresa.

El edificio está silencioso. Ni siquiera Claudia, la guapa secretaria, está en su mesa. Las persianas de su despacho están echadas, no puedo ver si está ocupado o simplemente necesita intimidad. Lo único que se me ocurre es esperar a que Claudia vuelva. Me siento en el sofá y ojeo una revista, donde un reportaje sobre los trabajos más importantes de Arquitecturas Torres me mantiene entretenida. Es cierto que son buenos. Ojalá, algún día pueda hacer lo mismo. Edificios increíbles y sostenibles para el medio ambiente, aunque estos últimos son un nuevo proyecto de la empresa. Después de leer casi todo el reportaje y casi darme un infarto con la foto de David en la última página, donde está impresionante con su traje chaqueta y su corbata turquesa, decido que ya he esperado demasiado. Voy a llamar a la puerta a ver si tengo suerte. Puede que Claudia esté dentro.

Llamo suavemente a la puerta, casi ni siento los nudillos tocar, me da apuro molestarlo. Será mejor que vuelva en otro momento, total, tampoco es tan importante.

–Adelante –brama David desde el interior del despacho.

Demasiado tarde. Abro despacio, con miedo a interrumpir algo importante, y tan importante. Veo a Elsa sentada en la silla al otro lado de su mesa, frente a él. Ella abre los ojos como platos, pero al instante los entrecierra y dibuja en su cara una sonrisa de maldad. David se levanta y empieza a caminar en mi dirección. Me ha cogido desprevenida, creo que no quiero estar aquí.

–Yo... esto... lo siento, no quería interrumpir –titubeo–. Vuelvo en otro momento.

Me doy la vuelta y cierro la puerta. David la abre y corre detrás de mí. Me alcanza, sujetándome por el filo de la chaqueta. No quiero mirarlo. Mi cuerpo me ignora y giro la cabeza encontrándome frente a sus preciosos ojos verdes que me miran de esa forma tan tierna que me derrite. Soy incapaz de pronunciar palabra. La presencia de Elsa me ha dejado fuera de juego. Él agarra mi brazo y me lleva hacia su despacho. Elsa se levanta. Su expresión refleja toda la ira y el odio que lleva acumulando tanto tiempo.

–Elsa ya se iba.

Ella abre tanto la boca, que casi le llega al suelo. Mira a David con ojos de corderito, pero él se mantiene firme. Se levanta y coge su bolso dispuesta a marcharse. La mano que agarra mi brazo, ahora se posa en mi cintura y empuja de mí hacia la silla donde Elsa se encontraba sentada segundos antes. Elsa observa en silencio y sale aparentando serenidad.

–Tú siempre tan oportuna –me susurra justo antes de salir.

–¿No te cansas de ser el plan B?

Su mirada de odio es ahora más intensa. Le ha dolido, lo sé. No me siento mal. La satisfacción que siento al verla salir de esa forma no se puede describir. Por fin alguien le da su merecido. Observo a David que ha vuelto a sentarse en su enorme sillón de cuero blanco, y yo tomo el asiento que me indica.

–Lo siento, de verdad –le digo, pero no es cierto–. No voy a molestarte mucho.

–Bendita molestia –su respuesta me pilla por sorpresa, parece que hoy no parará de sorprenderme–. Elsa venía a echarme la bronca por dejarla plantada en la fiesta.

–Mmm... –balbuceo–. Venía a... quería decirte que...

–Rebeca habla por Dios. ¿Marta está bien?

–Sí, sí. Yo venía a decirte que he aprobado todas –veo su rostro indiferente, mirando la pantalla del ordenador, una punzada de decepción me da en el estómago–. Gracias por el proyecto, sin ti no lo hubiera conseguido.

Me levanto de la silla, dispuesta a marcharme. No es esa la reacción que me esperaba, pero es David, impredecible, y ahora mismo no me está prestando mucha atención.

–¿Dónde vas?

–Me marchó. Ya he dicho todo lo que tenía que decir. Supongo que tienes mucho trabajo. Siento haber venido, debería haberte llamado por teléfono o mandarte un mensaje. ¿Estás enfadado por lo de ano...?

–Rebeca, respira –me interrumpe. Me mira con una sonrisa en su rostro y con las manos me indica que me vuelva a sentar. Obedezco–. Es fantástico que hayas aprobado. Me alegro mucho.

–Se nota... –contesto irónica.

–Estaba leyendo un correo de mi madre. Todos los años por su

cumpleaños vamos al ballet. ¿Te gustaría venir con nosotros?

Vale, esto sí que no me lo esperaba. La última vez que vi a su madre me dio la impresión de que no era de su agrado. No creo que deba decírselo, ¿y si son cosas mías? Puede que la mujer estuviera agobiada, entiendo que organizar una fiesta puede llegar a ser estresante. Debería darle otra oportunidad.

–¿Al ballet? No es que yo entienda mucho de ballet.

–Representan la cenicienta, de Rostislav Zakharov.

–¡Ah! sí “Rostilá”–digo con desconcierto–, me crucé ayer con él en el metro. Muy simpático.

David suelta una carcajada, se levanta y se acerca a mí para darme un beso en los labios. Su dulce aroma me envuelve y mi cuerpo me pide más.

–¿Vendrás?

–Mm... solo si me das otro beso –se pone la mano en la barbilla y mira hacia el techo, como si dudara. Se inclina hacia mí y vuelve a darme otro beso, y otro, y otro, y otro.

–Tus condiciones son un poco difíciles de cumplir, princesa –me susurra entre beso y beso.

–Así que difícil...

Hago un mohín con la boca y finjo que me enfado. Me levanto, cojo mi bolso y le doy la espalda. David me agarra rápidamente por la cintura antes de que dé un paso más. Me sienta encima suya y me besa una y otra vez. Estoy encantada, pero mi encanto dura poco. Unos nudillos en la puerta interrumpen mi estado de ensueño.

Claudia aparece, observa atónita la escena y cierra la puerta de inmediato.

–Creo que debes trabajar –le digo levantándome, dispuesta a marcharme. Esta vez de verdad.

Cruza los brazos y tensa sus labios, disgustado. Me vuelvo hacia él, le doy un beso y me rodea con sus brazos. Como sigamos así no me iré nunca. Me suelta y me marcho.

Claudia está sentada en su mesa. Me ve pasar y se ruboriza. La saludo fingiendo que no ha pasado nada. Sé que está muerta de vergüenza, sus ojos se mantienen fijos en el documento que revisa, evitando mirarme, me responde con una sonrisita tímida y nerviosa sin levantar la vista demasiado.

Dedico el resto del día a descansar. En la televisión no hay más que basura. Puede que Jota tenga algún libro que merezca la pena en algún rincón de su habitación. Entre los muchos que hay en su estantería, me llama la atención “Emboscada”, de Nora Roberts. Su epílogo me gusta.

Marta duerme acurrucada en el sofá. Me hago un hueco entre sus pies y me tapo con un trozo de manta que cubre su cuerpo. La lectura es muy entretenida. Una adiestradora de perros con un pasado que la atormenta. Me engancha.

Llevo dos horas leyendo sin parar, metida en la historia. El sonido del móvil me distrae, Marta se mueve bajo la manta sin despertarse.

“Princesa a las 21.00 te recojo. No dejo de mirar la puerta esperando que vengas a molestarme. Besos, D.”

Me encanta que me llame princesa. A veces puede llegar a ser encantador, y realmente lo está siendo. No sé cuánto durará esto, no quiero pensarlo.

“Tendrás que esperar a otro día para que vaya a molestarte. Unos perros ocupan mi tiempo. Rebe.”

La respuesta no se hace esperar.

“¿Me abandonas por unos perros? ¡Mierda! Te dejo, tengo que recoger los pedazos de mi corazón. Besos, D.”

Sonrío al leerlo. Demasiado cursi, pero me encanta. Releo los mensajes y dejo el móvil en la mesa. Abro el libro y vuelvo a introducirme en el interesante mundo de la adiestradora y sus aventuras.

—

La visita de Rebeca me ha alegrado la mañana. Estoy deseando volver a verla esta noche. Sé que eso me acarreará problemas con mamá. Me llamó para asegurarse de que iría con Elsa, por eso la mandó a mi despacho, para que se lo dijera, pero prefiero ir con Rebeca. No estoy seguro de si ya está al

tanto del cambio. Espero que no.

He quedado con ella a las 21.00 en su casa. Como estoy aburrido he decidido ir antes. De paso veré cómo se encuentra Marta y echaré un poco de tiempo con Rebeca a solas antes de ver a mamá.

En la puerta huele deliciosamente bien, seguro que Marta prepara la cena. Llamo al timbre y Jota abre tan rápido que siento como si llevara un rato esperando detrás de la puerta. Rebeca aún no está lista. Sus amigos me dan carta blanca para que pase a su habitación. Su puerta está entreabierta, abro sin llamar, quiero pillarla desprevenida, y si es desnuda mejor. Casi consigo mi propósito. Me la encuentro en ropa interior peleando con el armario. Me tira una camiseta sin mirar y la cojo al vuelo. Carraspeo para que note mi presencia, parece que lo consigo. Pega un brinco y se pone la mano en el pecho, asustada. Viene corriendo a abrazarme, me da un beso.

–Eh, eh, eh –le digo apartándola, intentando que mi cuerpo no toque demasiado su cuerpo semidesnudo, puede que el mío acabe traicionándome–. Si vuelves a hacer eso no salimos de aquí.

Se aparta desconcertada, le echo una rápida mirada de arriba abajo y parece entender a qué me refiero.

–No sé qué ponerme. Nunca he ido al ballet.

–¿Puedo? –digo señalando al armario para que me dé permiso y poder rebuscar en él. Aparto ropa arrugada. Esta chica es un desastre. En su armario parece haber tenido lugar una guerra. Le paso unos vaqueros, hoy me apetece verla con pantalones.

–Me queda pequeño.

Me los devuelve y le paso otros.

–Este es muy viejo –replica.

La miro empezando a desesperarme, se encoge de hombros y sonrío. Vuelvo a rebuscar, le paso unos que estaban al fondo, debajo de una pila de camisetas viejas. La observo mientras lo analiza, asiente y sigo con mi labor. En la percha hay una camisa semitransparente verde oliva que me llama la atención sobre todas las demás. Se la paso y niega con la cabeza, pero insisto y la coge a regañadientes. Empieza a vestirse, acaba media hora después, con una chaqueta negra a juego con unos tacones altos. Estamos listos.

La entrada al teatro está abarrotada. No recordaba que a tanta gente le

gustara el ballet. Me pasa igual todos los años, siempre me sorprende. A mí no es que me guste demasiado, pero no quiero pelear con mi madre en su cumpleaños. Cojo a Rebeca de la mano y camino con ella hacia el vestíbulo. Mi padre y mi madre se encuentran hablando con una pareja mayor, algún cliente de mi padre supongo. Nos dirigimos hacia ellos. Noto una fuerte presión en la mano. Rebeca aprieta con fuerza, no quita la vista de mi madre, traga saliva constantemente. ¿Qué le pasa? A medida que nos acercamos empieza a temblar.

–¿Estás bien? – pregunto deteniendo mis pasos, observándola.

Asiente con la cabeza sin mediar palabra, y me dedica una sonrisa nerviosa. No entiendo nada.

Mi madre alza el cuello en nuestra dirección, para ver por encima de la muchedumbre. Al verme, deja ver sus grandes dientes blanqueados hace poco, pero su sonrisa se apaga en cuanto ve a Rebeca.

–¿Dónde está Elsa? –pregunta con brusquedad.

–Mamá, esta es Rebeca. La chica que te presenté en la gala.

–Sé quién es. ¿Dónde está Elsa?

Los ojos de Rebeca, que me miran decepcionada, están a punto de llorar. Mi padre nota la tensión, se despide del matrimonio con el que charlaba alegremente y empuja a mamá hacia el teatro para evitar que monte una escena delante de todos. Gracias a Dios, por el altavoz una voz bastante comercial anuncia a los presentes que la obra va a dar comienzo.

Nos sentamos en el palco que tenemos asignado. Rebeca está a mi lado, tratando de esconderse de mamá. Mi padre y mi madre están a mi otro lado y tampoco parecen muy cómodos.

Se sube el telón y la obra comienza. Una bailarina con harapos hace su puesta en escena. Se mueve con elegancia, de puntillas. Eso tiene que doler. Mi mente busca entre los recuerdos el día que vi bailar a Rebeca por primera vez sobre el escenario. Prefiero esa imagen mil veces más que esta. El ballet me resulta aburrido, la salsa es más divertida, tiene más ritmo. No hay tanto teatro, no interpretan, solo bailan, o eso parece. Aunque yo creo que la bailarina que tengo a mi lado tiene mucho que ver en esa opinión. El ballet, a pesar de su complejidad, no me llama la atención. ¿Quién me iba a decir que la chica que bailando se metió en mi cabeza como ninguna otra iba a estar conmigo aquí, ahora? Veo a Rebeca con los codos apoyados en la barandilla

del palco. Atenta a cualquier movimiento, los ojos le brillan emocionados. Ya no está nerviosa, parece que le gusta, y a mí me gusta observarla. Tras finalizar el primer acto, aplaude enérgicamente. Se lo está pasando bien. Me alegra, me alegra poder compartir una velada agradable con mi familia y mi princesa.

Los bailarines siguen danzando, saltando de un lado a otro del escenario, con energía y gracia hasta completar la obra. El teatro entero aplaude y Rebeca incluso se pone en pie.

–¿Te ha gustado? –le pregunto nada más salir de la sala, camino hacia el vestíbulo de nuevo.

–Sí, bastante. Aunque no entiendo de ballet. La cenicienta me gusta, y los bailarines son buenos, consiguen introducirte en la historia y emocionarte. Deberían existir más bailarines como ellos, que vivan el baile de esa forma tan intensa.

–Tú que vas a entender de baile –apunta mi madre colocándose bien el abrigo, con un tono áspero en su voz.

Rebeca la mira sin saber qué decir, aprieta mi mano asustada. Mi padre pone los ojos en blanco, cansado. La situación no puede ser más incómoda para todos, excepto para mi madre que parece disfrutar.

–Ella es bailarina, mamá.

–A una stripper no se le puede llamar bailarina.

–¿Quién ha dicho que sea stripper, mamá? –le replico. De ninguna forma voy a dejar que insulte a Rebeca.

–Tiene cara de... ¿cómo lo diría?

–¿De qué mamá? ¿De prostituta?

–Sí

¿Qué demonios? La cabeza de Rebeca baja hasta el suelo, apenada, dolida. No entiendo que le pasa a mi madre, se está comportando muy mal, parece una adolescente celosa.

–¿A qué te dedicas, cielo? –mi padre intenta relajar la tensión que ha causado mi madre con sus impertinentes comentarios.

–Soy camarera –contesta Rebeca con palabras temblorosas.

–Una muerta de hambre entonces –interrumpe mi madre–. Hijo, deberías buscarte una "amiga" con más categoría –enfaticando la palabra amiga–, con más clase, digna de esta familia, alguien como Elsa, no a una cazafortunas como esta.

Rebeca eleva la cabeza. Su rostro se endurece, abre y cierra la nariz sin parar, sus ojos emiten ira y su respiración agitada hace que su pecho se mueva sin cesar. Está a punto de estallar. Realmente no tengo ni idea de qué debo hacer, ni cómo actuar.

–Mire... señora, la voy a llamar señora porque tengo educación –dice dirigiéndose a mi madre, con la voz más violenta que he escuchado jamás salir de su boca, pero tranquila al mismo tiempo–, soy camarera para pagarme los estudios. Estudios universitarios, de arquitectura, exactamente, igual que su marido y su hijo. También soy bailarina de salsa, un baile de salón, tan decente como cualquier otro, no stripper como insinúa usted. Todo lo que tengo lo he conseguido con el sudor de mi frente y estoy muy orgullosa de ello, porque gracias a que sé lo que vale un céntimo valoro más el dinero que gano. ¿Y usted? ¿Sabe lo que vale un céntimo?

–Yo... –mi madre enrojece, no sabe qué decir, está sin palabras, es la primera persona que la deja así, no sé si estoy orgulloso de ella o me duele todo esto.

–Lo dudo. Si a lo que usted llama una mujer de categoría –sigue comentando Rebeca segura de sí misma– es a casarse con un hombre rico y gastar en nimiedades, como un nuevo vestido de seda elaborado en Francia, o joyas, para presumir de su riqueza, perdón corrijo, la riqueza de su marido, mientras el pobre trabaja duro para que usted derroche. Perdone que se lo diga, pero prefiero ser pobre y humilde, antes que ser una mujer de categoría como usted.

Mi padre mira a Rebeca con admiración, mi madre sin embargo, parece estar a punto de llorar. Aunque me duele verla así, reconozco que se lo merecía. Estaba atacando a Rebeca por el simple hecho de que quería que viniera con Elsa. Me siento orgulloso de mi princesa, dice las verdades a la cara y eso hace que me guste más. Aunque ahora que lo pienso, la conocí diciéndome las verdades a la cara. Me siento muy, pero que muy orgulloso de ella.

Rebeca se coloca la chaqueta y da media vuelta. Camina hacia la salida decidida, con paso firme. Mi padre me hace un gesto con los ojos para que la siga.

–No te lo mereces mamá, pero feliz cumpleaños.

Saco del bolsillo la caja de Tiffany y se la entrego.

Consigo alcanzar a Rebeca y la cojo de la mano que, temblorosa y fría,

aprieta la mía.

Vamos en el coche, en silencio. Ella mira por la ventana. Tiene una expresión dura, de enfado, pero sus ojos están apagados, está triste. Lo que acaba de vivir no creo que sea plato de buen gusto para nadie. Hablaré mañana con mamá, debo dejarle claras un par de cosas. Es mi madre, pero debe respetar a la persona con la que estoy. Un momento... ¿estoy con ella? Sí, creo que sí, pero... ¿es lo que quiero realmente? Supongo que podría intentarlo.

–Llévame a casa, por favor –dice con voz entrecortada.

–No. Quiero que estés conmigo –quiero pasar la noche con ella, me da igual lo que acabe de pasar. No puedo dejar que se vaya con ese estado de ánimo, me sentiría mal y odiaría a mi madre por ello.

–Por favor –me suplica.

–No.

–Eres un egoísta –dice volviendo a mirar por la ventanilla.

Puede que lo sea, pero no quiero que esta noche acabe así.

Se me ocurre una idea que puede que le levante el ánimo y le haga olvidar el mal trago, pero tengo que esperar a mañana para llevarla a cabo. Vuelvo a mirarla, está muy apenada. Me duele verla. Por una vez conseguirá salirse con la suya.

Aparco el coche cerca de su edificio y la acompaño a la puerta de su casa.

–Gracias –me dice.

Y sin decir más, Rebeca se gira y atraviesa el portal, cerrando la puerta tras de sí y dejándome en el umbral sin haberme dado tiempo a darle un beso o decirle nada. La noche no habría podido ir peor. Sintiéndome fatal por lo sucedido me marcho a casa, solo...

Siento la cama como una isla enorme en la que me encuentro solo. Necesito que esté a mi lado, necesito su perfume, sus caricias. Ver sus ojos almendrados mirándome con dulzura. Esa dulzura que ella transmite por cada poro de su piel. Necesito su sonrisa, la que me dice que todo irá bien y que es feliz, porque solo si ella es feliz puedo serlo yo también. Pero no está. Una vez más, a mi lado, la nada, el tacto frío de las sábanas. Este enorme hueco que me recuerda cuánto la echo de menos.

Capítulo 19

Siento dejar a David tan preocupado y nervioso, pero el ataque de su madre me ha dejado hecha polvo y lo único que me apetece es estar sola. No entiendo ese empeño de la clase alta en relacionarse única y exclusivamente con su misma clase, menospreciando a los demás como si no tuviéramos nada que aportar. No creo que esa mujer haya pensado jamás que puede que una chica humilde que se conforma con una caricia o una simple palabra, haga más feliz a su hijo que una materialista que necesita que le demuestren su amor constantemente a través de joyas y cosas caras. Eso dice mucho de la clase de persona que es, y la verdad, dudo que ella haya sido rica toda su vida, supongo que no le importa, solo le importa el qué dirán. ¿Y qué dirán sus amistades si su hijo, triunfador, guapo y arquitecto de éxito, sale con una camarera de tres al cuarto? Seguramente pondrían el grito en el cielo.

¿Y si no me lo merezco? ¿Y si es demasiado bueno para mí? ¿Y por qué demonios me estoy preguntando esto?

No voy a dejar que esa señora acabe con mi orgullo y mi dignidad. Sé que valgo mucho y puedo aportarle muchas cosas buenas a su hijo, también sé que si él me deja puedo hacerle feliz, al fin y al cabo, eso es lo que importa. Es cierto que al salir con una persona sales también con su familia, pero finalmente con quién compartes tu vida no es con sus padres, ni sus tíos, ni sus hermanos, es con él. Así que señora, si no te gusto para tu hijo, ¡te aguantas!

Indignada y con un dolor de cabeza tremendo, me meto en la cama y cuento hasta diez. Noto cómo mi cuerpo se relaja y la cabeza se hunde en la almohada. Soñando despierta que tal vez un día David me quiera tanto como yo a él, mis ojos empiezan a cerrarse y por fin me voy quedando dormida.

Un rayo de sol me da en los ojos, anoche olvidé bajar la persiana. Miro el reloj: 8.45. Es muy temprano para levantarse, me doy la vuelta e intento coger el sueño. Recuerdo la escenita de anoche y empiezo a sentirme mal. A pesar de todo es su madre... ¡Genial! me he desvelado y ya no puedo volver a dormir. En silencio, cruzo el pasillo para no molestar a nadie y voy a la cocina a prepararme el desayuno. Desde que Marta se instaló con nosotros, la casa está reluciente, la nevera llena, y cada cosa en su sitio. Me gustaría que viviera aquí mucho tiempo más, pero en algún momento tendrá que volver a su

casa, aunque no sabemos nada de Pablo desde que pasó todo. El muy cobarde no ha dado señales de vida y ella no quiere hablar de ello. Pobre Marta, lo debe estar pasando fatal. Aún tengo los patucos que me dio. Aprovecharé la mañana para prepararle una sorpresa.

Enciendo el ordenador para empezar mi labor. Debo encontrar una foto de Jota, ella y yo decente, recortarla, ajustarla e imprimirla, ¡uf! La que me espera. Navego entre recuerdos. No puedo creer que hayamos vivido tanto juntos, si parece que fue ayer cuando nos conocimos. Encuentro una de cuando estábamos en la piscina de Cancún, sonrientes, cada uno con su cóctel en la mano, felices, ajeno a todo lo que pasaría después. Escojo esa, es una buena foto para recordar.

El ordenador emite un pitido ¡Joder! ¿Qué pasa ahora? Un mensaje me advierte de la llegada de un correo. No conozco el remitente, que raro.

“Hola, ¿cómo estás? Estaba pensando en ti, recordando cada momento que vivimos juntos. He decidido llenarme de valor y mandarte esta foto para que jamás te olvides de mí. Te echo de menos. Un beso.”

Abro el archivo adjunto, impaciente por saber de qué se trata. Esas tres líneas no dicen quién lo manda.

La imagen de Aarón mirándome embobado mientras sonrío a la cámara, rodeados de luces de colores gracias a los fuegos artificiales, me hace recordar el momento como si lo viviera otra vez. Me quedo en silencio saboreando aquel instante.

“¡Me encanta! Gracias por acordarte de mí. Ten por seguro que jamás te olvidaré, aunque quisiera es imposible. Yo también te echo de menos, ojalá pudiéramos vernos, sería estupendo. Un beso.”

Envío el mensaje con una sonrisa de oreja a oreja. Imprimo la foto y la cuelgo en la nevera, una más para la colección.

Después de un par de gestiones, tengo mi regalo a punto. Se lo daré esta noche en nuestro restaurante favorito.

Es nuestro último día libre, aprovecharemos para descansar lo máximo que podamos. Jota ha alquilado un par de películas románticas: “Un paseo

para recordar” y “Cartas a Julieta”. Pasar la tarde viendo pelis atiborrándonos de comida basura es uno de mis planes preferidos, y si es en buena compañía mejor.

Aún no hace frío para encender la chimenea, cogemos cada uno una manta y nos acurrucamos en el sofá. Todo lo malo que pasó ayer, todas las emociones negativas, los insultos y las culpabilidades, pasan a segundo plano ante el televisor. Aún no les he contado nada a mis amigos de mi desencuentro con su madre, no quiero amargarles el día. En realidad, ninguno de nosotros habla demasiado últimamente, ni Marta de Pablo o su embarazo, ni Jota de sus últimas conquistas. Supongo que a veces necesitas guardarte las cosas un poco más antes de explotar, o piensas que ya los demás tienen bastante con sus problemas como para escuchar los tuyos. Sea como sea, nos apetece estar en silencio.

El timbre suena a la media hora de empezar la película. ¿Es que no van a dejarnos tranquilos ni un día? Me levanto refunfuñando, con la esperanza de que sea Pablo para arreglar las cosas con Marta, aunque en el fondo no quiero que vuelvan, sé que no deben volver. Abro la puerta de mal humor. Un pequeño labrador de color crema con un lazo rojo alrededor del cuello, se lanza directo a mis pies, tirando de la persona que lo sujeta con una correa roja a juego con el lazo. Mis ojos pasan del cachorro que meneaba la cola excitado, al dueño.

—¡David!

Plantado con una enorme sonrisa y ojos centelleantes, aguanta los tirones que el perro con su ansia por recorrer terreno desconocido le provoca.

—Buenos días, princesa —saluda.

—¿Qué es esto?

Estoy soñando, debo estar soñando. El pequeño cachorro intenta llegar a mis pies, me agacho para acariciarlo y responde dándome un lametón en la cara. Estoy haciendo un gran esfuerzo por no ignorar a David. Mis ganas de achuchar al perro son más fuertes. David permanece en la puerta, sin pasar, observando atentamente. Mis manos que acarician el cuello del perro tocan una textura y forma diferente. Colgado del collar, hay un pequeño rollo de papel. Con cuidado lo saco mirando fijamente a David que sigue sonriendo, pero esta vez sus ojos muestran impaciencia. Desdoble la nota y la leo para mis adentros.

“Hace poco me preguntaste cuál era mi refugio y mi respuesta sigue siendo la misma. Mi refugio es tu sonrisa, tu forma de mirarme, y tengo una necesidad constante de refugiarme, pues vivir en mi mundo no es fácil.

Sé que la única forma de hacerte olvidar lo malo de mi mundo, de que lo soportes día a día, es tener tu mayor refugio a tu lado, solo así podré tener yo el mío. Necesito que estés en mi vida, que no te vayas nunca. Me has enseñado otra manera de vivir y quiero vivirlo a tu lado. Puedes llamarme egoísta, pero sé que mi egoísmo esta vez te hará feliz. Acepta este regalo como la llave definitiva de mi vida. Quiero que cada vez que lo mires sonrías, porque tu sonrisa es lo que ilumina mi día más gris. Te quiero. David.”

Termino de leer la nota con el corazón a mil. Ha dicho “Te quiero”. Mi cuerpo empieza a temblar sin yo haber dado ninguna orden. La sonrisa de David se ha convertido en una leve curva. Está nervioso, esperando una respuesta, no sé qué decir, me ha dejado sin palabras. ¿El perro es para mí?, ¿pero por qué?

David eleva los ojos en dirección al salón. Miro hacia atrás y veo a Marta sujetando a Jota. Lo conozco lo suficiente para saber que está loco por arrebatarme la nota. Vuelvo la vista hacia el ser que está provocando en mi interior sentimientos inexplicables, desde amor hasta el odio más profundo, y no, no es el perro. Lo amo porque cada vez que lo veo, mi vida cobra sentido, por regalarme cada uno de esos momentos mágicos que hemos vivido, pero también lo odio. Lo odio por ser tan imprevisible, por no saber nunca si dice la verdad o miente, pero sobre todo lo odio por decirme te quiero.

Me acerco a él lentamente, que permanece callado, de pie frente a mí. Suelta la correa del perro, que corriendo llega a los pies de Marta y en él, ve una excusa para mantener a Jota en el salón.

—¿Estás mintiendo? —le pregunto mirándolo a los ojos, temiendo que se trate de una broma— .¿Es verdad que me quieres o lo has puesto para acabar bien la nota?

Sus facciones comienzan a relajarse y su sonrisa vuelve a fluir. Sus manos rodean mi cintura, que con su tacto se estremecen.

—Te quiero —susurra.

Sus palabras acarician mi corazón introduciéndose en lo más hondo de él. Empieza a latir fuerte, tan fuerte que me duele. Llevo tanto tiempo

esperando esto que casi me parece un sueño del cual no quiero despertar.

Mis brazos agarran su cuello y el recibe mi cuerpo, presionándolo contra el suyo, mientras hunde la cabeza en mi pelo haciéndome cosquillas con el ir y venir de su respiración.

–¿De verdad? –pregunto sin podérmelo creer aún.

Se separa de mí y coge mi cara entre sus manos. Su sonrisa ha desaparecido y sus ojos revelan una seriedad que nunca había visto en él. Cerca, muy cerca de mis labios, emite un suspiro.

–Maldita suerte la hora en que te conocí. Has puesto mi vida patas arriba. Cuando no estás te echo de menos y cuando estás, todo a mí alrededor deja de existir. ¿Por qué iba a mentirte? Te quiero y no quiero dejar de quererte.

–¿Entonces el perro es para mí? –él asiente con la cabeza. Una lágrima recorre mi mejilla. Es una lágrima de alegría, amor, pasión, tanto sentimiento reprimido que por fin puede salir.

–¡Ah! –grito corriendo hacia él. Pego un salto y engancho mis piernas en su cintura, dándole besitos inocentes por toda la cara–. Te adoro, te adoro, te adoro.

El se ríe y me agarra fuerte el culo para que no me caiga.

Lo beso, como nunca antes lo había hecho, noto como nuestros labios dejan salir esa tensión acumulada, esos sentimientos que jamás me había imaginado que sentiría. Es el día más feliz de mi vida.

Salgo corriendo a buscar a mi nueva mascota y lo achucho fuerte, haciendo que me gruña de placer. Todos rompemos a reír cuando al soltarlo en el suelo empieza a corretear y se tropieza con la alfombra, sale rodando, se levanta, sacude la cabeza y sigue correteando.

–Es igual de torpe que tú –apunta Jota

–¿Cómo lo llamamos? –pregunta David, sentándose en el sofá tirando de mí para que me siente encima suya.

–Prince –digo sin dudar.

–No sé para qué pregunto –contesta poniendo los ojos en blanco.

Cojo la manta que me tapaba antes de su llegada y logro taparlo a él también.

Jota empieza a llamar al perro por su reciente nombre, pero, como es de esperar, no le hace caso, supongo que tiene que acostumbrarse.

–Creo que tendremos que comprarle una cama a Prince.

–Buena idea David –comenta Jota–. También habrá que comprarle comida porque no pienso darle la mía, ¿te enteras perrito? Nos llevaremos bien mientras no te comas mi comida.

El cachorro planta el culo en el suelo y ladea la cabeza. Volvemos a reírnos como locos. Este chuchó nos traerá mucha alegría, justo lo que necesitábamos.

Me arreglo en un segundo, ansiosa por bajar a la calle con Prince y David. Será un paseo agradable. Estoy segura.

David me espera en la cocina con aspecto rígido. En la mano sujeta lo que parece ser una foto. ¡Mierda! Que poco me dura la felicidad.

–No quiero presionarte –dice con cuidado, eligiendo las palabras una a una–. ¿Podrías decirme quién es, por favor? –lo miro llena de culpabilidad. Se merece una respuesta.

–Se llama Aarón, es el chico que conocimos en Cancún, aquel que escuchaste mientras hablaba contigo –espero su reacción, temerosa.

–¡Ah! Bueno, un recuerdo más, no importa.

¿Qué ha pasado? ¿Por qué no grita y se va dando un portazo?

–¿Estás bien?

–Ya eres mía, el pasado es pasado y debemos dejarlo atrás.

Sorprendida ante esa reflexión del nuevo David, cojo la correa de Prince y nos dirigimos a la calle.

La tienda de mascotas tiene mil cosas para elegir. Necesito una cama grande para no tener que cambiarla cuando crezca. Elijo una rectangular, mullida, de color marrón, si desentona con la sala Jota me dará una paliza. El encargado nos ayuda a elegir el pienso. El comedero y bebedero, los elijo rojo a juego con los artículos de la cocina.

Salimos de la tienda cargados de bolsas. Hace un día estupendo. El hecho de que me encuentre cogida de la mano de David hace que sea aún mejor. De vez en cuando me lanza una mirada tierna. Está contento, hasta me atrevería a decir que es feliz. No puedo quererlo más. Ha conseguido lo que yo más me temía, estoy profundamente enamorada de él.

Prince tira de la correa para lanzarse a los pies de una mujer. ¡Mierda! Todavía no está domesticado. No es salvaje pero es un torbellino, no está quieto. Salgo corriendo detrás del perro y agarro fuerte la correa para apartarlo.

–Lo siento –le digo a la señora.

–Vaya, tú otra vez –su comentario me obliga a levantar la vista. Una mirada llena de odio y superioridad me mira desde arriba.

–Hola mamá –saluda David.

–Hola hijo, estaba saludando a tu amiga, Clara ¿no?

–Rebeca –espeto.

–Lo siento, es que tiene tantas amigas que no puedo acordarme del nombre de todas.

Se ríe con una maldad mal disimulada. Me recuerda a los personajes malos malísimos de las películas de Disney con aquellas risas exageradas que temes desde el primer momento. Estoy empezando a odiar a esta mujer. David permanece callado, el brillo de su mirada ha desaparecido, ¿dónde está la felicidad que rebosaba antes? Me siento mal, culpable por enfrentarlos. Mi mano afloja la correa y Prince sale disparado provocando que David corra tras él.

–Ni se te ocurra pedirle dinero, ¿te enteras? –mira de reojo las bolsas que llevo.

–No tengo necesidad de hacerlo.

–Aléjate de mi hijo o lo pagarás caro.

–Lo haré..., cuando su hijo me lo pida.

La dejo con la boca abierta. Ojalá te comas una mosca y te atragantes vieja amargada.

Voy al encuentro de mis niños. David tiene una mirada apenada, creo que empieza a notar que su madre me aborrece. Quiero decirle que lo siento, que perdone mi comportamiento con ella, pero es que no es cierto. No me arrepiento de nada de lo que he dicho ni ahora, ni ayer. Me la tiene jurada y no pienso dejar que me intimide.

Llevamos a Prince a un parque cercano, para que corra libremente. Espero que se porte bien, no tengo ganas de correr.

–Perdona a mi madre. Cuando tiene una opinión de alguien es casi imposible hacerla cambiar.

Se sienta en uno de los bancos de hierro que hay distribuidos por todo el parque. Echa la cabeza hacia atrás emitiendo un largo suspiro, parece cansado. Debe ser duro aguantar a su madre constantemente, es una vieja amargada, y está amargando al motivo de mi felicidad.

–Eh, escucha, me da igual lo que diga tu madre, a mí solo me importas

tú.

Sus ojos verdes empiezan a recuperar su brillo. Sus brazos me rodean haciendo estremecer mi cuerpo. ¿Cuándo dejaré de sentirme como si fuera la primera vez? Se separa de mí, coge mi mano y la besa. Silba fuerte y Prince acude a su llamada.

David lo coge en brazos, saca su Iphone de color plateado, recientemente adquirido, acerca el perro a mí y se coloca para echarnos una foto. Es perfecta. En ella, un sonriente David me mira con ternura y ojos brillantes, mientras yo me río intentando esquivar un lametón de Prince.

Acabo de llegar a casa después de pasar el día entero inmerso en la más absoluta felicidad. Todo ha salido genial, excepto por el encuentro con mi madre. Me gustaría que dejara de comportarse como una adolescente. Sé que Rebeca no es de su agrado, pero debe entender que ahora forma parte de mi vida, debe respetarlo. Quién lo diría... jamás imaginé que la chica que finalmente me ha conquistado ha sido la chica que más odié. No sé si es amor, lo único que sé, es que sin ella no puedo vivir. Le dije que la quiero porque en cierto modo es lo que siento, pero no estoy seguro si realmente es amor.

Julio habrá pasado por esto. ¡Joder! hace mucho tiempo que no sé nada de su vida. Debo llamarlo, o acabaré perdiendo el contacto con él para siempre.

No me coge el teléfono y lo he llamado cinco veces, empiezo a preocuparme. Iré a su casa, espero que la bruja se haya largado un rato.

Vive en una unifamiliar situada en Leganés, a veinte minutos en coche. Sus padres compraron la casa y se mudaron a otra ciudad al cabo de un año a causa del trabajo de su padre. Julio acabó quedándose y ahora vive allí con la bruja. No tengo muchas ganas de conducir, pero no me queda otra.

Ando perdido, todas las casas son iguales, hechas de ladrillo rojo y una distribución que intenta combinar lo redondo y lo cuadrado. No es mi estilo de arquitectura, pero han hecho un buen trabajo. Tengo que buscar la casa vieja, oscura, con telarañas y muchos gatos, donde la maleza llegue hasta el tejado y esté llena de serpientes y ratas, es donde suelen vivir las brujas ¿no? Fracaso en mi intento. Probaré suerte en la que creo recordar que es.

Llamo al timbre y espero. Minutos después Cintia abre la puerta.

–Mierda, una bruja –me burlo.

–Hola, bicho –no se esperaba mi visita. Intenta mostrar indiferencia, aunque sus ojos indiquen lo contrario. No le agrada, de eso estoy seguro.

–¿Está Julio?

–Puede.

–¿Me dejas pasar? –le pregunto hartado de esperar fuera, en aquel porche sucio.

Se nota que es una persona vaga. La casa está muy descuidada. La mala hierba crece alrededor de los árboles, el césped no tiene color, menos mal que en mi casa tengo a mi asistente. Podría prestársela un par de días.

–No quiero cucarachas en mi casa.

–¿Entonces qué haces dentro?

Me rio de ella y la aparto para pasar al salón. La dejo atrás gruñendo como un perro rabioso. ¡No me muerdas, loca!

Localizo a Julio en la mesa del comedor, rellenando unos papeles. Tiene mal aspecto. El pelo más largo y desaliñado, su cara cubierta por barba de varios días, y sus ojos están cansados, llenos de ojeras y tristeza.

–Ey, ¿qué te pasa? No tienes muy buena cara.

–David, ¿qué haces aquí? –su desconcierto es evidente. No está cómodo con mi presencia, se tensa mirando a todos lados. Intentaré averiguar qué pasa en esta casa.

–Hace tiempo que no sé nada de ti, estaba preocupado, y por lo que veo, tenía razón en preocuparme. ¿Todo bien?

–Está perfectamente –contesta Cintia, situándose a su espalda, apoyando las manos en sus hombros, controlándolo.

La miro con repulsión. Me estoy hartando de verdad. No puede manipular a mi amigo de esa forma. Quiero saber qué demonios está ocurriendo aquí.

–Pues si está perfectamente podrá contestarme él mismo, ¿no crees? – Cintia resopla, hunde los dedos en los hombros de Julio y se marcha hacia el pasillo para subir al piso de arriba, pero antes de poner un pie en el primer escalón fulmina a Julio con la mirada. Esto no me gusta nada.

–David, es mejor que te marches –unos perturbados ojos azules intentan aguantarme la mirada, me da pena. Tengo ganas de llevármelo de aquí, que viva conmigo, que deje a la bruja. Le está quitando las ganas de vivir. Me

agacho hasta llegar a la altura de sus ojos, pero no quiere mirarme.

–Julio, soy tu amigo y sigo aquí, apoyándote. No he estado a tu lado últimamente, pero seguimos siendo amigos.

–No puedo.

–¿Cómo que no puedes? No digas más chorradas. Nos conocemos desde pequeños. Siempre hemos estado juntos los tres, Hugo, tú y yo, así que no me vengas con gilipolleces. ¿Es cosa de Cintia? –espero una respuesta, pero solo obtengo silencio–. Venga no me jodas. No eres feliz con ella. Déjala.

–Vamos a casarnos.

¿Qué? Está loco. No puede casarse con ella, lo matará en vida, eso si no se lo come la mierda antes. La casa está igual que el exterior, me da asco.

Julio se levanta y me empuja a la puerta de entrada.

–Julio... no lo hagas –le suplico.

–¿Ves? Ese es el problema. Ni Hugo, ni tú respetáis mis decisiones. ¿Qué clase de amigos sois? –vocifera enfadado.

–Te mereces algo mejor, ¿no lo entiendes?

–Lárgate, David –me paso las manos por la cara, desesperado. No voy a conseguir que entre en razón, no de esta forma. Cintia presta atención escondida desde lo alto de la escalera.

–Pagarás por esto, que lo sepas –le digo señalándola antes de darme media vuelta y montarme en el coche lleno de frustración.

No puede hablar en serio. No puede casarse con esa zorra, no le traerá nada bueno.

Arranco el coche dejando una humareda y me introduzco en el tráfico, de vuelta a casa.

No puedo creerme que me haya dicho eso, que deje de ser mi amigo porque ella se lo ha pedido, hay que ser cobarde para no enfrentarte a tu propia pareja. Tengo tanta rabia que casi me salto el semáforo en rojo. Necesito hablar con alguien, necesito desahogarme. El conductor de atrás hace sonar el claxon avisándome que el semáforo se ha puesto en verde. ¡Ya voy, joder!

Tengo que hablar con Hugo, contarle qué está pasando. Si Hugo hablara con él quizás recupere la sensatez, aunque creo que será complicado, lo tiene demasiado manipulado. Las mujeres son todas malas. ¡Malas!

El manos libres reconoce mi voz y marca el número de Hugo. No coge

el teléfono. Ya empezamos, otra vez a pelearme con el puto móvil porque nadie me lo quiere coger. Agarro fuerte el volante, una leve molestia aparece en las palmas de mis manos. ¡Dios! Estoy estresado. Lo intentaré con Rebeca, con ella podré hablar, mi niña siempre está ahí para mí. Hoy la necesito más que nunca.

–Hola –la voz de mi princesa al otro lado del teléfono consigue calmar mis nervios–. ¿Qué pasa?

–Nena, voy a recogerte y esta noche cenamos, ¿vale?

–David, no puedo. Es nuestra noche de chicas.

¿Cómo que no puede? Tiene que poder. El corazón empieza a irme a mil por hora, noto como la sangre se me sube a la cabeza. No me hagas esto.

–Rebeca, no me fastidies. Anúlalo y queda conmigo.

–No voy anular nada. Lo siento, mañana te llamo –intento respirar profundamente, esquivo un coche en doble fila y vuelvo a respirar. No consigo relajarme, la rabia puede conmigo.

–Te necesito hoy.

–David, mis amigos también me necesitan. No seas infantil.

–No soy infantil –bramo–. Te quiero conmigo.

–¿Para qué me necesitas? Sea lo que sea puede esperar.

Me ha colgado. ¡Mierda! Nadie quiere quedar conmigo hoy. Necesito a mi amigo, a mi princesa. ¿Mi princesa? No creo que una princesa priorice a sus amigos antes que a su príncipe.

Nada consigue tranquilizarme. Ni la televisión, ni el trabajo, ni siquiera una ducha caliente. La idea de que Julio se case con la malvada bruja del cuento no es agradable, ¡qué coño! Es horrible. No saldrá bien, acabará con él. Si estaba tan demacrado solo con la idea, no me imagino cómo estará cuando pase por el altar, un altar lleno de rosas negras con espinas. La bruja con gorro picudo y su enorme verruga, mantiene a mi mejor amigo atado con cadenas, flacucho, muerto de hambre, lleno de mugre. Hable ahora o calle para siempre. ¡No! Maldita imaginación.

El móvil suena con esa música chirriante que nunca recuerdo eliminar.

–¿Quién es?

–¿Quién va ser? ¿Has borrado mi número?

Hugo hace gala de su habitual humor, yo no tengo ganas de aguantar bromas y menos cuando llevo toda la maldita tarde llamándolo sin éxito.

–Podrías haberme cogido el teléfono, idiota.

–Te noto estresado.

–Pues claro que estoy estresado, cansado y con ganas de emborracharme. ¿Nos vamos a La Belle Nuit? –Hugo hace una pausa muy larga.

No, no, no, cuando deja de hablar en mitad de una conversación, nunca, nunca es bueno.

–No puedo. Mañana tengo un juicio y necesito repasar el caso, trabajaré toda la noche. ¿Qué demonios te pasa?

–Que nadie está cuando lo necesito.

Cuelgo y tiro el móvil al suelo. Me siento muy mal. Necesito emborracharme y me da igual hacerlo solo.

La Belle Nuit no está tan llena como de costumbre, que sea un día entre semana también influye. Le pido al camarero un whisky bien cargado. Me lo bebo en menos de cinco minutos y pido otro. A mi lado una chica no me quita ojo. Es mona. Tiene buenas tetas y un vestido muy ceñido, no me costaría mucho arrancárselo. Me sonrío mientras se pasa la lengua por el labio inferior, provocándome. Lentamente, se acerca a mi asiento. Susurra algo, pero no logro entenderla. La miro desafiante, me importa un bledo lo que me haya susurrado, quiero acostarme con ella, quiero dejarla hecha polvo. Me acerco más y más a su boca, ella capta la indirecta y se lanza a mis labios, hambrienta. De repente la imagen de Rebeca aparece en mi cabeza. ¡Venga ya! Aparto a la chica de un empujón y miro mi copa fijamente. La chica insiste cogiéndome de la nuca.

–Lárgate.

Me mira con cara de estupefacción, frunce el ceño y me lanza una mirada de odio. Da media vuelta y empieza a tontear con su próxima presa, un chico con aspecto inocente al final de la barra. Algo me dice que esta noche ese chico cumplirá el sueño de su vida, acostarse con una tía buena. ¿Y por qué no puedo hacerlo yo? Hundo la cabeza en la copa y me tomo dos o tres más. Empiezo a perder la cuenta.

–Señor, debería marcharse ya –me sugiere el camarero limpiando los últimos vasos sucios que quedaban.

–Tú... no... eres nadie para... decirme lo que debo hacer –titubeo.

Casi no puedo hablar. He bebido demasiado, pero no quiero parar, me

siento mejor así.

–Señor, vamos a cerrar en breve.

–¡Qué temprano! No sabía... que estaba... en una guardería. Todos a dormir. ¡Vamos! –a duras penas puedo terminar la frase. Me siento mejor que nunca y ese tío quiere acabar con mi alegría. No voy a permitirselo–. Ponme otra.

–Señor, es mejor que se marche a casa.

Agarro al camarero por la camisa. La sangre me arde en las venas, noto el alcohol fluir por ellas, la cabeza me da vueltas y mi corazón retumba más fuerte.

–He dicho... que me pongas... otra copa.

Alguien me agarra por detrás, me levanta de mi asiento y me empuja a la salida. Intento zafarme pero me tiene bien cogido, no puedo moverme, y que la cabeza me dé vueltas no me ayuda en nada. En la calle, veo que el hombre que me agarraba con fuerza para echarme del local es Mario, el portero.

–¡Venga Mario, que somos colegas! –vocifero.

Me mantiene sentado en el suelo, justo al lado de la puerta del pub, mientras él llama por teléfono. Eso, llama a la policía. Todo se vuelve negro, no aguanto más, mi barriga empieza a librar su batalla y vomito en sus zapatos.

Capítulo 20

Estamos pasándolo en grande en el restaurante. Jota hace uno de sus típicos comentarios sobre hombres y Marta le ríe la gracia. Estoy bastante distraída. Sé que David está enfadado. Le colgué y no le gusta que lo hagan, pero no debió exigirme que anulara mis planes, no es nadie para decirme qué debo hacer. Puede que las cosas entre nosotros hayan cambiado un poco, que ya no seamos solo dos amigos, aun así, debe entender que el mundo no gira a su alrededor y que nadie debe dejar su vida a un lado cuando él lo necesite, es egoísta, los demás también tenemos planes y problemas propios, de todas formas, ¿qué esperaba de un hombre que está acostumbrado a tenerlo todo?

Mi bolso, que descansa en el respaldo de mi silla, empieza a vibrar, sea quien sea, no me apetece cogerlo. Es nuestra noche de chicas, la noche en la que Jota habla de sus conquistas, Marta ríe y canta y yo me despejo de mis problemas cotidianos, la necesito, la necesito para enfrentarme de nuevo a las clases, a los exámenes, al trabajo, pero sobre todo a David. Su enfado me pasará factura, no tengo muy claro cómo, pero algo malo se avecina. El móvil no deja de vibrar. Me estoy cansando, le colgaré, a ver si pilla la indirecta. Bah, ni siquiera conozco el número, razón de más para colgar.

Jota se abalanza contra mí, me quita el teléfono y contesta.

–Hola –está bastante achispado, la lengua se le traba intentando formular una sola palabra. Me da miedo lo que pueda soltar por esa boca indiscreta y llena de alcohol–. ¡Uh! Es un hombre –nos dice divertido, moviendo las cejas tratando de tapar el auricular–. ¿No te valgo yo? Yo valgo para todo, pero todo, todo.

Marta y yo aguantamos la risa, el estómago empieza a dolerme y los ojos me lloran, ambas sabemos a qué “todo” se refiere. Respiro hondo para no romper en carcajadas y le quito el teléfono a Jota.

–¿Quién es? –pregunto.

–¿Rebeca?

–El chico misterioso tiene una voz varonil que me resulta conocida. Asiento con un leve sonido gutural para confirmarle que soy yo por quien pregunta.

–Soy Hugo, ¿qué demonios acaba de pasar?

–Nada –aguanto la risa otra vez como puedo evitando mirar a Jota, que

hace gestos con las manos para que se lo pase de nuevo—. ¿Qué ocurre Hugo?

–Se trata de David.

–Ya le dije que no podía quedar con él hoy. ¿Es que es incapaz de aceptar una negativa?

–Me acaba de llamar el guardia de La Belle Nuit, el local donde solemos ir, para decirme que David está borracho y armando escándalo, o me lo llevo yo, o llama a la policía.

–Ah, ¿y qué pinto yo en todo esto?

–Por eso te llamo. No puedo ir a recogerlo porque mañana tengo un juicio, ¿podrías ir tú?

¿Qué? ¿Recoger a David borracho de un local donde es habitual? No quiero hacerlo. Una parte de mí dice que no vaya, que pase de él y siga con mi cena que hasta ahora ha ido de maravilla, pero otra parte me dice que me necesita. Debe estar muy mal para que Hugo me llame por esto, además, se lo debo, por todo lo que ha hecho por mí, por los regalos sin motivo, por ser él. Tras meditarlo unos segundos ante la atenta mirada de Jota y Marta, gana la parte sensata.

–Está bien, yo iré a por él –acepto–. Oye Hugo, ¿cómo has conseguido mi número?

–Gracias. Se lo pedí a Julio que llamó a tu trabajo. Siento haberte molestado.

Miro al frente, ausente, pensando en cómo sacaré a un borracho de un sitio así yo sola. No sé en qué estado lo encontraré, nunca he visto a David de esa manera. Tengo miedo.

–¿Malas noticias? –pregunta Marta.

–Eh... tengo que irme, es urgente.

–Nos preocupas, ¿quieres que te acompañemos? –Jota se levanta para coger su abrigo.

–¡No! Es algo que debo hacer sola. Seguid sin mí.

No quiero preocuparlos. Si supieran lo que ocurre querrían acompañarme y estoy segura de que sacarlo de allí sería mucho más difícil si tengo compañía.

Hugo me ha facilitado la dirección de la discoteca, no es difícil llegar, el tráfico es ligero a esta hora de la noche y en un día entre semana, además está cerca. Aparco frente a una doble puerta de color negro custodiada por un

hombre de seguridad igual de alto que la puerta, y podría decir que incluso del mismo ancho. Estos hombres culturistas a veces nunca saben cuándo parar. No me gustan nada.

En el suelo, un borracho pega gritos y se tambalea intentando levantarse. Tiene la camisa blanca llena de sangre. Me acerco lentamente al portero. ¡Guau! De cerca impone bastante.

–Hola... eh... –titubeo ante la mirada intimidante de aquel majestuoso ser—. Busco a...

El portero da un paso hacia la derecha tapándome por completo al borracho que se queja aún tirado en el suelo.

–¡Cabrones! ¡Sois todos unos cabrones! Trátarme así, ¡a mí!

La voz me resulta muy familiar. Ladeo la cabeza para esquivar el obstáculo que me impide ver a semejante ser. ¡Oh, Dios mío!

–¡David! ¿Qué te ha pasado?

Corro hacia él, me agacho para ayudarlo a levantarse. Me recibe con balbuceos ininteligibles, apoyando su peso en mi hombro y tratando de darme un beso, lo esquivo. Apesta a alcohol y tiene el labio lleno de sangre.

–Perdió el equilibrio y al caer al suelo se pegó un cabezazo contra el palo que sujeta el cordón de seguridad, creo que se mordió el labio –explica el hombre gigante al ver mi cara de desconcierto, mientras me ayuda a montarlo en el coche.

–Gracias.

El hombre sonrío y vuelve a la puerta a seguir con su trabajo. Cojo la cazadora de David que permanece en el suelo y se la echo por encima. Da una arcada y toda su cena va a parar a mi camiseta, ¡qué asco! Acaba de vomitarme encima. Ajeno a todo, se recuesta en el asiento y se queda dormido como un tronco. Emito un largo suspiro y cuento hasta diez. Estoy cansada, acabo de salir de una cena agradable para acabar con vómito en el pecho. El olor es horrible, me entran ganas de imitarlo y vomitarle encima, controlo la respiración unos segundos y vuelvo a respirar. Siguiendo este ritmo respiratorio conduzco hasta su casa, necesitaré ayuda para subirlo.

El conserje es tan amable que se ofrece a ayudarme sin preguntar, supongo que es su trabajo, aunque así sea, se lo agradezco porque David duerme como un bebé y pesa demasiado.

Con su ayuda tumbo a David en la cama, le quito los zapatos e intento curarle el labio sin éxito. En cuanto apoyo la gasa humedecida con alcohol

empieza a mover la cabeza de un lado a otro, me rindo, mañana lo tendrá hinchado.

–No me has dicho te quiero –balbucea David abriendo un poco los ojos mientras le tapo con la sábana–. Yo te lo dije y tú no. ¿No me quieres? Quiero que me quieras como te quiero yo, porque yo te quiero como quiero que me quieras.

Joder, ¿qué dice ahora? ¿Es un trabalenguas? Me he perdido. Quiere que le diga que lo quiero, hasta ahí lo he entendido, el resto... lo ignoro y me marcho a la ducha, debo quitarme este olor o acabaré enferma. Busco una camiseta vieja o algo que pueda usar de pijama, pasaré la noche cuidándolo. ¡Genial! Definitivamente es lo que yo quería. Perder mi noche con mis amigos para cuidar de un inconsciente.

En la ducha pienso en todo lo acontecido. ¿Qué le pudo haber pasado para que acabara en ese estado? No creo que el hecho de no quedar con él le afectara hasta ese punto, tiene que haber algo más. Me dijo que me necesitaba, pero ¿para qué y por qué? Empiezo a sentirme culpable. El problema es que no quiero dejar a mis amigos. Ya lo pasé mal cuando me alejé de ellos sin querer, no quiero volver a hacerlo, tendré que buscar la forma de dividirme, está claro que David es importante para mí, pero también lo son mis amigos. El agua caliente cae por mi cuerpo, es agradable. La pregunta de David de hace unos minutos me martillea la cabeza, me gustaría que el agua que me cae en el pelo alejara mis pensamientos. Claro que lo quiero, lo quiero muchísimo, más de lo que puedo imaginar. Cuando lo conocí no pensé que acabaría enamorada de una persona tan egocéntrica y egoísta, pero poco a poco he podido ver otro David, la persona que se esconde bajo esa fachada dura e infranqueable. Es cierto que no le he dicho que le quiero, al menos no de verdad, pero cada momento tiene un sentimiento, un sentimiento que me hace cuestionarme si lo que hago está bien o mal. Si está bien no importa, pero... ¿y si está mal?

A veces un sentimiento en un momento inoportuno puede llevar a una conclusión errónea. Puedo tomar decisiones que perjudiquen mi vida solo por tomarlas en un momento equivocado, la cuestión es... ¿Debo aprender a vivir con la culpabilidad de decir te quiero demasiado pronto o demasiado tarde? Para mí es uno de los mayores retos que me pone la vida. Entonces, ¿qué hago? Decir te quiero es una responsabilidad grande.

Tal vez es mejor decirlo pronto y dejar huella en cada persona de una forma distinta, pero si lo hago, lo haré a mi manera.

Salgo de la ducha decidida a cualquier cosa por llevar a cabo mi plan. Me pongo una camiseta azul coral vieja que encontré en uno de los cajones, casi me sirve de vestido, me llega justo debajo del culo. Cojo su móvil y me dirijo a su despacho. Enciendo el Mac de sobremesa, ¡Mierda! Me pide contraseña, piensa Rebeca, piensa, debe ser algo que le importe... ¡Lo tengo! Probaré con el nombre de su hermano. Escribo Pedro lentamente con miedo a que salte alguna alarma. En mi cabeza se reproduce una escena de película en la que el ordenador grita ¡intruso! ¡intruso! Y David me echa a patadas de su casa. Por Dios, espero que funcione. ¡Bingo! Estoy dentro, ahora sólo necesito conectar el móvil al ordenador. Después de pelear con el ordenador, el móvil y la impresora durante media hora, consigo mi propósito, no sé si le gustará, pero me arriesgaré.

Me acuesto a su lado intentando no despertarlo, no tengo ni idea de por qué tengo cuidado, duerme profundamente, no creo que se despierte ni con un concierto de rock en su oído. Nada más apoyar la cabeza sobre la almohada noto el cansancio de mi cuerpo, ha sido un día largo, me quedo dormida en un segundo.

El ruido del despertador me obliga a abrir los ojos, tengo tanto sueño que no soy capaz de despegarlos del todo. Me doy media vuelta para volver a dormirme, paso de lo que sea que tenga que hacer esta mañana, no voy a levantarme, me niego. Noto un movimiento a mi lado, de repente me llevo un manotazo en la cara.

–¡Joder! –grito al tiempo que abro los ojos y miro a David con el ceño fruncido–. Si querías despertarme con decir mi nombre bastaba.

David se incorpora, pasa por encima de mí y apaga el despertador. Vuelve a su sitio y se sujeta la cabeza con las manos, dolorido.

–Me va a estallar la cabeza. ¿Qué haces aquí? –pregunta con los ojos hinchados y mirada ausente, como si tratara de recordar algo. Dudo que lo consiga.

–Anoche saliste, te emborrachaste, la jodiste y tuve que ir a recogerte –espero su respuesta, pero sigue perdido mirando la camiseta que llevo–. Ah, también me vomitaste encima.

Se tapa la cara con las manos. Tras unos segundos se acerca a mí y me

besa dulcemente.

–¡Auhg! ¿Qué cojones?

–También te partiste el labio cayendo al suelo –me mira extrañado como si le contara una película que no le suena de nada.

–Me voy a duchar, estoy hecho un asco.

Espero a escuchar el agua caer y me levanto para preparar el desayuno, un poco de café le vendrá bien.

Vuelvo a la habitación a recoger el móvil. La puerta del baño está abierta, veo como poco a poco se va desvistiendo. Está de espaldas. Es perfecto. Me encanta la forma de su cuerpo, su trasero, la forma sexy de moverse. Si no salgo pronto de esta habitación pareceré una gata en celo.

–Sé que me estás mirando –dice sin girarse con voz sensual–. Anda tonta, dúchate conmigo.

–Si insistes...

Corro hacia él que se gira colocándose frente a mí y empieza a quitarme la camiseta. El tacto de sus dedos en mi cuerpo desnudo hace que me estremezca. Nos metemos juntos en la espaciosa ducha. El agua comienza a caer por nuestros cuerpos, haciendo cada roce diferente. Me besa apasionadamente. Me cuesta respirar con el agua cayendo por mi nariz, pero no me importa, busco la manera de mantener el aire en mis pulmones. Tira de mi pelo hacia atrás dejando mi cara al descubierto, libre para hacerme lo que quiera. Sus dientes atrapan mis labios. Es sexy, es erótico y estoy a cien. Quiero más, mucho más. Hundo mis uñas en su espalda y me aferro a él, apretándolo contra mi pecho, que desnudo, reacciona ante su calor. David nota mi deseo y sin más preámbulos me hace suya.

No encuentro nada en la cocina, preparar el desayuno va a ser más complicado de lo que pensaba. Consigo poner la cafetera y prepararme un zumo, tendremos que comer algo fuera, no hay pan, ni dulces.

David entra con un aspecto impecable, traje de chaqueta gris oscuro, camisa blanca y corbata negra. Es su uniforme de trabajo. Todavía tiene el labio hinchado con un pequeño moratón a su alrededor, no parece que le duela, al menos en la ducha no se quejó. A pesar de todo está perfecto, mi Don Perfecto.

–Rebeca, la foto que hay en la habitación, ¿tienes algo que ver con ella?

La foto, la dichosa foto que me llevó más de media hora preparar. Es la foto del parque, los dos juntos con Prince.

–Eh... depende. ¿Te gusta? –pregunto temiendo que me eche la bronca por tocar sus cosas.

–Sí, pero no recuerdo cómo ha llegado ahí.

–Verás, anoche me dijiste de una forma bastante difícil de entender que no te he dicho te quiero –me mantengo callada un segundo esperando alguna reacción, asiente un poco impaciente, parece que al menos recuerda algo—. Tengo miedo a decirte te quiero y arriesgarme que realmente no sientas lo mismo, sin embargo, te digo que no te quiero... te amo y te lo digo a mi manera. Quiero que te sientas especial en cada momento que vivamos juntos porque sé que la vida te puso en mi camino por alguna razón. Esa razón es que la que me hace cometer locuras, morirme cuando estás lejos y ser feliz cuando me abrazas o me acaricias el pelo. Esa razón, empieza a ser la razón de mi existencia. Y mi forma de demostrarte que todo lo que digo es cierto, es que me tengas presente cada vez que cierres los ojos por las noches y los abras por la mañana, porque quiero ser tu primer y último pensamiento del día. Es por eso por lo que decir te quiero me cuesta tanto.

Con los ojos resplandecientes y sin decir nada me coge por la cintura y pega sus labios a mi oreja.

–Eres el sueño de mi vida.

—

No recuerdo nada de lo que hice anoche, excepto haberle pedido a Rebeca que me dijera te quiero. Tengo algunos recuerdos borrosos. Los más reales son estar bebiendo en el pub y despertarme con mi princesa al lado. No ha sido el despertar más romántico, la pobre se ha llevado un buen manotazo, pero el hecho de que me diga todo esto hace que mi día empiece con buen pie. No quiero que nada, ni nadie lo estropee. Sus palabras me llenan de energía, siento que hoy puedo conseguir cualquier cosa que me proponga y prefiero pasar el día con ella antes que volver a la oficina, por desgracia, el trabajo es prioritario.

Verla con mi camiseta azul fregando las cosas del desayuno, me provoca un deseo ardiente y la pereza se introduce en mi cuerpo y en mi

mente.

–Me tengo que marchar princesa –me despido apesadumbrado, dándole una palmada en el culo acompañada de besos intermitentes en los labios.

–Vale, ¿te importa si me quedo aquí un rato más? Apenas he dormido.

–Quédate el tiempo que quieras. Ojalá estuvieras cuando vuelva.

Le guiño un ojo y salgo camino a la oficina. Nunca había sentido tanta desgana para ir a trabajar.

La oficina sigue como siempre, ajetreada. Mi padre está en su despacho ultimando los detalles para uno de nuestros clientes. Este en concreto es desesperante, siempre viene con modificaciones, nuevas medidas, tipos de materiales. Creo que su mujer tiene mucho que ver, pobre hombre.

Enciendo el ordenador y emito un suspiro al ver el fondo de pantalla, mi niña alegrándome el día. Se ha convertido en alguien bastante importante en mi vida. Alejo esos pensamientos para que no me distraigan y empiezo a diseñar lo que será el mejor proyecto que he hecho hasta entonces.

Llevo un buen rato peleándome con las medidas cuando el móvil comienza a sonar.

–¿Quién es? –contesto con voz seca. Sé de sobra de quién se trata, el nombre de la pantalla lo delata, pero estoy enfadado con él.

–David, ya va siendo hora de que mires la pantalla antes de descolgar, soy Hugo.

–¿Hugo? No me suena –hago una pausa y escucho los suspiros de cansancio en su voz–. ¡Ah! Hugo, aquel que cuando lo necesito no está, al que estuve llamando y no me cogía el teléfono. Vamos, el amigo cabrón que solo me quiere para jugar a la Xbox.

–Acabo de salir de un juicio que ha salido mal, no necesito broncas. ¿Nos vemos y me cuentas que era eso tan importante que querías decirme ayer?

Es cierto que lo noto triste. Si hay algo que lleva peor que perder ligues es perder un juicio, le afecta muchísimo. Sin embargo, en cierto modo le viene bien de vez en cuando, así se curra mucho más el siguiente y no se relaja.

–Julio se casa... con Cintia.

–¿Qué? –su voz pasa de tristeza a espanto–. Voy a tu oficina. Hasta

ahora.

En menos de diez minutos Hugo entra en mi oficina sin anunciarse, como hace siempre. Empiezo a contarle mi visita a la casa encantada de Julio y la bruja.

–Aunque nos duela no podemos hacer nada. El tiempo nos dará la razón –dice tras reflexionar en silencio, mientras yo sigo borrando y dibujando–. A menos que... se enamore de otra. Podemos pagar a alguien para que lo enamore.

Levanto la vista, incrédulo. ¿Acaba de decir lo que he escuchado? A veces le falta sentido común, pero eso es lo que le hace ser mi mejor amigo, necesito su locura.

–¿Cómo vamos a hacer eso? Estás tonto. Ya buscaremos la forma de disuadirlo.

–¿Qué tal tu juicio? ¿Tan mal te fue?

–Uf, ni me lo mientes. Un marido mujeriego que quiere divorciarse de su mujer embarazada sin decirle nada. Todo un caballero.

–¡Qué hijo de puta!

Acabo la jornada laboral. Hace rato que Hugo se marchó y tengo ganas de volver a casa, espero que Rebeca siga allí, conociéndola se habrá marchado.

En el piso hay un silencio sepulcral. Una punzada de decepción me da en el estómago. Tengo ganas de estar con ella, de abrazarla y besarla. Iré a buscarla a su casa. Me dirijo a mi habitación para cambiarme de ropa. La puerta está cerrada, la abro pegando un portazo y una silueta se mueve bajo las sábanas. Cualquiera estaría asustado, hay alguien en la cama, pero para mí eso significa que Rebeca está aquí. Me acerco lentamente al borde para comprobar que es ella. Ahí la veo, dormida, relajada, con la respiración pausada y profunda. Nunca me cansaré de repetirlo, me encanta verla dormir.

Son las 17.00, debería despertarla, hoy empezaba a trabajar y no quiero que llegue tarde.

–Princesa –susurro–. Tienes que levantarte.

–Mm... un poco más.

Se da media vuelta y se tapa la cabeza con la sábana. Esta mujer es imposible, le encanta dormir. Me cuesta una barbaridad despertarla siempre. La otra vez lo conseguí con chocolate, pero no habrá suerte esta vez.

–Venga dormilona que hoy tienes que trabajar.

Le quito la sábana de la cara zarandeándola delicadamente. Ella resopla y lentamente se incorpora. Me mira con los ojos hinchados, aún medio dormida. Una sonrisa se dibuja en sus labios. Quiero fotografiarla, inmortalizarla así, me encanta su rostro mañanero, pero estoy seguro de que si lo hago se enfadará.

–¿Qué hora es? –pregunta desorientada.

–Las cinco. Has dormido todo el día, nena.

–¡Mierda! Entro a trabajar a las ocho –se levanta de un salto y empieza a correr por todos lados. La miro divertido desde la cama. Está tan alterada buscando en los cajones que no se da cuenta de que es mi armario. Se para en seco y se gira para mirarme con un pantalón en la mano.

–No son míos, ¿verdad?

Me echo a reír sin parar negando con la cabeza. Voy hacia ella y la beso. Incluso con sus pequeños despistes consigue hacerme feliz. Estar a su lado es sonreír siempre, a todas horas, eso es lo que necesitaba en mi vida, lo que tanto tiempo llevaba esperando. Mis fugaces noviazgos anteriores no me llenaban por esta razón, siempre querían cosas materiales, pedían, pedían y pedían, no entiendo cómo he podido tardar tanto en descubrirlo.

–Anda, ponte algo y te llevo a tu casa –le doy una palmada en el culo y la empujo al vestidor.

–No tengo nada que ponerme.

–Quédate la camiseta, entraré por el garaje y no te verá nadie.

Aprueba mi plan levantando el pulgar. Comienza a cambiarse y yo la espero tumbado en la cama.

–Oye, ¿cuándo cenas?

–Pues... –la escucho toser–, normalmente nos llevamos la cena al trabajo, en un descanso la calentamos y cenamos.

–Prepararé algo entonces.

–No hace falta. Marta se habrá encargado de eso, conociendo a Jota, se lo habrá pedido, puede que incluso suplicado.

Más tranquilo con la idea de que cenará en condiciones termino de relajarme.

En su casa hay mucho ajeteo, parece una guerra. Jota y Rebeca corren de aquí a allá pegándose gritos, que si no encuentran los zapatos, que si la

gomina... Marta, sin embargo, está tranquila en la cocina preparando dos bolsas de comida. Parece una mamá de verdad, le irá bien con su bebé.

Me siento en el taburete de la cocina a esperar que terminen para llevarlos al trabajo.

Rebeca sale con su nuevo uniforme. ¿Qué demonios es eso? Un pantalón negro corto que deja al descubierto un cuarto de sus preciosas nalgas, conjuntado con una camisa de mangas cortas del mismo color, con escote abierto y las palabras “El meneíto” en el pecho izquierdo. No me gusta su uniforme, si yo vistiera a mi secretaria de esa forma no trabajaría nadie en la oficina.

—¿Tienes que ir así? —le pregunto esperando que su respuesta sea un no.

—Sí, órdenes del jefe. Dice que habrá cambios y así atraeremos más clientela.

Maldigo a su jefe. Si quiere ver jovencitas vestidas de esa forma debería crear un prostíbulo. No digo que Rebeca sea una profesional del porno, pero ahora mismo viste como una. No me gusta nada. Me encantaría que fuera una broma, una mala broma.

—Creía que eso era un local de baile, no un bar de... viejos salidos.

Ella y Jota se encogen de hombros. Recogen sus cosas y se dirigen al garaje.

El local ha cambiado. Las paredes que antes eran de un granate intenso ahora son de color crema, en algunos puntos han colocado piedras pizarras de color negro, el contraste de color aporta luminosidad al local. Los sillones blancos siguen en su sitio pero las mesas de maderas ha sido sustituidas por mesas cubo que se iluminan en diferentes colores, resulta divertido. La barandilla ahora es de cristal. El escenario sigue igual, excepto por el enorme logo que preside la pared del fondo. La pista de baile está modernizada y el suelo pulido. Está genial. Un buen cambio de imagen, moderno, acogedor y agradable.

Rebeca se coloca tras la barra y empieza a atender, yo me siento en los taburetes a observarla. De vez en cuando me lanza miradas y sonrío. No puedo evitar pensar en la suerte que tengo de tenerla.

Un chaval se le acerca, va vestido como Jota, se presenta y se dan dos besos. ¿Un trabajador nuevo? Supongo que el sustituto de Marta.

El hombre no está mal. Es joven, atlético y se encuentra dentro de lo que una mujer puede considerar un tío bueno. No deja de mirar a Rebeca y eso

me está empezando a mosquear. En cuanto ella se da la vuelta aprovecha para mirarle el culo, ¡eh! ¡Ese culo es mío!

Rebeca pasea por mi zona limpiando la barra, intenta ignorar mi presencia.

–¿Quién es ese?

–Es nuevo. Se llama Ismael, es muy simpático –lo mira y le sonrío.

No, ni se te ocurra. Todos caen rendidos antes su sonrisa y no quiero otro parásito intentando quitármela, con Luis tenía bastante.

–No deja de mirarte.

–No digas tonterías.

–No son tonterías –afirmo mirando al nuevo.

–¿Estás celoso?

–No estoy celoso, pero no me gusta que te mire.

Suelta una carcajada y se vuelve para atender las mesas.

El nuevo, Ismael, se acerca a recoger unos vasos sucios que alguien acaba de dejar a mi lado. Observo que no puede evitar girar la cabeza para mirarla. Me estoy cansando. La sangre empieza a hervir en mis venas, la mente se me queda en blanco. Tengo ganas de sacarle los ojos de un tirón para que no pueda ver nada más, pero eso empeoraría la situación. Rebeca se enfadaría conmigo y a mí me echarían del local sin poder ver lo que ocurre dentro. Intento controlarme. Respiro profundamente y bebo un sorbo de mi copa.

–¿Le pongo otra? –me dice una voz desconocida, grave y sosegada.

–No, gracias.

Ismael asiente y se marcha. No sé adónde se dirige. Me limito a mirar mi copa, necesito calmarme. El gilipollas está tan tranquilo, ajeno a lo que mi mente tiene intención de hacerle.

Busco a Rebeca con la vista, no la encuentro. Estará en el baño. Inconscientemente busco al nuevo y tampoco lo encuentro. Vale, ahora sí que estoy nervioso. Miro a Jota con la esperanza de que me entienda y me diga dónde están, necesito tenerlos controlados, sobre todo a él. Parece que adivina mis pensamientos y me señala la pista de baile asustado. Lentamente giro la cabeza. Allí los veo a los dos, agarrados, bailando una bachata. Él tiene una mirada de lujuria. No sé si son cosas más o no, pero tengo la impresión de que sus manos están más cercas del trasero de mi niña de lo normal. Me levanto dispuesto a separarlos y dejarle las cosas claras, pero Luis se me adelanta. Los detiene, le dice algo a Rebeca al oído, ella se disculpa con el

nuevo y se marcha siguiendo a Luis. Uf, menudo alivio, por una vez me alegro de saber que Luis sigue vivo, aunque pensándolo bien, ¿adónde la lleva?

No aguanto más, necesito aire, respirar, tranquilizarme. No puedo ponerme de esta forma cada vez que Rebeca hable con un hombre. Es su trabajo, pero en su trabajo no incluye desaparecer con Luis. ¡Mierda! Debo buscarla, saber dónde está.

Me acerco a la puerta del almacén. Justo cuando voy a abrir la puerta Rebeca sale y se asusta.

–¡Joder! ¿Qué haces aquí?

–No te encontraba.

–Luis tenía que hablar conmigo. Luego te lo cuento.

Se mete tras la barra para atender los pedidos anotados en la libreta. Luis sale del almacén y me saluda con la cabeza mostrándome una sonrisa falsa. La mira a ella, me vuelve a mirar a mí, su mirada se torna oscura, maliciosa y sobre todo obscena. Esto no me gusta. ¿Qué coño ha pasado ahí dentro?

Capítulo 21

Estoy eufórica. La noche marcha mejor de lo que esperaba, aunque debo reconocer que estaría más cómoda si David no observara cada paso que doy, me siento vigilada, cohibida y no me gusta nada. Intuyo que el nuevo camarero tiene algo que ver, procuro no acercarme por si acaso. Debe pensar que soy una antipática, pero si me acerco estoy segura que luego me caerá una bronca y no tengo ganas de discutir. Nunca he tenido que frenarme a la hora de hablar con alguien, siempre he ido a mi aire y la idea de tener que responder ante alguien no me resulta alentadora, ¿por qué lo hago? No lo sé. No quiero mosquear a David, me gusta tenerlo aquí sin malos rollos, ¡uf! No quiero pensar en ello, quiero disfrutar de la vuelta al trabajo, a la rutina, a mi entorno.

La canción más bonita del momento suena en los altavoces. La voz de Daniel Santacruz cantando “Bachata en Nueva York” transmite mucho sentimiento. Me encanta su letra, su ritmo. Es difícil encontrar una canción de este género que consiga fundir el baile con la letra y la música. Es impresionante, realmente bonita cuando se baila bien, tengo que bailarla como sea. Recuerdo cuando bailé con David en la fiesta de su madre, sabe bailar, sin embargo, me apetece bailar con otra persona, alguien de más nivel que me haga sentir la canción y no tenga que estar pendiente de los pasos que debo hacer o de marcar el ritmo si se pierde. El nuevo sería adecuado si no fuera tan baboso, pone las manos donde no debe y se pega demasiado, no me resulta muy cómodo bailar con él. Miro a todos lados buscando el candidato perfecto, mi mirada se detiene en David que observa divertido a Jota hacer malabares con las cocteleras, al menos hay algo que se le da bien aparte de decorar.

Encuentro a Luis en la esquina de la barra. Levanto la mano para llamar su atención y le señalo la pista susurrando entre dientes “¿bailas?” No necesito hablarle fuerte, accede de inmediato. Sé perfectamente cuando pedirle un baile o cuando no está de humor, esta vez he tenido suerte, parecía aburrido. Baja a la pista, lo sigo lentamente, intentando no levantar la sospecha de David que aún sigue embobado con el movimiento de las cocteleras. Gracias Jota, te debo una aunque no lo sepas.

La pista está llena, la canción sigue sonando, por suerte solo me he perdido el principio. Colocándose en un rincón vacío de la pista extiende su

mano y le cedo la mía. Con un rápido tirón pega su cuerpo a mí y empezamos a movernos al unísono. Su pierna controla el movimiento de mi cadera, su mano me aprieta la cintura con fuerza con miedo a perderme si huyo, no creo que sea consciente de que, aunque quisiera escaparme, me resultaría imposible, me tiene totalmente bloqueada con su cuerpo, me siento un poco incómoda. Intento separarme pero no puedo, estoy bien sujeta, así que decido dejar de pensar, poner la mente en blanco y sentir el baile. La canción sigue avanzando y con ella nosotros. Todo empieza a reducirse a un compás, un giro, un paso acompañado por su respiración entrecortada que, cerca de mi cuello, provoca el suave movimiento de mi pelo, lo noto. De repente otro giro, ¡mierda! con mi trasero toco sus partes más íntimas de un modo bastante violento. ¡Eh! ¡Deja de apretarme! Empiezo a sentir como su energía aumenta, ¡ups! lo que no es su energía también. Baila cada vez más brusco, más sucio. Sus manos oprimen mis brazos cambiando de posición cada vez más rápido, tengo la sensación de que no sabe por dónde cogerme. Me estoy empezando a agobiar. Me siento mareada, sus ansías me desconcentran, me aturde. Ya no estoy segura del paso que debo dar, he perdido el compás de la canción y quiero pararme, decirle basta y retroceder, pero la canción acaba y ambos nos paramos. Sus labios proyectan una sonrisa, yo solamente quiero huir de ahí. Es el peor baile de mi vida.

Subo mareada por las escaleras hacia la barra, mirando como David observa mis mejillas enrojecidas a consecuencia de la vergüenza. Sus ojos empiezan a echar fuego, lo ha visto todo y no le ha hecho gracia. Esta vez Luis se ha pasado, pero al fin y al cabo ha sido un baile, o eso quiero pensar.

—¿Por qué vienes con la cara roja? —pregunta disimulando el tono enfadado de su voz en cuanto paso por su lado.

—Es que... —titubeo—, hacía calor ahí abajo.

No me cree. Su cabeza gira lentamente buscando a Luis que se mantiene cerca, escuchando lo que hablamos sin quitarme la vista de encima, le lanzo una sonrisita nerviosa. En estos momentos necesito algo para relajar la tensión que emite cada poro de su piel, pero no encuentro nada con lo que distraerlo. Luis, consciente de la reacción que ha provocado en David, mantiene la cabeza alta, orgulloso, mirándolo fijamente. Estoy en medio de un cruce de miradas asesinas, tengo un mal presentimiento. Sé que es celoso, muy celoso, muchas veces no tengo ni idea de cómo reaccionará. Le cojo de la

mano y la acaricio con un poco de miedo. Ante mi tacto se calma, o eso creo. Suspiro aliviada, camino hacia una de las mesas que acaban de quedar libres para recogerla. No he acabado de limpiarla y un grito de Jota lleno de terror llega a mis oídos. Miro hacia atrás esperando ver una cucaracha o algún tipo de bicho de los que le dan pánico, sería capaz de llamar a los bomberos por un grillo, pero no es un grillo, ni un insecto, son dos monos peleándose.

David tiene agarrado a Luis por el cuello, que intenta soltarse sin éxito. ¿Qué cojones...?

–¡Suéltalo! –grito corriendo hacia ellos.

David me mira lleno de rabia, apretando cada vez más el cuello de Luis, cuya cara empieza a ponerse morada por la falta de aire. Le suplico susurrando que lo suelte, está montando un numerito y acabará afectando a mi trabajo. Para colmo, cada vez se acercan más curiosos a observar la pelea, y no es nada agradable llamar la atención de esta forma.

Si es por el baile, solo ha sido eso, un baile. No puedo creer que actúe de esa forma, debería ser más sensato.

Me acerco lentamente a ellos, que siguen enfrascados en una lucha para demostrar quién es el macho alfa, de momento parece ganar David. Estoy temblando, tengo miedo de acabar yo con el ojo morado, soy propensa a llevarme los golpes, pero me arriesgo y acaricio el hombro de David dulcemente, esperando transmitirle toda la calma y seguridad que no siento ahora mismo.

–Rebeca, no te metas –espeta enfurecido.

–Suéltalo David, me estás avergonzando –miro a mi alrededor sintiendo cada mirada de la gente en mi nuca–. No sé qué ha pasado, pero necesito que lo sueltes. Por favor.

Me mira a los ojos, furioso. Su rostro se suaviza al ver mi mirada de súplica, parece que funciona, sus hombros comienzan a relajarse y el miedo abandona mi cuerpo poco a poco. Tengo ganas de gritarle, de decirle que es un estúpido, un inmaduro, pero me contengo porque, debo conseguir que suelte a Luis de una vez.

Afloja el brazo sin dejar de mirarme, Luis consigue escapar tosiendo sin parar. Veo la oportunidad perfecta para sacar a David de aquí antes de que el portero de seguridad entre para hacer su trabajo, prefiero sacarlo yo a que le nieguen la entrada de por vida.

Una vez fuera, David apoya la espalda en la pared frotándose el

antebrazo con el que sujetaba a Luis, yo paseo por delante suya de un lado a otro como un perro rabioso, sin dirigirle la palabra, sin siquiera mirarlo. Estoy enfadada, furiosa, muy cabreada. No sé qué hacer, si pegarle, o largarme y dejarlo ahí plantado.

–¿Qué mierda acaba de pasar ahí dentro? –le grito. Mi elevado tono de voz le coge por sorpresa y pega un brinco.

–Luis es idiota –dice aguantándome del brazo para que deje de dar vueltas–. Me cabrea, sabe que me molesta que estés cerca suya y él se acerca más. Le da igual.

–Eres demasiado celoso. No ha hecho nada.

–¿Qué no ha hecho nada? Claro que lo hace y tú le sigues el juego.

Esto es increíble. No entiendo nada, no entiendo por qué dice que yo le sigo el juego, ¿de qué demonios habla? Estoy perdida. O empieza a explicarme qué pasa, o acabaré volviéndome loca. Intento tranquilizarme, debo hablar con él seriamente y en este estado no lo conseguiré.

–David, haz el favor de explicarme todo desde el principio.

–Todo el tiempo que habéis estado en el almacén solos, ¿qué hacíais ahí que era tan privado que no podíais hacerlo en público? Después de aguantar eso, vinieron las miraditas, ¿te crees que soy tonto? La coctelera no acaparaba tanto mi atención como tú crees y te vi haciéndole señas. Luego ese baile, podías cortarte un poco ¿no? Parecía que os ibais a comer ahí mismo, en mi cara, delante de todo el mundo. Me estabas faltando al respeto Rebeca.

Suelta todo esto sin parar. Está indignado. Su cara está roja y no estoy segura de si es de la ira o de la falta de aire por hablar tan rápido.

Es cierto que intenté que no me viera bajar con Luis a la pista, pero porque sabía que esto pasaría. Tiene una cruzada personal contra él y para mí solo es un compañero de baile, nada más.

–¿Has montado toda esa escena por celos? Son celos tontos David. No tengo nada con Luis. Le hice señas a escondidas para evitar esta situación y al final mira para qué me sirvió.

–¿Y el baile? –me replica–. ¿Era necesario meter el culo entre sus piernas? No me gusta que bailes así, no me gusta que bailes eso.

Lo cojo de la mano y lo llevo adentro. En la esquina de la escalera que baja a la pista le señalo a la gente.

–Observa a los bailarines –le digo–, míralos bien. Dime una simple cosa que yo haya hecho que no hagan ellos, ¡venga dime!

Se queda contemplando la pista sin saber qué decir. Harta de su silencio le pego un pequeño puñetazo en el brazo, reacciona y coge aire.

–Ese no es el caso. El caso es que no me gusta que bailes con otros hombres.

–Escúchame bien porque no lo voy a repetir. Esto –señalo a mi alrededor–, es mi vida, el baile forma una parte muy importante de ella. Estos bailes se componen de unas normas, una coreografía entre dos personas.

–Estos bailes son un cachondeo. Es una excusa para sobrepasarse y que en vez de una buena bofetada te lancen una sonrisa. Me doy cuenta de que bailas por eso, te gusta que te toquen.

Sus palabras me hieren. No puedo creer que después de haber aprendido a bailar, aunque sea un poco, me diga esto. Para él este tipo de bailes es una forma de manosear a una mujer, al final piensa como todas las personas ajenas a este mundo. Tenía la pequeña esperanza de que al introducirse en este ambiente cambiara su forma de ver las cosas, pero me equivoqué. Como bailarina me ofende y como mujer me cabrea. ¿De verdad piensa que nos dejamos manosear tan fácilmente con la excusa de que es un baile?

–Que te den –dicho esto, doy media vuelta y salgo del local a coger aire sintiendo como me sigue corriendo, totalmente desconcertado.

–Rebeca, espera.

–No, no voy a esperarte. Si eso es lo que piensas no tengo nada más que decirte. Es mi forma de vivir, te guste o no, seguiré haciéndolo. Mira ahí dentro. Observa como el hombre trata a la mujer con delicadeza, como se muestran un respeto mutuo, como ambos deciden con los ojos qué distancia mantener, no hacen falta empujones, ni palabras, simplemente lo saben. Ahora ve y echa un vistazo en la discoteca a la que vas tú, donde cubata en mano se hace un amago de baile que consiste en mover los brazos imitando a un gorila en celo, y si lo haces medio bien te aparece una chica meneando el trasero. Las más lanzadas se restriegan por tu cuerpo. Y ahora dime, ¿dónde está el respeto y la delicadeza en sitios como ese? Aunque no lo parezca, aquí la mujer también manda, el hombre decide el paso, pero es ella quien toma la decisión de seguirlo. Por esta razón, yo seguiré bailando pegada a quien me dé la gana sin tener que dar ninguna explicación a nadie, porque para mí, siempre será solo eso, un baile.

Se queda callado con los ojos como platos. Lo he desarmado por

completo, no sabe qué decir. Sé de sobra que tengo razón y no pienso ceder por mucho que me diga. Como solo obtengo silencio me marcho a seguir con mi trabajo, lo dejaré solo con sus pensamientos, pero antes de irme tengo una última cosa que decirle que estoy segura que lo cabreará aún más. Mi orgullo ahora mismo quiere cabrearle.

—Por cierto, me voy con Luis a un congreso de baile en Cádiz.

Ahora sí, todo dicho.

—

¿Un congreso de baile? ¿Qué demonios es eso? ¿Con Luis? Esta mujer quiere acabar conmigo. Acabo de decirle que no me gusta que baile con él y se va a Cádiz con esa rata malnacida, encima querrá que lo comprenda. Debería comprenderme ella a mí, debería entender que desde que entró en mi vida no quiero que se vaya, no quiero perderla, debería entender que es lo más valioso que tengo, que la vida es más fácil a su lado. No es tan difícil de adivinar que estoy acojonado, todo esto es nuevo para mí, estos sentimientos, estas situaciones, nunca antes me había peleado por una mujer y no lo hubiera hecho si ese cabrón dejara de acercarse a ella, ya es mía, olvídala. Ahora se va de viaje con él, ¿es que todo me tiene que salir mal? Debo disuadirla para que no se vaya. Esa rata se aprovechará de ella, me la robará en cuanto pueda, ¡mierda! No puede irse.

Aunque me esté muriendo ahora mismo por terminar de darle a Luis la paliza que no he podido, sé que no debo hacerlo. Rebeca está muy enfadada conmigo y necesito que se relaje para hacerla entrar en razón. Me iré a casa, descansaré y mañana intentaré hablar con ella.

Me meto en la ducha, me doy cuenta de que tengo la muñeca dolorida, una muñequera me vendría bien. El agua me relaja, aunque no consigue hacerme pensar con claridad, sigo dándole vueltas a la idea de que viajen juntos, nada, sigue sin hacerme gracia.

El despertador marca las cuatro de la madrugada, llevo dos horas dando vueltas en la cama sin conciliar el sueño. En cuanto cierro los ojos, la imagen de ellos dos abrazados bailando aparece de nuevo, es tan doloroso que tengo que volver a abrirlos.

Jamás había pensado que ella pudiera hacerme sentir así, ni ella ni

nadie. Yo era una persona que no creía en el amor, disfrutaba ligando sin parar y tenía pensamiento de seguir haciéndolo, entonces, ¿qué demonios ha cambiado? Me paso el día pensando en ella, buscando la forma de sacarle una sonrisa, de hacerla feliz, como si no existiera más mundo que su ser. ¿Es esto lo que llaman amor? Si esto es amor, acabo de descubrir que el amor nos vuelve imbéciles.

Agotado mentalmente, los ojos se van cerrando poco a poco, la oscuridad empieza a envolverme hasta que por fin ni un pequeño atisbo de luz parece distraerme.

Me despierto sudoroso, con una sensación de máxima plenitud. Miro a mi derecha, ahí yace Rebeca, preciosa con su pelo revuelto, como cada mañana. Me siento distinto, no sabría decir si mejor o peor, simplemente distinto. Contemplo lo que me rodea, todo ha cambiado, la cómoda, la colcha, incluso el espejo... Un momento, esta no es mi habitación, parece la de un hotel bastante caro. Algo no me cuadra.

Rebeca se despierta y todas mis dudas se disipan al instante al ver su sonrisa.

–Buenos días, preciosa –hasta mi voz suena distinta, más aguda.

–Hola, amor.

¿Amor? Nunca me llama amor, al menos hasta ahora nunca me ha llamado amor.

Me acurruco junto a ella y le acaricio la cara con la yema de los dedos. Noto como se estremece ante el tacto frío de mi piel, pero sigue sonriendo, feliz, radiante y eso me llena de dicha. Si ella es feliz, yo también.

–¿Has dormido bien? –le pregunto obligándola a poner la cabeza sobre mi pecho, quiero sentirla cerca.

–Como nunca. Después de lo anoche me he quedado como nueva.

–¿Lo de anoche? –hago un esfuerzo para que mi memoria recupere información que parece haber perdido, pero no logro recordar nada.

–Por favor, no me digas que no te acuerdas. Después de actuar, tuvimos una noche de lo más romántica. Eres increíble.

¡Alto ahí! Algo raro está pasando, no me suena nada lo que me está contando. Tengo que lavarme la cara a ver si me despeja la mente.

Camino hacia el cuarto de baño, me miro en el espejo y unos ojos marrones vislumbran un rostro desconocido... miro bien la imagen. ¡Mierda!

No es tan desconocido... yo soy... ¡Luis!

Me despierto alterado, con el corazón a mil por hora. Me cuesta trabajo asimilar lo que acaba de pasar. Tras respirar unos minutos, suspiro aliviado, ha sido un sueño, menos mal. Entonces, ¿por qué tengo la sensación de que la he perdido? Tengo que pensar. Es evidente que tiene que ver con el maldito congreso de baile. Puede que esté obsesionado con Luis o puede que mi subconsciente me quiera decir algo, ¿hay algo entre ellos?

Sin pensar demasiado en lo que hago, llamo a Hugo.

–Idiota, ¿sabes la hora que es? –una voz dormida suena al otro lado del móvil.

–Te necesito urgentemente. Estoy hecho un lío y necesito hablar con alguien.

–David, son las cinco de la mañana, empiezo a pensar seriamente que eres una mujer. Un tío no llama a otro a esta hora para hablar.

–¡Hugo!

–Está bien –resopla al otro lado de la línea–. ¿Qué te pasa?

Empiezo a contarle mis preocupaciones, a pesar de mi temor a quedar como un imbécil delante de mi mejor amigo. Le comento la pelea en el pub con Luis, la bronca de Rebeca y el sueño que acabo de tener, ese sueño tan culpable de mi estado de ánimo ahora mismo, el que me hace cometer estas locuras de escuchar roncar a Hugo por teléfono.

–¡Hugo! –le grito.

–Joder tío, no grites. A ver, resumiendo –emite un largo suspiro y lo escucho maldecirme por lo bajo–. Muy resumido, estás enamorado.

–¿Qué dices? Estás loco.

–Si me has despertado para interrumpirme, te voy a mandar bien lejos –tras una pausa en la que yo no sé qué decir, Hugo continua con su charla adormilada–. Tienes miedo a perderla. Es la misma historia de siempre. Por lo que he observado, ella es una chica muy independiente, quítale esa libertad y la perderás de verdad. Ahora piensa, ¿merece la pena perderla por tus miedos paranoicos? Ya te he aconsejado, déjame dormir.

Cuelga el teléfono sin despedirse y me deja solo con mis pensamientos.

Tiene razón, si le quito la libertad que ha tenido y tiene la perderé por completo, y por nada del mundo quiero que eso pase. Muy a mi pesar debo dejar que se vaya.

Es tan temprano que ni siquiera han abierto las cafeterías. Estoy en la puerta de su casa donde el silencio que reina en su interior me hace pensar que no hay nadie dentro. Llamo con los nudillos por si acaso están durmiendo, que dado la hora que es, es lo más seguro. Al cabo de unos segundos Jota abre la puerta, se lleva el dedo índice a la boca en señal de silencio, con la mano me indica que pase.

Camino sigilosamente hacia la habitación de Rebeca, espero pillarla de mejor humor. La veo sentada en la cama rodeada de papeles, supongo que estudiando.

–¿Qué haces aquí? –dice con tono seco elevando las cejas.

–Vengo a hablar contigo.

–Anoche dijiste todo lo que tenías que decirme. ¡Lárgate! –parece enfadada aún.

–Es sobre el congreso ese.

–No quiero escuchar nada de tu boca que tenga que ver con el baile. Olvídame.

–No voy a olvidarte –le digo sentándome a los pies de la cama–. Escúchame, he estado pensando y voy a dejar que vayas a Cádiz.

Abre los ojos incrédula. Veo como coge aire por la nariz y lo suelta fuerte por la boca, no sé si es buena señal, cuando hace eso está tan cabreada que casi le sale humo por las orejas.

–No tienes que dejarme ir, no te he pedido permiso. ¡Lárgate!

No, no, no. No es eso lo que quería decirle. ¡Joder! Ahora está más enfadada que antes.

Insiste en que me largue, ni siquiera me mira a la cara. Lo único que hace es taparse con los apuntes. Me voy de su habitación echándole un último vistazo esperando compasión, pero ella se mantiene firme. ¡Genial! Vaya forma de empezar el día.

En mi despacho una pila de papeles me espera, al menos tendré trabajo para entretenerme y no pensar. Necesito algo así.

Llevo dos horas leyendo proyectos de futuros clientes. La mayoría residencias de verano de viejos ricos que se aburren, y sus únicas metas en la vida han pasado a ser darles a sus mujeres todo lo que piden. Estoy seguro de que tras construir la vivienda, la alquilarán o directamente la abandonarán. Son ganas absurdas de gastar el dinero para no disfrutarlo. Si yo pudiera hacer

mi casa, aquella que una vez soñé. Mi hogar, el que compartiría junto a mi niña y Prince... Tal vez sea hora de empezar a construirla, ¿pero y si sale todo mal? ¿Y si las cosas con Rebeca no acaban bien? ¡Qué demonios! Es mi casa, si sale mal siempre será mía. Hablaré con papá sobre mi proyecto, necesito su opinión. Gracias a Dios siempre guardo los detalles de esa casa en una carpeta olvidada del ordenador.

Me dirijo al despacho de mi padre lleno de nervios y emoción. Por fin, construiré mi propia casa, a mi gusto, sin exigencias de clientes, porque yo soy el cliente.

–Papá, debo preguntarte algo –mi voz suena temblorosa al cruzar la puerta de su despacho, no entiendo muy bien por qué. Pongo el pen-drive que contiene toda la información en su mesa–. Aquí está la casa que siempre quise tener. Me gustaría que le echaras un vistazo y me dieras tu opinión.

Mi padre me mira con ojos centelleantes. Es una mezcla entre orgullo e ilusión.

–David, no he entendido nada. ¿Quieres empezar a construir tu casa?

–Sí.

–Entonces, ¿vas en serio con la muchacha de la fiesta?

Me encojo de hombros. Realmente no tengo ni idea, pero me siento decidido a hacer todo lo posible por ello.

–Me alegro mucho hijo, esa chica me gusta, me recuerda a mí cuando era joven, ambicioso, con ganas de comerme el mundo y hacer lo que fuera necesario para conseguir lo que quería.

–No es por ella papá, es por mí. Creo que ya es hora de hacer realidad mis sueños, pero es cierto que ella tiene mucho que ver. Desde que la conocí mi vida ha cambiado a mejor, soy mejor persona, o al menos así me siento. Su forma de vivir me ha hecho pensar que debo luchar por lo que creo y por lo que quiero. Estoy seguro de que ella es la persona con la que quiero estar.

–Eso es estupendo, hijo. Si ella te hace sentir todo eso no la pierdas. Sé que a tu madre no le hace gracia, pero ella tiene un gusto digamos... particular. Yo te apoyo y lo haré siempre. Miraré este proyecto cuanto antes.

Salgo del despacho contentísimo, con más energía que nunca. Hablar con mi padre siempre me recarga las pilas. Siempre me apoya, aunque no sea la mejor decisión, él siempre dice que fracasando es como se aprende.

Enciendo el ordenador de mi despacho y como todos los días, Rebeca

protagoniza mi fondo de pantalla. Me quedo observándola, y como si algo en mi cabeza cambiara, como si hubieran accionado un interruptor, me doy cuenta de que no puedo perderla y menos por una tontería como esta. Cojo el móvil y escribo...

“Princesa, no quiero que sigamos enfadados. Lo que quería decirte es que no hay problema en que te vayas a Cádiz. Confío en ti. Te quiero.”

Espero respuesta con el móvil en la mano. Pasan los minutos y sigo sin respuesta. Está bien, hoy no va a contestar. Resignado dejo el móvil en la mesa donde puedo tenerlo cerca por si suena y sigo trabajando.

Salgo de la oficina bastante tarde, no tengo tiempo ni ganas de ponerme a cocinar, pararé en el chino de vuelta a casa. El chino, que recuerdos me trae la comida china... miro el móvil y sigo sin noticias, vuelvo a escribirle.

“Rebe, voy a comprar comida china, ¿te apetece cenar conmigo?”

Espero... espero... nada, sigue sin contestar. Me lo tomaré como un no, y cenaré en casa solo como un amargado sentimental, lo único que me falta es el bote de helado.

Ha pasado una semana y por mucho que llamo a Rebeca, o no lo coge o se pone Jota, “dale tiempo”, dice. ¡Necesito verla! Y cuando voy a su casa no está. No me daré por vencido, descubriré la hora de su vuelo y me plantaré en el aeropuerto.

El aeropuerto está lleno de gente que va y viene. No me preocupa no encontrarla, lo que me preocupa es que se vaya enfadada conmigo. No quiero acabar así, ni estar comiéndome la cabeza durante lo que sea que dure el congreso. No sé nada sobre un congreso de baile, ¿cuánto dura? ¿Qué finalidad tiene? ¿Cómo es? No puedo ir, no puedo vigilarla, tampoco puedo plantarme allí porque eso la cabrearía aún más. Debo recordar que su libertad es prioritaria.

La veo rodeada de maletas al lado de Marta y Jota, no veo a Luis. Al verme su mirada se dulcifica, pero las comisuras de sus labios vuelven su rostro más duro y malhumorado. No me engaña, en el fondo se alegra de

verme.

–¿Qué haces aquí?

–Repites demasiado esa pregunta Rebeca. Vengo a despedirme.

–No necesito que te despidas –me replica.

Luis aparece con los billetes de avión y en su cara se refleja miedo, miedo a que me vaya con ellos. Ojalá pudiera, idiota.

Cojo a Rebeca del brazo y me la llevo a un lugar más apartado.

–Mírame. He entendido que esto forma parte de tu vida, te he dado espacio mientras me moría por verte y estar contigo...

–¿Quieres un premio por eso? –interrumpe con prepotencia.

–Déjame acabar, ¡joder! –le grito–. Te quiero, no me apartes de tu vida por no entender tu mundo. Ve y disfruta del congreso, pero por favor, vuelve a mí.

Se mantiene inmóvil, con la mirada fija en mis labios. De repente, sin avisar, me planta un beso apasionado. Es lo que necesitaba, simplemente esto. Ahora soy feliz, consciente de que lo que sea que dure el dichoso congreso lo pasaré mal, pero al fin y al cabo sigue siendo mía.

Capítulo 22

Me monto en el avión con un torbellino de sensaciones. Por un lado quiero quedarme con David y esa forma tan suya de hacerme sentir especial, pero por otro lado quiero ir al congreso, aprender pasos nuevos y sobre todo volver a mi tierra con mi familia. Hace mucho que no los veo, los echo de menos.

Estos cuatro días estarán llenos de emociones, estoy segura de que también serán difíciles. Mi vida en Madrid ahora mismo es de todo menos aburrida, será duro dejar atrás todo esto aunque sean unos días. Ojalá David pudiera venir conmigo, pensándolo bien, casi es mejor que no. Él no entiende nada de este mundo, a pesar de que se lo he explicado mil veces. Es demasiado celoso para aguantar como bailo con uno y otro sin pensar que simplemente es un baile y no un manoseo. Montaría un numerito por cada tontería, como hizo en “El Meneíto”, tal vez es mejor que se quede en casa, tranquilo, así yo podré disfrutar de estos días de desconexión sin problemas de ningún tipo.

El hotel donde se desarrolla toda la jornada de baile está cerca de mi casa, en la ciudad gaditana llamada Chiclana de la Frontera, gracias a Dios podré estar más tiempo con mi familia. Luis ha reservado una habitación, pero me niego a pasar las noches ahí, a solas con él. Prefiero pasarlas en casa, además a David no le haría ninguna gracia.

No es el primer congreso al que voy. Como todos, este se desarrolla en cuatro días, en los cuales los distintos artistas profesionales, entre los que se encuentran campeones de salsa, bachata y muchas otras modalidades de baile del mundo latino, impartirán talleres de baile, nos enseñarán sus pasos, sus técnicas y sus formas de vivir la música bailando. Por las noches, nos deslumbrarán con coreografías y espectáculos para las que llevan meses, puede que incluso años, preparándose. En definitiva, son cuatro días de baile y aprendizaje intensivo. Puede parecer duro, lo es, pero merece la pena rodearte de los más grandes bailarines del momento y poder aprender aunque sea un poquito de sus enseñanzas. Lo que lo hace aún más emocionante es el hecho de aspirar a ser una mínima parte de ellos, a ocupar un lugar entre bambalinas algún día, a esos nervios previos antes de salir a hacer la

actuación por la que has luchado y sufrido tanto. Bailar en un pequeño local no es nada comparado con lo que puedes llegar a sentir encima de un enorme escenario, frente a centenas de personas que comprenden lo que estás bailando y que en definitiva son tus mayores críticos, de ellos depende tu éxito o tu fracaso. Por eso, yo admiro a aquellos que se atreven a subir ahí a darlo todo y espero algún día poder ser una más entre esos valientes.

Llegamos con el tiempo justo para impartir el primer taller del día. Dejamos el equipaje en la habitación de Luis y vamos directos a la enorme sala de celebraciones, dividida en varias secciones por paredes plegables que separan un taller de otro. Elegimos la primera clase impartida por una pareja campeona de bachata a nivel nacional, es muy divertido. Son cercanos y humildes, lo que hace la clase más amena, apenas tenemos sitio para bailar, hay muchísima gente en esta sección, pero la organización es estupenda y no resulta agobiante.

Aprovechando el poco espacio, Luis se acerca demasiado. Me doy cuenta y mediante sutiles empujones intento decirle varias veces que se aleje, empieza a agobiarme un poco. Sé lo que intenta, busca cualquier roce, cualquier contacto con mi piel, al igual que en el tren que nos trasladaba desde el aeropuerto de Jerez de la Frontera a mi ciudad vecina, donde cogimos un bus en dirección a la ciudad que me vio crecer, en la cual se desarrolla el congreso. Varias veces tuve que retirar la mano para que me soltara. No tengo el más mínimo interés en él, ¿tendré que volver a dejarle claro que no tiene nada que hacer conmigo? Estoy bien con David, lo quiero y cada día que pasa lo quiero más.

–Si sigues alejándote jamás lo haremos bien –me dice Luis tras empujarlo para separarme por quinta vez–. Has cambiado. Antes eras más alegre y cercana, ahora siempre estás mirando por encima del hombro como si tuvieras miedo al qué dirán. Hemos venido a disfrutar, si no vas hacerlo dímelo y me cambio de pareja.

¡Vaya! No me esperaba esas palabras. Son duras. Últimamente cada vez que me habla es para decirme algo de ese estilo y en ese tono. ¿Qué le pasa? ¿Soy yo? Puede que haya cambiado un poco. Tiene razón cuando dice que siempre ando mirando a mi alrededor, lo hago desde que David y yo tenemos una relación... más estrecha, pero yo no soy así... Necesito volver a encontrarme a mí misma, estar lejos de él me da la oportunidad perfecta. ¡Oh!

Creo que será lo más duro que tendré que hacer en estos cuatro días.

Después de ocho horas intensas de talleres, aguantando malas caras de Luis, broncas y tratar en mil ocasiones de no llorar ante las duras críticas que salían de su boca, tenemos dos horas hasta los espectáculos. Me apresuro en coger la maleta y el bolso, y sin despedirme de nadie me dirijo a la estación de autobuses más próxima. Me iré a casa y descansaré rodeada de los míos, lo necesito. La actitud de Luis me ha dejado fuera de juego, se supone que veníamos a divertirnos y aprender, y no he hecho ni una cosa ni otra. Se ha llevado todo el día de mal humor, quejándose por todo lo que me salía mal, echándome la culpa de cada paso erróneo. Vale, puede que haya cambiado un poco, que sea más fría con él, pero no me merezco ese trato.

Espero al autobús metida en mis pensamientos y una vibración procedente del bolso me asusta. Es un mensaje.

“¿Te importaría cogermme el teléfono alguna vez? Espero que hayas llegado bien y que lo estés pasando estupendamente. Te echo de menos y solo hace un par de horas que te has ido. ¿Cómo voy a echar la semana sin ti? Besos D.”

¡Mierda! con las prisas y el ajetreo de los talleres no me he acordado que le prometí avisarlo cuando llegara. Miro el móvil detenidamente... ¡Ocho llamadas perdidas! Madre mía, como se pasa, es muy controlador, aunque prefiero no pensar en eso ahora.

“Lo siento, ha sido una locura de día. Ahora me marcho a casa a descansar un rato. Yo también te echo de menos, ojalá estuvieras aquí conmigo. Rebe.”

No es cierto, no me gustaría que estuviera aquí y menos que me vea en este estado, pero sé que mi respuesta lo mantendrá tranquilo y probablemente deje de controlarme tanto.

“¿A casa? Creí que dormirías en el hotel.”

Más quisiera Luis que me alojara con él. Mi padre me enseñó a alejar

los problemas siempre que esté en mi mano y eso hago.

“No, no dormiré con Luis, quédate tranquilo. Necesito estar con mi familia.”

Ahora sí, ahora se calmará y estará bien. Puede que incluso llame a Hugo y eche la noche con él. Intuyo que después de saber esto estará de mejor humor.

“No sabes cuánto me alegra. Solo de pensar que estarías en la misma habitación que esa rata, me entraba un escalofrío por todo el cuerpo, era un sin vivir. Esto me levanta el ánimo, llamaré a Hugo para echar algunas partidas de Xbox en casa. Pásalo bien princesa. Te quiero. D.”

Río para mis adentros. Parece ser que lo conozco bien, es posible que sea la única chica aparte de la bruja de su madre que lo conoce hasta el punto de saber qué hará o qué estará pensando. Me gusta esa sensación.

El bus llega a su destino y camino un pequeño tramo hasta casa. Después de seis meses sin verlos espero que el recibimiento sea cálido. Llamo al timbre y los ladridos de Dandy, mi precioso caniche Toy blanco, resuenan en el interior de mi casa. Hogar dulce hogar.

Mi madre abre la puerta. El perro es el primero en saludarme, con su larga cola rizada y su lengua inquieta pega saltos de alegría. Mi madre me analiza de arriba abajo antes de saludarme, en tres segundos me dirá que estoy más gorda, mi padre sin embargo, espera a que entre en el salón. Su recibimiento es menos caluroso pero más prolongado, un abrazo de esos confortables que duran una hora. Gracias papá, lo necesitaba.

—¿Dónde está Marcos? —consigo decir tras volver a respirar a causa del abrazo de mi padre.

—En su habitación, como siempre, este niño no cambia —se lamenta mi madre.

Me dirijo a la habitación de mi hermano. Lo veo sentado frente al ordenador, con los enormes cascos de música azules rodeando su pelo negro azabache, tal y como lo dejé cuando me fui a Madrid, metido en su mundo, en sí mismo, aunque más grande y con la espalda más ancha, más hombre. ¡Ains! La juventud de hoy en día.

Me acerco sigilosamente por detrás, aunque lo hiciera con la máxima estridencia ni se enteraría, espero un segundo y me lanzo contra su cabeza cogiéndolo por el cuello con los dos brazos. Pega un bote en el asiento.

–¡Ah! Idiota –grita asustado con la mano en el corazón. Me río a carcajadas de su reacción. Echaba de menos jugársela de esta forma.

–Te vas a quedar sordo, enano.

Se levanta del sillón y con los cascos aún puestos se abalanza sobre mí, el cable que une los cascos con el ordenador tira de su cabeza pegando un tirón hacia atrás. Me río de él, señalándolo. Una mirada oscura, asesina, de sus enormes ojos marrones, me alerta de que está a punto de hacerme una de las suyas. Corre hacia mí haciéndome caer en la cama, se tumba encima y empieza a pegarme pellizquitos en todo el cuerpo. Le hago cosquillas para que baje la guardia y poder zafarme de él. Cuando lo consigo corro hacia el salón buscando la protección de mi padre, pero por el camino mi pie choca contra la puerta y me caigo de bruces al suelo.

–La puerta se ha movido, antes estaba dos centímetros más a la derecha –digo dolorida desde el suelo, sujetándome el pie. Mi hermano se ríe de mi caída y el perro viene a chuparme la cara.

–Otra que no cambia, desde pequeña arrastrándose por el suelo. Contigo aquí ya no necesito la mopa.

–Muy graciosa, mamá.

El reencuentro con mi familia acaba en risas, por los suelos y con Dandy lamiéndome toda la cara. Ahora sí que me siento como en casa.

¡Mierda! Llego tarde y me perderé la primera actuación de la noche. La cena se ha alargado más de lo normal, he tenido que poner a todos al día. Explicarles la historia del piso nuevo omitiendo en todo momento el nombre de David. Para ellos, hemos alquilado el piso como lo haría una persona normal, si supieran que fue por un casi acosador y una cena en un burger... también les he contado cosas sobre el viaje a Cancún, novedades sobre Marta y Jota, en definitiva he resumido mi vida en dos horas. Por suerte, papá me acercará con el coche.

Diez minutos después de pelear con el espejo antes de salir, me encuentro ante una sala a oscuras, busco como puedo entre los asistentes algún asiento libre. No tengo ganas de sentarme junto a Luis, así que me pierdo por

ahí sin buscarlo.

He tenido suerte, las actuaciones se retrasan. Para amenizar la velada, uno de los artistas que no hace su espectáculo esta noche, sube a contar chistes y agradecer la asistencia. Consigue su propósito porque los diez minutos siguientes parecen un segundo.

Las luces empiezan a fundirse en negro, el presentador toma el micrófono y anuncia el primer show de la noche. Se sienten los nervios de los amigos y familiares de los artistas, los gritos de ánimo llenan la sala. Es impresionante. Una pareja, ganadora del certamen de salsa mundial, sube al escenario, se colocan y comienza el espectáculo. Pasos increíbles, difíciles, rápidos, lentos, al compás, pero lo que más abunda y lo que más emocionante resulta de todo esto son los portés, acrobacias al ritmo de la música, vivirlo desde cerca es sobrecogedor, pero me encanta.

Las actuaciones acaban y da comienzo el baile social. La gente empieza a retirar las sillas desde donde minutos atrás habían visto a los artistas obrar su magia. La sala, antes agobiante y abarrotada, se convierte en una amplia pista de baile. No encuentro a Luis por ningún sitio. Vago por los alrededores de la pista buscando alguna cara conocida, pero hace tanto que vivo en Madrid que no conozco a nadie. En realidad no hace tanto, sin embargo en este entorno un mes sin que te vean es similar a dos años sin saber de ti. Te olvidan, por muy amigos tuyos que fueran, lo que te hace diferenciar de los que realmente son tus amigos y los que simplemente son compañeros de baile.

A lo lejos una cara conocida hace acto de presencia por la puerta. Me acerco un poco más para verlo mejor, esperando que no sea quien creo que es. ¡Mierda! Debería esconderme.

Hace tanto que no jugaba con Hugo a la Xbox que me está pegando una paliza al fútbol, el muy cabrón practica todos los días. ¡Qué bueno sería tener tiempo libre! Es muy trabajador, pero nada comparado con dirigir una empresa.

Reconozco que tengo mal perder, sin embargo, me lo estoy pasando

realmente bien.

Suena el timbre de la puerta, seguramente será el repartidor de pizzas. Me apresuro a abrir, las recojo y le doy propina. Por la cara de asombrado que pone no parece estar muy acostumbrado a que se las den. Venga chico, sé feliz por una noche. Tiene que ser difícil ser repartidor y cobrar el sueldo mínimo. Cada día valoro más lo que tengo.

Hugo ataca las pizzas como si no hubiera mañana.

–Déjame un poco –me quejo.

–Datgg prisggg –balbucea escupiendo comida en la alfombra.

Es un cerdo comiendo, devora la comida, a veces me hace gracia pero otras se pasa de asqueroso. Comemos en silencio, engullendo, y como es tan rápido cogiendo los trozos, tengo que comer igual que él o acabaré quedándome hambriento.

–Qué bien sabe una pizza gratis ¿eh?

Me guiña el ojo divertido metiéndose en la boca el último trozo de pizza de la caja. Gracias a Dios he pedido dos pizzas. Acabamos de comer y resoplo, estoy lleno. Hugo se recuesta en el sofá aflojándose el cordón del pantalón del chándal.

–Uf, hacía tiempo que no montábamos una así. Solo falta Julio –dice bajando la mirada al suelo un poco apenado.

–Por el camino que va siempre nos faltará. No entiendo cómo se ha podido dejar manipular de esa forma. Sabía que era una bruja, pero jamás me imaginé que lo alejara de sus amigos.

–La culpa es de él por no impedirlo. Podría poner a esa en su lugar, sin embargo, prefiere tener los huevos de adorno. Las mujeres son todas malas –coge un cacahuete que se encuentra entre los cojines del sofá y lo tira al suelo indignado. Tengo que pedirle a mi asistente que limpie a fondo.

–La mía no. La mía es buena.

–No estoy tan seguro, aunque podría ser la excepción. Por cierto, ¿sabes algo de ella o se ha olvidado de ti desde que se fue?

–Es imposible que se olvide de mí, soy un tío difícil de olvidar.

–Normal, con ese culito... –me pone ojitos tiernos y me lanza besos al aire.

–¡Hugo! Te juro que a veces dudo de tu heterosexualidad.

Nos reímos y continuamos con nuestro partido de fútbol. Es la única forma de evitar pensar.

Miro el despertador: marca las diez de la mañana. Tengo un dolor de cabeza espantoso, tal vez en el baño tenga una aspirina. Cojo el móvil por si mi princesa me ha escrito o llamado. Nada. ¿Qué hago? ¿La llamo o eso la agobiará? Le doy vueltas al móvil de camino al baño sin saber qué hacer. Da igual, la llamaré y que pase lo que tenga que pasar.

Marco su número y da tono, espero... no lo coge. Lo volveré a intentar. Nada, igual. Probablemente esté en los talleres, le mandaré un mensaje y que conteste cuando pueda.

“Princesa, ¿lo estás pasando bien? Aún no me he levantado de la cama y ya estoy pensando en ti. Eres una droga, mi droga. Te quiero, D.”

Espero un poco con el móvil en la mano..., sigue sin haber respuesta. Resignado suelto el móvil en el lavabo y me meto en la ducha. Al salir corro hacia el teléfono con la esperanza de que haya sonado mientras estaba bajo el agua y no me haya enterado, pero nada.

Me dirijo a la oficina sin desayunar. No saber nada de Rebeca me cierra el estómago, no soporto estar lejos de ella. Cuando vuelva le daré el mejor beso que le hayan dado jamás, entonces sí será cuando no conseguirá olvidarme nunca. Necesitará estar conmigo a todas horas, como lo necesito yo.

Saludo a Claudia que me mira con ojos brillantes y sonrisa tímida y me dirijo a mi despacho. En mi escritorio hay un archivador con una nota.

“Una idea genial. Una casa maravillosa y muy factible. Tengo algunas sugerencias que hacerte, pásate por mi despacho. Estoy deseando empezar.”

Qué demonios es esto, le doy vueltas al archivador sin abrirlo, me da miedo, ni siquiera pone de quién es. ¡Ahora caigo! es el archivador que le dejé a mi padre con todos los datos de la casa de mis sueños. Le ha dado el visto bueno. Estoy feliz y deseando contarle a mi princesa mis planes, tal vez ella quiera incluir algún detalle... Un momento... para, David, tal vez no sea la chica con la pases el resto de tu vida o tal vez ella no quiera pasar el resto de su vida conmigo. No suele decirme que me quiere, y en su vida yo no soy lo

más importante, de momento, en su lista de prioridades está el baile, sus amigos y por último yo. Eso me frustra... ¡qué más da! Tengo que ser positivo, haré la casa para mí. Si es ella la mujer con la que voy a envejecer ya haremos reformas para ponerla a su gusto, aunque cuando le dejé los planos para su proyecto no dijo nada que le disgustara.

Camino en dirección al despacho de mi padre, quiero saber las sugerencias que tiene. Carmen, su secretaria, una mujer de cincuenta años, de piel blanquecina y ojos grises hundidos por el cansancio, me saluda y me hace señas para que pase. Parece ser que no está ocupado.

–Papá –llamo abriendo la puerta–, vengo por esto.

Observa el fichero en mi mano y sonrío. Con un simple gesto con la mano me ordena que me siente.

Empezamos a repasar datos y medidas. Su idea de una zona de barbacoa rústica en el jardín y ciertos materiales más ecológicos en cocina y baños es perfecta. El resto le gusta tal y como está.

–Hijo, deberías hacerla un poco más pequeña. Tan grande no resulta muy acogedora, no significa que la hagas del tamaño de un zulo, pero sobran metros. Te lo digo por experiencia.

–Tienes razón. Modificaré algunas cosillas y añadiré algunas ideas que he tenido últimamente.

Vuelvo a mi despacho decidido, entusiasmado, pero el entusiasmo me dura poco al ver a Jota dando vueltas delante de mi puerta enfadado. ¿Qué habrá pasado? Y lo que es peor, ¿qué tengo yo que ver ahí? ¿Será la causa de que Rebeca no me conteste? ¡Ay Dios! ¿Qué habré hecho ahora?

–Por fin llegas –dice alterado, rojo y casi sin respiración.

–¿Qué te pasa?

–De todo, me pasa de todo y nada bueno.

–Anda entra.

Le guío acojonado hasta el asiento de visitas de mi mesa y le doy un vaso de agua que se bebe rápidamente, sin respirar. Con las manos temblorosas empieza a jugar con el lapicero de mi escritorio tirando todos al suelo en un descuido. Casi tan torpe como su amiga. Miro el móvil inconscientemente, sigo sin tener nada.

–Necesito que llames a Hugo. Es abogado ¿no? Pues llámalo, venga corre –me ordena alterado.

–Jota, relájate. ¿Para qué necesitas un abogado? Cuéntamelo con calma

o no entenderé nada de lo que me digas.

–A ver, esta tarde acompañé a Marta a su casa a por ropa y cosas que le hacían falta. Pues bien, al llegar vimos que había luz y ella se asustó, no quiere encontrarse frente a frente otra vez con Pablo. Yo cogí las llaves y las metí en la cerradura pero no entraban –vuelve echarse agua y se la bebe, coge aire y continúa–. Intenté por todos medios meter la llave y no entraba. Con el ruido, Pablo se acercó al otro lado de la puerta y gritó que había cambiado la cerradura, que Marta no volvería a pisar esa casa. Yo le grité que abriera al menos para recoger sus cosas. Tras unos minutos de silencio, Pablo regresó, abrió y le tiro una maleta con cuatro trapos a la cara. La llamó zorra y le dijo que se fuera con el padre del bastardo. ¡Bastardo eres tú, maldito cabrón!

Me asusto un poco ante su alarido, por un momento creí que me lo decía a mí.

–Bueno, llamaré a Hugo, pero no sé si tendrá hueco para otro caso, aunque seguro que puede ayudar. ¿Cómo está Marta ahora?

–Le dio un ataque de ansiedad y la llevé al hospital, luego la dejé en casa durmiendo y he venido hacia aquí lo más rápido que he podido.

–No te preocupes, hablaré con Hugo y solucionaremos esto. Ese cabrón no se saldrá con la suya.

Sus facciones se relajan. Se puede ver el alivio en su cara, imagino que pasar por todo esto no debe ser fácil, estar al lado de una persona que quieres y ver todo el daño que le hacen. No logro entender como un hombre es capaz de hacerle eso a su mujer embarazada. Recuerdo que Hugo me comentó que tenía un caso parecido. No es justo que le reclame nada, y mucho menos echarla de su casa de esa manera.

–Gracias David, sinceramente has hecho mucho por nosotros y no te pediría más si no fuera necesario, pero no sé qué hacer. Si necesitas algo dímelo, lo que sea.

–Bueno, hay algo que sí necesito. No sé nada de Rebeca desde ayer y no contesta a mis mensajes. ¿Sabes algo de ella?

–Ah, eso. Es normal David. En el congreso no hay apenas tiempo para atender el móvil, estoy seguro de que cuando lo vea te contestará. No te preocupes.

Sus palabras me tranquilizan un poco. Me estaba empezando a preocupar, no saber nada me ponía de mal humor, pero si Jota dice que es algo normal, no me queda más remedio que esperar.

Tras un par de llamadas, Hugo y yo nos acercamos a ver a Marta. Saber que hemos encontrado un abogado que se encargue de su caso, la tranquilizará.

La encontramos en el sofá medio dormida, pero con expresión dolorida. Me da pena, está pasando por tantas cosas y en su estado.

Hugo le explica qué necesita hacer y el papeleo que necesita rellenar. Ella escucha sin prestar mucha atención, con la mirada pérdida y preocupada.

–Pero yo no tengo dinero para pagar un abogado. Todo lo que tengo debo guardarlo para el bebé y Pablo me ha cerrado la cuenta que compartíamos. ¿Cómo voy a pagar los gastos del juicio y todo eso?

–¿Pablo? ¿Tu marido se llama Pablo?

–Sí, ¿por qué? –pregunta Marta incorporándose.

–¡Joder! Tengo un caso... Dime el nombre completo de tu marido.

–Pablo Quesada –Hugo me mira horrorizado.

–Marta, lamento ser yo quien te lo diga, tal vez, no deba hacerlo –le comenta cogiéndole la mano para tranquilizarla–. Tu marido acudió a mí para que llevara su demanda de divorcio hace un par de semanas. Quería divorciarse de ti sin decirte nada.

–¿Qué? ¿Pero cómo...? Entonces, ¿ya no puedes ser mi abogado?

–Rechacé su caso. No me parecía correcta la forma en la que quería hacer las cosas.

–Bueno... –dice pensativa–, aun así no tengo dinero para abogados. No importa, si él quiere ganar el juicio y dejarme sin nada, que lo haga.

¡Qué cabrón! Marta es la persona más dulce que he conocido en mi vida, no se merece lo que le está pasando. Me agacho para ponerme a la altura de su cara. La cojo de la barbilla e intento tranquilizarla.

–No te preocupes. Yo correré con los gastos –le digo decidido.

–No, no. No voy a dejar que hagas eso.

–David, no puedes hacer eso –interviene Jota–, ya has hecho demasiado.

–Escucha, escuchadme los dos –digo firmemente mirando a Jota también–, desde que Rebeca entró en mi vida sois parte de ella y haré todo lo posible para que estéis bien. A ti te pagaré los gastos del juicio, del abogado y todo lo que haga falta, ¿entendido? Y tú... –miro a Jota que tiene la boca abierta y los ojos abiertos como platos–, tenías pendiente el proyecto de tu

carrera ¿no? –asiente sin decir nada–, pues mañana a las ocho de la mañana te quiero en mi oficina, me ayudarás con un proyecto que me trae de cabeza.

Hugo, Marta y Jota me miran asombrados. Me da igual. Nada de lo que he dicho es mentira, los quiero como si fueran mi familia, incluso los veo más que a mi familia. El teléfono suena, en la pantalla el nombre de Rebeca parpadea. El corazón me da un vuelco y descuelgo rápido.

–¿Se puede saber por qué no me contestas a los mensajes? –vocifero sin pensar.

–Relájate, no tengo tiempo, en cuánto he podido te he llamado.

–Deberías tener el móvil a mano, no sé qué haces en ningún momento.

–Te estás comportando como un neurótico, deja de controlarme.

–¿Qué yo te controlo? Si te controlara ni siquiera te habrías ido de viaje, siempre haces lo que te da la gana.

–Te llamaba para hablar contigo, ha sido mala idea, adiós.

–¡Rebe...!

Esta niña me pone de los nervios. ¡Que yo la controlo! No puede estar más equivocada. Que quiera saber de ella no significa controlarla, sino que me importa lo que hace, es interés, no control, pero ella solamente ve lo que quiere ver. Me ha puesto el cartel de celoso y controlador en la frente y ya no hay quién me lo quite. Un grito suena desde el salón. Corro sin perder tiempo para ver qué ha pasado.

Prince, el pequeño labrador, ya no tan pequeño como antes, intenta subirse en el sofá con Marta y Jota le grita para echarlo mientras Hugo se ríe.

–Llévatelo David –me súplica Jota–. Rebeca es la única que lo mantiene a raya, al resto ni caso, y Marta necesita descansar.

–¿Dónde estaba?

–En el dormitorio de Rebeca encerrado. No paraba de ladrar.

Me agacho a acariciarlo. El lametón que me da en la cara me hace sospechar que me reconoce. Es cierto que es muy inquieto, pero aún es un cachorro. Observo las caras de Jota y Marta, hartos de él, y decido llevármelo hasta que vuelva la niña insolente.

–Anda vamos, tú y yo vamos a vivir juntos –le digo al perro cogiendo la correa y sus accesorios.

Se me dan bien los perros, pero apenas tengo tiempo para cuidarlo. Bueno..., un perro en casa, a ver cómo sale esto.

Capítulo 23

Miro a mi alrededor buscando un sitio donde pasar desapercibida, si me mezclo entre la gente conseguiré que no me vea. Disimuladamente me doy la vuelta y empiezo a caminar despacio entre la multitud. Una mano toca mi hombro. ¡Joder! Deberían dejar de hacer eso, es acojonante. Con el cuerpo tenso y sin ganas de ver quién es porque ya lo intuyo, me giro lentamente poniendo mi sonrisa más amable y falsa.

–¡Leo! –saludo con una alegría que no siento–. ¿Qué tal? No te había visto.

–No esperaba verte por aquí. Te presento a Laura, mi novia.

–¡Ah, sí! Laura, aquella con la que tonteabas mientras me ponías los cuernos con mi mejor amiga. Encantada. Tengo que irme, nos vemos en otro momento.

Me alejo de ellos lo más rápido que me permiten mis piernas.

Mi ex no ha cambiado nada, sigue igual. Sus voluminosos rizos negros que consigue dominar con la gomina y aquellos ojos verdes que esconden maldad tras su aspecto inocente. Es guapo, hay que reconocerlo, siempre lo fue. Su novia también es bastante mona, aunque un poco baja para mi gusto. La observo desde la distancia, escondida. Su pelo rubio lacio hasta los hombros tiene aspecto quemado, supongo que por el constante uso de las planchas alisadoras. Tiene los ojos marrones, risueños, y una sonrisa de felicidad. Hacen buena pareja. Sin embargo me da un poco de pena, aunque puede que a ella la trate bien. Yo me siento afortunada, para mí, David es mucho mejor, más guapo, más atento y sabe cómo hacer sentir especial a una chica, no me cansaré de decirlo. Por muy guapo que seas, si no sabes cuidar a tu pareja, no sirve de nada.

Pensé que encontrármelo sería más duro, sin embargo no me importa en absoluto. ¡Guau! Es todo un alivio, reconozco que me quedé hundida

cuando lo dejé. Su forma de ser y su manera de llevar una relación me hizo olvidar que el amor existe, siempre le odiaré por eso, me sorprende ver que ya no me importa. Sigo sin creer en el amor, pero tengo mi vida y soy feliz.

Busco alegremente por la pista alguna señal de que Luis ande cerca, lo encuentro tras buscar sin descanso durante cinco minutos al fondo de la sala sentado en una silla con una chica en las rodillas, morreándose sin parar, ¡buag! Es un poco asqueroso. Echo la vista hacia otro lado, intentando olvidar esa imagen. Alguien vuelve a tocar mi hombro, ¡queréis dejar de hacer eso! Acabará dándome un infarto. Me giro y veo la mano de Leo tendida frente a mí, ¿es una invitación a bailar? Lo miro desconfiada y él asiente con la cabeza para que la coja. Con mucho cuidado tiendo la mano y me arrastra a la pista de baile. Una bachata de Romeo Santos acaba de empezar, no es de mis favoritas pero tampoco está tan mal. No entiendo mucho de qué va esto, Leo siempre ha bailando más salsa que bachata. Decía que sus movimientos eran demasiado rítmicos para un baile tan lento. También he de decir que estaba un poco creído en ese aspecto, creía que bailaba mejor que nadie. Intento no pegarme demasiado, empiezo a sentirme incómoda.

—¿Cómo te va la vida? —pregunta en voz baja, sonriendo—. Tengo entendido que te va genial por Madrid.

—Eh... sí, tengo trabajo, piso, no puedo quejarme. A ti mejor no te pregunto, ya veo que te va genial.

—No tan bien. Cuando te fuiste te eché de menos, aún te echo de menos.

Me aparto de él bruscamente, lanzándole una mirada asesina y un largo suspiro sale de mis labios. Estoy cansada, y sé perfectamente adonde quiere llegar, lo conozco demasiado bien, por desgracia.

—Mira Leo yo...

—No hace falta que me digas nada. Ya sé que me porté mal y me arrepiento de eso, aunque parte de la culpa la tuviste tú. Si me hubieras dado lo que necesitaba no lo habría buscado en otro sitio.

—¿Me estás diciendo que yo tuve la culpa de que me engañaras?

—Bueno, pero es pasado. Podemos volver a intentarlo. Sé que todavía me quieres y que no me has olvidado, empecemos de cero. Juro que esta vez te trataré como te mereces y estoy seguro de que tú harás lo mismo.

Estoy flipando. No puedo creer que me eche la culpa de lo que hizo, es lo más rastrero que he visto en mi vida. Encima pretende que volvamos con la misma excusa de siempre. He cambiado, te trataré mejor, te prestaré

atención... bla, bla, bla, ¡chorradas! No me creo nada. Si hubiera cambiado no me diría estas cosas cuando su pareja se encuentra a escasos metros de nosotros.

–A ver cómo te lo explico. –le digo tajante con ganas de zanjar este asunto–. He encontrado a alguien, alguien que me valora y me lo demuestra, alguien en quien confío y no tengo que estar pendiente de si hace algo a mis espaldas. Así que si te arrepientes, me da igual, si te va mal..., una pena, pero creo que nunca serás capaz de querer a nadie porque para ti no existe nadie más que tú mismo. Mucha suerte con tu vida, la necesitarás.

Dejo el baile a medias y salgo de la sala. Necesito aire, me ahogo. Acabo de decirle lo que debería haber hecho en aquel momento, cuando me di cuenta de sus engaños y sus mentiras. Ahora sí, ahora me siento bien del todo. ¡Uf!

Luis viene hacia mí sin compañía. La imagen de sus besos vuelve a atormentarme el cerebro, eran como dos osos hormigueros, ¡Dios! Que desagradable.

–Sé que me has visto antes –me dice sin siquiera saludar.

–Te estaba buscando. Llevabas desaparecido desde hace horas, y cuando te he visto lo entendí –suelto una carcajada nerviosa. No quiero que piense que lo buscaba para cosas de índole sexual, simplemente me preocupaba no saber de él.

–¿Te molesta que me lée con otra?

–No, al revés, me alegro por ti.

–¿Seguro?

–¿Por qué no iba hacerlo?

–Entonces... –se queda un momento pensativo–. Te dejaré en paz, me ligaré a otras y me olvidaré de ti. ¿Es lo que quieres?

¿Por qué me pregunta eso? ¿Pretende que le diga que lo que quiero es que siga enamorado de mí sin corresponderle? No soy egoísta. Si no siento nada por él lo mejor es que me olvide.

–Luis no entiendo adónde quieres ir a parar.

–Está bien..., ya me ha quedado claro que no te intereso lo más mínimo –sus ojos se vuelven vidriosos–. Algún día te darás cuenta de lo que perdiste. Ese novio tuyo no hará más que hacerte sufrir y yo ya no estaré a tu lado. Te quedarás sola, llena de dolor y odio por no haber sabido elegir.

Se marcha corriendo y sofocado. Mi cerebro necesita un momento para

analizar lo que me acaba de pasar. Vale, creo que empiezo a entenderlo. Como quieras Luis, tampoco te había pedido que te mantuvieras a mi lado. La gente cada vez está más loca. Eso sí, ahora es verdad que me siento un poco sola, aún me quedan dos días más aquí. Necesito a Jota, a Marta y a David. Bueno después de lo último que me dijo, a David no, mejor que se quede dónde está.

El congreso se me hace eterno. Paso los dos días restantes en casa, acudo sólo a ver las actuaciones. Acto seguido me marcho y me rodeo de mi familia. No me queda nadie aquí. Mis antiguos amigos del baile actúan como si no me conocieran, como extraños. Luis no quiere ni verme, por lo que intuyo que al volver buscará otra pareja de baile para el concurso local que teníamos pendiente, y Leo anda por ahí alerta, sin quitarme ojo de encima, esperando cualquier momento de debilidad para atacar de nuevo. Mi mejor opción, debido a mi estado de ánimo, es esconderme de la humanidad refugiándome en casa. Ojalá pudiera cambiar los billetes de vuelta, volvería a Madrid, donde siento que está mi hogar.

Por fin terminó el congreso. Ha sido el peor de mi vida. Vine con la intención de pasármelo estupendamente y al final mira como me voy, deprimida y sola. Para colmo mi móvil dejó de funcionar y he perdido el número de todos, incluido el de David. Seguro que estará tirándose de los pelos por no poder contactar conmigo. Cierro la maleta y me siento en el suelo apoyando la espalda en la cama

Mi hermano abre pegando un portazo, dándome un susto de muerte.

–¡Eh! ¿Eres tonto?

–¿En qué piensas? ¿En tu amorcito? ¿Es un viejo que podría ser tu abuelo, y no quieres que nadie sepa que estás con él porque te avergüenzas de que sepan que tienes que sacarlo a pasear con el andador?

–¡Guau! ¿Desde cuándo tiene un cerebro tan pequeño como el tuyo tanta imaginación?

–Desde que te fuiste, todo se pega, tus ondas cerebrales afectaban a las mías. Ahora soy inteligente.

Me rio de mi hermano que hace el gesto de la paz con las manos y sus labios dibujan una amplia sonrisa. Es un idiota, lo echaba de menos. Si supiera quién es realmente mi amorcito...

Mi padre ha decidido que, al ser mi última noche en familia, vayamos

a cenar a un asador. Me encanta la idea, comida en condiciones, un buen filete de buey con su guarnición, mmm... la boca se me hace agua. Desde que me fui no como adecuadamente, todo es comida basura o rápida de hacer, entre que no tengo tiempo y no me gusta la cocina... Cuando Marta se vino con nosotros empezamos a comer mejor, pero nada como un buen trozo de carne.

El asador es precioso. Se encuentra rodeado de altos árboles. Los pilares de madera que fijan el techo también de madera, componen la estructura del restaurante al aire libre. Iluminado por farolillos donde la luz tenue le da un aspecto íntimo y encantador. A David le encantaría, me molesta no poder saber nada de él, empieza a ponerme nerviosa... Tengo que relajarme. Respiro hondo y me siento en una de las mesas que un camarero bien vestido nos asigna. Todo es risas y anécdotas mientras que llega la comida. Mi mente deambula de vez en cuando. ¿Qué estará haciendo?

Mi hermano se da cuenta de que algo raro me pasa. Está pendiente de cada paso y cada movimiento que hago, como si analizándome adivinara lo que me preocupa. Me va tocar interrogatorio, lo sé.

–Fea, deja de pensar, que no estás acostumbrada y te dará una embolia –se burla Marcos.

–Cada día que pasa eres más tonto.

–¿Cómo es el viejo con el que sales? –pregunta siguiendo el modo burlón de antes.

–¿Qué viejo? – mi madre se asusta. Es normal, pensará que estoy saliendo con un anciano. David es mayor, pero no tanto como ella cree.

–Mamá no te asustes, no es un viejo.

–Entonces tienes algo por allí arriba –mi padre deja el móvil para enterarse de las novedades.

–Tampoco es algo serio creo, es el propietario del piso donde vivo – parece aliviarme mi respuesta.

–La edad es lo de menos, lo que tienes que mirar es su cartera, cuantas más tarjetas tenga mejor.

–¡Papá!

Todos nos echamos a reír. Sé que no lo ha dicho en serio. Si supiera que es rico no se lo creería, a veces hasta a mí se me olvida.

Empiezo a contarle algo de David para que se queden tranquilos, saber que es director de una empresa termina de sosegarlos.

Acabamos de cenar bajo la luz de los farolillos, una cena divertida y

amena como hacía tiempo que no tenía. ¡Cuánto echaba de menos todo esto!

El despertador suena demasiado temprano, quiero dormir un rato más por favor. ¡Mierda! Hoy vuelvo a Madrid, soy tan desastre que aún no he acabado la maleta. Mierda, mierda, mierda. Debo darme prisa. Intento despertar a mi hermano que emite un gruñido y se da la vuelta.

—Venga Marcos, perderemos el tren.

He decidido llevar a mi hermano conmigo unos días, puede que allí encuentre trabajo, en Cádiz la juventud no tiene mucho futuro. El pobre tanto tiempo estudiando fisioterapia para acabar desempleado. Maldita crisis. Yo he tenido suerte, no me quejo.

Nadie sabe que Marcos viene conmigo, será una sorpresa para todos. Jota lo adora, todas las veces que Jota ha venido conmigo de vacaciones se han llevado estupendamente. Es como el hermano pequeño de todos.

El tren lleva retraso. Nos despedimos de mis padres tras prometerles que le llamaremos al llegar. Mi hermano se pone los cascos con su extraña música, una mezcla entre hip hop y reggae que no sé de dónde la habrá sacado. Nada más sentarse se echa a dormir. Yo miro por la ventana. El tren se pone en marcha. Veo el paisaje pasar, mi mente me traslada a un mundo de fantasía donde nada malo puede ocurrir. Estoy agotada.

Trabajo durante todo el día sin parar. Empezar a ver los posibles terrenos para mi futura casa, con los cuales estoy siendo bastante exigente, dirigir la empresa, cuidar a Prince, buscar tiempo para comer e ir al gimnasio..., todo el cansancio que provoca un día tan duro se dispersaría si oyera su voz. Sin embargo, desde que se fue no tengo noticias de ella. Jota me dijo que era normal, que carecía de tiempo, así que he tratado de no llamarla, lo que me ha supuesto un esfuerzo enorme, no quiero que se sienta controlada.

Lo mejor del día es que ¡hoy vuelve! No importa cómo, sacaré hueco para verla y devolverle a Prince, aunque ya me había acostumbrado a que se hiciera un hueco entre mis pies a la hora de dormir y que se comiera la comida que dejo en la mesa del salón cuando me doy la vuelta, ahora que había empezado a cocinar para dos... echaré de menos a este pequeñajo, no tan pequeño. Me han entrado ganas de comprarme uno, ojalá el día tuviera más

horas para poder disfrutar de la compañía de un perro o de mi pareja. A veces odio mi trabajo.

El móvil vibra, Prince se asusta y sale despavorido escondiéndose debajo de la mesa sin dejar de gemir. ¿Qué pasaría si tiro un cohete? Se tira por la ventana seguro, que perro más asustadizo. Es un mensaje de Elsa, ni me molestaré en leerlo, no va a fastidiarme el día.

Jota me acaba de avisar de que están en casa. Pienso echarle la bronca por no avisarme ella misma. ¿Por qué utiliza a su amigo para eso? ¿Es que está enfadada conmigo?

Por el jaleo que se escucha dentro intuyo que acaba de llegar. Llamo al timbre y escondo detrás de mi espalda el ramo de rosas rojas que traigo para ella. Marta abre la puerta con una sonrisa encantadora, parece que está mejor. Su demanda contra Pablo debe ir viento en popa, con todo el apoyo que tendrá a partir de ahora no me extraña que esté feliz, tiene que ser bonito sentirse arropado por todos los que te rodean. Yo... solo tengo a Hugo, triste de mí.

Prince tira de la correa, trota hasta la habitación de Rebeca, lo escucho arañar la puerta para que lo dejen entrar.

—¡Ostias, un perro! Qué guapo.

¿Quién es ese? Ha sonado a hombre y Jota no puede ser, su voz es más... afeminada. Esto no me gusta. Me dirijo con paso firme a la habitación, Marta intenta pararme preguntándome por mi día, pero no lo consigue. Al final del pasillo, frente a la puerta de Rebeca, un chaval de pelo negro azabache, con el torso al descubierto y un enorme tribal tatuado en el pecho, acaricia a Prince que menea el rabo contento ante la cálida bienvenida. Me quedo inmóvil aguantando mis ganas de salir corriendo.

¿Quién cojones es y por qué sale en calzoncillos de la habitación de Rebeca? Por fin me mira, con unos ojos marrones inocentes que me resultan familiares.

—Ah, hola. Lo siento no te había visto. Soy Marcos.

Me estrecha la mano sin vergüenza alguna, cerrando la puerta tras de sí. Este no sabe quién soy yo, seguro que Rebeca ni siquiera le ha dicho que tiene novio.

—¿Dónde está Rebeca?

Inquieto, apretando el enorme ramo de rosas rojas. El deseo de estampárselo en la cara al chulo playa este no me deja pensar en nada más. No contesta. Se queda mirándome como si estuviera loco.

–Se está duchando, voy a avisarla –su cara ha cambiado. Ha notado que quiero partirle la cara y me mira asustado.

Me acerco a él lentamente mientras da unos pasos hacia atrás, dejándose caer en la puerta.

–¿Quién eres? –le pregunto en tono amenazador para que le quede claro que cualquier indicio de mentira le puede salir muy caro.

La puerta se abre y el chulo playa me mira con ojos asustados. Rebeca nos observa atónita envuelta en una toalla.

–¡Eh! ¿Qué haces? ¿Estás bien? –le tiende la mano al chulo playa para acercarlo a ella que se esconde detrás de Rebeca.

–Esto ya es el colmo. Vengo aquí a recibirte después de dos días sin saber nada de ti y me encuentro a un imbécil en ropa interior, a ti medio desnuda, y encima te preocupas por él.

–¿Este es el viejo? –pregunta el chulo playa señalándome.

–¿A quién llamas viejo, imbécil?

Miro a Rebeca esperando que me defienda, pero ella asiente con la cabeza y ambos se echan a reír. Esto ya me sobrepasa, se están riendo de mí en mi cara, es humillante. Le doy bruscamente el ramo de flores y me doy la vuelta para largarme de aquí cuanto antes. Sigo escuchando risas y me hierve la sangre. ¿Cómo puede hacerme esto?

–Tío no te enfades, soy su hermano.

Qué excusa más mala. Una parte de mí quiere creerlo, tal vez sea esa parte la que me hace girarme para mirarlos. Ella vuelve a asentir y se muerde el labio.

–No deberías tratar así a mi familia.

Me quedo de pie, intentando creerme lo que dice. No sé si es cierto o no, pero necesito un abrazo. Como si me leyera el pensamiento, se acerca y me envuelve entre sus brazos. Junto mi frente a la suya y la miro suplicándole con la mirada que me diga la verdad. Sin emitir sonido, me besa y yo me derrito. Ahora mismo me importa muy poco quién es ese. Un beso suyo y lo olvido todo. No debería ser tan débil.

Lentamente se va separando, yo la abrazo aún más fuerte, no quiero que se vaya. Es tan cabezota que consigue zafarse, se coloca al lado del chulo playa... los observo un momento... ¡madre mía! Son iguales. Es verdad, se parecen mucho, ahora entiendo por qué me sonaban esos ojos. Me siento como un estúpido.

–Lo siento, yo...

–Debes controlar esos celos, hermano –dice Marcos metiéndose en la habitación y cerrando la puerta tras de sí.

¿Hermano? Hace mucho que nadie me llama así. Los recuerdos de Pedro vuelven a mí, un nudo cierra mi estómago. Rebeca se da cuenta, me lleva hasta el salón obligándome a sentarme en el sofá y se marcha a la cocina a meter las rosas en un jarrón. Marta se ha marchado y tan solo se escucha el ruido de la ducha donde supongo se habrá metido Marcos.

–¿Por qué no me dijiste quién era? ¿Por qué has estado callada todo el tiempo?

–Estaba resultando divertido –se sienta en mis rodillas riéndose. Me abraza y me jala el labio mordisqueándolo suavemente –. ¿Estás bien? No tienes buena cara.

–Ha dicho hermano... yo... Pedro...

–Oh, lo siento –vuelve a abrazarme y se queda acurrucada junto a mi pecho. Mi mente lucha por hacer que los recuerdos de Pedro se desvanezcan y disfrutar de su cálido cuerpo, pero me resulta difícil, muy difícil.

–No quiero preguntarte pero siento que debo hacerlo, ¿por qué no me has llamado ni una sola vez?

–La mierda de móvil dejó de funcionar y perdí todos los números.

–¿Estás sin móvil?

–He vuelto a la prehistoria. Si quieres cualquier cosa tendrás que mandarme señales de humo.

Me río ante su ocurrencia. Ya le compraré uno, no debería estar sin móvil. Necesito tenerla un pelín controlada aunque ella no lo sepa.

Marta insiste en que cenemos todos juntos. Ha comprado miles de cosas para cocinar. Rebeca y ella se ponen manos a la obra en preparar lo que ellas llaman “la cena de los gordos”, harán toneladas de comida porque Marcos, Jota y yo somos hombres de buen comer, o mejor dicho, de arrasar con la comida. También se sumará Hugo cuando salga de trabajar, así que tendrán que hacer aún más comida, pero están encantadas.

Me quedo mirando como Marcos juega con el perro. Es curioso, aunque tiene los mismos gestos de su hermana me sigue recordando a Pedro.

–Eh, tío, deja de mirarme tanto.

–¿Cuántos años tienes?

–Veinticuatro, pero me gustan las mujeres ¿eh? Lo digo para que no haya malentendidos.

Me guiña el ojo divertido y me saca la lengua. Tardo en reaccionar, en comprender que me ha gastado una broma. Me encanta este chico. Tiene la misma edad que Pedro cuando... bueno, cuando pasó todo. Está lleno de energía y buen rollo.

La mesa se llena de pollo asado, ensalada de pasta, filetes en salsa, hamburguesas, chorizos..., nunca había visto tanta comida junta en una mesa tan pequeña, ni siquiera en las cenas que ofrece mi madre. Las de mi madre son comidas, digamos... más discretas, de esas de salir con el mismo hambre que entraste y acabar arrasando con las sobras que tienes en casa al salir.

El timbre de la puerta suena, Rebeca sale corriendo a abrir y por ella entra Hugo soltando babas al oler la comida. Mi princesa se sienta junto a mí, me da un beso en la mejilla y empezamos a comer.

–Rebe, ¿me enseñarás la ciudad mañana? –Marcos parece tener ganas de ver Madrid.

–Lo siento, tengo que ir a clase, estudiar y trabajar. No llegaré hasta la noche.

–Puedo enseñársela yo –me ofrezco.

Lo cierto es que me apetece conocer más de ese chico, de ella, de su familia.

Todos me miran sorprendidos. Rebeca pone cara de no querer saber absolutamente nada de esto. ¿Tan raro resulta que quiera hacerlo? Miro a Hugo esperando una respuesta, pero no dice nada, simplemente come sin parar.

–Vale –accede Rebeca–. Pero te aviso, no es muy obediente.

–Mañana te recojo temprano. Si te apetece vendrás conmigo a ver un par de sitios.

Marcos sonrío satisfecho y todo el mundo sigue comiendo en paz y alegre. Miro por la ventana. A lo lejos observo los coches pasar, rápidos, con prisas y me sorprende pensando en lo dichoso que me siento de pertenecer a esta pequeña familia.

Me he pasado toda la noche pensando sitios que le puedan gustar a un chico de la edad de Marcos y sigo sin saber exactamente dónde ir, al menos tengo pensado algo y aunque no es muy fascinante espero que le guste.

Marcos rodea mi coche completamente anonadado. Lo va tocando con

el dedo índice suavemente como si tuviera miedo de arañarlo, abre la puerta del copiloto y se recuesta en el asiento emitiendo un gran suspiro de satisfacción.

–Tío, este coche es una pasada.

Le sonrío, pongo el CD con la música de su hermana y arranco el coche. El rugido del motor le impresiona aún más. Este chico es fácil de complacer, cualquier cosa le parece un mundo, no quiero ni imaginar la cara que pondrá cuando vea lo que nos espera.

El helipuerto está casi desértico. Marcos abre aún más los ojos y la boca al ver el enorme helicóptero con el que daremos una vuelta por la ciudad.

–No querrás ser un turista más ¿no? –le digo al ver que no produce ningún sonido.

– Pero... pero... –titubea—. ¿Es tuyo?

–Lo he alquilado para hoy.

–Primero ese coche, ahora un helicóptero. Tengo la impresión de que no eres muy pobre.

–Digamos que llego a final de mes sin problemas –contesto riéndome.

–Joder con mi hermana, parecía tonta y se lleva a un tío con pasta.

–Por desgracia tu hermana no es de las que se impresionan con el dinero, es una de las cosas que me gustan de ella. Ella es más sencilla.

Ladea la cabeza en señal de estar de acuerdo con lo que digo.

Nos montamos en el helicóptero mientras observo su mirada llena de ilusión y me levanta el pulgar. Le respondo y le hago la señal al piloto para ascender. Lentamente nos fundimos con las nubes, observamos como poco a poco el suelo se hace cada vez más y más largo.

Me encanta esto, a pesar de vivir siempre aquí jamás había visto la ciudad desde arriba. Es impresionante. De vez en cuando Marcos me señala algo muy emocionado, una de las cosas que me señala es el estadio de fútbol, el Bernabéu.

–¿De qué equipo eres? –me chilla.

–De ninguno, no soy muy amante del fútbol.

Su mirada cambia, parece decepcionado. No puedo mentirle, no es que me fascine un partido a menos que sea importante. Me gusta jugar en la Xbox con Hugo, pero verlo en la televisión o ir al estadio no es uno de mis hobbies.

El recorrido acaba y nada más pisar tierra cojo el teléfono y marco. Tiro de contactos para el siguiente plan, gracias a Dios, todo sale como la seda. Se llevará una enorme sorpresa. No entiendo qué me pasa, quiero que su día conmigo sea espectacular pero..., ¿porque es hermano de Rebeca o porque realmente me apetece? Supongo que las dos cosas. Me da igual, yo también estoy disfrutando de esto.

Nos montamos en el coche y me dirijo al estadio. No tiene ni idea de que acabaremos en la zona vip para ver el entrenamiento. Su ilusión no tiene límites. Sus ojos brillan más que nunca y yo me siento feliz de hacerle sentir así, pero aún no ha acabado. Finaliza el entrenamiento y el encargado viene a por nosotros. Nos guía por unos pasillos y en pocos minutos llegamos al área de vestuarios. Allí está la plantilla al completo. Marcos me mira sin poder creer lo que ven sus ojos. Realmente su cara no tiene precio. Charlamos unos minutos con los jugadores, Cristiano Ronaldo le regala su camiseta y Marcos se las ingenia para que todos se la firmen.

Acabada una mañana completa ambos estamos muertos de hambre. Tengo reserva en un asador. Es uno de mis sitios preferidos, tanto la comida como el servicio son buenos. Es rápido y agradable.

–Gracias –me dice con la boca llena–. Ha sido el mejor día de mi vida.

–Me alegro, tenía miedo de que te aburrieras.

–¿Estás de coña? ¿Un viaje por helicóptero y conocer a mis ídolos te parece aburrido? Debes ser demasiado rico si te aburren estas cosas.

Casi me atraganto con el vino de la risa. Si el supiera lo mal que se pasa a veces siendo rico... responsabilidades, querer agradar a los demás, que te vean por lo que tienes en lugar de por lo que eres... es más complicado de lo que parece.

–Oye, háblame de tu familia. Aparte de tus padres, ¿tenéis más familia? Tu hermana no suele contarme nada sobre ella –pregunto intentando sonsacarle algo de Rebeca.

–Ya, bueno –su mirada se entristece y agacha la cabeza–, es complicado.

–¿Complicado? –deja el tenedor en el plato y se incorpora, haciendo que los músculos de su cuerpo empiecen a tensarse. Sus ojos miran la comida a medio acabar, tristes, nostálgicos.

–Mis padres y nosotros estamos bastante unidos pero echamos de

menos al resto de mi familia.

–¿Viven lejos?

–No. La relación con ellos es más bien tensa.

–¡Vaya! Siento oír eso.

–Bueno, no siempre ha sido así. Antes nos reuníamos todos los domingos en mi casa y en navidades solíamos hacer unas reuniones impresionantes, apenas cabíamos en el salón –sus ojos vuelven a brillar melancólicos–. Solíamos ser una piña, una familia unida, crecimos con nuestros primos como si fuéramos hermanos, pero hace unos años todo se truncó. Hubo un percance bastante grave y la familia se alejó. Dejamos de juntarnos, ni siquiera nos visitaban. Los domingos en familia se convirtieron en sólo domingos, apenas sabíamos de ellos. Mi madre sufrió mucho y nos llegamos a sentir abandonados. La familia tal y como la conocíamos había dejado de existir. ¿Sabes lo que es vivir toda tu vida rodeada de seres queridos y de repente mirar a tu alrededor y no ver a nadie? Cuando los ánimos se calmaron empezaron a visitarnos algunos de mis tíos que con el tiempo también se fueron alejando.

–Eso es muy triste.

–Mi hermana siempre pensó que si desde el principio hubieran dado la cara, que si hubieran contado sus versiones de la historia, poder... no sé, hablarlo, aclararlo, se podría haber evitado el sufrimiento, pero algunos decidieron callar y distanciarse de nosotros. Rebeca es muy rencorosa y no perdona casi nunca, así que para ella la familia murió. Eso no significa que no quiera saber de ellos. Los quiere mucho, es simplemente que si antes era poco familiar ahora lo es menos.

¡Joder! No me esperaba esta historia. Acabo de darme cuenta de que hay cosas de Rebeca que aún no sé, un pasado, unos problemas, tal vez hay algo en ese pasado que pueda ser la causa de que ella sea como es, desconfiada, y con una coraza difícil de quitar. ¡Oh! Ahora más que nunca quiero hacerla más feliz de lo que jamás ha sido, ya es hora de que alguien le aporte todas las cosas buenas que se merece.

Capítulo 24

Acabo de salir de clase, estoy mentalmente agotada. Me he llevado toda la mañana luchando por no quedarme dormida con la charla del profesor, ¡qué aburrimiento, por Dios! Lo peor de todo es que cuando conseguía mantenerme despierta mi mente me recordaba que David y mi hermano echaban el día juntos. No estoy muy segura de que haya salido bien. ¿Qué podría enseñarle David a Marcos para que no se aburra? ¿Su casa? ¿Su oficina? Porque debo reconocer que no es muy aventurero, su vida es una rutina, el máximo riesgo que corre es ligar sin parar, espero que no esté ligando. ¡Oh, mierda! Ahora todo el tiempo pensando eso. Si es que cuando quiero puedo llegar a ser masoquista, ¡qué ganas de hacerme sufrir yo misma!

Es tarde. He aprovechado al máximo el tiempo en la biblioteca, así que llego a casa con los minutos contados para cenar algo rápido, ducharme y largarme a trabajar. Menos mal que Marta se encarga de alimentarnos últimamente, aunque según el abogado se nos acabará el chollo pronto, parece ser que podrá volver a su casa en breve.

Mi hermano anda pegando botes por la casa, cantando y bailando sin parar. Jota lo ve y se pone a imitarlo. Por si fuera poco Prince se une ladrando y girando sobre sí mismo. ¡Este perro está loco! Genial, ahora tengo a dos monos y un perro bailando la danza de la lluvia por el piso.

–Solo de verlos me dan dolor de cabeza –me quejo sola en voz alta.

–Cariño, tú antes molabas, desde que te has convertido en la señorita de David eres una aburrida.

Gracias Jota, después de las duras palabras de Luis en el congreso es precisamente lo que necesitaba escuchar.

No he contado nada a nadie de lo que pasó en Cádiz. Con todo el jaleo que había aquí con Marta cuando llegué ni me acordé y ahora, la verdad, no quiero hablar del tema. Tampoco me apetece verlo, pero no tengo más remedio, esta noche toca trabajar, andará por el local dando vueltas. No sé cómo reaccionará, la última vez que supe algo de él fue al enviarle un mensaje desde el móvil de mi hermano diciéndole que volvía en tren, cuya respuesta fue “ok”. ¿Estará enfadado? Uf, no me importa. Hay mil formas de decir las cosas y la suya, no fue la más correcta.

–Marcos, ¿qué has hecho durante todo el día con David? –le pregunto a mi hermano, que ha parado por un momento de bailar para robar una alita de pollo recién sacada de la sartén.

–Creo que ese tío está forrado. Es increíble.

–¿En serio? No me había dado cuenta –respondo irónica–. ¿Cuándo lo notaste, al ver su piso, su coche o le hurgaste la cartera para robarle? Dime que no le has robado por favor.

–Cuando me llevó a ver Madrid desde un helicóptero –me hace una burla con la lengua y va corriendo a mi habitación donde tiene sus cosas. Vuelve con una camiseta del Real Madrid y nos la enseña orgulloso–. Después fuimos a conocer a los jugadores y la firmaron todos. Luego fuimos a almorzar a un restaurante pijo, ahí si estuve a punto de robar la propina –dice con cara avergonzada.

–¡Marcos!

–No lo hice, lo juro. Este me gusta Rebe. Es bueno, no es tan feo y es rico.

–Y celoso, posesivo y controlador.

–¿Pero has visto su coche? Qué más da que sea celoso..., cuando quieres eres muy tiquismiquis.

Todos soltamos carcajadas. Sé que lo dice en broma, eso espero, nuestro padre no nos educó para que fuéramos materialistas. Nunca nos faltó de nada, pero se encargó de que supiéramos el valor de las cosas, “si consigues lo que quieres con trabajo y esfuerzo la satisfacción es mayor”, es lo que siempre nos decía. Espero que no lo olvide.

Esta noche mi hermano vendrá con nosotros a “El meneíto”, quiere ver dónde trabajo y bailar un poco. Sí, aunque parezca increíble, mi hermano baila. Lo cierto es que lo hace muy bien, pero hace tiempo que aparcó el baile en su vida. El motivo no lo sé, supongo que se aburriría.

La sala hoy no está muy llena, estamos bastante relajados. Jota está de mal humor y por mucho que le pregunto no me quiere decir por qué. Ismael anda metido en sus pensamientos, Luis vaga por la pista buscando alguien con quien bailar. Todavía no hemos estado cara a cara, pero si sigue el ambiente así de relajado creo que pasará de un momento a otro, no puede ser tan difícil cruzarme con él con tan poca gente.

–Jota, ¿qué te pasa? Antes estabas muy bien y ahora mira la cara que

traes –intento sonsacarle de nuevo.

–Que pesada eres –resopla mirándome con desdén.

–Así te pones tú.

–Pues qué pesado soy –vuelve a resoplar más fuerte y bebe un sorbo de Coca-Cola–. El asunto de Marta me tiene preocupado, ¿contenta?

Se da la vuelta y sigue limpiando los vasos que había dejado a medias.

–No te preocupes –trato de consolarlo poniendo mi mano en su hombro–, se arreglará, entre todos la ayudaremos.

Asiente con la cabeza sin estar muy convencido y termina de limpiar el último vaso que le quedaba.

Luis se acerca a la barra y me hace señas para que salga. ¡Mierda! No quiero hablar con él. Venga Rebeca, cuánto antes pases por esto antes te lo quitas de encima. Parezco una loca hablando sola, pero tengo que animarme a mí misma.

–¿Qué te pasa? –le pregunto intentando poner un tono lo más amable posible, pero fracaso y me sale una voz aguda que suena de lo más falsa.

–Quiero hablar contigo –se sienta en el taburete obligándome a sentarme yo también. Me coge de la mano y esto ya no me gusta nada–. Rebeca siento como me comporté en Cádiz. Todo lo que te dije, no pensaba lo que decía, luego cuando te dejé sola..., fui un egoísta. Solo quiero alejarme de ti para olvidarte y fue la única forma que encontré. No fui consciente de que no era el sitio adecuado para empezar. Me gustaría que me perdonaras y volviéramos a ser amigos.

Me quedo pensando un milisegundo en todo lo que acaba de decir. No me esperaba que pidiera perdón, tampoco tengo nada que perdonarle. Se comportó como un capullo, sí, pero bueno tampoco me importa tanto.

–No pasa nada Luis, olvídale.

Me levanto y me marcho de ahí. Sé que he sido seca, suelo serlo cuando no me apetece hablar de algo.

Por fin acabó la noche y mi hermano es el único que se lo ha pasado bien. Estoy agotada, necesito una buena ducha y coger mi cama tanto como respirar.

Un estruendo me despierta, miro hacia abajo buscando a mi hermano que me mira sobresaltado desde el colchón hinchable al lado de mi cama.

–¿Qué ha sido eso? – me pregunta asustado.

Escuchamos unos segundos en silencio. Prince no ha ladrado, cosa rara, con cualquier ruido arma un escándalo. Me levanto y, con mi hermano pegado a mi espalda totalmente acojonado, salgo de la habitación en dirección al salón, creo que el sonido venía de allí.

Me paro a la mitad del pasillo.

–¿Por qué te paras? –susurra Marcos.

–Dame tu zapatilla –me la da sin poner pegas. Alzo la zapatilla sobre mi cabeza preparada para estampársela a quién sea en la cara.

–¡Ah! Mucho mejor, con eso lo mandas al hoyo del tirón –responde irónico ante mi inútil ocurrencia.

–¿Tienes una idea mejor?

Niega con la cabeza y avanzamos lentamente.

David se levanta del suelo tocándose la cabeza dolorido.

–¡Qué susto! La próxima vez llama al timbre idiota, por poco nos da un infarto –dice Marcos llevándose la mano al corazón, al mismo tiempo que avanza hacia David.

–Me abrió Jota, que se iba con Marta a no sé dónde.

–¿Qué te ha pasado? –observo la mesita de cristal hecha añicos y a Prince lamiéndose la pata.

–El perro se abalanzó sobre mí y caímos encima de la mesita. Creo que se ha cortado.

–Y después soy yo la torpe. Anda ven que te mire la cabeza a ver si tienes algún corte. Marcos encárgate de Prince.

Tras asegurarme de que no sufren ningún tipo de lesión, ayudo a mi hermano a hacer la maleta. Hoy se marcha a Cádiz. Me gustaría que se quedara un poco más, pero por desgracia no puede ser. Lo echaré de menos, los días que ha pasado aquí han sido geniales.

David parece decaído, le pasa las cosas a Marcos sin ganas. Sé que se llevan estupendamente, creo que él también lo echará de menos. Ve a Pedro en él y, aunque le duele recordar a su hermano fallecido, Marcos ha conseguido llenar un poco el vacío que dejó.

De camino al aeropuerto ambos cantan en el coche a toda voz. Es una canción nueva de JLo, habrá cambiado el CD que le regalé. No me queda otra que esperar que el trayecto transcurra rápido o me quedaré sorda en dos segundos.

El avión está a punto de despegar, yo sigo abrazada a mi hermano. No quiero que se vaya. Es un apoyo increíble, tengo la sensación de que voy a necesitarlo más que nunca. Es un sentimiento muy extraño, como un presentimiento.

–¡Ay! –se queja–. Déjame respirar, si muero prefiero que sea estrellado en el avión.

–¿Qué dices niño?

–No te enfades hermanita, pero suena mejor adolescente guapo muere en avión estrellado, que adolescente muere asfixiado por su hermana, además te condenarían por homicidio.

No me puedo creer las tonterías que está diciendo. Le empujo y le pego una colleja.

David se acerca y le estrecha la mano. Marcos duda unos segundos y lo abraza fuertemente. David se mantiene inmóvil, sorprendido, con la mirada perdida y brillante, abraza tan fuerte a mi hermano que temo que lo rompa en dos.

–Me hubiera gustado tener un hermano como tú –dice Marcos alejándose.

David traga saliva y vuelve a abrazarle. Está emocionado. Una pequeña lágrima sale de sus ojos cerrados y recorre su mejilla. ¡Para! Conseguirás que acabe llorando yo también. Debe ser duro encontrar a alguien que te recuerde a un ser querido que has perdido y volverlo a perder. Conociendo a mi hermano no lo perderá, de eso estoy segura.

Marcos se aleja por la puerta de la terminal. Abrazo a David con todas mis fuerzas y mis labios besan los suyos, temblorosos, conmovidos. A duras penas reacciona. Con mucho esfuerzo tiro de él y consigo sacarlo de allí.

Una vez en el coche, suspira, sorbe por la nariz y me sonrío. Es una sonrisa bonita, más aún de la que tiene normalmente. Su cara emite una luz espectacular, se le ve feliz y triste al mismo tiempo. Arranca el coche y se concentra en la carretera sin mediar palabra.

Salimos del centro de la ciudad y nos dirigimos a las afueras. Circulamos por carreteras largas, casi desérticas. Miro el reloj de la radio, llevamos conduciendo cuarenta y cinco minutos.

–¿Adónde vamos?

–Es una sorpresa –responde con un destello en los ojos.

Me mantengo en silencio, llena de intriga y curiosidad. ¿Qué puede

haber tan alejado de nuestro entorno?

Pasamos una urbanización de lujo, rodeándola. De repente para el coche y sale de él. No entiendo nada, estamos parados frente a un terreno lleno de hierbajos y arena. ¿Qué demonios? No tengo ni idea de lo que hacemos aquí parados. Observo a todos lados intentando buscar una pista y no obtengo nada. Me abre la puerta, con una mano me invita a salir.

Posa su mano en mi cintura guiándome por un camino de tierra elevado.

–Cierra los ojos.

–¿Qué? Ni de coña.

–Confía en mí.

–No quiero caerme, y sabes que soy propensa a terminar con el trasero en el suelo.

–Confía en mí –repite.

Lo miro de mala gana y cierro los ojos. Casi me da un infarto cuando me coge en brazos y avanza. Noto sus pasos pesados hundirse en la tierra. Se detiene y me baja. Yo sigo sin abrir los ojos.

–Ahora. Ya puedes abrirlos.

¡Vaya! La vista es espectacular. Estamos en medio de la nada. Un enorme lago rodeado de árboles se presenta ante mis ojos. Detrás del lago, las montañas se funden con las nubes, formando parte del cielo. Se respira tranquilidad, el aire puro llena mis pulmones. La naturaleza que lo rodea, pinos, abetos, toda clase de árboles y plantas se reflejan en sus aguas. El único sonido, el canto de los pájaros. Es precioso. Lo miro desconcertada, no entiendo por qué me trae aquí.

–Rebeca –se vuelve para ponerse frente a mí, cogiéndome las manos con firmeza–, ¿recuerdas el proyecto que te presté para tu trabajo de clase?

–¿La casa de tus sueños? –asiente y sus ojos brillan aún más.

–He decidido construirla. Tú me has dado el empujón que necesitaba. Todo esto que ves será parte de ella, de mi casa. Si aceptas, será el lugar donde podamos vivir juntos, felices, ajenos a todo, nuestro refugio. Nuestro fin del mundo.

Se calla y me mira fijamente. Sus ojos se ven temerosos, teme mi respuesta. No puedo hablar, tengo un nudo en la garganta. No esperaba nada, ni este lugar, ni sus palabras. Él aguarda pacientemente, temblando.

–Me encanta el fin del mundo –digo al fin.

Y lo beso apasionadamente mientras sus brazos me elevan del suelo haciéndome sentir libre, segura, la mujer más feliz del mundo.

El corazón de Rebeca se acelera con cada roce de mis dedos, su piel desnuda desprende calor bajo mi pecho sudoroso. Mi mano acaricia su cabello bajando poco a poco hasta su pierna, suave, sedosa, perfecta. Ambos jugamos con nuestros labios, besándonos y al mismo tiempo dejándonos con ganas de más. Muerdo su prominente labio inferior tirando de él hacia mí, una sonrisa aparece en ellos. Empiezo a besar su cuello suavemente, con delicadeza, un pequeño gemido sale de su boca, se estremece, con el cuerpo me pide más y más, moviéndose, es casi una danza bajo mi cuerpo. Yo sigo concentrado en él, haciéndole sentir sensaciones únicas, poco a poco su alma queda vinculada a la mía, ahora y para siempre.

—Es curioso —dice acostada sobre mí, mientras recuperamos el aliento—, nunca me ha gustado que me toquen el cuello.

Su revelación me pilla por sorpresa. No parecía eso hace un momento, ¿la he cagado?

—Pero antes... —me arriesgo a preguntar.

—Por eso es curioso. Cuando alguien me tocaba el cuello lo apartaba, me irritaba, era casi imposible seguir. Eres la única persona que consigue que me guste, que incluso quiera más.

Me incorporo y apoyo la espalda sobre el cabecero. Necesito que me mire, necesito saber si eso que dice es cierto.

Eleva su cabeza, su mirada resplandeciente se encuentra con la mía.

—¿Eso es verdad? ¿Soy la única persona que te ha tocado el cuello y te ha gustado?

Asiente con la cabeza y vuelve a tumbarse sobre mi pecho. Sonrío, es una sonrisa tonta, de estas que se te quedan en la cara todo el día. Ser la única persona de su vida que consigue hacerle sentir cosas bonitas donde otros fracasaron me llena de... no hay palabras para describirlo, simplemente estoy feliz.

El amanecer amenaza con acabar nuestro momento. Rebeca yace dormida a mi lado. Observo el tatuaje de su nuca: “que nada ni nadie guíe tu

vida más que tus sueños”, y entonces lo recuerdo, recuerdo que aún no sé su significado y eso me llena de curiosidad.

–¿Qué querrá decir? –susurro pasando un dedo por esas distinguidas letras.

–Es una frase de mi abuela. Ella decía que cuando tenemos un sueño no debemos dejar que nadie nos impida cumplirlo, ni siquiera los obstáculos –se gira y sus ojos quedan frente a los míos–. La gente puede darte malos consejos, la vida ponerte adversidades que te hacen rendirte, pensar que jamás lo cumplirás. Si realmente quieres conseguir ese sueño nada de eso sirve, sólo depende de ti, por tanto, ese sueño es lo único que debe guiar tu vida.

Me quedo sin palabras. Creí que era una frase sin sentido, que se la había tatuado porque le gustaba, pero es mucho más que eso. Cada tatuaje que adorna su cuerpo tiene un potente significado para ella.

–Es muy sabia tu abuela.

–Lo era, murió. Ella se suicidó. Pensó que había empezado a enfermar y no quería ser una carga para nadie. Lo decidió así.

–¡Oh! Lo siento.

–No importa, hace mucho de eso. Me costó superarlo, pero supongo que algo así no se supera nunca. Para mí el suicidio es un acto de egoísmo, te quitas sufrimiento y se lo das a tus seres queridos.

–Tu familia está llena de historias tristes –se incorpora mirándome fijamente, asustada, tapándose con la sábana.

–¿Qué sabes de mi familia? ¿Por qué dices eso?

–Tu hermano me habló de ella.

–Mi hermano es un bocazas, debería haber mantenido la boca cerrada.

–No fue culpa suya, yo le pregunté, quería saber más sobre ti.

–Nunca debiste saber eso. Es demasiado personal

–Rebeca, cuánto más sepa de ti, más podré ayudarte. Saber cosas de tu vida, de tu pasado, me ayuda a hacerte feliz.

Consigo abrazarla tras forcejear un poco. Parece serena, aunque su mirada refleja dolor, se mantiene fuerte. Sin embargo, yo no puedo evitar pensar en todo lo que ha pasado, su crisis familiar, su abuela..., ¿cuánto más hay en su vida que no tengo ni la más remota idea?

No voy a dejar que esto oscurezca el día. Debo pensar algo que la alegre, algo que le haga recuperar su luz.

Esta noche trabaja, así que no me queda más remedio que planear las cosas de forma distinta a como me gustaría. Un pequeño ajuste en el plan.

Examino que todo está perfecto y me dirijo a la universidad a recogerla. Sus clases deben estar a punto de acabar.

Espero junto al coche apoyado en la puerta del copiloto. El timbre suena, una multitud de personas salen por la puerta. Casi me cuesta encontrarla, pero ahí está, tan preciosa como siempre. Un chaval irrumpe entre la gente con una docena de rosas azules, se para frente ella y se las entrega. Un color rojo intenso inunda sus mejillas. Coge el ramo con vergüenza y lee la tarjeta. Mentalmente repaso lo que pone.

“Mi vida solo tiene sentido si tú estás en ella. Mira a tu alrededor. Te amo, D.”

Su cabeza se gira y me ve aquí plantado con las gafas en la mano. Comienza a correr hacia mí con una gran sonrisa en la cara. Pega un salto, la sujeto por el trasero intentando no caerme hacia atrás mientras su boca se pega a la mía. Su beso sabe a gloria, a euforia, justo lo que necesitaba.

–Estás loco.

–Necesitaba demostrarte cuánto te quiero.

–Me encanta, son mis rosas favoritas.

–Y difíciles de encontrar.

Volvemos a besarnos ante el aplauso de la gente que nos rodea. La abrazo para que todo el mundo sepa que es mía, exclusivamente mía.

Estoy nervioso ante la puerta de mi casa, ella lo nota por su forma de mirarme.

Avanzamos hasta el salón. Su boca se abre al ver la mesita del centro adornada con flores y velas que enciendo ante su mirada atónita.

–¿Qué es esto? –dice sorprendida.

–¿Recuerdas nuestra primera cita? Como no es lo más romántico del mundo he decidido traer el Burger King a casa.

–Pero era de noche –suelta entre carcajadas.

–¿Supone eso algún problema?

Cierro las persianas y echo las cortinas para olvidar que en la calle sigue siendo luciendo el sol. Enciendo la chimenea, cojo el menú que Sofía,

mi asistente, se ha encargado de mantener caliente desde que lo compré. Rebeca no pierde detalle, una tímida risa invade la sala.

–Esto es increíble, te acuerdas del menú que me compré.

–Si se trata de ti es imposible que me olvide de algo.

Me abraza fuerte y me besa lentamente.

Acabamos la cena entre risas y mimos. Esto es muchísimo mejor que aquella primera cita. Revivir aquellos momentos me ha hecho darme cuenta de lo mucho que ha cambiado mi vida gracias a ella.

–Rebe, estoy totalmente enamorado de ti –cojo su cara con mis manos y la obligo a mirarme a los ojos–. Tu forma de ser, de ver y vivir la vida me tiene locamente enamorado.

Ella suspira, su mirada se entristece, ¿he dicho algo malo? ¡Mierda! ¿Y si no siente lo mismo?

–No digas eso David. El amor no existe –aparta la cara y mira al suelo. Algo me dice que lo que viene a continuación será como jarrón de agua fría–. El amor es algo que imponen las películas. ¿A qué llamas amor? ¿A levantarte por las mañana pensando en mí? ¿A regalarme flores?

–No esperaba que dijeras eso. Tú que estás llena de vida, ¿por qué piensas eso? –se encoge de hombros y sigue con la vista clavada en el suelo. Debo solucionar esto como sea. –¿Sabes a lo que llamo amor? –empiezo a pensar en todo lo que ella me hace sentir, todo lo que me provoca estar a su lado cada día, dándole las gracias a Dios por tenerla junto a mí–. Amor es levantarte y acostarte pensando en esa persona. El deseo, la atracción, preocuparte por ella, querer saber cómo se siente y mostrar interés por sus gustos y sus sueños. Darle tu apoyo incondicional y tu confianza, querer hacerla sentir especial y única con cada momento, porque esta cantidad de sentimientos y los que quedan hay que resumirlos, por eso utilizamos la palabra amor, pero realmente no nos paramos a buscar en el interior de esa palabra y lo que significa, nos quedamos en la superficie y en lo que nos hacen creer de ella, porque amor no es obsesión ni sufrimiento, amor son sentimientos sinceros.

Se le corta la respiración y poco a poco eleva la mirada, una mirada llena de miedo y de admiración al mismo tiempo.

–Lo siento, no creo en el amor.

–Yo conseguiré que creas. Ese será mi sueño.

La noche llega rápido, ella tiene que trabajar. La acompaño a casa, espero que se duche y se cambie. Sé que no quiere que esté en su trabajo, pero hoy no me apetece dejarla sola, le he prometido no meteme en líos y pienso cumplirlo.

El local está a tope, como casi todos los días. Bailarines, acompañantes, todos pasan un buen rato. Rebeca tiene mucho trabajo, por eso intento molestar lo menos posible. Una chica se sienta a mi lado, yo la ignoro, al final se acaba cansando y se marcha. Hace tiempo que no existe nadie más que mi princesa, Hugo no para de quejarse por ello.

Rebeca pega un grito y sale corriendo hacia la puerta. Alterado miro qué es lo que ha provocado esa reacción. Un chico de unos veintiocho años, bien vestido y peinado, con el pelo a la moda abre los brazos para recibir el saludo de Rebeca. ¿Quién coño es ese?

Pasan por mi lado ignorando mi presencia, esperaba que al menos me lo presentara, pero siguen su camino hasta una mesa cercana donde Rebeca le habla sin parar y le trata muy amablemente. Me estoy empezando a mosquear.

No le quito la vista de encima al tío. Me encantaría preguntarle quién es, pero le prometí no agobiarla ni meterla en problemas, así que dejaré que sea ella quien me lo cuente cuando quiera. Rebeca tampoco deja de mirarlo, yo cada vez siento más curiosidad, necesito saber quién es. Tal vez Jota lo sepa.

—¿Quién es ese? —le pregunto señalando con la cabeza en su dirección.

—Ni idea.

Jota está concentrado en su trabajo, bastante agobiado, tal vez no ha sido un buen momento para preguntar. Vuelvo a mirar a la mesa, para mi sorpresa el tío desconocido ha desaparecido. Miro a todos lados... nada, no hay rastro de él, tampoco de Rebeca. Me levanto con el corazón a mil y me acerco a la barandilla que protege el primer piso de la pista de baile.

Allí abajo los veo, bailando pegaditos una bachata horrible. Ríen contentos y bailan al son de la música. Mi cuerpo arde cada vez más. Tanta compenetración no puede ser buena. Algo está pasando. ¿Será él la causa por la que no me dice te quiero? ¡Oh, Dios! ¿Y si ella me ha dicho que no cree en el amor porque no me quiere, porque lo quiere a él? Tengo que hacer algo. Estoy hartos.

La canción acaba y me llevo a Rebeca del brazo fuera del local. Me da

igual lo que piense, ahora mismo en mi cabeza no cabe más que una pregunta:
¿Qué siente ella por mí?

–¿Qué te pasa? –me pregunta extrañada.

–Estoy harto. Estoy harto de ver cómo cualquiera te pone la mano encima con la excusa de bailar. ¿Es que no te das cuenta? Todos aprovechan que eres muy inocente, lo que para ti es un baile para ellos es algo más.

–¿A qué viene esto? –está desconcertada, al cabo de unos minutos reacciona y se ríe–. ¡Ah ya sé! Es por Víctor, ¿verdad? Es un amigo de Cádiz. No sabía que estaba aquí, hace tiempo que no nos vemos, me ha alegrado verlo.

Me siento un poco estúpido, pero eso no me quita la razón. Este mundo no es tan sano como lo pintan. No me gusta que mi novia ande tonteando con todos justificándolo como baile.

–Eso es lo de menos, estoy harto. Si no es Víctor es otro cualquiera. No soporto ver como bailas con uno y con otro constantemente. Tu trabajo no es bailar, es servir mesas.

–Te estás pasando –su rostro se endurece. Un atisbo de dolor sale de sus ojos, he encontrado sin querer su punto débil–. Puede que mi trabajo sea servir, pero bailar es mi vida. Me lo prometiste, me prometiste no montarme ningún numerito.

–Eso no es vida, es ser una zorra, dejar que todos te manoseen. No me queda más remedio. Vas a tener que elegir: el baile o yo.

–¿Eso va en serio? No me hagas elegir porque saldrás perdiendo –me grita hiperventilando casi con lágrimas en los ojos. Yo me mantengo en silencio, firme a mi propuesta–. Si no entiendes mi mundo lo nuestro no funcionará. Ya tienes mi elección.

Se da la vuelta y entra en el pub. ¿Acaba de dejarme? ¡Joder! Esto es una mierda. Le pego un puñetazo a la pared, mi mano, al igual que mi corazón, se rompe.

Capítulo 25

Las lágrimas brotan de mis ojos sin cesar. Esquivo a Jota y al resto de personas al entrar en el almacén. Necesito sacar toda la rabia que siento en mi interior, el dolor, la furia... ¿Por qué tiene que ser tan celoso? ¿Por qué no puede entender que el baile es mi vida y que no puede darme a elegir? Sabía perfectamente que no lo elegiría a él. ¿Era necesario llegar a esto? Es demasiado agresivo, demasiado posesivo, demasiado todo. No puedo seguir con una persona así.

Hasta ahora he tratado de aguantar sus celos pensando que, tal vez, fueran fruto de su inseguridad, sin embargo, esta vez se ha pasado. No he hecho nada malo, simplemente he bailado con un amigo, si no entiende eso no hay nada que hacer, y me duele. Espero que recapacite y vuelva pidiendo perdón por su comportamiento.

Una parte de mí no quiere ser consciente de que acabo de dejar a David, tengo ganas de gritar, de liarme a patadas con cualquier cosa, ¡qué demonios! Voy a hacerlo. La víctima de mi ira es una caja de cartón medio vacía, llena de paquetes de servilletas. Le doy una y otra vez con toda la fuerza del mundo, una fuerza que cada segundo va a menos, hasta que la caja queda partida, arrugada y deformada.

Jota se asoma por la puerta del almacén con una botella de ron bocabajo en la mano, preparado para rompérsela a alguien en la cabeza. Por su cara diría que está asustado.

—¡Oh Dios! Qué susto, eres tú —dice suspirando de alivio—. Cariño, has matado a la caja, ¿qué será de su familia?

Me giro con el labio temblando sin parar a causa de aguantar el llanto que contengo en mi interior. Los ojos me empiezan a escocer, quieren que los deje llorar a gusto, pero tengo que ser fuerte, necesito serlo. Miro a Jota, que me contempla con gesto de preocupación, se acerca lentamente y, cuando está a dos pasos de mí, ya no aguanto más y me derrumbo. Me dejo caer de espaldas en la pared, me tapo la cara con las manos y lloro, lloro sin parar. Suelto un par de gritos entre llantos. Todo esto es más doloroso de lo que yo creía.

—Pero Rebe, ¿qué te pasa? —me pregunta poniéndose en cuclillas.

—Se acabó, Jota, se acabó. Me dio a elegir y yo no...

—Eh, eh, eh, más despacio que no entiendo nada.

Le miro a esos ojazos negros llenos de curiosidad mientras me seco las lágrimas con las manos.

–Me vio bailar con Víctor, se enfadó, se puso histérico como nunca antes lo había visto, y me dio a elegir entre el baile y él. Yo no pude elegirle.

–Pero cariño no es para tanto, se habla, se recapacita y se soluciona.

–No, no lo entiendes..., me dijo que era una zorra, que me excusaba en el baile para que me tocaran –sus facciones cambian. Ahora sus ojos no muestran curiosidad, ni siquiera su habitual ternura y picardía, ahora son ojos llenos de odio.

–Será hijo de... ¿Dónde está? Juro que lo mato. ¿Cómo se atreve a decirte eso?

Se levanta de un salto, vuelve a coger la botella de ron que había soltado al verme llorar y da un paso hacia la puerta. Lo aguanto por el tobillo impidiéndole que cometa una locura. No quiero más dramas esta noche.

Me mira en silencio sin saber qué hacer. Permanecemos callados varios minutos hasta que por fin logro calmarme y contarle todo con detalles.

Toda la noche en vela, mirando al techo sin parar de llorar, un llanto silencioso para no molestar a nadie. Han pasado dos días desde aquella fatídica noche, así me paso las horas de sueño, mirando el móvil cada segundo, y cada segundo más doloroso al ver que no hay nada suyo, ni una llamada, ni un mensaje. No puedo creer que esté pasando, no puedo creer que con lo controlador y pesado que puede llegar a ser muchas veces no llame, que no dé señales de vida. Me doy cuenta de que su interés por arreglar la situación es nulo. Podría ser que esté esperando que yo cambie de elección, pero ¿cómo hacerlo? No puedo estar con alguien con su temperamento, que me prohíba, que me vigile. Alguien que no respeta mi espacio ni mi forma de vivir no puede merecer la pena.

Marta está en la cocina con el móvil riéndose con un mensaje que acaba de recibir.

–Hola, ¿estás mejor? –me pregunta al verme aparecer.

La ignoro, me tumbo en el sofá. Prince no tarda en subirse a mis pies y poner la cabeza entre mis piernas, me mira con esos enormes ojos compadeciéndose de mí. Tú sabes cómo me siento ¿verdad? Como si escuchara mi pregunta eleva las cejas y ya tengo su respuesta.

–Rebe, desayuna algo –Marta me trae un plato con un par de tostadas y un vaso de zumo. Niego con la cabeza y me recuesto aún más–. Tienes que comer algo.

Escucho las pisadas de Jota acercarse. Marta lo mira, se encoge de hombros resignada y se sienta en el sillón que hay libre, a mi lado.

–Cariño, llora, grita, haz algo, pero hazlo. No puedes seguir así. Llevas dos días sin comer, sin dormir, sin hablar –Jota parece realmente preocupado.

–Al menos ya no se pasa los días en su habitación, ha salido, algo es algo.

–No me quedan lágrimas –digo al fin. Estoy hundida. Nunca pensé que me importara tantísimo. ¿Y si resulta que al final sí que lo quería de verdad?– ¿Esto es el amor? –ambos asienten compenetrados, con pesar–. ¡Pues es una mierda!

La tentación de llamarlo, de querer hablar con él, es demasiado fuerte, pero Marta y Jota me lo impiden. Según ellos el que me debe una disculpa es él, sobre todo por insultarme. Y tienen razón, pero lo echo de menos, necesito sus abrazos, sus besos, sus bellas palabras. Aquellas cosas que antes me parecían insignificantes, ahora veo que eran todo para mí. Quiero eso de nuevo. ¿Por qué no llama? Solo necesita llamar, decir lo siento, y podremos arreglarlo.

Por él haría de todo, excepto abandonar el baile. Tal vez yo podría dar el primer paso y llamarlo, aunque suponga perder un poco mi dignidad y mi orgullo. Supongo que dejar el orgullo de lado a veces no es malo, pero cuando estoy a punto de hacerlo, aquella frase: “eso no es vida, es ser una zorra, dejar que todos te manoseen”, me hunde aún más.

En un último intento de que mis pensamientos se alejen, cojo a Prince y me marcho a dar un paseo. Jota y Marta me siguen con la mirada por el pasillo, pego un portazo y me alejo del edificio. Necesito pensar, despejarme.

Prince camina a mi lado, tranquilo, sorteando a la gente. De repente, empieza a tirar de la correa tan fuerte que apenas puedo controlarlo.

–¡Prince! ¡Quieto!

Ni caso, sigue tirando, empiezo a correr detrás suya para no perder el equilibrio. Estoy tan centrada en parar al demonio que me doy de bruces con el pecho de alguien. Mm... Un olor conocido...

–Lo siento, yo...

–¡Rebeca! ¿Eres tú? –elevo la vista, mi mente empieza a rememorar aquellos preciosos momentos vividos en Cancún.

–¡Aarón! –digo aturdida y sorprendida a la vez.

–Ha pasado mucho tiempo. Estás guapísima –le lanzo una mirada asesina. Es imposible que eso sea cierto. Estoy mucho más delgada, tengo ojeras de no dormir y estoy tan pálida que parezco un fantasma.

–¿Qué haces aquí? Me sorprende verte por esta zona –pregunto controlando por fin a Prince, manteniéndolo sentado a mi lado.

–¿Tienes tiempo para un café?

–Si es en un parque... –señalo al perro.

Nos sentamos en un banco con dos enormes cafés de Starbucks. Suelto a Prince para que campe a sus anchas y sale corriendo tras una paloma que anda picoteando las sobras que la gente tira al suelo.

–No conseguí olvidarme de ti. Vivimos muy buenos momentos. En cuanto me vine a Madrid supe que te encontraría de nuevo, pero no sabía si me reconocerías.

–Sí, no es fácil olvidarte, fueron días muy intensos– murmuro con un deje de nostalgia–. Pero..., ¿vienes de vacaciones o por negocios?

–Me he mudado. Mi empresa se expandió y me destinaron a esta ciudad. Estoy encantado, aunque significa dejar a mi familia en Málaga y a Jesús, ¿te acuerdas de él?

–Por supuesto. Empezar de cero nunca es fácil, pero al menos aquí conoces a Jota, Marta y a mí, eso ayuda.

Charlamos toda la tarde, recordando aquel viaje, explicándome su día a día.

Las horas pasan rápido por primera vez en dos días y me doy cuenta de que, desde que me lo encontré en la calle, no he pensado en David ni un instante. Me siento mejor, un poco más relajada. Necesitaba este cambio de aires, tratar con una persona ajena a todo el caos sentimental de mi vida.

El sol va cayendo poco a poco, llega la hora de despedirse, intercambiamos los teléfonos tras la promesa de mantener el contacto, aunque es algo que se dice continuamente y no se hace, conservo la esperanza de volver a verlo. Este chico tiene algo que me contagia, buen rollo y energía, justo lo que necesito ahora.

Es mi noche libre, Marta me propone salir a cenar. No tengo muchas

ganas pero me vendrá bien, y así aprovecho y me pongo al día, hace mucho que no me cuenta sus cosas.

La pizzería está casi vacía, solo un par de mesas ocupadas y nosotras. Mejor, menos molestias.

La pobre casi no cabe en la mesa, su barriga parece a punto de explotar, le quedan dos meses para tener el niño.

–Oye Marta, hace tiempo que quería darte algo, pero se me olvidó. Han pasado tantas cosas...

Saco del bolso un pequeño regalo y se lo entrego. Ella me mira sorprendida, no se lo esperaba. Debería habérselo dado antes, no tengo excusas, pero más vale tarde que nunca.

Nerviosa, rompe el envoltorio. Sus ojos se iluminan al ver los patucos que compró para recordar que debía tener a ese niño costara lo que costara, enmarcados con una pequeña dedicatoria en una esquina: “Nunca dejes de soñar”. Emocionada rompe a llorar, me levanto y la abrazo con fuerza.

–Gracias. No te imaginas lo difícil que es todo esto. Nunca imaginé que Pablo fuera...

–Lo siento. Debí estar a tu lado más a menudo. Soy una pésima amiga.

–No digas eso. Jota y tú sois lo mejor que me ha pasado en la vida. Si no fuera por vosotros no sé qué hubiera sido de mí.

–Escúchame –le digo seriamente mirándole a los ojos–, a partir de ahora todo te irá bien. Serás feliz y ese niño será el más afortunado del mundo, ¿me oyes?

Asiente con los ojos llenos de lágrimas, ennegrecidos por el maquillaje, y ambas empezamos a comer, entretenidas, intentando mantener los problemas fuera de la pizzería. No hablamos de Pablo, ni David, ni Aarón, todos ellos se convierten en tema tabú. Nos centramos en buscarle hueco al niño en casa y en cómo reaccionará Jota cuando le digamos que tiene que decorar una habitación para mamá e hijo. Conociéndolo, se quedará calvo del estrés.

El teléfono suena. Un número desconocido aparece en pantalla. Ojalá sea David.

–¿Hola? –contesto.

–Rebeca, soy Cintia, la novia de Julio.

–Ah, la bruj... –hago una mueca de desprecio–. ¿Qué quieres?

–Deberías acercarte a La Belle Nuit, hay algo que deberías ver.

Cuelga. No me da tiempo a preguntar nada más. Estoy confundida. Ese es el local donde solía ir David y sus amigos. ¿Qué hay allí que pueda interesarme? La intriga me come por dentro. ¿Será importante? Cintia no es de fiar, es mala persona, pero nunca me había llamado. Debería ir.

–Marta, lo siento me ha surgido algo, ya te contaré.

–¿Ocurre algo?

–Sinceramente no tengo ni idea. Cintia dice que hay algo que debería ver en La Belle Nuit, no sé si fiarme.

–¿Qué crees que será?

–Viniendo de ella cualquier cosa. ¿Qué hago?

–Deberías ir. ¿Quieres que te acompañe?

Lo dudo un momento. Tengo miedo a lo que pueda encontrarme, me vendría bien un poco de apoyo, pero veo su barriga y decido que es mejor que no se acerque a ese tipo de sitios. La última vez que fui tuve que recoger a David borracho.

–No. Me las apañaré.

–No pasa nada, cogeré un taxi. Llámame luego ¿vale?

Es demasiado comprensiva. Abandono una velada con mi amiga por una llamada de teléfono. Ojalá pudiera acompañarme.

En la entrada, el portero me reconoce y me deja pasar sin rechistar tras un breve y tímido saludo, a pesar de las quejas del resto de personas que esperan en la larga cola para entrar. Creo que le caigo bien.

Busco cualquier cosa que me llame la atención, y entonces caigo, si estoy aquí es porque tiene que ver con David. Empiezo a buscarlo entre la gente. Resulta casi imposible, no hay suficiente luz, todas las cabezas me parecen iguales y apenas puedo distinguir las caras. ¿Y si le pregunto al camarero? Me acerco a la barra abarrotada, intentando hacerme hueco y llamar la atención del único camarero que se encuentra tras ella un poco estresado.

–Perdona, ¿conoces a David Torres? –pregunto elevando la voz por encima de la música, aprovechando el único milisegundo que pasa frente a mí.

–Sí, está en el reservado –señala a su izquierda con una botella en la mano. Unos

tres escalones separa la barra de una cortina grisácea.

¡Mierda! ¿Cómo demonios subo ahí? Debe estar vigilado.

Doy unos pasos hacia la cortina buscando en mi cabeza algún plan para colarme en la zona VIP sin que me detecten los guardias. ¡Mierda! No se me ocurre nada. Inesperadamente un chaval con aspecto corriente abre la cortina y espera a que salga una mujer: su novia, o su ligue de esta noche, a saber. Aprovechando el momento, corro hacia él. No tiene pinta de ser guardia de seguridad ni nada parecido, así que le enseño mi mejor sonrisa y él me deja pasar al interior antes de salir.

La cabeza me da vueltas, el corazón se acelera tanto que pienso que va a estallar. Ahí dentro, sentados en un sofá negro, David besa con deseo a una morena.

Mi cuerpo se mantiene inmóvil. La chica mira en mi dirección, David le sigue la mirada y me ve.

—

Unos llorosos ojos marrones me observan desde la entrada. Es un rostro lleno de ira y sufrimiento. Con la poca luz que hay es imposible saber a quién pertenece. Sigo besando a mi chica, necesito soltar toda la pasión que llevo dentro, necesito volver a ser yo.

—Alguien debería bajar la cortina. Esa chica no deja de mirar.

Vuelvo a mirar hacia la puerta, entornando los ojos para ver mejor. ¡Oh, Dios mío! Rebeca...

Empujo bruscamente a la chica que me atrapa entre sus brazos y salgo corriendo detrás de Rebeca, que huye hacia la salida de la discoteca. Me cuesta seguirla con tanta gente. ¡Apartaos! Joder voy a perderla. Tengo que explicarle, tengo que hablar con ella. Al llegar a la calle un enorme trueno suena en el cielo. La busco a ambos lados de la acera y la veo corriendo calle arriba.

—¡Rebeca! —grito—. ¡Espera por favor!

Sigue corriendo sin mirar atrás, tropezando alguna que otra vez. Acelero el paso y empiezo a correr hasta alcanzarla. Mi mano logra coger su brazo, la giro. Sus ojos se cierran, miran al suelo.

—¡Suéltame! —espeta.

—Rebeca yo... lo siento, no...

—¿No esperabas que lo viera? Es eso.

—Elegiste y me dejaste, ¿recuerdas? No pretenderás que guarde luto.

–Eres un imbécil –forcejea llorando hasta soltarse–. Pensé que lucharías más por nosotros, por lo que teníamos. Muy pronto has olvidado todo lo que me dijiste y ahora sé que me equivoqué, que todo era mentira, ¿para conseguir qué? ¿Divertirte? Pues espero que lo hayas hecho.

Un segundo trueno resuena en el cielo negro y pequeñas gotas de lluvia empiezan a caer.

–Rebe..., nada era mentira. Te quería y te quiero, pero me dejaste y no parecía que fueras a cambiar de opinión.

–Te acojonaste ¿verdad? Cuando viste que la cosa se ponía seria y que empezabas a tener ataduras, cuando los sentimientos empezaban a ser más fuertes. ¿Sabes qué? Me alegro de haber visto esto, porque por fin sé quién eres realmente. Sigues siendo Don Perfecto, mujeriego, egoísta y egocéntrico, lo que jamás me imaginé es que fueras tan mentiroso.

Tengo los nervios a flor de piel. Cada palabra suya es como un cuchillo afilado en el corazón.

–¿Un mentiroso? ¡Vaya decepción me he llevado contigo! Yo seré un mentiroso, pero tú eres una calentapollas.

Sus ojos se abren de par en par y los puños cerrados le tiemblan. Sin más se da la vuelta y vuelve a correr calle arriba. La lluvia cae con fuerza. Me quedo observando cómo se aleja cada vez más rápido hasta cruzar la esquina. Ahora sí, ahora sí la he perdido definitivamente.

Me despierto con la vibración del móvil. ¡Joder! Me he quedado dormido en la oficina. No me extraña. Me he pasado toda la noche en vela, cada vez que cerraba los ojos Rebeca aparecía dolida, llorando desconsoladamente. Los papeles amontonados de mi escritorio están arrugados por el peso de mi cabeza. En la pantalla de mi ordenador aún reposa la imagen de los dos. No la he quitado, tal vez porque si lo hago entonces ya será definitivo y no quiero que sea definitivo. El móvil deja de sonar, Hugo irrumpe por la puerta con un ruido ensordecedor.

–Tío, te estaba llamando, no hay nadie aquí fuera –miro la hora, ¡mierda! He dormido dos horas, es la hora de la comida, aunque no tengo hambre.

–Están almorzando todos.

–¿Qué te pasa? ¿Has ido a los San Fermes y te han cogido todos los toros?

–No estoy para bromas, no he pegado ojo en toda la noche –me recuesto en el asiento y me atuso el pelo, sabiendo que es imposible que quede bien–. Anoche estuve en La Belle Nuit...

–No me avisaste, hijo de... –me interrumpe.

–Rebeca me vio en el reservado con otra –abre los ojos de par en par y se deja caer en la silla sin saber qué decir.

–No entiendo –dice tras unos minutos en silencio–. Tú siempre has estado en contra de la infidelidad, por eso no te atabas a nadie. Decías que cuando te unieras a alguien sería porque encontrarías el amor y no habría necesidad de ser infiel, ¿por qué lo has hecho?

–Me dejó hace tres días –suspiro y empiezo a contarle lo que pasó cuando la vi bailar con ese amigo suyo–. Necesitaba desahogarme. Bebí más de la cuenta y me dejé llevar por una chica que había en la zona VIP.

–Pero Rebeca no suele ir allí, ¿cómo te vio?

–Ni idea. Miré hacia la puerta y ahí estaba. No consigo olvidar su expresión de dolor. Salí corriendo tras ella e intenté explicarle. Cuando me quise dar cuenta estaba bajo la lluvia, solo, y ella se había marchado.

Hugo se mantiene en silencio. Me resulta extraño viniendo de él. Normalmente me habría felicitado o algo así por volver a estar soltero, pero está raro, parece otro. Lo conozco lo suficiente como para saber que piensa sin que diga una palabra, y no parece estar muy de acuerdo con lo que he hecho. Yo tampoco estoy orgulloso, a decir verdad, me siento como una mierda. He perdido al amor de mi vida por imbécil, por no saber hacer las cosas. Si le hubiera parado los pies a esa chica, Rebeca no me habría visto y yo no le habría soltado las barbaridades que le solté en la calle, tendría una mínima oportunidad de hablar con ella. Ahora ya no podré ni respirar a su lado, no querrá escucharme y mucho menos verme. Estoy totalmente hundido.

Sus sollozos me martillean la cabeza una y otra vez, no logro quitarme esa imagen de mi mente. Duele mucho. ¿Qué puedo hacer para arreglar esto? No voy a tenerlo fácil. ¡Soy idiota! ¿Cómo pude decirle que era una calentapollas? Ni siquiera lo pienso de verdad. Jamás me había alterado tanto. Me equivoqué. Debí haberla escuchado en vez de centrarme solo en lo que vi y darle a elegir, pensar, en vez de gritar y soltar tonterías, controlar mi genio. Ahora todo se ha ido a la mierda, no encuentro la forma de arreglarlo.

–¿Qué puedo hacer?

–Si las cosas fueron tal y como cuentas, dudo que puedas hacer algo –

miro a Hugo fijamente, tratando de adivinar qué esconde, por qué ha cambiado tanto.

–Te gustaba Rebeca, ¿verdad?

–Sí, pero no como piensas –mira a la pantalla del ordenador–. Me gustaba para ti porque era la única chica que te quería como eres. Teniendo en cuenta la libertad que le quitabas, aguantó bastante tus agresiones y tus celos. Dudo que encuentres a otra que te quiera de esa forma y aguante todo eso.

–¿Sabes que no eres de ayuda?

–Los verdaderos amigos no están para enzuldarte el oído sino para contarte las verdades que otros no se atreven.

Concentrarme en el trabajo me es imposible, tampoco ver la televisión me ayuda, todo me recuerda a ella. Ha pasado una semana desde que definitivamente la perdí.

La casa del lago sigue construyéndose. No he tenido fuerzas para parar la obra, pero no me apetece nada ir a ver los progresos, mi padre me hace el gran favor de encargarse de eso. No le pareció bien que abandonara este proyecto, tampoco le dije la verdad. Me excusé en que tenía demasiados clientes que atender y no hizo demasiadas preguntas.

Quedo con un cliente en la cafetería que está enfrente de la casa de Rebeca, no me apetece nada, pero es la única condición que me pone. Parece ser que no le gustan las oficinas, prefiere los sitios públicos. A mí me lo complica todo, si tengo que apuntar algún cambio tengo que hacerlo a mano y luego aplicarlo en el ordenador, es más trabajo para luego. Mi estado de ánimo tampoco está por la labor, saber que Rebeca está a escasos metros de mí no me dejará concentrarme.

La cafetería está abarrotada. ¡Genial! Menos ganas aún de estar rodeado de gente. Me siento en una de las mesas a esperar al cliente mientras voy sacando del maletín todas las cosas que voy a necesitar.

Jota aparece por la puerta, mi corazón casi pega un brinco.

–¡Jota! –lo llamo caminando rápido hacia él que me lanza una mirada de odio, mi intuición me dice que mantenga las distancias.

–Anda... el cabrón mentiroso. ¿A mí que me llamarás? ¿Maricón? Siento decirte que para mí no es un insulto –se vuelve y me da la espalda.

–Jota, por favor, escúchame. Necesito saber cómo está. Sé que he hecho mal, pero tengo que hablar con ella, explicarle lo que vio y pedirle

perdón por...

–Eh, eh, basta –me dice tajante con una dureza casi cruel, impropia en él–. Ahora escúchame tú. Se pasó casi tres días sin comer ni dormir, no vas a pedirle perdón porque no te mereces que te perdone. Ni siquiera la llamaste. Estaba bien hasta que llegaste a su vida. Aléjate de ella y deja que sea feliz.

Sus palabras se me clavan como puñales. No sabía que lo estaba pasando tan mal. Soy un idiota, me siento como una mierda, puedo soportar meter la pata y cometer un error, pero no hacerle tanto daño. No la llamé porque... creí... que todo había acabado.

El cliente aparece por la puerta haciéndome recordar la verdadera razón por la que estoy aquí.

–Lo siento, señor Montés. No puedo atenderle, yo... lo siento de verdad.

Recojo mis cosas y me marcho de allí. Me monto en el coche y conduzco sin parar a ninguna parte. Necesito pensar, desahogarme, estar solo. No sé adónde me dirijo, simplemente sé que quiero salir de la ciudad.

Mi coche se para en la entrada de la casa de mis padres. Me bajo y empiezo a andar sin rumbo. Sorteó al jardinero y acabo en mi pequeño refugio, la casa de mi perro, Rocky. Me tumbo en el césped con Rocky y mantengo el silencio que reina a nuestro alrededor.

La naturaleza me relaja, me ayuda a pensar. Ver a Rocky jugar con un hueso me distrae, hace que me olvide por un momento de mis problemas, problemas que yo mismo me he buscado.

De lo único que estoy seguro es que necesito hablar con ella, pedirle disculpas por no llamar, por comportarme como un energúmeno, por fastidiarle la vida. La única forma que encuentro es ir a su casa directamente y obligarla a escucharme.

Me incorporo, respiro hondo. Esta vez tengo que pensar lo que digo y no liarla aún más. Me armo de valor y conduzco de nuevo a la ciudad.

Llamo a la puerta atacado de los nervios. Me va a echar, en cuanto me vea me cerrará la puerta en las narices, pero tengo que arriesgarme, prefiero intentarlo a no hacer nada.

Marta abre la puerta.

–¡Vaya! Te queda poco ya –miro su barriga intentando disimular el nerviosismo–. ¿Está Rebeca?

Jota aparece rápido y niega con la cabeza. Marta da unos pasos atrás y Jota comienza a cerrar la puerta. Escucho una voz de hombre y antes de que cierre pongo la mano para mantenerla abierta.

Le lanzo a Jota una mirada acusadora. Hay algo que no quiere que vea, eso me da mal rollo. De repente Rebeca aparece riéndose por el pasillo y detrás de ella un hombre.

Consigo abrir la puerta de un empujón y me acerco a ella con el corazón acelerado.

–Hola, ¿cómo estás? –le pregunto casi sin poder hablar.

–¿Qué coño haces aquí? –pregunta sorprendida.

–Venía a pedirte disc... Rebeca, ¿Quién es este? –señalo al hombre que se mantiene atento detrás de ella. Todos me miran. Noto la sangre arder por mis venas.

–No es asunto tuyo, David. Lárgate –sin moverme de mi sitio ojeo con desprecio a ese idiota que no deja de sonreír.

–Me llamo Aarón –dice al fin, tendiéndome la mano para que se la estreche, intentando relajar el ambiente.

–Aarón..., ¿ese no es el de Cancún? –Rebeca asiente con la cabeza, orgullosa, desafiante. ¿Qué cojones hace ese tío aquí?

–¿Me conoces? –el chaval sigue amable. No necesito amabilidad ni cortesía, necesito soltar la furia que llevo dentro. Recuerdo que debo controlarme, pero me resulta complicado.

–Esto es increíble. No voy a consentir que traigas a cualquiera a mi piso –le grito a Rebeca, que permanece impassible.

–Te estás pasando... y mucho. Lárgate David –contesta.

–La que se larga eres tú. No vas a hacer lo que te da la gana en mi casa.

–¿La estas echando? –Jota interviene colocándose frente a mí, sorprendido, bloqueado.

–Sí. Recoge tus cosas y vete –le ordeno a Rebeca.

–David, no lo hagas, no tiene adónde ir –veo los ojos de súplica de Marta y se me encoge el corazón. No puedo echar a una embarazada, no puedo dejarla en la calle otra vez...

–Vosotros dos os quedáis, ella se va. Es mi decisión.

–¡David! –Marta grita mi nombre con las manos en la cabeza.

–Si ella se va, nosotros también –Jota réplica con firmeza.

–¡No! –grita Rebeca–. Ya habéis oído, vosotros os quedáis.

Rebeca da un paso hacia delante. Acerca su cara a la mía y respira agitadamente.

–¿Estás seguro?

Me mantengo en silencio con la respiración acelerada, unida a la suya.

–Genial. Como quieras –responde.

Se dirige a su habitación, sale a los pocos segundos con una pequeña maleta.

Jota y Marta la miran sorprendidos. Estoy furioso. No tengo intención de echarla de casa, solo quiero que ceda, que deje de ser tan orgullosa. Es una táctica para que baje sus defensas y poder hablar con ella tranquilamente.

Sigue caminando hacia la puerta. Espero que sea un berrinche, que no vaya a ninguna parte, pero no le digo nada.

–¿Qué haces? –le pregunta Jota cuando pasa por su lado–. ¿Adónde vas a ir? Rebeca no cometas una locura.

–Locura es tener que escuchar insultos una y otra vez. Quiero ser feliz y quiero serlo lejos de él.

–¡Estoy aquí! Dímelo a la cara –le grito. Ella suelta la maleta en la puerta y se acerca a mí lentamente.

–¡Te odio! Ojalá no te hubiera conocido nunca. Vas a acabar solo porque no habrá nadie que aguante tus celos. Si alguien lo hace, lo hará por dinero. Y sí, seré mucho más feliz si no vuelvo a saber de ti –se da la vuelta y se dirige a la puerta–. Volveré a recoger al perro en cuanto encuentre donde quedarme –le dice a Jota.

–Puedes quedarte conmigo –Aarón aprovecha la oportunidad para ofrecer su casa.

¿Qué? ¡No! Esto no tenía que salir así. ¡No lo hagas! Ella me mira odiándome con toda su alma, temo su respuesta.

–Perfecto. Vendré mañana por el resto de mis cosas.

Me quedo petrificado. La he vuelto a cagar, y encima esta vez la he lanzado a los brazos de otro. ¡Dios! Soy el mayor imbécil del mundo. ¿Qué ha sido de “voy a pensar antes de hablar”? He vuelto a hacer lo mismo. Malditos impulsos. Le pego un puñetazo a un jarrón haciéndolo añicos.

–El que rompe paga.

–Jota deja de provocarme.

Paso por su lado y me marcho camino otra vez a ninguna parte. Mi vida

no puede ir peor.

Capítulo 26

Sin pensarlo mi vida acaba de dar un giro de 360 grados. Es más de lo que puedo soportar, últimamente nada me sale bien. He perdido a mi novio y me ha echado de mi casa. Si lo miro por el lado bueno, la suerte es que no he tenido que buscar mucho para encontrar donde quedarme, pero vivo prácticamente con un extraño. ¡Dios mío! ¿Qué he hecho para merecer esto?

El piso de Aarón está a dos minutos del parque “El retiro”. Es un piso normal, bastante pequeño si lo comparamos con el mío, bueno, mejor dicho, con el de Don Perfecto. Tiene dos habitaciones minúsculas, un baño, un salón pequeño y una cocina que si no fuera por los muebles podría confundirla con un pasillo, lo suficientemente grande para dos personas, pero nadie más. La falta de organización de su interior es casi desastrosa, si Jota lo viera le daría una depresión. Cajas amontonadas en la puerta estorbando la entrada, muebles viejos, los colores no tienen armonía entre sí, un sofá, que parece bastante incómodo, de color rojo chillón y unas cortinas naranjas que quemar la vista. Creo que no estaré muy a gusto aquí... ¡Ay! No puedo quejarme, no tengo más opciones.

–Siento el desorden. Hace poco que llegué y aún no he encontrado hueco para nada –suelta una risita nerviosa al ver la cara de asco que no

puedo evitar poner—. Los muebles no son míos, venían con la casa. Había pensado comprar nuevos, pero no sé cuánto tiempo estaré aquí, mi empresa suele pedir muchos traslados.

—No te preocupes. Es más acogedor que un puente. Por cierto, gracias por acogerme.

—Anda, no seas tonta, para mí es un placer tener compañía, y más si es la tuya.

Sonríe enseñando su perfecta dentadura y me hace señas para que lo siga. Me muestra mi nueva habitación, no puedo evitar la comparación. Podría decir que es el armario donde ayer guardaba mi ropa. Una pequeña cama, una mesita de noche y una pequeña cómoda son los únicos muebles que caben aquí, todo en tamaño mini. Empiezo a instalarme sin ganas. Quiero irme, quiero volver a mi casa, tumbarme en mi cama, olvidar todo lo que ha pasado en estos días, pero sé que no es posible. Obligo a mi mente a recordar que cuando recoja a Prince debo traerme mi colcha, la que tengo ahora tiene pinta de haber salido de un motel barato. Es horrorosa, de enormes cuadros grises y verdes, deprimente. Acostumbrada a una casa perfectamente decorada, esto, sumado a mi estado de ánimo actual, me deprime aún más, y pensar que voy a vivir aquí a saber cuánto tiempo... ¡Qué tortura!

Empiezo a deshacer la maleta. Un aluvión de recuerdos, de buenos momentos que hemos pasado David y yo juntos empiezan a danzar en mi cabeza. Estábamos bien, no entiendo cómo hemos llegado a esto, es casi surrealista.

—¿Te encuentras bien? —dice Aarón apoyado en el marco de la puerta—. Me he fijado que no dejas de jugar con la pulsera.

Miro la pulsera apenada, casi ni me acordaba de que la tenía.

—No te preocupes, necesito tiempo para asimilar el cambio —le lanzo mi mejor sonrisa y sigo colocando ropa en la cómoda con olor a naftalina. ¡Joder! Qué asco.

—¿Sabes? —dice de repente con una mirada de profunda tristeza que no concuerdan con la dulzura de su voz—, coge el bolso, iremos a comprar.

El Ikea es un laberinto, al igual que mi mente. No consigo relajarme, ni siquiera dejar de pensar en él. Mirar a Aarón y ver cómo me sonrío intentando animarme, me hace recordarlo aún más, recordar el motivo por el que estoy comprando muebles con un extraño. Tengo que hacer un esfuerzo, al menos el

pobre intenta hacerlo todo más agradable.

La zona de salón es enorme, probamos cada uno de los sofás. Aarón se tumba en uno y yo a su lado, vamos descartando hasta que nos topamos con uno de terciopelo gris de tres plazas, es perfecto, cómodo y precioso. Sin darme cuenta empiezo a ser consciente de que me lo estoy pasando bien. Comprar decoración me relaja y que mi nuevo compañero de piso haga algunas bromas tiene mucho que ver. No pensé que estuviera tan loco, no lo recuerdo así. De vez en cuando me vienen recuerdos de cuando Jota y yo fuimos a comprar la decoración de nuestro nuevo piso, pero tengo que descartarlos para evitar pensar que ya no estoy allí, que mi vida ha tomado un nuevo rumbo.

Tras varias horas recorriendo el Ikea hemos comprado todos los muebles y adornos que necesitamos. Caminamos despacio, riéndonos de un hombre enfadado que espera a su mujer sentado en un sillón, hay parejas que no saben disfrutar los momentos. Intuyo que será un matrimonio desgastado, o que su mujer lo arrastra hasta la tienda en contra de su voluntad. ¡Qué triste!

A lo lejos una chica rubia que me resulta familiar juguetea con su móvil. ¡Mierda! Es Elsa. Tiro del brazo de Aarón para que se dé prisa en llegar a la salida, no quiero saludarla.

Ni siquiera sé como lo hemos conseguido, pero hemos bajado el enorme mueble del salón al trastero en menos de una hora, todo un reto. Gracias a Dios, el vecino nos ha ayudado, al escuchar ruidos salió y empezó a ayudarnos a bajar cosas. Ahora tenemos una enorme sala vacía a la espera de ser pintada. El camión con los muebles y el sofá vendrá mañana, tenemos toda la noche para prepararlo. Es increíble pero las cosas sin planear salen mucho mejor y son más divertidas. Estoy más animada.

Pintamos el salón de un verde apagado combinándolo con uno más suave, irá perfecto con el mueble de roble que hemos comprado para la televisión nueva, en 3D, capricho de Aarón, y las cortinas de color crema. Esto mejora por momentos.

Cada minuto que paso pintando la pared con Aarón me evita pensar. Es un chico muy divertido, es guapo, inteligente... lo tiene todo, pero no es David. Debo empezar a evitar pensar en él. Me ha echado de casa, ya ha hecho todo lo que podía hacer para alejarme de su vida, así que lo olvidaré y haré con mi vida borrón y cuenta nueva.

El timbre suena. Ambos nos miramos extrañados. Solo Jota sabía la dirección porque tal y como le prometí se lo dije al instalarme. ¿Quién será?

–¡Rebeca! –David aparece jadeando al otro lado de la puerta.

Por un momento la idea de pintarle la cara de verde con el rodillo y cerrarle la puerta en las narices me parece más que perfecta, sin embargo, aquí estoy paralizada delante del hombre que me ha hecho feliz e infeliz al mismo tiempo.

–¿Qué pasa? ¿Has encontrado alguna forma nueva de humillarme? No quiero escucharla –cierro la puerta, pero él la para a tiempo.

–Vuelve a casa –su voz suena amenazante, me coge del brazo libre y tira de mí.

–¿Qué? ¡Suéltame!

–No quiero que vivas con... este –Aarón asoma la cabeza por el pasillo para ver qué sucede. Ve a David y se acerca.

–¿Pasa algo? –pregunta.

–No es contigo, piérdete –David vuelve a perder la compostura.

–Estoy bien aquí –le digo con la esperanza de que se vaya sin montar ningún numerito.

–Me da igual, te secuestro, no soporto esto.

–¿No soportas haberme echado de casa o que viva lejos de tu control?

–No soporto que vayas a comprar muebles, eso..., íbamos a hacerlo juntos para nuestra casa, nuestro fin del mundo –su voz se torna suave, delicada, como si contuviera en su interior un largo llanto.

–¿Cómo sabes eso? –antes de que me diga la respuesta ya tengo a alguien en mente. Seguramente a Elsa le faltó tiempo para contárselo–. No importa, creo que ya lo sé.

–Vuelve conmigo, vuelve a casa. Te prometo que irá como antes.

–¿Eso es todo? Eso sí que no me lo creo. No recuerdo cuantas veces escuché esa frase de los labios de otros, ninguno cambiaba.

–Escúchame bien porque no lo voy a repetir –intento ser lo más tajante posible, aunque por dentro me muera de dolor–. Ya no existe nuestro fin del mundo, lo echaste a perder cuando me diste a elegir. Lo hiciste añicos al liarte con aquella chica y terminaste de romper cada uno de los lazos que nos unían al charme de casa. Estoy bien aquí. Lárgate de mi vida. Ni me nombres, ni me pienses. Olvídate de mi existencia, olvídate de que alguna vez encontraste a alguien que te quería de verdad.

Cierro la puerta de un portazo y las lágrimas que luchaba por contener en mi interior pueden conmigo.

Aarón corre a abrazarme. Me dejo mimar, necesito desahogarme, llorar todo lo que tenía dentro. No sé como puedo estar tan mal por alguien así, alguien que no respeta mis decisiones, mi vida, que necesita que la gente gire a su alrededor y haga lo que él quiere cuando él quiere, como si fuera Dios. Se acabó el llorar, no se lo merece.

Mi nuevo compañero de piso me seca las lágrimas, me da un beso en la mejilla y con una gran sonrisa me invita a seguir pintando, cojo el rodillo dispuesta a hacer de este sitio mi nuevo hogar.

La noche nos pilla justo al acabar. Después de llamar a la pizzería, me doy una ducha y esperamos a que llegue. No hablamos de lo sucedido, sino de cómo seguir pintando el resto de las habitaciones. La pizza llega veinte minutos después, nos sentamos en el suelo devorándola mientras vemos en el portátil una película bastante mala. Apoyados en la pared, me acurruco en su hombro y sin querer el sueño me vence.

Me despierto intranquila, en una cama que no es la mía. A mi lado no hay nadie, solo estoy yo en esa habitación donde ni siquiera veo mis cosas. Observo una maleta apoyada en la pared. ¡Es la habitación de Aarón! ¿Qué demonios hago aquí? Salgo corriendo al pasillo. ¡Joder! Aún no estoy acostumbrada a esta casa. Huelo a tostadas y me acerco a la cocina. Aarón lee un periódico apoyado sobre la encimera esperando pacientemente que las tostadas terminen de hacerse.

–¿Qué hacía en tu cama? ¿Qué pasó anoche? ¿Qué...?

–Tranquila –camina hacia mí con los brazos en alto, como si lo acusara de algo–. Te quedaste dormida y te llevé a mi cama.

–Y lo dices tan tranquilo. ¿Qué le pasa a mi cama? ¿Tiene chinches?

–No, es que yo..., iba a pintar temprano tu habitación y no quería despertarte.

Noto como mi cara se pone roja como un tomate. Casi acuso al pobre de violarme y simplemente quería dejarme descansar para poder arreglar mi habitación. Soy idiota y él es tan... encantador...

–¿Dónde has dormido? –le pregunto intentando ocultar la culpabilidad que siento.

–No lo he hecho, pero no te preocupes a veces tengo insomnio, estoy acostumbrado –me siento mal, me siento muy mal, definitivamente me siento fatal–. Desayuna. Hoy es mi día libre, cuando vuelvas de la universidad estará todo en su sitio. Te lo prometo.

Me pone un plato de tostadas y un zumo encima de la encimera de la cocina. Me da un beso en la cabeza y se marcha a ducharse. Este chico es un encanto, un verdadero héroe.

Mi mente campa a sus anchas, de un pensamiento a otro. Mis ojos están fijos en la pizarra donde el profesor lleva escribiendo media hora sin parar. No tengo ganas de anotar. No dejo de pensar en el primer día que David entró por la puerta; guapísimo como siempre, tan egocéntrico como siempre. Aquella pregunta que me hizo por estar distraída, cambió mi vida hasta ahora. Debí haberme comportado como el resto, mirarlo embelesada para pasar desapercibida y tal vez hoy no estaría sufriendo tanto, tal vez hoy mi vida seguiría igual de aburrida y sombría, tal vez hoy no estaría enamorada de un completo capullo.

Enamorada... Esa palabra que antes me venía grande, que no podía nombrar, ahora me doy cuenta de que es todo lo que siento. Estoy enamorada como una adolescente de un chico malo. ¿Cómo he podido llegar a esto? ¿En qué momento bajé esa barrera protectora que me impuse al romper con Leo y que evitaba que los hombres se acercaran?

Miro el móvil, tengo un mensaje de Aarón.

“Tu habitación está lista. Espero que te guste, me encantaría poder disfrutar de nuevo de tu preciosa sonrisa. Un beso.”

Es tan... atento, cariñoso, amable, simpático, guapo... ni siquiera hay una palabra exacta para describirlo.

Ahora lo veo claro. Es hora de pasar página. Tengo un chico magnífico a mi lado, una nueva casa poco acogedora, aún, y mis amigos siguen en mi vida apoyándome. Debería sentirme afortunada por todo.

–¡Don Perfecto, vete a la mierda!

¡Mierda! Acabo de gritar en medio de la clase. Me sonrojo y sonrío a todos mis compañeros que me miran extrañados. Meto la cabeza en mis apuntes y rezo para que la hora pase rápido.

No logro concentrarme en el trabajo. Rebeca, Rebeca y Rebeca, es todo en lo que puedo pensar. Sé de sobra que tiene razón, que me he cargado todo lo nuestro, ella me lo dejó bastante claro, pero me niego a salir de su vida, no quiero. Me duele estar lejos de su cuerpo, lejos de su sonrisa. Necesito su mirada al despertar, sus locuras, la necesito entera. El fondo de pantalla sigue siendo nuestra foto, tal vez sea hora de cambiarlo. No puedo, quitarlo sería mermar toda esperanza de recuperarla, no voy a rendirme.

Unos nudillos suenan en la puerta, por favor que sea ella.

–Hola guapo –la voz chirriante de Elsa me martillea los oídos.

–¿Querías algo? –la saludo con un leve movimiento de cabeza. No tengo ganas de escuchar sus tonterías, ni de aguantarla, cuanto antes se vaya mejor.

–No. Pasaba por aquí y tenía ganas de verte, así que pensé, ¿por qué no? Y aquí estoy –ríe nerviosa.

Contengo las ganas de mandarla a la mierda.

–No sabía que pensabas –me burlo de ella–. Tengo trabajo.

–Ya veo –dice observando la maqueta de mi casa, el fin del mundo, de aquel futuro que se ha hecho trizas–. Es preciosa.

–Gracias, es mía. Ahora si no te importa tengo que seguir trabajando

–¿Es tu casa? Es impresionante. ¿Podrías enseñármela? Me encantaría verla en persona.

–Aún no está acabada.

¡Por Dios, qué se marche ya! No aguanto más preguntas estúpidas. Nos quedamos en silencio durante unos minutos, unos minutos que disfruto de verdad, pero que se hacen cortos.

–¿Quieres cenar conmigo esta noche?

Alzo la vista y la veo con una tímida sonrisa, nerviosa, como nunca antes la he visto. ¿Dónde está aquella chica creída y segura de sí misma? Y lo que es más importante, si le digo que sí, ¿comerá tantísimo como la otra vez? Tengo que reconocer que me gustan las mujeres que comen bien, odio a las chicas con miedo a la comida, pero también es cierto que me da miedo verla comer, es como observar a un cerdo que no ha comido en años. Asqueroso.

Ella sigue de pie esperando una respuesta. Miro el fondo de pantalla y

recuerdo que mi princesa vive con otro y me quiere fuera de su vida. Me siento sin fuerzas. Apenado, asiento con la cabeza sin mucha convicción.

–Genial. ¿Me recoges? –grita Elsa demasiado contenta para mi gusto.

–Tengo una idea mejor. Iremos a “La Belle Nuit”, necesito despejarme.

Su sonrisa desaparece, me mira con ojos desafiantes y finalmente asiente. No parece muy convencida del cambio de planes, me da igual, no quiero estar a solas con ella, tampoco tengo ganas de ir a cenar. He perdido el apetito, prefiero salir de marcha en vez de estar escuchando sus tonterías de niña rica.

Una vez en casa llamo a Hugo y le cuento mis planes. Sin dudarlo se apunta. Genial, una salida en grupo es mejor que estar a solas con Godzilla. Hugo se encargará de llamar a un par de amigos suyos, con suerte podré encasquetársela a cualquiera. Ni siquiera sé porqué acepté su proposición, debí haberle dicho que no. Últimamente no hago más que decir lo contrario de lo que pienso. ¿Qué me está pasando?

Miro el móvil a todas horas esperando que Rebeca me llame o me diga cualquier cosa por absurda que sea. Cualquier cosa que me haga quedarme en casa. No tengo ganas de salir, ni de divertirme, simplemente quiero tomarme una cerveza y acostarme pronto, que los días pasen rápidos y que llegue el momento en el que, al pensar en mi princesa no se me rompa el corazón en mil pedazos. Por desgracia sé con seguridad que no dará señales de vida, aún así no pierdo la esperanza.

La ducha, lejos de relajarme, me estresa, darle vueltas a la cabeza no me ayuda en nada, necesito una copa ya. Espero que Hugo venga pronto. Ya que salgo de casa aprovecharé la noche, voy a emborracharme de verdad.

El reservado de la discoteca está preparado para nosotros. Elsa aún no ha llegado y rezo para que no venga. Me apetece divertirme de verdad, no quiero tener a una estúpida pegada a la espalda todo el tiempo. Manteniendo el optimismo, me doy una vuelta por la pista de baile buscando alguna chica que me llame la atención. Hay muchas, bajitas, altas, morenas, pelirrojas, naturales, artificiales... pero no encuentro nadie que me guste ni siquiera un poco. Las veo moverse, ninguna se mueve como mi princesa, las veo reír, me recuerdan a hienas. La noche ha empezado bastante mal.

Vuelvo al reservado donde mis amigos me animan en corrillo a beber, y bebo, bebo sin parar. Mi propósito es emborracharme, y lo estoy consiguiendo.

La cortina se abre. Por ella aparece una chica espectacular, rubia, con un cuerpo de infarto, unos enormes ojos... me encanta. Me acerco a ella descarado. Quiero que pille mis intenciones sin necesidad de hablar, que sea rápido, sin cortejo, sin falsas promesas. La chica me saluda con una mirada sexy, mordándose el labio, deseosa de cumplir cualquiera de mis deseos. La agarro de la cintura mientras con la otra mano acaricio su barbilla. Casi impulsivamente busco su lengua, la beso con pasión, sabe bien, a fresa, es adictiva. Acerca su pelvis a mi miembro que, alerta a cualquier roce, parece querer saludarla. Bailamos agarrados sin llevar el ritmo, simplemente queremos tocarnos, besarnos, olvidar de lo que el mundo exterior nos priva.

Me despierto desorientado. La cabeza me estalla. La luz del sol que entra por la ventana irrita mis ojos. Un leve olor a perfume de mujer invade mis fosas nasales. ¡Rebeca! Tiene que ser ella. Me giro... ¡Maldición!

–¡Tú! ¡Eras tú!

Elsa se despierta con una gran sonrisa. Una mirada llena de satisfacción me aclara los momentos que el alcohol evitó mantener en mi memoria. ¡Oh, Dios mío! No puede ser, esto no, con ella no, cualquiera menos ella.

–Buenos días, amor.

–No me llames así.

–Tienes razón, todavía es pronto. Voy a darme una ducha, si quieres ayudarme no tengo inconveniente –sus labios se curvan hasta crear una línea que provoca una imagen perversa.

Sale de la cama y, desnuda, camina sensualmente hacia el baño.

Cojo el móvil y salgo de la habitación. Esto no puede estar pasando, necesito que alguien me lo aclare. ¡Hugo! Él tiene que saber qué pasó anoche exactamente, no me fío ni un pelo de Elsa, puede que me esté engañando y no haya pasado nada. Por favor, por favor, que esté mintiendo. Sería la única vez que agradezco una mentira.

–¿Diga? –la voz de Hugo parece cansada, probablemente de trasnochar.

–Tío, necesito saber qué cojones pasó anoche. Tengo a Elsa en la

ducha, estaba en mi cama y yo no recuerdo...

–Cálmate.

–¡Cómo quieres que me calme! Dime lo que recuerdes.

–Si lo que quieres saber es si te has acostado con ella no lo sé, pero os disteis el lote toda la noche.

–Pero..., si ni siquiera recuerdo cuando llegó.

–Es lo que tiene la borrachera, hermano. Ahora déjame dormir.

–No... espera, ¿cómo me libro de ella?

Me cuelga el teléfono dejándome con la palabra en la boca. ¿Qué le pasa últimamente? Está muy raro, anoche no se acercó a ninguna chica, su actitud ha cambiado. Bueno, eso lo averiguaré más adelante, ahora necesito saber cómo librarme de Elsa y, por el saludo de antes, creo que será muy difícil.

Con la excusa de que tengo mucho trabajo que hacer, me despido de ella fríamente y me dirijo a la oficina. Por ahora me he librado, aunque algo me dice que la cosa se complicará, que no será tan fácil hacerla desaparecer. ¿Y si desaparezco yo? Sería una buena forma de empezar de cero... pero, olvidar del todo a mi princesa... “tu princesa ya no es tu princesa, idiota”, mi voz interior se ha propuesto arruinarme el día, gracias, es justo lo que necesitaba.

Consigo adelantar algo de trabajo. Tras unas llamadas a unos clientes y unos cuantos informes decido apagar el móvil para evitar molestias, necesito tranquilidad, tiempo para mí mismo, para pensar qué demonios hacer con Godzilla.

Mi secretaria abre la puerta y me anuncia una visita. No tengo ganas de ver a nadie, ¿tan complicado es de entender?

A pesar de mi ánimo hago pasar a la visita. Una chica pelirroja de pelo liso hasta los hombros, labios finos, tez blanca y mirada azul penetrante da un paso al frente y se deja ver. Viene vestida de forma muy formal. Falda larga ajustada, taconazos y una camisa blanca que deja entrever un enorme canalillo. No la conozco.

–Buenos días –tiene una voz sensual. Físicamente no es demasiado exuberante, una chica del montón, pero su voz es cautivadora.

–¿Puedo ayudarte en algo?

–Me llamo Elena. Su padre me dijo que usted se encargaría de mi

contrato.

–¿Tu contrato?

–¡Oh! Lo siento, creí que estaba al tanto. Solicité las prácticas en esta empresa y su padre aceptó mi solicitud, pero me dijo que usted debía dar el visto bueno antes de rellenar los papeles.

Lo cierto es que no escucho nada. Mis ojos se escapan a su escote, por mucho que trato de impedirlo no puedo evitarlo.

–¿Tienes hambre? –¡mierda! ¿Qué estoy haciendo? Demasiado tarde, ya he preguntado. Por favor, dime que no.

–Un poco.

¡Joder!

No tengo ni idea de cómo hemos llegado aquí. ¿Aún me dura la borrachera? Mi cama no ha tenido ni un respiro. Por suerte Elsa no estaba cuando llegué. La chica permanece a mi lado mirándome entusiasmada. ¿Cómo lo he hecho? Ni siquiera me he dado cuenta. Por un lado me siento genial como hombre, pero por otro lado me quiero morir. Mi princesa acabará odiándome, si sigo así jamás me perdonará, y yo acabaré más hundido todavía. Había cambiado, lo hice por ella. No quiero volver a la vida de antes, una vida vacía. No quiero volver a noches con personas distintas, personas que eran trofeos sin valor, días solitarios, aburridos, sin sentido. La chica me observa en silencio.

–¿Estás bien? –me pregunta preocupada. La miro fijamente, me incorporo y me llevo las manos a la cabeza, como si tapármela pudiera cambiar todo lo que ha pasado.

–No, lo siento. Esto no debería haber pasado.

–¡Ah! Supongo que lo dices porque en tu empresa están prohibidas las relaciones entre trabajadores. ¿Eso significa que estoy contratada?

–Yo... –la miro extrañado, tratando de no perder el rumbo—. No, yo... estoy enamorado.

–¿Perdona?

–¡No! De ti no. De ella –señalo la foto que mantengo en la mesita de noche. Su regalo, su forma de decir te quiero.

–Es guapa.

–Lo es.

Miro la foto embelesado, y tardo en darme cuenta de que hablo de

Rebeca con una chica con la que me acabo de acostar.

–Lo siento. Entiendo que te enfades, no debería haber dicho eso.

–Reconozco que es raro –la chica se levanta y comienza a vestirse–.

¿Puedo preguntarle algo si no es mucha discreción?

–Claro.

–¿Por qué se acostó conmigo si está enamorado de ella?

–No quiere saber nada de mí, y me lo merezco porque le he hecho mucho daño –emito un largo suspiro y miro a Elena lleno de culpabilidad–. No sé por qué te cuento esto.

–A mí no me importa. Usted y yo no nos conocemos de nada, además está bien desahogarse de vez en cuando –me quedo observándola. Es muy joven, de unos veinte años.

–Oye, esto... si te contrato nadie debería saber lo que acaba de pasar aquí.

–No se preocupe, no pienso jugarme mi puesto de trabajo por un polvo.

Vuelvo a mirar la foto. No sé si quitarla o dejarla, hay tantos recuerdos esparcidos por la casa...

–Mira, sé que no debo meterme donde no me llaman y que no soy nadie para decirte esto –comenta Elena antes de salir–. Si realmente quieres a esa chica deberías buscar la forma de recuperarla, no se rinda, aunque a veces le fallen las fuerzas. El primer paso es reconocer tus errores, y parece que ya lo ha hecho, ahora solo necesita hacer que ella los olvide. Enamórela de nuevo, como si fuera siempre la primera vez.

Me quedo pensativo viendo como Elena se marcha de la habitación. Tiene razón, lucharé por ella, no me daré por vencido.

La universidad está silenciosa, quedan pocos minutos para que acaben las clases. Espero pacientemente con un ramo de flores apoyado en el coche en la esquina por donde ella pasa, casi invisible. Quiero darle una sorpresa.

Las puertas se abren, los alumnos salen amontonados y charlando felizmente. Feliz, así estaré yo en unos minutos cuando le diga todo lo que siento, todo lo que llevo dentro y por fin vuelva a ser mía.

Un grupo de chavalas me miran fascinadas, aminoran el paso curiosas, tal vez por el ramo de flores, por saber a quién va dirigido. Mantengo la mirada en la puerta, no quiero perderla de vista. Mi princesa sale, baja

corriendo las escaleras, ¿me habrá visto? Imposible. No ha mirado en mi dirección. Veo como corre sin parar, ¿adónde va? Se abalanza contra un chico abrazándolo, riendo. ¡Aarón!

Mi corazón se hace añicos, se rompe en pedazos tan pequeños que es imposible reconstruirlo. El ramo de flores cae al suelo, una lágrima se me escapa tras las gafas oscuras y cae por la mejilla.

Es tan fuerte el dolor que me impide respirar. Me monto en el coche y acelero haciendo rugir al motor. Ahora sí, ahora sí es cierto que mi vida está acabada. No quiero seguir aquí, no quiero verla más, pero sin ella no quiero vivir.

Capítulo 27

La clase estaba siendo una auténtica tortura, me estaba quedando dormida, de hecho creo que he pegado una pequeña cabezadita, puede que incluso haya soñado algo hasta que mi móvil empezó a vibrar. Un mensaje de Jota.

“Marta está de parto. He llamado a Aarón para que te recoja. Nos vemos en el hospital.”

Mi cerebro tarda unos segundos en reaccionar. ¿Qué Marta está de parto? Pero si aún le quedaba un mes. ¿Qué me recoge Aarón? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿A qué hora? El mensaje no despeja ninguna de esas dudas, parece escrito con prisas. ¡Mierda! ¿Qué hago? Estoy asustada. No me había parado a pensar qué ocurriría cuando llegara el día, y el día ha llegado.

Suena el timbre y salgo corriendo hacia el exterior. Empiezo a buscar algo entre la gente, pero ¿el qué? Distingo a Aarón entre la multitud de alumnos que escapan de las clases, rumbo a cualquier otra actividad que les haga olvidar lo aprendido. Corro hacia él y sin querer lo abrazo, lo abrazo fuerte.

—¿Es cierto? —le digo al oído—. El mensaje de Jota decía que ya viene el niño.

Asiente con la cabeza y volvemos a abrazarnos. Por fin le veremos la carita después de tantos meses de espera.

Sigo enganchada a sus hombros unos segundos más, necesito serenarme antes de ir al hospital, abrazarlo me ayuda. A lo lejos una chica recoge un ramo de flores tirado en el suelo, lo examina, se encoge de hombros y se lo lleva. Algo habrá pasado para que alguien tire un ramo tan bonito. Me libero de esos pensamientos y me monto en el coche, contenta porque al fin seré “tía”.

La sala de espera del paritorio es fría, está llena de tensión. Familiares que se preocupan por sus sobrinas, nietas, hermanas, etc., mientras ellas sufren lo que consideran el máximo dolor que una mujer puede soportar, pero que al mismo tiempo es el dolor más bonito que pueda experimentar.

Veo a Jota mordiéndose las uñas sentado en un rincón de la sala,

histórico. Si Jota está aquí..., ¿quién está con Marta?

–¿Qué haces aquí? –le grito, llamando la atención del resto de los presentes–. Marta está sola, debiste entrar con ella en vez de quedarte aquí comiéndote los dedos.

–Controla a tu pitbull –le pide a Aarón, mirándome con esos ojos negros cansados y preocupados.

–¡Jota!

Aarón permanece callado, sonriendo, muestra una tranquilidad que, aunque a veces es contagiosa, en este momento me pone de los nervios. No sé si es consciente de la gravedad del asunto. A Marta le asustaba pasar por esto sola, no tiene a nadie, alguien debe estar con ella, y sin embargo, yo no he llegado a tiempo y Jota está aquí sentado.

–Rebeca, tranquila –las manos de Aarón rodean mi cuerpo y me aprieta contra su pecho tratando de calmarme.

–Hazle caso –espeta Jota–. Hay alguien dentro con ella, no sé quién, pero el médico me dijo que debía esperar fuera.

–¿No será el cerdo de Pablo?

–¿Por qué te crees que estoy histérico? –vocifera sacando a la luz su verdadero estado.

Lo miro sobrecogida. Nunca había visto a Jota tan alterado, ni siquiera cuando le dan sus ataques de pánico por sus bloqueos creativos. Mierda, ¡mierda! Me siento a su lado y juego con la llave de la pulsera. Si el que está dentro es Pablo todo se echará a perder. Marta cederá, olvidará el daño que le ha hecho y lo perdonará, entonces volverán las sonrisas falsas, las miradas de “estoy bien” para no preocuparnos y, lo que es peor, volverán los golpes. ¡El niño! Joder, joder, joder, no puede hacerle daño al niño.

No puedo respirar. El aire no me llega a los pulmones, intento respirar hondo y es casi peor, duele. Un dolor agudo que me pincha el pecho, me asfixio, me ahogo, ¡socorro!

–¡Rebeca! ¿Qué te pasa? – grita Aarón.

Toda la sala se vuelve a mirarme, e incluso algunas personas vienen corriendo en mi ayuda.

–¡El niño! –digo intentando coger aire, mirando a Jota y haciendo un esfuerzo para que entienda lo que pasa–. Pablo... El niño.

–Eh, eh, eh. Respira, vamos, cálmate. –me susurra una mujer de mediana edad.

Jota coge una revista de la mesita y empieza a echarme viento. Aarón va corriendo a por un vaso de agua. Noto como los pulmones se cierran cada vez más rápido, como la garganta me quema ante la falta de aire. Voy a morir.

–¡Rebeca!

Una voz grave y conocida irrumpe en la sala. David viene corriendo hacia mí, asustado. ¿Qué hace aquí? Vuelvo a recordar todo el daño que he sufrido con sus continuos insultos, la cabeza empieza a darme vueltas. Verlo me tranquiliza. Hay algo en él que consigue serenarme.

Escondo la cara entre las manos cuando se agacha para analizarme mejor. La mujer vuelve a su sitio sin quitarme ojo de encima. No quiero verlo, no quiero que me vea. Mis sentimientos son tan contradictorios que me aturde, me bloquea. ¿Qué me pasa?

David se gira poniéndose en pie.

–¿Qué le has hecho idiota? –le brama a Aarón, que vuelve con el vaso de agua mirando atónito a su acusador.

–Ella... se puso así de repente –se excusa.

–Es un ataque de ansiedad –David se quita la chaqueta, vuelve a ponerse en cuclillas y me coge las manos. Hago lo posible por evitarlo, pero estoy demasiado concentrada en respirar–. Respira hondo. Vamos, inspira, expira, eso es... despacio... otra vez. Ven aquí.

Me acerca a su pecho, noto como el latido de su corazón acelerado va bajando poco a poco. Acurrucada, con sus brazos estrechándome, siento como el aire empieza a fluir por mi nariz hasta llegar a los pulmones. Me gusta estar así. Siempre me sentí protegida en sus brazos, ahí nada malo puede pasarme, me encuentro mejor, mucho mejor.

–¿Qué haces aquí? –logro preguntarle con un hilo de voz.

–Avisé a todos –contesta Jota.

–Hugo no puede venir ahora, está en un juicio, pero vendrá en cuanto acabe.

Me sorprende lo unidos que estamos a pesar de todo. Antes sólo éramos Marta, Jota y yo, ahora se han unido David y Hugo a nuestra familia. Todo ha ocurrido tan rápido que resulta abrumador.

El doctor entra en la sala de espera y todos nos volvemos parar mirarlo, incluido el resto de parientes que esperan con nosotros.

–¿Familiares de Marta Acosta?

Jota y yo nos abalanzamos contra él, asustados e intrigados, que diga lo

que tenga que decir pero que sea rápido.

–¿Cómo está? ¿Está bien? ¿Y el niño?

Jota pregunta sin parar. El doctor se ríe, debe estar acostumbrado a este tipo de reacciones. Vuelvo a hiperventilar, ¿le importaría al señor de la bata decir lo que sea ya?

–Se encuentran perfectamente. Están en la habitación 304, pueden pasar a verlos. Enhorabuena.

Habitación 304, habitación 304, me repito corriendo hacia el ascensor. Estoy ansiosa, necesito ver quién demonios está con ella. Que no sea Pablo, por favor.

Marta yace en la cama con aspecto cansado, pero feliz. Sus ojos centellean brillantes, nunca la había visto tan radiante a pesar de sus ojeras. A su lado la figura de un hombre provoca un vuelco en mi corazón. Un hombre que sujeta al niño en brazos, acurrucándolo contra su pecho, mirándolo orgulloso.

–¡Julio! –se sorprende David.

Es el mismo impacto que provoca en los demás. ¿Qué hace Julio aquí con Marta y su hijo? No entiendo nada.

Mi mente aísla esa pregunta, me preocupa mucho más el estado de mi mejor amiga y su hijo.

–¿Cómo estás? ¿Cómo ha ido? ¿Qué ha pasado?

Marta ríe tranquila. Nos mira a todos con una serenidad extraordinaria y le hace una señal a Julio para que nos acerque el bebé.

Jota lo toma entre sus brazos, yo ni me atrevo a cogerlo. Los niños son tan frágiles que me da la sensación de que en cualquier momento se pueden romper, prefiero no arriesgarme. Lo destapo un poco y por fin lo veo. Una carita sonrosada que frunce el ceño y cierra aún más los ojos al exponerse a la luz artificial de la lámpara. Es precioso, es el bebé más bonito que he visto nunca. Acaricio los finos pelitos negros de su cabeza, el niño estira el brazo abriendo y cerrando la mano. David se acerca colocándose detrás de mí. Mira al bebé por encima de mi hombro casi con miedo, parece una presa escondiéndose de su cazador.

Jota levanta la vista y nos mira.

–Cógelo –me dice poniendo el bebé en mis brazos.

–No, no, yo...

Demasiado tarde. Sostengo al niño tal y como Jota me lo entrega, pero poco a poco consigo colocarlo de forma que se encuentre cómodo en mi cuerpo. Aquí estoy, con un bebé en brazos. Me balanceo procurando que no lllore, el bebé abre su mano y acepta el dedo que David le ofrece aún escondido en mi espalda. Es tan... bonito. Miro a David fijamente a los ojos. Siento el deseo de besarlo. Suena un clic y ambos miramos a Julio. Nos acaba de echar una foto.

–¡Dios mío! –se conmueve Jota–. Parecéis una familia de verdad.

–Nunca me imaginé tener una familia como esta –dice David con una ternura que jamás había escuchado de su boca.

Marta y Julio asienten cogidos de la mano. Parece una postal navideña. El bebé empieza a llorar. ¡Maldita sea! Acabo de recordar por qué no me gustan los niños. Se acabó la magia.

–Tiene hambre, lo siento –se disculpa Marta.

Se lo devuelvo con cuidado para que pueda darle de comer.

Tras unos minutos observando como el nuevo miembro de nuestra familia sacia su apetito, recuerdo que Julio no ha contado que hace aquí con nosotros y que Aarón ha desaparecido.

–¿Dónde está Aarón? –pregunto.

–Creo que tenía que atender una llamada –parece que David no lo pierde de vista–. Bueno, creo que todos nos hacemos la misma pregunta: ¿Qué demonios haces tú aquí?

Julio ríe y mira a Marta. Sus miradas reflejan la complicidad que sienten.

–Creo que es hora de contarlo, ¿no crees? –Marta nos observa a todos, asiente y sigue pendiente de su hijo.

–Empezaré por el principio. Cintia y yo hicimos un viaje en un crucero por el mediterráneo justo cuando te anunciamos que nos casaríamos –explica mirando a David, que se mantiene alerta como si esperara una mala noticia.

–¿Os ibais a casar? –pregunta Jota extrañado. La noticia nos pilla por sorpresa.

–Esa era la idea.

–Sigue –exige David.

–Un día que debíamos bajar a ver una ciudad Cintia no se encontraba bien, así que la dejé en el barco y bajé con el resto del grupo. Empezó a llover tantísimo que tuvimos que volver antes de tiempo. Ella no se lo esperaba y la

pillé en la cama de nuestro camarote con uno de los camareros –hace una pausa esperando nuestra reacción, pero ninguno decimos nada, estamos en estado de shock–. Gracias a Dios fue el último día y volvimos pronto.

–Hija de...

–¡Jota! –le regaña señalando con la cabeza al niño.

–Lo siento, pero es que es verdad.

Lo cierto es que me esperaba que le fuera mal, pero no de esa forma. Pensábamos que tal vez ella lo controlaría demasiado y él se acabaría cansando o algo parecido, pero nunca me imaginé que tuviera el descaro de hacer eso en un viaje, lejos de su casa, de sus amigos.

–¡Vaya! ¿Cuánto tiempo lleváis juntos entonces? –pregunta David.

–Un par de meses.

–Un momento..., algo no me cuadra. Hace un par de días cuando Marta y yo cenábamos en la pizzería, Cintia me llamó y se presentó como “la novia de Julio”, ¿estabas con Cintia entonces?

–No, no estaban juntos –responde Marta elevando la mirada–. Cintia no lo deja en paz. Lo llama, lo busca. No acepta la ruptura.

–Pero yo no le hago caso.

–¿Marta porque no dijiste nada? –pregunta Jota.

Jota está dolido, a decir verdad, yo también. Creí que mi amiga me lo contaría todo, sin embargo, nos ha mantenido al margen de su relación con Julio. Nos hubiéramos alegrado por ellos, es genial que estén juntos.

–Quería asegurarme de que todo iba bien antes de hacerlo oficial. Lo siento. Debí contároslo, pero quería hacer las cosas bien.

–¿Y tú? –pregunta David señalando a Julio–. ¿Por qué no acudiste a Hugo o a mí? ¿Y cómo que estáis juntos? Esto me ha pillado por sorpresa.

–No me sentía con fuerza para escuchar constantemente “te lo advertí”. Respecto a cómo he llegado aquí, es una historia más corta y más aburrida –se ríe al recordarlo–. Nos encontramos en el supermercado, me preguntó cómo estaba y algo debió notar porque me invitó a un café. A partir de ese momento mantuvimos el contacto –coge la mano de Marta y se miran felices–. Me ayudó mucho, debo decir que recordaré ese día el resto de mi vida, porque encontré la felicidad al lado de esta preciosa mujer y su hijo –le da un beso a Marta y al bebé–. Quiero pedirte algo.

Todos nos miramos de reojo, no será lo que estamos pensando ¿no? Bastante shock es saber que están juntos, que han estado juntos a nuestras

espaldas.

–No, no, no –interviene Jota–. No es el momento ni el lugar para eso, eso hay que hacerlo bien.

Julio se ríe a carcajadas y Marta lo mira temblando como un flan. ¡Está enamorada! Ahora me cuadra todo, las risitas, los mensajes, está totalmente enamorada y su cara la delata.

–No es eso –lo tranquiliza Julio–. Quería pedirte –vuelve a mirar a Marta, esta vez nervioso–, si tú quieres claro, que me dejes ser el padre del bebé.

–Ya lo eres –Marta se emociona. Unas lágrimas de alegría salen de sus ojos.

–Bravo... precioso –un aplauso seco y frío interrumpe el momento. Elsa camina despacio, aplaudiendo, rompiendo la magia.

–¿Qué haces aquí? –le pregunto enfurecida–. ¿No te cansas de fastidiar?

No estoy dispuesta a permitir que arruine el día. No tiene derecho, ni siquiera debería estar aquí. Quiero echarla. Doy un paso al frente, ella no retrocede. Todos la miran con desprecio, no parece darse cuenta de que aquí no es bienvenida.

–Yo también formo parte de la familia, ¿verdad cariño? –se acerca a David y pasa sus cuidadas manos con manicura francesa por su brazo, agarrándolo. Empiezo a temer el significado de ese gesto.

–Jamás formarás parte de esto, ¿me oyes? –quiero que se vaya, tan solo así dejará de mentir. No puede formar parte de la familia.

–Tendrás que acostumbrarte. Mi novio forma parte de ella.

—

¿Qué cojones dice esta loca? Todo el mundo se queda mirándome. Julio abre tanto los ojos que sus gafas le resbalan por la nariz, Marta deja de darle palmaditas al bebé en la espalda, totalmente sorprendida, Jota tose atragantándose y Rebeca... Rebeca está inmóvil. Me observa analizándome como si en alguna parte de mi cara estuviera escrita la respuesta.

Sinceramente no tengo ni idea de porqué ha dicho eso. No somos novios, no somos nada, debo aclararle que lo que pasó entre nosotros fue solo

una noche y eso no le da derecho a estar en mi vida de esa forma, pero antes debo hablar con Rebeca y decirle que no es cierto. No quiero malentendidos, no quiero perderla del todo. Ahora que el bebé nos ha unido de nuevo, que es posible que deje a Aarón y vuelva a mi lado, no quiero volver a perderla, y tengo la sensación de que es justo lo que está sucediendo.

De un tirón me alejo de Elsa.

–¿Se puede saber de qué estás hablando?

–Cariño, después de la otra noche pensé que ya era oficial.

–¿La otra noche? –Rebeca pregunta casi sin voz, incrédula.

Elsa mira a todos con una sonrisa que destila maldad.

–Pues sí. No eres la única que ha dormido a su lado.

–¡Deja de mentir! ¿Es que no puedes dejar tu maldad a un lado ni segundo? –grita Jota alterado.

Me mantengo callado. No quiero hablar, no quiero respirar. Bastante me avergüenzo de haberme acostado con ella, y ahora mi princesa lo sabe.

–Cariño, díles que es verdad –me suplica con ojos de corderito. Me siento entre la espada y la pared. Si admito mis errores todo estará perdido, más aún.

–Yo no...

–Cariño, di que es cierto –repite.

No quiero responder. Rebeca se mantiene de pie, petrificada. Como puedo la cojo del brazo y la arrastro hacia afuera. Su mirada parece ausente, el brillo de sus ojos ya no está. Su piel está blanca como la cera, si estuviéramos en la sala de autopsias podría pasar por una muerta perfectamente.

–Rebeca, no... eso es...

–¿Cuándo? ¡Dime la verdad! –está furiosa. Debo decirle la verdad de una vez. No le gustan las mentiras y prefiero decírselo yo.

–La primera vez..., cuando estabas en Cancún... –titubeo temiendo su reacción—. La segunda..., yo había bebido... Rebeca no...

–No... ¿Qué?

–Lo siento.

–Así que ya me has olvidado –dice con lágrimas en los ojos, pero con una tranquilidad que me asombra—. Sabía que no era importante en tu vida, que simplemente fui una más. Me ha costado asimilarlo, pero por fin veo que me equivoqué al pensar que habías cambiado.

–No, no. He cambiado. Ella no es... –su expresión me duele en el alma, no encuentro las palabras que necesito. Jodida mente, cuando más te necesito me abandonas.

–¿Por qué ella? ¿De todas las mujeres que hay en el mundo tiene que ser con ella? Es lo que más me duele. Eres un hipócrita, la criticabas, decías que jamás podrías estar con alguien así. Has fastidiado un día perfecto, ¿para qué la llamas? Solo piensas en ti y en tu polla. Estoy harta de esto.

–¡Ya está bien!

Me estoy empezando a cansar de que siempre me diga lo mismo. No es como ella piensa, no soy así, y en el fondo lo sabe.

–¿Y Aarón qué? Tú te olvidaste de todo mucho antes. Ahora entiendo porqué no podías decirme que me querías. Mi madre tenía razón, estabas conmigo por el dinero. No sé qué es peor, si ser un hipócrita como tú dices o una cazafortunas –la ira me invade. Ya no aguanto más sus insultos. Me hace daño, me cuesta controlar lo que digo.

–Aarón es un amigo. Si no me hubieras echado de casa no tendría que convivir con él –habla en voz baja.

–Ahora me dirás que no quieres convivir con él. Ahórrate el cuento.

–Pues no. Prefiero vivir con mis amigos en lugar de con un extraño.

Las facciones de su cara reflejan muchísimo dolor. Empieza a tragar saliva sin parar, la barbilla le tiembla y las lágrimas recorren sus mejillas. Sin decir nada sale corriendo hacia la salida.

–¡Rebeca!

Es inútil, la pierdo de vista por las escaleras. Mi cuerpo es incapaz de moverse. El miedo me paraliza, miedo a seguirla y ver su rechazo, miedo a observarla por última vez, porque, ahora sí, la he perdido por completo, nada de lo que haga o diga la hará volver a mi lado.

Vuelvo a la habitación hecho una furia, donde Elsa me espera con la misma sonrisita perversa de antes.

–¿Quién te crees que eres para decir esto? –le grito.

–Solamente he dicho la verdad –susurra a modo de disculpa, una disculpa que se me antoja falsa–. Oh, lo siento, querías dar tú la noticia ¿no?

¡Dios! Me pone de los nervios. ¡No! No quería decirlo yo porque no había nada que decir.

–¡Basta! –Julio vocifera–. ¡Largaos!

Están enfadados. Todos en la sala están enfadados conmigo.

–Vámonos de aquí. Lo siento mucho –me disculpo.

La saco del hospital a rastras lo más rápido posible. Busco el coche sin dirigirle la palabra, nunca había estado tan enfadado como ahora, tan lleno de dolor, ni cuando me peleaba con mi princesa... joder, mi princesa...

–¿Qué te pasa cari? –me pregunta con vocecita inocente.

–¡No vuelvas a llamarme así! –bramo harto de aguantarla–. Escúchame atentamente. Me has jodido la vida. Eres el ser humano que más odio. Nunca, que te quede claro, nunca seremos nada, ni novios, ni amigos, ¡nada!

Me monto en el coche, cuento hasta cinco y respiro. Necesito relajarme, asimilar lo que acaba de pasar. Elsa se asoma por la ventana y me hace abrirla. Dudo un instante, pero finalmente cedo con la esperanza de que lo que tenga que decirme sea un “no volveré a molestarte”.

–Me parece que no eres consciente de la situación –me expone sonriendo tranquilamente–. Tu amada ahora está con otro hombre y tú... estás solo. Si te vuelves contra mí, me aseguraré de que jamás la recuperes. Tú decides.

Ni siquiera la tomo en serio. Subo la ventanilla y arranco el coche, dejándola atrás de una vez por todas.

Estoy en casa tumbado en el sofá con una cerveza en la mano, reflexionando sobre lo ocurrido esta mañana. Rebeca me confesó que no quería vivir con Aarón, lo hace porque no tiene otra opción. Soy consciente de que recuperarla es misión imposible y la mejor decisión que se me ocurre es alejarme, dejar de hacerle daño. Su vida era menos complicada cuando no estaba yo. ¿Realmente quiero ser tan egoísta? ¿Estar dispuesto a todo para que vuelva conmigo? No lo sé. Lo único que tengo claro es que no es fácil tomar decisiones, es difícil, sin embargo, lo más difícil es tomarla sabiendo que harás daño a alguien. Haga lo que haga le hago daño, sin embargo, puede que sea mi última oportunidad. Los sentimientos son complicados, no se pueden controlar y, por querer controlarlos, cometemos errores. ¿Y si no reacciona como yo quiero?

Siempre solemos guardar el amor que sentimos hacia esa persona porque pensamos que es lo correcto, por miedo a equivocarnos. Exponemos al mundo una careta de frialdad para protegernos del dolor, un muro que nadie pueda penetrar y cuando alguien consigue derrumbarlo nos asusta. Nos asusta

tanto que conozcan nuestra verdadera cara que preferimos alejarnos, y Rebeca conoce mi verdadero yo. ¿Debería alejarme? Lo que la mayoría no sabe, es que a veces te alejas para proteger a esa persona que tanto te importa, protegerla de tus errores, de tus malas decisiones, pensamos "si no está en mi vida, su vida será más fácil". La dificultad no está en tomar esa decisión sino en cómo la ponemos en práctica. Simplemente te queda esperar que esa persona algún día entienda que lo hiciste por su bien. En definitiva, creo que será mejor alejarme de ella, dejar que haga su vida, dejar de hacerle daño y olvidar. Aunque me pese y me destruya el alma, debo olvidarme de mi princesa para siempre.

La sensación de soledad es aún más fuerte desde que he decidido poner en práctica mi reflexión.

El teléfono suena y el sentimiento de abandono aminora un poco.

—¿David? —una voz de mujer un poco distorsionada se escucha al otro lado de la línea.

—Sí, ¿quién es?

—Soy Marta.

Sin saber por qué, un alivio recorre mi cuerpo de pies a cabeza. No quería volver a tratar con Elsa. No tengo fuerzas ahora mismo para enfrentarme a ella, ni a ninguna chica en realidad.

—Dime Marta, ¿va todo bien?

—Sí, sí, genial. Es que he hablado con Julio y hemos decidido que Rebeca y tú seáis los padrinos de nuestro hijo.

¿Qué? No, no, no. Justo ahora que había decidido alejarme de todo lo relacionado con ella, no puedo hacerlo, casi me lo he prometido a mí mismo.

—Eh... te lo agradezco, pero no creo que sea buena idea.

—Oh, vamos, David, no puedes decir que no, le vamos a llamar Pedro.

¿Pedro? ¿Cómo mi hermano? Esto es... demasiado... son demasiadas emociones para un solo día. ¡Maldito karma, dame un respiro!

—Marta, ¿por qué? Ponle Pepe, Paco o yo que sé —casi suena a súplica.

Que Marta decida ponerle a su hijo el nombre de mi hermano es todo un honor. La idea de que el nuevo miembro de la familia lleve su nombre me encanta. Es un gesto muy bonito, de verdad, puede que no me lo hayan dicho en el mejor momento pero... Dios, creo que voy a llorar, todo esto me supera.

—Has hecho mucho por nosotros y quiero agradecértelo —sigue

comentando intentando convencerme.

–Pero es que..., las cosas con Rebeca no están bien.

–De ella me encargo yo. Por favor di que sí.

Lo medito unos instantes y al final acabo cediendo.

Genial. Tendré un ahijado. En otro momento estaría dando saltos de alegría, pero ahora mismo solo me apetece morirme. Ser el padrino de Pedrito junto a Rebeca y saber que no volveremos a estar juntos...

Me voy a la cama agotado mentalmente. El día de hoy ha sido demasiado, confío en que mañana sea mucho mejor.

Han pasado dos semanas desde el nacimiento de Pedrito, he conseguido esquivar a Rebeca. Llamaba a Julio y, si no esperaban a nadie, me acercaba a su casa. La casa que ahora comparte con Marta y que está impoluta, nada que ver como cuando vivía con Cintia. Se nota que es feliz, todo lo feliz que no soy yo. Reconozco que me dan un poco de envidia, tienen una casa preciosa, un bebé precioso, todo es precioso, ¿y que tengo yo? Una casa en construcción que no me apetece acabarla y una vida vacía. Voy de la oficina al gimnasio y a casa de Julio, intentando por todos los medios estar ocupado. Empiezo a sentirme deprimido, tan deprimido que acepté sin darme cuenta que Elsa viviera a mi lado tras una discusión con mi madre. A veces pienso que se han hecho cómplices para hacerme la vida imposible. Tengo tan pocas ganas de vivir que ya me da igual todo. No quiero discutir con nadie, ni siquiera hablar. Me siento confuso, apático, cansado. Respiro sin vivir.

Elsa se pasa el día entero persiguiéndome, es uno de los motivos por el que tampoco paso tiempo en casa. Yo la dejo estar ahí, sin tocarme, ignorándola. De momento sobrevivo así, en un mundo gris, sin color, concentrado en el trabajo. Me hace olvidar a Rebeca por unos instantes. ¿Cómo hemos llegado aquí? Ni yo mismo lo sé. Ya ni me reconozco en el espejo. Me ha crecido barba y tengo un aspecto bastante desmejorado, pero me da igual, solo veo la vida pasar.

Mi madre organiza encerronas para cenar todos juntos como la familia que no somos y nunca hemos sido, y al final del día ella acaba durmiendo en mi cama, pero no la toco, no quiero tocarla. ¿Estamos juntos? No lo sé, no quiero pensarlo, ni quiero saberlo.

–Cariño –me llama desde la puerta de entrada–. Ha llegado una carta para ti.

Cojo el sobre y lo examino con cuidado. No trae remitente, simplemente unas preciosas letras doradas que dicen:

“Señor David Torres y acompañante”

Lo abro. Es la invitación del bautizo de Pedrito. Casi me había olvidado, es este fin de semana.

Me encanta mi ahijado, es precioso y muy alegre. Juego mucho con él cuando voy a verlo, es lo único que consigue sacarme una sonrisa, aunque sea una milésima de segundo. Lo adoro, pero no me apetece ningún tipo de celebración. Según palabras de Hugo me he vuelto huraño y puede que tenga razón. He perdido las ganas de vivir, no quiero salir de fiesta, me paso los días de la oficina a casa y de casa a la oficina, es casi enfermizo, lo sé, pero me da igual.

–Por fin estrenaré el vestido que me compré el otro día, es precioso ya verás –comenta Elsa en voz alta quitándome el sobre de las manos.

–¿Qué? –no sé de qué habla. Como acostumbro, la ignoro.

–El bautizo, iré contigo.

–¡Ah! –ni siquiera tengo fuerzas para negárselo, ¿para qué? Se saldrá con la suya, como siempre.

–Tenemos que ir de compras. Debo comprarte la ropa que te pondrás y necesito complementos para mi vestido.

–Tengo trabajo.

Ni siquiera la escucho, es el cuento de todos los días, ella habla y yo la ignoro.

La imagen de Rebeca viene a mi mente. ¡Oh, Dios! Es la madrina, seguro que estará guapísima, radiante y feliz acompañada de Aarón. ¿Cómo pude empujarla a sus brazos? Definitivamente soy la persona más infeliz del mundo.

Capítulo 28

Suena el timbre, abro la puerta impaciente. Marta me llamó esta mañana para avisarme de que vendría de visita. Estoy muy ocupada con los exámenes de la universidad y hace días que no veo a Pedrito, me hace mucha ilusión.

Que decidiera ponerle el nombre del hermano de David fue un buen gesto por su parte. No se me ocurre ninguna idea mejor para agradecerle todo lo que ha hecho por nosotros, por ella. A pesar de mi relación con él, debo reconocer que ha hecho demasiado. Dejó que Marta se quedara con nosotros cuando Pablo la echó de casa, junto a Hugo se encargó de preparar el juicio y, además, nos regaló el viaje a Cancún que sin él no habiéramos podido realizar, así que llamar al bebé Pedro es una muy buena elección.

Marta entra en casa analizándolo todo, es la primera vez que viene. Prince se vuelve loco con la visita. Tan solo hace un par de días que vive en mi nuevo piso, el pobre no tiene mucha distracción. Le encanta la gente, en cuanto escucha el timbre se vuelve loco. En el piso que ahora ocupa Jota siempre había alguien, ajetreo, ruido, aquí todo es muy aburrido. Lo cierto es que yo me siento igual.

Mi vida aquí es muy normal. Han pasado unas semanas desde que me mudé. Aarón pasa mucho tiempo trabajando, apenas coincidimos y, cuando lo hacemos, sigo sintiendo que vivo con un extraño. Se porta bien conmigo y es agradable, pero echo de menos mi antigua rutina. Mis charlas con Jota hasta tarde, desayunar acompañada... sin embargo, no puedo quejarme.

–He traído dulces –dice tras saludar a Prince, observarlo todo y dar su visto bueno–. Tranquila, la mayoría son de chocolate.

–Como me conoces –la invito a sentarse en el nuevo sofá y comemos mientras me pone al día de su nueva vida como madre junto a Julio. Parece que le va genial, se lo merece, por fin la vida le sonrío.

–¿Estás bien? –me pregunta preocupada.

La miro sorprendida, con la boca llena, y asiento con la cabeza. No entiendo por qué me pregunta. Estoy comiendo, riendo, alegre. Ella niega sin creérselo. Trago rápido procurando no atragantarme y miro a Pedrito que duerme plácidamente en su carrito ajeno a lo dura que es la vida. Me encantaría ser bebé de nuevo.

–Tus ojos están distintos –insiste.

–Admito que me gustaba más mi vida antes, era más emocionante. Ahora sin David estoy más tranquila...

–Pero...

–No hay ningún pero..., simplemente eso –no parece convencida, no sé qué decirle para convencerla. No le miento, le he dicho la verdad. Estoy mejor sin él.

–¿Lo echas de menos?

–Bueno, sí..., un poco, pero es pasado. Lo intentamos y no funcionó. Él no está hecho para tener una relación seria.

–Ha cambiado, te quiere, te quiere mucho Rebe, Julio no para de decírmelo. Eres la única persona que ha sido capaz de hacer que se plantee vivir en pareja. Es cierto que ha cometido errores, pero todos los cometemos.

–Los suyos no son cualquier error.

No sé si ha venido a animarme o a hundirme, no me apetece hablar de él. Desde que lo vi en el hospital me centro en mi trabajo y mis estudios, Aarón me ha ayudado mucho, me anima cuando me ve mal y me cuida. No quiero volver a tener a David en mi vida, estoy mejor sin él... o eso creo.

–Está con Elsa, no hay más que hablar –respondo tajante.

–Deberías verlo, es infeliz, está descuidado. No habla con nadie, trabaja y trabaja, jamás lo habíamos visto así. Rebeca habla con él, estáis siendo muy orgullosos los dos, os queréis muchísimo. ¿Qué ganas engañándote?

–Intento pasar página.

Marta niega con la cabeza llena de frustración. Su intento para que nos reconciliemos está siendo en vano. Ya lo intentó Jota hace unos días, cuando fui a recoger a Prince, y tampoco sirvió de nada. Si hay algo que tengo claro en mi vida es lo que no quiero, y no quiero estar con una persona que me obligue a dejar el baile, me quite mi libertad, me insulte y me mienta. No podría ser feliz.

–Te arrepentirás.

Es su última palabra, se me clava en la cabeza como un puñal.

Antes de irse me da el sobre con la invitación del bautizo. No me apetece nada ver a David, pero Pedrito es mi ahijado y no me perdería por nada del mundo un evento tan importante como este. Tendré que poner buena cara y sonreír.

Ha llegado el gran día. Estoy nerviosa. ¿Será el bautizo o, en el fondo, saber que volveré a ver a David es lo que me tiene así? No quiero ni pensar, porque el simple hecho de pensar que lo veré de la mano de Elsa me revuelve las entrañas.

Rescato del armario un vestido blanco de estilo griego largo hasta los pies, que me regalo Jota para una fiesta ibicenca en casa de uno de sus amigos. Tras un intento casi inútil de recogerme el pelo en una trenza para ir acorde con el vestido, estoy casi lista. Me miro al espejo, una chica con una trenza despeinada me mira con ojos tristes. “No está mal”, me digo a mí misma, y bajo las escaleras hasta llegar a la calle donde Aarón me espera montado en el coche.

–Estás guapísima –dice al verme–. Siempre estás guapísima.

Le sonrío con timidez. No estoy de ánimos para nada, estoy tan nerviosa que no he desayunado. Tengo el estómago revuelto, y la sensación de que al abrir la boca vomitaré no es nada agradable.

El bautizo se celebra en casa de Julio, en su jardín trasero. David ha conseguido que el cura oficie la ceremonia aquí. ¿Hay algo que no pueda conseguir?

Todo está perfectamente preparado. Mesas redondas al aire libre con vajillas relucientes. Los globos de color azul y blanco destacan en el centro de cada mesa, al fondo del jardín sobresale un arco de globos junto a la pequeña pila bautismal de mármol blanco. Todo está perfecto, e intuyo que Jota también tiene mucho que ver en esto.

–¿Te gusta? –Marta aparece por detrás asustándome, con una bandeja de canapés en la mano–. David insistió en pagarlo todo.

Está radiante con su vestido verde agua. Admito que siento un pelín de envidia. Le va genial y me alegro por ella, pero me gustaría ser yo la que tuviese esa enorme sonrisa en la cara.

Los invitados empiezan a llegar, la mayoría es familia de Julio, dudo mucho que Marta haya invitado a la suya. Todos charlan alegremente mientras Marta controla que todo vaya como la seda. Julio recibe a los invitados que van llegando y, en medio del trajín, me doy cuenta de que me siento un poco sola. ¿Dónde está Aarón? Lo veo manteniendo una conversación con un hombre, un cliente, tal vez, o algún conocido, no tengo ni idea. Miro hacia la

puerta esperando que Jota aparezca de una vez, pero nunca es puntual, siempre llega tarde.

Elsa hace una espectacular entrada desde la puerta del salón que da directamente al jardín, creyéndose la diosa del Olimpo, todas las miradas se vuelven hacia ella. Le encanta. Piensa que nació para ser observada y admirada... ¡Niña engreída! Veo a David detrás de ella bajando los dos escalones que separan la puerta del salón del jardín. Es cierto, está hecho polvo, no parece él. La ropa le queda estrecha, los músculos parecen hinchados por el constante ir y venir del gimnasio, su cara ofrece un aspecto pálido y enfermizo. Da pena verlo.

Me ve y gira la cabeza esquivando mi mirada. Ese gesto duele, no me lo esperaba, ¿por qué evita mirarme? Soy yo la que debería estar enfadada, la que debería esquivarle la mirada. Intento no pensarlo porque acabará amargándome el día.

Elsa pasea de su mano orgullosa, mirando a todos por encima del hombro, él sin embargo agacha la cabeza, saluda cortésmente y se mantiene en silencio. Jamás lo había visto tan dócil, tan... manipulado. Creí que tendría suficiente personalidad para evitar ser manejado por una mujer. También me equivoqué en eso.

La ceremonia está a punto de empezar. Todos los invitados se apresuran para coger asiento. Jota llega corriendo haciendo señas de disculpa y ocupa un asiento en la primera fila para no perder detalle. Marta me indica que me coloque frente a la pila, junto a David y Julio. Estoy un poco perdida, la actitud de David me tiene desconcertada.

–Estás preciosa –me dice David mirando al suelo.

–Eh..., gracias, lamento no decir lo mismo.

Intento que mi respuesta no suene cruel, pero parece que le da igual. Se encoge de hombros y mira al frente con mirada taciturna. Me duele verlo así.

Marta me pasa el bebé, que se mueve asustado por el repentino cambio de postura, y yo espero a que David se acerque para colocarse donde debe, pero no reacciona. Julio le pega un codazo y, tras mirar a todos lados, desorientado, se coloca detrás de mí sosteniendo la vela de bautismo con expresión apática, mientras, yo incorporo a Pedrito para que el cura haga los honores.

Al acabar la ceremonia todos los invitados empiezan a comer. Aarón y yo nos sentamos en la misma mesa que David, Elsa y Jota. Me entran ganas de salir corriendo. No quiero seguir viendo como Elsa tontea con David ante mis ojos y él se deja querer mientras yo vuelvo a sentirme sola, pues Aarón y Jota se intercambian opiniones sobre un nuevo programa de televisión. Me resulta difícil integrarme, es raro, son mis amigos. ¿Qué me pasa? No estoy a gusto, quiero largarme, no esperaba que fuera tan incómodo. Elsa me mira, sabe que su presencia me incomoda, y besuquea a David, que la esquivo sutilmente, ¡ya no aguanto más! Me levanto de la mesa y entro en la casa para respirar hondo y evitar esa tortura.

—¡Rebeca!

Me giro esperando que sea David. No sé por qué, pero mi deseo ahora mismo es que me diga que todo es mentira, que es una farsa y que me sigue queriendo. En su lugar veo a Hugo acompañado de una chica de pelo negro, tan largo que le llega a la cintura, enormes ojos marrones y piel blanquecina con un ligero tono rosado en las mejillas. Tiene un aspecto tímido, es bastante guapa.

—Hola —lo saludo apenada—. Llegas tarde, la ceremonia ha acabado.

—Lo siento, es que he tenido lío y se me ha hecho tarde —se encoge de hombros haciendo notar que la disculpa es sincera—. ¡Ah! perdona, te presento a Carol, ella es mi... novia.

¿Su novia? ¿Hugo tiene novia? Esto sí que es raro. Miro a la chica de arriba abajo sorprendida. No puedo creer que aquel chico que conocí, al que le encantaba tanto la fiesta y nada el compromiso tenga novia. Es muy extraño verlo así, agarrando la mano de una chica ante todos.

—Perdón —me disculpo ante la chica y le doy dos besos—. Es que estoy bastante sorprendida, pero encantada.

—¿Dónde está el resto? —pregunta Hugo impaciente, supongo que deseando ver las reacciones del grupo.

Le señalo el sitio, sonrío a la chica que, insegura aprieta la mano de Hugo fuertemente, y me doy la vuelta entrando en el baño. Necesito despejarme. No sé si son demasiadas emociones o sigo pensando en por qué David lleva todo el día esquivándome. Sea como sea debo ser fuerte. Ahora está con Elsa, aunque no parezca muy feliz, y tengo que aguantarme, aguantar las ganas de darle un beso y acurrucarme en sus brazos. Me obligo a mí misma a desechar esos pensamientos que no me hacen ningún bien, me enjuago el

cuello para aliviar tensión y salgo con paso decidido a hacer frente a lo que venga.

–¡Joder! Tenías que ser tú –maldice David esquivando mi cuerpo para no chocarse conmigo.

¿Qué pasa? ¿Por qué dice eso? Pasa por mi lado sin mirarme y entra en el baño. Sin pensarlo aguanto la puerta y entro con él. Estoy harta, va a decirme lo que le pasa, aquí y ahora.

–¿Se puede saber qué te pasa conmigo? –pregunto echando el pestillo de la puerta–. Llevas todo el día evitándome y, que yo sepa, no te he hecho nada. En realidad la que debería estar enfadada soy yo, tú me insultaste, me hiciste sentir como una mierda.

–Rebeca, déjame en paz –su voz suena cansada.

–No, no voy a dejarte hasta que me digas qué te pasa –sus ojos apagados se encuentran con los míos y mantiene el contacto visual durante unos segundos antes de volver a mirar al suelo.

–Estoy bien, déjame en paz.

¡Y una mierda! No está bien y no voy a rendirme. Este no es el David que yo conozco, ni siquiera es Don Perfecto, es otro, una persona que Elsa ha moldeado a su antojo. No entiendo cómo se ha dejado manipular así.

–Mírate –le digo cogiéndole la cara y obligándolo a mirarse en el espejo–. Mira tu cara y tu ropa. Tú no eres así. Tú eres fuerte, un hombre con carácter que sabe lo que quiere. ¿Dónde está el hombre del que me enamoré?

Algo cambia. Sus ojos vuelven a brillar, su cara se vuelve menos pálida y una sonrisa por fin aparece en su rostro.

–¿Has dicho...? –coge mis manos y las besa. Me estremezco ante el tacto de sus labios. Lo había olvidado, había olvidado cómo me hace sentir cuando me toca–. Te evito porque no quiero seguir haciéndote daño, tu vida es mejor sin mí.

¿Qué? ¿Lo hace por mí? No sé qué pensar, es una sensación extraña. Por un lado me siento aliviada, eso significa que aún me quiere aunque sea un poco, y por otro lado me siento triste, no quiero que se aleje. Estoy hecha un lío.

–Mírame por favor –le suplico haciendo que eleve su cara hasta que sus ojos vuelven a fijarse en los míos–. Necesito que vuelvas a ser tú. Deja a Elsa, no te hace ningún bien.

–No puedo.

–¿Por qué? ¿Acaso la quieres? Lo dudo, es imposible querer a esa estúpida.

–Porque nos vamos a casar.

Retira sus manos de las mías despacio. Tiene la cara desencajada, los ojos vuelven a brillar acuosos igual que en el hospital, a puntos de llorar.

Debí hacerlo, era la única forma de que me dejara en paz. Justo ahora que había dicho que estaba enamorada de mí..., pero es que... somos demasiado distintos. Necesito que sea feliz y conmigo no lo será. Controlo las ganas de abrazarla, de decirle que es mentira, que la amo como nunca amé a nadie. Pedirle que nos fuguemos juntos lejos de todo y vivir una vida de ensueño, aunque suene cursi, pero sé que lo mejor para ella es alejarla de mí. Algún día lo entenderá y espero que me perdone.

Abre la puerta y pega un portazo al salir. “Es lo mejor”, le repito a mi reflejo en el espejo. Me lavo la cara para disimular la amargura que siento al haberle hecho daño, y salgo del baño sin ganas. Podría llevarme horas ahí encerrado, necesito estar solo, gritar, pegar, lo que sea para sacar esta rabia y dolor que siento dentro, pero debo salir, debo poner buena cara y tirar para adelante como sea.

Un grito eufórico resuena en el pasillo. Salgo con cuidado, con un poco de miedo y rezando lo primero que se me ocurre para que no sea lo que creo que es.

–¡Nos vamos a casar! ¡Nos vamos a casar! –Elsa se agarra a mi cuello como un niño pequeño cuando ve a su madre alejarse de él, casi ni me deja respirar–. ¿Por qué no me lo has dicho?

¡Joder! Era justo lo que pensaba. Gruño molesto, pero ella sigue dándome besitos por toda la cara. ¡Tierra trágame! Hablo en serio, quiero morirme.

–¿Cómo demonios te has enterado?

–Rebeca salió llorando de aquí, se lo contó a Jota y Jota me dio la enhorabuena. Seguro que fue sarcasmo, no me importa. Le pregunté por qué y... bueno da igual, me he enterado y, ¡estoy feliz! ¿Dónde está mi anillo?

–¿Dónde está Rebeca?

–Se ha ido. ¿Dónde está mi anillo?

Corro al jardín dejando a Elsa con su locura, busco a Rebeca. Mis amigos me miran extrañados, no es para menos, se acaban de enterar de que me caso, aunque sea mentira ellos no lo saben. Necesito encontrar a Rebeca, ha sido mala idea decirle eso.

–Lamento no darte la enhorabuena –Jota intenta disimular su enfado, pero no le sale del todo bien–. Te amargaré.

–¿Dónde está Rebeca?

–No, no y no, ahora sí que tienes que dejarla en paz. Olvídate de ella, no la hagas sufrir más.

Jota tiene razón. Al ella decirme que estaba enamorada de mí había olvidado el motivo por el que le he mentado. Prefiero sufrir yo y lo haré, estoy seguro de que me espera un auténtico infierno.

Elsa sale echa una furia, tropezando con los escalones. ¡Mierda! A ver cómo salgo de esta, como le digo que es mentira, que no voy a casarme con ella.

–¿Dónde está mi anillo? –repite. Qué cansina, ¿solo piensa en eso?

–No lo tengo. Tenemos que hablar, vámonos.

Me despido de todos disculpándome. Una chica que acompaña a Hugo nos observa alucinada, ¿quién es? No importa, ahora tengo cosas más importantes que aclarar.

Obligo a Elsa a subir al coche y conduzco con rabia hasta mi casa. Lo tengo decidido. Subiré, le diré que todo es mentira, que se marche de aquí y que no quiero volver a verla. ¿Qué puede salir mal?

Entro en mi habitación para calmarme. Necesito aire, unos minutos de tranquilidad para pensar, pero no puedo. A lo lejos oigo los susurros y las risas de Elsa desde el salón. ¡Ya basta! Me molestan, me molesta todo lo que tenga que ver con ella. Me dirijo al salón con las manos en los oídos, no quiero escucharla más.

–¡Cállate! No voy a casarme contigo, mentí, mentí para... da igual, no es asunto tuyo. Quiero que te largues, que te marches de mi vida y no vuelvas. Olvídame.

Elsa se gira con ojos como platos. Curva los labios y crea una sonrisa que podría compararse con la del mismísimo diablo, vale, ahora sí que me da miedo. ¿Por qué sonrío así? Acabo de decirle que se vaya de mi casa. Vuelve a ponerse el teléfono en la oreja.

–Cariño, tu madre quiere hablar contigo –su voz es suave, dulce, como nunca la había oído. No entiendo nada.

–¿Qué demonios estás diciendo? No vas a echarte atrás –brama mi madre al otro lado de la línea–. Te casarás con Elsa, es una buena mujer para ti, ella es la que te conviene y no una simple camarera.

–Mamá... no quiero...

–Me da igual lo que quieras, por fin has sentado la cabeza, no dejaré que una niña cazafortunas te lo impida. ¿Te queda claro?

–No pienso casarme con esta loca.

–Te casarás con ella o me encargará personalmente de que tu amiguita viva amargada el resto de su vida, ¿es eso lo que quieres?

¿Qué demonios ha pasado aquí? Lo peor es que lo sé, sé de sobra que es capaz de amargarle la vida a Rebeca, es mi madre, pero siempre logra lo que se propone y si para eso hay que jugar sucio lo hará. Si es necesario hablará con quien haga falta para que no termine la universidad o no encuentre trabajo. Es capaz de atormentarla tanto hasta que abandone la ciudad, tiene contactos y puede hacerlo. Esto no puede ser verdad, no puede estar pasando, no sé qué hacer.

Tiro el teléfono al suelo con tanta fuerza que se rompe y vuelvo a mi habitación lleno de rabia y dolor.

¿Cómo hemos llegado a esto? Yo tenía personalidad, tomaba mis propias decisiones, hacía con mi vida lo que me daba la gana. No puedo creer que una estúpida sin escrúpulos me haya manipulado así, y tampoco puedo creer que mi madre me chantajee de esta forma, no es justo. O me caso o Rebeca sufrirá aún más.

Me acuesto en la cama, intento pensar cómo solucionar todo esto. Todo me sale mal. Debe ser el karma, al final será cierto que todo se acaba pagando. Tantas mujeres despechadas, tanta insolencia, tanta arrogancia, tanto mal hecho ahora lo estoy pagando y con creces. Si no hubiera discutido con Rebeca, no me habría topado con Elsa y no estaría así. Ojalá pudiera volver atrás y cambiar aquel día, el día que empezó mi tormento.

El silencio de mi oficina me tranquiliza, me hace sentirme en paz. Le pido a Claudia que no me pase llamadas, no quiero que me molesten.

Miro el monitor, el fondo de pantalla vuelve para recordarme todo el laberinto en el que me he metido yo solito. Es hora de cambiarlo, de poner fin

y tomar las riendas otra vez, lejos de todo y de todos. El ordenador pregunta “¿desea cambiar el fondo de pantalla?”...

Llaman a la puerta. ¡Joder! Dije que no quería visitas, no es tan complicado.

–Hijo, ¿puedo pasar? –mi padre está distinto, su cara está llena de luz, diferente. Asiento, sea lo que sea me mantendrá la mente despejada un rato–. Tienes mal aspecto, deberías descansar un poco –apunta.

La voz de mi padre es suficiente para que me derrumbe, no puedo más, estoy cansado, estoy harto de sufrir, de que nada salga bien. Me tapo la cara con las manos y las lágrimas empiezan a recorrerla en silencio.

–No puedo más papá –gimoteo–, no me quedan fuerzas.

Mi padre rodea la mesa y me abraza. Un abrazo cálido, lleno de verdad, de cariño y de amor como los que me daba mi princesa. Lo necesitaba.

Entre llantos le cuento lo sucedido en las últimas semanas. Jamás había llorado, al menos no de esta forma tan profunda.

–Hijo, yo te eduqué como mejor supe hacerlo. Te enseñé que ninguna mujer debe quitarte la dignidad como lo está haciendo esa chica, que por cierto nunca me ha gustado. Por el contrario, esa preciosidad –dice señalando al monitor–, me recuerda a mí cuando era joven. No tenía nada, lo único que hacía era trabajar, esforzarme por tener una vida mejor. Es una gran mujer, no la dejes escapar por tonterías.

–Eso es imposible, la he alejado de mí y ya no hay vuelta atrás

–Cierra los ojos y visualiza la casa, tu refugio, como lo llamaste, ¿ves a alguien contigo? –veo a Rebeca preciosa con su pijama de conejitos leyendo un libro en el jardín. Noto como una sonrisa me pone cara de tonto.

–Sí, a ella.

–Hijo, no hay nada imposible, y lo que merece la pena no es nada fácil de conseguir. Lucha, lucha siempre, no dejes que nadie te impida hacer lo que quieres, ni siquiera tu madre. Márchate unos días, semanas si lo necesitas, a algún lugar lejos de aquí. Reflexiona, descansa y cuando estés preparado vuelve, pero vuelve siendo tú mismo.

–¿Y qué hago con mamá? –emite una carcajada y se recuesta en el sillón de enfrente.

–¡Que le den!

–¡Papá!

–Voy a divorciarme de ella.

–¿Qué? –¿qué se van a divorciar? Nunca vi señales de que mis padres estuvieran mal, aunque también es cierto que nunca estuve en casa lo suficiente como para fijarme–. Pero papá, ¿cómo puedes estar tan contento?

–Llevaba mucho pensándolo. Tu madre y yo hace años que dejamos de querernos y he encontrado a otra persona que me quiere tal como soy. Siento decírtelo, pero tu madre no es más que una chupasangre.

–¡Papá!

–Hijo, no te preocupes por tu madre. En cuanto el divorcio sea una realidad perderá todos los contactos que cree tener. Le dejaré lo suficiente para que no le falte de nada.

Sale de mi despacho riéndose. Lo cierto es que no me duele que la insulte, tampoco que se divorcien. No puedo decir que sienta pena por mi madre. Es la mujer que me dio la vida, pero nunca se ha comportado como tal. Siempre pendiente de su imagen, del qué dirán, de sus joyas y sus vestidos. Me alegro por mi padre, parece que se siente mejor que nunca.

Me pongo a pensar en la conversación que acabo de tener. Si mi padre se divorcia, mi madre se queda sin poder, y sin poder no puede hacer lo que se le antoje, por tanto, no tengo que casarme con Elsa. ¡Genial! Ahora solo me queda pensar cómo recuperar mi vida, y para eso sí que necesito tiempo.

Vuelven a llamar a la puerta, pero esta vez se abre sin permiso.

–¡Tío!

–¡Hugo! Pasa, pasa –Hugo entra, se sienta en el sillón y empieza a toquetear mis papeles, como siempre.

–Que no pude hablar contigo en el bautizo, te fuiste como alma que lleva al diablo.

–Se descontrolaron las cosas. Por cierto, ¿quién era la chica que te acompañaba, algún ligue nuevo? –me apresuro a decir antes de que se me olvide.

–Eh, eh, un respeto. Es mi novia.

–¿Tu novia?

Hasta esto me sorprende más que el divorcio de mis padres.

–Sí, llevamos varios meses. Me ha cambiado la vida tío, ni te imaginas, necesitaba alguien así para poner los pies en la tierra, es genial.

Habla de ella como nunca lo había visto hablar de nadie. Esta chica le

ha calado hondo, puede que por eso estuviera tan raro. Ya no hablaba de fiestas y defendía el compromiso. Es increíble como una simple persona puede cambiar la vida de alguien. Me alegro por él.

Me mira un poco raro, tal vez esperando una respuesta, una reacción, pero es tan... extraño que no sé qué decirle.

–Lo siento, es un poco raro viniendo de ti, pero me alegro de que tengas la suerte de estar con la persona que quieres.

–Sí. Cuando encuentras a alguien que te hace ser mejor persona, sacar lo mejor de ti mismo y lo único que haces es mirar por su bien, merece la pena. Me costó trabajo que me hiciera caso, pero no me di por vencido y lo conseguí.

Sus palabras me recuerdan a las de mi padre. Va ser cierto que cuando quieres algo de verdad hay que luchar con todas tus fuerzas.

Empieza a contarme su nueva vida de la mano de su chica y me pone al día de todas las novedades. Jamás había sentido envidia de Hugo. Ver su cara llena de felicidad y escuchar hablar maravillas de Carol...

–¿Y a ti qué te pasa? Pareces un alma en pena.

Vuelvo a relatar otra vez lo ocurrido como he hecho minutos antes con mi padre. Es cansado, pero para mi sorpresa contarle otra vez me hace ver las cosas más claras y estoy más decidido.

–Ah, yo seré el padrino de la boda ¿no? –pregunta burlándose cuando se entera de mi “compromiso”. Ambos nos reímos y le termino de contar todo—. Estoy de acuerdo con tu padre, márchate yo te cubro.

Es genial tener un amigo tan entregado y fiel. Parece que todos van encontrando su camino en la vida. Yo solamente tengo que buscar la forma de volver al mío.

Como han cambiado las cosas. Hugo con una relación estable, se me hace hasta raro de pensar, Julio con Marta y su bebé. Quién me iba a decir hace casi un año cuando conocí a Rebeca, que mi amigo acabaría con su amiga. No sabemos lo que nos depara el destino, no podemos controlar lo que nos tiene preparado, pero debemos intentar disfrutar lo que la vida nos presenta y cambiar lo que nos atormenta.

Vuelvo a mirar el ordenador. La sonrisa de mi princesa me da fuerzas para luchar, para recuperar mi vida. Eso es lo que haré. Hoy mismo buscaré algún lugar escondido de la vida y de la gente, donde poner en orden mis ideas, y entonces volveré por ti y seremos felices, te lo prometo.

Vuelvo a casa canturreando y preparo la maleta ignorando las preguntas de Elsa y el acoso al que me somete. Me sigue a todas partes, cada vez más molesta y cabreada, pero me da igual, olvidaré que existe en cuanto me suba al avión. Salgo de casa pegando un portazo y pido un taxi.

–¿Adónde le llevo? –pregunta el taxista amablemente.

–Al aeropuerto, es hora de cambiar mi vida.

Capítulo 29

Aarón intenta por todos los medios posibles que coma algo. Me trae la comida a mi habitación, cocina mis platos favoritos... pero a pesar de sus esfuerzos no pruebo bocado. No tengo nada de hambre. La noticia de la boda de David y esa mala víbora me dejó con mal cuerpo y el estómago cerrado. ¿Por qué lo hace? ¿Por qué se casa con ella? No llevan apenas tiempo juntos, ¿por qué tanta prisa? A no ser... no, no puede ser, no creo que esté embarazada. El simple hecho de pensar en un bebé de ellos me da náuseas, pobre niño, no tiene ni idea de la madre que tendrá..., espera Rebeca, te estás adelantando, tal vez sea otro motivo. ¡Dios! No puedo vivir así.

No debería importarme, pero me importa, porque al verlo con otra siento que lo he perdido definitivamente, y me doy cuenta de lo mucho que lo quería.

Las lágrimas vuelven a brotar de mis ojos al igual que ayer cuando salí del baño despavorida en casa de Marta, ni siquiera pude disimular mi dolor. Esta vez lloro más fuerte, desconsolada. Aarón abre la puerta bruscamente, me estrecha contra sus brazos intentando tranquilizarme.

Sus abrazos no son tan confortables, su olor no es tan agradable, no es que huelga mal, simplemente no es David, no es mi Don Perfecto.

—Rebeca ya basta, no puedes seguir así. Él decidió rehacer su vida, no puedes pasar los días encerrada por eso. Nadie se merece tus lágrimas, y menos si son de pena.

Sé que tiene razón, en el fondo lo sé, pero no puedo evitarlo, duele demasiado. Lo nuestro fue corto pero intenso, demasiado intenso.

—¿Y tú qué sabes? No tienes ni idea. —le reprocho sin querer.

—Es verdad, no tengo ni idea, lo único que sé es que estás sufriendo por alguien que ya te olvidó. Mírame —elevo la cabeza y dejo al descubierto mis ojos hinchados y rojos por el llanto—, estás dejando de lado tu trabajo, tus estudios, todo por lo que te has esforzado mucho y, lo que es peor, te estás perdiendo la vida.

Sale de mi habitación cerrando la puerta con tranquilidad. Si alguien me hubiera hablado como yo lo acabo de hacer, saldría hecho una furia. Me quedo con la mente en blanco, sin pensar, bloqueada. ¡Joder! Es cierto, no merece la pena perder todo lo que tengo por algo que no volveré a tener. ¿Cómo he podido ser tan tonta? Debo apartar el dolor, dejar de llorar y

enfrentarme al mundo como siempre he hecho, con valentía y una sonrisa, al fin y al cabo yo nunca he sido débil, no voy a empezar a serlo ahora.

Salgo al salón secándome los ojos aún húmedos. Aarón me mira desde el sofá donde está sentado pendiente del ordenador; trabajo tal vez.

–Sienta bien coger las riendas de tu vida ¿eh? –dice sonriente–. No olvides esa sensación.

Asiento con la cabeza incapaz de articular palabra por miedo a romper a llorar de nuevo, pero con las ideas más claras que nunca. Se acabó David, se acabó el pasado, es hora de pensar en el futuro.

Aprovecho que Aarón se marcha a trabajar para darme una ducha. Me encanta meterme bajo el agua cuando estoy sola, el silencio me relaja aún más. Es como una limpieza de energía, el agua se lleva lo malo por el desagüe y al salir siento que empiezo de nuevo aunque haya tenido el peor día del mundo. Me encanta esa sensación de olor a limpio y ese sentimiento de tener las pilas cargadas de nuevo.

El timbre suena, empieza a sonar sin parar, un sonido lejano. ¿Quién se atreve a quitarme mi momento de relax? Intento ignorar el molesto ruido, pero siguen llamando con insistencia.

Con una toalla enrollada en la cabeza y otra envolviéndome el cuerpo, salgo corriendo a abrir la dichosa puerta esperando por su bien que sea el cartero o alguien con algo importante que decir.

Una chica muy bien vestida con cara de víbora está plantada frente a mi puerta. A la mierda mi relax, mi energía y mi todo. ¿Qué demonios hace Elsa aquí?

–¿Está mi prometido aquí?

Prometido... Esa palabra... Me arden las entrañas.

–No, ¿por qué iba a estar aquí?

–Pensaba que..., no importa da igual –desconcertada se da media vuelta dispuesta a marcharse.

–¡Eh! –la llamo–. ¿Quién te ha dado mi dirección?

–Tengo contactos.

–Eso no puede ser, las serpientes del zoo no saben dónde vivo.

Veo como su nariz se abre y se cierra rápidamente controlando la ira. No me dice nada y se marcha. ¡Vaya! Eso sí que es raro, algo debe pasar. Debe estar realmente preocupada, no ha gritado ni ha saltado por los aires. Bah,

David se habrá escondido de ella un rato seguramente, debe ser cansado aguantarla a todas horas. Me prometo no darle muchas vueltas a esto o acabaré con mi reciente energía renovada por los suelos.

La vuelta al trabajo, y digo vuelta porque estos últimos días que he ido solo estaba presente mi cuerpo, mi mente andaba en otro planeta y no era consciente de donde estaba, así que para mí hoy es el primer día después de unas largas vacaciones, el caso es que está siendo bastante bueno. Trabajar, hablar con los clientes y, sobretodo, bailar, me hace despejarme. Siempre he pensado que el baile es como una terapia, terapia gratis en este caso. Cuando se baila sintiendo de verdad, se olvida el día a día, los problemas se quedan en casa. La música te envuelve de tal forma que disfrutas de cada paso, cada compás. Los movimientos de tu cuerpo se hacen más fluidos, más divertidos e incluso te inventas algunos pasos sobre la marcha que te hacen reír. Es la mayor tontería del mundo, pero para mí esa tontería es lo que me devuelve las ganas de vivir, de pisar fuerte y decir aquí estoy yo, dispuesta a todo por ser feliz. Aunque el ambiente te lo impida, aunque siempre haya alguien que quiera arruinarte ese momento, sabes que mientras bailes con pasión y con el corazón no podrá lograr su objetivo, porque en la pista la que importa eres tú, solamente tú. Había olvidado lo que era sentirse así y lo echaba de menos.

Poco me dura la emoción. Al volver a la barra, Hugo está sentado en uno de los taburetes mientras su novia Carol baila moviendo los pies al ritmo de la salsa. Me caen bien pero me hace recordar a David, y ahora eso lo que menos me apetece. Ojalá pudiera huir de todo lo relacionado con él.

Me acerco desganada a saludarlos.

—¿Tú también bailas? —le pregunto a Carol intentando ser amable, al fin y al cabo la chica no tiene culpa de nada.

—¡No! Solo sé hacer un paso, me encantaría aprender.

—Eso es una indirecta ¿eh, Hugo? —Hugo se ríe apoyado en la barra. No le gusta bailar, en realidad no sé muy bien porqué sigue viniendo aquí.

—¿Cómo estás?

Lo conozco lo suficiente como para saber que me pregunta por compasión, así que me encojo de hombros y vuelvo a mi trabajo.

Intento no mirarlos, no ver cómo se regalan mimos y muestras de cariño, es tan raro ver a Hugo enamorado que no puedo evitarlo.

Una chica con la cara roja y echando humo por cada agujero de su piel

se les acerca con ganas de pelea. Elsa no puede ser más discreta, tiene que dar la nota vaya donde vaya, a saber qué le pasa ahora. Ni siquiera me acerco, ni me atrevo, ni tengo ganas de discutir, quiero acabar mi turno y largarme a casa a relajarme. Es curioso, antes quería trabajar para despejarme y ahora quiero largarme para no ver a sus amigos. Estoy llena de contradicciones.

Escucho unos cuantos gritos ahogados por el ruido de la multitud y la música. Miro de reojo y veo a Elsa haciendo malos gestos a Carol con las manos, a Hugo a punto de estallar. No tengo más remedio que intervenir o al final acabarán pegándose.

–Pero vamos a ver... –la interrumpo–. Sabemos que te gusta llamar la atención, ¿es necesario que grites?

–Grito si me da la gana.

–En realidad lo entiendo. Estar estreñado pone a cualquiera de mala leche, pero si aceptas un consejo hay unos cereales buenísimos para eso –me burlo.

–Sí, la marca Kellog's, son un poco caros, pero ten vendrán bien –me apoya Carol.

–¿Qué dices? –me mira sin entender nada.

Nunca pillas las bromas, es lo que hace más divertido burlarse de ella. Pasa de mí y se dirige a Hugo

–Te lo advierto, lo encontraré y pagareis muy caro haberlo encubierto.

–Uh, mira como tiemblo –se mofa Hugo haciendo temblar su mano derecha.

No entiendo nada y no estoy segura de querer entenderlo. Sabía que muchas veces se comportaba como una niña pequeña, pero no tenía ni idea de hasta qué punto podía llegar. Esto parece una pelea de críos, debo reconocer que la intriga me mata.

–¿Qué le pasa? Cada día está más loca, acabará en un manicomio, te lo digo yo.

–Que no encuentra a David.

–Esta tarde vino a mi casa buscándolo, ¿dónde está?

–No lo puedo decir.

Cuánto misterio. Es raro que David desaparezca sin más. Miles de razones pasan por mi mente. Viajes de negocio, querer despejarse a Elsa durante un par de horas, temas de la boda... ¡Mierda! Temas de la boda, se me olvidaba que se casaban. Es posible que haya desaparecido para preparar

cosas de la boda, que quiera darle una sorpresa a Elsa, al final va ser verdad que la quiere. ¡Joder!

Vuelvo a casa agotada, necesito descansar, tanto física como emocionalmente. La idea de que se haya enamorado de Elsa me resulta dolorosa, pero tengo que pensar que esa posibilidad existe y está más cerca de lo que me gustaría. Ya... ya sé que me prometí no volver a pensar en David, me lo están poniendo muy difícil. Ojalá pudiera largarme a un sitio lejano yo sola sin nadie más.

Una maleta, una simple maleta para cambiar de vida.

El paisaje hace que me sienta en paz. Hacía tiempo que no pisaba la nieve recién caída del cielo, fría, blanca, pura, cubriendo por todas partes una enorme cabaña de madera y piedra antigua, propia de las montañas austriacas. Es impresionante. Montañas tan altas que ocultan la cabaña del pueblo más cercano alejándome todavía más de la civilización. Árboles verdes rodeados de nieve creando un contraste de colores que hipnotizan, el suave trino de las aves que se refugian en sus nidos y una pista de esquí privada, gracias papá, estoy seguro de que en este oasis que has alquilado exclusivamente para mí podré tener mi momento de calma y desconexión.

He desaparecido. Necesitaba huir de allí. En cuanto le dije a mi padre lo que pretendía hacer me ayudó. Llevo en este paradisíaco lugar dos días y tengo tanto tiempo libre que apenas sé qué hacer con él. Es tan liberador olvidarse del teléfono, del trabajo, de las constantes charlas de Elsa sobre la boda..., boda... No puedo evitar reírme. No tiene la más remota idea de que no habrá boda, ni siquiera habrá novio, no, no voy a darme a la fuga en el altar, cogeré las riendas de mi vida en cuanto recargue las pilas y eso significa dejar a Elsa, terminar mi casa y volver a conquistar a mi princesa cueste lo que cueste. Seré feliz, ahora lo tengo más claro que nunca. Ahora la única pregunta que me ronda la cabeza es, ¿estará ella pensando en mí? ¿Me echará de menos? Espero que sí.

Las noches frente a la chimenea con una buena cerveza dan sus frutos,

cada segundo que pasa mi mente se despeja, amplía sus horizontes y veo la luz cada vez más cerca. Aquel túnel en el que me encontraba ya no está. Los recuerdos son más nítidos, las ideas van tomando forma. He descubierto lo que es realmente ser feliz, porque todo el mundo va en busca de la felicidad pero..., ¿sabe alguien qué es realmente? Es difícil definirla, pero creo que la felicidad no consiste en estar sonriendo todo el día, ni en ir saltando por la calle gritando que eres feliz. La felicidad, la verdadera, es encontrar a alguien que cuando cometes locuras, en lugar de enfadarse o avergonzarse las cometa contigo y que al mismo tiempo sus locuras te parezcan adorables. Alguien que sea capaz de aceptar tus defectos, hasta los más horribles, como aquel dedo del pie que odias, que te aporte tal confianza en ti mismo que ya no lo consideres un defecto sino algo que te hace especial. Que perdone todos tus errores, porque todo ser humano se equivoca. Felicidad es encontrar a alguien, ver no solo una belleza sino un alma. Un alma afín a ti que cada vez que lo mires sientas que ya estás completo. Creo que en definitiva hay que dejar de buscar la felicidad, a veces la tenemos delante en los pequeños detalles y no sabemos apreciarla, simplemente porque la sociedad nos impone que ser feliz es sonreír.

Mi felicidad está junto a ella y voy a perseguirla. Sé que será difícil. Rebeca no cree en el amor porque nunca le han demostrado que existe. Para ella la vida en pareja se trata de fases. La de la ilusión, esa ilusión por verse cada día, de darse un beso apasionado sin venir a cuento, de achuchones y mimos, de tener ganas de tu pareja. Luego está la del enamoramiento, en la que cada cosa que hace te va gustando más y más, en la que te planteas que pueda llegar a ser tu pareja perfecta. Empiezas a notar que tienes más cosas en común, los besos son menos apasionados, pero con más sentimientos. Después viene la de la estabilidad. Esta es la peor. Te resignas a la rutina. Las cosas que antes ni te molestaban ahora te irritan, te sacan de quicio, empiezas a buscar fallos, y los encuentras. La rutina es un puñetero cáncer en la relación de una pareja. Empiezan las dudas, sentimientos encontrados, amor y odio cada día. Os dedicáis menos tiempo, cada uno camina en una dirección distinta, la comunicación escasea, discusiones por aburrimiento. Cada vez te interesa menos lo que tu pareja hace durante el día, y ya no hay más que contar. Te planteas si estáis juntos por costumbre, por cariño. Un día dices: “no puedo acabar con tantos años de relación así porque sí”. Empiezas a pensar en una forma de salir de este bucle. Organizas excursiones, viajes, incluso juegos

sexuales y te das cuenta de que, después de intentarlo todo, la rutina vuelve y empiezas de nuevo. Es por todo esto por lo que ella se niega a creer en el amor, y yo no lo he puesto fácil, pero sé que puedo enamorarla, que puedo hacer que crea en cuentos de hadas.

Es interesante el rumbo que toman las cosas, el cambio de mi vida. Antes no podía escuchar la palabra compromiso sin asquearme y ahora quiero pasar el resto de mi vida junto a mi princesa. Puedo decir que he madurado en este aspecto, el amor. El amor cambia a la gente solo cuando es amor verdadero, cuando uno cambia para ser mejor persona. Julio y Marta son una buena muestra de ello, también Hugo y Carol. Es increíble el poder del amor, debes haber sufrido mucho para cuestionarlo, cuando esto pasa debes encontrar a esa persona que vuelva a hacerte sentir que el amor es algo imprescindible en el ser humano, porque amando sacas lo mejor de ti. Entonces..., ¿por qué Rebeca sacó lo peor de mí? Supongo que porque ninguno de los dos amaba libremente. No sabíamos lo que era el amor hasta que fue demasiado tarde.

Paso el día pensando y meditando, pero tengo miedo. Le di a Hugo una serie de órdenes que debe cumplir para que todo salga bien, es necesario que las cumpla, si no mi viaje habrá sido en vano. Espero que sepa cómo hacerlo sin levantar sospechas, y sobre todo que sepa convencerla. Mis planes y mi felicidad dependen de él.

Aquí los días pasan lentos, detenidos en el tiempo. La nieve cae despacio y no existen las horas. Empiezo a cansarme de este encierro. Necesito saber de ellos, saber de ella. Estoy impaciente por ver si mi plan funcionará, no aguanto más esta soledad.

Me despierto con la luz que refleja el sol en la nieve y entra por el ventanal de mi habitación. Mi cama es tan grande que empiezo a sentirme solo, necesito compañía, ya he tenido suficiente desconexión. He cumplido mi propósito, aclarar mis ideas y pensar cómo mejorar mi vida.

Capítulo 30

Otra vez haciendo la maleta. Últimamente no paro de viajar, me encanta. En realidad tengo mucha suerte con mi trabajo. Nos da siempre flexibilidad de horario para estudiar o tomarnos días libres para descansar,

pero algo me dice que esta vez será diferente, no sé, será intuición, aunque prefiero no pensar mucho en eso y amargarme el fin de semana.

Me sorprendió mucho que Carol nos invitara a un fin de semana en Austria. Al parecer, su padre tiene una pequeña cabaña perdida en la montaña y le encantaría que fuéramos todos a disfrutar de la nieve. La chica es encantadora, nos resultó muy complicado decirle que no ante una propuesta así, me servirá para alejarme de la rutina y de los recuerdos sobre David que se esconden en cada esquina de Madrid.

Me hubiese encantado que Marta y Julio vinieran con nosotros, pero Pedrito es demasiado pequeño para un viaje tan largo y un clima tan frío, en cuanto a David, casi es mejor que siga perdido. Este fin de semana será un momento perfecto para empezar de cero con nuestros amigos e intentar olvidar lo que siento, sin él por medio será más fácil.

–Rebeca, date prisa, tenemos que despedirnos de Marta y quiero llevarle a Pedrito su regalo –Jota empieza a estresarse por la tardanza, estar en casa de Aarón no le agrada demasiado.

–Ya voy.

Salgo de la habitación cargada, para ser un fin de semana llevo tanta ropa que apenas cierra la maleta, pero es que allí hace frío, he tenido que echar ropa de abrigo y eso ocupa más, bueno de abrigo, zapatos, gorros, una mantita que me regaló mi hermano al venir... ¿Me dejarán subir la maleta al avión?

–Pásalo bien, aprovecha para desconectar y no pensar en nada ni en nadie, ¿vale? –Aarón acaba de recordarme a mi padre, le ha faltado decir pórtate bien y abrígate mucho.

–¿Estás seguro de que no quieres venir? Aún estás a tiempo.

–Tengo mucho trabajo, pero no te preocupes habrá otros viajes juntos, te lo prometo.

Sonrío ante su mirada esperanzadora. A veces me da pena, sé que se esfuerza mucho por entrar en mi vida. No se rinde, poco a poco va ganándose un lugar en mi corazón, por desgracia sigo sin verlo como pareja. Es un buen amigo y lo peor de todo es que estoy segura de que si le diera la oportunidad podría hacerme feliz, pero de momento no quiero estar con nadie, necesito olvidar a Don Perfecto, cerrar esa puerta con llave y tirarla al mar para poder rehacer mi vida. Espero de verdad que estar lejos de los dos me aclare las ideas y pueda volver a ser la de siempre.

–Recuerda esa sensación y todo irá bien.

La voz de Aarón resuena en la sala cálida, amable, tranquilizadora, me guiña el ojo y sigue concentrándose en su portátil.

La casa de Marta y Julio transmite un ambiente muy familiar. Pedrito juega bajo la atenta mirada de Marta con su nuevo regalo, una jirafa de peluche. Julio planta una bonita maceta en el jardín trasero y Marta prepara una comida que huele estupendamente. ¿Quién nos iba a decir que Julio y Marta formarían una pareja tan bonita, que tendrían una buena casa y un hijo precioso que él quiere como si fuera suyo? Lo que ha cambiado todo en poco tiempo. Me doy cuenta de que el camino que recorreremos a lo largo de la vida, a pesar de estar lleno de dificultades, puede cambiar en su recta final, y que ese final es el principio de otro camino más bonito. No podemos forzar las cosas para que ocurran como queremos. Creo en el destino, nuestro destino está escrito, pero cuanto más corremos para llegar a él, más se aparta de nuestro camino.

Tras un vuelo de siete horas y un viaje larguísimo de cuatro horas en coche llegamos a un pueblo llamado Alpbach, situado en las altas montañas.

El paisaje es precioso. Abro la ventanilla y respiro hondo. Aunque frío, el aire puro entra en mis pulmones como un refresco en un caluroso día de verano. Es agradable. La vegetación intenta abrirse paso ante la pesada nieve que la cubre. Da igual donde miren mis ojos, lo único que veo son árboles cubiertos por una inmensa capa blanca, enormes montañas a mi alrededor y extensas laderas. ¡Me encanta! Es el sitio perfecto para olvidarlo todo. Alejado, diferente, precioso. A David le hubiera encantado esto. Hacer snowboard es una de sus aficiones... Debo dejar de pensar en él desde este momento.

Poco a poco, admirando el paisaje con la brisa helándome la cara, voy quedándome dormida.

Me despierto con el frenazo del coche. Abro los ojos despacio maldiciendo la interrupción de mi sueño, un momento de paz que hacía tiempo que no sentía. Lentamente me incorporo colocándome bien el gorro de lana. Miro por la ventanilla con los ojos entrecerrados... ¡Oh, Dios! Esto es precioso. Hemos llegado, estamos frente a una enorme cabaña de madera y piedra con altos techos cubiertos de nieve, rodeada de naturaleza invernal. Es

impresionante.

–¡Vaya! Esto es... precioso –exclamo mirando a los demás, que tienen la misma expresión maravillada que yo.

–¡Guau! –los ojos de Carol emiten un destello.

Nos bajamos del coche maravillados, sin poder quitar los ojos de la extraordinaria postal que tenemos ante nosotros. Me siento totalmente abrumada. Jamás pensé visitar un sitio así, pensaba que solo existían en las portadas de revistas, que todas esas imágenes eran creadas por ordenador. Sin embargo aquí estoy, parada frente a una de esas portadas.

–Es mejor de lo que pensaba –comenta Carol aún con la boca abierta.

Un momento, si Carol ha propuesto este viaje y la cabaña es de su padre, ¿cómo es que está tan sorprendida como los demás?

–¡Sorpresa!

El grito proviene de la puerta de la cabaña. Es una voz conocida, podría arriesgarme a decir que... ¡No puede ser! Me giro lentamente esperando que no sea quien pienso que es. Es imposible que esté aquí. En el porche, apoyado en la ancha barandilla de madera tratada está David. ¡Mierda! ¿Qué hace aquí?

Puedo ver la cara de felicidad con la que nos mira y realmente me da asco, me duele. ¿Por qué está tan feliz? Yo no lo estoy.

–Vaya mierda de sorpresa –murmuro por lo bajo.

Todos lo saludan alegremente mientras terminan de sacar las maletas del coche, todos menos yo. Me niego a pasar el fin de semana en la misma casa que la parejita de moda. Lo pasaré mal. Acabo de llegar y ya quiero largarme.

–¿Qué significa esto? –le pregunto a Jota, que mira a David tan sorprendido que ni siquiera me contesta, se encoge de hombros y sigue sacando las maletas.

–Lo siento, fue cosa de David –se disculpa Carol.

Unos pasos se acercan a nosotros. Observo el rostro de Don Perfecto, sereno, con una sonrisa encantadora. Tan solo su presencia consigue desarmarme. Necesito ser fuerte, no quiero volver a sufrir. ¿A qué juega?

–Hola –me saluda David tiernamente, guardando las distancias, esperando tal vez que sea yo quien rompa ese espacio de seguridad–. Me alegro de que hayas venido.

Río irónicamente a la vez que observo como sus ojos verdes se

apagan.

–¿Ah, sí? Pues yo no –contesto con voz firme tratando de esconder mis sentimientos–. Esto es una encerrona. Si lo hubiera sabido ni siquiera habría subido al avión.

–Rebeca, por favor.

–Quiero largarme de aquí. ¿Dónde está el hotel más cercano?

Sus ojos se fijan en el suelo. Se pasa las manos por el pelo como cada vez que está nervioso o algo se escapa de su control. ¿De verdad pensaba que me traería aquí sin rechistar? ¿Acaso no me conoce lo suficiente?

–Rebeca, yo... quiero discul...

–David, déjame en paz. Lo último que necesito ahora mismo es un fin de semana contigo y la imbécil de tu prometida –suspiro cansada solamente de pensarlo. Daría lo que fuera por retroceder minutos antes y volver a mi estado de sueño.

–No he invitado a Elsa. Estamos nosotros y nuestros amigos.

–El hotel por favor –me niego a creer que Elsa no esté invitada a este paraíso, ¡es su prometida! Miro a mi alrededor buscando alguna señal que me indique el pueblo más cercano. ¿Nada? ¿Ni siquiera señales de humo? ¡Oh, venga ya!

–Escúchame, sé que no quieres verme, que respirar el mismo aire que yo te asquea, pero dale a esto una oportunidad –dice señalando la cabaña–. Te prometo que merecerá la pena.

Miro la preciosa cabaña y dudo, pero no estoy segura de por qué. Cuando David se pone en plan encantador anula mis sentidos, odio que provoque esa reacción en mí.

–No me queda otra, ¿verdad?

Sonríe haciendo que las leves arrugas de sus ojos se acentúen. Cojo la maleta del coche enfurruñada y entro en la casita. ¡Dios! vaya fin de semana que me espera. Aunque no esté Elsa, la presencia de David me incomoda. Me resulta muy complicado contenerme. Quiero gritar, llorar y patalear, tal vez así consiga lo que quiero, pero debo comportarme, debo darle una oportunidad a esto aunque dudo que merezca la pena.

Camino hacia la puerta de entrada con un millón de dudas mientras David me lleva las maletas.

La casita emana calor gracias a la chimenea encendida, tras pasar varios minutos en el exterior se agradece. ¡Casita! Casi me da un ataque de

risa de pensarlo. Es enorme. Una chimenea de piedra que ocupa media pared del salón chispea aportando el calor que tanta falta hace fuera y que tanto se nota al entrar. Los demás están en la cocina rodeando una isla de madera con una botella de vino ya abierta, una cocina en la cual caben perfectamente veinte personas más. Enormes fogones, grandes ventanales, todo, absolutamente todo lo que ocupa la casa es de gran magnitud.

Husmeo por la casa dejando atrás las risas de mis amigos y la mirada endulzada de David. En realidad, creo que busco algún indicio de que me haya mentido, de que Elsa esté escondida en alguna habitación y salga para molestar a todos en el momento menos oportuno, como es habitual en ella. Arriesgándome abro una puerta al azar del largo pasillo de la planta superior, la última. Entro con cuidado, vigilante, alerta.

Una cama con dosel y cabecero tallado le resta atención al clásico tocador y al perchero con forma de maniquí que decora la sala. La habitación es increíble, parece sacada de un cuento de hadas.

—¿Te gusta? —sobresaltada me giro.

—¡Joder! David, deberías ser menos silencioso, me pegas unos sustos de muerte —no dice nada, se queda en la puerta observándome. ¿Qué hace? ¿Qué es lo que espera?

—Es la mejor de la casa, si te gusta es tuya.

Sin decir nada más se va. Me quedo mirando la puerta esperando que esas no hayan sido sus últimas palabras. ¿Qué me pasa?

Tras deshacer la maleta, bajo con los demás. David no está por ningún sitio. Haciendo todo lo posible por ignorar la curiosidad sobre su paradero ayudo a Carol a preparar lo que será la primera cena de nuestro fin de semana.

Estamos todos sentados junto al fuego hablando y contando anécdotas, todos menos David. No ha cenado con nosotros y, a pesar de que todos han preguntado por él, Hugo no ha dicho donde se encuentra. Ahora todos ríen ajenos a preocupaciones, sin embargo mi mente no deja de preguntarse dónde estará. Tengo ganas de verlo, me encantaría que me estrechara entre sus brazos para darme calor, tal y como hace Hugo con Carol. Empiezo a sonreír como una estúpida a cualquiera cosa que cuentan, pero no es una sonrisa sincera, Jota se da cuenta, por la cara con la que me observa sé que se muere por preguntarme. Debo largarme de aquí si no quiero un interrogatorio.

—Chicos, lo siento, pero estoy cansada, me voy a dormir.

—¡Oh, venga! Lo estamos pasando bien —dice Carol apenada.

Sonrío desde la escalera y me largo a mi habitación. No, no es cierto. Yo no lo estoy pasando bien, no paraba de pensar y pensar. ¿Qué le pasa a este lugar? Es todo tan raro.

Me echo en la cama esperando conciliar el sueño rápido, deseando que acabe el día y que mañana me espere uno mejor, uno en el que David esté presente. ¿Qué demonios me está pasando? “Sigues enamorada”, ¡cállate! Estúpida vocecita de mi cabeza. Me recuesto en la almohada y un olor a aftershave invade mis fosas nasales. Es el aroma de David... Esta era su habitación. ¿Me ha dejado su habitación simplemente porque me gustaba a mí? En un impulso me levanto de la cama, rebusco en el armario y en los cajones, tiene que haber algo suyo en algún sitio. Nada. Es posible que mientras todos andábamos ocupados abajo se haya llevado sus cosas. Sin pensar, salgo y vuelvo a recorrer el largo pasillo. No sé qué demonios estoy haciendo. Pasa algo en este sitio, algo que me impulsa a hacer cosas extrañas, como una fuerza que me empuja. Toco el pomo de una de las puertas más cercanas a la escalera, la que lleva todo el día cerrada. Tampoco sé qué espero encontrar ahí dentro. Abro con cuidado procurando no hacer ruido.

A oscuras, con un pequeño rayo de luz que entra por la ventana gracias a los farolillos exteriores, veo el rostro dormido de David. Se ve tan guapo, tan tranquilo, sin celos, sin enfados, sin expresiones duras, solo él y su esencia. Me encantaría que todo hubiera sido diferente, que las cosas hubieran sido más fáciles entre nosotros, pero dicen que lo fácil no merece la pena.

No supimos entrelazar nuestras personalidades de forma que ninguno de los dos sufriera, y tampoco era cuestión de cambiar, pues entonces no seríamos nosotros mismos. Si lo hubiéramos conseguido puede que yo llevara el anillo que en estos momentos luce Elsa, pero estaría aquí con él, abrazándole, durmiendo junto a su cuerpo definido y sería la mujer más feliz del mundo.

Entro de puntillas, me agacho con el corazón a mil y me acerco a su cara. Con mano temblorosa acaricio su pelo suavemente, como solía hacer cuando estábamos juntos y necesitaba relajarse. Mis labios se aproximan a su boca, y aquel sentimiento que escondía en lo más profundo de mi alma, aquel que evitaba a toda costa que saliera a la superficie por miedo a sufrir, ese sentimiento que ahora invade mi cuerpo, poro a poro me obliga a darle un dulce beso en los labios.

Me detengo al notar su respiración y, tan rápido como me permiten mis pies, corro hacia la puerta sin mirar atrás, cerrándola tras de mí. ¿Qué he hecho? No puedo creer que lo haya besado. ¿Se habrá dado cuenta? ¿Qué hago? Lo único que se me ocurre es volver a mi cama y maldecir mi vida.

–¡Despierta dormilona! Nos vamos a esquiar.

La voz de Jota me retumba en la cabeza. ¡Cállate! Quiero seguir durmiendo. Después del gran error que cometí anoche no quiero volver a verlo, tener que evitarlo me resulta patético, por eso será mejor que me quede en la cama, tranquila, sin meter la pata.

Jota empieza a destaparme.

–¡Déjame! ¡Me quiero morir!

–Y yo –contesta tumbándose a mi lado al ver que sus forcejeos no dan resultados–. Así tumbado atiborrado de pastillas como las estrellas de cine.

–Lo besé –cuento avergonzada–. No sé por qué, anoche sentí el impulso de buscarlo y lo besé.

–¡¿Qué hiciste qué?! –Jota se gira para mirarme, asombrado–. ¿Y qué hizo él?

–Nada, estaba dormido, o eso espero.

–¿Por qué me lo pierdo todo? –finge sollozar.

–Jota, ni quiera sé si lo sabe.

–Rebe, cariño, te metes en cada lío...

Todo está resultando de lo más tenso, aún no he visto a David. Hoy tampoco ha desayunado con nosotros.

Carol y Hugo pelean con los esquíes bajo la atenta mirada del instructor. Jota y yo nos dirigimos a la cima más alta en el telesilla. El viaje es largo y en silencio, es la primera vez que no escucho su voz. Está callado, algo le ronda la cabeza, miedo me da saber qué es, viniendo de él no puede ser bueno.

–¿Qué te pasa? –le pregunto, ya no aguanto más.

–Ando pensando en cosas de la vida. Qué bonito esto ¿no?

Mm... está raro, evita el tema.

Llegamos a la cima, me bajo del telesilla y decido ir por mi cuenta. Estoy cansada de misterios, todos se comportan de manera muy extraña. Incluso aquí con mis amigos me siento sola.

–¡Cuidado! ¡Rebeca, apártate!

Giro la cabeza y Jota viene disparado en mi dirección. Intento salir de su camino, pero no me da tiempo a esquivarlo y choca contra mí empujándome ladera abajo, sin control. Veo mi vida pasar por delante de mis ojos, visualizo mi muerte, “chica muere estrellada contra un árbol”. Intento frenar sin éxito, cada vez veo el árbol más cerca. De repente unas enormes manos me sujetan y frenan mi caída. Aliviada, miro hacia arriba para verle la cara a mi héroe, la persona a la que ahora mismo le haría un monumento. Unos apagados ojos verdes me miran con una mezcla de indiferencia y tristeza. ¡David! ¡Por fin aparece! Sonrío como una tonta y le doy un abrazo. ¿Por qué me alegro más de verlo que de seguir viviendo? Él espera unos segundos, me aparta y me mira fijamente. Es una mirada horrible, como si estuviera ante la presencia de una persona a la que odia, exactamente como yo miro a Elsa. Sin mediar palabra da media vuelta y desaparece de mi vista.

—¡Te dije que te apartaras! —grita Jota llegando a mi lado—. Te pesa el culo, guapa.

Ignoro sus bromas y observo a David bajar la montaña montado en su tabla.

Debo confesarlo. No esperaba una calurosa bienvenida por parte de Rebeca, pero me dolieron tanto sus palabras al llegar que me encerré en la nueva habitación y evité salir. Decidí no cruzarme con ella y amargarle el fin de semana. Este no era el plan. Era pasar tiempo con ella, conquistarla de nuevo, recordarle los buenos momentos que vivimos juntos, pero no puedo obligarla a hacer algo que no quiere, otra vez no. Sin embargo, ese beso, por mucho que lo pienso no logro entender por qué lo hizo, por qué entró en mi habitación en plena noche y me besó, ¿por qué? Cuando por fin iba a conciliar el sueño. Lo único que tengo claro en estos momentos es que no me arrepiento de haber fingido que dormía, aunque gracias a eso tenga un lío en la cabeza.

No es justo. Soy consciente de que le he hecho daño, pero no es necesario jugar con mis sentimientos de esa forma. Si me odias, no me beses, tan sencillo como eso. ¿Ahora qué debo pensar? ¿Qué debo hacer? No tengo ni idea. Toda esta situación me supera. Desde que la conozco he descubierto que no sé qué hacer ante las cosas que no controlo, que no salen de mi cabeza. Suelo meter la pata porque me desconcierta, y es precisamente lo que no

quiero volver a hacer, así que mantener la distancia será lo mejor.

Estoy casi seguro de que Jota la empujó para que se chocara conmigo. Es un idiota, se podía haber hecho daño, pero mereció la pena solo por ver su sonrisa, aunque fuera un segundo, por su abrazo, por su mirada aliviada y embelesada, la cual me confundió aún más. ¿Qué pretende? Mi mayor impulso fue responder a ese abrazo, sin embargo, me pareció mejor idea largarme de allí antes de cometer un error, una mala palabra y beso a destiempo... y aquí estoy sentado en el salón frente al fuego, dándole vueltas a todas esas preguntas. Quiero recuperarla, de eso estoy seguro, pero necesito un poco de margen, algo de esperanza, y sus actos me confunden cada vez más.

El chirrido de la puerta me sobresalta. Escucho las risas de Jota, Carol y Hugo que se acercan corriendo al calor de la chimenea.

—¡Oh! Qué bien se está aquí, calorcito ven a mí.

Jota acerca las manos al fuego, calentándolas, los demás lo imitan. Todos, excepto Rebeca, que tranquilamente se quita el abrigo y las botas y sube las escaleras dirigiéndose al piso superior. Me ha parecido verla triste, pero no tengo ánimos para ir en su busca. Lo siento princesa, esta vez no quiero molestarte.

—Chicos, tengo una idea. ¿Qué tal si mientras vosotros traéis más leña, Rebeca y yo nos encargamos de la comida? —propone Carol.

—No es mala idea —apunta Hugo—. ¿Jota, serás capaz de coger un trozo de árbol sin gritar porque una hormiga se te suba por el brazo?

—No te prometo nada. Odio los insectos —Jota tiembla como si recibiera una descarga eléctrica—. David, ¿vienes?

—Eh...

—¡Venga! Hombres contra mujeres —reta Hugo.

—Entonces me quedo con las chicas, no cuento como hombre —Jota se ríe de su broma. Lo cierto es que no me apetece mucho. Sólo quiero ducharme y acostarme, ni siquiera tengo hambre

—Sí, claro —digo al fin.

Puede que me sirva para despejarme, pasar un rato entre hombres y contarle a Hugo mis pensamientos.

Cogemos la leña en el cobertizo de la cabaña en silencio.

—Estás muy extraño. No entiendo para qué me pides que la traiga si no pasas tiempo con nosotros, con ella —comenta Hugo al salir.

–No logro entenderla.

–Nadie entiende a las mujeres.

–Me besó mientras trataba de conciliar el sueño y fingí que dormía, pero cada paso que ella da está lleno de odio.

–Ella no te odia.

–¿Y por qué actúa como si lo hiciera?

–Porque está enamorada de ti y tiene miedo. ¿Recuerdas cuando la conociste? ¿Lo que tardaste en reconocer que te morías por ella? Era miedo, miedo a que alguien cambiara tu vida para siempre.

Volvemos cargados de troncos y mi cabeza más cargada de preguntas. ¿Tendrá razón?

En la cocina huele de maravilla. Observo a Rebeca reír junto a Carol de una de las anécdotas que Jota cuenta con demasiada efusividad. Su risa me trae buenos recuerdos. No puedo seguir mintiéndome, la amo, incluso cuando me odia, la amo. Simplemente el sonido de su risa hace que me olvide de todo lo malo. La miro casi en secreto, no quiero que el encuentro de sus ojos con los míos rompa esa bella melodía. Dejo la leña cerca de la chimenea y me acerco sutilmente a la cocina, donde todos se han juntado para ayudar a las chicas a cocinar.

Rebeca me ve, una tímida sonrisa aparece en su cara. Bebe un sorbo de la copa de vino y se gira para remover la salsa que borbotea al fuego.

No puedo quitarle los ojos de encima, me resulta imposible, incluso me esfuerzo por no mirar, pero está tan guapa con ese pijama gris y blanco de ositos y botas de peluche... Todo a mi alrededor se desvanece, solamente estamos ella y yo en nuestra casa, una fría noche de invierno.

–¿Podrías probarlo? Es tu salsa favorita.

Su voz me hace aterrizar de ese mundo de ensueño. Muevo la cabeza de lado a lado tratando de abandonar ese estado ausente. Miro sus ojos y un destello de tristeza los invade. Agacha la cuchara lo justo para que no se salga la salsa, se da la vuelta y sigue removiendo.

–No, no, yo..., perdón estaba pensando –rectifico–. Me encantaría probarlo.

Sonríe tímidamente y eleva la cuchara mientras sopla. Saboreo la salsa boloñesa.

–¿Está bueno?

–Está riquísima.

Vuelve a sonreír y el marrón de sus ojos recupera su brillo natural. ¿Y si Hugo tiene razón? No dejo de pensarlo.

Me acerco a ella atraído por el cálido ambiente que me rodea, le acaricio la cintura despacio, de forma sutil. No se aparta, por fin después de dos días vislumbro una señal que me llena de esperanza.

La cena está buenísima. Todos comen como si fuera el último día en la tierra, riendo, relajados, sentados alrededor de la mesa del comedor, incluida Rebeca, que de vez en cuando me lanza una fugaz mirada.

–Vamos a brindar –propone Jota–. Por nosotros, por los buenos amigos, por estos momentos y por todo lo que hace que la vida merezca la pena.

–Sobre todo por David, sin él no habría sido posible este fin de semana –recalca Carol.

Todos alzamos las copas y brindamos.

Tras la cena nos acurrucamos en el salón, preparados para ver una maratón de películas de terror. Aprovechando que Hugo se pelea con el mando de la tele, voy a la cocina por una botella de vino. Jota me persigue.

–David, ¿por qué te rindes?

–¿A qué te refieres? –pregunto extrañado.

–A Rebeca.

Dejo escapar un largo suspiro.

–No sé qué más hacer.

–Es demasiado orgullosa para admitirlo, pero sigue enamorada de ti y sé que tú también de ella.

–A veces me hace perder las fuerzas. No puedo más.

–Deja que las cosas fluyan por sí solas. No la fuerces y evitarás que se asuste y huya. Sé que la finalidad de este viaje es reconquistarla, Hugo me lo contó, no sabía cómo convencerla para venir, pero debes darle tiempo. Simplemente deja que todo pase cuando tenga que pasar.

Se marcha a reunirse con los demás dejándome en la cocina con un caos en la cabeza. Dejarlo fluir... debería probar, total, no tengo nada más que perder.

Me siento en el sofá con la mirada perdida, pensando en las palabras de Jota. Carol y Hugo se acurrucan. Jota se sienta en la alfombra apoyando la

espalda en el sillón donde Rebeca se refugia con la manta de su hermano. La observo, la veo mirarme de reojo varias veces, hasta que al final decide olvidarme y ver la película. Yo sigo hundido en mis pensamientos, ajeno a lo que me rodea...

Llevo dos horas dando vueltas en la cama. Las palabras de Jota aún suenan en mi cabeza. No consigo comprender cómo pretende que deje las cosas fluir solas. ¿Cómo puede algo resolverse por sí solo? Si está enamorada de mí tal y como dicen, ¿por qué lo oculta? Esta y mil preguntas más no me dejan dormir. Voy a prepararme un vaso de leche a ver si así consigo conciliar el sueño.

La cocina está silenciosa y oscura, evito encender la luz, no es necesario, las pequeñas llamas que aún chispean en la chimenea alumbran lo suficiente.

Escucho ruidos en la parte trasera del salón. Una ventana chirría. Será el viento. Con el vaso de leche en la mano me dispongo a volver a mi habitación y entonces... vuelvo a escuchar ese ruido. Suena diferente, a una ventana abriéndose. Vuelvo a la cocina, dejo el vaso en la encimera y cojo un cuchillo. Camino hacia la ventana escuchando atentamente cualquier sonido extraño. Aparto las cortinas y abro la ventana por la que se accede a un porche trasero. Un pequeño balcón con vistas a las luces del pueblo más cercano, que aunque lejos nos recuerdan que no estamos solos.

—¡Joder! David, te lo juro, voy a comprarte un cascabel que me avise de tu llegada. No puedes seguir apareciendo así como un ninja, ¡y con un cuchillo! ¿Es que quieres matarme de un infarto?

—Rebeca, ¿qué haces aquí?

Aquí está, ataviada con la manta, el gorro de lana y la bufanda, sujetando un vaso de chocolate caliente. Con las mejillas sonrosadas, preciosa como siempre.

—Nos vamos mañana temprano y quería ver esto por última vez. Tenías razón, este lugar merece la pena. Me encanta. Me encanta el silencio, me encantan las luces lejanas, me transmiten paz.

—A mí lo que me encanta eres tú —su mirada cambia, centellea, hace brillar su cara antes de volverse oscura de nuevo.

—David, yo...

Me acerco a ella, frente a frente, de forma que mi cara queda a escasos

centímetros de la suya. Poso mis manos en su espalda, impidiéndole cualquier movimiento, cualquier gesto que haga que se marche. Noto su corazón latir más fuerte, su respiración entrecortada, nerviosa e insegura.

–Mírame a los ojos y pídemme que me aparte –espero un instante suplicando para mis adentros que no lo haga–. ¿Estás enamorada de mí?

–¡No!

Mi corazón se para. Disimulo y analizo sus ojos. Necesito comprobar que dice la verdad. Su cuerpo comienza a tensarse, pero no forcejea para soltarse. Una mirada triste y culpable la delata. Noto una amplia sonrisa dibujarse en mi boca.

–Princesa... –suspiro apoyando mi frente en la suya–. Cuando te conocí todo fue un juego, pero me has ido engancho poco a poco y cuando me quise dar cuenta no pude dejarlo. Me enamoré de ti.

–¿La culpa la tengo yo? –susurra.

–Sí, por ser como eres.

–¿Cómo soy?

–Simplemente tú, y me encantas. Eres como un imán, cuando estoy cerca de ti ya no quiero separarme de tu cuerpo. Eres la pieza que me faltaba para darle sentido a mi vida.

Sus ojos se posan en los míos, fijamente, su respiración se acelera cada vez más. Cierra los ojos y empieza a temblar. Le quito la taza de la mano y la dejo en el suelo. No quiero que nada distraiga su atención.

–Tu olor... –inspira despacio–. Este lugar tiene algo extraño, como si me obligara a escuchar mi corazón.

–Escúchalo, por favor, déjate llevar. Aquí nadie puede hacerte daño, no tengas miedo.

–Sí pueden. Tú puedes.

–Cada vez que te hago daño, algo en mí muere.

Me acerco a sus labios lentamente, cierro los ojos y dejo salir el deseo que tanto tiempo he anhelado.

La abrazo dulcemente, la engancho en mi cintura sin dejar de besarla. No quiero que se arrepienta. Apenas la dejo respirar por miedo a alejarme de sus labios. Con cuidado subo las escaleras apretándola contra mi cuerpo. Abro la puerta de su habitación, aquella habitación de ensueño y la tumbo en la cama.

–David, ¿por qué no funcionó? –pregunta susurrándome al oído.

–El orgullo ganó a la razón, aquella que me evitaba perderte, pero ya no importa, estamos juntos de nuevo. No sabes cuánto tiempo llevo esperando este momento, no vuelvas a alejarte de mí.

–No hagas que me aleje.

–Quédate unos días más, conmigo, los dos solos.

Asiente y sonrío. La beso sin parar, desnudándola, acariciando cada centímetro de su piel, disfrutando de ella como si fuera la primera vez.

Lleno de besos su cuello, que frágil, siempre se tensa ante el roce de los labios, sin embargo, esta vez está sumido en la más profunda relajación, sucumbido a mis caricias. Sus manos se posan en mi pelo y aprietan fuerte. Sé que me pide que siga, pero quiero parar, quiero verla. Elevo la cara y busco sus ojos... entonces la veo... aquella mirada, una mirada tierna, segura, especial, que me hace sentir que vuelve a ser mía.

La beso con más ganas, con más pasión. Nos fundimos llenos de placer hasta agotar nuestra energía. Nuestros cuerpos caen rendidos en las suaves sábanas de aquella cama, soy consciente de que aquí en este momento algo cambiará mi vida para siempre. Te amo y nunca dejaré de amarte.

Capítulo 31

Abro los ojos lentamente. “Qué no sea un sueño, qué no sea un sueño”, me repito. Veo a David acostado a mi lado, profundamente dormido. Una alegría invade cada tramo de mi cuerpo.

Cuando llegué no quería saber nada de él. Su simple presencia me ponía de mal humor, pero aquella mirada de desprecio en la nieve me dolió. Se me clavó en el alma como un puñal, y no entendí por qué hasta que a la hora de la cena mientras estábamos solas Carol me hizo comprenderlo: “Cuando lo das todo por perdido, empiezas a saber lo que quieres realmente. Comienzas a valorar las cosas y a las personas que tienes alrededor”, y tiene razón. El sentimiento de perder a David definitivamente era lo más doloroso que me había pasado nunca. Aunque ya en el pasado lo perdí varias veces, en el fondo de mi corazón siempre sabía que volvería, que estaría ahí. Esta vez fue distinto, por su expresión deduje que se había cansado de luchar, que me dejaría en paz y no volvería a saber de su vida nunca más. El mundo entero se me vino abajo. Entendí que lo amaba más que a nadie, que no podía seguir fingiendo un odio que no sentía.

Sin pensarlo, en aquel balcón me sentí obligada por una vez en la vida a seguir mi corazón. Y aquí estoy, abrazada al ser más perfecto del mundo, a la persona que más quiero y la que más daño me ha hecho sentir, pero nada de eso importa ya, porque siento que empieza una etapa nueva en mi vida, tengo el presentimiento de que todo va a cambiar.

La melodía de su móvil lo despierta. Aún no ha cambiado ese dichoso tono, espero que lo haga pronto, es odioso.

Finjo seguir durmiendo esperando que no lo coja por miedo a molestarme y poder seguir a su lado. Se retuerce un poco bajo mis brazos.

—¿Diga? —escucho su voz aún dormida. No quiero abrir los ojos, mi instinto me dice que no lo haga—. No, claro que no.

Se levanta de la cama y camina hacia la puerta. Unos segundos de silencio en los cuales intuyo que, sea quien sea, está hablando al otro lado del teléfono

—Ha sido un error. Después de anoche tengo claro lo que siento y lo que quiero, y no es despertarme con alguien a quien no amo. Volveré lo antes posible y zanjaré el asunto. Te quiero.

Escucho sus pasos dirigirse al baño y cerrar la puerta. Abro los ojos y me levanto rápidamente. No puedo creerlo. No puedo creer que sea tan rastrero. ¿Era Elsa? ¿Cómo pude olvidarme de ella? No puede ser otra persona, ha dicho te quiero, entonces, ¿a que venía lo de anoche? Me ha utilizado para aclarar sus sentimientos. Me necesitaba para saber qué sentía por mí y no es amor. Me siento humillada, engañada. ¿Por qué me hace esto?

La ira vuelve a recorrer mis venas. Duele. Recojo mis cosas sin hacer ruido lo más rápido que puedo y las meto en la maleta, si me doy prisa aún puedo volver a Madrid con los demás.

Bajo corriendo las escaleras y me apresuro hacia el coche ya arrancando. Subo y me dejo caer en el asiento de atrás ante la atenta mirada de mis amigos. Hugo para el coche.

–Rebeca...

–Vámonos de aquí, ¡ya!

–¿Qué te pasa? –pregunta Jota alterado.

–¡Arranca! –grito.

Hugo asiente asombrado sin decir nada más, y nos ponemos en marcha. No quiero que me vea marcharme, no soportaría escuchar su rechazo de nuevo... “zanjar el tema”, ya no deberá preocuparse por eso, se lo pondré fácil, lo zanjaré yo.

Las lágrimas brotan de mis ojos mientras los brazos de Jota me acurrucan en su pecho. No quiero llorar, no quiero volver a sufrir, pero es inevitable. Es demasiado dolor.

Justo cuando conseguí dejarme llevar y abracé la oportunidad de ser feliz de nuevo. Que tonta he sido, no logro entender cómo fui capaz de creerme sus palabras. Me siento tan estúpida...

Recuerdo las palabras de Aarón cuando me marché, “Recuerda esa sensación y todo irá bien”, esa sensación de fortaleza ha desaparecido. Mi mundo se derrumba de nuevo. ¿Cómo pude bajar la guardia? ¿Cómo pude dejar que la magia de este lugar me hiciera perder la razón? Solo quiero llorar y llorar, pero al mismo tiempo no quiero ser débil una vez más. ¿Qué pensará Don Perfecto de mí después de ser tan estúpida? Se estará riendo a carcajadas. Me lo imagino triunfante en la habitación donde una vez más me engañó. ¡Oh Dios! No puedo soportarlo.

Empiezo a llorar, ahogando los gritos de dolor que cada vez son más difíciles de controlar.

Hugo para el coche, mira a Carol y ambos se giran hacia el asiento trasero.

–¿Qué ha pasado? –pregunta Hugo haciendo cesar el sonido de una llamada entrante.

–No quiero hablar –sollozo–, quiero volver a casa.

La vergüenza que siento es demasiado fuerte, no quiero que se compadezcan de mí. Carol le lanza una mirada de aprobación y seguimos el trayecto en silencio.

Al llegar a Madrid consigo que Hugo me deje en el apartamento de Aarón y, tras insistir en que necesito estar sola, accede.

Está vacío. Junto a la puerta hay una nota con su letra:

“Rebeca, debo irme por asuntos de negocio, volveré lo antes posible. Prince está con Marta. Besos, Aarón.”

Estoy sola, tal como quería, sin mi perro, sin mis amigos, sin mi amor. Me siento fatal, me doy cuenta de que estar sola agrava mi situación. No hago más que pensar y pensar. No puedo seguir así. Busco el móvil en la maleta para llamar a Jota y caigo en la cuenta de que me lo dejé en la habitación de la cabaña. ¡Maldita sea mi suerte! Cojo el teléfono fijo y llamo desde ahí.

–Rebeca, ¿qué te pasa, estas bien? –pregunta Jota preocupado.

–Sí... no..., estoy sola. Acompáñame a casa de Marta a por Prince y quédate conmigo, porfa...

–No te muevas, iré a buscarte.

Por el camino le cuento lo sucedido, no dice nada al respecto, pero por su expresión de sorpresa no da crédito a lo que acaba de oír. Es raro en él, siempre tiene algo que decir.

–¡Pero dime algo! –le suplico tras unos minutos en silencio–. Pégame, enfádate o dime que me lo merezco, habla por Dios. ¿Qué te pasa?

–Rebeca, llevo meses intentando darte consejos y nunca me escuchas, no escuchas a nadie, ¿para qué quieres que hable? ¿para que sea en vano?

–¿De qué estás hablando?

–Voy a ser claro. Sé que David te hizo mucho daño, sin embargo, sigo pensando que se trata más de una cuestión de orgullo. Perdiste al amor de tu vida por malentendidos, pero sobre todo por no saber perdonar. Debes aceptar

que cuando lo dejaste ir otra persona entró en su vida y ya no eres el centro de su mundo, aunque te duela. Lo quieres todo para ti, quieres a Aarón y a David. Lamento decirte que es un poco egoísta por tu parte.

–No quiero a Aarón, solo es un amigo –niega con la cabeza, incrédulo.

–Dime entonces qué demonios pasa en tu vida, qué lugar ocupa cada uno. Deja las cosas claras de una vez –su voz suena despiadada. Siento como si hubiera guardado ese sentimiento de crueldad demasiado tiempo.

–Aarón sólo es un amigo–repito–. Estoy enamorada de David.

–Por fin lo admites. De todas formas estoy seguro de que David sigue enamorado de ti.

No entiendo qué demonios está pasando. Es mi mejor amigo, no puedo creer que me hable de esa forma tan dura y tan cruel.

Salgo disparada del coche pegando un portazo y entro en casa de Marta. Apenas saludo cuando me abre la puerta. Voy directa al jardín trasero, agarro la correa de Prince y me largo de ahí dejando a Marta y Jota cuchicheando a mis espaldas. Genial, he perdido a mis amigos.

Intento volver a la rutina. Concentrarme en el trabajo y en la universidad ya no me sirve de nada. Todo me da vueltas en la cabeza. Ahora más que nunca necesito a alguien que me comprenda, y no tengo a nadie.

Aarón tiene el teléfono apagado y lo cierto es que no me importa no saber de él.

En el trabajo todo ha cambiado, lo que hace aún más difícil desconectar.

“El meneíto” ya no es el de siempre. El hermano de mi jefe ha tomado el mando, realmente es un cretino. Ha renovado al personal, ni Jota, ni Ismael, ni ningún antiguo compañero, todos despedidos sin más, sustituidos por familiares y amigos del nuevo dueño.

Jota no me había dicho nada, tampoco sé la causa de este cambio. ¿Qué ha pasado con el señor González? Empiezo a pensar que la siguiente seré yo. De momento me mantiene escondida en el almacén ordenando cajas y limpiando, lo cual resulta un auténtico calvario, pues no me permite despejarme sino todo lo contrario, darle más vueltas a la cabeza.

–¡Eh tú! –la voz grave y ronca de mi nuevo jefe me llama la atención desde la puerta del almacén–. Debo hablar contigo. Acaba con eso y ven a mi despacho. ¡Date prisa!

¡Mierda! Supongo que correré la misma suerte que mis compañeros. Acabo la tarea lo más rápido posible y subo las escaleras que llevan a su despacho.

Llamo nerviosa a la puerta con los nudillos.

–¿Se puede? –digo con miedo mientras lo veo sentado en la única, incómoda y vieja silla que hay en la sala, garabateando en un papel con aires de superioridad.

–Verás –dice pasándose las sudorosas manos por su calvicie–, mi hermano me habló muy bien de ti y no tenía pensado despedirte, te tiene aprecio. Lo que sucede es que voy a convertir esto en otra clase de local –mueve las cejas arriba y abajo, con una sonrisa de lado a lado y un escalofrío recorre mi espalda–. Por tu cara diría que me has entendido –asiento despacio, con asco–. Bien, pues la oferta es la siguiente, o trabajas para mí con mis condiciones o no podré mantenerte aquí.

–Entiendo, ¿qué condiciones son esas? –pregunto temiendo la respuesta.

–Tienes buen cuerpo, bailas bien.

Se levanta de la silla, empieza a rodearme mirándome el culo mientras acaricia mi pelo. Me quedo paralizada sin saber qué hacer, aguantando la respiración, tratando de mantener las náuseas a raya.

–Podrás trabajar de gogó sin ningún problema y si algún cliente pidiera un bailecito privado formaría parte de tu contrato.

–¿Me estás pidiendo que me prostituya?

–No mujer, no, no me gusta esa palabra, yo lo llamo bailarina personal.

Trago saliva. Tengo miedo. Ese hombre me da asco, pienso que es cuestión de tiempo que esto acabe siendo un puticlub. Me niego en rotundo a formar parte de este negocio y pienso decírselo claro y alto.

–Lo siento, no me interesa –titubeo.

“Muy alto y claro ¿eh?”, la vocecita de mi cabeza se ríe de mí. Si no fuera por el nudo que tengo en la garganta...

–¿Estás segura? Serías una buena inversión –dice volviendo a sentarse en su sillón.

–Estoy segura.

–Pues recoge tus cosas y márchate.

Salgo del despacho alucinando por lo que me acaban de ofrecer. Tiene que ser una broma, porque no es normal. Suspiro unos instantes, los que

necesito para aceptar que me he quedado sin trabajo, recojo mis cosas y dos segundos después me encuentro en la calle mirando por última vez el cartel luminoso: “El meneíto”.

Entro en casa pensando que al menos tengo donde ir. Prince me saluda contento. ¡Oh! Chico, lo siento, hoy no estoy de humor.

De camino a la ducha pulso el botón del contestador para ver si Aarón da señales de vida. “Tiene dos mensajes”, avisa la voz sensual del contestador.

“Rebeca, soy Jota. El señor González ha intentado localizarte, pero no tienes el móvil. Su hermano hablará contigo. ¿Estás bien? Estoy preocupado”

Ignoro el mensaje y abro el grifo de agua caliente. Prince me mira desde la alfombra.

“Princesa, ¿Qué pasa? Creí que te quedarías conmigo un par de días más. Tengo tu móvil, llámame. Te quiero.”

El corazón vuelve a encogerse. Escuchar su voz me hace recordarlo todo.

Debe resultarle fácil decir te quiero. Imagino que para él esas palabras no significarán nada. Termino de ducharme y me marcho a dormir. Este día ha sido demasiado para mí.

Han pasado dos semanas desde que volví de aquella casa de ensueño y gracias al cerdo de mi jefe tengo demasiado tiempo libre, lo que menos necesito ahora. No paro de pensar en sus palabras, aquella última noche, la “bronca” de Jota... Soy un laberinto de pensamientos.

El timbre vuelve a sonar por quinta vez en lo que va de día, vuelvo a fingir que no estoy. Prince sigue ladrando al mismo tiempo que mueve la cola sin parar de correr de un lado a otro, avisándome de la llegada de una visita. Lo ignoro.

—¿Rebeca? —la voz de David pone mi corazón a mil—. He venido tres veces y no paro de llamarte. ¿Qué ocurre? Por favor, sea lo que sea necesito saberlo —se calla unos segundos, esperando mi respuesta—. Estoy preocupado.

Oigo un golpe en la puerta, como si le hubiera pegado un puñetazo. Sus pasos se alejan y, por fin, respiro tranquila. Unos segundos más y hubiera renunciado a toda mi fuerza de voluntad abriendo la puerta, dejándolo pasar, viendo sus ojos verdes una vez más. Prefiero seguir recuperando mis fuerzas, ahora mismo estoy demasiado débil para enfrentarme a él.

Me tumbo en el sofá con Prince a mi lado. Siento su cálido cuerpo pesándome en las piernas. Es reconfortante, me gusta. Consigo relajarme poco a poco hasta que los sonidos son cada vez más lejanos y los ojos empiezan a pesarme.

El timbre vuelve a sonar y me despierta. Miro el reloj. Han pasado dos horas desde la última visita. Prince vuelve a salir corriendo hacia la puerta repitiendo la misma ruta con el nerviosismo de antes. Vuelvo a ignorarle, debería rendirse.

–Rebe, soy Marta ábreme, sé que estás ahí.

Dudo unos instantes. Escucho los balbuceos de Pedrito al otro lado de la puerta e impulsivamente me levanto.

–Hola –saludo en voz baja abriendo la puerta.

Todo a mí alrededor se desvanece. Me agarro al filo de la puerta y consigo mantener el equilibrio.

–¡Rebeca! ¿Qué te pasa? –grita Marta asustada ayudándome a incorporarme.

–Estoy bien. Supongo que debo comer un poco.

–¿No estás comiendo? –me ayuda a sentarme en el sofá y el mareo comienza a disminuir.

–No tengo hambre.

–No puedes estar sin comer, Rebeca, mírate.

–Cada vez que intento comer me dan náuseas –intento levantarme a por un vaso de agua, pero mis piernas no responden.

–Eh, ¿adónde vas?

–A por agua, me muero de sed.

–Quieta, ya voy yo. Descansa.

Pedrito emite una sonora carcajada desde el carrito. Prince le ha dado un lametón, pero apenas tengo fuerzas para apartarlo. Cojo el vaso de agua que Marta me ofrece y dejo que me mime un poco.

–Gracias. Siento haberme ido así de tu casa, pero las cosas no están siendo fáciles últimamente –le explico.

–No te preocupes. Jota me lo ha contado todo. Aun así debes cuidarte.

–Es demasiado doloroso Marta –abre uno de los potitos de fruta para darle de comer a Pedrito. Una arcada se apodera de mí. Marta me observa y finge no haber visto nada.

–David está bastante preocupado por ti.

–Es un buen actor –contesto–. ¿Podríamos no hablar de él?

–Como quieras –asiente sin estar muy convencida–. Deberías ir al hospital, esas náuseas no son normales. ¿No estarás embarazada?

Ríe ante la idea que se le acaba de ocurrir, en cambio yo... la miro preocupada.

–No... creo –titubeo–. No lo sé.

Intento acordarme de aquella noche, volver sobre mis pasos y recordarlos todos, ¿usó protección? Marta sigue esperando una respuesta más segura, el terror de mis ojos me delatan.

–Oh, Rebeca, espera aquí, voy a comprar un test de embarazo.

Incapaz de emitir una palabra, me quedo a solas con Prince y Pedrito.

Miro a Pedrito con miedo. La idea de estar embarazada es demasiado... irreal. No puedo estarlo, no después de lo que ha pasado. Le jodería la vida, ya sabe lo que quiere, no quiero obligarlo a estar conmigo.

Treinta y cinco minutos más tarde las dos rayitas de color rosa me confirman la peor de mis pesadillas..., estoy embarazada.

–Deberías contárselo –repite Marta por enésima vez ante mi negativa.

Lleva toda la tarde tratando de convencerme, pero aún estoy asimilando todo. No tengo ni idea de qué debo hacer. No tengo trabajo, debo terminar la carrera, vivo de acogida en casa de un amigo y, ahora, embarazada de una persona a la que no quiero ni ver. ¿Podría estar peor? Imposible.

–Mi vida es un infierno –me lamento.

–Cariño, un infierno será si se entera por otras personas. Cuéntaselo, tiene derecho a saberlo. Además, por experiencia, criar a un niño no es fácil, menos aún será hacerlo sola.

Medito sus palabras, finalmente accedo a que me lleve a su casa para contarle que va a ser papá. Tengo miedo. ¿Y si no quiere formar parte de su vida? ¿Seré capaz de aguantar un rechazo más?

Camino temblando lentamente por el portal. Varias veces tengo el impulso de huir, de no decirle nada, pero recuerdo las palabras de Marta y sé

que debo hacerlo. Un hombre de pelo canoso y aspecto cansado pero alegre, vestido con traje chaqueta elegante, me observa detrás de un mostrador lleno de pantallas de ordenador. Es un nuevo portero, ¿qué habrá pasado con el anterior? Acude en mi ayuda.

–¿Busca a alguien? –pregunta con voz amable, ajeno a mi problema.

–No. Vengo a visitar a un amigo.

–Oh..., disculpe, debo anunciar su llegada.

–Perdón, yo... –si anuncia mi llegada no me dejará subir, estoy segura–, le agradecería que no lo hiciera.

El hombre observa mi rostro afligido. Intento sonreír pero es inútil, vuelvo a temblar, me tambaleo. Las grandes manos del portero consiguen sujetarme antes de darme de bruces contra el suelo.

–¿Se encuentra bien? ¿Necesita un médico?

–No. Solo necesito ver a David Torres.

Analiza mi cara con sus ojos grises que infunden autoridad. Tras dudar si dejarme pasar o llamar a la policía, se compadece de mí y me acompaña hasta la puerta del ascensor.

–Gracias –le digo antes de que se cierren las puertas.

El pasillo se me antoja más largo de lo normal. Las piernas comienzan a fallarme de nuevo, varias veces vuelve a invadirme el impulso de salir corriendo. Consigo dominar mi miedo y llamo a la puerta con una mezcla extraña de emociones: miedo, angustia... ninguna buena.

Una mujer de rubia cabellera rizada y saltones ojos azules abre la puerta y me ojea con desdén.

–¡Elsa!

–¿Qué haces aquí?

Se alisa un poco la única vestimenta que lleva, una camisa de David.

Noto los latidos de mi corazón cada vez más rápidos, el miedo a la reacción de David es sustituido por los celos, unos celos que jamás había sentido, ni siquiera cuando me enteré de que se iban a casar. Mi mente analiza la situación. Ahora que espero un hijo suyo los celos aumentan, tal vez porque lo siento más mío que nunca.

–Oye, no tengo ganas de discutir. ¿Puedo hablar con David?

–No.

–Es importante.

—No.

Empiezo a irritarme. Me frustra. La odio más que nunca, quiero gritarle, apartarla de un empujón y pasar, pero me siento débil para eso.

—Por favor... —le suplico.

Me lanza una mirada de desprecio y se aleja por el pasillo que conduce a las habitaciones. Dudo si quedarme en la puerta o esperar dentro, pero finalmente opto por quedarme, no quiero poner la situación más tensa de lo que está.

Elsa vuelve con aire desafiante.

—Lo siento, no quiere verte. Dice que te olvides de él, que ya no se acuerda de ti, que te agradecería que le dejaras vivir su vida sin meterte en medio constantemente.

Una sonrisa malvada aparece en su rostro. Sé que no lo siente, que disfruta con esto. Mi corazón se rinde y deja de latir partiéndose en mil pedazos.

Salgo del edificio corriendo sin parar, sin mirar atrás. Duele, duele demasiado. Las mentiras parecen más claras ahora, me siento estúpida por creer en cada palabra que me dijo, cada suspiro, cada roce. Cuando yo lo sentía auténtico, para él era..., ¿qué era? ¿Un juego? La persona que yo creí que era no existe, me quiero morir. Estoy esperando un hijo de un completo cretino.

Camino despacio, sin rumbo, nada existe a mi alrededor, perdida en mis pensamientos, sumergida en mi dolor. Ya no me quedan lágrimas que derramar, ni sentimientos que ocultar. Dejo de ser fuerte, dejo de ser yo para ser un fantasma deambulando por la calle. Un claxon suena fuerte, miro hacia mi derecha y un coche arremete contra mí.

—¿Quién era?

—Nadie.

—El timbre ha sonado, alguien sería.

—¡Ah! El portero. Traía unas cartas.

Me resulta raro. Nunca sube el correo. Intento no agobiarme con esto, tengo muchas cosas en las que pensar.

–¿Te importaría recoger tus cosas más deprisa? Tengo que irme y no quiero que estés aquí cuando me vaya –le exijo terminando de vestirme.

–Solamente me quedan las cosas del baño.

–Genial, pues date prisa y quítate mi camisa. ¿Qué haces con ella?

–Quería sentir tu olor una vez más.

–Déjate de tonterías y lárgate de una vez.

Hace un mohín, pero poco me importa ya. Mi vida coge el rumbo adecuado, aunque, no sé por qué, Rebeca se ha aislado no creo que tenga que ver conmigo, tal vez algún problema familiar o de trabajo. Llevo días devanándome los sesos y no se me ocurre nada que haya podido provocar esa actitud.

Tras la llamada de mi padre, preguntando cómo iba mi retiro, no supe más de ella. Estoy preocupado. Volveré a insistir en su casa, esta vez conseguiré que me abra la puerta y me cuente qué está ocurriendo. Quiero apoyarla en todo, en eso consisten las parejas, para lo bueno y lo malo, quizás pueda ayudarla.

Después de la discusión que tuve con Elsa nada más llegar y conseguir, por fin, que me dejara en paz, que se olvidara de mí y de mi vida, me siento capaz de cualquier cosa. De momento parece que se porta bien y hace lo que le digo, pero si recogiera las cosas más rápido sería ideal.

–Bueno, me marcho –dice por fin tras media hora–. ¿Estás seguro de esto?

–Más que nunca.

–No tienes ni idea de lo que estás perdiendo.

–Sí, sí que tengo una idea y no sabes cuánto me alivia. Lárgate ya.

Atraviesa el pasillo arrastrando la maleta, despacio, como si caminara hacia su muerte. No me da pena, sé que lo intenta, pero ahora soy más fuerte.

–¡Eh! –le grito desde el salón.

–Sabía que te arrepentirías –dice esperanzada volviendo atrás con la maleta.

–No, es que no me has devuelto las llaves.

Maldice, suelta las llaves en la encimera de la cocina y se marcha pegando un portazo.

Al fin a solas. Gracias a Dios he conseguido quitarme a la garrapata de encima, espero que por mucho tiempo.

Cojo la chaqueta, feliz por ver el mundo desde otra perspectiva más

amplia y más bonita. La felicidad cambia el punto de vista de todo.

Suena el teléfono, lo ignoro, ahora no tengo tiempo para atender llamadas.

El teléfono suena cinco veces más mientras estoy en el coche, voy a cogerlo solo para desearle unas hemorroides a la persona que intenta perturbar mi paz.

–¡Tío! ¿Dónde coño estás? –Hugo parece alterado, por su tono de voz deduzco que no va a decirme nada bueno.

–Voy a casa de Rebeca, si vas a decirme malas noticias ahórratelas, tengo un día estupendo y no quiero estropearlo.

–David, Rebeca no está en su casa–su voz se vuelve cada vez más pesada, más triste. No, no, no.

–¿Se ha ido con Aarón? Dime que no es eso. ¡Dímelo! –le grito.

–Lo siento, estamos en el hospital, deberías venir.

–¿En el hospital? ¿Qué ha pasado?

–Ven cuanto antes.

Un escalofrío recorre mi cuerpo. ¿De quién se trata? ¿Pedrito? Puede que tenga fiebre nada más, los padres primerizos suelen asustarse fácilmente. Estarán todos allí asustados por una simple fiebre. Repitiendo esto cada dos segundos me dirijo al hospital.

Entro en la sala de espera de urgencias con tranquilidad. No creo que una simple fiebre sea motivo de alarma general. Todos mis amigos me miran con expresiones serias, asustadas y preocupadas.

–¿Cómo está Pedrito? –le pregunto a Marta sin pensar.

–¿Pedrito? Lo he dejado con la madre de Julio, este no es lugar para un niño.

Entonces, si no es Pedrito y están todos aquí... todos no, no están todos. Falta mi princesa.

El miedo me recorre el cuerpo. ¡No! Mi cuerpo pierde el control. Consigo sentarme en una silla y me llevo las manos a la cabeza angustiado. ¿Qué pasa? ¿Por qué todos me miran y no me dicen nada? ¿Dónde está Rebeca? ¿Por eso no sabíamos de ella, porque estaba mal? ¿Qué le pasa?

–¿Dónde está Rebeca? –pregunto casi sin emitir voz.

–No sabemos nada. –me explica Jota con la mirada apagada mirando al suelo–. Estamos esperando a que el médico nos diga algo.

–¿Cómo que no sabéis nada? Pero, ¿qué ha pasado? –la incertidumbre acabará conmigo. Marta se compadece de mí.

–Ven... tengo algo que contarte –me aparta al pasillo donde nadie nos oye. Sea lo que sea parece grave.

–Fui a verla, tal como me pediste –explica intentando parecer tranquila, pero fracasa, la voz empieza a temblarle–. Se encontraba mal y, bueno... supongo que ya lo sabes. Después la dejé en tu casa e imagino que fue al salir..., un coche la atropelló.

–¿Qué? Dios mío.

Atropellada... No... Eso es imposible, tiene que estar bien. Miro a Marta esperando que me diga “es broma” pero de su boca solo sale un pequeño lamento, un sollozo cubierto. Mi cuerpo empieza a perder el control, haciéndome tambalear. Me apoyo en la pared y me deslizo hasta el suelo. No puede ser cierto..., ella debe estar bien... Imagino a mi princesa tirada en la carretera. ¡Oh, Dios! no, eso no puede haber pasado. Con las manos me tapo la cara, no quiero ver nada, quiero que todo esto sea un sueño, un mal sueño.

–Ella no llegó a mi casa, yo no la vi – comento extrañado.

Un momento, no puede ser. Esa maldita garrapata, dijo que era el portero y era ella, era Rebeca.

–¡La odio! –vocifero en medio del pasillo.

–¿Cómo? –Marta se asusta y se aleja unos pasos de mí.

–A Elsa. Estaba recogiendo sus cosas mientras yo me duchaba y sonó el timbre, tuvo que ser ella.

–Entonces, ¿no hablaste con Rebeca?

–No, me dijo que era el portero.

Marta suspira, se pone en cuclillas, me quita las manos de mi cara y me mira a los ojos con aire taciturno.

–Cielo, eso no es todo. Rebeca fue a tu casa a decirte que estaba embarazada.

¿Qué? ¿Embarazada? Levanto la mirada, serio, sin decir nada. Marta sigue mirándome fijamente. Embarazada... Mis manos empiezan a temblar. Embarazada..., eso no puede ser verdad.

–¿Qué estás diciendo? –consigo decir–. Eso no puede ser.

–Se encontraba mal y comprobamos que era porque estaba embarazada. Tuve que convencerla para que te lo dijera, por eso la dejé en tu casa.

Esto es demasiado. La cabeza me da vueltas, las palabras de Marta no

tienen ningún sentido.

–Entonces, ¿por eso no quería verme?

–No. Al parecer en la cabaña te escuchó hablando por teléfono. Dijiste algo de que ella era un error.

–¡No! Ella no es ningún... ¡Joder! Hablaba de Elsa.

¿Cómo pudo pensar eso después de lo que vivimos, de todo lo que le dije? Es absurdo. Esto parece absurdo. Nada de lo que está pasando puede ser real.

–Entonces, ¿Voy a tener un hijo?

Miro a Marta con una leve sonrisa de felicidad, pero sus ojos se oscurecen aún más y la realidad me golpea fuerte de nuevo.

Un médico aparece por la esquina, Marta corre hacia él. La sigo.

–Doctor, ¿cómo se encuentra? –pregunto impaciente.

–¿Quién es usted? ¿Es familiar de Rebeca Martín?

–Soy el padre de su hijo.

–En ese caso, lo siento mucho –titubea el médico.

–¿Cómo que lo siente?

La desesperación empieza a hacerse presente. Marta coge mi mano y aprieta atemorizada. Temo la respuesta. No quiero escucharla.

–Rebeca se encuentra estable. Por suerte el coche no iba muy rápido y, aparte de la rotura del brazo derecho, solo presenta unos rasguños superficiales.

–Gracias a Dios –suspira Marta.

–¿Y el bebé?

–Lo siento señor. Hemos hecho todo lo que hemos podido. Se encontraba en la primera etapa de embarazo, donde hay más probabilidades de aborto, y lo hemos perdido.

¡Dios mío! ¡No! ¡No, no, no! Ni siquiera he tenido tiempo para disfrutar de la noticia. ¿Por qué me pasa esto?

El dolor es demasiado insoportable. Golpeo la pared con los nudillos sin parar, intentando que este suplicio acabe.

–¡Señor pare! Se hará daño –grita el doctor tratando de detenerme.

Las lágrimas empiezan a recorrer mis mejillas y Marta se apresura a abrazarme. El resto de nuestros amigos salen en nuestra busca preocupados por la tardanza. Al vernos abrazados empiezan a preguntar, asustados. Soy

incapaz de articular palabra. Quiero ver a mi princesa, necesito estar con ella.

–¿Puedo verla? –le pregunto al doctor antes de que se marche.

–Está saliendo del quirófano, le hemos practicado un legrado. En un momento la subirán a una habitación.

–Gracias, doctor –contesta Marta.

–Ojalá hubiera podido hacer más, lo siento.

Sus palabras suenan sinceras. Inquieto, me muevo de un lado a otro pensando en todo y nada al mismo tiempo. Mis amigos no saben qué hacer, qué decir. Las lágrimas empiezan a brotar de nuevo, esta vez más rápido y sin descanso. ¡No puedo más! Pierdo el control de la situación, me dejo caer en el suelo al mismo tiempo que todos se agachan para sujetarme.

–¿Por qué? –me lamento entre llantos desconsolados–. Era mi hijo, joder, ¿por qué?

–David, mírame –Hugo me zarandea por los hombros–. Rebeca está viva, está bien.

Observo su rostro sereno. Está viva. Suspiro aliviado. Su vida es muy valiosa para mí, estoy seguro de que juntos superaremos este capítulo. La colmaré de mimos y felicidad, haré que olvide todo lo malo que acaba de ocurrir. Esa es mi finalidad, en lo que debo centrar mi vida.

Ver a Rebeca tumbada de nuevo en una cama de hospital rodeada de cables se me hace duro. Aún no ha despertado, según el doctor los calmantes hacen su efecto. Mando a mis amigos a casa para que descansen y me quedo con ella, no pienso separarme de su lado.

Hago un par de llamadas, entre ellas a mi padre para contarle lo ocurrido. Media hora más tarde escucho su voz en el pasillo pidiéndole a mi madre que se comporte.

–Cariño, ¿qué haces aquí? –mi madre ignora a Rebeca al entrar y me abraza–. Deberías estar en casa y no en un sucio hospital.

–Mamá, quiero estar aquí cuando despierte.

–¿Acaso importa que despierte sola?

–¡Mamá!

–¡Basta! No dejaré que tires tu vida por la borda por esta..., esta camarera.

–Esta camarera es la persona que amo, respétalo de una vez.

Me siento fuerte, debo serlo. Ya hemos aguantado demasiado

sufrimiento.

–¿Es que no te eduqué bien? ¿Acaso te eduqué para que acabaras con... esto?

–¡Carla, ya basta!

Mi padre da un paso al frente, interponiéndose entre mi madre y yo. Sentir su apoyo me hace recuperar las fuerzas que estaba perdiendo con cada cruel palabra de la mujer que me dio la vida.

–Mamá, acabo de perder a mi hijo, no voy a perder a nadie más –digo con voz firme y tajante.

–Ese niño era una deshonra para nuestra familia, gracias a Dios ha muerto a tiempo.

Eso es demasiado. Es cruel y mezquino. Siento como si me hubieran arrancado el corazón del pecho. ¡Iba a ser mi hijo!

Las lágrimas brotan de nuevo. Miro a Rebeca y doy gracias a Dios porque se encuentre ajena a todo.

–Se acabó mamá, lárgate de aquí. No dejaré que vuelvas a acercarte a nosotros. ¡Lárgate!

Mi padre aprieta mi hombro demostrándome su apoyo. Mi madre lanza una última mirada a su antigua familia, una familia que ya está rota por completo, y se marcha maldiciendo por el pasillo.

No aguanto más. Esta vez ha ido demasiado lejos. Si se hubiera molestado en conocerla sabría que Rebeca merece la pena, que es una chica encantadora, pero para ella es más importante el círculo social, el estatus, las apariencias.

–Gracias, papá.

–Lo siento hijo, sé que adoras a tu madre.

–Mamá ha muerto para mí.

Mi padre se queda a mi lado, apoyándome, hablándome, tratando de que la estancia en el hospital sea lo más amena posible, ayudándome a superar este difícil tramo de mi vida. Lo quiero tanto...

Me despierto en el incómodo butacón del hospital, me duele todo el cuerpo. Rebeca duerme plácidamente. Acaricio su pelo, cogiendo su mano, y le doy un beso.

–Ponte bien pronto, princesa. Te quiero.

Mi padre aparece por la puerta con una sonrisa.

–Buenas noticias. El médico dice que si despierta hoy sin dolor podrá irse a casa.

–Eso es genial. Al fin algo bueno que celebrar.

–Vamos a tomar un café, creo que lo necesitas

Charlamos un rato en la cafetería del hospital. Hablar con mi padre es una terapia, ningún psicólogo me haría tanto bien como una buena charla con él, aunque aún no he podido olvidar la amarga pelea de ayer.

El teléfono suena.

–Hola Jota. Está bien. Ha pasado una buena noche... –comento raudo sin dejarle hablar.

–¿Y dónde está ahora?

–¿Cómo que donde está? En la habitación.

–Aquí no está.

–Estará en el baño.

–David, no soy imbécil, ya he mirado. No hay nadie.

El pánico se apodera de mí. El corazón vuelve a latirme a mil por hora mientras corro hacia la habitación. Al llegar veo a Marta y Jota hablando con el médico.

–¿Qué ha pasado? –le pregunto al doctor, intranquilo.

–Hace unos diez minutos que le di el alta. Aunque le aconsejé quedarse un poco más, ella quería marcharse. No podemos retener a nadie en contra de su voluntad.

–¿Y dónde demonios está? –Jota está a punto de desmayarse.

Las manos empiezan a temblarme mientras marco números de teléfono sin pensar cual. Alguien tiene que saber de ella. Llamamos a todos los sitios conocidos y nadie sabe nada. Ha vuelto a desaparecer. ¿Por qué, princesa? ¿De qué huyes? Tal vez busque donde refugiarse de su dolor, donde olvidar que existe. De repente un lugar me viene a la cabeza.

–Chicos..., creo que sé dónde está.

Capítulo 32

Veo a la gente caminar de un lado a otro con prisas. Los altos edificios nos protegen de los rayos del sol. Me duele la cabeza incluso más que el resto del cuerpo, el ruido de la calle no ayuda en su alivio. El brazo escayolado reposa pesado en mis piernas magulladas. Siento como si me hubiera atropellado un tren en vez de un coche. Tan solo recuerdo los últimos momentos en los que estuve consciente antes de despertar asustada en el hospital. Un claxon, un coche, y todo a mi alrededor se volvió negro.

Fue culpa mía, debí mirar mejor, prestar más atención a la calle, pero el dolor me impedía pensar. La sensación de angustia, sentir como se me paraba el corazón al escuchar las crueles palabras: “ya no se acuerda de ti.” Las ideas que a cada minuto se aclaraban más en mi mente, ya no eran un borrón de pensamientos y sentimientos confusos. La certeza de que todo fue un juego, una obsesión, se volvía cada vez más obvia y, aunque las lágrimas se contuvieran, dolía, era un dolor indescriptible. Había jugado conmigo como una simple marioneta, sin tener en cuenta mis sentimientos, sin pensar en la posibilidad de que pudiera enamorarme de él o, tal vez, esa era su finalidad, cuánto más enamorada, más daño podría causar.

Me fastidia reconocer que consiguió su propósito, pero la culpa es mía, fui estúpida y bajé la guardia. Si hubiera seguido mi intuición desde el principio, si le hubiera hecho caso a la razón en lugar de al corazón, no estaría ahora sentada en un taxi de camino a ninguna parte.

—¿Adónde la llevo señorita?

El acento italiano del taxista me hace regresar de mi estado de ausencia. Miro su rostro arrugado. Unos ojos negros que me miran con compasión y curiosidad, quizás por los moratones de la cara y la escayola del brazo. En su cabeza “violencia de género” debe sonar con fuerza. Sonrío ante la ignorancia del pobre hombre y le doy la primera dirección que pasa por mi mente. No logro comprender por qué mi subconsciente ha elegido ese lugar, me dejó llevar y no le indico otro lugar.

Cruzamos la ciudad, avanzamos por la rica y ostentosa urbanización que rodea la carretera. Los recuerdos se hacen más fuertes, en la radio del taxi una voz provocadora explica las claves para conseguir el éxito en la vida... “disfruta cada momento y ocasión sin pensar en el mañana”, “olvida el pasado

para que no interfiera en tu futuro”, “sé positivo, cada persona aporta algo a nuestra vida, si su paso por ella ha sido negativo tómalo como una enseñanza”... Me imagino a un hombre canoso de unos cincuenta años, amargado tras el micrófono mientras lee en un papel lo que tiene que decir sin ni siquiera creer en ello. Aunque debo reconocer que tiene razón. No siempre ocurren las cosas cuando queremos y como queremos, quizás porque no sea el momento adecuado para ello. Debemos ser pacientes y disfrutar de lo que nos pasa día a día sin agobiarnos por un futuro que puede que no ocurra. ¿Y si yo hubiera muerto en el accidente? Mi último momento habría sido de dolor y angustia. No puedo seguir viviendo así.

–Señorita, hemos llegado – anuncia el taxista con su marcado acento italiano.

Me quedo mirando por la ventana. No reconozco el sitio.

–¿Está seguro de que es aquí?

–Sí, señorita.

Miro atentamente por la ventana tratando de recordar. Cerca, un lago en calma me trasmite paz. Sí, es aquí, pero está todo tan cambiado...

A duras penas consigo bajarme del taxi. Cada roce de mi cuerpo provoca un dolor intenso. Las piernas apenas responden, difícilmente consigo mantenerme en pie.

–¿Se encuentra bien? ¿Necesita ayuda?

–No se preocupe, no es tan grave como parece.

Sonrío ante la mirada incrédula del taxista, intentando aparentar normalidad. No quiero que llame a la policía por mi apariencia de mujer apaleada. Tras un breve encuentro de miradas nerviosas asiente y se marcha.

La última vez que estuve aquí era un terreno lleno de secos hierbajos y algunos pequeños charcos que quedaban debido a la última lluvia. Recuerdo como David me guiaba para no llenarme de barro. Sin embargo, lo que tengo ante mis ojos es muy distinto, demasiado. Una alta y larga valla rodea una impresionante casa de dos pisos, ambas sin pintar. Es exactamente igual que la maqueta del despacho de David, pese a estar inacabada.

Me quedo paralizada ante la puerta exterior de madera, de aspecto caro, rodeada de piedra rústica. Palabras, imágenes, sentimientos, todo se revuelve dentro de mi cabeza. No entiendo por qué he venido hasta aquí, es demasiado doloroso.

Observo la valla de nuevo, buscando algún hueco por el que pasar. A lo lejos vislumbro un trozo que parece estar sin terminar. Camino despacio, quejándome a cada paso, hasta llegar al hueco por el cual me cuelo con dificultad. Estoy dentro.

Comienzo a subir los escalones que dirigen a la puerta principal decorada con un grueso cristal a ambos lados y el mismo tipo de piedra rústica que la entrada exterior. Por suerte no han colocado aún la cerradura, empujo y el interior de la casa queda a la vista. A pesar del cemento del suelo y las paredes, las habitaciones van adquiriendo forma, pero no me detengo, casi hipnotizada por lo que veo subo las escaleras apoyándome en la pared hasta el piso superior todavía incompleto. Faltan las puertas y ventanas.

Me adentro en una de las habitaciones que, por el tamaño, debe ser la principal. El inmenso hueco en la pared, un balcón supongo, me atrae hacia él con fuerza. Camino despacio, me acerco cada vez más al borde mirando fijamente al infinito paisaje que se muestra ante mis ojos. Es tan relajante.

Los pájaros que sobrevuelan el agua, los árboles que cobijan animales... Quiero alcanzarlos, vivir libre como ellos.

Mis pies tocan el filo del suelo y mi cuerpo empieza a inclinarse hacia delante, en pocos segundos perderé el control y todo habrá acabado. No más sufrimiento, no más daño.

—¡Rebeca!

Noto un rápido tirón en mi espalda alejándome de ahí hasta el centro de la habitación. Me giro lentamente con lágrimas en los ojos, ni siquiera sé si son de alegría por seguir viva o de tristeza por no haberlo conseguido.

—¿Qué haces? —el eco de su voz resuena en las paredes—. ¿Por qué me haces esto?

David me estrecha entre sus brazos, aquellos que antaño eran símbolo de refugio, de protección, ahora representan un falso gesto de preocupación y tristeza. ¿Qué le importará lo que me pase? Consigo soltarme y lo miro enfadada. No quiero abrazos, ni besos, no quiero más mentiras.

—Ven conmigo.

Tira de mi cuerpo junto al suyo obligando a mis piernas a bajar al piso inferior contra mi voluntad.

Pasamos por una sala que, por el gran hueco en la pared de la chimenea, imagino que es el salón y salimos por el ventanal que accede al jardín.

Agotadas, mis piernas empiezan a temblar, reduzco la marcha y me siento en los escalones. Las vistas desde aquí son increíbles. El lago, en todo su esplendor con los rayos de sol azotándole, se muestra ante mí. David permanece a mi lado sin decir nada, en silencio. Miro sus ojos desconcertados, su mano aprieta la mía con fuerza, con miedo, temblando.

–¡Dios! Aún no puedo creer que hayas estado a punto de suicidarte, ¿es que quieres matarme a mí también? –grita rompiendo el silencio incómodo, zarandeando mi mano como si fuese un trapo al que le quita el polvo.

–No debería importarte –contesto tajante con la mirada perdida en el paisaje.

–¿Qué demonios estás diciendo? Rebeca, sé que esto es duro, pero yo también lo he perdido, era nuestro bebé, ¿crees que a mí no me afecta? Te equivocas, me duele tanto como a ti, pero sé que juntos podemos superarlo, que podemos salir adelante.

–¿Bebé? ¿Qué bebé? No entiendo...

Un destello de terror aparece en su cara, sus facciones se endurecen. Saca el teléfono del bolsillo y marca un número. Se levanta y comienza a caminar nervioso, de un lugar a otro, contestando a gritos. No entiendo lo que pasa.

–A ver, princesa –dice con dulzura al colgar. Agachándose y tratando de coger mi cara entre sus manos–. ¿Qué es lo último que recuerdas?

–No soy tonta, ni estoy loca.

–Es importante, por favor.

–Un coche me atropelló.

–¿De dónde salías cuando pasó?

–De tu casa, fui a decirte que... –intento recordar, pero para mi sorpresa no me acuerdo y me asusto. ¿Por qué no puedo recordar qué hacía en su casa?–. No me acuerdo.

Frunce el ceño y encoge los labios preocupado. Lo conozco lo suficiente como para saber que quiere decirme algo y no encuentra la manera correcta de hacerlo. Me estoy impacientando, tengo miedo.

–Nena, escucha. Acabo de hablar con el doctor, dice que es normal que no recuerdes algunas cosas previas al accidente, se llama amnesia postraumática.

–Pero... yo recuerdo el accidente, recuerdo ir a tu casa y ver a Elsa con tu camisa –titubeo–. Ella me dijo que tu querías que te olvidara, que ya no te acordabas de mí, y luego yo..., me fui y un coche...

–Esa zorra... –gruñe furioso–. Rebe, fuiste a mi casa a decirme que estabas embarazada.

Las imágenes empiezan a aparecer cada vez más claras. La visita de Marta, el miedo al rechazo mientras iba hacia su casa, las palabras de Elsa, el accidente...Es cierto.

–Entonces... –poso mi mano en mi vientre.

–Lo siento, lo siento mucho.

Vuelve a estrecharme entre sus brazos con fuerza, lleno de dolor.

–El médico debió decírtelo antes de dejarte marchar.

Las palabras intentan salir de mi boca, pero me resulta imposible. Hago un pequeño esfuerzo y consigo camuflar un leve sollozo.

–Creo que mencionó algo, pero no presté atención. Solo quería irme de allí, dejarte en paz. Escuché a tu madre, no quería amargarte la vida, yo...

Creí que el dolor de verlo con Elsa de nuevo, de escuchar que me quería lejos de él. El accidente y las crueles palabras de su madre eran suficiente castigo, pero perder a mi hijo, a mi bebé, ni siquiera tuve tiempo para asimilar que estaba embarazada.

Busco en mi interior algún sentimiento perdido, alguna muestra de dolor por perder al bebé, lo único que encuentro es tristeza. No me había hecho a la idea, lo perdí sin más...

David me abraza, unimos nuestro dolor como si fuera uno, pero mi dolor no es el suyo, mi dolor sigue siendo él.

Vuelvo a apartarlo de mí, con la mirada en el suelo, intentando ser fuerte. Acabo de comprender por qué he venido aquí, vine a despedirme.

–Te está quedando bastante bien –le digo mirando la casa, secándome las lágrimas que recorren mis mejillas, intentando ser fuerte–. Serás feliz aquí.

–Yo soy feliz a tu lado –una sonrisa aparece en su rostro.

–Lo siento, no puedo más. Te escuché aquella mañana hablando con Elsa, dijiste que ya sabías con quien querías despertarte o algo así. No entiendo por qué finges todo esto, no es necesario, ya sé que no me amas, que me has utilizado para saber lo que sientes de verdad. Olvidaste que soy un ser humano, que tengo sentimientos.

–Rebeca, eso no es cierto. Hablaba con mi padre –suspira y me coge la mano, cariñoso, pero la aparto–. Aquel día que viste a Elsa en mi apartamento le había pedido que se marchara, estaba recogiendo sus cosas. No tengo ni idea de por qué se puso mi camisa y no quiero saberlo. Me fui a la cabaña a

pensar cómo recuperarte, porque si algo tengo claro es que te quiero y quiero estar contigo.

Quiero creerlo, de verdad, pero son tantas veces las que me ha fallado que mi corazón no permite más juegos ni mentiras, no confío en sus palabras.

–Lo siento, me arriesgué por segunda vez a dejarlo todo por ti y salió mal. La vida nos está dando señales que nos empeñamos en ignorar y ya no puedo seguir haciendo como si nada.

–Rebeca no me dejes, ahora no. No lo soportaría.

Sus ojos se vuelven turbios, acuosos, su mano tiembla y su cuerpo empieza a tensarse.

–Nos hemos hecho mucho daño, desde que apareciste en mi vida, todo ha ido mal. Los recuerdos malos abundan más que los buenos y necesito tiempo para olvidar todo, para empezar de cero.

–Empezar de cero sin mí –contesta resignado.

–Debo hacerlo. Además tu madre tiene razón.

–¡No! No tiene razón –brama furioso.

–Olvídame David, tu vida será más fácil sin mi existencia. Busca una chica de tu nivel que pueda darte todo lo que yo no soy capaz.

Se sienta en el escalón a mi lado, paralizado, mirando al suelo, con la mirada perdida y jugueteando con una cajita que acaba de sacar de su bolsillo.

–¡No! Rebeca no me hagas esto. Ya lo he perdido todo, no quiero perderte a ti también –contesta mirándome a los ojos a punto de venirse abajo–. Eres lo único que me queda.

–Yo..., no quiero estar contigo.

Miento. Sacar esas palabras de mi interior me quema, me quema porque no es cierto. Quiero estar con él, quiero ser feliz a su lado, pero sé que eso es imposible. Demasiados recuerdos, demasiado dolor.

–No voy a insistir más. Toma –contesta entregándome la cajita de terciopelo rojo–. Compré esto para ti, puede que ya no tenga sentido, pero es tuyo, así que debo dártelo.

Dudo si aceptarlo o devolvérselo. Miro su rostro lleno de angustia y decido abrirla. En su interior descansan unas elegantes letras: “DR”, brillantes que deslumbran como un rayo de sol.

–Pero...

–Para tu pulsera, la llave de mi vida, el candado de mi corazón y nuestras iniciales.

–Oh, lo siento, no puedo aceptarlo –le devuelvo la caja, pero no la

coge.

—A mí ya no me sirve —contesta apenado—. Al menos así tengo la certeza de que te acordarás de mí.

Me quedo sentada a su lado sin saber que decir, suspirando.

—David...

—Si no tienes nada más que decirme agradecería que te fueras.

Su expresión ha cambiado. Sus ojos tristes y afligidos han dado paso a la ira y la rabia. Sigo mirándolo sin moverme. Una parte de mí quiere olvidar todo lo que he dicho antes y abrazarlo, besarlo y amarlo como nunca. Otra parte, la precavida, decide que ya ha sido suficiente, que debo poner distancia, dejar que sea feliz de una vez por todas.

—¡Vete! —me grita, señalando la puerta.

Corro como puedo hacia la carretera sin mirar atrás, con un nudo en la garganta. Las lágrimas no me dejan ver nada, tropiezo con cada una de las piedras que se interponen en mi camino. Me alejo de la casa, aquella casa que era el reflejo de nuestros sueños, nuestro refugio, donde nadie podía hacernos daño, nuestro fin del mundo, y lloro, lloro desconsoladamente por todo lo que dejo atrás.

—

Me rindo. No aguanto más. Malentendidos, broncas, reconciliaciones que nunca terminan bien. La única vez que me abro al amor y esto es lo que recibo, mucho dolor. Debí seguir siendo yo, no dejar que nadie me cambiara, ¿para qué? ¿Para sufrir? ¿Para darlo todo y no recibir nada?

Hice las cosas lo mejor que pude, le di todo lo que tenía, le abrí mi vida entera, mis sueños, mis esperanzas, le mostré todo lo que podría vivir a mi lado y ella... lo hizo añicos. Me cansé de perseguirla, de hacerle ver que mi amor es verdadero. Si necesita empezar de cero, yo también.

No me arrepiento de nada, porque gracias a ella he descubierto cosas que desconocía, sentimientos que jamás pensé que sentiría, pero cuando la vida te dice basta, es hora de parar, y mi hora ha llegado. Digo basta a sufrir, es momento de seguir adelante y dejar el pasado. Rebeca forma parte de mi pasado, mi presente y mi futuro dependen de mí.

Lo cierto es que no puedo quejarme, tengo una empresa de éxito, un

padre que me adora y amigos que me quieren y me apoyan..., ¿y de que me sirve si no está ella? Ella me falta. Me falta amor, pero ¿qué es el amor? Al final Rebeca tenía razón, el amor no existe y ella me lo ha demostrado con sus hechos, o mejor dicho, con la ausencia de ellos, así que ¡basta! debo levantarme, secarme las lágrimas y ser feliz.

Me monto en el coche y acelero hasta dejar atrás la casa que nunca más volveré a ver. La venderé. No quiero que nada me recuerde su existencia, la existencia de la persona a la que más he amado y por la que más he sufrido. Ha muerto para mí. Murió en el hospital tras haber sido atropellada.

Me meto en la ducha dispuesto a salir como nuevo. Acaba de terminar una etapa en mi vida y quiero empezar otra. Quiero volver a ser yo. Dejo que el agua arrastre mi tristeza, oculto mi dolor bajo la ropa. Es hora de renovarme, de volver a mis antiguos hábitos, caza nocturna y diversión, algo que nunca debí dejar. Debo llamar al único amigo que me queda capaz de venir sin formular ni una pregunta, lo necesito.

–¿Salimos de marcha hoy? Solo tíos –le pregunto a Hugo por teléfono.

–Pero David..., acabas de perder...

–¡No he perdido nada! No se puede perder algo que nunca has tenido.

–¿Estás bien? Pareces cabreado.

– ¿Sales o no te deja tu mujer?

Tras unos segundos escuchando cuchicheos a la otra línea del teléfono, acepta sin estar muy convencido y, cuarenta minutos más tarde, nos encontramos ante la puerta de La Belle Nuit.

El portero duda si dejarme entrar tras nuestras diferencias de la última vez, pero acaba accediendo. Los camareros nos saludan, se alegran de volver a vernos, en cierto modo se habían convertido en viejos conocidos. Nos guían directamente a nuestra zona vip, la de siempre.

Nada parece haber cambiado, es como si no hubiéramos desaparecido nunca. Aquí el tiempo se ha detenido, es justo lo que necesito.

Hugo me sigue sin decir nada, contemplándome incrédulo. Lucho con todas mis fuerzas para no derrumbarme, para no pensar en nada. Ojeo la pista en busca de alguna presa, alguna chica inocente, o no tan inocente, con la que pasar un buen rato. No es complicado, esta noche hay muchas chicas con ganas de pasarlo bien. A lo lejos una chica pelirroja, de piel pálida y vestido negro escotado me mira seductora, ¡bingo! Le hago señas para que suba y comienza

su marcha hacia donde estamos. La mirada de Hugo empieza a ser fría. No aprueba lo que hago.

–¿Ahora te vuelves monje? –le pregunto desairado.

–David, no estás bien. Vámonos de aquí.

–¡Dejame en paz!

–¿Qué pasa con Rebeca? No entiendo tu actitud.

Mi mirada de odio le asusta, jamás había provocado esa reacción en mí, respiro fuerte por la nariz, intentando frenar las ganas de partirle la cara, pero mis manos no responden e involuntariamente cogen su cuello y aprietan fuerte.

–¡Vuelve a nombrar a esa malnacida y te arrancaré la lengua!

Hugo forcejea, respirando con dificultad, intentando liberarse. La pelirroja se asoma por la cortina que separa la sala vip del resto de la discoteca, la que nos oculta de los mortales. Se asusta al ver que la garganta de Hugo se encuentra entre mis manos y lo suelto, no quiero perder mi ligue de esta noche por una pelea entre amigos. Voy hacia ella con la mejor de mis sonrisas y la hago pasar, caballerosamente, besándole la mano.

–Estás loco –me reprocha Hugo y se marcha frotándose la garganta enrojecida por la presión.

–Perfecto, más chicas para mí.

La pelirroja me dice su nombre acercándose despacio a mi cuerpo, acariciando mis pectorales bajo mi camisa. Se llama Rosa o algo así, no tengo ni idea, tampoco me importa. Le acaricio la cara de forma pícaro, para que conozca mis intenciones. Ella no se aparta y, sin dudar ni un segundo más, la beso mordiendo sus labios tan fuerte que distingo entre el suave sabor del champán un leve sabor a hierro, a sangre, pero no paro, no quiero parar. Allí en la intimidad que confieren las cortinas desato esa ira que llevo dentro y le hago soltar un grito de placer ahogado por mis manos en su boca. He vuelto.

–Señor Torres, su cita de las diez acaba de llegar.

La voz aguda de mi secretaria me martillea los oídos. ¡Dios! que resaca.

–Hazlo pasar y no grites –susurro.

–¿Te traigo una pastilla o algo para el dolor?

–¡¿Acaso tengo pinta de necesitarla?! –vocifero—. Vuelve al trabajo.

–Sí, señor.

Se marcha asustada, nerviosa, con la cabeza baja. No es tan difícil acatar una orden, no entiendo por qué debe salirse de lo profesional, no está aquí para servirme pastillas, simplemente para hacer lo que le digo. Es una inútil.

Llaman a la puerta y Jota asoma la cabeza.

–Pasa y cierra.

–¿Pasa algo? –pregunta sentándose en uno de los asientos que dispongo para visitas–. Sentí curiosidad cuando me llamaste ayer, creí que después de...

–Voy a ir al grano, no tengo tiempo para tonterías, ni charlas absurdas –le interrumpo–. ¿Acabaste tu carrera?

–Sí, hace un mes que tengo el título oficial de decorador... –explica confuso.

–Bla, bla, bla –vuelvo a interrumpir–. Lleva tus datos a recursos humanos. Desde hoy formas parte de Arquitecturas Torres. Bienvenido a bordo y todo ese rollo.

Se queda boquiabierto, sus ojos negros resaltan, brillantes, sin dar crédito.

–¿Qué? ¿Estoy contratado?

–¿Es que no prestas atención cuando te hablan?

–Sí, pero...

–Por Dios, no me hagas perder el tiempo, haz lo que te digo.

Se mantiene en silencio, sin moverse. ¿Qué demonios pasa hoy? ¿Nadie sabe hacer nada?

–¿Estás bien?

–Dios, ¡lárgate ya!

Tras unos segundos mirándome fijamente con expresión aturdida se levanta del asiento y se dirige a la puerta, ¡por fin!

–David, no estoy seguro que deba contarte esto, pero creo que debes saberlo.

Intuyo por su mirada taciturna que se trata de Rebeca.

–No, sea lo que sea no quiero saberlo.

–Se marcha a Italia con Aarón –espera en silencio alguna respuesta–. Dice que es la mejor forma de salir de tu vida, pero estoy seguro de que no es una buena idea. Si pudieras impe...

–¿Si pudiera qué? ¿Volver a correr tras ella? –pregunto desganado–. Si quiere empezar de nuevo, no seré yo quien se lo impida. ¿Algo más?

Mira al suelo negando con la cabeza, triste, sin esperanzas. Dirijo la mirada a la pantalla del ordenador, donde la belleza de Rebeca sigue fija. Mis dedos tocan el ratón, “¿Está seguro de que desea aplicar los cambios?”, pincho “aceptar” con decisión, ahora el enorme logo de la empresa ocupa su lugar.

–La última cosa que te pido como amigo, por favor, no dejes que su decisión te cambie. Este no es el verdadero David, este es el David que se esconde de su dolor. Estoy seguro que la vida volverá a juntaros en el momento adecuado.

–¡Lárgate!

Cierra la puerta.

Trato de tranquilizarme. Quizás soy yo el que no quiere que la vida nos junte de nuevo.

Por alguna razón desconocida la información de Jota me machaca la mente. Se marcha, con Aarón, para siempre. El dolor intenta abrirse paso, lo evito concentrándome en los papeles que tengo delante. No voy a dejar que me afecte de nuevo, los muertos no pueden afectarme.

La veo justo enfrente de mí, a escasos centímetros. No puedo tocarla, mi mano traspasa su piel, como si de un fantasma se tratase. Está cerca pero lejos al mismo tiempo. Me sonrío, me pide que la ayude, que la guíe, que la proteja. Le tiendo la mano y ella acerca la suya lentamente, pero me veo a mí mismo a través de ella, moribundo, con un puñal clavado en el corazón y retrocedo. A mi lado un nuevo yo aparece, impecable, con una sonrisa maligna y me dice que la deje ir. No lo entiendo, desconcertado miro a mi alrededor. Aarón aparece a su lado, le besa la mejilla y la consuela. Ella me mira decepcionada. Necesita ayuda, lo noto, pero mi yo perfecto, el orgulloso, me impide rescatarla. En sus ojos el terror se hace cada vez más evidente, su cuerpo empieza a desaparecer poco a poco y, en un último intento desesperado por ayudarla, grito su nombre.

–¡Rebeca!

Me despierto sudoroso, temblando, con las imágenes frescas en mi mente. Cojo el teléfono y llamo a Jota.

–¿Diga? –contesta adormilado.

–¿Cuándo se marcha?

–Dentro de media hora.

Suelto el teléfono y corro como nunca. Debo llegar a tiempo.

El aeropuerto está silencioso. Los pasajeros cuyos vuelos han sido cancelados o retrasados duermen en las incómodas sillas de plástico acurrucados por sus maletas. Vago por los pasillos buscando alguna señal que me indique la puerta de embarque que busco.

Distingo a Rebeca en la distancia, cabizbaja, con los ojos rojos e hinchados, llorosos. Lejos de acercarme me escondo detrás de una columna, ni siquiera sé que hago aquí.

El altavoz anuncia el último aviso para los pasajeros con destino a Roma. Me asomo con cuidado para no ser descubierto, la veo mirar a todos lados, mustia, decaída, dando pequeños pasos hacia el interior del túnel que la llevará al avión, camino de una nueva vida lejos de mí. No parece convencida. Aarón le toca el hombro y con una sonrisa le invita a pasar primero. Echa una última ojeada a la puerta de entrada, lanza un triste suspiro y camina hacia delante como quien camina hacia su muerte.

Me acerco poco a poco, sin saber qué hacer. No quiero llamarla, tampoco que se vaya. Me paso las manos por el pelo tratando de pensar, dejándome caer en la columna que me ampara, que me esconde, pero es demasiado tarde, las puertas se cierran y tras ellas se marcha lo que a simple vista parece una chica corriente. Una chica... que cambió mi vida, la mejor de mis experiencias, la que me hizo valorar los pequeños momentos, disfrutar de cada sensación y sentimiento, vivir situaciones únicas, la que consiguió abrirme las puertas de un mundo nuevo..., el amor de mi vida.

Epílogo

Ha pasado un año. Un año desde que dejé atrás España y comencé la aventura de vivir en Roma.

Los cláxones de las motos interrumpen el silencio, aquella ausencia de sonido que más amo, pues en mi nueva vida, ruido significa dolor y el dolor me lleva a la nostalgia. Echo de menos a todos, Jota, Marta, Julio, Pedrito, Carol, Hugo, mi perro, pero a quien más echo en falta es sin duda a David. Sus abrazos, su protección, todo aquello que antes evitaba sentir, ahora es lo que más necesito

Cometí un terrible error, el mayor error de mi vida.

La dura experiencia que viví los últimos días bloqueó mi mente. No podía pensar. Tan solo quería escapar de aquella angustia y eso provocó mi huida hasta este lugar. Un lugar oscuro y solitario. Un pequeño piso en el centro de Roma, una ciudad desconocida, que aún no he tenido oportunidad de disfrutar.

Escucho la gente reír al pasar por la calle y envidio a cada uno de esos seres que son libres. Los recuerdos forman parte de mi día a día, es lo único que me mantienen viva. Recordar que en algún lugar del mundo alguien me echa de menos, alguien se preocupa por mí.

Vivo en una sucia habitación sin noticias de nadie. Encerrada, incomunicada con la sociedad. Ojalá pudiera decir que es por decisión propia.

Camino lentamente arrastrando la pena hasta un pequeño espejo redondo situado en la pared de aquel zulo. No reconozco el rostro.

Aquellos ojos marrones que hace más de un año cautivaron al amor de mi vida, ya perdido, ahora lucen llorosos, rodeados de hematomas que cada vez adquieren peor color. Mis labios, la parte de mi cuerpo que más me gustaba, me horrorizan. La hinchazón y el pequeño corte abierto que no logro curar han deformado su grosor y su esplendor ha desaparecido. Me paso las manos seccionadas y llena de pequeñas quemaduras por la cara, deseando retroceder en el tiempo y volver a aquel momento en el fin del mundo donde decidí que mi vida sería mejor sin él. ¡Cuánto me equivocaba!

El portazo de la puerta principal llena mi cuerpo de miedo y lo hace temblar. Llora en silencio sabiendo que en cualquier momento vendrá a buscarme y el infierno volverá a empezar.

